

RONALD E. POWASKI

LA GUERRA FRÍA

Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991

Traducción castellana de
JORDI BELTRÁN FERRER

CRÍTICA
BARCELONA

LA GUERRA FRÍA

MEMORIA CRÍTICA

Para Stephanie y Victoria Szendrey

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: *Cold War. The United States and the Soviet Union, 1917-1991*

Diseño de la colección: Compañía de Diseño
Fotocomposición: Punt Groc

© 1998: Ronald E. Powaski
© 2000 de la traducción castellana para España y América:
EDITORIAL CRÍTICA, S.L., Provença, 260, 08008 Barcelona

ISBN: 84-8432-130-4
Depósito legal: B. 35.505-2000
Impreso en España
2000.— Domingraf, S.L., Mollet del Vallès (Barcelona)

Prefacio

La guerra fría fue una pugna por la influencia mundial entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Los dos países emplearon diversos métodos, aunque nunca llegaron a lanzar un ataque directo y total contra sus respectivos territorios. La creación de alianzas rivales, la prestación de ayuda militar y económica a los estados que eran clientes suyos y a los que aspiraban a serlo, una masiva y costosa carrera armamentista, las campañas de propaganda, el espionaje, la guerra de guerrillas, la lucha contra la subversión y los asesinatos políticos fueron los métodos que usaron.

La guerra fría fue uno de los conflictos más largos de la historia de la humanidad, ya que duró más de setenta años, con algunos periodos en los que disminuyó la hostilidad. Fue también la guerra de mayor alcance entre las que ha habido en el mundo: se hizo en todos los continentes del globo y, teniendo en cuenta la carrera del espacio, también por encima de ellos. Asimismo, fue uno de los conflictos más costosos, no sólo por el número de vidas que se perdieron, sino también por los recursos que consumió. Al final, la Unión Soviética se derrumbó, y el comunismo expiró, al menos la forma de comunismo que existía en dicho país. Pero, como señaló Mijail Gorbachov, ambos bandos sufrieron numerosas pérdidas. Estados Unidos perdió muchas vidas y, además, consumió enormes recursos económicos, y los principios democráticos en los que se fundamentaba la nación norteamericana corrieron peligro.

Durante decenios, los historiadores han discutido sobre los orígenes de la guerra fría. ¿Quién o qué fue su causa principal? ¿Fue inevitable? Algunos, los exponentes de la interpretación ortodoxa, afirman que el principal culpable de la guerra fría fue la Unión Soviética y que Estados Unidos no tuvo más opción que contener y, donde fuera posible, trastocar la expansión de un estado comunista agresivo que ambicionaba por encima de todo derribar el capitalismo, la democracia y otros aspectos de la cultura occidental.

Los revisionistas, en cambio, sostienen que Estados Unidos fue el principal responsable de la guerra fría y que la Unión Soviética se vio obligada a reaccionar a la agresividad de un país que estaba decidido a fomentar la expansión del capitalis-

mo asegurándose el acceso ilimitado a los mercados y recursos del mundo y resuelto a aplastar a los movimientos revolucionarios que amenazasen sus intereses. Una interpretación más reciente es la posrevisionista, que echa la culpa de la guerra fría a ambos bandos. En esencia, los posrevisionistas dicen que la actuación de ambos bandos provocó reacciones hostiles en el otro bando y que esto creó una especie de ciclo acción-reacción en el cual el nivel de animosidad se elevaba periódicamente hasta niveles peligrosos e incluso llegaba al borde de una guerra nuclear total que ninguno de los dos bandos deseó jamás.

En la actualidad, el objeto del debate entre los historiadores y otros analistas es por qué terminó la guerra fría. Unos afirman que la causa fue la victoria de Reagan, es decir, atribuyen el fin de la guerra fría a la política de firmeza que siguió el gobierno de Reagan durante los años ochenta. Según este punto de vista, la política de «paz basada en la fuerza» que siguió Reagan empujó a la Unión Soviética hasta el borde del colapso económico y obligó a los soviéticos a pedir la paz y poner fin a la guerra fría.

No todo el mundo acepta esta interpretación. Algunos analistas atribuyen el final de la guerra fría principalmente a factores internos del imperio soviético. Arguyen que a causa de estos factores el último dirigente soviético, Mijail Gorbachov, tuvo que hacer concesiones que significaron el fin de la guerra fría y, además, provocaron la caída del comunismo y la desintegración del imperio soviético.

¿Cuál fue la causa de la guerra fría? ¿Por qué terminó? Estas son las preguntas más importantes a las que tratará de responder el presente libro.

Debido al alcance de la obra, estoy en deuda con innumerables investigadores, historiadores y otros analistas de cuya labor la presente obra es en esencia una síntesis. He procurado reconocer dicha deuda en mis notas finales y en las sugerencias de lectura, en las que se indican las obras en las que me he basado para escribir el presente libro. Debo especial agradecimiento a mis editores, Nancy Lane, que me animó a seguir con el proyecto, John Bauco, que ayudó a guiarlo hasta el final, y Martha Morss, que hizo muchas sugerencias útiles sobre el manuscrito. También quiero dar las gracias a mi viejo amigo George Barnum de la Case Western Reserve's Freiburger Library por su incansable ayuda en la preparación del libro. Como siempre, estoy en deuda con mi mejor amiga, y esposa, Jo Ann, por su paciencia, su aliento y sus sabios consejos. Quiero dedicar el libro a mis dos admiradoras más grandes, que son a la vez mis críticas más severas, mis nietas Stephanie y Victoria Szendrey. Ponen mucha alegría en mi vida.

R. E. Powaski

Euclid, Ohio. Enero de 1997

Introducción: Estados Unidos y la Rusia zarista

IDEALISMO Y REALISMO

Parece, *a posteriori*, que la guerra fría fue inevitable.¹ Desde que empezaron las relaciones entre los rusos y los norteamericanos, las ideologías de las dos naciones fueron fundamentalmente incompatibles, exceptuando un breve período en 1917. La joven nación estadounidense, fundada en 1776, era republicana y democrática;² Rusia, en cambio, era un viejo sistema autocrático, hostil a la democracia, xenófobo y conocido por la despiadada represión que ejercía sobre sus numerosos súbditos.

Aunque sus sistemas políticos, sociales y económicos eran divergentes en extremo, las relaciones entre Estados Unidos y Rusia fueron correctas durante la mayor parte de su historia común, si bien nunca llegaron a ser realmente cordiales. Desde luego, los norteamericanos contemplaron con inquietud la Santa Alianza, la unión de estados absolutistas que en 1815 creó el zar Alejandro I con el objeto de aplastar las revoluciones liberales y nacionales en Europa. Pero, aunque los norteamericanos simpatizaban profundamente con los revolucionarios, no se sintieron obligados a intervenir a su favor. Durante las postrimerías del siglo XVIII y comienzos del XIX, Europa todavía estaba muy lejos de Estados Unidos en el pensamiento de los norteamericanos. No sólo se sentían relativamente seguros en su territorio limitado por dos océanos, sino que, además, estaban demasiado ocupados con sus propios asuntos internos, entre ellos la expansión territorial, la industrialización y el problema de la esclavitud, para pensar en participar en revoluciones extranjeras.³

Los dirigentes norteamericanos eran muy conscientes de estos factores que restringían la política exterior de su país y apreciaban el papel que desempeñaba Rusia como contrapeso del poderío de Gran Bretaña y Francia.⁴ Por consiguiente, hicieron todo lo posible, en una época en que el fervor re-

volucionario iba en aumento, para que las relaciones de Estados Unidos con la Rusia autocrática nunca dejaran de ser corteses. Estados Unidos siguió una política de neutralidad benévola para con Rusia durante la guerra de Crimea (1853-1856),⁵ en la que los rusos lucharon contra Gran Bretaña, Francia y el imperio otomano.⁶ Rusia respondió siguiendo una política igual durante la guerra de Secesión, en la cual las simpatías de los gobiernos británico y francés se inclinaron por el Sur.⁷

EXPANSIONISMO

A pesar de la capacidad inicial de los rusos y los norteamericanos para superar sus diferencias ideológicas, políticas y sociales, un futuro conflicto entre ellos parecía inevitable a causa de otro factor. Rusia y Estados Unidos eran naciones expansionistas cuyos intereses respectivos acabarían adquiriendo dimensiones mundiales.⁸

En el siglo XIV Rusia era un pequeño ducado con su centro en la ciudad de Moscú, pero ya había crecido hasta el mar Báltico y se había extendido por la inmensa Siberia cuando tuvo lugar la guerra de independencia de las colonias británicas de América del Norte. A finales del siglo XIX, el imperio ruso se extendía de la Europa central al océano Pacífico y del Ártico al Turquestán.

Al finalizar la guerra de independencia, Estados Unidos, cuyo origen se remontaba a un pequeño asentamiento inglés fundado en Jamestown, Virginia, en 1607, se extendía del océano Atlántico al río Misisipí y de los Grandes Lagos a Florida. En 1900 Estados Unidos ya había completado su expansión hasta el océano Pacífico, había declarado que el hemisferio occidental era su esfera de influencia y, gracias a su victoria en una guerra con España, había adquirido una colonia importante en Extremo Oriente, las islas Filipinas.

Dos naciones tan ambiciosas parecían destinadas a chocar. Con todo, los norteamericanos y los rusos se veían demasiado poco para que hubiera muchas fricciones entre ellos. Los territorios respectivos se tocaban sólo en la frontera de Alaska, y en 1867 Rusia accedió a vender Alaska a Estados Unidos.

A finales del siglo XIX, sin embargo, y debido a su expansión hacia el Pacífico, Rusia se convirtió en la principal amenaza para la integridad territorial y la independencia del imperio chino, en unos momentos en que Estados Unidos había empezado a ver China como escenario importante de su comercio y sus inversiones. Aprovechando la derrota de China a manos de Japón en 1895, los rusos impusieron poco a poco su dominio a las provincias manchurianas de China.

Ante la amenaza de que se crearan esferas de influencia extranjeras en China, John Hay, el secretario de Estado norteamericano, hizo en 1899 su pri-

mera propuesta sobre una «política de puertas abiertas», y pidió a las principales potencias extranjeras que reconociesen el derecho de todas las naciones a comerciar con China. De las seis naciones a las que Hay hizo su propuesta —Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Japón y Rusia— sólo esta última respondió con evasivas. Aunque consideró que la ambigua respuesta rusa era una afirmación de la «política de puertas abiertas», Hay indicó que las ambiciones norteamericanas y rusas en China eran diametralmente opuestas.

Al tiempo que se producía el choque de los intereses norteamericanos y rusos en China, tuvo lugar un acercamiento diplomático entre Gran Bretaña y Estados Unidos, lo cual representó un cambio importante del panorama internacional. En efecto, desapareció el principal factor que había hecho que las relaciones entre Estados Unidos y Rusia fueran relativamente buenas durante más de un siglo, esto es, la antipatía común con respecto a Gran Bretaña. En lugar de Gran Bretaña, ahora era Rusia el país al que Estados Unidos consideraba la mayor amenaza para el equilibrio de poder en Extremo Oriente. En cambio, Gran Bretaña y Japón aparecían ahora como los principales obstáculos para la expansión aparentemente ilimitada del imperio ruso.

El deseo de frenar las ambiciones rusas en Extremo Oriente hizo que el presidente Theodore Roosevelt aplaudiera la firma de una alianza anglojaponesa en 1902 y el ataque japonés contra las fuerzas rusas en Manchuria en 1904. Hasta después de que Japón empezara a amenazar el equilibrio de poder en la región, tras una serie de clamorosas victorias frente al ejército y la marina rusas, no intentó Roosevelt mediar para poner fin a la guerra rusojaponesa, esfuerzo que dio fruto en 1905 con la firma del tratado de Portsmouth.

Si bien los rusos se alegraron de salir del conflicto con Japón, sin haber perdido su esfera de influencia en el norte de Manchuria, les molestó el apoyo tácito de Estados Unidos a Japón durante la guerra. Resulta irónico que, al terminar la contienda, Rusia y Japón se unieran para oponer resistencia al gobierno del presidente William Howard Taft (1909-1913), que pretendía ampliar las inversiones norteamericanas en Manchuria. Así pues, en vísperas de la primera guerra mundial ya habían desaparecido casi por completo los lazos geopolíticos que unieran los intereses rusos y norteamericanos durante más de un siglo.

EL RENACIMIENTO DEL IDEALISMO NORTEAMERICANO

Las relaciones rusionorteamericanas no empeoraron sólo a causa de factores comerciales o geopolíticos, sino que también contribuyó a ello la creciente importancia que daban los norteamericanos a las diferencias ideológicas entre los dos países. Si bien los norteamericanos nunca habían visto con buenos

ojos la autocracia rusa, su gobierno nunca había permitido que este factor perturbase las relaciones entre los dos países.

Sin embargo, la autocracia rusa resultaba cada vez más intolerable a los norteamericanos, sobre todo cuando, después del asesinato del zar Alejandro II en 1881, empezó en Rusia un período de extrema reacción. El nuevo zar, Alejandro III, cayó bajo la influencia de Konstantine Petrovich Pobiedonostsev, el procurador general del Santo Sínodo. Para salvar a Rusia de los males del liberalismo, Pobiedonostsev reactivó la antigua fórmula reaccionaria de «ortodoxia, autocracia y nacionalidad» y la opresión política, la persecución religiosa y los esfuerzos por «rusificar» a las minorías no rusas aumentaron durante su permanencia en el cargo.

A principios del siglo xx, el gobierno estadounidense ya no podía hacer caso omiso de las condiciones internas del imperio ruso. Más y más judíos huían de Rusia y llegaban a Estados Unidos, donde eran el catalizador de la creciente presión pública contra el antisemitismo ruso, en particular contra los sanguinarios pogromos que el gobierno del zar instigaba y secundaba.

En 1903, los norteamericanos rompieron su norma tradicional de no intervenir en los asuntos internos de los estados europeos cuando el gobierno de Theodore Roosevelt (1901-1909) cedió a la presión pública y firmó una petición que criticaba al gobierno del zar Nicolás II por no haber impedido un pogromo en Kishenev, la capital de Besarabia (la actual Moldavia), donde cuarenta y cinco judíos fueron muertos y varios centenares más resultaron heridos y perdieron sus hogares. La negativa del gobierno ruso a permitir que las víctimas del pogromo recibieran la ayuda que les mandaron desde Estados Unidos hirió todavía más a la opinión norteamericana. El gobierno zarista se mostró indiferente a dicha opinión y no tomó ninguna medida para evitar que se produjesen más pogromos. Debido a ello, en 1911 el gobierno de William Howard Taft se inclinó ante la abrumadora presión de los ciudadanos y el Congreso y abrogó el tratado comercial rusoamericano de 1832.

La ruptura de las relaciones entre Estados Unidos y Rusia no fue total mientras el país europeo tuvo un gobierno monárquico. En parte se debió a las reformas que el zar Nicolás II se vio obligado a introducir después de la revolución de 1905. El zar creó un parlamento (la Duma), amplió el derecho al voto y prometió proteger las libertades civiles. Estas medidas mitigaron el impulso revolucionario, dividieron a la oposición y dieron al gobierno cierto apoyo a regañadientes de la clase media rusa. Las reformas limitadas permitieron que el zar conservase el dominio del país hasta el derrocamiento de la monarquía en marzo de 1917. Pocos norteamericanos lamentaron su desaparición.

1

Estados Unidos y la revolución bolchevique, 1917-1933

EL GOBIERNO PROVISIONAL

La primera guerra mundial fue el catalizador de la revolución rusa. Las repetidas movilizaciones, que afectaron a un total de unos quince millones de hombres, contribuyeron a desbaratar la producción industrial y agrícola, causaron la ruptura de la red de transportes y produjeron graves escaseces de alimentos y combustibles, especialmente en las ciudades. Todos estos problemas se vieron agravados por la ineptitud y la corrupción del régimen del zar Nicolás II, que fue incapaz de resolverlos.

Finalmente, a principios de marzo de 1917, estalló la revolución. Una serie de huelgas y manifestaciones en Petrogrado (nombre con el que se rebautizó a San Petersburgo en 1914), para protestar por la escasez de alimentos en la capital, se propagó rápidamente a Moscú y otras ciudades rusas. El 11 de marzo el zar respondió disolviendo el parlamento y ordenando a las tropas que reprimieran las manifestaciones. Pero los soldados se negaron a obedecer la orden y luego se unieron a los manifestantes, con lo cual perdió la monarquía su principal apoyo. El 16 de marzo el zar abdicó y con ello puso fin a la dinastía de los Romanov, cuyo reinado había durado trescientos años. Aquel día se proclamó un gobierno provisional presidido por un conservador moderado, el príncipe Georgij Lvov. Los nuevos gobernantes prometieron convocar una asamblea constituyente para determinar la forma de gobierno permanente de Rusia, así como poner en marcha un ambicioso programa de reformas sociales y económicas. Sin embargo, el gobierno provisional también prometió que Rusia seguiría en la guerra, con lo cual firmó su propia sentencia de muerte.

El presidente Woodrow Wilson pensó que la revolución de marzo era un paso importante hacia la consecución del tipo de orden mundial que tenía la

esperanza de edificar después de la guerra. Con el despótico zar sustituido por un gobierno pro democrático y partidario de los aliados, Wilson podía presentar de forma verosímil la guerra como una lucha legítima entre las fuerzas de la democracia y las de la reacción y el militarismo. El 22 de marzo, sólo una semana después de la revolución, el presidente reconoció al gobierno provisional. En el mensaje que el 2 de abril mandó al Congreso para solicitar que se declarase la guerra a Alemania, el presidente calificó a Rusia de «digno socio para una liga de honor».¹ Entre marzo y noviembre de 1917 Estados Unidos adelantaría al nuevo gobierno ruso créditos por valor de 450 millones de dólares (sólo se habían utilizado 188 millones de dicha cantidad cuando también el gobierno provisional fue derrocado).

La causa fundamental del fracaso del gobierno provisional fue su negativa a poner fin a la participación de Rusia en la guerra. En la primavera de 1917 el ejército y el pueblo rusos ya estaban agotados a causa del conflicto. Por consiguiente, cada vez eran más atractivas las exigencias de la facción bolchevique del partido obrero socialdemócrata ruso, que quería el fin inmediato de la guerra y la redistribución de la tierra entre los campesinos. Los alemanes se dieron cuenta de ello, y el 16 de abril de 1917 permitieron que el líder de los bolcheviques, Vladimir Lenin, volviera a Petrogrado desde su exilio en Suiza. Los alemanes albergaban la esperanza de que la agitación de Lenin perturbara todavía más el esfuerzo bélico de los rusos y quizás incluso les obligara a dejar de combatir. Lenin complació inmediatamente a los alemanes poniendo en marcha un programa cuyo objetivo era derribar al gobierno provisional. Arguyó que representaba sólo a la burguesía, sin tener en cuenta a las masas populares, e insistió en que éstas tenían una representación más equitativa en los consejos (soviets) de obreros y soldados que habían surgido en toda Rusia. En vez de apoyar la guerra, Lenin trabajó para provocar la derrota de Rusia porque, según arguyó, sólo la derrota produciría las condiciones necesarias para causar la caída del gobierno.

El fracaso de la gran ofensiva rusa de julio de 1917 contribuyó a crear las condiciones que Lenin deseaba. La subsiguiente desintegración del ejército permitió a los alemanes tomar Riga, en Letonia, el 3 de septiembre, lo cual dejó abierto el camino a la capital rusa, que sólo distaba unos 480 kilómetros. Seis días después, el general Lavr Kornilov, comandante en jefe del ejército ruso, trató de frenar el colapso militar dando un golpe contra el gobierno de Aleksandr Kerenski, socialista moderado que el 6 de agosto había sustituido al príncipe Lvov. La intentona de Kornilov fracasó sólo porque la guardia roja, dominada por los bolcheviques, así como soldados y marineros leales al soviets de Petrogrado, acudieron en socorro de Kerenski e impidieron que las tropas de Kornilov marcharan sobre la ciudad. Kerenski respondió proclamando oficialmente la república el 27 de septiembre. Pero fue demasiado poco y demasiado tarde. Sin el apoyo del ejército, privado de verdadera auto-

ridad en las ciudades por los soviets, que eran cada vez más pro bolcheviques, y abandonado por los campesinos, el gobierno Kerenski no tardó en resultar inoperante.

A la caída de Kerenski contribuyeron los aliados, que no querían que el gobierno provisional sacara a Rusia de la guerra porque temían que los alemanes pudieran entonces trasladar millones de soldados al frente occidental. De esta manera, los aliados permitieron que los bolcheviques conservaran en su poder un arma importante con la cual continuaron atacando a Kerenski. Aunque Estados Unidos no participó directamente en las presiones aliadas para reactivar el frente oriental, tanto el presidente Wilson como Robert Lansing, el secretario de Estado, confiaban en que lograrían que Rusia siguiera luchando. A tal efecto, en junio enviaron una comisión encabezada por el ex secretario de Estado Elihu Root para que garantizase a Rusia la continuación del apoyo norteamericano. Aquel mismo mes Washington también mandó un equipo de expertos bajo la dirección de John F. Stevens, cuya misión era ayudar a que los trenes rusos siguieran funcionando. Además, la Cruz Roja norteamericana y la Young Men's Christian Association pusieron en marcha programas humanitarios en Rusia. Pero ninguna de estas medidas pudo evitar que empeorasen las condiciones sociales y económicas que la guerra había agravado. Finalmente, la negativa del gobierno provisional a terminar la participación rusa en la guerra fue la causa directa de su derrocamiento por parte de los bolcheviques el 7 de noviembre de 1917.

LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE

El 8 de noviembre, un día después de que el gobierno provisional fuera derribado, el segundo Congreso Panruso de los Soviets (sin los representantes de los partidos moderados, que habían abandonado el congreso el día antes) aprobó la formación del Consejo de los Comisarios del Pueblo, con Lenin como presidente, Lev Trotski en el puesto de comisario de relaciones exteriores y un georgiano poco conocido, Josif (Vissarionovic Dzugasvili) Stalin, en el de comisario de las nacionalidades. El congreso también aprobó unánimemente un decreto que abolía la propiedad privada de la tierra y otro que pedía la inmediata apertura de negociaciones de paz con los alemanes. El 20 de noviembre el nuevo gobierno soviético propuso un armisticio inmediato con las potencias centrales. Una semana más tarde, se firmó un alto el fuego preliminar entre Rusia y sus enemigos. Los dos bandos acordaron empezar negociaciones para un tratado de paz oficial en la ciudad polaca de Brest-Litovsk el 22 de diciembre.

Los bolcheviques intentaron echar a los aliados toda la culpa de la paz por separado que finalmente produjeron estas negociaciones. El 27 de noviembre

Trotsky exigió que los aliados «declaren de forma clara, precisa y definitiva en nombre de qué objetivos deben las naciones de Europa derramar su sangre durante el cuarto año de la guerra».² Luego anunció en tono desafiante la publicación de los comprometedores tratados secretos que los aliados habían firmado con el régimen zarista. En ellos se pedía la cesión de extensos territorios por parte de las potencias centrales y, de haber obtenido Rusia la victoria, le hubieran permitido dominar los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, que comunican el mar Negro con el Mediterráneo y tienen gran importancia estratégica. Después, Trotsky invitó a los aliados a participar en las negociaciones de Brest-Litovsk porque creía que su negativa haría estallar la revolución mundial que los bolcheviques consideraban inminente.

El giro de los acontecimientos en Rusia aturdió al gobierno de Wilson. El 2 de diciembre, el día en que empezaron las conversaciones en Brest-Litovsk, Lansing, el secretario de Estado, escribió a Wilson un memorándum en el cual afirmaba que era imposible reconocer a la facción bolchevique debido a su naturaleza política e ideológica. Los bolcheviques, según Lansing, se caracterizaban por «la decisión, que reconocían francamente, de derrocar a todos los gobiernos que existen e instaurar sobre sus ruinas un despotismo del proletariado en todos los países».³ El secretario de Estado advertía que reconocerlos significaría alentar a sus seguidores en otros países.

Wilson estaba totalmente de acuerdo con Lansing en lo que se refería al reconocimiento del gobierno soviético. Opinaba que el régimen bolchevique era una conspiración demoníaca que había destruido la promesa democrática del gobierno provisional. Y juzgaba especialmente ofensivas la doctrina de la lucha de clases, la dictadura del proletariado, la supresión de las libertades civiles y la actitud hostil ante la propiedad privada. Al igual que Lansing, Wilson creía que el bolchevismo no duraría mucho tiempo en Rusia ni en ninguna otra parte. Tampoco podía aceptar la invitación bolchevique a participar en las negociaciones de Brest-Litovsk y arguyó que los aliados no podían firmar una «paz prematura» antes de «dar a la autocracia alemana una última y convincente lección».⁴

Sin embargo, ni Wilson ni Lansing se conformaban con seguir la política que el secretario de Estado había recomendado en su memorándum del 2 de diciembre y que consistía en «no hacer nada». Como había demostrado su apoyo al gobierno provisional, ambos hombres deseaban vivamente que Rusia siguiera luchando en la guerra, para impedir que los alemanes trasladaran gran número de soldados a Francia antes de que la fuerza expedicionaria norteamericana (que a la sazón se estaba movilizándose bajo el general John J. Pershing) estuviera preparada para enfrentarse a ellos. Este objetivo adquirió todavía más importancia después de que los bolcheviques y las potencias centrales firmaran un armisticio preliminar en Brest-Litovsk el 15 de diciembre. Lansing sacó la conclusión de que la única esperanza de que Rusia siguiera en

la guerra, y con ello evitase que el conflicto se prolongara dos o tres años, era «una dictadura militar respaldada por tropas leales y disciplinadas».⁵ El 10 de diciembre sugirió que Estados Unidos ayudara con este fin al general Alexei Maximovich Kaledin, el líder de los cosacos del Don.

Wilson se opuso desde el principio a que Estados Unidos participase directamente en la guerra civil rusa. Esta prudencia nacía del recuerdo de su decisión de intervenir en la guerra civil mexicana en 1914. Los mexicanos de todas las creencias políticas habían respondido a la intervención uniéndose en torno a su gobierno, hasta entonces impopular, para oponerse al «imperialismo» norteamericano. A causa de lo que había ocurrido en México, el presidente era muy sensible a las consecuencias negativas de intervenir en los asuntos internos de otras naciones. No obstante, pese a su gran respeto por el principio de la autodeterminación, Wilson no consideraba que el gobierno bolchevique representara la voluntad del pueblo ruso. Además, creía que la ayuda clandestina a Kaledin serviría para que Rusia siguiera luchando en la contienda, sin que Estados Unidos se comprometiera a participar de forma directa en la guerra civil. Esta consideración influyó en el presidente cuando se reunió con Lansing el 11 de diciembre y acordó prestar ayuda económica a Kaledin. Dado que el gobierno estadounidense carecía de autoridad legal para ayudar a un régimen político no reconocido, Wilson y Lansing decidieron prestar el dinero a los ingleses o los franceses y que ellos se encargaran de hacerlo llegar a Kaledin. Pero antes de que pudiera recibir esta ayuda, Kaledin fue depuesto por sus propias tropas, el 28 de enero de 1918.

A finales de diciembre de 1917, antes de la caída de Kaledin, Gran Bretaña y Francia, alentadas al ver la disposición de Estados Unidos a apoyar al jefe cosaco, firmaron un convenio bilateral secreto que definía de forma específica las zonas geográficas del sur de Rusia donde ayudarían a las fuerzas antibolcheviques. A los ingleses les tocaron las regiones del Transcáucaso y el Cáucaso septentrional, mientras que Besarabia, Ucrania y Crimea fueron para los franceses. Aunque no hay pruebas de que se consultara oficialmente con el gobierno de Estados Unidos en relación con el convenio anglofrancés, Washington fue informado de las líneas generales del acuerdo aliado y, al parecer, no puso ninguna objeción al mismo. Así pues, los aliados, con el apoyo tácito de Estados Unidos, intervinieron en la guerra civil rusa a favor de los enemigos de los bolcheviques.

LOS CATORCE PUNTOS

No todo el mundo, sin embargo, pensaba que Occidente no podía colaborar con los bolcheviques. Entre los que creían que la cooperación de los aliados y los bolcheviques era posible se encontraban William Boyce Thompson, jefe

de la misión de la Cruz Roja norteamericana en Rusia, y su ayudante, el mayor (más adelante coronel) Raymond Robins. Mientras dirigían el programa de ayuda de la Cruz Roja a Rusia, Thompson y Robins habían hecho de intermediarios subrepticios entre los norteamericanos y el gobierno Kerenski, así como el partido social-revolucionario, que estaba en la oposición. Después del derrocamiento de Kerenski, Robins, sin autorización de Washington, empezó a entrevistarse con Trotski. El resultado de las conversaciones fue que tanto Robins como Thompson creyeron que era posible persuadir a Rusia a seguir en la guerra al lado de los aliados, incluso después de que empezaran las negociaciones de Brest-Litovsk.

Al interrumpirse las conversaciones de Brest-Litovsk el 29 de diciembre (porque los bolcheviques querían que se trasladaran a un lugar neutral), el embajador estadounidense en Petrogrado, David R. Francis, sacó la misma conclusión que Robins y Thompson. El 2 de enero de 1918 Francis aprobó un memorándum en el que se autorizaba a Robins a comunicar a Lenin y Trotski que «si los ejércitos rusos que ahora están bajo el mando de los comisarios del pueblo empiezan y continúan en serio las hostilidades contra las fuerzas de Alemania y sus aliados», él, Robins, recomendaría a Washington que reconociera oficialmente al gobierno soviético.⁶ Sin embargo, Francis nunca envió el memorándum a Robins, al parecer porque el departamento de Estado no se lo permitió. El 8 de enero los bolcheviques volvieron a Brest-Litovsk y reanudaron las negociaciones de paz con los alemanes.

Aquel día Wilson presentó su famoso plan de paz, los Catorce Puntos, ante una sesión conjunta del Congreso. Pronunció un discurso con el que no sólo pretendía contrarrestar la petición bolchevique de un armisticio general, sino también fomentar el derrocamiento del gobierno del káiser, para lo cual se ofrecían las condiciones de una paz ostensiblemente justa. Además, los Catorce Puntos estaban concebidos para crear un mundo que se caracterizase por una mayor interdependencia económica, esto es, un mundo abierto al libre movimiento del comercio y las inversiones. El plan del presidente intentaba anular el efecto que había causado Trotski al hacer públicos los tratados secretos de los aliados y para ello exigía «convenios de paz abiertos acordados abiertamente».⁷ Asimismo, Wilson ansiaba preservar el derecho de Rusia a la autodeterminación y la integridad territorial. En este sentido, el presidente tenía tanto que temer de sus aliados como de sus enemigos. No sólo apoyaban los aliados a líderes «blancos» (antibolcheviques) reaccionarios, sino que los ingleses y los japoneses no eran contrarios a la idea de desmembrar Rusia con el fin de favorecer sus propios programas imperiales. El sexto punto del plan de Wilson se ocupaba específicamente de esta amenaza. Pedía la retirada de todas las tropas extranjeras de Rusia y reconocía el derecho del pueblo ruso a decidir su propio gobierno.

Los partidarios de cooperar con los bolcheviques creyeron que Wilson, al

hablar de Rusia «gobernada por instituciones elegidas por ella misma», quiso decir que Washington pensaba abandonar la política que había seguido hasta entonces y reconocer al gobierno soviético, pero el presidente seguía opinando que éste no representaba la voluntad del pueblo ruso. Esta opinión se vio reforzada cuando el 20 de enero de 1918 los bolcheviques disolvieron la asamblea constituyente rusa, que había sido elegida en noviembre de 1917 con el fin de que crease un gobierno permanente y representativo para Rusia. Los bolcheviques decidieron disolverla principalmente porque habían ganado sólo 168 de los 703 escaños disputados en las elecciones.

El 10 de febrero de 1918 los bolcheviques dieron una nueva bofetada a los valores occidentales al repudiar todas las deudas que los anteriores gobiernos rusos habían contraído con los aliados, entre ellas el dinero que Estados Unidos había facilitado al gobierno provisional. El 20 de enero de 1918 Wilson escribió a Lansing para decirle que el pago de las deudas era imprescindible para reconocer al gobierno ruso.⁸ Aquel mismo mes, los bolcheviques empezaron a llevarse el material de guerra aliado que había en Arkángel, importante puerto del norte de Rusia. Los aliados trataron de recuperar el material, que el gobierno provisional nunca había pagado, pero no lo consiguieron. La conducta de los bolcheviques hizo que Wilson sacase la conclusión de que eran unos irresponsables en los que no se podía confiar.

EL TRATADO DE BREST-LITOVSK

Mientras, las negociaciones entre los bolcheviques y las potencias centrales en Brest-Litovsk seguían tropezando con dificultades. Los alemanes exigían que el gobierno soviético renunciara a la soberanía rusa sobre Polonia, Lituania y la mayor parte de Letonia, y que reconocieran la independencia de Finlandia y Ucrania. El 10 de febrero, ante la imposibilidad de aceptar las condiciones de los alemanes y de reanudar las hostilidades, Trotski dejó atónito al mundo al anunciar que el gobierno soviético pensaba dejar de combatir en la guerra así como abandonar las conversaciones de Brest-Litovsk. Los alemanes no tardaron en hacer que los bolcheviques volviesen a la realidad. El 16 de febrero dieron por terminado el armisticio y, dos días más tarde, reanudaron su avance hacia Petrogrado y Kiev, prácticamente sin encontrar resistencia.

La reanudación de la ofensiva alemana devolvió rápidamente el sentido común a los bolcheviques, que fueron presa del pánico. El 19 de febrero anunciaron que estaban dispuestos a aceptar las condiciones de paz de los alemanes. El 3 de marzo firmaron el tratado de Brest-Litovsk, con lo cual aceptaron la pérdida de 780.000 kilómetros cuadrados de territorio que antes pertenecía al imperio ruso. El tratado también redujo la población rusa en 56 millones de personas, su red de ferrocarriles en un tercio de su anterior

longitud, y su producción de mineral de hierro en un 73 por 100, así como su provisión de carbón en un 89 por 100.

La firma del tratado de paz por los bolcheviques no puso fin a la humillación de Rusia, sin embargo, porque los alemanes continuaron su ofensiva militar, durante la cual engulleron más territorios que antes pertenecieron al imperio ruso. Después de tomar Kiev el 1 de marzo, continuaron avanzando a través de Ucrania, tomaron Crimea a finales de abril y llegaron al río Don, cerca de Rostov, a comienzos de mayo. La conquista de Ucrania por los alemanes dejó expuesto todo el flanco meridional de la gran Rusia, y dejó a la ciudad de Moscú, que los bolcheviques convirtieron en la nueva capital el 6 de marzo, vulnerable al ataque alemán. En el norte, las tropas alemanas desembarcaron en Finlandia el 3 de abril y ayudaron a los finlandeses a limpiar su país de fuerzas bolcheviques. Debido a ello, el frente septentrional ruso pasó a ser tan vulnerable al ataque alemán como su flanco meridional.

LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD DE COLABORACIÓN ENTRE LOS ALIADOS Y LOS SOVIÉTICOS

Durante las semanas que precedieron a la vuelta de los bolcheviques a Brest-Litovsk, los representantes aliados en Rusia continuaron recibiendo indicaciones de que los bolcheviques tal vez reanudarían la lucha contra las potencias centrales si podían contar con apoyo militar importante de los aliados. El 28 de enero de 1918, el capitán E. Francis Riggs, ayudante del agregado militar norteamericano en Petrogrado, envió un telegrama en el que decía que, al parecer, los líderes bolcheviques opinaban que «había que tolerar a las tres potencias —Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia— con el fin de utilizarlas contra Alemania».⁹ El 18 de febrero, tras reanudar los alemanes su ofensiva en Rusia, el agregado militar francés, Jacques Sadoul, logró persuadir a su gobierno a que abandonase —aunque fuese sólo temporalmente— su política hostil para con los bolcheviques y aceptase su argumento en el sentido de que la cooperación aliada con ellos ofrecía la única posibilidad realista de mantener un frente oriental contra Alemania. Sadoul fue autorizado a hablar con los bolcheviques para determinar si, de hecho, había alguna razón para hacer que Rusia volviera a combatir en la guerra.

El gobierno francés también preguntó a Estados Unidos si seguiría el ejemplo de Francia y colaboraría con Lenin y Trotski. Lansing llevó personalmente la petición francesa al presidente Wilson. La breve nota que Lansing escribió con lápiz en el documento revelaba la mutua repugnancia que inspiró en ellos: «Ni pensar en ello. Presentado al [presidente] que dice lo mismo».¹⁰ Aunque es obvio que ambos querían restablecer el frente oriental, no estaban dispuestos a apoyar a los bolcheviques con tal fin. Lansing hizo

hincapié en que los bolcheviques eran, en última instancia, más peligrosos que los alemanes para la seguridad de Estados Unidos, toda vez que negaban tanto el derecho a la nacionalidad como el derecho a la propiedad y amenazaban con propagar la revolución por todo el mundo.

Pese a ello, Raymond Robins, que no estaba informado de la decisión de Wilson, continuó presionando a los bolcheviques para que cooperasen con los aliados. A finales de febrero de 1918 pareció que sus esfuerzos iban a dar fruto. El 22 de febrero el comité central bolchevique decidió aceptar una oferta de ayuda militar de Francia y Gran Bretaña por 6 votos a favor y 5 en contra (el voto decisivo fue de Lenin). Al parecer, el líder soviético no tenía ninguna duda de que Alemania estaba decidida a aplastar a Rusia y destruir la revolución, y, si bien no se fiaba de Occidente, pensaba que los aliados probablemente ayudarían a Rusia aunque sólo fuese para reactivar el frente oriental. Por tanto, el 2 de marzo, la víspera de la firma del tratado de Brest-Litovsk, Lenin se preparó para la posibilidad de reanudar la guerra con Alemania. Dio orden de que se retrasara la desmovilización del ejército ruso y se intensificaran los preparativos para volar ferrocarriles, puentes y carreteras que pudieran utilizar los alemanes.

Ni tan sólo la firma del tratado por los bolcheviques al día siguiente excluyó la posibilidad de que Rusia volviera a luchar en la guerra, toda vez que faltaba aún su ratificación por el comité central del partido bolchevique y por el congreso de los soviets. Los bolcheviques aprovecharon la pausa para redoblar sus intentos de obtener ayuda de los aliados. El 4 de marzo Trotski envió un mensaje a Francis, el embajador, en el cual declaraba que, aunque se ratificara el tratado de paz, las hostilidades entre Rusia y las potencias centrales se reanudarían en abril o mayo. Trotski quería saber con qué ayuda de los aliados podía contar Rusia. Francis respondió autorizando al coronel James A. Ruggles, el agregado militar norteamericano, a ir a Petrogrado, junto con el capitán Riggs, para hablar de la posibilidad de que Estados Unidos prestara ayuda militar a Rusia. Dos días más tarde, el 8 de marzo, Ruggles y Riggs informaron a Francis de que «todos los líderes bolcheviques opinaban que debían hacer la guerra contra Alemania ... las únicas diferencias de opinión eran si debía ser hoy o mañana. El asunto de la ratificación de la paz realmente carecía de importancia».¹¹ Aquel mismo día, el comité central decidió aceptar el tratado de paz con las potencias centrales, por 30 votos a favor, 12 en contra y cuatro abstenciones.

El 5 de marzo Robins se entrevistó también con Trotski. El dirigente bolchevique le entregó un documento sin firmar que preguntaba cuánto apoyo podía esperar el gobierno soviético de los aliados «en particular y especialmente de Estados Unidos» para luchar contra Alemania. Horas después Robins se entrevistó con Lenin y éste le dijo que aprobaba el documento de Trotski. Con todo, si bien Robins estaba seguro de que pensaban combatir al

lado de los aliados, parece más probable que el único propósito de los bolcheviques fuese comprobar el interés de los aliados por esa posibilidad, sin comprometerse de forma definitiva a ponerla en práctica. De hecho, el documento de Trotski contenía una declaración, probablemente redactada por Lenin, que parecía descartar toda posibilidad de colaboración entre los aliados y los bolcheviques. Decía que quedaba entendido que todas las preguntas que se hacían en el documento estaban «condicionadas por la suposición de que el gobierno soviético continuará dirigiendo su política internacional y exterior de acuerdo con los principios del socialismo internacional y que conservará su independencia de todos los gobiernos no socialistas».¹²

Sin embargo, en vez de colaborar con los bolcheviques, Wilson decidió pasar por encima de ellos y hacer un llamamiento directo al pueblo ruso. El 11 de marzo de 1918 envió un mensaje al congreso de los soviets en el cual decía claramente al pueblo ruso que Estados Unidos, a pesar de compadecerle mucho por sus penalidades, «por desgracia no estaba... en condiciones de prestar la ayuda directa y eficaz que desearía prestar».¹³ El mensaje de Wilson daba a entender que los bolcheviques estaban confabulados con los alemanes. Cuando el documento de Trotski fechado el 5 de marzo llegó finalmente a Washington (el 16 del mismo mes), el departamento de Estado respondió declarando que, a su modo de ver, el mensaje de Wilson al pueblo ruso era una «respuesta adecuada» a las preguntas que contenía dicho documento.¹⁴

Después de que el mensaje de Wilson fuera leído al congreso soviético el 15 de marzo, el citado organismo aprobó una resolución que abogaba por el derrocamiento de todos los gobiernos burgueses, incluido el de Estados Unidos. Un dirigente bolchevique, Grigorij Zinoviev, comentó la aprobación de la resolución diciendo: «Hemos dado una bofetada al presidente de Estados Unidos».¹⁵ El 17 de marzo el congreso soviético ratificó el tratado de Brest-Litovsk por 784 votos a favor y 261 en contra.

Debido al inmenso abismo ideológico que separaba a los bolcheviques de los aliados, había pocas posibilidades siquiera de una colaboración limitada entre ellos. Tampoco había ninguna probabilidad, aunque los aliados lo hubieran querido, de prestar ayuda eficaz a los bolcheviques toda vez que las distancias que había entre ellos eran inmensas y, además, los aliados estaban muy ocupados con los alemanes en el frente occidental. Lenin era muy consciente de estas circunstancias y, lo que es más importante, sabía que tenía mucho más que temer del poderío militar alemán, que estaba mucho más cerca. Asimismo, Lenin se daba cuenta de que sólo la paz y la inmediata reforma agraria le permitirían conservar el apoyo de los campesinos a su régimen. Así pues, a menos que los alemanes atacasen Moscú o Petrogrado, era poco probable que los bolcheviques se comprometiesen con la causa aliada. No obstante, Lenin y Trotski intentaron mantener viva la opción de unirse a los aliados, no sólo porque los alemanes podían atacar el corazón de Rusia, sino también porque

los aliados podían intervenir directamente a favor de los rusos «blancos» que luchaban contra los bolcheviques.

PRESIONES ALIADAS A FAVOR DE LA INTERVENCIÓN

Lenin tenía muchos motivos para temer la perspectiva de una intervención aliada. La firma del tratado de Brest-Litovsk coincidió con el principio de una gran ofensiva alemana en el frente occidental el 21 de marzo. El objetivo de los alemanes era separar los ejércitos británico y francés, lo cual les permitiría llegar hasta el mar. Durante los siguientes cuarenta días el ejército británico, que soportó lo más fuerte del ataque alemán, sufrió 300.000 bajas, más de una cuarta parte de sus efectivos totales. Los aliados no pudieron contener la ofensiva alemana hasta mediados de junio, momento en que finalmente entró en acción la fuerza expedicionaria norteamericana con todo su peso y los alemanes tuvieron que ponerse a la defensiva. Hasta entonces, la suerte de los ejércitos aliados en Francia pendió de un hilo, lo cual contribuyó a la creencia de que una reactivación de la resistencia en el este, aunque fuera simbólica, podía significar la diferencia entre la victoria y la derrota.

Con el propósito de reactivar el frente oriental, desde diciembre de 1917 los aliados venían presionando a Estados Unidos para que permitiera que los japoneses interviniesen en Siberia, pasando por el puerto de Vladivostok. La intervención japonesa impediría ostensiblemente que los pertrechos aliados situados en aquella ciudad cayeran en poder de los bolcheviques. Los expansionistas japoneses, que tenían su mayor fuerza en el ejército y en el ministerio de Asuntos Exteriores, veían en la revolución bolchevique una oportunidad espléndida de ampliar el dominio de Japón en Manchuria y posiblemente en el este de Siberia también. Al estallar desórdenes en Vladivostok a comienzos de enero de 1918, tanto los japoneses como los ingleses enviaron buques de guerra, supuestamente para proteger a sus súbditos y las propiedades extranjeras. Pero el ministro de Exteriores japonés, el vizconde Motono Ichiro, en realidad no quería ayuda británica ni de otros aliados en Vladivostok. El 15 de enero comunicó al embajador norteamericano en Tokio, Roland S. Morris, que si era necesario ocupar Vladivostok y el Ferrocarril Oriental Chino, «Japón pide que esta tarea se deje exclusivamente en sus manos».¹⁶

El gobierno de Wilson veía con extremo recelo la perspectiva de una intervención unilateral de los japoneses en Siberia. Tanto el presidente como Lansing temían que pusiera en peligro no sólo la integridad territorial de Rusia —lo cual lanzaría a los bolcheviques en los brazos de los alemanes—, sino también, posiblemente, la política de puertas abiertas en China, que intentaba preservar la independencia y la integridad territorial de dicho país, así como el derecho de todas las naciones a comerciar e invertir en él. Japón ya

había aprovechado la guerra en Europa para obligar a China a aceptar veintuna exigencias exorbitantes que amenazaban con destruir la integridad económica y política de China. Y aunque los japoneses habían prometido respetar la política de puertas abiertas en el acuerdo Lansing-Ishii de noviembre de 1917 (a cambio del vago reconocimiento por parte de Estados Unidos del «interés especial» de Japón en Manchuria y China), ni Lansing ni Wilson acababan de fiarse de ellos. Por tanto, Washington se negó a aceptar el derecho de Japón a intervenir unilateralmente en Siberia y comunicó a los ingleses que si la intervención aliada en Siberia era necesaria —y en aquel momento ni Wilson ni Lansing creían que lo fuese—, «debía llevarse a cabo mediante la cooperación internacional y no por parte de una sola potencia que actuase como mandataria de las demás».¹⁷

A finales de febrero, sin embargo, el gobierno de Estados Unidos se inclinó temporalmente ante la presión anglofrancesa y dejó de oponerse a la intervención japonesa en Siberia. Lansing pensaba que era inevitable que los japoneses intervinieran a pesar de las protestas norteamericanas, y creía que tal vez sería más prudente nombrar a Japón mandatario de los aliados en vez de contemplar cómo actuaba de forma unilateral. El argumento de Lansing hizo que Wilson cambiara de opinión y, el 1 de marzo de 1918, el presidente aprobó de mala gana un mensaje dirigido a los aliados en el que declaraba que Estados Unidos «asegura al gobierno japonés que confía plenamente en que, al mandar una fuerza armada a Siberia, actúa como aliado de Rusia, sin más propósito que proteger a Siberia de la invasión de los ejércitos y las intrigas de Alemania, y con toda la voluntad de dejar en manos del consejo de paz la determinación de todas las cuestiones que puedan afectar al destino permanente de Siberia».¹⁸

El cambio de postura de Wilson escandalizó al coronel Edward House, su confidente y principal asesor diplomático, al que horrorizaron las consecuencias éticas de dar la impresión de que se permitía que los japoneses pusieran los pies en Siberia. House hizo hincapié en el argumento moral y logró persuadir al presidente de que volviera a cambiar de parecer. El resultado fue que Wilson canceló el envío de su nota del 1 de marzo y la sustituyó por otra el 5 del mismo mes. La nueva nota declaraba que «la prudencia de la intervención parece... sumamente discutible». Si se llevaba a cabo, «daría la impresión de que Japón hacía en Oriente exactamente lo que Alemania está haciendo en Occidente».¹⁹

EMPIEZA LA INTERVENCIÓN ALIADA

La negativa de Wilson a dar el visto bueno a la intervención japonesa no significó que hubiera renunciado a la esperanza de influir en los acontecimientos de Rusia. Todo lo contrario, el 14 de marzo dijo a lord Reading, el emba-

jador británico, que se estaba «esforzando por encontrar la forma de convencer [al] pueblo norteamericano de la necesidad de una intervención y de disipar los temores rusos a la misma».²⁰

Los ingleses ansiaban encontrar un motivo para intervenir y en este sentido recibieron ayuda inesperada de Alemania. Después de reanudarse las hostilidades entre alemanes y rusos a finales de febrero, llegó la noticia de que finlandeses antibolcheviques, apoyados por Alemania, habían cruzado la frontera de su país y se habían internado en territorio ruso al oeste del puerto de Murmansk, en el norte. Ante esta nueva amenaza alemana, el soviét de Murmansk pidió ayuda a Trotski el 1 de marzo. La respuesta de Trotski, con la aprobación de Lenin, consistió en informar al soviét de Murmansk de que estaba «obligado a aceptar cualquier ayuda de las misiones aliadas».²¹ Así pues, al día siguiente el soviét de Murmansk firmó un acuerdo de defensa mutua con los ingleses y los franceses que permitió a aquéllos desembarcar 200 infantes de marina en Murmansk el 6 de marzo. Esta medida fue el principio de la intervención militar directa de los aliados en la Rusia soviética, y se tomó respondiendo a la invitación del gobierno soviético. Los ingleses, que querían que los norteamericanos les apoyasen en esta operación, solicitaron el envío de un buque de guerra estadounidense a Murmansk e hicieron notar a Wilson que Trotski había solicitado a los aliados que interviniesen.

El presidente estaba de acuerdo con la misión aliada en Murmansk. El 4 de abril, después de que se le informara de que Trotski había solicitado la intervención aliada, accedió a enviar un crucero, el *Olympia*. Sin embargo, todavía no estaba preparado para enviar tropas norteamericanas a Murmansk. Se daba cuenta de que la intervención militar de Estados Unidos supondría el riesgo no sólo de lanzar a los bolcheviques en brazos de los alemanes, sino también de perder el apoyo del pueblo norteamericano a la guerra, ya que la intervención, después de la decisión de participar en la guerra europea, representaría romper de nuevo la tradición aislacionista del país.

Los ingleses, sin embargo, no se dieron por vencidos. Idearon un nuevo plan que proponía que los aliados intervinieran en Siberia, pasando por el puerto de Vladivostok, así como en el norte de Rusia. Fuerzas británicas y francesas ocuparían Murmansk y Arkángel mientras los japoneses cargaban con el peso principal de las operaciones militares en Vladivostok. Tenían la esperanza de que se reconstituyera el frente oriental cuando las fuerzas anglofrancesas procedentes del norte de Rusia estableciesen contacto con los ejércitos antibolcheviques en el sur y el este de Rusia, así como con las tropas japonesas que avanzarían desde Vladivostok. Era obvio, a ojos de los ingleses, que Wilson nunca apoyaría un plan de intervención tan complicado, pero, al parecer, pensaban que poco a poco lograrían que lo aceptara, y, en efecto, así fue.

Para conseguir el apoyo de Wilson a este plan, los ingleses y los franceses

propusieron sustituir la intervención unilateral de los japoneses en Siberia por una expedición interaliada a Vladivostok compuesta por fuerzas norteamericanas y británicas además de japonesas. Esperaban vencer así no sólo las objeciones bolcheviques a la actuación militar aliada en Siberia, sino también la oposición de Wilson. El gobierno japonés, que rechazó la anterior petición de intervenir unilateralmente que hiciera Motono, cooperó con el plan anglofrancés y accedió a participar en la expedición interaliada. No obstante, los japoneses se reservaron el derecho de intervenir unilateralmente si sus intereses nacionales corrían peligro. Informaron al departamento de Estado de que, en tal caso, confiaban en que podrían «contar con el apoyo amistoso del gobierno norteamericano si se veían obligados a luchar».²² Pese a este subterfugio en la postura japonesa, el 20 de marzo Wilson ordenó al embajador Morris que dijese al gobierno japonés que su respuesta era «gratisima» y que eliminaba por completo los malentendidos «que pudieran producirse de no ser por ella».²³

Sólo dos semanas después, los japoneses aprovecharon el subterfugio en la promesa de no intervenir unilateralmente que habían hecho a Wilson. El 4 de abril unos soldados rusos mataron a tiros a tres civiles japoneses en Vladivostok. Al día siguiente, sin la aprobación de su gobierno, el comandante naval japonés en Vladivostok desembarcó 500 hombres para proteger a los ciudadanos japoneses y sus propiedades en la ciudad. Los ingleses siguieron su ejemplo el mismo día y desembarcaron 50 hombres para proteger su consulado. El 8 de abril el embajador británico, lord Reading, instó a Lansing a ordenar que el crucero *Brooklyn*, que estaba anclado en el puerto de Vladivostok, desplegara en tierra su contingente de infantes de marina. Lansing, que comentó el asunto con Wilson al día siguiente, se negó a ello, arguyendo que «el estado de cosas en Rusia propiamente dicha es ... contrario a semejante política».²⁴ Y ésta siguió siendo la postura del gobierno norteamericano durante todo el mes de abril.

Los bolcheviques, naturalmente, consideraron que los desembarcos anglojaponeses en Vladivostok eran el primer paso de un plan aliado más amplio cuyo objetivo era la ocupación del este de Siberia. El 5 de abril, el nuevo ministro de Exteriores soviético, Georgii Chicherin, exigió que los aliados explicasen cuáles eran sus intenciones. El 9 de abril, sin autorización de Washington, el embajador Francis anunció que el desembarco anglojaponés en Vladivostok era sólo una medida de precaución que habían tomado las autoridades japonesas y británicas en Vladivostok y «no era una acción concertada entre los aliados».²⁵

Pero los japoneses se ofendieron porque el embajador había dicho implícitamente que la medida no tenía el apoyo de Estados Unidos. Francis fue reprendido por su declaración no autorizada, pero Washington no la repudió. El hecho es que Estados Unidos trató de persuadir a los japoneses a que re-

tirasen su infantería de marina de Vladivostok. No obstante, años después, los historiadores estalinistas recalcarían la presencia del *Brooklyn* en el puerto de Vladivostok y presentarían a Estados Unidos como uno de los instigadores del desembarco.

EL CAMINO A LA INTERVENCIÓN NORTEAMERICANA

Pese a la negativa de Estados Unidos a participar en los desembarcos de Vladivostok, los ingleses no cejaron en sus esfuerzos por conseguir la intervención norteamericana en Rusia. El 8 de abril presentaron el borrador de una nota dirigida al Consejo Supremo de Guerra aliado en la que pedían la intervención conjunta en Rusia para evitar que el material militar aliado almacenado en Murmansk y Arkángel cayera en poder de los alemanes. Sin embargo, los esfuerzos británicos chocaron con la oposición del representante militar norteamericano en el Consejo, el general Tasker H. Bliss. Debido a ello, a mediados de abril el gabinete de guerra británico decidió enviar una misión militar propia a Murmansk con el propósito expreso de prepararse para «la cooperación en cualquier intervención aliada en Rusia».²⁶ Pero los ingleses en seguida se dieron cuenta de que no tenían suficientes recursos propios para que la misión resultase eficaz. En vista de ello, el 17 de abril el gabinete de guerra británico aprobó un plan que preveía trasladar al norte de Rusia 20.000 soldados de la Legión Checa, que era una fuerza integrada por unos 70.000 hombres que, tras caer prisioneros de los rusos o desertar del ejército austrohúngaro, habían estado luchando al lado de los aliados en Rusia. El 2 de mayo el Consejo Supremo de Guerra dio el visto bueno al plan británico.

Las crecientes presiones británicas hicieron que la oposición de los norteamericanos a que los aliados intervinieran en el norte de Rusia empezara a debilitarse. El 11 de mayo Lansing dijo a lord Reading que la intervención en Murmansk y Arkángel recibiría «una consideración mucho más favorable» por parte de Estados Unidos que la intervención en Siberia, principalmente porque la primera ofrecía ventajas militares a los aliados, cosa que no ocurría en el caso de la segunda.²⁷ El 20 de mayo, después de ser informado de esta conversación, Wilson dijo que estaba de acuerdo en que las dos regiones debían tratarse de forma diferente, pero que seguía oponiéndose a intervenir en ellas. Wilson defendió su postura apoyándose en los argumentos del general Peyton C. March, el jefe del estado mayor general del ejército: «1) que no se puede enviar a Murmansk ninguna fuerza suficientemente numerosa sin sustraer los barcos y los efectivos humanos necesarios del frente occidental, y 2) que tal sustracción en la crisis actual sería una gran insensatez...».²⁸

Los ingleses siguieron sin dar su brazo a torcer. El 28 de mayo el minis-

tro de Exteriores británico, Arthur Balfour, envió a Wilson una nota en la cual decía que la ayuda norteamericana era «esencial» para el éxito de la misión en Murmansk y de enorme importancia como demostración de la unidad de los aliados.²⁹ Las palabras de Balfour se vieron reforzadas por los mensajes alarmantes, pero erróneos, que el embajador Francis envió los días 29 y 30 de mayo y que decían que los finlandeses habían cortado el ferrocarril de Murmansk. El 1 de junio, un día después de recibir el mensaje de Balfour, Wilson se entrevistó con Lansing y accedió a enviar tropas estadounidenses a Murmansk, siempre y cuando tal diversión de recursos aliados recibiera la aprobación del comandante en jefe de los ejércitos aliados, el general Ferdinand Foch. El 3 de junio el Consejo Supremo de Guerra se apresuró a aprovechar la concesión de Wilson y pidió oficialmente que los aliados intervinieran en el norte de Rusia. El 17 de junio Foch dio su aprobación. Con todo, hasta finales de junio no fue posible ponerse de acuerdo con Wilson sobre cuál debía ser la aportación militar de Estados Unidos. Al final se decidió que consistiría en tres batallones de infantería, es decir, 5.700 soldados, muchos menos de los que había pedido el Consejo Supremo de Guerra. Aunque Wilson seguía albergando serias dudas al respecto, finalmente había optado por dar el paso decisivo en Rusia.

Si Wilson cedió en el asunto de la intervención, fue principalmente porque su gobierno estaba cada vez más convencido de que era necesario reactivar el frente oriental para impedir el inminente derrumbamiento del frente occidental. El 27 de mayo, los alemanes lanzaron una nueva ofensiva en dicho frente, y en menos de una semana consiguieron atravesar las líneas aliadas y llegar hasta Chateau Thierry, a orillas del río Marne, no lejos de París. Con los franceses preparándose para abandonar su capital, el presidente apreció, más que nunca, la ventaja que representaba para los alemanes la relativa inactividad del frente ruso en su retaguardia. Para Wilson, la intervención en Rusia se había convertido en una necesidad psicológica y política. Necesitaba desesperadamente una numerosa fuerza de intervención que impidiese que los alemanes trasladaran otras cuarenta divisiones al frente occidental.

Durante la totalidad de abril y mayo, el presidente había tratado de obtener toda la información posible sobre los grupos antibolcheviques de Siberia. Si bien seguía oponiéndose a la intervención militar directa de Estados Unidos en Siberia, como había demostrado su apoyo a Kaledin, es claro que quería ayudar indirectamente a las fuerzas indígenas que se oponían a los bolcheviques. El 18 de abril escribió a Lansing: «Valoraría mucho un memorándum que contuviera *todo* lo que sabemos sobre estos diversos *núcleos* de autoridad autónoma que, al parecer, están brotando en Siberia. Me daría mucha satisfacción apoyar al que se acercase más a ser representativo de ellos si en verdad es capaz de hacerse con el liderazgo y el control».³⁰

Wilson pensaba ayudar a las fuerzas antibolcheviques aunque no fuera

posible determinar si contaban con el apoyo abrumador del pueblo ruso. El 29 de mayo dijo a un diplomático británico, sir William Wiseman, que estaba dispuesto a intervenir, incluso oponiéndose a los deseos del pueblo ruso si finalmente era en bien de éste. El presidente dijo a Wiseman: «Si hubiéramos podido desembarcar una numerosa fuerza anglonorteamericana en Vladivostok y avanzar siguiendo el ferrocarril siberiano, tal vez hubiéramos ... conseguido que el pueblo ruso ayudara en la defensa de su país». Pero Wilson no creía que los aliados pudieran permitirse desviar fuerzas del frente occidental para tal fin. También temía que la intervención japonesa en Siberia sencillamente lanzase a los rusos en brazos de los alemanes. Al preguntarle Wiseman si esto quería decir que los aliados «no debían hacer nada en absoluto», Wilson contestó: «No. Debemos observar la situación de forma atenta y comprensiva, y estar preparados para actuar cuando llegue el momento oportuno».³¹

El 2 de junio se presentó la oportunidad que Wilson esperaba. Llegó la noticia de que se habían registrado combates entre los bolcheviques y la Legión Checa. A mediados de marzo, después de la firma del tratado de Brest-Litovsk, los bolcheviques dieron permiso a los checos para retirarse a Vladivostok utilizando el Ferrocarril Transiberiano. Pese a ello, el 26 de mayo se libraron combates entre las dos fuerzas porque los checos se negaron a abandonar las armas, como les exigían los bolcheviques, antes de emprender la retirada a Vladivostok. Elementos antibolcheviques acudieron rápidamente en ayuda de los checos, y a finales de junio las fuerzas conjuntas ya dominaban la mayor parte de Siberia al este de los montes Urales. El 17 de junio Wilson ya pensaba que los checos, a los que llamaba «los primos de los rusos», eran una fuerza poderosa y eficaz a la que podía apoyar legítimamente «con la ayuda de los japoneses y de otros» en su lucha contra los alemanes, así como contra los bolcheviques, y que podría hacerlo sin indisponerse con las masas rusas.³²

El 3 de julio los checos tomaron Vladivostok después de expulsar a las fuerzas bolcheviques de la ciudad, con lo cual los aliados contaron con una base segura para las operaciones en Siberia. El día anterior, el Consejo Supremo de Guerra había pedido al presidente que aprobase el envío inmediato de 100.000 soldados aliados a Vladivostok. La misión, según el Consejo, tendría tres objetivos: 1) permitir que los rusos «se quitaran de encima a sus opresores alemanes», 2) «reconstituir el frente ruso», y 3) «prestar ayuda a las fuerzas checas».³³

El 6 de julio Wilson comunicó a Lansing, a Newton D. Baker, ministro de la Guerra, a Josephus Daniels, ministro de Marina, al almirante William Benson (Jefe de Operaciones Navales) y al general March que había decidido proponer al gobierno de Tokio que japoneses y norteamericanos enviaran una expedición conjunta a Vladivostok. Pero en lugar de los 100.000 soldados que había propuesto el Consejo Supremo de Guerra, Wilson limitó la apor-

tación de cada una de las naciones a 7.000 hombres. Al parecer, estas tropas protegerían la línea de comunicaciones de los checos de Vladivostok mientras avanzaban hacia el oeste para socorrer a sus camaradas, que estaban atrapados por los bolcheviques en Irkutsk. No se invitaría a los ingleses y los franceses, que obviamente querían una intervención mucho más amplia que Wilson, a participar en la expedición.

El general March fue el único que presentó argumentos contra la misión. Señaló que no había forma de reconstituir a Rusia como máquina militar y que la intervención sólo serviría para permitir que los japoneses pusieran los pies en Siberia.³⁴ Wilson reconoció que era materialmente imposible volver a establecer un frente oriental contra los alemanes, pero estaba dispuesto a correr el riesgo de un engrandecimiento japonés a expensas de Rusia para apoyar a los checos y mantener la unidad de los aliados. Es evidente que creía que el riesgo de que los japoneses invadieran Siberia era menor si intervenían junto a Estados Unidos en vez de solos.

Wilson volvió a manifestar su decisión en un recordatorio que él mismo mecanografió y que se entregó a los representantes aliados en Washington el 17 de julio. Parte de la declaración del presidente se facilitó de forma parafraseada a la prensa el 3 de agosto. Wilson declaró: «La acción militar es admisible en Rusia ... sólo para ayudar a los checos a iniciar con sus fuerzas una cooperación fructífera con sus parientes eslavos y para afianzar cualquier intento de autogobierno o autodefensa en el que los propios rusos puedan estar dispuestos a aceptar ayuda». Añadió: «Ya sea desde Vladivostok o desde Murmansk y Arkángel, el único objeto legítimo para emplear tropas norteamericanas o aliadas ... es proteger pertrechos militares que posteriormente puedan necesitar las fuerzas rusas y prestar la ayuda que los rusos consideren aceptable para la organización de su propia defensa». A modo de advertencia a los aliados, Wilson agregó que cualquier otro plan que no concordase con estos objetivos limitados obligaría a Estados Unidos a retirar sus fuerzas de Rusia. También afirmó que había pedido a los aliados que garantizaran «de la forma más pública y solemne» que no proyectaban «ninguna clase de injerencia en la soberanía política de Rusia, ninguna intervención en sus asuntos internos, ni ningún menoscabo de su integridad territorial ya sea ahora o más adelante».³⁵ Wilson no dijo nada en ese momento —aunque lo diría más tarde— sobre evacuar a los checos de Rusia. El 20 de agosto aplazó «una consideración de los movimientos futuros de los checos, ya sea hacia Francia en el este o hacia Rusia en el oeste, hasta después de que el este de Siberia hubiese sido limpiado de enemigos».³⁶

El memorándum de Wilson no decía que las fuerzas norteamericanas protegerían las líneas de abastecimiento no sólo de los checos, sino también de sus «parientes eslavos», esto es, los antibolcheviques que luchaban a su lado. Además, era claro que las armas y las municiones que Estados Unidos

estaba enviando a los checos también llegarían a poder de los «blancos». Es obvio que el presidente se daba cuenta de ello y lo aceptaba. Como indicara antes el episodio de Kaledin, Wilson estaba dispuesto a apoyar el esfuerzo por crear el «autogobierno» en Rusia, a la cual, en su opinión, no representaban los bolcheviques. Pero no quería que las tropas estadounidenses librasen las batallas que debían librar los «blancos».

Huelga decir que el presidente no pidió permiso a los soviéticos para enviar fuerzas militares norteamericanas a Rusia. El 29 de julio, después de que los embajadores aliados abandonaran Rusia —gesto que los soviéticos interpretaron como el preludio de la guerra—, el comité ejecutivo central soviético aprobó una resolución que declaraba que «la patria socialista está en peligro» y apelaba a las «masas trabajadoras» de los países aliados para que detuvieran la intervención militar de sus gobiernos en Rusia.³⁷ En realidad, los aliados y los soviéticos se encontraban de facto en estado de guerra.

El esfuerzo de Wilson por limitar la intervención aliada en Rusia empezó a fracasar casi inmediatamente. Los ingleses y los franceses se ofendieron porque el presidente no les informó de su decisión, y no tenían ninguna intención de verse excluidos de la operación. Los ingleses ordenaron a un batallón destinado en Hong-Kong que se trasladara a Vladivostok, y los franceses sencillamente declararon que consideraban la Legión Checa parte integrante del ejército francés. Los chinos y los italianos también enviaron destacamentos a Vladivostok. Era claro que la intervención aliada había adquirido unas proporciones que superaban las que Wilson había querido, aunque seguían siendo muy inferiores a las que deseaban los aliados.

Más inquietante fue la negativa de los japoneses a acatar las limitaciones que Wilson pretendía imponer a la expedición a Vladivostok. En vez de respetar el tope de 7.000 soldados que fijara el presidente, el 24 de julio el gobierno japonés propuso enviar a Vladivostok una división entera (aproximadamente 12.000 hombres), a la que seguirían más tropas si eran necesarias. Igualmente presagiosas fueron las referencias de los japoneses a su «posición especial» en Siberia. Wilson, irritado por la respuesta japonesa, que, a su juicio, daría la impresión de que los aliados se inmiscuían en los asuntos internos de Rusia, amenazó con cancelar la participación estadounidense en la expedición. Pero no podía abandonar a los checos. Así pues, aceptó una promesa deliberadamente vaga de los japoneses de mantener la «armonía» con sus aliados y decidió seguir adelante con la expedición, sin duda con la esperanza de que la presencia de tropas estadounidenses en Vladivostok sirviera para frenar las ambiciones japonesas en Siberia.³⁸ Los primeros soldados norteamericanos desembarcaron en Vladivostok el 16 de agosto y en Arkángel el 4 de septiembre de 1918.

LA GUERRA EN RUSIA

Ahora que la intervención japonesa en Siberia contaba con el visto bueno de Wilson, los militares japoneses, que esperaban aprovechar la expedición para ampliar su dominio en Manchuria, impusieron rápidamente su propio programa al gobierno japonés. Éste aprobó la recomendación del ejército de que se enviara una fuerza japonesa independiente para proteger la frontera manchuriana de una supuesta invasión de territorio chino por parte de los bolcheviques y prisioneros de guerra alemanes organizados, hecho que el gobierno chino negó categóricamente. El 21 de agosto los japoneses ya habían apostado 12.000 soldados a lo largo del Ferrocarril Oriental Chino. A mediados de septiembre, los japoneses tenían unos 62.000 soldados en Siberia y en el norte de Manchuria.

Wilson hizo cuanto pudo por frenar a los japoneses. Se informó al vizconde Ishii Kikujiro del desagrado del presidente ante la importancia de la concentración militar japonesa. Al mismo tiempo, Wilson también puso la dirección general de los ferrocarriles Transiberiano y Oriental Chino en manos de un norteamericano, John Stevens, director del cuerpo de intendencia de los ferrocarriles rusos. Además, Wilson, que en un principio había prohibido al general William S. Graves, que mandaba las fuerzas expedicionarias norteamericanas en Siberia, que avanzara más allá de Vladivostok, accedió ahora a una petición china de que se permitiera a las tropas estadounidenses avanzar hasta Harbin, en Manchuria. La medida se tomó aparentemente para facilitar el movimiento de los checos hacia el este, pero es obvio que sirvió también para frenar las ambiciones japonesas en Manchuria. Y, no hace falta decirlo, mantener los ferrocarriles de Siberia oriental servía también para abastecer a las fuerzas que luchaban contra los bolcheviques.

Mientras los japoneses trataban de crear una esfera de influencia en Siberia, los ingleses y los franceses siguieron su propio programa en el norte de Rusia. El general Frederick Poole, que tenía el mando de las fuerzas británicas en Murmansk, trazó un plan para invadir el norte de Rusia con 5.000 soldados aliados, a los que, según predijo, rápidamente se unirían unos 100.000 rusos antibolcheviques. El 1 de agosto, como primer paso del plan de Poole, una flotilla aliada entró en el puerto de Arkángel con unos 600 soldados británicos, un batallón colonial francés y (sin conocimiento previo de Wilson) el buque norteamericano *Olympia*. Después de derrotar rápidamente a la guarnición bolchevique, las fuerzas de Poole avanzaron más de 220 kilómetros hacia el sur en el espacio de una semana, sin encontrar oposición digna de tenerse en cuenta.

Tan pronto como las unidades norteamericanas (bajo el mando del coronel George E. Stewart) llegaron a Arkángel el 4 de septiembre, Poole las en-

vió inmediatamente al frente, donde entablaron varios combates en pequeña escala con las fuerzas soviéticas, de nuevo sin conocimiento previo del presidente. Sin embargo, cuando el Consejo Supremo de Guerra recibió una petición de más tropas que Poole hizo el 2 de septiembre, el general Bliss, el representante norteamericano, respondió negativamente. Wilson apoyó la decisión de Bliss. El 26 de septiembre Lansing envió una circular a los principales gobiernos aliados en la cual insistía en que «debe abandonarse todo esfuerzo militar en el norte de Rusia excepto la protección de los puertos propiamente dichos y de todo el territorio circundante donde puedan surgir condiciones amenazadoras ... No se enviarán más tropas norteamericanas a los puertos del norte».³⁹

Pese al tono categórico de la circular, las tropas estadounidenses siguieron ocupando un lugar destacado en el frente del norte de Rusia, donde libraron más combates esporádicos con las fuerzas bolcheviques. El gobierno de Estados Unidos respondió protestando vigorosamente y exigió el relevo del general Poole. Los ingleses cedieron a las presiones norteamericanas y el 14 de octubre retiraron al general, que fue sustituido por un militar claramente menos politizado, el general W. Edmund Ironside.

Wilson también se resistió a los esfuerzos de los aliados por ampliar la intervención en Siberia. Escribió a Lansing: «No había que pensar en enviar refuerzos desde Siberia oriental ... los checos debían (en la medida en que había que utilizar nuestra ayuda) ir hacia el este en vez de hacia el oeste. ¿No hay ninguna manera —ninguna forma de expresión— de hacer que se comprenda esto?».⁴⁰ Lansing comunicó a los ingleses que después de cumplir la misión de «salvar a los checos», las tropas de Estados Unidos, junto con las fuerzas japonesas, evacuarían el territorio ruso.⁴¹

La guerra con Alemania terminó por fin al firmarse un armisticio el 11 de noviembre de 1918. Pero en Rusia se siguió luchando. El mismo día en que la guerra terminó en la Europa occidental, tropas aliadas, entre las que había dos compañías norteamericanas, libraron una feroz batalla con unidades del ejército rojo en Tulgas, un pueblo situado a orillas del río Duina septentrional. Dos meses después, el 25 de enero de 1919, las fuerzas aliadas tuvieron que ponerse a la defensiva cuando el envalentonado ejército rojo atacó un saliente expuesto alrededor de Senkursk, unos 320 kilómetros al sur de Arkángel; las apuradas tropas aliadas se vieron obligadas a retroceder unos 80 kilómetros. Al aumentar la agresividad del ejército rojo, la moral de las tropas aliadas y norteamericanas empezó a decaer.

Poco después de la firma del armisticio con los alemanes, tanto el general Graves como el coronel Stewart habían pedido permiso para ordenar la retirada inmediata de las fuerzas estadounidenses de sus respectivos teatros de operaciones. Aunque Wilson tenía grandes deseos de sacar sus tropas de Rusia, por diversas razones creyó que aún no podía hacerlo. Entre otras cosas, no

se sentía con ánimos de abandonar a los checos, que a estas alturas estaban totalmente desmoralizados después de sufrir una serie de derrotas aplastantes a manos del ejército rojo durante el otoño. Además, el presidente no quería dar carta blanca a los japoneses en Siberia, y temía que éste sería uno de los resultados principales de la rápida retirada de las tropas estadounidenses de Rusia. Lo que es más importante, Wilson creía que una retirada precipitada de las tropas norteamericanas pondría en peligro la unidad de los aliados en un momento en que necesitaba el apoyo de éstos con el fin de poner en práctica su plan para la creación de la Sociedad de Naciones. El presidente reconoció en privado que resultaba «más difícil salir [de Rusia] que entrar».⁴² En consecuencia, el 4 de diciembre el departamento de Estado hizo saber a su encargado de negocios en Arkángel, Dewitt Poole, que no habría ningún cambio en la política estadounidense hasta que los aliados hablasen sobre qué más podían hacer para ayudar a Rusia en la conferencia de paz que estaba a punto de empezar en París.

UN PARÉNTESIS DIPLOMÁTICO

No hace falta decir que el final de la primera guerra mundial no hizo más que incrementar la sensación de peligro de los bolcheviques. «Ahora el capitalismo mundial se echará sobre nosotros», dijo Lenin a Chicherin.⁴³ El gobierno soviético trató de impedir una invasión total de los aliados en apoyo de las fuerzas «blancas» que luchaban contra el ejército rojo, y para ello lanzó una iniciativa de paz poco después de terminar la contienda. El 3 de noviembre Chicherin dirigió una nota a las potencias occidentales en la que declaraba que su gobierno estaba «dispuesto a hacer muchas concesiones a las potencias de la entente con el fin de llegar a un acuerdo».⁴⁴ El concepto de apelar a Occidente en nombre de las ventajas económicas seguiría siendo una premisa central de la diplomacia soviética hasta bien entrado el decenio de 1920.

Pero la propuesta de paz soviética fue acogida con mucha frialdad en las capitales occidentales. «Ahora que nuestros enemigos han sido derrotados —escribió lord Robert Cecil, subsecretario de Asuntos Exteriores británico—, el principal peligro para este país es el bolchevismo.» Stephen Pichon, el ministro de Exteriores francés, pensaba lo mismo. En el telegrama que contenía la propuesta de paz soviética escribió: «No tenemos el menor deseo de entablar conversaciones con los bolcheviques».⁴⁵ En vez de negociar con los bolcheviques, los ingleses y los franceses se disponían a aumentar la ayuda a los «blancos».

A diferencia de sus aliados, con todo, a esas alturas Wilson ansiaba poner fin a la participación militar directa de Estados Unidos en el conflicto de Rusia y, por tanto, se inclinaba menos que los ingleses y los franceses a rechazar

los tanteos de paz soviéticos. En consecuencia, a principios de enero de 1919 autorizó a William Buckler, ayudante especial en la embajada de Estados Unidos en Londres, a entrevistarse con un representante bolchevique, Maksim Litvinov, en Estocolmo. Después de hablar con Litvinov del 14 al 16 de enero, Buckler informó de que el diplomático bolchevique había mostrado una «actitud conciliadora».⁴⁶ Reflejo de tal actitud eran la disposición de Litvinov a negociar un armisticio con los aliados y su promesa de que el gobierno soviético sería más moderado en su política interior y exterior. Litvinov esperaba que, a cambio de ello, los aliados «interrumpieran todas las operaciones militares directas o indirectas contra la Rusia soviética, toda la ayuda material directa o indirecta a las fuerzas rusas o de otras nacionalidades que operaban contra el gobierno soviético y también todo tipo de guerra y boicot económicos».⁴⁷ Para entonces, Wilson se encontraba en París al frente de la delegación estadounidense en la conferencia de paz. El 21 de enero leyó el informe de Buckler ante el Consejo de los Diez, integrado por representantes de las potencias victoriosas. Las concesiones que ofrecía Litvinov surtieron un efecto significativo en sus deliberaciones. Debido a ello, el Consejo autorizó a Wilson a redactar una propuesta (que el primer ministro británico, David Lloyd George, fue el primero en sugerir a comienzos de diciembre de 1918) para invitar a todas las partes enfrentadas en Rusia, incluidos los bolcheviques, a asistir a una conferencia de paz en la isla de Prinkipo (en el mar de Mármara, cerca de Estambul, en Turquía) que empezaría el 15 de febrero. Wilson tenía la esperanza de que si llevaba a los bolcheviques a la mesa de negociaciones, podría persuadirlos a aceptar una resolución democrática de la guerra civil rusa. Como mínimo, esperaba impedir que Lenin se hiciera pasar por el defensor de una Rusia que se encontraba en peligro por culpa de la intervención extranjera. Pero la propuesta de Prinkipo fracasó porque los «blancos», a instancias de los franceses, cuyo antibolchevismo era implacable, se negaron a asistir a la conferencia.

Lenin pensaba que los aliados estaban dispuestos a reconocer al régimen bolchevique y por ello aceptó la invitación a la conferencia de Prinkipo. Pero es claro que no tenía intención de abandonar su programa revolucionario con el fin de lograr la paz con los aliados. El 23 de enero de 1919, sólo un día después de recibir la invitación a Prinkipo, Lenin pidió la creación de la Tercera Internacional o Comintern, que se encargaría de dirigir el movimiento comunista internacional. A comienzos de marzo el Comintern celebró su primera reunión en Moscú y empezó a trazar planes para intensificar la propaganda y la agitación revolucionarias en todo el mundo. Aquel mismo mes, gobiernos de tipo soviético subieron al poder en Hungría y en Baviera, lo cual hizo que Lenin se sintiera aún más convencido de que la revolución no tardaría en producirse en el resto de Europa.

LA MISIÓN BULLITT

En febrero de 1919, después de que Wilson regresara de París a Washington, para ocuparse de asuntos del Congreso, William Bullitt, joven miembro del departamento de Estado, hizo otro intento de ponerse en comunicación con los bolcheviques. Bullitt creía firmemente que el régimen bolchevique moderaría su conducta a cambio del reconocimiento y la ayuda de Estados Unidos.

En realidad, la idea de intentar de nuevo entenderse con los bolcheviques salió del primer ministro británico, David Lloyd George, que persuadió al coronel House a apoyar la iniciativa. House aceptó la propuesta de Lloyd George porque creía que un entendimiento con los bolcheviques era necesario para impedir que la Rusia soviética se convirtiera en un estado cliente de Alemania. Lansing, que seguía oponiéndose a reconocer al régimen bolchevique, autorizó la misión Bullitt, pero sólo para obtener información complementaria sobre las condiciones políticas y económicas que existían en Rusia.

Bullitt, sin embargo, tenía la impresión de que se le había autorizado a hacer mucho más que eso, de hecho, a averiguar si la paz entre los bolcheviques y los aliados era posible. Poco antes de emprender viaje a Moscú, le entregaron una propuesta redactada por el coronel House y Philip Kerr, el secretario de Lloyd George, que indicaba que los aliados concederían a los bolcheviques el reconocimiento de facto si moderaban su conducta. Al parecer, ni Wilson ni Lansing tenían conocimiento previo de la propuesta House-Kerr. Si bien el 14 de febrero el presidente había dicho al Consejo de los Diez que «representantes extraoficiales norteamericanos deberían reunirse con representantes de los bolcheviques», dejó claro que lo único que quería era información sobre cómo podía resolverse el problema ruso y no un acercamiento a los bolcheviques.⁴⁸ Es natural que Lenin, que ahora deseaba desesperadamente la paz, no sólo accediera a aceptar un alto el fuego, sino que también expresara su disposición a pagar las deudas de Rusia, reconocer la independencia de las nacionalidades sometidas al antiguo imperio ruso y declarar una amnistía general a cambio del fin de la intervención aliada.

Al regresar a París el 25 de marzo, con un plan que él creía que iba a poner fin a la lucha en Rusia, Bullitt fue tratado con frialdad. Lansing se opuso rotundamente al ofrecimiento de Lenin, y Wilson, que había vuelto de Estados Unidos a la capital francesa, evitó una entrevista con Bullitt con la excusa de que le dolía la cabeza. (Es muy probable que el presidente dijera la verdad, habida cuenta de que poco después sufrió una fuerte gripe y, posiblemente, una embolia.) Está claro, sin embargo, que Wilson, cuyo plan para la creación de la Sociedad de Naciones era atacado en Estados Unidos, era reacio a arriesgarse a sostener otra lucha a causa de un intento de llegar a un acuerdo con la Rusia soviética. Sin el apoyo de Wilson, y ante la oposición francesa a

la idea de un entendimiento con los bolcheviques, tanto House como Lloyd George abandonaron a Bullitt.

LOS PLANES HOOVER-NANSEN

Si bien Wilson no quería reconocer al régimen bolchevique, también mostraba cada vez menos interés por utilizar medios militares para derrocarlo. Poco antes de regresar a Washington el 15 de febrero de 1919, Wilson se entrevistó con Winston Churchill, el ministro de la Guerra británico. Churchill quería mandar un ejército británico de varios miles de voluntarios a Rusia además de aceptar una propuesta japonesa de ayudar a las fuerzas «blancas» que mandaba Alesandr Kolchak, almirante de la flota del mar Negro, y que controlaban gran parte del centro y el oeste de Siberia. A cambio de la ayuda japonesa, Churchill sugirió dar a Japón parte de la isla de Sajalín, la península de Kamchatka y el control de los ferrocarriles de Manchuria. El político británico deseaba que el Consejo Supremo de Guerra tomase una decisión al respecto antes de que Wilson se fuese de París. Pero el presidente rechazó el plan de Churchill. Arguyó que la intervención aliada no hacía «ninguna clase de bien» en Rusia, toda vez que no había allí tropas suficientes para derrotar a los bolcheviques y nadie, excepto los japoneses, estaba dispuesto a enviar más.⁴⁹ Wilson añadió que era obvio que los aliados tendrían que irse de Rusia algún día y que él se inclinaba a irse en seguida.

Al día siguiente, después de que Wilson abandonara París, Churchill reanudó sus esfuerzos por obtener la aprobación del Consejo Supremo de Guerra para la intervención militar aliada en Rusia. Al enterarse de ello, Wilson montó en cólera. Ordenó a House que dijera claramente al Consejo que «no estamos en guerra con Rusia y en ninguna circunstancia previsible tomaremos parte en operaciones militares allí contra los rusos».⁵⁰ A causa de ello, la propuesta de intervención de Churchill fue rechazada definitivamente.

En vez de recurrir a la fuerza militar, Wilson aceptó la declaración de Lansing según la cual «los bolcheviques son señal de que hay estómagos vacíos. Si los estómagos están llenos, no hay bolcheviques».⁵¹ El presidente creía que los alimentos, el comercio y la democracia eran las únicas formas eficaces de impedir que el comunismo se adueñara de Europa. Para salvar a Europa de la inanición así como del bolchevismo, Wilson nombró a Herbert Hoover coordinador de los programas de socorro norteamericanos para la Europa de la posguerra. En Hungría, Hoover utilizó los alimentos norteamericanos, junto con una invasión del país por parte del ejército rumano, para ayudar a derribar al gobierno comunista de Béla Kun.

También se ofrecieron alimentos a Rusia, por mediación de Fridtjof Nansen, explorador polar noruego, pero el Plan Nansen estipulaba unas condicio-

nes que por fuerza rechazarían los bolcheviques. Una de ellas era que agentes aliados debían tener el derecho de supervisar la distribución de los alimentos en el interior de Rusia, lo cual privaría a los bolcheviques de un instrumento importantísimo para controlar al pueblo. La segunda condición exigía que los bolcheviques interrumpieran las hostilidades contra sus adversarios «blancos» y abandonasen sus esfuerzos por derribar a gobiernos extranjeros. Lenin respondió que estaba dispuesto a entrevistarse con representantes de los aliados para iniciar negociaciones de paz, pero que no podía dejar de luchar contra los «instrumentos» de los gobiernos aliados. El resultado fue que el Plan Nansen nunca se puso en práctica, y se permitió que continuase el bloqueo económico de la Rusia bolchevique que entró en vigor poco después de firmarse el tratado de Brest-Litovsk. En realidad, como los bolcheviques no querían aceptar las condiciones que ponían los aliados para prestar ayuda económica, éstos seguirían intentando estrangular económicamente a la Rusia soviética.

RETIRADA

Mientras tanto, aumentó la oposición del Congreso a la presencia militar estadounidense en Rusia. El 13 de enero de 1919, el senador republicano Hiram Johnson de California introdujo una resolución que declaraba «en opinión del Senado, los soldados de Estados Unidos deberían retirarse de Rusia en cuanto sea posible». ⁵² Sólo el voto del vicepresidente Thomas Marshall, que rompió el empate, impidió que se aprobara la resolución. No obstante, Wilson cambió de opinión debido a las presiones del Congreso. El 24 de febrero de 1919, el departamento de Estado hizo saber a los aliados que el presidente había ordenado «la retirada inmediata de las tropas norteamericanas y aliadas del norte de Rusia en cuanto lo permitan las condiciones meteorológicas de primavera». ⁵³ La evacuación empezó en junio de 1919 y el 23 de julio las últimas tropas de Estados Unidos ya habían abandonado el norte de Rusia. Un total de 222 norteamericanos habían muerto luchando contra los bolcheviques en el norte de Rusia.

Si bien Wilson había accedido a retirar sus fuerzas del norte de Rusia, sacarlas de Siberia resultó más difícil. Durante el invierno de 1919, los ingleses y los franceses habían prestado mucho apoyo al almirante Kolchak y gracias a ello éste había obtenido una serie de victorias aplastantes contra las fuerzas bolcheviques en el oeste de Siberia. Presionado por los aliados, el 26 de mayo de 1919, Wilson accedió a cooperar con ellos y proporcionar alimentos, material y municiones a Kolchak. Aunque su extremo conservadurismo desconcertaba a Wilson, el almirante ruso tenía una ventaja, a saber: los japoneses se oponían a él y preferían colaborar con el general cosaco Grigorií Semenov, que era más acomodaticio y controlaba con sus fuerzas el este de Siberia. No

obstante, Wilson no accedió a ayudar a Kolchak hasta después de que el almirante prometiera crear una asamblea constituyente que sería elegida libremente, hacer que Rusia ingresara en la Sociedad de Naciones y asumir las deudas legales de los anteriores gobiernos rusos.

Para entonces una serie de ataques de apoplejía ya había dejado gravemente incapacitado a Wilson, y la suerte de su política rusa estaba ligada al debate en torno al tratado de Versalles, en especial la cláusula del mismo que pedía que Estados Unidos fuera miembro de una Sociedad de Naciones. Los adversarios de la Sociedad encuadrados en el partido progresista y encabezados por el senador republicano William E. Borah de Idaho adujeron que la participación de Estados Unidos en la guerra civil rusa era sólo el principio de lo que, según predijo Borah, sería un esfuerzo interminable por mantener el *statu quo* en todo el mundo. En el otro extremo del espectro político, los conservadores deseaban retirar las tropas norteamericanas de Rusia porque creían que su presencia fomentaba el radicalismo en Estados Unidos al incrementar la simpatía del público por los bolcheviques.

En marzo de 1919, el mes de la creación del Comintern, se constituyó un comité del Congreso que investigaría el alcance de la subversión comunista en Estados Unidos. En mayo se distribuyeron cinco millones de copias de la carta de Lenin «Al obrero norteamericano», y en agosto se organizó el partido laborista comunista de Estados Unidos bajo el liderazgo de John Reed, Benjamin Gitlow y William Lloyd, que eran norteamericanos de nacimiento. Otros radicales, en su mayoría norteamericanos nacidos en el extranjero, fundaron el partido comunista. Estos acontecimientos, así como una serie de huelgas y disturbios raciales que muchos achacaron a la agitación comunista, hicieron que la nación se viera dominada por la primera «alarma roja» en el verano de 1919. El ministro de Justicia, A. Mitchell Palmer, trató de sacar partido de las circunstancias para ser nombrado candidato demócrata a la presidencia en 1920. Palmer creó la División General de Información dentro del departamento de Justicia y nombró jefe de la misma a J. Edgar Hoover, que más adelante sería director de la Oficina Federal de Investigación (FBI) del departamento. Siguiendo órdenes de Palmer, miles de extranjeros sospechosos de tomar parte en actividades comunistas fueron detenidos y centenares de ellos fueron deportados. Si bien Palmer no logró que le nombrasen candidato demócrata a la presidencia, su actuación hizo que aumentara el temor de los ciudadanos a una revolución bolchevique en el país y su apoyo a la retirada de las tropas estadounidenses de Rusia para que volviesen a la seguridad que ofrecía el territorio nacional.

Mientras la «alarma roja» continuaba con toda su fuerza en Estados Unidos, la suerte de la resistencia «blanca» en Rusia empeoraba de forma definitiva. Las fuerzas de Kolchak sufrieron una derrota decisiva a manos del ejército rojo en el otoño de 1919, y los bolcheviques ejecutaron al almirante el

7 de febrero de 1920. Con la caída de Kolchak, resultó claro que no era posible que las tropas norteamericanas permanecieran más tiempo en Siberia sin verse envueltas en choques con el ejército rojo, que seguía avanzando. Así pues, los últimos soldados estadounidenses abandonaron Vladivostok en abril de 1920.

Con la retirada de las tropas británicas y francesas en 1920, y la firma de un acuerdo de tregua en octubre de aquel mismo año que puso fin a una guerra entre polacos y soviéticos, el ejército rojo pudo concentrarse en luchar contra las fuerzas «blancas» que quedaban en el sur de Rusia. A mediados de noviembre de 1920, después de una serie de victorias decisivas de los soviéticos en Crimea, terminó la guerra civil rusa. Los japoneses, sin embargo, mantuvieron tropas en Siberia hasta finales de 1922, momento en que la oposición interior a que su presencia continuara, así como la presión diplomática constante de las naciones occidentales, obligó finalmente a retirarlas. Una vez retiradas las fuerzas aliadas y aplastados los «blancos», los soviéticos pudieron imponer su dominio a todos los territorios del antiguo imperio ruso antes de 1922, con la excepción de Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Besarabia (Moldavia) y partes de Polonia.

LA POLÍTICA DE NO RECONOCIMIENTO

A raíz de la victoria bolchevique, en Estados Unidos se alzaron voces que exigían el reconocimiento del gobierno soviético, pero Wilson no pensaba cambiar de rumbo. El 27 de septiembre de 1920, el presidente expresó las razones de lo que más adelante, después de la segunda guerra mundial, se convertiría en la política de contención que seguiría Estados Unidos: «El bolchevismo es un error y hay que resistirse a él como hay que resistirse a todos los errores... No puede durar porque es un error».⁵⁴

Un mes antes, el 10 de agosto, Bainbridge Colby, el nuevo secretario de Estado, declaró que Estados Unidos no podía reconocer al gobierno soviético porque «el régimen existente en Rusia se basa en la negación de todos los principios de honor y buena fe, y todas las costumbres y convenciones que subyacen en toda la estructura del derecho internacional...».⁵⁵

Aunque Wilson se negaba a reconocer al gobierno soviético, el 8 de julio de 1920 levantó el embargo impuesto al comercio de Estados Unidos con los soviéticos. La terminación del embargo comercial de los aliados meses antes aceleró esta medida. No obstante, el departamento de Estado advirtió que «los individuos o las empresas que aprovechen la presente oportunidad para comerciar con Rusia actuarán bajo su propia responsabilidad y a riesgo propio».⁵⁶ El departamento también declaró que seguirían vigentes varios impedimentos al comercio, tales como la restricción de pasaportes y visados, la

prohibición de los empréstitos a largo plazo y la prohibición de aceptar oro soviético en pago de las compras. Si bien Washington no prohibió los créditos comerciales a la Unión Soviética, utilizó medios directos e indirectos para evitarlos. Por ejemplo, el departamento de Comercio recomendó que las empresas que tuvieran tratos con Rusia no concedieran crédito para cualquier venta superior al beneficio bruto previsto. También sugirió que los empresarios norteamericanos cobrasen el 50 por 100 en metálico antes de enviar mercancías a Rusia y el resto en un plazo de entre seis y nueve meses. Debido a ello, pasarían varios años antes de que el comercio soviético-norteamericano empezara a ser fluido.

HARDING Y LA NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA

Lenin albergaba la esperanza de que con la elección del republicano Warren G. Harding, en noviembre de 1920, entraran en la Casa Blanca dirigentes dotados de una mentalidad más práctica cuyo interés en promover los beneficios comerciales no sólo estimulara el comercio con Rusia, así como las inversiones, sino que, además, hiciera que Washington reconociese al gobierno soviético. Pero pocos días después de tomar posesión de su cargo en marzo de 1921, Charles Evans Hughes, el secretario de Estado, anunció que los soviéticos deberían cumplir ciertas condiciones fundamentales para obtener el reconocimiento diplomático, entre ellas el pago de la deuda zarista y el abandono de sus intentos de derrocar a gobiernos extranjeros. Como los bolcheviques no estaban dispuestos a cumplir ninguna de las condiciones, el no reconocimiento seguiría siendo la política básica de Estados Unidos con la Unión Soviética durante la presidencia de Harding y las de sus sucesores republicanos, Calvin Coolidge y Herbert Hoover.

Esta política, sin embargo, no impidió que la Administración Norteamericana de Ayuda (ARA) enviase alimentos, ropa y medicinas por valor de 50 millones de dólares a Rusia durante la hambruna devastadora de 1921, que fue en parte consecuencia de la guerra civil y del intento bolchevique de socializar la economía. Aunque era enemigo implacable del régimen soviético, el director de la ARA, el entonces ministro de Comercio Herbert Hoover, creía que su organización lograría lo que no habían logrado los ejércitos aliados: rescatar Rusia de los soviéticos. Si bien la ayuda norteamericana salvó a millones de rusos de la inanición, no hizo caer al régimen soviético y, de hecho, puede que lo librara de una contrarrevolución.

En 1921, los norteamericanos se animaron cuando pareció que Lenin desistía del intento de imponer el comunismo a Rusia y promulgaba la llamada Nueva Política Económica (NEP). El objetivo de la NEP era salvar al país del desastre económico fomentando temporalmente el desarrollo de la

empresa privada e intentando atraer inversiones y tecnologías extranjeras que hacían mucha falta. Lenin arguyó que sólo después de que Rusia recuperase la salud económica sería posible reanudar la socialización de la economía.

Lenin dijo que para obtener ayuda extranjera que hiciera posible la reconstrucción de Rusia, los bolcheviques tenían que ser capaces «de aprovechar las contradicciones y los antagonismos entre los imperialistas». A su modo de ver, una de las más importantes de tales contradicciones era la que él creía que existía entre Estados Unidos y los países de la Europa occidental. Lenin explicó que «Estados Unidos es un país fuerte, todo el mundo está en deuda con él, todo depende de él, todo el mundo odia a Estados Unidos más y más... porque Estados Unidos es más rico que los otros».⁵⁷ Lenin creía que para mantener su condición de principal país capitalista, podía persuadirse a Estados Unidos a reconstruir la economía soviética, siempre y cuando se le ofrecieran lucrativas oportunidades de obtener beneficios. El plan inicial para este fin consistía en concesiones, esto es, empresas conjuntas entre compañías extranjeras y Amtorg, el organismo soviético de desarrollo económico. Lenin pensaba que las naciones capitalistas se desvivirían por obtener concesiones en Rusia.

Sin embargo, la mayoría de los capitalistas, especialmente los norteamericanos, no mordieron el anzuelo soviético. En 1925 los norteamericanos tenían sólo ocho de las noventa concesiones que existían en Rusia. Entre ellos estaban W. Averell Harriman, que más adelante sería embajador en la Unión Soviética, y Armand y Julius Hammer, que recibieron concesiones para la extracción de asbesto y la fabricación de lápices. Exceptuando la fábrica de lápices de Hammer, el rendimiento, si lo hubo, de las inversiones norteamericanas fue pequeño. A los extranjeros les resultaba difícil tratar con la burocracia soviética y les preocupaba perder sus inversiones a causa de una posible nacionalización. También los rusos se sintieron desilusionados con el programa de concesiones, en particular porque temían que las empresas conjuntas con los capitalistas debilitasen su esfuerzo por socializar Rusia. Hasta Lenin acabó admitiendo, poco antes de morir en 1924, que las concesiones eran «una cosa extraña en nuestro sistema».⁵⁸

HOOVER Y EL PRIMER PLAN QUINQUENAL

En 1928, después de que Josif Stalin saliera triunfante de una lucha por la sucesión con Lev Trotski (que quería hacer hincapié en la propagación internacional del comunismo mientras que Stalin era partidario de construir primero el socialismo en Rusia) y los llamados revisionistas de derechas (que querían preservar algunos de los rasgos capitalistas de la NEP), el gobierno soviético puso en marcha el primer Plan Quinquenal. Abandonó el programa

de concesiones y en su lugar adoptó una política consistente en emplear capital nacional, en vez de extranjero, para industrializar la Unión Soviética. En lugar de concesiones, el primer Plan Quinquenal recurría a los contratos para adquirir ayuda técnica extranjera. En vista de los malos resultados de las inversiones norteamericanas en Rusia bajo el sistema de concesiones, proporcionar ayuda técnica mediante contrato era un método más atractivo a ojos de las empresas estadounidenses. En consecuencia, por primera vez desde la revolución bolchevique empezaron a llegar a la Unión Soviética grandes cantidades de artículos y ayuda técnica norteamericanos. Durante el primer Plan Quinquenal hasta 1.000 ingenieros norteamericanos trabajaron en la Unión Soviética en virtud de contratos individuales de ayuda técnica, y muchos más estuvieron en Rusia trabajando para compañías estadounidenses que habían firmado contratos a tal efecto.

Entre las más significativas compañías norteamericanas que operaron en la Unión Soviética durante el primer Plan Quinquenal se encontraban la Albert Kahn Company, empresa de arquitectura industrial que proyectó unas 600 plantas en Rusia, la General Electric Company, que construyó el inmenso embalse de Dneiprostroy y prestó considerable ayuda técnica a la industria eléctrica soviética, y la Ford Motor Company, que no sólo vendió miles de automóviles, camiones y tractores, sino que prácticamente creó la industria automovilística soviética. La Ford concedió a los soviéticos plenos derechos de fabricación o utilización de su maquinaria, sus inventos y sus avances técnicos, y les proporcionó planos detallados de una fábrica completa. También facilitó a los ingenieros rusos acceso a las plantas de la compañía en Estados Unidos para que pudiesen adquirir formación técnica, a la vez que enviaba a sus propios ingenieros y capataces a la Unión Soviética para ayudar a la planificación y el funcionamiento de las nuevas fábricas.

Al igual que otros empresarios norteamericanos que participaron en el primer Plan Quinquenal, Henry Ford no obró movido sólo por el deseo de obtener beneficios en la Unión Soviética, sino también porque creía que la pericia norteamericana empujaría a los soviéticos a abandonar el socialismo y adoptar el capitalismo de tipo norteamericano. Pero Stalin aceptó la ayuda occidental únicamente porque deseaba que Rusia llegase a ser una potencia industrial autosuficiente y no para aprender a ser una nación capitalista. Después de recibir la instrucción que necesitaban para fabricar sus propios automóviles y tractores, en 1934 los soviéticos dieron por terminada su relación con la Ford. Resulta irónico que capitalistas como Ford contribuyeran sin darse cuenta al éxito del primer Plan Quinquenal así como a consolidar la dictadura de Stalin.

Otros capitalistas norteamericanos ayudaron a edificar el socialismo en Rusia concediendo créditos a corto plazo al gobierno soviético, lo que a su vez permitió a los soviéticos comprar productos norteamericanos que eran muy

necesarios. Debido a ello, el comercio entre los dos países, que consistía principalmente en exportaciones norteamericanas a la Unión Soviética, se multiplicó por veinte entre 1923 y 1930, año en que alcanzó 114.399.000 dólares. En 1930 Estados Unidos ya se había convertido en el principal exportador a la Unión Soviética y proporcionaba el 25 por 100 de las compras que hacía ese país, que se había convertido en el octavo cliente extranjero de Estados Unidos en orden de importancia y el principal comprador extranjero de maquinaria agrícola e industrial norteamericana.

No obstante, los soviéticos estaban disgustados porque los bancos norteamericanos no les concedían créditos a largo plazo. El gobierno norteamericano no veía con buenos ojos que se concedieran créditos de esta clase, no sólo porque la Unión Soviética se negaba a pagar la deuda zarista, sino también porque entre los dos países no había relaciones diplomáticas oficiales. Para presionar a Washington con el fin de que cambiase de política, en 1931 el gobierno soviético empezó a hacer la mayoría de sus pedidos a otros países, en particular Alemania. A causa de ello, el comercio soviético-norteamericano descendió bruscamente durante el año siguiente. En 1932 la participación norteamericana en las importaciones soviéticas había descendido del 25 por 100 a sólo el 4,5 por 100, lo cual representaba una disminución del 82 por 100 respecto del año anterior.

El descenso del comercio soviético-norteamericano durante 1932, el peor año de la Gran Depresión, no hizo más que incrementar las presiones sobre Estados Unidos para que reconociese al gobierno soviético y normalizara con ello las relaciones económicas, así como políticas, entre los dos países. Un sondeo entre cincuenta de las principales compañías que hacían negocios con la Unión Soviética indicó que veintidós de ellas estaban a favor del reconocimiento inmediato y otras once querían que el presidente Hoover enviase una comisión comercial para que estudiara soluciones de los problemas económicos y políticos que tenían los dos países. Sólo cuatro de las empresas consultadas se negaron rotundamente al reconocimiento.

Otro factor que favoreció la normalización de las relaciones entre los dos países fue que Estados Unidos fuese el único país importante que no tenía embajada en Moscú. Este estado de cosas creó situaciones embarazosas cuando los soviéticos empezaron a desempeñar un papel más activo en los asuntos internacionales a finales del decenio de 1920. Cuando Henry Stimson, el secretario de Estado del gobierno de Hoover, recordó tanto a China como a la Unión Soviética que el Pacto Kellogg-Briand de 1928 obligaba a los dos países a abstenerse de actos agresivos durante una disputa sobre Manchuria, el ministro de Exteriores soviético, Maksim Litvinov, respondió que Estados Unidos difícilmente estaba en condiciones de dar «instrucciones» a la Unión Soviética, país cuya existencia se negaba a reconocer oficialmente.⁵⁹

Algo más que una situación embarazosa se produjo cuando algunos nor-

teamericanos, entre ellos Stimson, empezaron a darse cuenta de que el hecho de no reconocer a la Unión Soviética no sólo privaba a Estados Unidos del apoyo soviético para mantener la política de puertas abiertas en China, sino que, además, significaba la ausencia de un equilibrio de poder en Extremo Oriente, que cada vez se veía más amenazado por el renacimiento del militarismo japonés. Tanto la Unión Soviética como Estados Unidos se opusieron a la ocupación militar de Manchuria por Japón en 1931, pero, al no tener relaciones diplomáticas, no pudieron actuar de forma concertada para impedir-la y obligar a los japoneses a retirarse.

Consciente de ello, Stimson se entrevistó en secreto con Karl Radek, uno de los lugartenientes de Litvinov, en la Conferencia del Desarme celebrada en Ginebra, para hablar de la posibilidad de que Estados Unidos reconociera a la Unión Soviética. También ordenó a sus subordinados del departamento de Estado que estudiaran qué efecto tendría el reconocimiento en lo que se refería a frenar la agresividad japonesa. Pero la sección del departamento de Estado que se ocupaba de la Europa del Este, la mayor parte de cuyo personal la integraban reliquias diplomáticas de los primeros años de la revolución bolchevique, se opuso al reconocimiento porque, según arguyó, Japón lo interpretaría como un acto hostil.

Las consideraciones ideológicas, sin embargo, contribuyeron más que la susceptibilidad japonesa a la oposición del departamento de Estado a que Washington reconociera al gobierno soviético. Como dijo en un memorándum interno de abril de 1929 Robert F. Kelley, el influyente jefe de la citada sección del departamento de Estado: «La dificultad esencial que impide el reconocimiento del gobierno soviético no son ciertos actos del régimen bolchevique, tales como la repudiación de las deudas, la confiscación de propiedades y la propaganda que hace en Estados Unidos, sino el propósito bolchevique de llevar a cabo la revolución mundial, del cual tales actos son manifestaciones».⁶⁰

El presidente Hoover opinaba lo mismo que Kelley. Pese a estar dispuesto a alimentar a la Rusia bolchevique e incluso a comerciar con ella, Hoover creía que el reconocimiento del gobierno soviético sería beneficioso para la causa del comunismo, a la que se oponía enérgicamente. El resultado fue que la normalización de las relaciones soviético-norteamericanas tuvo que esperar hasta que un presidente menos doctrinario se sentó en la Casa Blanca. Ese presidente fue Franklin D. Roosevelt.

EVALUACIÓN

Durante años los historiadores han debatido la importancia de los factores que motivaron la intervención norteamericana en la guerra civil rusa. La interpretación que popularizaron John A. White y Betty Miller Unterberger

hace hincapié en el deseo de Wilson de frenar la expansión japonesa en Extremo Oriente. Otra interpretación, cuyo principal exponente fue William Appleman Williams, plantea que el motivo principal de la intervención norteamericana fue el deseo de derrocar al régimen bolchevique. Esta segunda interpretación fue respaldada por los historiadores soviéticos, algunos de los cuales arguyen que Wilson estuvo decidido desde el principio a aplastar a la república soviética. En cambio, el historiador John W. Long ha alegado que «sencillamente no hay ninguna prueba que respalde la tesis de que el presidente Wilson actuó a impulsos del deseo ideológico de aplastar el bolchevismo y convencer a los rusos de la bondad de sus propias convicciones políticas».⁶¹

Parece que Wilson estaba motivado, al menos en parte, por el deseo de derribar al régimen bolchevique, pero se oponía a usar fuerzas militares estadounidenses y aliadas para alcanzar tal objetivo. Temía que la intervención militar directa de los aliados, en particular la unilateral de los japoneses, empujara al pueblo ruso a buscar refugio en los bolcheviques, que se presentaban como defensores de la independencia y la integridad territorial de Rusia. También temía que una intervención aliada obligase a los bolcheviques a pedir ayuda a los alemanes para luchar contra los aliados. Así pues, en vez de la intervención militar directa contra los bolcheviques, Wilson era partidario de intervenir indirectamente ayudando a las fuerzas «blancas» y a sus aliados checos a combatir contra los bolcheviques. También siguió presionando al gobierno soviético por medio del aislamiento político y la estrangulación económica.

A pesar de sus reservas, Wilson accedió poco a poco y a regañadientes a enviar tropas estadounidenses a Rusia. En lo que concierne al norte de Rusia, el motivo principal de su decisión fue el deseo de mantener la unidad de los aliados occidentales en un momento en que sus ejércitos corrían peligro de verse arrollados por los alemanes en el frente occidental. También le preocupaba la posibilidad de que los alemanes o los bolcheviques se apoderasen del material de guerra aliado almacenado en el norte de Rusia. Sacó la conclusión de que una presencia militar estadounidense en Siberia era necesaria no sólo para salvar a la Legión Checa y ayudar a los rusos antibolcheviques, sino también para impedir la intervención unilateral de los japoneses en el este de Rusia y el norte de Manchuria. Después de la derrota de Alemania, Wilson tardó en retirar las tropas de Rusia porque temía que la medida perjudicase la unidad de los aliados en un momento en que era de la mayor importancia para llevar a buen puerto su objetivo principal, la creación de la Sociedad de Naciones.

Aunque Wilson intentó que la misión de las fuerzas estadounidenses, tanto en el norte de Rusia como en Siberia, se limitara en esencia a vigilar, salta a la vista que no lo consiguió. Las tropas de Estados Unidos, especialmente

las destacadas en el norte de Rusia, chocaban a menudo con las fuerzas bolcheviques. La consiguiente caída de su moral y la creciente oposición del público y el Congreso a una presencia militar norteamericana en Rusia después del final de la guerra con Alemania acabaron obligando a Wilson a retirar las tropas del norte de Rusia. Sin embargo, la retirada de las fuerzas estadounidenses de Siberia no tuvo lugar hasta que resultó evidentísimo, después de la derrota de Kolchak, que los «blancos» ya no podían continuar oponiendo una resistencia eficaz.

En 1933, cuando empezaron las negociaciones para establecer relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y la Unión Soviética, Cordell Hull, el secretario de Estado de Roosevelt, mostró al negociador soviético, Maksim Litvinov, documentos que, según arguyó, probaban que el único motivo de la intervención estadounidense en Rusia fue el deseo de proteger su integridad territorial contra Japón. Como los soviéticos ansiaban obtener el reconocimiento de Estados Unidos, Litvinov aceptó el argumento de Hull y el gobierno soviético accedió a retirar todas las reclamaciones contra Estados Unidos por su papel en la intervención.

A pesar de ello, la participación norteamericana en la guerra civil rusa no cayó en el olvido. Stalin aludiría repetidamente a ella durante los años treinta y cuarenta y la mencionaría varias veces en las conferencias que durante la segunda guerra mundial celebró con sus aliados norteamericanos. No cabe duda de que la decisión de Wilson de intervenir en la guerra civil rusa agudizó las suspicacias de Stalin sobre los objetivos últimos de Estados Unidos. Por esta razón, podemos considerar que los orígenes de la guerra fría se remontan a este período.

Franklin D. Roosevelt y la Gran Alianza, 1933-1945

EL RECONOCIMIENTO DE LA UNIÓN SOVIÉTICA POR PARTE DE ESTADOS UNIDOS

Cuando Franklin D. Roosevelt entró en la Casa Blanca en marzo de 1933, ya resultaba obvio que la política norteamericana de no reconocimiento era un fracaso. No sólo no logró cambiar la estructura interna de la Unión Soviética, sino que tampoco disuadió a los soviéticos de llevar a cabo actividades anti-capitalistas en el extranjero. Y tampoco impidió que otros países establecieran relaciones diplomáticas con el gobierno soviético. A decir verdad, de todos los principales países del mundo, sólo Estados Unidos no reconocía a la Unión Soviética en el momento en que Roosevelt tomó posesión del cargo de presidente.

Un hecho tal vez más importante fue que el no reconocimiento impidió que Estados Unidos aprovechara plenamente la expansión del mercado soviético. En 1931 los soviéticos habían desviado su comercio hacia otros países, no sólo porque querían obtener condiciones comerciales más favorables, sino también porque deseaban ejercer presión sobre Estados Unidos para que reconociese su gobierno. Mientras Estados Unidos iba deslizándose hacia la Gran Depresión, las presiones del Congreso para que se reconociese a la Unión Soviética fueron en aumento al disminuir la escala del comercio entre los dos países.

Pero un factor más importante impulsaría a Estados Unidos a reconocer a la Unión Soviética. Después de que el Senado rechazara el tratado de Versalles en 1920, Estados Unidos volvió a un aislamiento relativo. Con Alemania postrada en la derrota y Japón en relaciones de amistad con las potencias occidentales, Estados Unidos se encontraba seguro detrás de sus dos océanos. Esta circunstancia le permitía prescindir de la Unión Soviética en

el plano diplomático, aunque no en el comercial. Sin embargo, la sensación de seguridad de Estados Unidos empezó a disminuir a principios de los años treinta. En 1931 el ejército japonés reactivó su plan de conquistar China. En el plazo de dos años logró expulsar a los chinos de sus provincias manchurianas. En 1933 Adolf Hitler subió al poder en Alemania. Su promesa de destruir el sistema creado por el Tratado de Versalles y restaurar la supremacía militar alemana en Europa amenazaba con perturbar el equilibrio de poder en el continente europeo.

Al igual que su primo lejano Theodore Roosevelt, Franklin Roosevelt insistió en que Estados Unidos debía desempeñar un papel importante en el mantenimiento no sólo del equilibrio de poder en Europa, sino también en el mundo. Además era uno de los pocos norteamericanos que se daban cuenta del papel crítico que podía interpretar la Unión Soviética en la contención de los designios agresivos tanto de Alemania como de Japón. Con todo, Roosevelt no podía olvidar la humillación que había sufrido Woodrow Wilson cuando el Senado se negó a ratificar el Tratado de Versalles, lo cual hizo que Estados Unidos no ingresara en la Sociedad de Naciones. En vista de ello, el nuevo presidente era reacio a adelantarse demasiado a la opinión pública norteamericana; de hecho, incluso le daba miedo tal perspectiva. Es natural, pues, que su acercamiento a la Unión Soviética fuese cauteloso.

Los soviéticos, por su parte, también apreciaban la importancia estratégica potencial de Estados Unidos. Poco después de que Roosevelt entrara en la Casa Blanca, los soviéticos abandonaron la política aislacionista que venían siguiendo desde principios del decenio de 1920. Se embarcaron en una campaña encaminada a crear un eficaz sistema de seguridad colectiva, un sistema que ayudara a contener tanto a Alemania como a Japón. En 1934 la Unión Soviética ingresó en la Sociedad de Naciones y durante el año siguiente firmó alianzas con Francia y Checoslovaquia. No obstante, a ojos de los soviéticos, sólo Estados Unidos tenía el potencial necesario para frenar las ambiciones de Japón en Extremo Oriente, que, hasta que Hitler mostró sus designios agresivos a mediados de los años treinta, fueron lo que más preocupaba a los soviéticos. No es extraño, por tanto, que los soviéticos aceptaran con entusiasmo la invitación que hizo el presidente, el 10 de octubre de 1933, a poner fin a «las actuales relaciones anormales» entre sus dos países.¹ Maksim Litvinov, el comisario soviético de Asuntos Exteriores, viajó a Estados Unidos para negociar personalmente el reconocimiento.

Pese a que ambas partes ansiaban empezar las negociaciones, dos obstáculos importantes impedían el reconocimiento. Uno era el Comintern; el otro era la deuda que los rusos no habían liquidado. Para eliminar el primer obstáculo, Litvinov firmó una declaración, redactada por el departamento de Estado, en la que prometía que la Unión Soviética no «permitiría la formación o la residencia en su territorio de ninguna organización o grupo cuyo objeti-

vo sea el derrocamiento del orden político o social de... Estados Unidos».² La declaración no mencionaba específicamente el Comintern porque el departamento de Estado temía que los soviéticos pudieran eludir el acuerdo por el sencillo procedimiento de cambiar el nombre de la organización.

Las dos partes no lograron ponerse de acuerdo sobre las condiciones para cancelar la deuda rusa. Lo máximo que pudieron hacer fue llegar a un entendimiento, creado personalmente por Roosevelt y Litvinov, que haría posible que Estados Unidos reconociera a la Unión Soviética. Acordaron que el gobierno soviético pagaría no menos de 75 millones de dólares y no más de 150 millones de dólares de la deuda total, que el departamento del Tesoro de Estados Unidos calculaba que ascendía a 636 millones de dólares. Se celebrarían nuevas negociaciones para la liquidación de la cantidad final por medio de intereses extraordinarios sobre un empréstito concedido por Washington o por fuentes privadas. Todas las demás reclamaciones oficiales y privadas serían eliminadas. Basándose en estas condiciones poco precisas, el 17 de noviembre de 1933 se firmó el acuerdo que establecía relaciones diplomáticas entre los dos países. William C. Bullitt, que había abogado inútilmente por el reconocimiento durante el gobierno de Wilson, fue nombrado primer embajador de Estados Unidos en la Unión Soviética.

DESILUSIÓN

Pese a que pareció que las relaciones diplomáticas oficiales entre la Unión Soviética y Estados Unidos empezaban bien, ambas partes no tardaron en sentirse desilusionadas. Obviamente, los dos gobiernos habían entendido mal lo que ofrecía el otro al firmar los acuerdos entre Roosevelt y Litvinov. Los soviéticos pensaron que el reconocimiento les proporcionaría el apoyo de Estados Unidos contra Japón. Pero Roosevelt había dicho a Litvinov que, si bien Estados Unidos prestaría a la Unión Soviética «el máximo apoyo moral y diplomático» en su esfuerzo por frenar las ambiciones japonesas en Extremo Oriente, el pueblo norteamericano no quería correr el riesgo de una guerra con Japón.³ Roosevelt había insinuado que lo máximo que podía hacer era sugerir la posibilidad de un pacto tripartito de no agresión entre Estados Unidos, la Unión Soviética y Japón. Litvinov creía —incorrectamente— que, si Japón se negaba a firmar tal pacto, Estados Unidos lo firmaría sólo con los soviéticos.

En realidad, en 1933 Roosevelt no estaba dispuesto ni siquiera a recorrer esta distancia mínima para cooperar con la Unión Soviética. Los sentimientos aislacionistas del Congreso y la nación obligaron a Roosevelt a tranquilizar al pueblo norteamericano asegurándole que Estados Unidos «quiere y espera estar en paz con el mundo».⁴ Litvinov analizó sagaz y acertadamente la

actitud del presidente: «Roosevelt, temiendo toda obligación bilateral ... prefiere hacer declaraciones unilaterales» a cooperar con otras naciones para impedir la agresión.⁵

Al darse cuenta los soviéticos de que el «apoyo moral» era todo lo que podían esperar de Estados Unidos, el avance hacia la resolución del problema de la guerra se detuvo. Los soviéticos arguyeron que el único obstáculo para la liquidación de la deuda era la negativa del gobierno de Roosevelt a conceder a la Unión Soviética un crédito de 100 millones de dólares que ellos insistían en que era necesario para impedir que otras naciones pusieran condiciones irrazonables para el pago de las deudas de la Unión Soviética. Roosevelt, por su parte, opinaba que los soviéticos habían contraído el «compromiso» de resolver rápidamente el asunto de la deuda y que debían cumplirlo, y se negó a cambiar de actitud porque estaba convencido de que los soviéticos necesitaban a Estados Unidos más de lo que Estados Unidos los necesitaba a ellos, y temía que si hacía más concesiones perdería el apoyo del Congreso, que aprobó una ley (la Ley Johnson de 1934) que prohibía conceder empréstitos a naciones que estuvieran atrasadas en el pago de sus deudas.⁶ En enero de 1935 Estados Unidos cerró su consulado general en Moscú y redujo el personal de su embajada en señal de protesta por la intransigencia soviética en el asunto de la deuda.

A pesar del fracaso en el intento de resolver el problema de la deuda, el gobierno de Roosevelt tenía la esperanza de aumentar el comercio entre los dos países. Sin embargo, el esperado aumento no se produjo, sobre todo porque la solvencia soviética prácticamente había desaparecido a causa del embrollo de la deuda. Así pues, a partir de 1935 el comercio entre los soviéticos y los norteamericanos fue incluso menor que en los años veinte.

La imposibilidad de resolver el asunto de la deuda parecía ser el único obstáculo para mejorar las relaciones entre los dos países. Sin embargo, había un impedimento más grave: su incompatibilidad ideológica. Se manifestó, de una manera, en la reacción norteamericana al anunciar los soviéticos que en 1935 se celebraría una reunión del Comintern. Este organismo no se había reunido desde 1928, en parte porque Stalin había decidido quitar importancia a los intentos soviéticos de promover la revolución mundial con el fin de concentrarse en edificar primero el socialismo en la Unión Soviética. Pero debido a los escasos avances de sus planes para crear con las naciones capitalistas un sistema contra las agresiones, Stalin decidió reactivar el Comintern. Veía en él un instrumento para fomentar la creación en el extranjero de coaliciones de las izquierdas con los liberales que estuvieran dispuestas a cooperar con la Unión Soviética en la formación de un sistema colectivo de seguridad antifascista.

La respuesta del departamento de Estado fue advertir a Moscú que consideraría que la participación de comunistas norteamericanos en la reunión

del Comintern constituía una violación del entendimiento al que habían llegado Roosevelt y Litvinov durante las negociaciones sobre el reconocimiento. Los soviéticos, sin embargo, hicieron caso omiso de la advertencia, y en la reunión del Comintern participaron comunistas norteamericanos. El departamento de Estado reaccionó mandando otra nota que amenazaba con las «consecuencias más graves» si la Unión Soviética continuaba violando el acuerdo Roosevelt-Litvinov.⁷

El incidente del Comintern contribuyó en gran medida a reafirmar la creencia del departamento de Estado de que los soviéticos no cumplirían los acuerdos que habían firmado. «Está muy claro —escribió el embajador Bullitt en julio de 1935— que hablar de “relaciones normales” entre la Unión Soviética y cualquier otro país es hablar de algo que no existe ni puede existir.»⁸ Los soviéticos, por su parte, habían sacado más o menos la misma conclusión. Dado que Estados Unidos quería «permanecer distanciado de todo interés activo en los asuntos internacionales —dijo Litvinov—, las relaciones amistosas con Estados Unidos no eran de gran importancia para la Unión Soviética».⁹

También contribuyeron a la hostilidad antisoviética del departamento de Estado los informes del personal de la embajada de Estados Unidos en Moscú, en particular de dos de sus miembros, George F. Kennan y Loy Henderson, que desempeñarían un papel significativo en la formulación de la política norteamericana para con la Unión Soviética después de la segunda guerra mundial. Lo esencial de sus informes tuvo su epítome en una declaración posterior de Kennan: «Nunca —ni entonces ni más adelante— consideré que la Unión Soviética fuera un aliado o asociado, real o potencial, que conviniese a este país».¹⁰ Mientras que Kennan opinaba que para los soviéticos la ideología comunista era sencillamente un medio para alcanzar un fin, esto es, su propio engrandecimiento, Henderson consideraba que la ideología era el motor principal de la política exterior soviética. Escribió que «la instauración de una unión mundial de repúblicas socialistas soviéticas sigue siendo el objetivo último de la política exterior soviética».¹¹

Obviamente, Stalin se presentaba como un líder revolucionario muy versado en la teoría marxista-leninista. Pero Kennan creía que en general utilizaba la ideología como medio de promover los intereses nacionales de la Unión Soviética, así como de aumentar su propio poder, en lugar de considerarlo un fin en sí mismo. Con todo, Stalin disimulaba hábilmente sus ambiciones realistas debajo de una capa ideológica, con lo cual fomentaba los desacuerdos entre los analistas norteamericanos sobre cuáles eran sus objetivos últimos. Además, la política soviética tenía una ambigüedad que era muy suya. Pese a apoyar la seguridad colectiva, en los años treinta la Unión Soviética, al igual que las potencias occidentales, estaba mucho más interesada en evitar la guerra que en derrocar a Hitler o expulsar a los japoneses de China. Los portavoces soviéticos clamaban en público contra los designios agresivos

de Alemania y Japón mientras en privado tenían relaciones diplomáticas secretas con esas dos potencias.

La hostilidad antisoviética de la embajada de Estados Unidos en Moscú se vio exacerbada por las purgas del gobierno y las fuerzas armadas que Stalin empezó en 1936. En un intento de eliminar la oposición real e imaginaria a su dictadura, Stalin hizo ejecutar a centenares de viejos bolcheviques, miembros del ministerio de Asuntos Exteriores y altos mandos de las fuerzas armadas. A finales de 1938 la purga había afectado a unos 35.000 oficiales del ejército rojo, entre los que figuraban el 80 por 100 de los coroneles, el 90 por 100 de los generales y el 100 por 100 de los diputados-comisarios de guerra. Se ha calculado que hasta 10 millones de personas murieron a consecuencia de las purgas.

La embajada de Estados Unidos opinaba que las purgas habían debilitado la capacidad militar de la Unión Soviética hasta tal punto que el país no podría interpretar ningún papel importante en los asuntos mundiales en un futuro previsible y, por tanto, no tenía nada de valor que ofrecer a la diplomacia norteamericana. Roosevelt, sin embargo, no respetaba las opiniones de los diplomáticos de carrera. Estaba decidido a hacer cuanto pudiera por crear los cimientos de una colaboración sovieticonorteamericana con el fin de contrarrestar la amenaza cada vez mayor de las potencias del Eje.

LA CRECIENTE AMENAZA DEL EJE, 1935-1936

En 1935 ya eran pocos los norteamericanos que dudaban de las intenciones agresivas de Hitler. En marzo de aquel año, el dictador nazi violó las cláusulas del Tratado de Versalles sobre el desarme y anunció la formación de las fuerzas aéreas alemanas y su propósito de aumentar el ejército alemán hasta que contara con 550.000 hombres. Un año después, el 7 de marzo de 1936, el Führer volvió a infringir el Tratado de Versalles al enviar tropas alemanas a la desmilitarizada Renania. Gran Bretaña, que no pensaba entrar en guerra por un territorio situado en «el jardín posterior» de la propia Alemania, no se opuso a la ocupación de Renania. Aunque el ejército francés seguía siendo más fuerte que el alemán, Francia era inestable en el terreno político y débil en el económico, además de estar hondamente dividida por problemas sociales y económicos, y, al igual que los ingleses, veía con mucho temor la posibilidad de otra guerra. En consecuencia, al ver que no recibirían apoyo británico, los franceses se negaron a obligar a los alemanes a retirarse de Renania.

Mientras Hitler rompía en pedazos el Tratado de Versalles en Europa, el dictador fascista de Italia, Benito Mussolini, se embarcaba en una campaña de agresión en África. El 3 de octubre de 1935 las tropas de Mussolini invadieron Etiopía. Era el primer paso de una tentativa de volver a crear un imperio

italiano en África. La Sociedad de Naciones condenó a los italianos por agresores y prohibió los envíos de armas, los empréstitos y los créditos a Italia, y luego impuso un embargo a las importaciones italianas, pero Gran Bretaña y Francia sabotearon el intento de la Sociedad de Naciones de castigar la agresión italiana. Los dos países querían disuadir a Mussolini de unirse a Hitler haciendo con él un trato que hubiera permitido a Italia quedarse con parte de Etiopía. Sin ninguna oposición eficaz por parte de Occidente ni de Etiopía, los italianos terminaron la conquista de dicho país en mayo de 1936. Dos meses después, la Sociedad de Naciones votó a favor de levantar sus sanciones contra Italia. Al ver que la Sociedad de Naciones no podía impedir la agresión italiana en Etiopía ni obligar luego a los italianos a retirarse, Roosevelt quedó convencido de que una guerra general era probable.

Apenas había terminado la guerra en Etiopía cuando estalló otra crisis, en julio de 1936: la guerra civil española. En un bando de este sangriento conflicto había una coalición frentepopulista formada por socialistas, liberales y comunistas leales al gobierno republicano de España; el otro bando, encabezado por el general Francisco Franco, contaba con el apoyo de conservadores, monárquicos, fascistas, las fuerzas armadas y la Iglesia católica. Tanto Alemania como Italia se apresuraron a intervenir, probablemente de forma decisiva, a favor de Franco. Unos 50.000 soldados italianos y 10.000 soldados y aviadores alemanes combatieron en España. El bando republicano, en cambio, recibió mucho apoyo —aunque luego resultó insuficiente— de la Unión Soviética, principalmente material y armas. Tanto el gobierno francés como el británico optaron por no intervenir en el conflicto. En última instancia, su negativa a apoyar a los republicanos fue un factor importante en la derrota de éstos en 1939.

La guerra civil española envalentonó a los agresores. En octubre de 1936 Hitler y Mussolini firmaron un tratado que más adelante se llamaría Pacto del Eje. Aunque todavía no era una alianza, los dos estados se comprometieron a colaborar contra el comunismo internacional, no sólo en España sino también en otras partes del mundo. El 25 de noviembre de 1936 Japón se alineó de forma general con Alemania al firmar el Pacto Anti-Comintern. Con la firma de este acuerdo, Japón se comprometió públicamente a luchar junto al Eje contra el comunismo mundial, pero una cláusula secreta también obligaba a cada una de las partes a abstenerse de firmar acuerdos con la Unión Soviética que perjudicasen los intereses de la otra. Al firmar Mussolini este tratado un año más tarde, el eje Roma-Berlín-Tokio quedó completado.

Por no apoyar a la Unión Soviética en España y por apaciguar a los agresores en otras partes, en vez de enfrentarse a ellos, Gran Bretaña y Francia fueron directamente responsables del aislamiento de la Unión Soviética, pero Estados Unidos contribuyó a que la respuesta occidental al desafío del Eje fuese débil. Si bien los norteamericanos se dieron prisa en condenar la políti-

ca de apaciguamiento que ingleses y franceses seguían con los agresores, ellos mismos estaban aún más decididos a permanecer al margen del conflicto. Con este fin, en 1935 el Congreso aprobó la primera de una serie de leyes de neutralidad. La versión de 1937 impuso un embargo al envío de armas, municiones y material bélico en el caso de guerras exteriores o guerras civiles, reconocidas como tales por el presidente. Además, la ley prohibía conceder empréstitos a los beligerantes y que los norteamericanos viajasen en los barcos de las naciones en guerra.

EL ESFUERZO DE ROOSEVELT POR COLABORAR CON LOS SOVIÉTICOS, 1937-1938

Roosevelt estaba atado de pies y manos por los sentimientos aislacionistas del Congreso y la nación, por la actitud antisoviética del departamento de Estado y por los intentos anglofranceses de apaciguar a Hitler y Mussolini; seguía estando decidido a colaborar con los soviéticos. Con tal propósito, poco después de su reelección en noviembre de 1936, Roosevelt sustituyó a William Bullitt (cuya presencia ya no era grata en Moscú debido a las discusiones con los soviéticos por el asunto de la deuda) por Joseph E. Davies, rico abogado sin ninguna experiencia diplomática. Si bien en muchos sentidos Davies era ingenuo desde el punto de vista diplomático, en particular en su valoración de la naturaleza del régimen soviético, creía, al igual que Roosevelt, que las buenas relaciones con la Unión Soviética reportarían beneficios para Estados Unidos en el futuro. Roosevelt, que compartía esta creencia, no sólo se mostró receptivo a la valoración optimista que hizo Davies de las condiciones que existían en la Unión Soviética, sino que, además, tomó medidas para que la política soviética del gobierno tuviera en cuenta dicha valoración. En la primavera de 1937 se suprimió la sección del departamento de Estado encargada de los asuntos de la Europa del Este, que era un semillero de opiniones antisoviéticas, y su jefe, el rusóphobo Robert Kelley, fue trasladado a la embajada de Estados Unidos en Turquía.

No obstante, Roosevelt seguía sin poder vencer la oposición del gobierno estadounidense a la idea de mejorar las relaciones soviético-norteamericanas. La fuerza de dicha oposición quedó demostrada cuando en noviembre de 1936 Roosevelt no pudo satisfacer la petición de Stalin de que se autorizase a compañías estadounidenses a construir un acorazado para la armada soviética. El presidente era favorable al proyecto, puesto que le parecía una forma poco arriesgada de demostrar la solidaridad de Estados Unidos con el esfuerzo soviético por oponerse a la agresión del Eje. Pero el proyecto murió al ser bloqueado por los elementos antisoviéticos de la marina de Estados Unidos, capitaneados por el almirante William Leahy, jefe de operaciones navales.

Leahy se oponía a toda medida norteamericana que pudiera mejorar el prestigio internacional o el poderío militar de la Unión Soviética. Temeroso de una reacción hostil del Congreso y de los ciudadanos si la solicitud soviética llegaba a conocimiento de los medios de información, Roosevelt abandonó momentáneamente el intento de colaborar con los soviéticos.

Durante 1937, sin embargo, Roosevelt intensificó sus esfuerzos por mostrar al pueblo norteamericano la creciente amenaza del Eje. El 5 de octubre, casi tres meses después de que Japón empezase una guerra no declarada contra China, el presidente pronunció un discurso en Chicago en el cual dijo que tal vez sería necesario que las «naciones amantes de la paz pusieran en cuarentena» a los estados agresores. A pesar de la reacción favorable de la prensa a dicho discurso, la extrema sensibilidad del presidente al sentimiento aislacionista de la nación, así como del departamento de Estado, le impidió iniciar una política decidida en relación con las potencias del Eje. El gobierno soviético, que había permitido que *Pravda* publicase en su totalidad el discurso de Roosevelt en Chicago, se llevó una decepción al ver que dicho discurso no iba seguido de medidas efectivas.

Es cierto que Roosevelt presionó en privado al departamento de Estado para que examinase la posibilidad de que los norteamericanos colaborasen con los ingleses, los franceses e incluso los soviéticos para frenar a Japón. Pero el secretario de Estado, Hull, y sus asesores recelaban de las motivaciones soviéticas en Extremo Oriente; creían que Moscú trataba de enredar a Estados Unidos en una guerra con Japón y, teniendo en cuenta las purgas que llevara a cabo Stalin, les parecía dudoso que el ejército rojo pudiera ser eficaz en un conflicto con los japoneses. Ante esta oposición, el presidente volvió a echarse atrás. No se opuso al vano intento del departamento de Estado de bloquear la participación soviética en la Conferencia de las Nueve Potencias que se celebró en Bruselas para hablar de Extremo Oriente, ni puso objeciones cuando los representantes de Estados Unidos en la misma rechazaron las preguntas de Litvinov sobre la posibilidad de una acción soviético-norteamericana contra Japón.

Al parecer, las preguntas de los soviéticos no eran ociosas. Contaban con gran poderío militar en Extremo Oriente y habían demostrado su disposición a utilizarlo. El ejército rojo reaccionó enérgicamente cuando el ejército japonés atacó a las fuerzas soviéticas a orillas del río Amur en 1937. También se enfrentarían con energía al ejército japonés en el lago Khasan en 1938 y en Khlakin-Gol en 1939. Estos incidentes no fueron meras escaramuzas entre guardias fronterizos, sino batallas a gran escala en las que participaron divisiones enteras, tanques, artillería y aviones. En realidad, los soviéticos habían puesto en evidencia a los japoneses y demostrado lo que se podía hacer para frenar la agresión... si había voluntad de hacerlo.

Después de un ataque no provocado de la aviación japonesa contra una ca-

ñonera norteamericana, el *Panay*, el 12 de diciembre de 1937, Roosevelt hizo otra propuesta a los soviéticos. Pidió a Davies que hablara con el Kremlin sobre la posible creación de un sistema de enlace que permitiera a los dos países intercambiar datos sobre la situación militar en Extremo Oriente. Roosevelt advirtió al embajador que guardase una reserva absoluta sobre el asunto, especialmente en lo que se refería a la embajada de Estados Unidos en Moscú. El 5 de junio de 1938, Stalin dio su aprobación a la propuesta de un sistema de enlace que hiciera Roosevelt, siempre y cuando se mantuviera en secreto.

El emisario de Roosevelt también alentó al dirigente soviético a buscar una solución del problema de la deuda con el fin de eliminar el principal obstáculo que impedía una colaboración más estrecha entre los dos países. Stalin se brindó a pagar 50 millones de dólares a cuenta de la deuda de Kerenski si se le concedía un crédito de diez años por valor de 150 millones de dólares. A modo de respuesta, Davies trató de conseguir que los soviéticos accedieran a pagar intereses sobre la deuda. Pero Stalin respondió incrementando sus exigencias. Ahora quería un crédito norteamericano por valor de 200 millones de dólares. Al ver que seguía siendo imposible resolver el problema de la deuda, Roosevelt retiró su propuesta sobre un sistema de enlace. Una vez más, el embrollo de la deuda bloqueó el intento presidencial de colaborar con la Unión Soviética.

EL TURNO DE AUSTRIA Y CHECOSLOVAQUIA, 1938-1939

Sin una oposición eficaz por parte de las potencias occidentales, las naciones del Eje continuaron sus agresiones. El 12 de marzo de 1938, el ejército alemán ocupó Austria, y Hitler anunció la unificación (*Anschluss*) de ese país con el Reich.

Después de Austria, el siguiente blanco de Hitler fue Checoslovaquia. En la primavera de 1938 el Führer exigió que la región de los Sudetes, en la que había una nutrida población alemana, pasara a formar parte de Alemania. Los checos, cuyo ejército era uno de los mejores de Europa, rechazaron la exigencia de Hitler y recurrieron a Francia y Gran Bretaña en busca de apoyo, pero los franceses, que estaban obligados por un tratado a defender a Checoslovaquia, no quisieron actuar sin la cooperación de Gran Bretaña. En virtud de una alianza de 1935, también los soviéticos estaban obligados a defender a Checoslovaquia, pero su compromiso dependía de la acción previa por parte de Francia. Así, en última instancia, la suerte de los checos estaba en manos de los ingleses, a los que ningún tratado obligaba a acudir en ayuda de Checoslovaquia.

Winston Churchill hizo un llamamiento para que Gran Bretaña y Francia se uniesen a la Unión Soviética en una «gran alianza» con el fin de frenar la expansión alemana. El primer ministro británico, Neville Chamberlain, sin

embargo, creía que Hitler sólo deseaba absorber los territorios habitados por alemanes. También temía que la gran alianza con la Unión Soviética que pedía Churchill sólo sirviera para aumentar el prestigio de los soviéticos y pusiera en peligro su plan para apaciguar a Hitler. El primer ministro y muchos ingleses no querían ni pensar en la opción contraria al apaciguamiento, es decir, una guerra con Alemania por Checoslovaquia.

En lugar de aliarse con Francia y la Unión Soviética para defender a Checoslovaquia, Chamberlain capituló ante Hitler. En Munich, los días 29 y 30 de septiembre de 1938, Chamberlain y Edouard Daladier, presidente del consejo de ministros francés, se reunieron con Hitler y Mussolini y acordaron entregar la región de los Sudetes a Alemania. A cambio de ello, Hitler prometió que no pediría ni un palmo más de territorio europeo. Los checos suplicaron a Estados Unidos que interviniera en la crisis, pero Roosevelt no tenía ninguna intención de verse envuelto en ella. De hecho, se sintió aliviado al ver que la crisis se resolvía pacíficamente.

Las esperanzas que Roosevelt había depositado en la solución de Munich resultaron ilusorias. El 15 de marzo de 1939, tropas alemanas ocuparon lo que quedaba de Checoslovaquia. Hitler indicó luego claramente que Polonia sería su siguiente víctima al incrementar la presión sobre los polacos para que aceptasen la anexión de la ciudad libre de Danzig, en la costa del Báltico, a Alemania y dieran a ésta derechos exclusivos de paso por carretera y ferrocarril por el llamado pasillo polaco, que separaba Prusia Oriental del resto de Alemania. Los polacos rechazaron las exigencias alemanas y buscaron el apoyo de Francia y Gran Bretaña. Muy quemado por la violación del acuerdo de Munich por parte de Hitler, Chamberlain prometió el 31 de marzo acudir en ayuda de Polonia, así como de Rumania, si su independencia o sus intereses vitales se veían en peligro a causa de otra potencia. Alemania e Italia respondieron firmando una alianza oficial, el «Pacto de Acero», en mayo. Era obvio que el dictador nazi pretendía poner a prueba la firmeza de que ahora daban muestra los ingleses.

EL PACTO DE NO AGRESIÓN GERMANOSoviÉTICO

En la primavera de 1939 ya era evidente, a causa del aislacionismo de Estados Unidos, que la forma más eficaz de salvar a Polonia y frenar la agresión del Eje en Europa sería una alianza de Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética. En abril de 1938 Joseph Davies había advertido que «el objetivo nazi era dividir a las potencias occidentales, aislar a los rusos de sus aliados en potencia y eliminar a las democracias, de una en una».¹² Al ver bloqueados sus propios intentos de reforzar los lazos soviético-norteamericanos, Roosevelt animó a los ingleses a formar una alianza con la Unión Soviética.

Chamberlain, sin embargo, temía que Hitler utilizase una alianza entre los ingleses, los franceses y los soviéticos como excusa para arrastrar a Gran Bretaña a una guerra que tanto él como la mayoría del pueblo británico estaban decididos a evitar. Además, los nuevos protectorados de Gran Bretaña, Polonia y Rumania, temían a los soviéticos tanto como a los alemanes y, a causa de ello, se negaron rotundamente a permitir que tropas soviéticas penetrasen en su territorio, incluso después de que empezara un ataque alemán.

No obstante, debido a la insistencia de su gabinete, que creía que una alianza con los soviéticos sería de la mayor importancia para la defensa de Polonia, en mayo de 1939 Chamberlain accedió a iniciar conversaciones conjuntas anglofrancesas con los soviéticos. Pero lo máximo que el primer ministro británico estaba dispuesto a ofrecer a los soviéticos era un pacto consultivo que entraría en vigor sólo si Gran Bretaña, Francia o la Unión Soviética se veían envueltas directamente en una guerra o como consecuencia de una agresión contra otro estado europeo que opusiera resistencia. Esta fórmula eliminaría la apariencia de una amenaza soviética a Polonia y Rumania al tiempo que evitaría toda garantía británica a la Unión Soviética. Sin embargo, las dos potencias occidentales se negaron a aceptar las exigencias de ajustes de las fronteras que hizo el Kremlin o a conceder a los soviéticos el derecho de ocupar los estados del Báltico. Obviamente, el ofrecimiento de Chamberlain no fue suficiente para disipar las preocupaciones de los soviéticos por su seguridad.

La falta de acuerdo entre la Unión Soviética y los aliados occidentales brindó a Hitler una oportunidad que aprovechó hábilmente. Dejando a un lado, de momento, su odio al comunismo, a comienzos de agosto de 1939 respondió a anteriores sugerencias soviéticas sobre un entendimiento y ordenó a su embajador en Moscú que propusiera un acuerdo político entre los dos gobiernos. Stalin, que para entonces ya había abandonado la perspectiva de formar una alianza significativa con los aliados occidentales, o de recibir ayuda de Estados Unidos, se apresuró a aceptar el ofrecimiento alemán. El 20 de agosto se firmó un acuerdo comercial soviéticoalemán. Tres días después, ambos países sorprendieron al mundo firmando un tratado de no agresión. El tratado exigía a ambas naciones que se abstuvieran de atacarse mutuamente y que permaneciesen neutrales si una de ellas se veía envuelta en una guerra con otros países. En un protocolo secreto del tratado, Alemania reconocía que Finlandia, Letonia, Estonia y la mitad oriental de Polonia se encontraban dentro de la esfera de influencia soviética.

A corto plazo, el Pacto de No Agresión germanosoviético fue sumamente ventajoso para ambas partes. Permitió que el 1 de septiembre Hitler atacara a Polonia sin temor a la oposición de los soviéticos. Stalin, por otro lado, pudo poner más territorio entre Alemania y el centro de la Unión Soviética. El 17 de septiembre el ejército rojo invadió el este de Polonia y se apoderó de

casi la mitad del país. A finales de octubre los soviéticos ya habían exigido y obtenido bases en Letonia, Lituania y Estonia. Cuando los finlandeses se negaron a conceder derechos parecidos y a hacer concesiones en la frontera, los soviéticos invadieron su país el 30 de noviembre. Después de una resistencia inesperada por parte de los finlandeses, los soviéticos les obligaron a ceder todo el istmo de Carelia, varias islas del golfo de Finlandia, así como territorio del norte del país. En junio de 1940 los soviéticos se anexionaron los estados bálticos, Letonia, Lituania y Estonia. El 27 de junio Stalin obligó a Rumania a ceder a la Unión Soviética el norte de Besarabia y el norte de Bucovina.

El Pacto de No Agresión convenció a los funcionarios del departamento de Estado especializados en la Unión Soviética de que cualquier acuerdo con Stalin era papel mojado. A su modo de ver, Stalin era capaz de cualquier cosa para promover los intereses de la Unión Soviética. Las consecuencias implícitas de esta evaluación no eran muy prometedoras para el éxito a largo plazo de las relaciones soviéticoamericanas. George Kennan, entre otros, «poco porvenir podía ver para las relaciones rusonorteamericanas salvo una larga serie de malentendidos y decepciones y recriminaciones por ambas partes». ¹³ Era una predicción que estaba destinada a hacerse realidad.

Pero Roosevelt seguía pensando en una posible colaboración de los soviéticos y los norteamericanos contra las potencias del Eje, incluso después de la firma del Pacto de No Agresión. Así, Estados Unidos reaccionó de forma relativamente moderada a la agresión soviética en el este de Europa. Se impuso un embargo de armas a Alemania y sus aliados, pero no a los soviéticos. Y si bien Roosevelt impuso un embargo «moral» a la Unión Soviética después de que ésta invadiera Finlandia, e interrumpió el envío de aviones y metales estratégicos a dicho país, se permitió que otras compras soviéticas aumentaran hasta representar más del doble de las del año anterior. Luego, en diciembre de 1939, el presidente levantó el embargo y volvió a permitir la venta de materiales estratégicos a la Unión Soviética. Era evidente que Roosevelt trataba de mantener abierta la posibilidad de que Stalin acabara uniéndose a Occidente contra Hitler. Aunque Roosevelt no condonaría la expansión soviética, siempre y cuando Stalin no amenazase a Gran Bretaña y Francia, no haría nada significativo para oponerse a ella.

PRÉSTAMOS Y ARRIENDOS

Debido a la brutal conquista de Polonia por parte de Alemania, la opinión norteamericana era cada vez más favorable a la idea de ayudar a los aliados, sin llegar a una intervención militar directa de Estados Unidos. Gracias a ello, en noviembre de 1939 Roosevelt logró finalmente persuadir al Congreso de

que revisara la Ley de Neutralidad. La nueva versión sustituyó el embargo de armas por una cláusula de «paga y llévate»: las potencias beligerantes podían comprar armas si las pagaban y se las llevaban en sus propios barcos. Aunque no lo dijo públicamente, Roosevelt se dio cuenta de que este sistema ayudaría a los aliados más que a Alemania porque Gran Bretaña y Francia dominaban los mares. De esta manera, el sistema de «paga y llévate» representó el primer paso significativo hacia la ayuda de Estados Unidos a los países que luchaban contra Hitler.

Pero, por desgracia, la nueva ayuda norteamericana fue insuficiente para ayudar a las potencias occidentales a detener la guerra relámpago que Hitler desencadenó contra ellas en la primavera de 1940. En pocas semanas el ejército alemán invadió Dinamarca, Noruega, Bélgica, Luxemburgo, los Países Bajos e incluso Francia. El armisticio que firmaron los franceses el 22 de junio dejó los dos tercios septentrionales de Francia en poder de los alemanes, pero permitió a los franceses instaurar un gobierno pro nazi en Vichy que controlaba el tercio sudoriental del país.

Con Francia fuera de combate, Gran Bretaña se quedó sola ante toda la furia de la arremetida alemana. Afortunadamente, Gran Bretaña tenía un dirigente nuevo y agresivo en la persona de Winston Churchill, que el 10 de mayo de 1940 había sustituido a Neville Chamberlain en el cargo de primer ministro. Pero los ingleses pasaban apuros para impedir que los submarinos alemanes cortasen sus líneas de comunicación con el mundo exterior. Roosevelt hizo algo que era obviamente contrario a la neutralidad: valiéndose de una orden ejecutiva, dio a los ingleses cincuenta destructores viejos de la marina norteamericana. A cambio, los ingleses traspasaron a Estados Unidos bases aéreas y navales británicas en Terranova y las Bermudas, y arrendaron a los norteamericanos, durante noventa y nueve años, otras bases del Caribe.

Aunque Churchill apreció muchísimo la cesión de los destructores, la llegada de los navíos no alivió de forma perceptible la aguda crisis económica que para Gran Bretaña suponía el pago del material de guerra norteamericano. Roosevelt recurrió a una forma novedosa de resolver el problema al decidir que sencillamente prestaría o arrendaría a los ingleses el material que necesitaran. Tal como fue aprobada por el Congreso en marzo de 1941, la Ley de Préstamos y Arriendos autorizaba al presidente a vender, traspasar, intercambiar, arrendar o prestar —con las condiciones que considerase oportunas— envíos de municiones, alimentos, armas y otros artículos defensivos a cualquier nación cuya defensa el presidente juzgase importantísima para la seguridad de Estados Unidos. A tal efecto el Congreso aprobó poco después una consignación inicial de 7.000 millones de dólares.

Mientras Estados Unidos seguía tomando medidas para que Gran Bretaña continuase luchando contra Alemania, Hitler invadió la Unión Soviética el 22 de junio de 1941. La invasión alemana puso fin al breve y antinatural pe-

ríodo de cooperación entre Hitler y Stalin que había empezado con la firma del Pacto de No Agresión en agosto de 1939. Aunque Stalin había respetado el acuerdo comercial colateral soviéticoalemán suministrando a Alemania materias primas estratégicas hasta el mismo día de la invasión, las ambiciones territoriales de los soviéticos habían alarmado a Hitler. En noviembre de 1940, el ministro de Exteriores soviético, Vjaceslav Molotov declaró que Bulgaria, Turquía, Hungría, Rumania, Yugoslavia, Grecia y Finlandia se encontraban en la esfera de intereses soviética. Hitler respondió ordenando a sus generales que se preparasen para invadir la Unión Soviética. A modo de prelude de la invasión, en la primavera siguiente, tropas alemanas ocuparon Rumania y Bulgaria y conquistaron Yugoslavia y Grecia.

El gobierno de Roosevelt avisó a los soviéticos de la inminencia del ataque alemán. Ya en enero de 1941 un funcionario desafecto del ministerio de Asuntos Exteriores alemán había informado a la embajada estadounidense en Berlín de que Hitler pensaba avanzar hacia el este. Pero Stalin no hizo caso del aviso porque creía que podía ganar tiempo si continuaba apaciguando a Hitler. Así, no protestó cuando Hitler invadió Yugoslavia, sólo un día después de que los soviéticos firmaran un tratado de amistad con dicho país. En mayo, los soviéticos incluso retiraron el reconocimiento de los gobiernos de Noruega, Bélgica y Yugoslavia en el exilio, todos ellos víctimas de la agresión alemana. En lugar de reconocer que sus intentos de apaciguar a Hitler habían fracasado, Stalin se negó, hasta la noche misma del ataque, a permitir que se hiciesen preparativos para la defensa. Debido a ello, la Unión Soviética sufrió enormes pérdidas de hombres, material y territorio durante los primeros meses de guerra.

A pesar de la doblez de Stalin en el pasado y de su complicidad en la agresión de Hitler, Churchill hizo un ofrecimiento no solicitado de ayuda a la Unión Soviética. El primer ministro británico dijo a su secretario: «Si Hitler invadiera el infierno, yo haría como mínimo una referencia favorable al diablo en la Cámara de los Comunes».¹⁴ Los soviéticos aceptaron con entusiasmo la propuesta de Churchill.

El primer ministro británico también pidió a Roosevelt que cooperase con él en la ayuda a los soviéticos. El departamento de Estado, sin embargo, reaccionó fríamente a la petición. George Kennan escribió que dar la bienvenida a la Unión Soviética «como socio en la defensa de la democracia» identificaría a Estados Unidos con un régimen «que es muy temido y detestado en todo el mundo».¹⁵ Obedeciendo al mismo razonamiento, el departamento de Estado se mostró partidario de prestar sólo una ayuda mínima a los soviéticos y sugirió que se suavizaran las restricciones a la exportación con el fin de que los soviéticos pudieran comprar material que ni Estados Unidos ni Gran Bretaña necesitaran. Sin embargo, el departamento de Estado no creía que debiera prestarse ayuda a la Unión Soviética sin obtener antes concesiones políticas de ésta. El departamento de Guerra, por otra parte, opinaba que toda

ayuda norteamericana a los soviéticos sería en vano porque, a su modo de ver, el ejército rojo no aguantaría más de tres meses.

Roosevelt hizo caso omiso de los alarmantes pronósticos del departamento de Guerra y de la hostilidad del departamento de Estado contra los soviéticos. Prefería creer en la predicción del embajador Davies, que había dicho que la resistencia soviética «asombraría al mundo». También estaba de acuerdo con la opinión de Davies en el sentido de que, si Estados Unidos se negaba a ayudar a la Unión Soviética, cabía la posibilidad de que Stalin firmase la paz por separado con Hitler. A diferencia de los especialistas en asuntos soviéticos que trabajaban en el departamento de Estado, Davies descartó la amenaza del comunismo soviético. No creía que fuera posible «durante muchos años que los soviéticos introdujesen el comunismo, aunque lo desearan, en Estados Unidos o incluso en Europa».¹⁶

Si bien Roosevelt no ignoraba la naturaleza del régimen soviético ni la ideología comunista, creía que la Unión Soviética bajo Stalin se había convertido en una potencia imperialista tradicional cuyas ambiciones no eran diferentes de las de la Rusia zarista. Por tanto, estaba convencido de que podía tratar con Stalin como hombre realista en lugar de como revolucionario. Así pues, el foco principal de la política de Roosevelt con respecto a los soviéticos no era la ideología de la Unión Soviética, sino su poderío militar. A juicio del presidente, al tener que ocuparse Hitler del ejército soviético, no sólo se liberaría Gran Bretaña de toda la fuerza del poderío alemán, sino que posiblemente también desaparecería la necesidad de una intervención militar de Estados Unidos en la guerra. En cambio, la derrota o la neutralización del ejército rojo no sólo pondría en peligro a Gran Bretaña, sino que, además, sería un estímulo para la expansión japonesa en Extremo Oriente. Roosevelt no veía cómo podría Estados Unidos permanecer al margen del conflicto si el Eje llegaba a dominar todo el hemisferio oriental.

Es natural, pues, que Roosevelt decidiera hacer todo lo posible para que la Unión Soviética siguiera luchando contra Alemania. Descongeló inmediatamente los activos soviéticos en Estados Unidos y se abstuvo de invocar la Ley de Neutralidad para permitir que barcos norteamericanos transportasen material hasta Vladivostok. A finales de julio, Harry Hopkins, consejero y amigo íntimo de Roosevelt, visitó Moscú para asentar los cimientos de la ayuda norteamericana a largo plazo a la Unión Soviética.

Stalin, cuyos ejércitos se tambaleaban a causa de la embestida alemana, temía que la ayuda económica de Estados Unidos no llegase a tiempo para evitar el desastre. Lo que quería de inmediato —e insistió de forma incesante en ello durante los primeros años de guerra— era la creación de un segundo frente, en Francia o en los Balcanes, que distrajese divisiones alemanas del frente ruso. Incluso dijo a Hopkins que acogería con agrado la presencia de tropas estadounidenses en la Unión Soviética. Pero en el verano de 1941 Es-

tados Unidos aún no estaba en guerra con Alemania, y Roosevelt no tenía ninguna intención de enviar tropas norteamericanas a la Unión Soviética. En lugar de ello, pensaba utilizar la ayuda económica estadounidense como medio principal de evitar que la Unión Soviética dejase de combatir. Stalin, por supuesto, no tenía más remedio que aceptar esta opción. Aquel otoño, se firmó un acuerdo en el cual Estados Unidos prometía suministrar a los soviéticos 1,5 millones de toneladas de material, valorado en 1.000 millones de dólares, durante un período de nueve meses.

Al principio la opinión pública norteamericana y el Congreso se resistieron a la idea de prestar ayuda a los soviéticos. Muchos ciudadanos compartían los sentimientos del senador Harry S. Truman de Misuri, que sugirió: «Si vemos que Alemania lleva las de ganar, deberíamos ayudar a Rusia, y si Rusia lleva las de ganar, deberíamos ayudar a Alemania, y dejar así que maten a tantos como sea posible».¹⁷ A causa de ello, aunque Roosevelt tenía autoridad para hacer extensiva a la Unión Soviética la Ley de Préstamos y Arriendos, no actuó en consecuencia sin antes preparar cuidadosamente el terreno de la opinión pública. Una razón de la cautela del presidente era que sabía que el Congreso, que seguía controlando las consignaciones relativas a la citada ley, hubiera podido bloquear la ayuda a los soviéticos por el sencillo procedimiento de no facilitar los fondos necesarios.

Además de la hostilidad popular a los soviéticos, otro factor que complicaba los esfuerzos de Roosevelt por ayudar a la Unión Soviética era un asunto que atormentaría a la Gran Alianza durante toda la contienda y que acabaría provocando su disolución después de la derrota de las potencias del Eje: los límites territoriales de posguerra. Casi inmediatamente después de que Churchill se brindara a ayudar a los soviéticos, Stalin empezó a presionar a los ingleses y a los norteamericanos para que reconociesen las conquistas que la Unión Soviética había obtenido en la Europa del Este y que se habían visto facilitadas por el Pacto de No Agresión con Hitler. ¡No importaba que en aquel momento los territorios adquiridos estuvieran ocupados por los alemanes! Simultáneamente, sin embargo, el gobierno polaco en el exilio (el llamado gobierno de Londres) ejercía presión sobre Churchill y también sobre Roosevelt para que reconociesen las fronteras que Polonia tenía antes de la guerra, incluido el territorio del que se habían apoderado los soviéticos en septiembre de 1939. Desde el principio mismo Roosevelt se dio cuenta de la naturaleza problemática del asunto de las fronteras en la posguerra. Por consiguiente, insistiría, hasta el final mismo del conflicto, en que el asunto de las fronteras no debía tratarse hasta después de que finalizase el conflicto. Debido a ello, la alianza soviéticopolaca del 30 de julio no mencionaba para nada las fronteras que tendría Polonia después de la guerra.

Pero Roosevelt no pudo evitar por completo los problemas de la posguerra. La posibilidad de obtener apoyo de los ciudadanos y el Congreso para

ayudar a la Unión Soviética dependía en gran parte de que el pueblo norteamericano fuese capaz de comprender por qué se estaba luchando. En consecuencia, Roosevelt se entrevistó en secreto con Churchill en Placentia Bay, ante la costa de Terranova, cerca de Argelia, entre el 9 y el 12 de agosto de 1941, la primera de una serie de conferencias que los dos dirigentes celebrarían durante la guerra. Allí, siguiendo una sugerencia del presidente, redactaron la Carta del Atlántico. El documento declaraba que las dos potencias no buscaban ningún engrandecimiento ni cambio territorial que no estuviera en armonía con los deseos que los pueblos afectados expresaran libremente. Ambos líderes también prometieron respetar el derecho de todos los pueblos a elegir su propia forma de gobierno y a vivir libres de la pobreza y el temor. Aunque nadie creía que la Carta del Atlántico resultase apropiada para afrontar las condiciones reales de la posguerra, Estados Unidos aceptó sus principios como base de su política en el este de Europa. En septiembre de 1941 todos los gobiernos que estaban en guerra con Alemania, incluida la Unión Soviética, aprobaron la carta. Después de la entrada en guerra de Estados Unidos, los principios de la Carta del Atlántico se incorporarían en la Declaración de las Naciones Unidas.

Sin embargo, al redactar la Carta del Atlántico, Roosevelt cometió el error de no mencionar la libertad religiosa como objetivo de la guerra. Fue una omisión que los que se oponían a prestar ayuda a la Unión Soviética se apresuraron a condenar. En un intento de corregir su error, el presidente comunicó al embajador soviético, Konstantin Oumansky, que «si Moscú pudiera traer un poco de publicidad a este país sobre la libertad de religión en Rusia, podría tener un efecto educativo muy bueno antes de que se presente al Congreso el nuevo proyecto de ley de Préstamos y Arriendos». ¹⁸ No es extraño, en vista de ello, que el 4 de octubre de 1941, los soviéticos proclamasen públicamente que la libertad de culto estaba garantizada en la Unión Soviética siempre y cuando no desafiase la autoridad del estado. Cuando el Papa no puso ninguna objeción a que Estados Unidos ayudase a la Unión Soviética, Roosevelt se sintió aliviado y creyó que podía seguir adelante con sus planes de hacer extensiva la Ley de Préstamos y Arriendos a la Unión Soviética sin el temor de una fuerte oposición religiosa en Estados Unidos.

Después de preparar el terreno de la opinión pública, en septiembre de 1941 el gobierno norteamericano presentó al Congreso un segundo proyecto de ley de Préstamos y Arriendos en el que no se mencionaba específicamente —pero tampoco se excluía— la ayuda a la Unión Soviética. El proyecto fue aprobado por la cámara el 10 de octubre de 1941, por 328 votos a favor y 67 en contra, y por el Senado el 23 del mismo mes, por 59 votos a favor y 13 en contra. Una semana después Roosevelt hizo saber a Stalin que Estados Unidos proporcionaría a la Unión Soviética material por valor de 1.000 millones de dólares al amparo de la Ley de Préstamos y Arriendos. A cambio, los soviéti-

cos accedieron a devolver esta cantidad, sin intereses, en un período de diez años una vez terminada la guerra. El 4 de noviembre Stalin contestó que el gobierno soviético «aceptaba con sincera gratitud» la ayuda estadounidense. ¹⁹

La verdad es que la aprobación del proyecto de ley de Préstamos y Arriendos convirtió a Estados Unidos en aliado de facto de la Unión Soviética así como de Gran Bretaña. Transcurrieron sólo unas semanas antes de que la Gran Alianza se hiciera realidad. Tras el ataque japonés contra Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, Estados Unidos entró en guerra contra las potencias del Eje al lado de Gran Bretaña y la Unión Soviética.

LA PLANIFICACIÓN ESTRATÉGICA ANGLONORTEAMERICANA

Poco después de que los japoneses atacaran Pearl Harbor, entre el 22 de diciembre de 1941 y el 14 de enero de 1942, Churchill y Roosevelt hablaron de estrategia militar en Washington. El presidente aseguró al primer ministro británico que la mayor prioridad de los norteamericanos era la derrota de Alemania, en vez de la de Japón, pero los asesores militares de Roosevelt, encabezados por el general George C. Marshall, jefe del estado mayor del ejército, no estaban de acuerdo con los ingleses sobre cuál era la mejor estrategia para derrotar a los alemanes. Los norteamericanos querían que los aliados se concentraran en los preparativos para invadir Francia a comienzos de 1943 porque creían que era la manera más rápida de mitigar la presión alemana en el frente ruso.

Churchill, en cambio, opinaba que a principios de 1943 no se dispondría de suficientes tropas para una invasión victoriosa de Francia desde la otra orilla del Canal de la Mancha. El resultado, a su modo de ver, sería un sacrificio que en su mayor parte afectaría a las tropas británicas porque en aquel momento los norteamericanos tendrían pocos soldados preparados para entrar en combate. Churchill arguyó que, en vez de una invasión de Francia, la primera operación anglonorteamericana tenía que ser una campaña en el norte de África. No sólo haría que las tropas estadounidenses entraran en combate más rápidamente que en el caso de una invasión de Francia, sino que, además, el canal de Suez, principal línea de comunicación entre Gran Bretaña y la India y el petróleo de Oriente Próximo, se libraría de la amenaza del Afrika Corps del general alemán Erwin Rommel, que avanzaba a través de Libia en dirección a Egipto.

Roosevelt aceptó el argumento de Churchill favorable a dar prioridad a una invasión del norte de África. El presidente creía necesario obligar a los alemanes a combatir en tierra en 1942 para levantar la moral norteamericana. Igual importancia tenía el hecho de que una campaña en el norte de África reduciría la presión alemana en el frente ruso mucho antes que una invasión

de Francia. Así pues, el presidente ordenó que se hicieran los preparativos para invadir el norte de África (la operación Antorcha), que en un principio se previó que tendría lugar en mayo de 1942.

No cabe duda de que Stalin, si le hubiesen invitado a participar en las conversaciones entre Churchill y Roosevelt, hubiera apoyado el argumento de los jefes militares estadounidenses en el sentido de que una invasión de Francia era la forma más eficaz de ayudar a los soviéticos. Y se hubiera puesto furioso de haber sabido (como sabría más adelante) que no podía esperar que una invasión de Francia tuviera lugar antes de comienzos de 1943. Pero después de que el avance alemán se viera detenido a las puertas de Moscú, a principios de diciembre de 1941, la necesidad de un segundo frente se hizo menos apremiante a ojos de Stalin. Debido a ello, en las conversaciones con sus aliados británicos volvió a dar prioridad a la firma de un acuerdo satisfactorio en la posguerra. Aquel mismo mes, Stalin dijo al ministro de Exteriores británico, Anthony Eden, que la firma de un tratado oficial de alianza entre sus dos países dependía de que los ingleses estuvieran dispuestos a reconocer las conquistas territoriales que había hecho la Unión Soviética desde 1939, a saber: la anexión de los estados del Báltico y de partes de Finlandia, Polonia y Rumania.

Los ingleses albergaban el temor de que si reconocían tales conquistas, se indispondrían con los norteamericanos y, por tanto, al principio se resistieron a la amenaza soviética. Sin embargo, después de que Stalin insinuara, en un discurso del 23 de febrero de 1942, la posibilidad de firmar la paz por separado con los alemanes, los ingleses se mostraron más favorables a la idea de reconocer todas las conquistas soviéticas posteriores a 1939, exceptuando la anexión del este de Polonia. El 7 de marzo Churchill pidió a Roosevelt que le diese «carta blanca para firmar el tratado que desea Stalin lo antes posible», para evitar que los soviéticos dejaran de luchar.²⁰ Roosevelt se mostró inclinado a aceptar la petición de Churchill siempre y cuando los soviéticos permitieran a los pueblos bálticos abandonar sus países ocupados. Pero cuando Hull, el secretario de Estado, se negó a reconocer cualquier conquista soviética, e incluso advirtió a los ingleses que no las reconocieran, Roosevelt se echó atrás y apoyó la postura de Hull.

Ante la oposición de Hull a hacer concesiones territoriales a los soviéticos, el presidente, en lugar de ello, ofreció a Molotov, en una entrevista celebrada en la Casa Blanca el 29 de mayo de 1942, la perspectiva de «un segundo frente este año». El general Marshall se sintió molesto por un compromiso tan concreto e instó al presidente a eliminar toda referencia a una fecha específica para la invasión. Roosevelt se negó. Creía que un compromiso concreto era la única manera de asegurarse de que los soviéticos continuaran participando en la guerra y de evitar las concesiones territoriales que exigía Stalin. Roosevelt pasó un mal rato cuando tuvo que decirle a Molotov que, con el fin de disponer de barcos para la invasión del norte de África, durante el año si-

guiente sería necesario reducir de 4,1 a 2,5 millones de toneladas los envíos que se hacían a la Unión Soviética de acuerdo con la Ley de Préstamos y Arriendos. Molotov contestó con sarcasmo que «el segundo frente sería más fuerte si el primer frente todavía se aguantaba». Luego preguntó qué pasaría si los soviéticos aceptaban las citadas reducciones «y luego no se materializaba el segundo frente». Para tranquilizarle, Roosevelt accedió a la sugerencia de Molotov de que el comunicado que se hiciera público después de la entrevista incluyese una referencia específica «a la tarea urgente de crear un segundo frente en Europa en 1942».²¹

Los ingleses, sin embargo, no estaban dispuestos a permitir que Roosevelt les comprometiera a llevar a cabo una operación prematura en la otra orilla del Canal. Churchill informó personalmente a Molotov de que Gran Bretaña no podía comprometerse a señalar una fecha concreta para la invasión, pero los soviéticos hicieron caso omiso de la reserva del primer ministro británico e hicieron hincapié en la promesa de Roosevelt. Esto indujo al embajador estadounidense en Moscú, William H. Standley, a advertir «que si tal frente no se materializa rápidamente y a gran escala, esta gente [los soviéticos] se sentirá tan desilusionada con respecto a la sinceridad de nuestro propósito que el asunto causará un daño incalculable».²²

Pronto resultó evidente que una operación en la otra orilla del Canal no podía emprenderse en 1942. El fracaso del ataque anglocanadiense contra el puerto francés de Dieppe en agosto de 1942, en el que los aliados sufrieron muchas bajas, convenció a los ingleses de que los aliados tardarían en estar preparados para una masiva invasión de Francia. Además, en junio Rommel obtuvo una gran victoria en Libia al tomar Tobruk con una fuerza inferior en número a los defensores británicos. Ante el peligro de que Egipto fuese invadido, Roosevelt se vio obligado a dar la razón a Churchill en lo que se refería a la necesidad de retrasar la invasión de Francia.

Al recibir esta noticia, Stalin se quejó de que la Unión Soviética era víctima de la traición de sus aliados. Esta opinión se vio reforzada cuando en julio los ingleses decidieron suspender los convoyes al norte de Rusia durante el resto del verano. El desastre que sufrió un convoy británico (el PQ17) —los alemanes hundieron veintitrés de los treinta y cuatro barcos mercantes que lo integraban— convenció a los ingleses de que era peligroso enviar convoyes al norte de Rusia durante los largos días de verano. El ejército alemán volvía a avanzar rápidamente por las llanuras del sur de Rusia y, debido a ello, el aplazamiento de la invasión de Francia y la suspensión de los convoyes al norte de Rusia fueron dos píldoras amargas para Stalin. Tampoco se tragó el argumento de Roosevelt en el sentido de que la victoriosa invasión del norte de África por los aliados en noviembre de 1942 cumplía la promesa del presidente de abrir un segundo frente aquel año. El líder soviético no olvidaría la doblez de que dio muestra Roosevelt en 1942.

LA CONFERENCIA DE CASABLANCA, ENERO DE 1943

Churchill quería evitar la posibilidad de que los norteamericanos volvieran la atención a la invasión de Francia o al teatro del Pacífico ahora que la Operación Antorcha había empezado y estaba saliendo bien. A finales de noviembre de 1942 trazó las líneas generales de una estrategia en tres partes cuyo objetivo era hacer que el teatro del Mediterráneo siguiera siendo el foco principal de las energías anglonorteamericanas. Una de las partes llevaba aparejada la invasión de Sicilia y la península italiana una vez terminada la campaña en el norte de África. La segunda parte consistía en la invasión de los Balcanes desde Turquía, suponiendo que fuera posible persuadir a los turcos a entrar en guerra contra los alemanes. Incluso en una fecha tan temprana, Churchill consideraba que una operación en los Balcanes era la principal forma de evitar que la Unión Soviética dominase la Europa del Este en la posguerra. La tercera parte de la estrategia del primer ministro requería una invasión limitada de Francia en agosto o septiembre de 1943, pero sólo después de que los alemanes se vieran debilitados por los ataques aliados a lo largo de la costa mediterránea y en el frente soviético, así como por la intensificación de los bombardeos aliados contra Alemania.

Aunque los encargados de la planificación militar norteamericana se dieron cuenta de que la adopción de la estrategia mediterránea de Churchill retrasaría aún más la invasión de Francia, la aceptaron a regañadientes por diversas razones. Una de ellas era que al finalizar la campaña en el norte de África, los aliados dispondrían de gran número de soldados veteranos para atacar Sicilia sin que la operación hiciera necesario el empleo de gran número de barcos, ya que éstos escaseaban. Además, la invasión del norte de África indujo a pensar que para una operación a gran escala en la otra orilla del Canal se necesitaría más del doble de hombres y muchas más embarcaciones de desembarco de lo que se había previsto al principio. Tanto Marshall como el general Dwight D. Eisenhower, que había sido nombrado comandante supremo de los aliados en Europa, tuvieron que reconocer que era poco probable que se pudiese reunir esta fuerza antes de 1944.

El ejército soviético tenía inmovilizadas a casi las tres cuartas partes del ejército alemán, por lo que Roosevelt consideraba que la idea de no hacer nada hasta 1944 era inadmisibles. Así pues, aceptó en esencia la estrategia de Churchill en una conferencia a la que asistieron ambos en la ciudad marroquí de Casablanca, entre los días 14 y 25 de enero de 1943. Los dos dirigentes decidieron que los aliados invadirían Sicilia cuanto antes después de que terminara la campaña en el norte de África y de que el poderío aéreo estadounidense en Gran Bretaña aumentase considerablemente y permitiera bombardear Alemania con la mayor intensidad posible. Al mismo tiempo, sin

embargo, se aceleraría la concentración de fuerzas de tierra en Gran Bretaña para poder invadir Francia antes de agosto o septiembre de 1943 si los soviéticos necesitaban ayuda anglonorteamericana más inmediata.

En Casablanca también se determinaron por primera vez las condiciones para la rendición del Eje. Roosevelt insistió en que se ofreciera al Eje una «rendición incondicional» solamente. A diferencia de al término de la primera guerra mundial, esta vez los alemanes se darían cuenta de que habían sido derrotados por completo. Además, Roosevelt creía que la fórmula de rendición incondicional persuadiría a Stalin a no firmar la paz por separado con las potencias del Eje, especialmente cuando se enterase de que la invasión de Francia tendría que aplazarse de nuevo, esta vez durante más de un año.

Algunos historiadores han dicho que la política de rendición incondicional fue un error y han argüido que sólo sirvió para fortalecer la voluntad de resistencia del enemigo. Pero Roosevelt no quería tratar con el ejército alemán, como hiciera Woodrow Wilson durante la primera guerra mundial. En lugar de ello, quería la disolución del estado mayor general alemán. Churchill e incluso Stalin, que pensaba que la política de rendición incondicional prolongaría la guerra, trataron inútilmente de hacerle cambiar de parecer. Debido a ello, la derrota total de las potencias del Eje se convirtió en el objetivo último de la Gran Alianza y su importancia eclipsó incluso la puesta en práctica de la Carta del Atlántico.

Al informar a Stalin de los resultados de las conversaciones de Casablanca, Churchill y Roosevelt se mostraron deliberadamente evasivos en relación con un segundo frente. Con la aprobación del presidente, Churchill dijo al líder soviético: «Estamos llevando los preparativos hasta el límite de nuestros recursos para una operación en la otra orilla del Canal en agosto [de 1943]».²³ La noticia no complació a Stalin. El 16 de febrero, poco después de la gran victoria soviética en Stalingrado, insistió ante Churchill en que la operación en la otra orilla del Canal tenía que empezar aquella primavera, o, a más tardar, a comienzos del verano. Además, no consideraría que una invasión de Sicilia sirviese para sustituir un segundo frente en Francia. Stalin se enfadaría aún más al informarle Churchill, el 30 de marzo, de que de nuevo se suspenderían los convoyes a Murmansk, esta vez hasta el otoño de 1943, debido a que la campaña de Sicilia requería gran número de barcos aliados.

LA AMENAZA SOVIÉTICA A LA EUROPA DEL ESTE

Otra fuente de tensión en las relaciones de los soviéticos con Occidente fue la creciente animosidad entre Moscú y los polacos de Londres. El 13 de abril de 1943, los alemanes anunciaron el descubrimiento de una fosa común en el bosque de Katyn, cerca de Smolensko, en la Unión Soviética, donde, según

dijeron (y luego se comprobó que era verdad), los soviéticos habían asesinado a 10.000 soldados polacos después de ocupar el este de Polonia en 1939. (En octubre de 1992 el gobierno ruso dio a conocer documentos que revelaban que más de 20.000 polacos, entre los que había casi 5.000 oficiales, fueron ejecutados en Katyn. Las ejecuciones se llevaron a cabo por orden del Politburó soviético, cuyo presidente era Stalin.) El gobierno polaco en Londres exigió que la Cruz Roja Internacional investigase los hechos, y los soviéticos respondieron rompiendo las relaciones diplomáticas con los polacos de Londres el 26 de abril.

Temiendo que la matanza de Katyn perturbase la Gran Alianza, tanto Roosevelt como Churchill se desentendieron del asunto y dijeron que era obra de la propaganda alemana. No obstante, la matanza de Katyn reforzó los argumentos de los que creían que Occidente tenía que adoptar una postura firme para bloquear la expansión soviética después de la guerra. En un largo memorándum que envió a Roosevelt el 29 de enero de 1943, el ex embajador William C. Bullitt advirtió al presidente que la expansión soviética en la posguerra podía extenderse «hasta el Rin en el oeste, tal vez hasta más lejos». Bullitt quería que Roosevelt actuase inmediatamente para impedir que los soviéticos «sustituyeran a los nazis como amos de Europa».²⁴ Al igual que antes hiciera Churchill, Bullitt sugirió que los ejércitos angloamericanos invadiesen los Balcanes cuanto antes para frenar la expansión soviética cuando terminase la guerra.

«No discuto los hechos que usted señala —respondió Roosevelt a Bullitt—. Son ciertos. No discuto la lógica de su razonamiento.» Pero Roosevelt rechazó el consejo de Bullitt. «Sencillamente tengo el presentimiento —dijo— de que Stalin no es capaz de hacer esas cosas. Harry [Hopkins] opina que no lo es, y que lo único que quiere es seguridad para su país, y pienso que si le doy todo lo que puedo darle, y no le pido nada a cambio, nobleza obliga, no tratará de anexionarse nada y colaborará conmigo para crear un mundo de democracia y paz.»²⁵

Vista *a posteriori*, la respuesta de Roosevelt a Bullitt parece el colmo de la ingenuidad. Pero, como ha señalado el historiador John Lewis Gaddis, el presentimiento de Roosevelt se basaba en buenas razones. Una medida precipitada contra los soviéticos en los Balcanes hubiera podido poner en peligro el resultado final de la guerra al alentar a los soviéticos a firmar la paz por separado con Alemania y, además, existía el riesgo de que siguieran siendo neutrales en la guerra con Japón. Debido a ello, Roosevelt no previó, ni siguió durante el resto de su vida, una política de enfrentamiento con la Unión Soviética. En lugar de ello, intentó satisfacer las exigencias soviéticas relativas a la seguridad, en particular en la Europa del Este, donde sin duda el poderío militar soviético predominaría después de la contienda.²⁶

A comienzos de mayo de 1943, Roosevelt envió al ex embajador Joseph

Davies a Moscú con un mensaje personal para Stalin que reafirmaba la continuidad de su apoyo a la invasión de Francia lo antes posible y sugería que se entrevistaran durante el verano para planear la derrota de Alemania. Stalin contestó que le complacería asistir a una conferencia en la cumbre aquel año y, como gesto de buena voluntad, disolvió el Comintern antes de que terminara aquel mes.

LA CONFERENCIA DE TEHERÁN, NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1943

Cuando la conferencia de los Tres Grandes se reunió en Teherán, la capital iraní, en noviembre de 1943, las fuerzas angloamericanas ya habían invadido Italia, que había tenido que rendirse. (No obstante, los alemanes ocuparon rápidamente la mayor parte de Italia y lograron frenar el avance aliado hacia el norte de la península.) Los soviéticos no permitieron que el hecho de que los hubieran excluido de la ocupación de Italia perjudicase sus relaciones con los aliados occidentales, lo cual es sorprendente. Stalin aprobó las condiciones de la rendición de Italia e incluso autorizó al general Eisenhower a firmar en nombre de la Unión Soviética.

La buena voluntad que ahora mostraba Stalin para con sus aliados era una respuesta directa a las señales de que por fin iban a abrir un segundo frente en Francia. En una conferencia preparatoria de ministros de Asuntos Exteriores (Hull, Eden y Molotov) que se celebró en Moscú durante octubre, los aliados occidentales comunicaron a los soviéticos que la invasión de Francia (cuyo nombre en clave era Overlord) empezaría en mayo de 1944. En vista de ello, los soviéticos firmaron la Declaración de las Cuatro Potencias sobre Seguridad General en la conferencia de Moscú, en la cual prometieron luchar hasta el final de la guerra y, después de ésta, cooperar para crear una nueva organización de paz internacional, según la propuesta de Roosevelt: las Naciones Unidas. Roosevelt y Churchill llegaron a Teherán el 27 de noviembre y sostuvieron entrevistas con Stalin hasta el 2 de diciembre. Con gran disgusto de Churchill, que tenía la esperanza de que fuera posible persuadir a Stalin de apoyar una invasión angloamericana de los Balcanes, el líder soviético apoyó decididamente la operación Overlord, que ahora estaba prevista para el 1 de junio de 1944 a más tardar. En vez de una operación en los Balcanes, sin embargo, Stalin apoyó el plan norteamericano que preveía distraer tropas aliadas de Italia para una invasión del sur de Francia (la operación Yunque).

Una vez quedó decidida la estrategia aliada, los Tres Grandes pasaron a ocuparse de cuestiones políticas. Con respecto a Alemania, Roosevelt propuso dividirla en cinco estados independientes. En cambio, Churchill, que ya pensaba que la Alemania de la posguerra debería tener la fuerza suficiente

para frenar la expansión soviética pero no para dominar Europa, se mostró partidario de dividirla en dos estados solamente, Prusia y una confederación danubiana. Stalin se opuso con energía a cualquier tipo de confederación germánica porque, según arguyó, los alemanes sencillamente crearían otro estado poderoso. Ante la imposibilidad de ponerse de acuerdo sobre la partición de Alemania, los Tres Grandes remitieron el problema alemán a la recién creada Comisión Asesora Europea.

En Teherán, los Tres Grandes tampoco llegaron a un acuerdo sobre el futuro de Polonia. Los soviéticos querían mover las fronteras de Polonia hacia el oeste dándole territorio alemán situado al este del río Oder y anexionando el este de Polonia a la Unión Soviética. Aunque este traspaso de territorios le parecía bien, Roosevelt temía que la oposición de los polacos de Londres al mismo le haría perder los votos de los norteamericanos de origen polaco en las próximas elecciones presidenciales. Stalin dijo que se hacía cargo del aprieto en que se encontraba el presidente y, a resultas de ello, se aplazó la resolución del asunto de las fronteras de Polonia. Sin embargo, Stalin rechazó la petición de Roosevelt de que permitiera celebrar un plebiscito en los estados del Báltico, toda vez que era muy consciente de que sus habitantes votarían a favor de la independencia.

Tratando de asegurar a Stalin que Estados Unidos no sería una amenaza para la Unión Soviética en la posguerra, Roosevelt le dijo que ni el Congreso ni el pueblo estadounidense verían con buenos ojos que a los norteamericanos les tocara desempeñar el papel de ocupantes a largo plazo de la Europa de la posguerra; la ocupación duraría un año o quizá dos a lo sumo. Roosevelt dijo a Stalin que si alguna vez la paz volvía a verse amenazada en Europa, Gran Bretaña y la Unión Soviética tendrían que aportar las fuerzas de tierra, aunque quizás Estados Unidos mandaría aviones y barcos. Con toda probabilidad, esta información no decepcionó a Stalin.

Ni Stalin ni Churchill recibieron con entusiasmo la propuesta de Roosevelt de hacer que la nueva organización internacional, las Naciones Unidas, fuese la principal encargada de mantener la paz en el mundo. Roosevelt sugirió que las Naciones Unidas se dividieran en tres partes: un organismo de entre 35 y 40 miembros que se reuniría periódicamente en distintos lugares para hacer recomendaciones; un comité ejecutivo integrado por diez naciones, incluidas las grandes potencias, que se ocuparía de todos los problemas no militares; y un tercer grupo, «los Cuatro Policías» —Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión Soviética y China—, que estaría facultado para hacer frente de forma inmediata a cualquier amenaza a la paz o situación de urgencia que requiriese hacer algo. Stalin dijo al presidente que él prefería cuerpos de policía regionales a un cuerpo de policía mundial. Roosevelt respondió que el pueblo y el Congreso norteamericanos verían los sistemas regionales de seguridad como esferas de influencia y se opondrían a ellos. Al final Stalin aceptó la

creación de un organismo pacificador mundial en lugar de regional, probablemente porque creía que el concepto de la ONU que tenía Roosevelt no era viable.

La conferencia de Teherán representó el apogeo de la unidad política de los aliados durante la guerra. Los Tres Grandes trazaron las líneas generales de la Europa y el este de Asia de la posguerra, aceptaron un importante papel pacificador para las Naciones Unidas y aprobaron los planes para la invasión del norte y el sur de Francia. Roosevelt creyó que al aceptar la dominación soviética de los estados del Báltico, la alteración de las fronteras de Polonia, la necesidad de restringir de forma permanente el poderío de Alemania y Japón y un papel predominante de los Cuatro Grandes en el mantenimiento de la paz mundial, había puesto los cimientos para unas relaciones estables entre soviéticos y norteamericanos después de la guerra.

Pero otros no estaban tan seguros. Churchill no creía que después de la contienda Stalin se mostrase tan dispuesto a cooperar como se mostró mientras tuvo necesidad de recibir ayuda anglonorteamericana. Un analista del departamento de Estado, Charles Bohlen, predijo que, a consecuencia de los acuerdos de Teherán, después de la guerra «la Unión Soviética sería la única fuerza militar y política importante en el continente de Europa».²⁷ Una vez los aliados se hubieron puesto de acuerdo sobre la estrategia militar, los asuntos políticos planteados en Teherán pasaron a primer plano durante los meses siguientes. Al final, serían la causa de que se deshiciera la Gran Alianza.

LA POLÍTICA DE CONTENCIÓN DE CHURCHILL

En junio de 1944 las fuerzas armadas de los aliados occidentales, bajo el mando del general Eisenhower, finalmente cruzaron el Canal e iniciaron la invasión de Francia. En agosto ya habían dejado atrás sus cabezas de playa en Normandía, obligado a los alemanes a replegarse a la otra orilla del río Sena y capturado París. Los aliados también habían continuado su lento avance hacia el norte de la península italiana y entrado en Roma en junio.

Mientras los ejércitos aliados avanzaban en Francia e Italia, el gigante ruso continuaba su marcha inexorable desde el Este. El 1 de agosto de 1944, el ejército rojo llegó a las afueras de Varsovia. Pero las fuerzas soviéticas no entraron en la ciudad hasta después de que los alemanes aplastaran al Ejército del Interior polaco, que había organizado una sublevación para coincidir con la llegada de los soviéticos. La traición de que fue víctima el Ejército del Interior, que era leal al gobierno polaco en Londres, volvió a demostrar la falta de piedad de que era capaz Stalin en defensa de los intereses soviéticos.

El ejército rojo también penetró rápidamente en los Balcanes. El 25 de agosto de 1944, Rumania abandonó a Hitler y se pasó al bando soviético, y el

9 de septiembre Bulgaria siguió su ejemplo. El 1 de octubre el ejército rojo penetró en Yugoslavia, donde entró en contacto con los partisanos comunistas que mandaba Josip Broz, llamado Tito. Dos semanas después, el 15 de octubre, tuvo lugar la liberación de Belgrado. A finales de noviembre, también Budapest, la capital de Hungría, se hallaba en manos de los soviéticos.

El rápido avance soviético hacia el interior de la Europa del Este alarmó a Churchill. Tratando de frenar las ambiciones de los soviéticos en dicha región cuando terminase la guerra, el primer ministro británico volvió a hablar de una campaña en los Balcanes durante el verano de 1944. Arguyó que, dado que los ejércitos aliados en el norte de Francia avanzaban con rapidez, ya no era necesario invadir el sur del país. Por consiguiente, Churchill quería que se cancelara la operación Yunque y que las tropas destinadas a ella se enviaran a Yugoslavia, desde donde podían penetrar en Austria y en el sur de Hungría. Pero Roosevelt se negó a desviarse de la estrategia acordada en Teherán. El presidente insistió en que el camino más corto a la victoria consistía en penetrar en el corazón de Alemania desde Francia mientras los soviéticos la invadían desde el Este. Así pues, la operación Yunque continuó tal como se había previsto y las fuerzas aliadas desembarcaron en el sur de Francia el 15 de agosto.

Al no poder obtener la ayuda de Roosevelt para bloquear la dominación de la Europa del Este por los soviéticos, Churchill ideó su propia estrategia de contención, que tenía varias facetas. En primer lugar, trató de instaurar, o reinstaurar, y ayudar a gobiernos pro occidentales en la Europa del Este. En segundo lugar, en una entrevista que sostuvo en septiembre en el domicilio del presidente en Hyde Park, Nueva York, persuadió a Roosevelt de que no compartiera el secreto de la bomba atómica con los soviéticos. Churchill creía que la bomba podía ser la única manera de impedir que los soviéticos dominasen Europa en la posguerra. En tercer lugar, en un ejemplo clásico de política de realismo, trató de llegar a un acuerdo con Stalin que definiese sus respectivas esferas de influencia en la Europa del Este. Churchill opinaba que era mejor negociar con los soviéticos basándose en un *quid pro quo* —obtener algo a cambio de cederles la Europa del Este— que confiar en su sentido de la «nobleza obliga», como él creía que Roosevelt quería hacer. Stalin estaba más que dispuesto a llegar a un entendimiento con Churchill que reconociera la dominación soviética de la mayor parte de la Europa del Este. En un encuentro que tuvo lugar en Moscú en octubre de 1944, Stalin y el primer ministro británico acordaron que Gran Bretaña ejercería una influencia primordial en Grecia mientras que la influencia soviética predominaría en Rumania y Bulgaria. Gran Bretaña y la Unión Soviética tendrían la misma influencia en Hungría y Yugoslavia.

Roosevelt, que fue informado del acuerdo anglosoviético sobre esferas de influencia, no lo aprobó de modo público, principalmente porque Hull, el secretario de Estado, se opuso a él. El acuerdo anglosoviético confirmó la sos-

pecha de Hull de que Churchill estaba decidido a restaurar la antigua diplomacia, con sus pactos secretos, equilibrios de poder y esferas de influencia, en vez de respaldar el nuevo orden diplomático que Hull intentaba crear basándose en los principios de la Carta del Atlántico y las Naciones Unidas. A pesar de la oposición de Hull, Roosevelt no condenó el acuerdo anglosoviético. De hecho, mandó a Stalin un cable en el que se declaraba «encantado» con el resultado de la conferencia. En opinión del presidente, ayudaría a edificar una «paz satisfactoria y duradera». Sin duda la reacción de Roosevelt complació a Stalin. Al parecer, ni Gran Bretaña ni Estados Unidos se opondrían a que los soviéticos dominasen la Europa del Este al terminar la contienda.

LA CONFERENCIA DE YALTA, FEBRERO DE 1945

Desde julio de 1944 Roosevelt trataba de concertar otro encuentro en la cumbre con Stalin, ya fuera en Escocia o en el Mediterráneo, pero el dirigente soviético decía que su mala salud le impedía salir de la Unión Soviética. A principios de 1945 la salud del propio Roosevelt no era buena. Cuando lord Moran, el médico de Churchill, vio al presidente en febrero de 1945, le pareció ver en él todos los síntomas de la arterioesclerosis cerebral. Moran, de forma muy profética, le dio sólo unos cuantos meses de vida. En contra de los deseos de sus consejeros, que no comprendían por qué el presidente de Estados Unidos tenía que dar media vuelta al mundo para ver a Stalin, Roosevelt accedió a entrevistarse con éste en Yalta, ciudad situada en la península de Crimea.

Alemania fue el primer asunto que abordaron los Tres Grandes en Yalta. Con el ejército rojo a orillas del Oder, a sólo unos 64 kilómetros de Berlín, mientras las fuerzas anglonorteamericanas todavía se encontraban en la margen occidental del Rin, daba la impresión de que los soviéticos serían los encargados de poner fin a la guerra. Debido a ello, antes de que el ejército rojo pudiera penetrar en la Alemania occidental, Roosevelt y Churchill aceptaron las zonas de ocupación de Alemania que recomendó la Comisión Asesora Europea, que dio a los soviéticos una zona en la Alemania del Este. Pero los aliados no pudieron ponerse de acuerdo sobre la partición de Alemania. Los soviéticos querían ahora la división de Alemania en varios estados pequeños. Churchill, temiendo que una Alemania desmembrada fuera presa fácil de la subversión soviética, se opuso a una partición draconiana. A causa de ello, el único acuerdo que produjo la conferencia fue el de desmembrar Alemania después de la guerra sin decir cómo se llevaría a cabo la operación.

Los Tres Grandes tampoco lograron llegar a un acuerdo sobre el importe de las reparaciones que Alemania tendría que pagar. Los soviéticos querían 20.000 millones de dólares de los alemanes. Recomendaron que la mitad de

esta cantidad consistiera en capital mueble, incluidos la maquinaria y el material rodante del que fuera posible incautarse en el plazo de dos años a partir del final de la guerra. El resto se sacaría de la producción alemana a lo largo de un período de diez años. Los soviéticos querían la mitad de las reparaciones que pagase Alemania. Roosevelt apoyó la propuesta soviética como punto de partida del debate, lo cual desagradó a Churchill, que opinaba que las reparaciones habían tenido la culpa de la ruptura de la paz después de la primera guerra mundial y que las que proponían los soviéticos eran excesivamente elevadas.

Pese a todo, el presidente se negó a aprobar un masivo empréstito norteamericano a la Unión Soviética que Molotov había propuesto poco antes de la conferencia y que tal vez hubiera reducido el importe de las reparaciones que exigían los soviéticos. Al parecer, Roosevelt recordaba las complicaciones causadas por la deuda que tenían los soviéticos con los norteamericanos y no estaba dispuesto a hacer caso omiso del consejo del departamento de Estado en el sentido de que no se ofreciera el empréstito hasta después de que los soviéticos hubieran hecho concesiones en otros asuntos. Al final, ni Roosevelt ni Stalin pudieron obtener el apoyo de Churchill a las rigurosas reparaciones que tendrían que pagar los alemanes y, por tanto, no fue posible llegar a un acuerdo definitivo sobre este asunto en Yalta. En lugar de ello, los Tres Grandes acordaron crear una Comisión de Reparaciones en Moscú que seguiría estudiando la cuestión.

Polonia resultó el más difícil de los problemas que se trataron en Yalta. Stalin exigió que los ingleses y los norteamericanos reconocieran al gobierno marioneta que los soviéticos crearon en Polonia, el llamado gobierno de Lublín. Además, el líder soviético quería mover la frontera oriental de Polonia hacia el oeste para que alcanzase la llamada Línea Curzon y que la frontera occidental llegase hasta los ríos Oder y Neisse occidental. Ni Roosevelt ni Churchill estaban dispuestos a reconocer al gobierno de Lublín ni la línea Oder-Neisse como frontera occidental de Polonia, aunque sí aceptaron la Línea Curzon como frontera oriental. Al ver que no podían ponerse de acuerdo sobre la frontera occidental de Polonia, los Tres Grandes decidieron aplazar la resolución del problema hasta la conferencia de paz final.

Roosevelt temía que la imposibilidad de resolver la disputa sobre la composición del gobierno polaco hiciera fracasar la conferencia de Yalta y sus propios esfuerzos por poner los cimientos de unas relaciones amistosas entre los soviéticos y los norteamericanos después de la guerra. Para salir del punto muerto, el presidente sugirió que Stalin permitiera la creación de un nuevo gobierno provisional polaco que diera cabida tanto a los polacos de Londres como al grupo de Lublín. Stalin se negó a ello, insistió en que una Polonia amiga era imprescindible para la seguridad de la Unión Soviética y arguyó que los polacos de Londres eran antisoviéticos. Sin embargo, hizo una concesión

al presidente y prometió que «todos los partidos democráticos y antinazis» podrían participar en «elecciones libres y sin trabas». ²⁹ Con todo, Stalin se negó a permitir que los occidentales enviaran observadores a las elecciones con el fin de tener la seguridad de que fuesen realmente libres. En lugar de ello, propuso que se creara una comisión tripartita, compuesta por Molotov y los embajadores norteamericano y británico en Moscú, que tendría autoridad para ampliar el gobierno polaco.

Roosevelt y Churchill aceptaron esta propuesta. Cuando el almirante William Leahy, jefe del estado mayor de Roosevelt, fue informado de la decisión relativa a Polonia, reaccionó diciendo: «Señor presidente, esto es tan elástico que los rusos pueden estirarlo desde Yalta hasta Washington sin llegar nunca a romperlo técnicamente». «Lo sé, Bill —contestó Roosevelt—. Pero es lo mejor que puedo hacer por Polonia en este momento.» ³⁰ No obstante, para protegerse de cualquier crítica en el sentido de haber vendido a Polonia y al resto de la Europa del Este, Roosevelt persuadió a Stalin y Churchill de aceptar una declaración sobre la Europa liberada que redactaría el departamento de Estado. La declaración comprometía a los aliados a ayudar a los pueblos liberados a resolver sus problemas políticos y económicos valiéndose de medios democráticos, uno de los cuales eran las elecciones libres.

Roosevelt evitaba un enfrentamiento con Stalin a causa de la Europa del Este debido en parte a su deseo de obtener el apoyo de los soviéticos para las Naciones Unidas. Stalin quería que la Unión Soviética tuviera tres representantes en la Asamblea General. Churchill se mostró favorable a la petición de Stalin porque a la Commonwealth británica ya se le habían dado múltiples representantes en la asamblea. Roosevelt aceptó a regañadientes la idea de que las repúblicas soviéticas de Ucrania y Bielorrusia estuvieran representadas, pero sólo después de que Churchill y Stalin prometieran no poner objeciones a que Estados Unidos tuviera otros dos representantes. Roosevelt también pidió que guardaran el secreto sobre esta concesión hasta después de la primera sesión de la ONU, que los Tres Grandes acordaron que empezaría en San Francisco el 25 de abril de 1945.

Con respecto al Extremo Oriente, en una entrevista privada con Stalin, el presidente puso en entredicho el derecho de Gran Bretaña y Francia a tener influencia en Asia después de la guerra. Aunque había dicho claramente que Japón sería ocupado por los norteamericanos, Roosevelt propuso a Stalin que Corea fuese un fideicomiso bajo la tutela de Estados Unidos, la Unión Soviética y China, pero no de Gran Bretaña y Francia. Stalin dijo que si se negaba a los ingleses un papel en Corea, Churchill podría «matarnos». ³¹ A resultas de ello, Roosevelt accedió a que Gran Bretaña y China participaran en el gobierno de Corea, junto con la Unión Soviética y Estados Unidos, durante un período indefinido antes de que se le concediera la independencia. En cuanto a los franceses, Roosevelt dijo a Stalin que no estaban capacitados para go-

bernar Indochina, que, en su opinión, debía convertirse en un fideicomiso de la ONU.

En esta entrevista, Stalin repitió una declaración anterior sobre las condiciones políticas para que la Unión Soviética declarase la guerra a Japón. Dijo que debían devolverse a la Unión Soviética la parte meridional de las islas Sajalin, que habían pasado a poder de Japón después de la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, así como las islas Kuriles. Stalin también quería tener acceso a dos puertos chinos en Manchuria —Dairen y Port Arthur— y la propiedad conjunta con China del Ferrocarril Oriental Chino y del Meridional Manchuriano. Stalin también exigió que China no hiciera ningún intento de poner fin a la hegemonía soviética sobre la Mongolia Exterior. Roosevelt no puso ningún reparo a las exigencias territoriales de Stalin a costa de Japón, pero dijo que apoyaría las concesiones de China sólo si su líder, Jiang Jieshi (Chiang Kaishek), accedía a hacerlas. Stalin aceptó esta condición y prometió entrar en guerra con Japón, dos o tres meses después de la derrota de Alemania. El acuerdo sobre Extremo Oriente, que recibió el apoyo a regañadientes de Churchill, se mantuvo en el mayor secreto; ni siquiera se informó de él a Edward Stettinus, que sucedió a Hull en el puesto de secretario de Estado.

Aunque, vistas *a posteriori*, las concesiones que Roosevelt hizo a Stalin parecen excesivas, con el inevitable derrumbamiento de las fuerzas armadas japonesas, los soviéticos no tenían que hacer más que apoderarse del territorio que exigían. Además, Roosevelt no estaba seguro de que la bomba atómica fuera a funcionar y, en consecuencia, aceptó el argumento del general Marshall de que la participación soviética en la guerra contra Japón sería importantísima para el éxito de la invasión del archipiélago japonés que pensaban llevar a cabo los norteamericanos. Tampoco preocupaban en particular a Roosevelt las concesiones que había hecho a expensas de China. A cambio de ellas, Stalin había prometido firmar un tratado de amistad con la China nacionalista que podía resultar importante para Jiang Jieshi durante la lucha a muerte que se avecinaba con los comunistas chinos capitaneados por Mao Zedong.

Stalin tuvo menos éxito en su intento de obtener la aquiescencia de Estados Unidos y Gran Bretaña a otras ambiciones soviéticas. Si bien tanto Roosevelt como Churchill aceptaron, en principio, una revisión del Convenio de Montreux, que dio a Turquía el derecho a cerrar los estrechos de los Dardanelos y el Bósforo a los navíos de guerra extranjeros, en Yalta no se concretó nada sobre esta cuestión. Se acordó, sin embargo, estudiarla más adelante en una conferencia de ministros de Asuntos Exteriores.

Un asunto en potencia aún más explosivo que se trató en Yalta era Irán. Durante la guerra tropas norteamericanas, británicas y soviéticas ocuparon dicho país para garantizar la seguridad del material que se enviaba a la Unión Soviética de acuerdo con la Ley de Préstamos y Arriendos y que pasaba por

él. En Yalta tanto los ingleses como los norteamericanos intentaron que los soviéticos firmaran un documento para renovar su anterior promesa de retirar sus tropas de Irán al terminar la guerra. Pero los soviéticos se negaron hasta que recibieron del gobierno iraní concesiones petroleras que guardaban proporción con las otorgadas a Gran Bretaña y Estados Unidos. Si bien los ingleses y los norteamericanos reconocieron el derecho de la Unión Soviética a las concesiones petroleras, se negaron a que la retirada del ejército rojo de Irán estuviese supeditada a la obtención de las mismas por los soviéticos. El problema de Irán quedó sin resolverse, y un año más tarde sería la causa de una grave crisis sovieticonorteamericana.

LAS SECUELAS DE YALTA

Al volver a Washington, Roosevelt dijo al Congreso que los acuerdos de Yalta representaban un paso importante hacia la paz. En privado, sin embargo, expresó menos confianza en los resultados de la conferencia. Al ver a Adolph Berle, miembro del departamento de Estado y viejo amigo que temía las ambiciones soviéticas para la posguerra, Roosevelt alzó los brazos y dijo: «Adolph, yo no dije que el resultado fuera bueno. Dije que fue lo mejor que pude hacer».³² La posibilidad contraria era arriesgarse a que se rompiera la Gran Alianza antes de que terminase la guerra. Hasta entonces, Roosevelt tenía la esperanza de que Stalin cooperase reduciendo su apetito de territorios y preservando la fachada democrática de la Europa del Este que se creó en Yalta.

Pero era esperar demasiado del dictador soviético. Los soviéticos violaron la Declaración sobre la Europa Liberada antes de que transcurrieran dos semanas desde su firma al imponer un gobierno servil a Rumania. Las negociaciones para ampliar el gobierno de Varsovia con elementos no comunistas hicieron pocos progresos, y los soviéticos continuaron liquidando o deportando a polacos que se oponían al dominio comunista. Roosevelt se vio en otra situación embarazosa, a finales de marzo de 1945, cuando la prensa tuvo conocimiento de que había dado su conformidad a la exigencia de Stalin de tener tres representantes en la ONU. Los norteamericanos empezaron a preguntarse qué otros acuerdos secretos se habían firmado en Yalta.

Al disminuir el brillo de Yalta, Churchill sacó la conclusión de que era poco probable que Stalin cooperase con Occidente al finalizar la contienda. El 8 de marzo de 1945, envió un cable al presidente en el que le instaba a adoptar una actitud más dura ante la política soviética en la Europa del Este. Pero Roosevelt quería evitar todo tipo de ultimátum a los soviéticos, no sólo porque pensaba que no había forma de hacer que se cumpliera, sino también porque no quería hacer nada que pudiera poner en peligro la inminente con-

ferencia de la ONU en San Francisco. En lugar de enfrentarse a Stalin a causa de Polonia, Roosevelt prefirió ejercer presión sobre el gobierno de Varsovia para que respetase el acuerdo de Yalta.

En abril, sin embargo, Roosevelt parecía moverse en la dirección que Churchill deseaba. El día 1 aprobó un mensaje redactado por el departamento de Estado y dirigido a Stalin en el que sugería que los soviéticos estaban violando la Declaración sobre la Europa Liberada con sus acciones en Rumania. El mensaje añadía que «una continuación apenas disimulada del actual régimen de Varsovia sería inadmisible y haría que el pueblo de Estados Unidos considerase que el acuerdo de Yalta había fracasado».³³

Con todo, hay razones para creer que Roosevelt pensaba continuar evitando un enfrentamiento con la Unión Soviética durante tanto tiempo como fuese posible. Con gran disgusto de Churchill, el presidente apoyó la decisión de Eisenhower de permitir que el ejército rojo tomase Berlín, principalmente para salvar vidas norteamericanas. El 11 de abril de 1945, en su penúltimo mensaje a Churchill, en un cable que redactó personalmente, Roosevelt escribió: «Yo minimizaría el problema general soviético tanto como sea posible porque estos problemas, bajo una u otra forma, parecen surgir todos los días y la mayoría de ellos se resuelven...».³⁴ Al día siguiente, 12 de abril, mientras descansaba en su casa de veraneo de Warm Springs, en el estado de Georgia, Roosevelt sufrió una hemorragia cerebral y murió.

LA DIPLOMACIA DE ROOSEVELT DURANTE LA GUERRA: EVALUACIÓN

La meta principal de la política de Roosevelt con respecto a la Unión Soviética era que ésta ayudara a frenar y, más adelante, a derrotar a las potencias del Eje. En los años treinta, Roosevelt reconoció al gobierno soviético, dio los primeros pasos hacia la colaboración militar con los soviéticos en un nivel muy bajo, al ofrecer un enlace militar y la construcción de un acorazado, y animó a los ingleses y los franceses a firmar una alianza con la Unión Soviética. Pero el esfuerzo de Roosevelt por colaborar con la Unión Soviética fue bloqueado por los elementos antisoviéticos de los departamentos de Estado y de Guerra así como por los aislacionistas del Congreso, que se oponían a que Estados Unidos se viera envuelto en los asuntos militares de Europa. Otra dificultad con la que tropezó Roosevelt fue la política de apaciguamiento que seguían los ingleses y los franceses y su poca disposición a colaborar con el principal país comunista contra las potencias fascistas. En defensa de los ingleses y los franceses, sin embargo, hay que señalar que no querían enfrentarse al Eje sin apoyo norteamericano, con el que no contaban. Con todo, al no obtener lo que quería de las potencias occidentales, es decir, una alianza militar y carta

blanca en la Europa del Este, Stalin recurrió a Hitler y firmó el Pacto de No Agresión soviéticoalemán, tristemente célebre.

A pesar de la perfidia de Stalin después de su pacto con Hitler, Roosevelt se abstuvo de meter a la Unión Soviética y a las potencias del Eje en el mismo saco. Se dio cuenta de que el acuerdo soviéticoalemán no podía durar y de que el ejército rojo sería necesario para derrotar a Hitler. Después de que los alemanes invadieran la Unión Soviética, Roosevelt prestó muchísima ayuda a los soviéticos amparándose en la Ley de Préstamos y Arriendos. Asimismo, después de considerable e inevitable demora, las fuerzas estadounidenses, junto con sus aliados británicos, franceses y canadienses, finalmente dieron a Stalin el segundo frente, en Francia, que le habían negado durante la mayor parte de la guerra. Si bien Roosevelt consiguió crear y mantener la Gran Alianza hasta que la victoria aliada en la segunda guerra mundial fue segura, se sintió obligado a hacer concesiones políticas a la Unión Soviética en Europa y Asia que acabarían rompiendo la Gran Alianza.

Después de la muerte de Roosevelt, los críticos conservadores arguyeron que las concesiones que hizo en Yalta demostraban que fue una víctima ingenua del dictador soviético. En un análisis más reciente y más sutil, Frederick Marks ha argüido que, en vez de perseguir la quimera de una relación cooperativa entre soviéticos y norteamericanos después de la guerra, Roosevelt debería haber preparado a la nación para una inevitable ruptura de la Gran Alianza. Marks escribe que de haberse inclinado por ello, el presidente «podría haberse puesto del lado de Churchill en lo que se refiere al valor de Alemania y Francia como complementos potenciales contra el poderío soviético».³⁵

Otros historiadores opinan que Roosevelt fue un estadista sagaz que basó su política para con la Unión Soviética en una evaluación realista del equilibrio de poder que predominaría en la Europa de la posguerra. Según esta interpretación, Roosevelt hizo bien, durante la guerra, en dar la máxima prioridad a la derrota de Alemania, en lugar de esforzarse por evitar la ocupación de la Europa del Este por los soviéticos. La decisión de invadir Francia, con preferencia a la estrategia balcánica de Churchill, y el aplazamiento de la resolución de los problemas territoriales, en la medida de lo posible, hasta el final del conflicto preservaron la Gran Alianza hasta que se alcanzó la victoria definitiva en la lucha contra las potencias del Eje. Según este punto de vista, la opción que proponía Churchill tal vez hubiera retrasado la victoria final sin ofrecer ninguna probabilidad de detener el avance inexorable del ejército rojo. La estrategia basada en la invasión de Francia permitió que importantes ejércitos anglonorteamericanos se encontraran con los soviéticos en el corazón de Alemania, a orillas del río Elba, en lugar de más hacia el oeste.

Desde luego, Roosevelt sobrestimó su propia capacidad de influir en Stalin. De hecho, no cabe duda de que su intento de tener en cuenta las preocu-

paciones de la Unión Soviética por su seguridad hizo pensar a Stalin que la ocupación soviética de la Europa del Este era admisible a ojos de Estados Unidos mientras fuese posible presentarla de un modo que la opinión pública norteamericana encontrase aceptable. En este sentido, Roosevelt fue cómplice de Stalin en la ocupación de la Europa del Este por los soviéticos. Como da a entender Frederick Marks, por no haber preparado a la opinión norteamericana para la política que seguirían los soviéticos en la Europa del Este, Roosevelt es en parte responsable de la guerra fría.

Con todo, Roosevelt no era tan ingenuo como ha parecido en lo que concierne a la inevitabilidad de que continuasen las buenas relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Su negativa a compartir la bomba atómica con los soviéticos y su decisión de vincular la ayuda económica norteamericana en la posguerra al cumplimiento de los acuerdos de Yalta por parte de la Unión Soviética indican que no se fiaba por completo de Stalin. Asimismo, como ha señalado John Lewis Gaddis, «cuando Roosevelt hizo concesiones, fue generalmente en campos donde no era posible recurrir al poderío anglo-norteamericano para negarles a los rusos lo que querían».³⁶

Poco antes de morir Roosevelt, las crecientes tensiones entre los soviéticos y los norteamericanos a causa de la Europa del Este produjeron los primeros indicios perceptibles de que el presidente estaba dispuesto a adoptar una política más firme con respecto a la Unión Soviética una vez se alcanzase la victoria en la guerra con Alemania y Japón. Finalmente, sin embargo, este cambio de política lo llevaría a cabo su sucesor, Harry S. Truman.

3

Truman y la contención, 1945-1953

Al entrar en la Casa Blanca en abril de 1945, Harry S. Truman esperaba continuar los esfuerzos de Roosevelt por colaborar con la Unión Soviética. A pesar de ello, antes de que transcurriera un año la Gran Alianza estaba hecha trizas y Estados Unidos y la Unión Soviética volvían a ser enemigos. Debido principalmente a la drástica intensificación de la guerra fría durante la presidencia de Truman, Estados Unidos abandonaría de una vez para siempre su aislacionismo de antes de la contienda mundial y adoptaría una política cuyo objetivo era contener la expansión del comunismo en Europa y Extremo Oriente. Desde entonces los historiadores han discutido acerca de las razones de la ruptura de la Gran Alianza.

EL NUEVO PRESIDENTE

Truman fue como mínimo responsable en parte de la ruptura de las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos en la posguerra. El nuevo presidente, que carecía casi por completo de experiencia en las relaciones internacionales, era mucho más susceptible que su antecesor a los puntos de vista antisoviéticos de los antiguos asesores de Roosevelt que siguieron en sus puestos durante su gobierno, en particular el almirante William Leahy, jefe militar del estado mayor, James V. Forrestal, el ministro de Marina, y Averell Harriman, el embajador en Moscú. Junto con Winston Churchill, estos altos cargos presionaron a Truman para que adoptase una actitud más dura ante los soviéticos.

Al principio Truman obedeció. El 16 de abril el presidente y Churchill enviaron un mensaje a Stalin en el que insistían en que los soviéticos acataran el acuerdo de Yalta sobre Polonia. En un encuentro celebrado en la Casa

Blanca el 23 del mismo mes, Truman reprendió personalmente al ministro de Exteriores soviético, Molotov, por no cumplir dicho acuerdo. El 11 de mayo Estados Unidos interrumpió bruscamente los envíos que se hacían a la Unión Soviética de acuerdo con la Ley de Préstamos y Arriendos, exceptuando la ayuda que debían utilizar los soviéticos en la campaña contra Japón que estaba prevista.

La respuesta soviética fue un aumento de la hostilidad con respecto a los norteamericanos. El 24 de abril Stalin acusó a Estados Unidos y Gran Bretaña de tratar de «dictar» la política que debía seguir la Unión Soviética para con Polonia. Poco después los soviéticos detuvieron a dieciséis dirigentes del movimiento clandestino polaco a los que hicieron salir de sus escondrijos mediante la falsa promesa de permitirles que abandonaran el país. Los soviéticos también intensificaron sus esfuerzos por imponer el comunismo a Bulgaria y Rumania. El resultado fue que la conferencia que se celebró en San Francisco para fundar las Naciones Unidas se vio perturbada por un intercambio de palabras ásperas entre las delegaciones soviética y norteamericana.

El rápido empeoramiento de las relaciones entre los dos países después de la entrada de Truman en la Casa Blanca alarmó al ministro de la Guerra, Henry Stimson, y a Joseph E. Davies, ex embajador de Estados Unidos en Moscú. Los dos indicaron al nuevo presidente que, si bien Alemania se había rendido el 8 de mayo, era esencial mantener la Gran Alianza para garantizar la paz en la Europa de la posguerra y la derrota de Japón, que seguía luchando. Aunque Estados Unidos ya estaba trabajando en la bomba atómica, en la primavera de 1945 ésta era todavía un arma hipotética y nada más. Truman aceptó el argumento de Stimson y Davies en el sentido de que había que hacer todo lo posible para que los soviéticos participasen en la guerra contra Japón.

Pensando en este objetivo, el 19 de mayo Truman persuadió a Harry Hopkins, que estaba enfermo y era la personificación de la política conciliadora de Roosevelt con respecto a los soviéticos, de que viajase a Moscú para intentar resolver las diferencias entre el gobierno norteamericano y Stalin. La misión de Hopkins, que duró del 25 de mayo al 6 de junio, dio buen resultado, y las tensiones disminuyeron de forma apreciable durante las postrimerías de la primavera y el comienzo del verano de 1945. Stalin comunicó a Hopkins que permitiría que cinco polacos ajenos a Lublín y tres polacos de Londres formasen parte del gobierno de Polonia, que estaba dominado por los comunistas. Esta concesión permitió a Truman salvar las apariencias cuando el 5 de julio reconoció al gobierno polaco. A cambio, Stalin no puso reparos a la continuación de la hegemonía norteamericana en el hemisferio occidental por medio de una alianza regional entre Estados Unidos y las naciones de América Latina, el Pacto de Río, que se firmó en 1947. El dirigente soviético también reconoció los intereses predominantes de Estados

Unidos en Japón y China, y accedió a participar en un fideicomiso internacional en Corea. Además, Stalin retiró su exigencia de que la Unión Soviética tuviera derecho al veto en los debates del Consejo de Seguridad de la ONU, así como en sus acciones. Debido a ello, la conferencia de San Francisco pudo completar su trabajo sobre la carta de la ONU, que entró en vigor el 20 de diciembre de 1945. Stalin también reaccionó favorablemente cuando Truman solicitó reunirse con él y Churchill en Potsdam, cerca de Berlín, del 17 de julio al 2 de agosto.

En conjunto, la conferencia de Potsdam fue un éxito. Los Tres Grandes acordaron crear un Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores que se encargaría de redactar los tratados de paz con las potencias del Eje derrotadas y se ocuparía de los asuntos territoriales y de otra índole que surgieran después de la guerra. También acordaron desmilitarizar, desnazificar y democratizar Alemania y procesar (en la ciudad alemana de Nuremberg) por crímenes de guerra a los líderes nazis que siguieran vivos. En Potsdam también se encontró una fórmula conciliatoria sobre los espinosos problemas de las reparaciones y las fronteras alemanas. Los aliados occidentales dieron su visto bueno a que los polacos ocupasen territorio alemán situado al este de la línea del Neisse occidental. A cambio, los soviéticos aceptaron de mala gana la exigencia occidental de dejar pendiente la determinación definitiva de la frontera oriental de Alemania hasta que se celebrara una conferencia de paz en toda regla. Los soviéticos también renunciaron a la exigencia que habían formulado en Yalta en el sentido de que Alemania pagara 10.000 millones de dólares en concepto de reparaciones y aceptaron una fórmula en virtud de la cual cada potencia extraería reparaciones de la zona de ocupación que le correspondiera.

En Potsdam, Stalin también reafirmó la promesa que había hecho a Roosevelt en Yalta (y que volvió a hacer a Hopkins en mayo) de que el ejército soviético invadiría Manchuria, que estaba en poder de los japoneses, antes de mediados de agosto. Truman, a su vez, comunicó tranquilamente al líder soviético, sin mencionar de forma específica la bomba atómica, que Estados Unidos tenía un arma de gran capacidad destructiva que se había probado con buenos resultados en el desierto de Nuevo México el 16 de julio. Stalin trató de quitarle importancia al mensaje de Truman diciendo que esperaba que Estados Unidos hiciera buen uso de la nueva arma contra Japón, pero también ordenó a sus científicos que acelerasen sus trabajos para la fabricación de un arma atómica soviética. Por su parte, Truman y el secretario de Estado, James Byrnes, albergaban la esperanza de que la bomba atómica norteamericana obligara a Japón a rendirse antes de que Stalin cumpliera la promesa de entrar en guerra con los japoneses.

Esta esperanza no se hizo realidad. El 8 de agosto, dos días después de que una bomba atómica destruyera Hiroshima, la Unión Soviética declaró la

guerra a Japón. Los japoneses no se rindieron hasta el 14 de agosto, cinco días después de que una segunda bomba atómica norteamericana devastara Nagasaki, y cuando las tropas soviéticas ya habían empezado la invasión de Manchuria.

LA DECADENCIA DE LA GRAN ALIANZA

La necesidad de que los Tres Grandes cooperasen para derrotar a las potencias del Eje fue el cemento que mantuvo unida la Gran Alianza, pero una vez Japón se hubo rendido, los vínculos que había forjado la necesidad empezaron a deshacerse. El secretario de Estado, Byrnes, que en septiembre de 1945 viajó a Londres para asistir a la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores, creía ingenuamente que la superioridad militar y económica de que gozaba Estados Unidos al finalizar la guerra le permitiría dictar las condiciones de los tratados de paz. Pero Molotov hizo caso omiso del poderío norteamericano e hizo saber a Byrnes que, a menos que Gran Bretaña y Estados Unidos aceptaran las versiones soviéticas de los tratados de paz con Rumania y Bulgaria, él no aceptaría el tratado de paz con Italia que habían redactado los ingleses y los norteamericanos. Molotov también escandalizó a los norteamericanos al exigir que la Unión Soviética participara en la ocupación del archipiélago japonés. Byrnes rechazó las propuestas de Molotov y la conferencia de Londres terminó sin que se hubiera sacado nada en claro.

Después del fracaso de la conferencia de Londres, la amenaza soviética pareció crecer a ojos de los occidentales. La Unión Soviética empezó a presionar a Turquía para que permitiese, sin poner condiciones, el paso de buques de guerra soviéticos por los estrechos del Bósforo y los Dardanelos. Asimismo, puso en marcha una campaña de intimidación contra Irán cuyo objetivo era obtener concesiones petroleras comparables con las que los iraníes habían otorgado a Gran Bretaña y Estados Unidos. John Foster Dulles, que había asistido a la conferencia de Londres en calidad de observador republicano, no pudo por menos de sacar la conclusión de que «ya no era necesario, y tampoco era saludable, ocultar el hecho de que existían diferencias fundamentales entre Estados Unidos y la Unión Soviética».¹

Sin embargo, aunque veía con creciente inquietud el comportamiento de la Unión Soviética, Byrnes todavía no estaba dispuesto a cejar en el esfuerzo por resolver las diferencias entre los dos países. Al parecer, Stalin tampoco lo estaba. A mediados de diciembre de 1945 Byrnes viajó a Moscú y, según parece, logró poner fin a las diferencias con los soviéticos. Stalin accedió a que los partidos pro occidentales tuvieran una representación simbólica en los gobiernos de Rumania y Bulgaria, que estaban dominados por los comunistas. A cambio, Byrnes afirmó que Estados Unidos reconocería a dichos gobiernos.

Los ministros de Exteriores también acordaron celebrar una conferencia en París, a partir de mayo de 1946, para completar los tratados de paz. Además, Byrnes estuvo de acuerdo en que se crease un Consejo de Control Aliado que consultaría con el general Douglas MacArthur las medidas que debían tomarse para ocupar Japón, aconsejándole sobre ellas pero sin dirigirle. Gracias a estos acuerdos, los norteamericanos y los soviéticos crearon una forma de reconocer sus respectivas esferas de influencia que a la vez permitía cubrir las apariencias.

Byrnes y los soviéticos también acordaron crear una comisión de energía atómica de la ONU, pero el secretario de Estado no tuvo en cuenta un acuerdo que Truman había firmado con Gran Bretaña y Canadá el 15 de noviembre. En virtud de dicho acuerdo, que pedía el desarme nuclear, los aliados occidentales compartirían la información sobre la energía atómica con los soviéticos, pero sólo después de que empezara a funcionar un sistema de inspección internacional. Si bien Byrnes acabó persuadiendo a los soviéticos a aceptar esta condición, su actuación alarmó a los elementos antisoviéticos del gobierno de Truman y del Congreso, que opinaron que su labor en Moscú equivalía a una traición. Al parecer, el presidente aceptó el punto de vista de dichos elementos, y la influencia de Byrnes disminuyó repentinamente durante el invierno. En abril de 1946 el secretario de Estado dijo a Truman que dimitiría una vez los tratados de paz con el Eje quedaran terminados al cabo de unos meses.

Los partidarios de que Estados Unidos adoptara una actitud dura ante la Unión Soviética no eran los únicos que ejercían presión sobre Truman para que rompiera con los soviéticos. En la reunión que las Naciones Unidas celebró en Londres en enero de 1946, el ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, Ernest Bevin, tomó la iniciativa y opuso resistencia al esfuerzo soviético por intimidar a Turquía e Irán. Bevin tenía la esperanza de que su ejemplo empujara al gobierno de Truman a colaborar con Gran Bretaña en la defensa de los intereses occidentales. La revista *Time* comparó a Byrnes, «partidario habitual de las fórmulas conciliatorias», con el ministro de Exteriores británico, «que dijo lo que pensaba a los rusos como muchas personas sencillas, en las tabernas y las tiendas de barrio a menudo les hubiera gustado decirselas».²

Asimismo, sin darse cuenta, Stalin empujó a Truman en la dirección que deseaba Bevin. En un discurso del 9 de febrero de 1946, el dirigente soviético pidió un nuevo programa económico quinquenal que preparase a la Unión Soviética para un conflicto inevitable con el mundo capitalista. El juez William O. Douglas, del tribunal supremo de Estados Unidos, dijo que el discurso de Stalin era «la declaración de la tercera guerra mundial».³ Otros observadores, sin embargo, se limitaron a interpretarlo como un intento de movilizar al pueblo soviético para los sacrificios que exigiría la reconstrucción

en la posguerra y no como el anuncio de que los soviéticos iban a prepararse para una guerra con Occidente.

A pesar de ello, la conducta de los soviéticos sembró la inquietud entre los norteamericanos, toda vez que parecía contradecir las intenciones pacíficas de Stalin. Había aún tropas soviéticas en Irán, y los soviéticos continuaron ocupando Manchuria hasta mucho después de que se rindiera Japón. Asimismo, el gobierno de Truman se vio metido en una situación embarazosa cuando los soviéticos invocaron los acuerdos de Yalta para justificar la ocupación de las islas Kuriles. Debido a ello, a finales de enero Byrnes se vio obligado a hacer público el texto de los acuerdos de Yalta. Las consiguientes protestas entre el público y en el Congreso, en particular al saberse las concesiones que Roosevelt había hecho en Extremo Oriente para conseguir que los soviéticos participaran en la guerra contra Japón, obligaron a Truman a intentar distanciarse no sólo de los soviéticos, sino también de Byrnes, que hasta entonces se había enorgullecido de haber estado al lado de Roosevelt en Yalta.

Las crecientes suspicacias que las intenciones de los soviéticos despertaban en los norteamericanos se agravaron cuando el 3 de febrero de 1946 se supo que una red de espionaje había logrado transmitir información sobre la bomba atómica norteamericana a la Unión Soviética. La noticia contribuyó en gran medida a que el público perdiera su entusiasmo por todo plan encaminado a abandonar el monopolio atómico de Estados Unidos. Líderes republicanos como, por ejemplo, el senador Arthur Vandenberg de Michigan advirtieron a Truman que el partido republicano dejaría de apoyar la actitud conciliatoria con respecto a la Unión Soviética que Byrnes había adoptado en Moscú.

Pero el gobierno ya se disponía a seguir una política más firme, más inclinada al enfrentamiento, con los soviéticos. El 12 de febrero el departamento de Estado les informó de que Estados Unidos aplazaría el reconocimiento del gobierno búlgaro hasta que Bulgaria llegase a un acuerdo sobre reparaciones con Grecia. El 22 de febrero se produjo un cambio importante de la política de no injerencia en los asuntos de Irán cuando Byrnes comunicó a los iraníes que Estados Unidos apoyaría activamente su independencia y su integridad territorial. Truman reconoció en sus memorias que la pérdida del petróleo iraní «hubiera sido grave para la economía del mundo occidental».⁴ Más importantes aún que el petróleo de Irán, sin embargo, eran las inmensas reservas de petróleo de la cercana Arabia Saudí, a la que el departamento de Estado llamó «fuente formidable de poder estratégico, y una de las presas materiales más grandes de la historia del mundo».⁵

La aparente amenaza soviética que se cernía sobre el petróleo de Oriente Próximo también fue la causa de que por primera vez la defensa de Turquía fuera importantísima para los norteamericanos. A finales de febrero Byrnes decidió enviar el *Missouri*, el buque de guerra más poderoso del mundo, a Es-

tambul como advertencia a Moscú de que Estados Unidos no toleraría una agresión soviética a Turquía.

Así pues, en el espacio de unos cuantos días de febrero de 1946, el gobierno de Truman abandonó, de una vez para siempre, los intentos de satisfacer los deseos de la Unión Soviética. Las razones de la nueva política se dieron el 22 de febrero en un «telegrama largo», de 8.000 palabras, que redactó George Kennan. Desde su puesto en la embajada norteamericana en Moscú, Kennan advirtió al departamento de Estado de que la hostilidad soviética con respecto al mundo capitalista era inevitable e inmutable por ser la justificación del opresivo sistema totalitario que los comunistas habían impuesto al pueblo soviético. Kennan recomendó que, en vez de tratar de complacer al régimen soviético, Estados Unidos se concentrara en contener la expansión del poderío soviético hasta que en la Unión Soviética se instaurara una forma de gobierno más moderada.

En un discurso del 28 de febrero, Byrnes dio a conocer la nueva política de firmeza del gobierno. En una frase que Truman había subrayado en el texto del discurso, Byrnes afirmó que «no podemos permitir que se lleve a cabo la agresión por medio de la coacción, la presión o subterfugios tales como la infiltración política».⁶ El historiador Robert Messer ha comentado que al pronunciar el discurso, «Byrnes anunció, con la aprobación de Truman, su declaración personal de la guerra fría».⁷

Aún no había transcurrido una semana cuando, el 5 de marzo, Winston Churchill, que ahora era líder del partido de la oposición en el parlamento británico, pronunció un discurso de graduación en Fulton, Misuri. Con Truman presente en el estrado de los oradores, Churchill declaró que un «telón de acero» había descendido desde «Stettin en el Báltico hasta Trieste en el Adriático». Pidió que se creara una «asociación fraternal de los pueblos de habla inglesa» para mantener la paz. Y concluyó diciendo: «Estoy convencido de que no hay nada que [los soviéticos] admiren tanto como la fuerza, y no hay nada por lo que sientan menos respeto que por la debilidad militar».⁸ Stalin interpretó el discurso como una señal de que Churchill quería una guerra con la Unión Soviética.

Como parte de esta política nueva y más dura con respecto a la Unión Soviética, el 5 de marzo Byrnes dio a conocer una nota que había enviado a Moscú para exigir la retirada soviética de Irán. Tres días después, preguntó al ministro de Exteriores británico, Ernest Bevin, si Gran Bretaña estaría dispuesta a unirse a Estados Unidos para someter el problema al Consejo de Seguridad. Los soviéticos respondieron a la situación embarazosa en que les ponía la revelación de sus intentos de intimidar a Irán accediendo, el 4 de abril, a retirar sus tropas antes de principios de mayo. A cambio, recibieron del gobierno iraní concesiones petroleras en el norte del país. Sin embargo, después de que las tropas soviéticas abandonasen Irán, el parlamento iraní, con el apo-

yo de Estados Unidos, canceló las concesiones petroleras que había hecho a los soviéticos.

La retirada soviética de Irán pareció confirmar que había sido un acierto endurecer la política norteamericana. Los soviéticos demostraron que retrocederían ante una postura firme de Estados Unidos y Gran Bretaña. Años después, Truman dijo que la respuesta de su gobierno a la crisis iraní fue la primera de una serie de iniciativas que «salvaron al mundo».⁹

La crisis también señaló el final de la Gran Alianza. Antes de que transcurrieran tres semanas desde que Churchill pronunciara el discurso en Fulton, Stalin abandonó sus intentos de obtener un empréstito norteamericano de 1.000 millones de dólares, rechazó el ingreso en el Banco Mundial y en el Fondo Monetario Internacional, calculó el momento de la retirada de las tropas soviéticas de Manchuria de forma que sirviera de apoyo a la infiltración de las fuerzas comunistas chinas de Mao Zedong y puso en marcha una purga ideológica de los dirigentes del Kremlin con el fin de sacar a los elementos pro occidentales de los puestos de influencia. En resumen, en marzo de 1946 la Gran Alianza ya había muerto.

EL PLAN BARUCH

Al empeorar las relaciones entre los soviéticos y los norteamericanos durante 1946, disminuyeron las perspectivas de evitar una carrera de armamentos nucleares. El 14 de junio de 1946, Bernard Baruch, el representante de Estados Unidos ante la Comisión de Energía Atómica de la ONU, presentó el plan norteamericano para el control internacional de dicha energía. Como cabía esperar, la Unión Soviética consideró que el plan era inaceptable. Aunque hubiera dado a los soviéticos un poco de información relativa a la energía atómica —que probablemente ya obraba en su poder—, y una vaga promesa de destruir el arsenal nuclear de Estados Unidos en un futuro indefinido, hubiese obligado a los soviéticos a correr grandes riesgos: la pérdida del veto en asuntos relacionados con la energía atómica, la inspección internacional de sus instalaciones científicas, industriales y militares, y la posible reducción de su programa de desarrollo de la energía atómica.

La contrapropuesta soviética, que Andrej Gromyko presentó a la ONU el 19 de junio de 1946, fue considerada igualmente inaceptable por los norteamericanos. Los soviéticos insistían en que Estados Unidos debía renunciar a su ventaja nuclear a cambio de una vaga promesa soviética de participar en un sistema de control internacional. Gromyko también afirmó sin rodeos que la Unión Soviética no aceptaría ninguna reducción de su derecho al veto en el Consejo de Seguridad.

Si bien el 30 de diciembre de 1946 la Comisión de Energía Atómica de

la ONU aprobó el Plan Baruch, su rechazo por la Unión Soviética hizo que esta victoria estadounidense no tuviera sentido y que la carrera de armamentos nucleares fuese inevitable. Además, al rechazar el Plan Baruch, los soviéticos confirmaron la impresión de que eran el principal obstáculo para la paz mundial. A causa de ello, la mayoría de los norteamericanos aceptó poco a poco el argumento del gobierno de Truman en el sentido de que el enfrentamiento debía tener precedencia sobre una política conciliatoria con respecto a la Unión Soviética.

No todo el mundo estaba dispuesto a abandonar el intento de llegar a un entendimiento con los soviéticos. En una carta de 5.000 palabras a Truman, fechada el 23 de julio, el ministro de Comercio, Henry Wallace, afirmó que los soviéticos tenían razones legítimas para temer a Estados Unidos, entre ellas la posesión de la bomba atómica y la creación de bases militares norteamericanas alrededor de la periferia de la Unión Soviética. A juicio de Wallace, la única solución para evitar una carrera de armamentos nucleares era el «desarme atómico» y la creación de un sistema eficaz que se encargase de hacerlo cumplir. Ocho días después de que Wallace volviera a criticar la política exterior de Washington, en un discurso que el 12 de septiembre pronunció en el Madison Square Garden, Truman le destituyó. Wallace respondió enfrentándose a Truman en las elecciones presidenciales de 1948, pero no fue elegido.

LA DOCTRINA TRUMAN

En 1947 Grecia se convirtió en otro teatro de la guerra fría. Ocupada por Gran Bretaña después de la guerra, Grecia se vio abrumada por graves problemas de subsistencia y reconstrucción, paralizada por una economía al borde del colapso, amenazada por sus vecinos hostiles en los Balcanes y desgarrada por una guerra civil en la que los partidarios del gobierno derechista de Konstantinos Tsaldaris se enfrentaron a una coalición de socialistas, comunistas y liberales.

En febrero de 1947 los ingleses, que pasaban apuros a causa de una aguda crisis económica, comunicaron a Estados Unidos que no podían seguir soportando la carga que representaba tratar de mantener el orden en Grecia. El gobierno de Truman decidió asumir la responsabilidad que los ingleses estaban a punto de abandonar. El 12 de marzo de 1947, ante una sesión conjunta del Congreso, Truman declaró que «Estados Unidos debe tener por norma ayudar a los pueblos libres que se resisten a los intentos de subyugación por parte de minorías armadas o de presiones externas». El presidente pidió al Congreso que aprobara la concesión de ayuda por valor de 300 millones de dólares a Grecia y de 100 millones de dólares a Turquía, con el fin de que los

Marshall, el 5 de octubre los soviéticos anunciaron la creación de su propio programa de asistencia económica, el llamado Plan Molotov.

Los planes económicos rivales reforzaron la división militar que existía en Europa al crear esferas económicas de influencia que competían una con otra. En Occidente, la asistencia económica del Plan Marshall revitalizó o creó gobiernos democráticos que se basaban en los principios del mercado libre, o como mínimo los toleraban. En los países del este, el Plan Molotov se convirtió en la base del COMECON, que amalgamó las economías de la Europa del Este con la economía soviética. La reglamentación económica de la Europa del Este fue acompañada de una intensificación de la represión política, toda vez que los soviéticos pensaron que ya no era necesario aplacar a la opinión occidental. En la primavera de 1948, momento en que un golpe de Estado comunista enmarcó firmemente a Checoslovaquia en el bloque soviético, los últimos vestigios de democracia ya habían desaparecido en la Europa del Este.

EL PROBLEMA ALEMÁN

Alemania fue el problema que causó la ruptura definitiva de la Gran Alianza, del mismo modo que, para empezar, había sido la razón principal de que los Tres Grandes se unieran. En la conferencia de Potsdam, Truman, Churchill y Stalin habían decidido que Alemania continuase siendo una única entidad económica, a pesar de su división en zonas de ocupación militar. Sin embargo, los franceses no hicieron caso de esta decisión y continuaron gobernando su zona de ocupación con independencia de las otras zonas aliadas. Los franceses no sólo querían que Alemania siguiera siendo débil, sino que también querían asegurarse de que los pagos alemanes en concepto de reparaciones se obtuvieran de la producción alemana actual. Aunque también deseaban que Alemania siguiera siendo débil, los soviéticos creían que sería más fácil cobrar las reparaciones de una Alemania unificada que de una Alemania dividida en entidades económicas independientes unas de otras.

Washington, en cambio, consideró que el apoyo de Stalin a una entidad económica alemana unificada era una estrategia para dominar todo el país. Por tanto, en mayo de 1946 Estados Unidos y Gran Bretaña interrumpieron el pago en especie de reparaciones alemanas de sus zonas respectivas a la Unión Soviética. Además, el 6 de septiembre de 1946, Byrnes, el secretario de Estado, prometió al pueblo alemán la restauración del autogobierno y sugirió que la cesión de territorio alemán a Polonia no sería permanente. También indicó que las tropas norteamericanas permanecerían en Alemania indefinidamente.

Estados Unidos y Gran Bretaña procedieron luego a dar los primeros pa-

sos hacia la creación de un estado alemán occidental que fuese lo bastante fuerte como para bloquear la expansión soviética hacia el interior de la Europa occidental. El 1 de enero de 1947, las zonas de ocupación norteamericana y británica se fundieron en una única entidad administrativa llamada Bizonia. En febrero de 1948 las potencias occidentales instituyeron un programa de reforma monetaria en Bizonia para preparar su participación en el Plan Marshall. Asimismo, las potencias occidentales, sin la concurrencia de la Unión Soviética, decidieron convocar una asamblea que se encargaría de redactar una constitución para un estado alemán occidental.

Naturalmente, los soviéticos opinaron que la perspectiva de un estado alemán occidental vinculado a un país tan sumamente poderoso como Estados Unidos representaba una nueva amenaza alemana. Para evitarla, los soviéticos ejercieron presión sobre la dividida ciudad de Berlín, situada 200 kilómetros en el interior de la zona soviética. En marzo de 1948 los soviéticos empezaron a imponer restricciones al tráfico terrestre que se dirigía al Berlín occidental, y el 24 de junio lo cortaron por completo.

El gobierno de Truman consideró que el bloqueo de Berlín ponía a prueba la decisión de Occidente de defender la libertad no sólo del Berlín occidental, sino de toda la Europa occidental. Así pues, Estados Unidos tomó vigorosas medidas para contrarrestarlo. El tráfico hasta el Berlín occidental desde la zona soviética fue interrumpido. Además, Estados Unidos emprendió un monumental puente aéreo para abastecer al Berlín occidental que permitió que la ciudad resistiera el bloqueo soviético. Asimismo, en una obvia demostración del poderío atómico de Estados Unidos, el presidente envió sesenta bombarderos B-29 a Gran Bretaña. Aunque los B-29 eran llamados «bombarderos atómicos», no llevaban ninguna bomba atómica. No obstante, la medida hizo que la amenaza tácita de represalias nucleares de Estados Unidos contra la Unión Soviética pasara a ser explícita por primera vez.

No fue la amenaza de devastación nuclear, sin embargo, lo que empujó a los soviéticos a poner fin al bloqueo del Berlín occidental. En lugar de ello, se dieron cuenta de que el bloqueo probablemente aceleraría la formación de un estado alemán occidental unificado en lugar de impedirla. Además, el bloqueo soviético del Berlín occidental produjo un contrabloqueo occidental de la zona soviética que resultó económicamente doloroso. Asimismo, el bloqueo de Berlín fue una monumental derrota propagandística para la Unión Soviética, ya que dio más argumentos a la interpretación hostil de las intenciones soviéticas por parte de los norteamericanos. En mayo de 1949 los soviéticos pusieron fin al bloqueo después de que las potencias occidentales accedieran a levantar el contrabloqueo.

Pese al final pacífico de esta primera crisis de Berlín, el hecho de que se produjera acabó con toda esperanza de una rápida reunificación de Alemania. En 1949 las potencias occidentales transformaron sus zonas de ocupación en

un estado alemán occidental, la República Federal Alemana. Los soviéticos respondieron aquel mismo año instaurando un estado marioneta comunista en su zona, la República Democrática Alemana. La división de Alemania selló la división de la Europa de la posguerra en dos esferas de influencia rivales, la norteamericana y la soviética.

DISUASIÓN

El bloqueo de Berlín completó la transformación de la actitud de Estados Unidos ante la Unión Soviética que había empezado con la presidencia de Truman en abril de 1945. En la época de la conferencia de Yalta, en febrero de 1945, los norteamericanos consideraban que los objetivos soviéticos eran esencialmente defensivos, pero en 1948 un estudio del recién creado Consejo de Seguridad Nacional, el NSC-20, decía que el objetivo soviético era nada menos que la dominación del mundo entero. El estudio insistía en que el objetivo principal de Estados Unidos tenía que ser la reducción «del poderío y la influencia de Moscú» por todos los medios posibles, incluida la «liberación» de la Europa del Este, el desmantelamiento del sistema militar soviético y la disolución del partido comunista soviético.¹² Si bien el NSC-20 afirmaba que estos objetivos podían alcanzarse sin emplear la fuerza, no descartaba la posibilidad de una guerra. En el caso de que hubiera hostilidades, según otro estudio del Consejo de Seguridad Nacional, el NSC-30, la bomba atómica podía disuadir a la Unión Soviética de invadir la Europa occidental.

La adopción de una estrategia de disuasión nuclear por parte del gobierno de Truman revolucionó la actitud estadounidense ante la guerra. Antes, los norteamericanos generalmente se habían preparado para la guerra sólo después de que empezara ésta. Los partidarios de la disuasión argüían que ahora Estados Unidos tendría que prepararse antes de que empezara el conflicto, con el fin de prevenirlo. Sin embargo, nunca estuvo muy claro cuánta fuerza se necesitaría para impedir que estallara una guerra. Esta ambigüedad acabaría contribuyendo en gran medida a estimular la producción de armas nucleares.

A su vez, la amenaza nuclear estadounidense estimuló el proyecto de la bomba atómica soviética. En agosto de 1949 los soviéticos lograron hacer estallar su primer artefacto nuclear. La amenaza de aniquilación nuclear, que antes era monopolio de los norteamericanos, pasó a ser mutua. Cinco meses después, en enero de 1950, Truman aprobó la fabricación de una bomba de fisión nuclear, la de hidrógeno, que se probaría con buenos resultados en noviembre de 1952. A partir de entonces la amenaza de devastación nuclear sería un fenómeno mundial.

LA OTAN

La bomba atómica soviética contribuyó directamente a la creación de la primera alianza que involucró a Estados Unidos en Europa, la OTAN, en 1949. La Alianza del Atlántico Norte fue fruto de lo que se llamaría el consenso de la guerra fría, según el cual si Estados Unidos volvía al aislacionismo, la Europa occidental caería bajo la dominación de otra potencia agresiva, la Unión Soviética, y esta situación volvería a requerir la intervención militar de Estados Unidos. El pueblo norteamericano, en el que influyó mucho la agresividad que mostró la Unión Soviética después de la segunda guerra mundial, sacaría la conclusión de que evitar otra conflagración mundial sería mucho menos costoso en vidas y riqueza que ganar una guerra.

Otro factor que empujó a Estados Unidos a abandonar su tradición aislacionista fue percatarse de que los océanos ya no ofrecían mucha protección contra un ataque. Esto resultó todavía más obvio después de que los soviéticos fabricaran su propia bomba atómica y el medio de lanzarla (un bombardero con gran autonomía de vuelo cuyo modelo era el B-29 norteamericano).

Con todo, incluso después de que la mayoría de los norteamericanos vieran confirmadas las tendencias agresivas de la Unión Soviética, al principio el gobierno de Truman intentó que el compromiso de Estados Unidos con la seguridad europea se limitara principalmente a la ayuda económica de acuerdo con la Doctrina Truman y el Plan Marshall. Al principio Washington creyó que Gran Bretaña podía y quería asumir la principal responsabilidad de la defensa militar del continente contra los soviéticos. Sin embargo, el gobierno británico logró finalmente convencer a Washington de que Gran Bretaña no podía desempeñar aquel papel, ni siquiera contando con una masiva ayuda económica de Estados Unidos. Los norteamericanos tendrían que comprometerse militarmente con la defensa de Europa.

El primer paso hacia la Alianza del Atlántico Norte, que fue propuesta por primera vez por el ministro de Asuntos Exteriores británico, Ernest Bevin, consistió en la creación de una alianza anglofrancesa al firmarse el Tratado de Dunkerque en 1947. Aunque iba dirigido a Alemania, este tratado fue también el núcleo del Pacto de Bruselas de 1948, que obligaba a Gran Bretaña y Francia a defender a los países del Benelux. A su vez, el Pacto de Bruselas fue el núcleo de la Alianza del Atlántico Norte, que era más amplia y unía a Estados Unidos, Canadá y catorce naciones europeas para la defensa mutua. El alma del Tratado del Atlántico Norte, su artículo 5, estipulaba que un ataque contra cualquiera de los signatarios se consideraría un ataque contra todos ellos y requería que las partes respondieran a cualquier agresión de esta índole tomando las medidas apropiadas, tanto individuales como colectivas.

Un compromiso militar práctico de Estados Unidos con la defensa de Eu-

ropa no existió hasta septiembre de 1950. En aquel mes Truman decidió volver a mandar tropas de combate a Europa para que reforzaran las tropas de ocupación norteamericanas destacadas en Alemania desde el final de la guerra. La llegada de las tropas de combate al año siguiente creó la posibilidad de una eficaz resistencia en tierra si los soviéticos atacaban la Europa occidental. No hace falta decir que el aumento de los efectivos militares estadounidenses incrementó los temores de los soviéticos a las intenciones agresivas de Estados Unidos y fue la causa de que intensificaran sus preparativos militares en los primeros años cincuenta.

LA «PÉRDIDA» DE CHINA

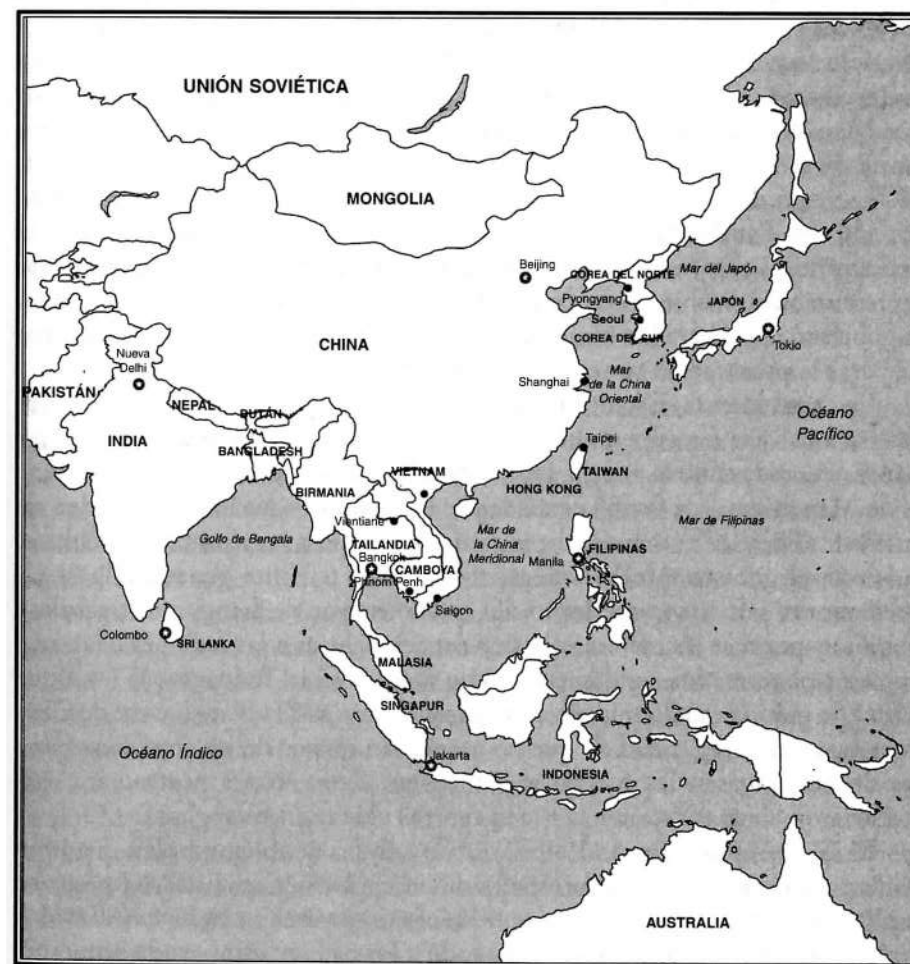
La guerra fría también se propagó a China durante la presidencia de Truman. Desde hacía decenios las fuerzas nacionalistas de Jiang Jieshi (Chiang Kaishek) luchaban contra los comunistas que mandaba Mao Zedong (Mao Tse-tung), pero los dos bandos habían acordado una tregua cuando los japoneses invadieron China en 1937. Ante la embestida japonesa, los nacionalistas se retiraron al oeste y al sur de China, mientras los comunistas consolidaban su fuerza en el noroeste rural del país. Al entrar Estados Unidos en la guerra con Japón en 1941, los ejércitos nacionalistas dejaron que los norteamericanos interpretaran el papel principal en la derrota de los japoneses, mientras ellos se preparaban para el inevitable enfrentamiento con los comunistas en la posguerra.

En junio de 1944 Franklin Roosevelt estaba asqueado de la deslucida forma en que Jiang llevaba la guerra y envió al vicepresidente, Henry Wallace, a China con el fin de que presionara a Jiang para que negociase un acuerdo con los comunistas que permitiera a los nacionalistas dedicar más atención a la lucha contra los japoneses. La misión de Wallace fue un fracaso, principalmente porque Jiang exigió nada menos que la rendición de los comunistas. Pese a ello, Roosevelt tuvo que aguantar al líder nacionalista porque creía que el Congreso y el pueblo de Estados Unidos no estarían dispuestos a aceptar una opción comunista. Así pues, Roosevelt hizo caso omiso de una propuesta (fechada el 9 de enero de 1945) de Mao Zedong y su ministro de Exteriores de facto, Zhu Enlai (Chu En-lai), que querían que les invitaran a visitar Washington para hablar con el presidente sobre la resolución de la guerra civil china.

Tampoco Stalin prestó mucho apoyo a los dirigentes comunistas chinos. Durante la guerra no quiso que la guerra civil china perturbase la Gran Alianza. En abril de 1945 aseguró al gobierno de Truman que cumpliría la promesa que había hecho a Roosevelt (en la conferencia de Yalta) y no ayudaría a los comunistas chinos a subvertir la autoridad nacionalista en China. Fiel a su palabra, el 14 de agosto de 1945, Stalin firmó un Tratado de Amistad y Alian-

za con el gobierno nacionalista. En virtud del tratado, los nacionalistas aceptaron la pérdida de la Mongolia Exterior, concedieron a los soviéticos acceso a las instalaciones portuarias de Dairen y les permitieron construir una base naval en Port Arthur. También aceptaron que los ferrocarriles manchurianos fuesen propiedad conjunta de los soviéticos y los chinos. Es obvio que los nacionalistas pensaron que valía la pena hacer estas concesiones a cambio de la promesa de la Unión Soviética de abstenerse de ayudar a los comunistas chinos y de retirar sus tropas de Manchuria en cuanto se rindieran las fuerzas japonesas.

¿Por qué prefirió Stalin tratar con los nacionalistas a tratar con los comunistas? Probablemente el líder soviético supuso que, al menos en un futuro próximo, los comunistas eran demasiado débiles para derribar a los naciona-



Extremo Oriente, 1945

listas, a la vez que éstos no eran lo bastante fuertes como para amenazar los intereses soviéticos en el este de Asia. Además, la simpatía entre Stalin y los comunistas chinos era escasa. Mao Zedong había repudiado el control soviético del partido comunista chino en 1935 y luego había vuelto la teoría marxista al revés al tratar de edificar el comunismo en China apoyándose en los campesinos en lugar de en el proletariado industrial. Debido a ello, Stalin llamaba a Mao «marxista de margarina» que estaba aquejado de «patriotería» y de «ideología pequeño burguesa».¹³ Al parecer, Stalin prefería tratar con una débil China nacionalista que estuviera dispuesta a cooperar con la Unión Soviética a tratar con una China gobernada por comunistas que se negaban a seguir la pauta soviética.

A pesar de la preferencia de Stalin por los nacionalistas en China, el gobierno de Truman, debido a las dificultades que había experimentado con los soviéticos en la Europa del Este y en Oriente Próximo, desconfiaba de las motivaciones soviéticas en el este de Asia. Washington cerró los ojos ante las diferencias que separaban a los comunistas chinos de los soviéticos y consideró que Mao Zedong no era más que una marioneta de estos últimos y cumpliría sin titubear las órdenes de Stalin. Por tanto, Truman, al igual que Roosevelt, no hizo caso de los esfuerzos de los comunistas chinos por llegar a un *modus vivendi* con Estados Unidos. Si bien el departamento de Estado sabía que el gobierno de Jiang Jieshi era irremediabilmente corrupto y en modo alguno representaba al pueblo chino (más del 90 por 100 del cual eran campesinos), el gobierno apoyaba a los nacionalistas porque creía que era la mejor manera de parar la penetración soviética en el este de Asia.

En consecuencia, Estados Unidos hizo lo indecible por ayudar a las fuerzas nacionalistas a recuperar el control del territorio chino que el ejército japonés ocupó durante la guerra. Las fuerzas japonesas que se encontraban fuera de Manchuria, que estaba ocupada por los soviéticos, recibieron la orden de rendirse sólo a los comandantes nacionalistas y no a los comunistas chinos. Además, el gobierno de Washington ordenó al teniente general Albert C. Wedemeyer, jefe norteamericano del estado mayor de Jiang, que trasladase por aire y por mar las mejores divisiones nacionalistas a las regiones ocupadas por los japoneses, tan rápidamente como fuera posible. Asimismo, 53.000 infantes de marina estadounidenses ocuparon ciudades clave en el norte de China para tener la seguridad de que no caerían en manos de los comunistas antes de que llegasen las fuerzas nacionalistas. Estas tropas norteamericanas sostuvieron algunas escaramuzas con fuerzas chinas en Shanghai.

El 14 de septiembre de 1945, Truman aprobó también un plan que proponía ampliar la ayuda militar estadounidense a los nacionalistas, a los que se facilitaría material para treinta y nueve divisiones y ocho alas aéreas. Estados Unidos también continuó proporcionando a los nacionalistas ayuda económica después de la guerra. De hecho, al terminar la guerra con Japón, China na-

cionalista recibió más ayuda norteamericana —unos 3.000 millones de dólares entre 1945 y 1949— que durante el conflicto.

No cabe duda de que la ayuda estadounidense a Jiang Jieshi contribuyó a que Stalin decidiera ayudar un poco a los comunistas chinos. Los soviéticos facilitaron la entrada de fuerzas comunistas en Manchuria, que estaba en su poder. También dotaron a los comunistas chinos de armas que antes pertenecían a los japoneses. El resultado fue que en noviembre de 1945 los comunistas tenían 215.000 soldados en Manchuria. Cuando en mayo de 1946 los soviéticos finalmente se retiraron de China, las fuerzas comunistas habían consolidado su posición en el noreste del país, desde donde lanzarían una ofensiva que finalmente (en 1949) obligaría a los nacionalistas a abandonar la China continental.

Si bien el gobierno de Truman hizo cuanto pudo por ayudar a Jiang Jieshi, prefirió evitar una guerra civil total en China porque creía que sólo la Unión Soviética se beneficiaría de ella. Por consiguiente, en noviembre de 1945 Truman envió al general George Marshall, que a la sazón era jefe del estado mayor del ejército, a China para que mediase entre nacionalistas y comunistas con el fin de buscar una solución del conflicto. Marshall también recibió instrucciones de facilitar la continuación del suministro de material a las fuerzas nacionalistas, con la esperanza de que pudieran recuperar el dominio de Manchuria. Marshall no logró negociar el final de la guerra civil por culpa del papel que le habían asignado, que no era propio de un mediador, y también por culpa de la hostilidad entre las partes enfrentadas.

En julio de 1946 Jiang lanzó una ofensiva total contra sus enemigos comunistas. Sin embargo, aunque las fuerzas nacionalistas obtuvieron algunas victorias en las ciudades principales, la fuerza de los comunistas aumentó en las zonas rurales. Jiang dependía de los terratenientes y de la pequeña nobleza rural y este factor le impidió tomar medidas eficaces para atender a las necesidades del campesinado. Los comunistas, en cambio, intentaron al menos satisfacer tales necesidades. Debido a ello, en 1947 la ofensiva nacionalista había empezado a perder fuerza y la iniciativa estaba en manos de los comunistas. Los ejércitos comunistas avanzaron hacia el sur desde sus bases en Manchuria y el norte de China y arrollaron a las maltrechas líneas nacionalistas.

El 8 de enero de 1949, ante la perspectiva de un desastre, Jiang suplicó la intervención militar de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia e incluso la Unión Soviética, que aún no había abandonado a los nacionalistas porque Stalin temía que tratar con una China gobernada por Mao Zedong sería más difícil que tratar con un Jiang Jieshi debilitado. Así pues, el dirigente soviético instó a Mao a detener sus fuerzas a orillas del río Yangtsé y formar un gobierno de coalición con los nacionalistas. Pero Mao no pensaba permitir que le negasen su triunfo definitivo. Hizo oídos sordos a la petición de Stalin y ordenó a sus ejércitos que cruzaran el Yangtsé, desde donde se internaron rá-

pidamente en el sur de China. El 1 de octubre de 1949, Mao Zedong proclamó la República Popular de China, cuya capital era Beijing (Pekín). Ante este hecho consumado, al día siguiente la Unión Soviética fue la primera nación en reconocer al nuevo gobierno. En diciembre de 1949 lo que quedaba del gobierno nacionalista y de las fuerzas de Jiang Jieshi huyó a la isla de Taiwan, unos 320 kilómetros al este de la China continental.

UNA NUEVA POLÍTICA ESTADOS UNIDOS-CHINA

El gobierno de Truman intentó negar que fuera responsable de la victoria comunista incluso antes de que ésta se produjera. El 5 de agosto de 1949, hizo pública una larga defensa de su política en China en el llamado *Libro Blanco sobre China*. En una carta que acompañaba a dicho libro, el secretario de Estado, Dean Acheson, echaba la culpa de la victoria comunista a las deficiencias de los nacionalistas. Declaraba que la intervención militar de Estados Unidos a favor de éstos sólo hubiera servido para ganarse la enemistad del pueblo chino sin salvar a los nacionalistas. Es evidente que Acheson albergaba la esperanza de que el nuevo régimen chino siguiera el modelo de Tito y no ingresara en el bloque soviético. Por esta razón, y porque los jefes del estado mayor conjunto sostuvieron que la importancia estratégica de Taiwan no era suficiente para «justificar una acción militar abierta» en su apoyo, el 5 de enero de 1950, Truman anunció que Estados Unidos no intervendría a favor de los nacionalistas.¹⁴ En realidad, el gobierno de Washington indicó que no se enfrentaría a los comunistas si intentaban ocupar la isla.

En un discurso que pronunció el 12 de enero, Acheson se extendió sobre la decisión de Truman. El secretario de Estado aseguró a la nación que la victoria comunista en China no constituía una amenaza para el resto de Asia. Pero excluyó tanto a Taiwan como a Corea del Sur, así como al sudeste del continente asiático, de una línea de defensa estratégica de Estados Unidos que, según dijo, se extendía desde las islas Aleutianas hasta Japón, las islas Ryukyu y, más al sur, las Filipinas. Acheson dijo que para Estados Unidos, la seguridad militar de los países situados más allá del perímetro defensivo «quedaba fuera del terreno de cualquier relación práctica». En caso de producirse un ataque contra alguna de estas zonas, «primero había que confiar en la resistencia del pueblo atacado y luego en los compromisos contraídos por todo el mundo civilizado en virtud de la carta de las Naciones Unidas». Sin embargo, Estados Unidos prestaría ayuda económica y aconsejaría a los países que estuvieran fuera de su perímetro defensivo, pero sólo si había alguna probabilidad de que salieran del conflicto sin convertirse en comunistas.¹⁵

El gobierno de Truman no descartó en seguida la posibilidad de tener relaciones normales con el nuevo régimen comunista de China. En lugar de

ello, albergaba la esperanza de que la perspectiva de reconocerlo, comerciar con él y darle representación en las Naciones Unidas indujera a los comunistas chinos a «portarse bien». Así pues, los funcionarios de los consulados y la embajada de Estados Unidos en la China ocupada por los comunistas no abandonaron inmediatamente sus puestos, aunque hicieron todo lo posible para no tratar a los comunistas como a autoridades de facto.

Por diversas razones, sin embargo, al gobierno de Truman le resultó políticamente imposible reconocer al régimen comunista. Una de las razones fue la reacción hostil que la «pérdida» de China produjo en los miembros republicanos del Congreso. Dijeron que el *Libro Blanco sobre China* eran «1.054 páginas que trataban de encubrir una política ilusoria y pasiva que sólo había servido para que Asia corriera el peligro de una conquista soviética, con la consiguiente amenaza esencial para la paz del mundo y nuestra propia seguridad nacional».¹⁶ Los republicanos no alcanzaban a comprender por qué la política de contención era viable en Europa pero no en Asia. El senador republicano William F. Knowland de California declaró que, dado que el comunismo era de naturaleza mundial, «no tenía sentido tratar de evitar que 240.000.000 europeos fuesen a parar al otro lado del Telón de Acero, a la vez que adoptamos una actitud satisfecha y despreocupada ante la posibilidad de que unos 450.000.000 chinos sigan el mismo camino».¹⁷

El efecto negativo de las críticas que Knowland dedicó a la política del gobierno en China aumentó con los ataques virulentos del senador republicano Joseph McCarthy de Wisconsin. McCarthy, que empezó a atacar al gobierno en febrero de 1950, declaró que la pérdida de China, así como de la Europa del Este, era fruto de la infiltración comunista en el departamento de Estado. La acusación no corroborada de McCarthy de que en el citado departamento trabajaban comunistas con carnet del partido no sólo creó un entumecedor clima de miedo y suspicacia, sino que también contribuyó a que, por motivos políticos, el reconocimiento de la China comunista fuese imposible durante tres decenios.

También los comunistas chinos fueron responsables en parte de que Washington no pudiera seguir una política realista con ellos. En marzo de 1948 anunciaron que no reconocerían los tratados que había firmado el gobierno nacionalista y que tampoco reconocerían a los diplomáticos extranjeros hasta después de que sus gobiernos respectivos hubieran reconocido al régimen comunista. El 24 de octubre de 1949, los chinos encarcelaron al cónsul general de Estados Unidos, Angus Ward, durante un mes bajo la acusación —al parecer justificada— de que su consulado era el núcleo de una red de espionaje norteamericana. Truman calificó la detención de ultraje. Acheson afirmó que el incidente de Ward, junto con la negativa del nuevo gobierno a reconocer los acuerdos internacionales del régimen anterior, era una de las razones principales que impedían a Estados Unidos reconocer al gobierno comunista chino.

Al mismo tiempo, el caso Ward convenció a Mao Zedong de que Estados Unidos y la China comunista no podían tener una relación amistosa. En vista de ello, descartó la perspectiva de un reconocimiento por parte de Estados Unidos y adoptó una virulenta actitud antinorteamericana. Sólo quedaba la Unión Soviética como aliado en potencia del nuevo régimen chino, por lo que en diciembre de 1949 Mao viajó a Moscú, donde aseguró a Stalin que no se encontraba ante un nuevo Tito. El 14 de enero de 1950, los chinos se incautaron de propiedades diplomáticas de Estados Unidos, Holanda y Francia en Beijing porque, según dijeron, dichos países las habían obtenido en virtud del «desigual tratado» de 1901. Estados Unidos respondió cerrando todas sus oficinas consulares en China y retirando a sus diplomáticos.

Si quedaba alguna posibilidad de que mejorasen las relaciones con la China comunista se esfumó por completo cuando Mao y Stalin firmaron el Tratado Chinosoviético de Amistad, Alianza y Ayuda Mutua el 14 de febrero de 1950. Los soviéticos prometían en él prestar ayuda técnica a China, amén de concederle empréstitos por valor de 300 millones de dólares, suma muy inferior a la que esperaban los chinos. Más adelante Mao diría que obtener dinero de Stalin era como «sacar carne de las fauces de un tigre». ¹⁸ A cambio, los chinos respetaron los derechos de los soviéticos sobre los ferrocarriles de Manchuria y sus bases en Port Arthur y Dairen, aunque la Unión Soviética prometió que acabaría renunciando a ellos. Acheson, que ya había perdido la esperanza de ver una China titoísta, denunció el Tratado Chinosoviético afirmando que era «un mal augurio de dominación imperialista [soviética]» de China. ¹⁹

JAPÓN

La «pérdida» de China indujo al gobierno de Truman a potenciar Japón como baluarte contra nuevos avances comunistas en el este de Asia. No era éste uno de los objetivos originales de la política de ocupación estadounidense, sino que el gobierno de Truman había hecho planes para transformar Japón en un estado pacífico que no amenazase a sus vecinos. Con este fin, el general Douglas MacArthur, comandante de las fuerzas de ocupación, tomó una serie de medidas que revolucionaron los sistemas político, económico y social de Japón.

El emperador fue obligado a renunciar a su teórica divinidad y reducido a figura decorativa por la nueva constitución, que fue redactada en parte por los norteamericanos. La nueva constitución también exigía que el país renunciase a la guerra como derecho soberano. Asimismo, concedía al pueblo japonés derechos exhaustivos, entre ellos la libertad de prensa, de educación y de representación, además de disponer que se celebraran elecciones libres. También abolió la nobleza, exceptuando la familia imperial.

Aparte de las restricciones constitucionales, Estados Unidos quiso evitar que renaciera el militarismo japonés y para ello redujo la producción industrial del país al nivel del decenio de 1930. Pero la guerra había causado tantos destrozos en la infraestructura industrial de Japón que fue casi imposible poner en práctica el programa inicial de los norteamericanos. Para evitar el hambre y la dependencia económica a largo plazo respecto de Estados Unidos, MacArthur, pese a las objeciones de la Unión Soviética y China, se vio obligado a cambiar de política y ayudar a los japoneses a reconstruir su base industrial.

MacArthur decidió que la reconstrucción del país exigía que su ocupación por los aliados tenía que terminar tan rápidamente como fuera posible. Así pues, en julio de 1947 Estados Unidos propuso que se celebrara una conferencia preliminar de la Comisión Aliada de Extremo Oriente con el fin de hablar de las condiciones de paz que debían imponerse a Japón. Pero cuando los soviéticos dijeron claramente que vetarían todo tratado de paz que supusiera la alineación permanente de Japón con Occidente, el gobierno de Truman retiró la propuesta sobre el tratado. Aunque en aquellos primeros momentos Washington no veía a Japón como aliado en potencia de Occidente, las cosas cambiaron después de la victoria de los comunistas en China. Los norteamericanos sacaron la conclusión de que Japón era ahora una pieza esencial de la defensa de Extremo Oriente, en particular como base avanzada del poderío militar norteamericano en el oeste del Pacífico. Esta política nueva que convertía Japón en un baluarte contra el comunismo en Asia intensificó la tensión entre la Unión Soviética y la China comunista y fue uno de los elementos que contribuyeron a la alianza chinosoviética.

INDOCHINA

La victoria del comunismo en China también avivó los temores de Estados Unidos a un «efecto dominó» en el sudeste de Asia y en particular en la Indochina francesa, vecina de China. Durante toda la guerra mundial Franklin Roosevelt había intentado impedir que los franceses recuperasen el dominio de su colonia después de la rendición japonesa y con tal objeto habían intentado hacer de Indochina un fideicomiso de los chinos. Pero Roosevelt cedió ante las presiones del Pentágono y del departamento de Estado, así como de los ingleses y los franceses, y modificó de forma paulatina su postura anticolonial. En marzo de 1945 comunicó a un alto cargo del departamento de Estado que permitiría que los franceses volvieran a Indochina a cambio de la promesa de conceder más adelante la independencia a la colonia. También permitió a regañadientes que la aviación norteamericana apoyara a las fuerzas francesas que luchaban contra los japoneses en Indochina. Aunque es posible

que Roosevelt muriera sin haber renunciado del todo a su objetivo de poner fin a la dominación francesa en Indochina, dejó a su sucesor un legado ambiguo en lo que se refiere a sus intenciones últimas.

Antes de la victoria de los comunistas en China, sin embargo, el gobierno Truman había mostrado poco interés por Indochina, pero esto cambió después del triunfo de Mao Zedong. El 23 de diciembre de 1949, un estudio del Consejo de Seguridad Nacional, el NSC-48/1, sacó la conclusión de que los soviéticos estaban decididos a dominar toda Asia. El documento decía que la victoria del comunismo en China era el primer paso hacia aquella meta. «Si el comunismo invade también el sudeste de Asia, habremos sufrido una grave derrota política cuyas repercusiones se harán sentir en el resto del mundo.»²⁰

Desde 1946, un vietnamita marxista formado en Moscú que se llamaba Ho Chi Minh había estado al frente de las fuerzas del Vietminh en una guerra de liberación nacional contra los franceses. En enero de 1950, después de intentar en vano obtener apoyo de Estados Unidos para su lucha, Ho anunció que su nación «consolidaría las relaciones amistosas» con la Unión Soviética, China y otras «democracias populares» que apoyaban activamente a los movimientos de liberación nacional en las colonias.²¹ Antes de que terminara el mes, tanto China como la Unión Soviética habían reconocido a la República Democrática de Vietnam.

Los franceses respondieron a la alianza de facto de Ho con la Unión Soviética y China reconociendo a Vietnam, Laos y Camboya (Kampuchea) como estados independientes dentro de la Unión Francesa. Sin embargo, los franceses reconocieron a su marioneta Bao Dai como gobernante legítimo de Vietnam, en lugar de a Ho Chi Minh. El 6 de febrero de 1950, Estados Unidos dijo que vería toda agresión armada de los comunistas contra estos nuevos estados (a cuyos gobiernos reconoció al día siguiente) como motivo de grave preocupación. Los norteamericanos apoyaron a los franceses en Indochina no sólo para detener la expansión comunista en el sudeste de Asia, sino también para tener la seguridad de que Francia seguiría el mandato de Washington en Europa, especialmente en la OTAN. Era obvio que esa alianza empezaba a afectar a la política estadounidense de una manera que no se había previsto en el momento de su creación. Con el objeto de contener al comunismo en Europa y en Asia, Estados Unidos se había casado, aunque fuese de mala gana, con la causa del imperialismo francés en Indochina.

EL NSC-68 Y EL PUNTO CUATRO

La decisión de apoyar a los franceses en Indochina formaba parte de una nueva estrategia de contención que trazó el departamento de Estado durante la primavera de 1950 y que el Consejo Nacional de Seguridad adoptó en junio

del mismo año. La nueva y secretísima estrategia (el secreto no se levantó hasta los años setenta) se basaba en la premisa de que «una derrota de las instituciones libres en cualquier parte es una derrota en todas partes». En realidad, el documento correspondiente, el NSC-68, era otro paso importante en el proceso que empezara con la Doctrina Truman y cuyo objeto era convertir a Estados Unidos en el policía del mundo. Era el programa en que se basaría la guerra fría durante los veinte años siguientes.

El documento NSC-68 calculaba que la Unión Soviética no tendría suficientes bombas atómicas para arriesgarse a atacar a Occidente hasta 1954, que, según el NSC, sería el «año de máximo peligro». También declaraba que la amenaza atómica soviética podía contrarrestarse con la bomba de hidrógeno, cuya fabricación había aprobado Truman en enero de 1950. Pero el NSC-68 también daba por sentado que los soviéticos fomentarian y apoyarían las guerras limitadas que harían sus estados satélites y a las que Estados Unidos y sus aliados tendrían que responder con fuerzas más numerosas de tipo tradicional. Para «frustrar los designios del Kremlin», el NSC-68 pedía un incremento enorme de los gastos de defensa de Estados Unidos, alrededor de un 350 por 100 más por año, y una subida de los impuestos para pagarlo. El documento afirmaba que la puesta en práctica de las medidas que se recomendaban en él exigiría movilizar a la sociedad norteamericana y crear un «consenso» en el sentido de que el «sacrificio» y la «unidad» eran necesarios para responder a la amenaza comunista.²²

Además de considerar que la Unión Soviética era la amenaza principal, el NSC-68 veía a China como un «trampolín» para la penetración comunista en el sudeste de Asia. Para responder a estas amenazas, en mayo de 1950 el secretario de Estado, Acheson, firmó un acuerdo de ayuda militar con Francia y los estados de la Indochina francesa. Aquel mismo año, los norteamericanos ya habían proporcionado ayuda económica y militar a Birmania y Tailandia. El NSC-68 decía que cualquier cambio en el equilibrio militar mundial podía representar un peligro para Estados Unidos y, además, fomentaba una visión nueva de la importancia de Taiwan. A finales de mayo de 1950 la Casa Blanca decidió acelerar el envío de la ayuda militar prometida, pero todavía no entregada, a los nacionalistas chinos. También intensificó las operaciones encubiertas en China y Taiwan. En realidad, el gobierno de Truman decidió intervenir de nuevo en la guerra civil china, también esta vez en el bando de los nacionalistas.

Asimismo, Washington creó un programa de ayuda técnica no sólo a Taiwan, sino también a otras naciones menos desarrolladas. La finalidad principal del denominado Programa del Punto Cuatro era combatir la propagación del comunismo en el Tercer Mundo paliando los efectos de la pobreza. El Punto Cuatro también animaba a las empresas norteamericanas a invertir en los países subdesarrollados para que siguieran siendo mercado y fuente de ma-

terías primas para Estados Unidos. La asignación inicial para el programa (en 1950) fue de 34,5 millones de dólares, pero en 1953 la asignación anual se aumentó hasta alcanzar 155,6 millones de dólares. Para entonces ya había expertos técnicos norteamericanos en gran número de países, entre ellos India, Irán, Paraguay y Liberia. La ayuda prestada de acuerdo con el Punto Cuatro iba destinada a la agricultura, la asistencia sanitaria, los transportes, las finanzas, los sistemas de riego y la formación profesional.

Si bien el Congreso accedió a incrementar los fondos para el Punto Cuatro, el gobierno de Truman titubeó antes de solicitar los enormes desembolsos para fabricar las nuevas armas que serían necesarias para poner en práctica las recomendaciones del NSC-68. Los partidarios del gobierno creían que sólo una crisis lograría que el Congreso abriera la caja y lo persuadiría, al igual que al pueblo norteamericano, a apoyar la ampliación radical del papel protector de Estados Unidos que pedía el NSC-68. «Gracias a Dios que surgió lo de Corea», recordaría más adelante uno de los consejeros de Truman.²³

LA GUERRA DE COREA

La guerra de Corea empezó el 25 de junio de 1950 cuando los ejércitos de Corea del Norte, pertrechados por los soviéticos, cruzaron el paralelo 38, la frontera con la no comunista Corea del Sur. Los norcoreanos tomaron rápidamente Seúl, la capital surcoreana, y avanzaron hacia el sur de la península.

Los datos de que disponemos indican que tanto los soviéticos como los chinos comunistas conocían y probablemente aprobaban el plan norcoreano de reunificar Corea por medio de la fuerza. No obstante, parece que el momento escogido para el ataque pilló de sorpresa a los soviéticos. De hecho, el delegado de la Unión Soviética en la ONU seguía ausente del Consejo de Seguridad (porque la ONU se había negado a que la China comunista estuviera representada) cuando se reunió para hablar de la agresión perpetrada por los norcoreanos.

De forma casi inmediata, el gobierno de Truman incluyó a Corea del Sur en su perímetro defensivo del Pacífico. Acheson consideró que el ataque norcoreano era «un desafío abierto y no disimulado a nuestro papel, que se acepta internacionalmente, de protectores de Corea del Sur, región de gran importancia para la seguridad del Japón ocupado por los norteamericanos». ²⁴ Estados Unidos quería reforzar su posición no sólo en Extremo Oriente, sino también en Europa, donde tenía intereses mucho más importantes. «Puede tener usted la seguridad —dijo a George Kennan un miembro del departamento de Estado, Charles Bohlen— de que todos los europeos, por no hablar de los asiáticos, observan para ver qué hará Estados Unidos.» ²⁵ El gobierno norteamericano opinaba que si no oponía resistencia a la agresión en Corea del Sur, los

soviéticos podían sentirse animados a lanzar otro ataque «por poderes», esta vez en la Europa occidental, tal vez un ataque de la Alemania oriental contra la Alemania occidental. Truman temía que el resultado fuese «una tercera guerra mundial, del mismo modo que incidentes parecidos habían provocado la segunda guerra mundial». ²⁶ Otro factor que contribuyó a que Truman tomase la decisión de intervenir era que el ataque norcoreano representaba un desafío directo a la capacidad de la ONU para oponer resistencia a la agresión. «¡No podemos defraudar a la ONU!», exclamó el presidente ante sus consejeros. ²⁷

El 25 de junio Truman autorizó el envío de fuerzas navales y aéreas de Estados Unidos en ayuda de los surcoreanos. Sin embargo, se abstuvo de enviar tropas de combate hasta cinco días más tarde, el 30 de junio, y sólo después de que el general Douglas MacArthur, comandante de las fuerzas de Estados Unidos en el oeste del Pacífico, advirtiera de que sin ellas los surcoreanos serían derrotados. La acción de Truman fue autorizada por el Consejo de Seguridad de la ONU el 7 de julio, por 7 votos a favor y 0 en contra, con la abstención de Yugoslavia y la ausencia de la Unión Soviética. En total, diecinueve países acabaron aportando personal al bando de la ONU, pero Estados Unidos proporcionó, con mucho, el mayor número de soldados y el grueso del material bélico. La decisión de Truman de enviar tropas de combate a Corea fue el principio de la cruzada que tenía por objetivo contener el comunismo en el Tercer Mundo mediante la participación militar directa de Estados Unidos.

GUERRA CON CHINA

La intervención norteamericana impidió que los norcoreanos derrotasen a sus vecinos del sur y reunificaran el país bajo el comunismo. El 15 de septiembre el general MacArthur lanzó una brillante operación anfibia detrás de las líneas norcoreanas en Inchon, cerca de Seúl. Al mismo tiempo, fuerzas estadounidenses y surcoreanas avanzaron hacia el norte desde el llamado perímetro de Pusan, adonde se habían retirado ante la embestida norcoreana. Para no ser destruido en este movimiento de pinza de los aliados, el ejército norcoreano se retiró al otro lado del paralelo 38.

En ese momento, Truman tomó una decisión fatídica: permitió que fuerzas de Estados Unidos y de la ONU invadieran Corea del Norte para reunificar la península bajo el gobierno de Seúl. Truman decidió llevar a cabo la invasión después de que MacArthur, en una entrevista celebrada el 15 de octubre en la isla de Wake, le dijera que la China comunista no entraría en guerra. Sin embargo, tanto Truman como MacArthur no hicieron caso de las advertencias de los chinos de que intervendrían si las fuerzas de la ONU cruzaban el paralelo 38. Al parecer, los chinos temían que una Corea anticomu-

nista sirviese de trampolín para un ataque norteamericano contra Manchuria. El 25 de noviembre, después de que algunas unidades de la ONU llegaran a orillas del río Yalu, la frontera de China y Corea del Norte, el ejército chino atacó. Las fuerzas de la ONU tuvieron que retirarse apresuradamente hasta más abajo del paralelo 38.

La intervención de los chinos en la guerra de Corea provocó una gran discusión entre el general MacArthur y el presidente Truman. MacArthur deseaba vengarse de la humillación que había sufrido a manos de los chinos y propuso bombardear sus bases en Manchuria, bloquear la costa de la China continental y hacer que las fuerzas de Jiang Jieshi luchasen en Corea. El general incluso estaba dispuesto a utilizar la bomba atómica contra los chinos. Truman, en cambio, no quería llevar la guerra más allá de las fronteras de Corea porque temía provocar la intervención de los soviéticos y posiblemente una guerra general en la que se emplearían armas nucleares. Asimismo, los consejeros de Truman, tanto militares como civiles, temían verse inmovilizados por una guerra con China cuando, a su modo de ver, el verdadero peligro era un ataque soviético en Europa o Japón. El general Omar Bradley, que presidía el estado mayor conjunto, dijo que una guerra más extensa en el este de Asia sería «la guerra indebida, en el momento inoportuno y con el enemigo que no convenía».²⁸ En abril de 1951, después de que MacArthur hiciera varias declaraciones criticando la forma en que el presidente llevaba la guerra, declaraciones que fueron divulgadas, Truman le relevó del mando. Tras la destitución de MacArthur, el gobierno decidió no hacer más intentos de «liberar» Corea del Norte y, en vez de ello, se concentró en la tarea de obligar a las fuerzas comunistas a replegarse hasta el paralelo 38. Una vez alcanzado este objetivo, en mayo de 1951, el gobierno propuso que se entablaran negociaciones para poner fin a la guerra y restaurar el *statu quo* que existía antes de ella.

Las conversaciones para la firma de un armisticio empezaron el mes siguiente, pero ambos bandos adoptaron de inmediato posturas intransigentes y las mantuvieron durante los dos años siguientes. Estados Unidos exigió la creación de una zona desmilitarizada a lo largo de la línea de batalla existente y una comisión de armisticio que tuviera el derecho ilimitado de observar toda concentración militar. Los comunistas pidieron la retirada de Corea de todas las tropas extranjeras, tanto chinas como de las Naciones Unidas, y una línea de demarcación en el paralelo 38. Aun cuando la propuesta china se ajustaba a otra que Estados Unidos había aprobado en enero de 1951, los norteamericanos la rechazaron. Los jefes del estado mayor conjunto y el general Matthew Ridgway, que sucedió a MacArthur como comandante de las fuerzas de la ONU, temían que si las fuerzas norteamericanas se retiraban de Corea, los surcoreanos solos no podrían rechazar otra invasión china. Por otra parte, los chinos temían que si se permitía que las fuerzas de Estados Unidos se quedaran en Corea del Sur, Corea del Norte volvería a ser invadida.

Al empezar las conversaciones del armisticio, los chinos estaban dispuestos a aceptar un alto el fuego, pero los jefes del estado mayor conjunto, con el respaldo de Truman, se negaron a interrumpir las operaciones militares hasta que se firmase un acuerdo de armisticio. Pensaban que los chinos alargarían las conversaciones si se retiraban las fuerzas de la ONU. El resultado fue que se continuó luchando en Corea mientras se celebraban las conversaciones del armisticio y otras decenas de miles de soldados y civiles perdieron la vida antes de que se llegara a un acuerdo.

Otro factor que retrasó la firma de un armisticio fue la exigencia china de que todos los prisioneros de guerra fueran devueltos a sus respectivas patrias prescindiendo de si querían regresar a ellas. Estados Unidos se negó rotundamente a repatriar a prisioneros chinos y norcoreanos que no querían volver a su tierra. Este problema no se resolvió hasta que Dwight Eisenhower accedió a la presidencia en enero de 1953. Eisenhower amenazó de forma velada con ampliar la guerra, quizás empleando armas nucleares. Estas amenazas y la muerte de Stalin en marzo de 1953 persuadieron a los chinos a retirar su exigencia de repatriación forzosa de prisioneros de guerra. A consecuencia de ello, en junio de 1953 se firmó un acuerdo de armisticio.

Si bien puso fin a la lucha en Corea, el acuerdo no alteró de forma drástica el *statu quo* que existía antes de la guerra. El país siguió dividido en Corea del Norte y Corea del Sur, y la frontera entre las dos siguió extendiéndose más o menos a lo largo del paralelo 38. Tampoco exigió el armisticio la retirada de las tropas extranjeras de la península. Debido a ello, Estados Unidos retuvo y todavía retiene casi 40.000 soldados en Corea.

LAS REPERCUSIONES DE LA GUERRA DE COREA: EXTREMO ORIENTE

La guerra de Corea paralizó las relaciones entre China y Estados Unidos y fue el origen de una hostilidad que duraría dos decenios. Unos 142.000 norteamericanos resultaron muertos o heridos en Corea y los coreanos tuvieron cuatro millones de bajas entre ambos bandos. Se calcula que los chinos sufrieron alrededor de 900.000 bajas entre muertos y heridos, entre ellos el hijo de Mao Zedong. Estados Unidos tildó a China de agresor internacional, impuso un embargo económico más riguroso al comercio con los chinos y desterró todo pensamiento de permitir que la China comunista estuviera representada en las Naciones Unidas. Al ver que los chinos y los norteamericanos estaban como perro y gato, Stalin se convenció de que Mao no iba a convertirse en otro Tito. Debido a ello, los soviéticos aumentaron la ayuda militar y económica a China después de la guerra de Corea.

Otro factor que agravó las relaciones entre los chinos y los norteamerica-

nos fue la defensa de Taiwan por parte de éstos. El 27 de junio, dos días después de que empezara la guerra de Corea, Truman ordenó a la VII Flota que patrullase por el estrecho de Taiwan, con lo cual eliminó la posibilidad de que los comunistas chinos invadieran la isla, que estaba en poder de los nacionalistas. Washington también aumentó la ayuda económica y militar a Taiwan. El 1 de mayo de 1951, una misión militar estadounidense llegó a la isla para ayudar a rehabilitar las fuerzas armadas nacionalistas. Taiwan se convirtió rápidamente en un eslabón importantísimo de la «cadena defensiva de islas» que Estados Unidos había creado en el oeste del Pacífico. Pero el propósito de la política norteamericana en relación con Taiwan no era puramente defensivo. Durante la guerra de Corea, la CIA y Taiwan llevaron a cabo operaciones de guerrilla en pequeña escala contra la China continental. Estas operaciones continuarían hasta la subida de Nixon al poder en 1969.

La guerra de Corea sirvió también de catalizador para el aumento de la intervención de Estados Unidos en Indochina. El 4 de diciembre de 1950 Truman comunicó al primer ministro británico, Clement Attlee, que «la única manera de hacer frente al comunismo es eliminarlo. Después de Corea, sería Indochina, luego Hong-Kong, luego Malaya».²⁹ El 27 de junio de 1950 Truman anunció que incrementaría la ayuda militar a las fuerzas anticomunistas para evitar el efecto dominó e instaló una nueva y permanente misión militar norteamericana en Saigón. Junto con los 10 millones de dólares que aprobó el 1 de mayo, Truman destinó 5 millones de dólares en concepto de ayuda militar el 27 de junio y otros 16 millones el 8 de julio. Al firmarse el armisticio de Corea, Estados Unidos ya había asumido el 80 por 100 del coste de la guerra de los franceses con Ho Chi Minh.

Truman también pensaba intervenir militarmente en Indochina si el ejército chino acudía en auxilio del Vietminh. El 25 de junio de 1952, el presidente aprobó el documento NSC-124/1, que afirmaba que en el caso de una agresión declarada de los comunistas chinos contra Indochina, «Estados Unidos tomaría medidas aéreas y navales en conjunción con, como mínimo, Francia y el Reino Unido contra todos los objetivos apropiados en China». El documento añadía que en el supuesto de que Gran Bretaña y Francia se negasen a tomar medidas militares contra China, «Estados Unidos consideraría la posibilidad de actuar unilateralmente».³⁰

La guerra de Corea y el conflicto de Indochina también subrayaron el creciente valor estratégico y económico de Japón como baluarte contra la expansión comunista en Asia. En vista de ello, el gobierno de Truman aceleró la firma de un tratado de paz, que tuvo lugar en septiembre de 1951 y restauró por completo la soberanía de Japón. Aquel mismo día se firmó un tratado de seguridad en el que Estados Unidos se comprometía a continuar defendiendo a Japón. A cambio de su protección militar, Estados Unidos podría utilizar de forma ininterrumpida bases e instalaciones logísticas en Japón. El parlamen-

to japonés ratificó los tratados a finales de 1951 y Estados Unidos, a principios de 1952. La ocupación norteamericana del archipiélago terminó el 28 de abril de 1952.

Además de la firma del tratado con Japón, en 1951 Estados Unidos firmó un tratado tripartito de seguridad con Australia y Nueva Zelanda (el pacto del ANZUS) y un pacto de seguridad con las Filipinas, y de esta manera completó la cadena defensiva de islas en el Pacífico.

LAS REPERCUSIONES DE LA GUERRA DE COREA: EUROPA

A pesar del incremento de la presencia militar de Estados Unidos en el este de Asia, Europa seguía siendo la mayor preocupación del gobierno de Truman. La guerra de Corea pareció confirmar los temores europeos de que los soviéticos usaran sus estados satélites para hacer la guerra «por poderes» contra Occidente. Si bien al firmar el Tratado del Atlántico Norte, Estados Unidos se había comprometido a acudir en ayuda de la Europa occidental en el caso de un ataque soviético, las fuerzas norteamericanas en el continente europeo eran insuficientes para cumplir su compromiso. Antes de la guerra de Corea, Estados Unidos tenía en Alemania occidental dos divisiones de ocupación sin sus efectivos completos. El Pentágono creía que las fuerzas europeas en el continente no podían llenar el vacío. Estas fuerzas consistían en las tropas de ocupación británicas en Alemania y varias divisiones mal armadas y mal preparadas del Benelux y Francia que se encontraban dispersas por toda Alemania occidental y Europa occidental.

Para responder a lo que se veía como un aumento de la amenaza soviética a la Europa occidental después de la guerra de Corea, la OTAN tomó medidas destinadas a incrementar sus capacidades militares. En 1951 creó una estructura de mando unificada y Truman nombró jefe de la misma al general Eisenhower. En la conferencia que se celebró en Lisboa en 1952, la Alianza acordó formar una fuerza de tierra compuesta por noventa y seis divisiones para contrarrestar la presencia militar soviética en la Europa del Este. Con el fin de reforzar el flanco mediterráneo de la OTAN, Grecia y Turquía fueron aceptadas como miembros de pleno derecho de la Alianza en 1952, y Estados Unidos restableció las relaciones diplomáticas con la España de Franco y la Yugoslavia de Tito.

Durante el ejercicio fiscal de 1951, Estados Unidos prestó ayuda militar por valor de 4.000 millones de dólares más a sus aliados europeos, para que se rearmaran, pero los aliados insistieron en que también era necesaria una mayor presencia militar de Estados Unidos. Por tanto, en septiembre de 1950, Truman rompió la vieja tradición contraria a la presencia militar de Estados

Unidos en Europa en tiempo de paz. Anunció que enviaría cuatro divisiones al continente, con lo cual los efectivos desplegados allí serían seis divisiones en total. Nadie pensó que se tratara de una medida permanente, pero las tropas norteamericanas se quedarían en Europa hasta transcurridos más de cuatro decenios. El envío de fuerzas de combate a Europa transformó el compromiso norteamericano con la defensa del continente. Lo que en esencia antes era sólo una promesa de defender a la Europa occidental se convirtió ahora en un compromiso respaldado por el poderío militar suficiente para garantizar el cumplimiento de dicha promesa.

Con el fin de que el Pentágono apoyara el envío de tropas a Europa, sin embargo, Truman se sintió obligado a aceptar la exigencia de que se rearmara a la Alemania occidental y de que, al cabo de un tiempo, las fuerzas de dicho país se incorporasen a la OTAN. Harían falta otros cinco años de delicada diplomacia para convencer a los demás aliados, en particular los franceses, de que el rearme de Alemania no representaba ningún peligro. De hecho, si no se hubieran enviado tropas de combate norteamericanas a Alemania y estas tropas no se hubieran incorporado en una estructura de mando integrada de la OTAN, Francia no hubiese aceptado el rearme de Alemania. En realidad, Estados Unidos tuvo que enviar fuerzas militares a Europa no sólo para restaurar un equilibrio de poder que se veía amenazado por la Unión Soviética, sino también para garantizar que una Alemania rearmada no atacase a sus preocupados vecinos.

LA MILITARIZACIÓN DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS

Al final, la guerra de Corea vino a confirmar la tesis fundamental del estudio NSC-68, es decir, que Estados Unidos necesitaba fuerzas de ataque móviles más numerosas y más eficaces para demostrar que estaba decidido a responder a la agresión comunista en cualquier parte del mundo. Por consiguiente, se procedió a incrementar la plantilla del ejército, que de tener diez divisiones sin sus efectivos completos pasó a tener dieciocho con todos sus efectivos, a la vez que se aumentaban proporcionalmente las fuerzas aéreas y la marina. El resultado fue que entre junio de 1950 y junio de 1954 las fuerzas armadas aumentaron de 1.460.000 a 3.555.000 personas en total. Los efectivos estadounidenses destacados en países extranjeros también aumentaron durante este período, de 280.000 a 963.000 personas. Los historiadores tienen mucha razón cuando dicen que el conflicto de Corea fue tan importante como la segunda guerra mundial en lo que se refiere a dar forma a las relaciones internacionales durante la segunda mitad del siglo XX.

EVALUACIÓN

Se han hecho tres interpretaciones principales de los orígenes de la guerra fría después de la segunda contienda mundial: la ortodoxa, la revisionista y la pos-revisionista.

Según la interpretación ortodoxa, el principal causante de la ruptura de la Gran Alianza que existió durante la guerra fue la Unión Soviética. Los historiadores de esta escuela arguyen que la negativa de Stalin a acatar los acuerdos de Yalta y sus esfuerzos por extender el comunismo en Europa, Oriente Próximo y Extremo Oriente hicieron que el derrumbamiento de la Gran Alianza fuese inevitable. Estados Unidos, durante la presidencia de Truman, no tuvo más opción que esforzarse al máximo por frenar el expansionismo soviético.

Algunos historiadores ortodoxos como, por ejemplo, Arthur M. Schlesinger, Jr., arguyen que la reactivación de la guerra fría a finales del decenio de 1940 fue inevitable debido a la incompatibilidad ideológica de las dos superpotencias:

Stalin y sus colaboradores, prescindiendo de lo que hiciera o dejase de hacer Roosevelt o Churchill, por fuerza tenían que ver a Estados Unidos como el enemigo ... debido al hecho primordial de que Norteamérica era la principal potencia capitalista y, por ende, de acuerdo con el silogismo leninista, era irremediabilmente hostil, empujada por la lógica de su sistema a oponerse, rodear y destruir a la Rusia soviética. Nada que hubiera podido hacer Estados Unidos ... hubiese puesto fin a esta hostilidad ... nada como no fuera la conversión de Estados Unidos a un despotismo estalinista ... y ni siquiera esto hubiese sido suficiente, a menos que fuera acompañado de una sumisión total de Estados Unidos a Moscú.³¹

El politólogo Hans Morgenthau, en cambio, arguye que la luz que guiaba a Stalin no era la ideología comunista, sino los objetivos tradicionales del expansionismo ruso. Morgenthau afirma que Stalin consideraba que «la ortodoxia comunista era un medio para lograr un fin, y este fin era el poderío del estado ruso, en su definición tradicional». Morgenthau considera que los pasos que dieron los soviéticos contra Turquía e Irán, así como en Extremo Oriente, señalan los «límites tradicionales del expansionismo ruso». Como Stalin dijo a Eden durante la segunda guerra mundial: «Lo malo de Hitler es que no sabe dónde debe pararse. Yo sé dónde debo pararme».³² Morgenthau sostiene que los norteamericanos, sin embargo, no se percataron de que las ambiciones de Stalin tenían un límite, a la vez que el dirigente soviético no alcanzó a comprender la causa de la sensibilidad norteamericana. Debido a

ello, en opinión de Morgenthau, la guerra fría fue en cierta medida fruto de la incompreensión mutua.

Los historiadores soviéticos, por su parte, han argüido que los norteamericanos exageraron la amenaza que la Unión Soviética podía representar para ellos al finalizar la segunda guerra mundial y reaccionaron de forma desproporcionada.³³ Según los historiadores soviéticos, su país sufrió demasiados daños en la guerra para representar una amenaza para Estados Unidos hasta transcurridos unos años. Un historiador revisionista, Michael Parenti, está de acuerdo con esta opinión y escribe: «Los soviéticos perdieron más de 20 millones de ciudadanos en la segunda guerra mundial; 15 de sus grandes ciudades resultaron destruidas por completo o en gran parte; 6 millones de edificios fueron arrasados, lo cual dejó sin vivienda a 25 millones de personas. Unas 31.000 empresas industriales, 65.000 kilómetros de vía férrea, 90.000 kilómetros de carreteras y miles de puentes, centrales eléctricas, pozos de petróleo, escuelas y bibliotecas fueron destruidos también; decenas de miles de granjas colectivas fueron saqueadas y millones de cabezas de ganado fueron sacrificadas». Después de un viaje a la Unión Soviética en 1947, el mariscal de campo británico Montgomery escribió al general Eisenhower: «La Unión Soviética está muy, pero que muy cansada. La devastación que ha sufrido Rusia es horrorosa y el país no está en condiciones de entrar en guerra».³⁴

En cambio, al terminar la contienda, Estados Unidos no sólo tenía la economía más fuerte del mundo, sino también la superioridad militar. Parenti señala que incluso sin la bomba atómica, «Estados Unidos poseía el 67 por 100 de la capacidad industrial del mundo dentro de sus propias fronteras, y tenía 400 bases de bombarderos de gran autonomía de vuelo, además de portaaviones alrededor del perímetro euroasiático. Los soviéticos, en cambio, carecían por completo de fuerzas aéreas estratégicas, sus defensas antiaéreas eran escasas y su marina de guerra se consideraba ineficaz, excepción hecha de sus submarinos».³⁵

Algunos historiadores revisionistas como, por ejemplo, Gabriel y Joyce Kolko hacen hincapié en que los factores económicos fueron las causas más importantes de la guerra fría. Los Kolko sostienen que el gobierno de Truman inventó el mito de una Unión Soviética hostil para lograr que los ciudadanos de Estados Unidos apoyasen una nueva estrategia intervencionista cuyo objetivo era hacer del mundo un lugar seguro para el capitalismo norteamericano. Arguyen que el propósito del gobierno de Truman era crear una política mundial de puertas abiertas, una política de igualdad de oportunidades de comercio e inversión, empresa privada, cooperación multilateral en el comercio exterior y libertad de los mares.³⁶ Los revisionistas sacan la conclusión de que la negativa de la Unión Soviética a subordinar su sistema económico, así como la estructura política en que éste se apoyaba, a la influencia de Estados Unidos es la razón principal de que continuara la guerra fría.

Fred Block corrobora esta opinión y arguye que «Washington estaba más preocupado por el capitalismo norteamericano en la Europa occidental que por una posible invasión del ejército rojo o el triunfo de una revolución socialista ... Es necesario situar la guerra fría en el contexto del esfuerzo norteamericano por crear cierto tipo de economía mundial».³⁷ Parenti amplía este punto de vista y arguye que durante la posguerra el departamento de Defensa de Estados Unidos no esperaba un ataque militar soviético. Su verdadero temor era perder el dominio de Europa y Asia debido a revoluciones causadas por la pobreza generalizada y la inestabilidad económica. «Se invocó la "Gigantesca Amenaza Roja" —dice Parenti— para obtener el apoyo de los ciudadanos a los programas de ayuda militar y económica a las naciones europeas y asiáticas dominadas por el capitalismo, con el fin de que pudieran luchar contra las revoluciones. Al tiempo que se protegía a Occidente de una supuesta invasión inminente por parte de los soviéticos, las fuerzas y la ayuda de Estados Unidos reforzaron los gobiernos conservadores de Grecia, Turquía, Egipto y la China del Kuomintang [nacionalista]».³⁸

En una interpretación posrevisionista, más reciente, encontramos ideas que proceden de las otras dos interpretaciones, la ortodoxa y la revisionista. John Lewis Gaddis, que escribió la primera crónica posrevisionista digna de consideración, opina que tanto las influencias internas como las externas contribuyen en gran medida a explicar la ruptura de la Gran Alianza. A juicio de Gaddis, la política interior, la inercia burocrática, las rarezas de la personalidad y las percepciones inexactas así como exactas de las intenciones soviéticas tuvieron mucha importancia en lo que se refiere a dar forma a la política de Estados Unidos.³⁹

Otra interpretación posrevisionista, la de Robert Pollard, discute la importancia que dan los revisionistas a los factores económicos. Pollard opina que «el impulso original del multilateralismo norteamericano no fue el anti-comunismo ni la necesidad de sostener el capitalismo mundial. En vez de ello, el gobierno de Estados Unidos respaldó la política de puertas abiertas en gran parte porque estaba decidido a impedir que renacieran los sistemas autárquicos cerrados que habían contribuido a la depresión mundial y a dividir el mundo en bloques rivales antes de la guerra». Dicho de otro modo, el motor de la política de Estados Unidos eran los intereses de la seguridad estratégica y no los intereses económicos; Estados Unidos se apoyaba en «el poder económico para alcanzar objetivos estratégicos».⁴⁰

Más recientemente, en una obra basada en estudios exhaustivos, Melvyn Leffler arguye que tanto las preocupaciones por la seguridad como las económicas fueron importantes a la hora de formular la estrategia de Estados Unidos y que lo que pretendía su gobierno no era equilibrar y contener el poderío de la Unión Soviética, sino más bien alcanzar un poder preponderante.⁴¹

Huelga decir que el estudio de todas estas interpretaciones es muy bene-

ficioso. Revelan la complejidad de las fuerzas y las personalidades que estaban en juego después de la segunda guerra mundial. Como recalca la interpretación ortodoxa, y demuestran los acontecimientos de la época anterior a la segunda guerra mundial, es indudable que las diferencias ideológicas fueron una causa importante de la guerra fría, aunque no la principal. Que estas diferencias quedaran sumergidas durante la guerra fue fruto de la necesidad: la derrota de un enemigo común exigía cooperar en lugar de enzarzarse en conflictos ideológicos. Una vez se alcanzó el objetivo las antiguas percepciones ideológicas que habían gobernado las relaciones soviético-norteamericanas antes de la segunda guerra mundial recuperaron su precedencia al tiempo que despertaban de nuevo la desconfianza y la suspicacia que habían caracterizado las relaciones antes de la contienda.

Con todo, las diferencias ideológicas no bastan para explicar la intensificación de la guerra fría después de la segunda contienda mundial. El hecho de que al terminar el conflicto, Estados Unidos y la Unión Soviética fueran las dos potencias militares más fuertes del mundo no hizo más que agravar su incompatibilidad ideológica. Relativamente aislados antes de la guerra, con inmensas regiones y poderosas fuerzas militares entre ellos, los intereses soviéticos y norteamericanos chocaron ahora al intentar ambas naciones llenar el vacío de poder que había creado la caída de Alemania y Japón.

Tampoco pueden pasarse por alto los factores económicos al explicar la guerra fría. Tal como han afirmado los revisionistas, está claro que Estados Unidos utilizó su preeminente poder económico para crear un mundo que fuera amigo del capitalismo norteamericano. No cabe duda de que el gobierno de Truman intentó modificar la política de la Unión Soviética suspendiendo la ayuda que prestaba a ese país de acuerdo con la Ley de Préstamos y Arriendos y negándole un empréstito para la reconstrucción en la posguerra. Si bien Estados Unidos invitó a los soviéticos a participar en el Plan Marshall, es obvio que si los soviéticos hubieran aceptado las condiciones norteamericanas, su economía, por no hablar de su política exterior y su política interior, hubiera quedado expuesta a la manipulación por parte de Estados Unidos.

Los revisionistas también tienen razón al afirmar que los objetivos de Stalin en la posguerra inmediata eran limitados. Los servicios de información norteamericanos sabían que la guerra había debilitado mucho a la Unión Soviética y que probablemente ésta deseaba como mínimo una distensión temporal de sus relaciones con Estados Unidos, no sólo con el fin de ganar tiempo para la reconstrucción, sino también para obtener la ayuda económica norteamericana que necesitaba para ello. En vez de tratar de conquistar la Europa occidental, los soviéticos se mostraron cautos, no sólo en sus tratos con Occidente, sino también en la Europa del Este, donde la imposición de gobiernos totalmente comunistas no fue predeterminada, o al menos no lo fue

hasta que el gobierno de Truman adoptó una clara actitud de dureza en sus relaciones con ellos.

En menor medida, Stalin fue víctima de la doblez norteamericana —sobre todo de Roosevelt— tanto como Occidente fue víctima de la falta de honradez de los soviéticos. Durante la guerra Stalin intentó varias veces que los norteamericanos y los ingleses reconocieran una esfera de influencia soviética en la Europa del este y, al parecer, creía haberlo conseguido. Roosevelt, al menos tácitamente, estaba dispuesto a reconocer la influencia predominante de la Unión Soviética en dicha región mientras alababa de labios afuera el principio wilsoniano de la autodeterminación, expresado en la Declaración sobre la Europa Liberada. Al principio Truman, que carecía casi por completo de experiencia diplomática, intentó seguir la política conciliatoria de su predecesor. A cambio, Stalin reconoció tanto tácita como oficialmente el predominio de Estados Unidos en América Latina, Italia, Japón, China y el Pacífico, así como el predominio británico en Grecia y la Europa occidental. Si las cosas se hubieran quedado ahí, tal vez la reactivación de la guerra fría hubiera podido evitarse, o al menos aplazarse.

Pero a ojos de los elementos antisoviéticos del gobierno de Truman, el partido republicano y los medios de difusión, Stalin fue demasiado lejos al presentar exigencias relativas a Irán y Turquía. El discurso que Stalin pronunció el 9 de febrero de 1946, el «largo telegrama» de Kennan, la revelación de que una red de espionaje atómico soviética operaba en Estados Unidos y el discurso de Churchill en Fulton contribuyeron a aumentar el temor a la Unión Soviética. Cada vez eran más los norteamericanos que pensaban que las ambiciones territoriales de Stalin no tenían límite.

El creciente antagonismo que los soviéticos despertaban en los norteamericanos también se vio alimentado por las diferencias entre los dos países en relación con Alemania, el control internacional de la energía atómica y el papel de las Naciones Unidas. A causa de ello, el esfuerzo que Truman hizo al principio por mantener la Gran Alianza negociando la resolución de tales diferencias se consideró análogo al que hizo Occidente por apaciguar a Hitler antes de la segunda guerra mundial. Truman pensó que no ganaría las elecciones presidenciales de 1948 si se mostraba conciliador con la Unión Soviética, por lo que adoptó la política de contención, a la que siguieron la Doctrina Truman, el Plan Marshall y la OTAN. Los soviéticos respondieron con el Plan Molotov, el bloqueo de Berlín y una alianza rival, el Pacto de Varsovia (en 1955), lo cual extinguió la última esperanza de autodeterminación en la Europa del Este.

Con el *statu quo* inmovilizado en Europa, el Tercer Mundo se convirtió rápidamente en el escenario principal de la rivalidad entre las superpotencias. Cegado por consideraciones ideológicas que se vieron reforzadas por la «alarma roja» de la posguerra y el fracaso de la política acomodaticia con respecto

a la Unión Soviética, el gobierno de Truman se negó a reconocer que los comunistas habían tomado el poder en China. En vez de ello, extendió la política de contención a Extremo Oriente e intervino en la guerra de Corea, proporcionó ayuda militar y económica a Taiwan, Tailandia y la Indochina francesa y formó una red de alianzas con Japón, Australia y Nueva Zelanda. Cuando Harry Truman dejó el cargo en 1953, los cimientos de los siguientes tres decenios de guerra fría ya estaban consolidados.

4

Eisenhower y la globalización de la guerra fría, 1953-1961

La guerra fría se intensificó y extendió durante la presidencia de Dwight D. Eisenhower. Aunque las relaciones entre las dos superpotencias siguieron en un punto muerto en Europa, el rearme de la Alemania occidental, la revolución de Hungría y el estatuto de Berlín fueron algunos de los problemas que agravaron las tensiones de la guerra fría durante el período de Eisenhower. Aunque el presidente cumplió su promesa y puso fin a la guerra de Corea, las relaciones entre China y Estados Unidos continuaron siendo muy frías y, de hecho, se agravaron al producirse dos crisis en el estrecho de Taiwan. Asimismo, durante la presidencia de Eisenhower, Estados Unidos se implicó más profundamente en Indochina y dio los primeros pasos por la resbaladiza pendiente que llevaría al lodazal de Vietnam.

También hubo una intensificación de la guerra fría en Oriente Próximo, al pasar Egipto a depender más de la Unión Soviética, y en América Latina, donde culminó con la instauración del primer estado cliente de los soviéticos en el hemisferio occidental, Cuba. Durante el período de Eisenhower, la guerra fría se propagó incluso al África subsahariana cuando las superpotencias intervinieron en los asuntos internos del Congo (el actual Zaire). La guerra fría se convirtió en un conflicto verdaderamente mundial durante estos años y la fricción entre Estados Unidos y la Unión Soviética en el Tercer Mundo se hizo cada vez más peligrosa al acelerarse la carrera de armamentos nucleares.

LA MUERTE DE STALIN: ¿LA PÉRDIDA DE UNA OPORTUNIDAD DE LLEGAR A UN ACUERDO?

El 5 de marzo de 1953, poco después de que Eisenhower entrara en la Casa Blanca, murió Josif Stalin. Algunos historiadores opinan que la muerte del di-

rigente soviético creó la oportunidad de un deshielo de la guerra fría. El sucesor de Stalin, Georgij Malenkov, presidente del consejo de ministros, procuró mitigar las tensiones entre las superpotencias con el fin de quedar libre para concentrarse en los problemas internos de la Unión Soviética. El 15 de marzo Malenkov declaró que no había ninguna disputa que no pudiera resolverse por medios pacíficos. En abril pidió que se celebrasen conversaciones entre el bloque oriental y Occidente con vistas a la reducción de fuerzas armadas en Europa.

Al principio, Eisenhower creyó que la muerte de Stalin podía despejar el camino para que los soviéticos hicieran cambios fundamentales en su conducta y para mejorar las relaciones entre los dos bloques. El 16 de abril de 1953 expresó en un discurso su voluntad de entablar conversaciones para la reducción de armamentos si los soviéticos tomaban medidas concretas con el fin de resolver las diferencias pendientes con Occidente. Para poner a prueba la buena voluntad de los soviéticos, Eisenhower propuso que permitieran que se celebraran elecciones libres en la Europa del Este, que firmasen un tratado de paz con Austria y que renunciaran a apoyar las rebeliones anticoloniales en Asia.

Winston Churchill, que volvía a ser (desde octubre de 1951) el primer ministro de Gran Bretaña, alabó en público el discurso de Eisenhower, pero dijo en privado que no iba lo bastante lejos. Ya en febrero de 1950, Churchill había hecho un llamamiento para que se volviera a la diplomacia de alto nivel en la que él había participado en Teherán, Yalta y Potsdam. El 11 de mayo de 1952, poco después del discurso de Eisenhower, Churchill propuso que se celebrara una conferencia en la cumbre de dirigentes mundiales para resolver las diferencias de la guerra fría. El motivo de su propuesta no fue sólo la creencia de que los nuevos líderes soviéticos eran más flexibles, sino también el creciente temor a la guerra nuclear, intensificado por la fabricación de la bomba de hidrógeno.

Cualquier inclinación que pudiera tener Eisenhower a aceptar la propuesta de Churchill sobre la conferencia en la cumbre desapareció por obra de su secretario de Estado, John Foster Dulles. Aunque éste reconoció que un cambio de conducta de los soviéticos era posible, no pensaba que fuera a ocurrir pronto. Creía que el último ofrecimiento de paz de los soviéticos era simplemente un intento de obstaculizar el rearme de la Alemania occidental y su ingreso en la OTAN. Por tanto, Dulles opinaba que un acercamiento a la Unión Soviética en aquel momento sólo era posible a expensas de debilitar a Occidente.

El canciller de la Alemania occidental, Konrad Adenauer, compartía el temor de Dulles. Adenauer temía que, para reducir las tensiones de la guerra fría, Churchill pudiera estar dispuesto a sacrificar la integración militar de la Europa occidental y aceptar una presencia soviética permanente en la Europa del Este y del centro. Adenauer instó a Eisenhower a no permitir que nada

—ni siquiera la perspectiva de la reunificación de Alemania— impidiera que la Alemania occidental recuperase su soberanía y se integrara en la colectividad occidental.

Otro temor de Dulles eran las posibles repercusiones interiores de la negociación con los soviéticos. El partido republicano, y en especial el senador McCarthy, había puesto a Truman en la picota por «apaciguar» a los comunistas. Dulles no deseaba echar leña en esa hoguera dando la impresión de que ansiaba negociar con los soviéticos. A causa de ello, el secretario de Estado quitó importancia al discurso que Eisenhower pronunciara el 16 de abril. Añadió que la iniciativa de paz de los soviéticos no era más que otra «jugada táctica del tipo para el cual el comunismo soviético ha practicado a menudo».¹

Si bien es indudable que Eisenhower era quien decía la última palabra sobre la política exterior de su gobierno, y que a medida que fue pasando el tiempo se impuso de forma creciente a Dulles, en los comienzos de su presidencia, cuando el macarthismo estaba en plena marcha, fue reacio a llevarle la contraria a su secretario de Estado, que tenía más experiencia diplomática que él, en un asunto tan políticamente delicado como negociar con la Unión Soviética. A causa de ello, la iniciativa de paz de Malenkov no dio ningún fruto.

LA «AMENAZA ROJA»

Si bien era personalmente inmune a las acusaciones de McCarthy, Eisenhower trató de proteger a su gobierno de la caza de brujas que llevó a cabo el senador en la burocracia federal y a tal efecto instituyó su propio programa antisubversivo. En abril de 1953 el presidente firmó una orden ejecutiva que autorizaba a los jefes de todos los departamentos y organismos federales a despedir a cualquier empleado cuya lealtad, fiabilidad o «buena conducta y carácter» estuvieran en duda. Centenares de empleados federales perdieron su empleo a causa del nuevo sistema de seguridad, pero ni un solo traidor, espía o elemento subversivo fue procesado por el gobierno.²

El programa de seguridad de Eisenhower afectó de forma muy particular al departamento de Estado. Entre los que perdieron su puesto de trabajo había varios expertos en asuntos chinos como, por ejemplo, John Patton Davies y John Carter Vincent. Sin embargo, no fueron despedidos por ser subversivos, sino por haber pronosticado el derrumbamiento del gobierno nacionalista en China y haberse mostrado partidarios de seguir una política más realista con respecto a los comunistas chinos. La disminución de la pericia y la moral que esta purga produjo en el servicio exterior contribuyó en gran medida a impedir la formulación de una política realista con respecto al comunismo, sobre todo en Asia, en los años venideros.

Tal vez la víctima más destacada de la caza de brujas fue J. Robert Op-

penheimer, el padre de la bomba atómica. El gobierno le retiró el permiso para ver documentos secretos, etcétera, basándose en que se había relacionado con comunistas. Aunque era verdad que Oppenheimer tenía relaciones personales con comunistas norteamericanos, una investigación efectuada por la Comisión de Energía Atómica no pudo probar que alguna vez hubiese sido desleal a Estados Unidos. Testimonio de su inocencia fue el hecho de que en 1963 el presidente John F. Kennedy le devolviera el permiso que le había retirado el gobierno de Eisenhower. La razón principal de la caída en desgracia de Oppenheimer no fue la deslealtad, ya que, como hemos dicho, no la hubo, sino su implacable oposición a que se fabricaran bombas termonucleares. Al luchar contra la decisión de fabricar la bomba de hidrógeno, Oppenheimer se creó enemigos entre individuos influyentes, uno de los cuales era su antiguo amigo Edward Teller, el padre de la bomba de hidrógeno y el científico más destacado entre los que declararon contra él durante la investigación.

Mientras que Oppenheimer fue exculpado, Julius y Ethel Rosenberg fueron ejecutados por sus lazos con el comunismo. Los Rosenberg habían sido condenados a muerte en 1951 por proporcionar secretos atómicos a agentes de países comunistas. Si bien parece que la culpabilidad de Julius, aunque no la de Ethel, era cierta, el caso provocó una gran polémica. Muchas personas creyeron que los Rosenberg eran víctimas de la histeria macarthista, pero Eisenhower se negó a conmutar las sentencias porque, según dijo, sus actividades por cuenta de la Unión Soviética habían «incrementado de forma incommensurable las probabilidades de una guerra atómica».³

McCarthy fue como mínimo indirectamente responsable de que centenares de empleados del gobierno vieran su carrera arruinada. Pero al final, en abril de 1954, fue demasiado lejos al poner en marcha una investigación televisada de la supuesta subversión comunista en el ejército de Estados Unidos. Los métodos poco escrupulosos que el senador empleaba en estas sesiones provocaron una revulsión general entre los ciudadanos. Temiendo la represalia de los electores en los inminentes comicios para el Congreso, alrededor de la mitad de los senadores republicanos decidió apoyar una moción de censura contra McCarthy por «obstruir los procesos constitucionales del Senado» y actuar de una manera que «tendía a deshonorar y desacreditar al Senado».⁴ Aunque McCarthy acabó perdiendo su poder, los efectos negativos de su caza de brujas durarían años.

LA EUROPA DEL ESTE

En lugar de ver la muerte de Stalin como una oportunidad para hacer que disminuyeran las tensiones con la Unión Soviética, Dulles pensó que serviría para obligar al comunismo mundial a ponerse a la defensiva. Para sustituir lo

que llamaba la «negativa, fútil e inmoral» estrategia de contención del gobierno de Truman, Dulles propuso una política más dinámica que «liberarse» a los «pueblos cautivos» que se hallaban bajo el control comunista. Si bien Dulles procuraba matizar sus llamadas a la liberación con expresiones como «por todos los medios pacíficos» y rechazaba una estrategia que incitara a la rebelión armada en la Europa del Este, muchos tuvieron la impresión de que el nuevo gobierno trataría de «hacer retroceder» al comunismo en aquella región del mundo.⁵

Pronto resultó evidente, sin embargo, que el gobierno de Eisenhower no tenía ninguna intención de fomentar las rebeliones en el imperio soviético. La preponderancia militar de los soviéticos en la Europa del Este y el crecimiento continuo de su arsenal nuclear hacían impensable una intervención estadounidense en ella. De hecho, el gobierno adoptó desde el principio una política prudente con respecto a la Europa del Este. Se negó a apoyar las resoluciones del Congreso que pedían que se repudiaran los acuerdos firmados en Yalta en 1945, en los cuales la Unión Soviética había prometido permitir que se celebraran elecciones libres en las naciones de la Europa del Este que había ocupado durante la guerra. Además, cuando los tanques soviéticos aplastaron los motines de obreros en el Berlín oriental en junio de 1953, el gobierno de Eisenhower se limitó a deplorar la represión soviética y alabar el heroísmo de los obreros.

Una cosa que podía hacer Estados Unidos, sin correr peligro, para debilitar la hegemonía soviética en la Europa del Este era apoyar la independencia de la Yugoslavia de Josip Tito respecto de Moscú. Pese a ser comunista, Tito no era una marioneta de los soviéticos, y Washington tenía la esperanza de que la ayuda que prestara a Yugoslavia animase a los satélites soviéticos a seguir una política más independiente. Aunque en ninguna otra parte de la Europa del Este se emuló la neutralidad de Tito, el apoyo norteamericano a Yugoslavia aumentó durante el período de Eisenhower.

LA CONFERENCIA DE BERLÍN, 1954

La brutal intervención soviética en el Berlín oriental en 1953 descartó la posibilidad de celebrar una conferencia en la cumbre aquel año. No obstante, a finales de enero y principios de febrero de 1954 los ministros de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y la Unión Soviética se reunieron en Berlín para hablar de la Europa central. El francés Georges Bidault dijo claramente a Dulles que la asamblea francesa no aprobaría la creación de la Comunidad Europea de Defensa (CED) que deseaban los norteamericanos a menos que Occidente hiciera un esfuerzo de buena fe por negociar primero una resolución del problema alemán. Esta consideración

—y no el cambio de dirigente en la Unión Soviética— fue la razón principal de que Dulles accediese a participar en la conferencia de Berlín.

Dulles no se sorprendió al comprobar que no se llegaba a ningún acuerdo sobre Alemania. Las potencias occidentales insistieron en que la reunificación de Alemania sólo era posible si se celebraban elecciones libres en ambas Alemanias, pero los soviéticos rechazaron esta exigencia de buenas a primeras. Igualmente inadmisibles para Occidente fueron las exigencias soviéticas de que se neutralizase a una Alemania reunificada, se abandonara el intento de crear una Comunidad Europea de Defensa y se disolviera la OTAN. Los soviéticos propusieron que en su lugar se firmara un pacto europeo de seguridad en el cual tanto Estados Unidos como China tendrían estatuto de observador. Al igual que todos los encuentros celebrados antes para tratar de Alemania, la conferencia de Berlín terminó en fracaso.

En vista de que no podían resolver el problema alemán con los soviéticos, los aliados occidentales pusieron en práctica su propia solución. Concedieron a la Alemania occidental la soberanía plena y, después de que los franceses rechazaran en 1954 la propuesta de creación de la CED, permitieron que los alemanes occidentales se rearmaran y (junto con Italia) entraran a formar parte de la OTAN en 1955. Aquel mismo año los soviéticos respondieron con la creación del Pacto de Varsovia, alianza que ligaba la Alemania oriental y los demás estados satélites a la doctrina militar del ejército rojo. La división de Alemania, así como de Europa, continuaría siendo un rasgo importante de la guerra fría durante treinta y cinco años.

Dulles opinó que el fracaso de la conferencia de Berlín confirmaba su creencia de que nada productivo podía salir de las negociaciones con la Unión Soviética. Pero Charles E. Bohlen, el embajador de Estados Unidos en Moscú, creía que, si Eisenhower hubiera aceptado de inmediato el llamamiento de Churchill a celebrar una reunión en la cumbre a principios de 1953, «tal vez hubiera habido oportunidades para resolver algunos problemas pendientes, en particular los relacionados con Alemania». Sin embargo, cuando se celebró la conferencia de Berlín, a comienzos de 1954, Malenkov ya era objeto de las críticas de Nikita Sergeievich Jruschov, que en el verano de 1953 pasó a ser el primer secretario del partido comunista soviético. Jruschov acusó a Malenkov de tener demasiadas ansias de apaciguar a los «imperialistas» occidentales. Cuando Jruschov se convirtió finalmente en la figura dominante de la dirección soviética (después de que un aliado de Jruschov, Nicolaj Bulganin, reemplazara a Malenkov en el puesto de presidente del consejo de ministros, en febrero de 1955), Occidente tuvo que enfrentarse a un dirigente soviético mucho más formidable, y a menudo imprevisible, que Malenkov.

REPRESALIAS MASIVAS Y NUEVA IMAGEN

El 12 de enero de 1954, poco antes de clausurarse la conferencia de Berlín, Dulles anunció una nueva estrategia militar estadounidense para hacer frente a la amenaza soviética. Manifestó que Estados Unidos reaccionaría masivamente, con armas nucleares, en el caso de una agresión comunista en cualquier nivel, estratégica o táctica. El presidente dijo a los líderes del Congreso que la idea general era «sacudirles de lo lindo [a los comunistas] rápidamente si empiezan algo».⁷

Tanto Eisenhower como Dulles eran conscientes de los riesgos que entrañaba amenazar con el uso de armas nucleares para responder a una agresión comunista localizada, pero, según declaró Dulles, «tienes que arriesgarte por la paz del mismo modo que tienes que arriesgarte por la guerra ... si te da miedo llegar hasta el borde, estás perdido».⁸ Tanto Eisenhower como Dulles creían que demostrar que estaban dispuestos a hacer la guerra nuclear haría innecesario hacer cualquier tipo de guerra, nuclear o tradicional. Además, las fuerzas nucleares resultarían más baratas que las otras. Charles Wilson, el ministro de Defensa, dijo que las armas nucleares darían a Estados Unidos «una explosión mayor por cada "machacante" que gastase».⁹

Para respaldar esta masiva estrategia de represalia, el gobierno pensaba dar una «nueva imagen» a las fuerzas armadas de la nación. Pidió reducciones importantes de las fuerzas tradicionales y un incremento masivo de las armas nucleares. Durante el período de Eisenhower, se redujeron los efectivos del ejército y de la marina, al tiempo que se aumentaban los de las fuerzas aéreas, lo cual reflejaba el hecho de que el poderío aéreo, en particular estratégico, iba a ser el componente principal de la masiva estrategia de represalia de Washington. En junio de 1953 las fuerzas aéreas de Estados Unidos encargaron la fabricación del primer bombardero intercontinental a reacción del país, el B-52, que tenía capacidad para arrojar bombas de hidrógeno contra objetivos soviéticos.

Para la disuasión a largo plazo, con todo, el gobierno de Eisenhower dio mayor importancia a la producción de misiles balísticos. En 1955 el presidente aprobó la creación del misil Atlas, el primer misil balístico intercontinental (ICBM) de Estados Unidos, y de su primer misil balístico de alcance intermedio (IRBM), el Thor. En 1957 el presidente aprobó otro ICBM para la fuerza aérea, un misil propulsado por combustible sólido, el Minuteman, que en el decenio de 1960 sustituyó al bombardero tripulado como componente principal de las fuerzas estratégicas.

También el ejército y la marina fueron dotados de armas nucleares tácticas de poca potencia (es decir, equivalente a menos de veinte kilotoneladas de TNT). Se consideraba que estas armas eran una forma relativamente barata de compensar la superioridad de los soviéticos en el campo de las fuerzas de

tipo tradicional. Principalmente por este motivo, en diciembre de 1954 la OTAN acordó integrar armas nucleares tácticas, entre ellas cañones, misiles e incluso minas de tierra atómicas, en su sistema defensivo. Las fuerzas de tierra tradicionales de la OTAN seguirían formando parte integrante de las defensas de la alianza durante el gobierno de Eisenhower, pero servirían de cable trampa que provocaría la utilización de armas nucleares, en lugar de ser el medio principal de defender la Europa occidental.

EL PROGRAMA DE ARMAS NUCLEARES SOVIÉTICO

Jruschov dijo que la estrategia de Dulles de practicar una política de la cuerda floja no era más que «un descarado chantaje atómico».¹⁰ Sin embargo, más que las consecuencias diplomáticas de la acumulación de armas nucleares norteamericanas, Jruschov temía la creciente capacidad norteamericana de destruir la fuerza nuclear soviética, que todavía se encontraba en estado embrionario. Por consiguiente, aceleró el programa soviético de armas nucleares. En 1955 el arsenal nuclear soviético contaría entre 300 y 400 armas atómicas y termonucleares.

La reacción de los norteamericanos al aumento del arsenal nuclear soviético fue, en general, exagerada. Cuando los primeros bombarderos intercontinentales soviéticos aparecieron, en «oleadas», durante el salón aeronáutico celebrado en Moscú en julio de 1955, los portavoces de las fuerzas aéreas estadounidenses afirmaron que los soviéticos no tardarían en llevar una ventaja impresionante en el campo de los bombarderos. La consecuencia fue la primera de una serie de alarmas «de disparidad» que cundirían en Estados Unidos durante la carrera de armamentos nucleares. En este caso, la alarma «de disparidad en bombarderos» de 1955 resultó no ser nada más que un mito que inventaron las fuerzas aéreas y los servicios de información norteamericanos, con la ayuda de los soviéticos. Las oleadas de bombarderos que volaron en el salón aeronáutico de Moscú eran, de hecho, los mismos aviones pasando repetidamente por encima de los espectadores para crear la ilusión de que el poderío aéreo estratégico de los soviéticos era inmenso.

En realidad, la Unión Soviética nunca llegó a tener el número de bombarderos con gran autonomía de vuelo que predijeron las fuerzas aéreas y los servicios de información de Estados Unidos. Al igual que Eisenhower, Jruschov no creía que los gastos de defensa debían tener prioridad sobre una economía sana, y ya a mediados de los años cincuenta la economía soviética se resentía de la disminución de la productividad industrial y de la ineficiencia de la agricultura. En lugar de construir costosos bombarderos dotados con gran autonomía de vuelo en número significativo, el dirigente soviético decidió concentrar los recursos económicos de su país en la producción de misiles balísticos.

LA NUEVA IMAGEN Y EL TERCER MUNDO

Mientras se ocupaba de la posibilidad de una franca agresión comunista en Europa, la nueva imagen del gobierno de Eisenhower también prestó atención a la amenaza de expansión comunista en las naciones en vías de desarrollo, el llamado Tercer Mundo. Los soviéticos se presentaban allí como amigos de las naciones coloniales que luchaban por liberarse de la dominación británica, francesa, belga, portuguesa y holandesa. Tenían la esperanza de que esto no sólo les permitiría debilitar la influencia occidental en estas regiones, sino también bloquear el apoyo de los países del Tercer Mundo a un sistema de alianzas antisoviéticas que intentaba edificar el gobierno de Eisenhower.

La Central Intelligence Agency pasó a ser el instrumento preferido de la creciente intervención estadounidense en el Tercer Mundo. Bajo la dirección de Allen Dulles (hermano del secretario de Estado), la CIA amplió sus actividades más allá de la misión para la cual se había creado, a saber: recoger información en el extranjero. Durante la presidencia de Eisenhower la CIA intervendría no sólo para apuntalar regímenes que eran amigos de Estados Unidos y se tambaleaban, sino también para derribar gobiernos que no eran del agrado de Washington. Las operaciones encubiertas dirigidas por la CIA se preferían a las operaciones militares a cargo de las fuerzas armadas porque eran relativamente baratas, así como más fáciles de ocultar al escrutinio del Congreso y los ciudadanos.

IRÁN

La primera operación encubierta que dirigió la CIA durante el período de Eisenhower se llevó a cabo en Irán. El 28 de mayo de 1953, el primer ministro iraní, el doctor Muhammad Mosaddeq, envió un cable a Eisenhower en el que pedía ayuda para contrarrestar un boicot del petróleo iraní por parte de las compañías petroleras internacionales. El boicot se declaró después de que Mosaddeq nacionalizara la Anglo-Iranian Oil Company en 1951. El primer ministro decía en su cable que si no recibía ayuda de Estados Unidos, Irán podía verse obligado a recurrir a la Unión Soviética.

La amenaza de Mosaddeq alarmó a Eisenhower. Sólo dos semanas después de entrar en la Casa Blanca, el nuevo presidente aceptó el consejo de la burocracia encargada de velar por la seguridad nacional de Estados Unidos, que insistió en que había que derrocar a Mosaddeq para garantizar que Occidente continuara teniendo acceso al petróleo iraní e impedir que Irán se convirtiera en un satélite soviético. Así pues, el 28 de mayo de 1953, Eisenhower rechazó la súplica de Mosaddeq y afirmó que lo único que se necesitaba para

resolver la crisis era «un acuerdo razonable» con los ingleses. Luego Eisenhower añadió una advertencia de cosecha propia. Expresó su esperanza de que, «antes de que sea demasiado tarde, el gobierno de Irán tome las medidas que estén en su mano para impedir que la situación empeore».¹¹

Mosaddeq decidió hacer caso omiso de la sutil amenaza de Eisenhower. En julio de 1953 disolvió el parlamento iraní, recibió a una misión de ayuda soviética y, aunque él no era marxista, empezó a aceptar el apoyo del partido marxista Tudeh. Las medidas de Mosaddeq, a su vez, dieron a Eisenhower la justificación que creía necesitar para derrocar al líder iraní. Kermit Roosevelt, nieto del presidente Theodore Roosevelt, fue el encargado de dirigir la operación patrocinada por la CIA. Roosevelt llegó a Teherán a principios de agosto de 1953 y se ganó el apoyo del general Fazlollah Zahedi y del sha, Muhammad Reza Pahlavi, que era pro occidental y ansiaba librarse de Mosaddeq para restaurar la monarquía absolutista. Sin embargo, al tratar de reemplazar a Mosaddeq por Zahedi, el sha actuó prematuramente. El 16 de agosto de 1953, estallaron disturbios en las calles de Teherán y el sha se vio obligado a huir del país.

Al cabo de sólo tres días, Kermit Roosevelt orquestó un contragolpe e hizo que alborotadores pagados se echaran a la calle para protestar contra Mosaddeq y prometió dinero y material al ejército iraní para asegurarse de que fuera leal al sha. Después de que varios centenares de iraníes perdieran la vida, el gobierno de Mosaddeq capituló y Zahedi ocupó el puesto de primer ministro. El sha regresó triunfalmente a Teherán y con el apoyo de Estados Unidos se convirtió en el verdadero gobernante del país.

Durante el año siguiente, el nuevo gobierno negoció un acuerdo para crear un consorcio petrolero internacional que ponía fin al monopolio británico y daba a las compañías norteamericanas un interés del 40 por 100 de las operaciones petroleras iraníes. Durante los siguientes veinticinco años, la industria petrolera internacional exportó 24.000 millones de barriles de petróleo desde Irán con condiciones favorables para las compañías que intervinieron en ello y para los consumidores occidentales. A cambio, Estados Unidos prestó a Irán ayuda económica y militar por valor de 85 millones de dólares durante 1954 y mucho más durante los dos decenios siguientes. Gracias a ello, el ejército del sha llegaría a ser uno de los más numerosos y mejor pertrechados de Oriente Próximo, e Irán, país que tenía fronteras con la Unión Soviética, se convirtió en uno de los más importantes estados clientes de los norteamericanos.

El éxito de la intervención en Irán animó a Eisenhower a apoyar operaciones encubiertas en otras partes del Tercer Mundo: en Guatemala, Egipto, Siria, Indonesia y Cuba. Pero años después Estados Unidos pagaría un precio muy alto por su victoria en Irán. Al volver a imponer el sha, impidió la formación de un nacionalismo iraní moderado. El nacionalismo que finalmente

triunfó en Irán, a resultas de la revolución de 1978-1979, sería mucho más xenófobo, extremista y antinorteamericano.

GUATEMALA

Al igual que en Oriente Próximo, el principal objetivo de Eisenhower en América Latina era «mantener la tranquilidad en la región y el comunismo fuera de ella», como dijo un alto cargo del departamento de Estado.¹² Pero las circunstancias de América Latina eran propicias a la penetración comunista. La pobreza, el analfabetismo, las enfermedades y un rápido crecimiento demográfico no eran más que algunos de los problemas de la región. La distribución sumamente injusta de la riqueza era la regla, más que la excepción, en los países latinoamericanos, donde una reducida clase alta controlaba el gobierno, el ejército y la mayor parte de la riqueza y las propiedades. Las elites que gobernaban estos países se resistían a la reforma, lo cual hacía que el comunismo resultase más atractivo a ojos de los campesinos pobres y sin tierra. Por desgracia, para impedir que el comunismo dominara estos países, la mayoría de las veces el gobierno de Eisenhower tomó partido por las elites dirigentes que contemplaban con indiferencia la difícil situación de los pobres.

En 1953 el presidente elegido por el pueblo de Guatemala, Jacobo Arbenz Guzmán, trató de aliviar la miseria de los campesinos poniendo en marcha un programa de reforma agraria. (En Guatemala, el 70 por 100 de la tierra era propiedad de sólo un 2 por 100 de la población.) El gobierno de Arbenz expropió cerca de 95.000 hectáreas de tierra sin cultivar que pertenecía a una empresa de propiedad norteamericana, la United Fruit Company, uno de los mayores terratenientes del país. La compañía insistió en que la compensación económica que le ofreció el gobierno era demasiado pequeña y presionó al gobierno de Eisenhower para que la ayudase. Eisenhower y Dulles (que como abogado había llevado algunos asuntos para la United Fruit) hicieron caso omiso de la necesidad de una reforma agraria en Guatemala, así como de los buenos resultados de las primeras medidas que a tal efecto tomó Arbenz, y sólo tuvieron en cuenta que los comunistas guatemaltecos apoyaban al presidente, lo cual significaba que éste era un instrumento de los comunistas y estaba dispuesto a convertir a su país en cliente de la Unión Soviética. Eisenhower y Dulles temían que un triunfo soviético en Guatemala perjudicase tanto la Doctrina Monroe como el predominio estadounidense en América Latina y que convirtiera en una farsa todos los esfuerzos por obligar al comunismo a retroceder. El presidente y su secretario de Estado no pensaban permitirlo.

En el verano de 1953, Eisenhower autorizó a la CIA a trazar un plan para derribar al gobierno de Arbenz. Unos cien norteamericanos y un número

igual de mercenarios reclutados en Guatemala, así como en naciones centroamericanas vecinas, fueron puestos bajo el mando de un guatemalteco preparado en Estados Unidos, Carlos Enrique Castillo Armas. Sospechando que Estados Unidos trataba de derrocar su gobierno, Arbenz pidió ayuda militar a países comunistas. Los soviéticos, ansiando poner a los norteamericanos en apuros en su propio hemisferio, autorizaron un envío de armas checas a Arbenz.

La noticia del envío de armas checas, que, según averiguó la CIA, tenía que llegar a Guatemala el 15 de mayo, provocó una reacción previsible. El líder de la minoría en el Senado, Lyndon Johnson (demócrata de Texas), presentó una resolución que reafirmaba la Doctrina Monroe, decía que el caso de Guatemala era un ejemplo de «injerencia soviética» y «agresión externa», y fue aprobada rápidamente, por 69 votos a favor y 1 en contra. El 18 de junio, Castillo Armas, al frente de 150 soldados, cruzó la frontera de Guatemala con Honduras y empezó una marcha intermitente sobre la capital, Guatemala. Asimismo, la capital fue bombardeada y ametrallada por aviones norteamericanos que databan de la segunda guerra mundial y eran tripulados por pilotos de la CIA. El 27 de junio, después de que su ejército le abandonara, Arbenz huyó del país.

Castillo Armas llegó a la capital en un avión norteamericano y procedió a formar una junta militar. Los partidos de la oposición fueron prohibidos, miles de sospechosos de ser enemigos políticos fueron encarcelados, centenares fueron asesinados, se canceló el programa de reforma agraria y las tierras expropiadas, entre ellas las de la United Fruit Company, fueron devueltas a sus propietarios. Castillo Armas recibió ayuda económica y militar de Estados Unidos. Tras su asesinato en 1957, una dictadura derechista y pro norteamericana continuó gobernando el país. Durante el último año de la presidencia de Eisenhower, Guatemala se convertiría en punto de escala de una invasión de Cuba dirigida por la CIA.

DIEN BIEN PHU

El gobierno de Eisenhower también se sintió obligado a hacer frente a la amenaza de expansión comunista en Indochina. En la primavera de 1954, la larga lucha entre Francia y los comunistas del Vietminh alcanzó su apogeo. El 26 de abril, las fuerzas del Vietminh rodearon a la guarnición francesa de Dien Bien Phu. Tanto Eisenhower como Dulles estaban decididos a evitar que Indochina cayera en manos del comunismo. Eisenhower comparó las naciones del este de Asia con una fila de fichas de dominó y dijo que la caída de una de ellas podía acarrear la caída de las demás. Advirtió que Birmania, Tailandia e Indonesia serían las siguientes víctimas si se permitía que el comu-

nismo triunfara en Indochina. El presidente creía que, a su vez, la conquista de dichos países por los comunistas pondría en peligro la cadena defensiva que formaban Japón, Taiwan y las Filipinas, además de amenazar a Australia y Nueva Zelanda.

Para impedir el derrumbamiento de los franceses, al principio Eisenhower estaba dispuesto a utilizar fuerzas aéreas y navales de Estados Unidos en la defensa de Indochina y, si hacía falta, enviar un pequeño contingente de infantería de marina. El 16 de abril Richard Nixon, el vicepresidente, tanteó el terreno sugiriendo que Estados Unidos interviniese para contener la expansión comunista, pero su sugerencia provocó una reacción tan hostil que Dulles se vio obligado a negar que el gobierno se propusiera enviar tropas a Indochina.

En vez de mandar fuerzas de tierra, el almirante Arthur W. Radford, jefe del estado mayor conjunto, prefería usar armas nucleares tácticas que serían lanzadas por aparatos que despegarían de portaaviones. Pero ni el presidente ni ningún otro alto cargo del gobierno pensó seriamente en emplear armas nucleares en Dien Bien Phu. Eisenhower estaba dispuesto a usar armas de este tipo sólo si los chinos intervenían en Indochina, como habían intervenido en Corea. A principios de junio de 1954 Dulles lanzó una advertencia indirecta a los chinos al declarar que su intervención en Indochina «sería una amenaza deliberada a Estados Unidos» y, por ende, «nosotros no podríamos eludir la responsabilidad última de tomar decisiones que afectaran muy de cerca nuestra seguridad y nuestra defensa».¹³

A pesar de la reacción hostil a la sugerencia de Nixon, Eisenhower siguió mostrándose partidario de ayudar a los franceses enviando fuerzas norteamericanas dotadas de armas normales. Aprobó un ataque aéreo secreto que tendría lugar el 28 de abril, y estaba dispuesto a comparecer ante el Congreso con el fin de obtener autorización para llevarlo a cabo. Sin embargo, Dulles era más consciente que Eisenhower de la posibilidad de que los chinos intervinieran en el conflicto. Logró persuadir al presidente, que era más agresivo, de aceptar que la intervención militar de Estados Unidos en Indochina sólo podía tener lugar como parte de una «acción unida». Lo que tenía pensado era una coalición formada por Estados Unidos y los Estados Asociados de Vietnam, Laos y Camboya con Francia, Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda, Tailandia y las Filipinas.

Tratando de obtener el apoyo del Congreso al empleo de fuerzas norteamericanas en el conflicto —o, como arguyó recientemente el historiador Frederick Marks III, para impedir que el presidente diera aquel paso—, el 3 de abril Dulles se entrevistó en privado con líderes de la cámara.¹⁴ Sin embargo, los miembros del Congreso se opusieron de forma clara a que Estados Unidos se viera envuelto en otra guerra terrestre en Asia tan poco tiempo después de la de Corea. Los jefes del estado mayor conjunto pensaban igual e infor-

maron al presidente de que «en Indochina no hay objetivos militares decisivos y el envío de algo más que un contingente simbólico de fuerzas norteamericanas a Indochina sería una grave distracción de nuestras capacidades limitadas».¹⁵

Aunque Eisenhower dijo más adelante que no hubiera intervenido en Indochina sin la aprobación del Congreso, hay pruebas de que estaba dispuesto a intervenir sin tener en cuenta la opinión de la cámara, esto es, si hubiera podido obtener el apoyo de los aliados clave de Estados Unidos, en particular Gran Bretaña. Pero los ingleses temían que la guerra se propagara a otros países asiáticos y, por tanto, se negaron a intervenir en Indochina. Churchill dijo a su médico, lord Moran: «No veo por qué deberíamos luchar por Francia en Indochina cuando hemos perdido la India».¹⁶

Si bien los franceses ansiaban obtener ayuda militar norteamericana en su lucha contra el Vietminh, no estaban dispuestos a satisfacer las condiciones que ponía Estados Unidos para prestársela. El gobierno de Eisenhower quería que Francia concediese la independencia a los estados de Indochina, que prometiera «seguir en la lucha» contra los comunistas y que no cediera demasiadas cosas en la conferencia de paz que iba a celebrarse en Ginebra. Además, Washington quería que los franceses permitieran que Estados Unidos diese instrucción militar a las fuerzas no comunistas de Vietnam. Sin embargo, a raíz de la caída de Dien Bien Phu el 7 de mayo de 1954 y el consiguiente derrumbamiento del gobierno de Joseph Laniel, hasta los franceses se dieron cuenta de que la independencia de los estados indochinos era inevitable. En vista de ello, participaron en las conversaciones de Ginebra, cuya fase dedicada a Indochina empezó el 8 de mayo, con la esperanza de limitar las ganancias del Vietminh y preservar la influencia francesa en una Indochina independiente.

LA CONFERENCIA DE GINEBRA

La idea de negociar con los comunistas, especialmente con los chinos, en Ginebra no gustaba al gobierno de Eisenhower, pero por deferencia a sus aliados, que querían poner fin al conflicto, accedió a participar en las conversaciones, junto con Gran Bretaña, Francia, China y la Unión Soviética. El gobierno de Washington dijo explícitamente que su participación no debía interpretarse como señal de que pensara reconocer al gobierno de Beijing.

En julio de 1954 la conferencia de Ginebra produjo un acuerdo que terminó temporalmente el conflicto de Indochina. Francia reconoció la independencia de Vietnam, Camboya y Laos. Sin embargo, Vietnam quedó dividido en dos partes por el paralelo 17 hasta que se celebraran elecciones (en junio de 1956) con el fin de escoger un gobierno para todo el país. Los co-

munistas dominaban la zona situada al norte del paralelo 17, donde instauraron la República Democrática de Vietnam, cuya capital era Hanoi. El territorio situado al sur de dicho paralelo, el Estado de Vietnam, cuya capital era Saigón, siguió bajo el dominio del emperador Bao Dai, marioneta de los franceses. El acuerdo de Ginebra también disponía que se celebraran elecciones nacionales en Laos y Camboya y prohibía a los estados indochinos ingresar en una alianza militar o permitir que en su suelo se instalaran bases militares extranjeras.

Se pidió a los participantes que diesen su conformidad oral a los acuerdos. Francia, Gran Bretaña, la Unión Soviética, China y Vietnam del Norte accedieron a ello. La Unión Soviética dio su visto bueno a los acuerdos de Ginebra porque ansiaba ganarse el apoyo de los franceses contra el rearme de Alemania occidental. Los chinos, en cambio, aprobaron la resolución de Ginebra principalmente porque creían que evitaría que Estados Unidos interviniera en Indochina. Con mucha renuencia y presionado por los soviéticos y los chinos, el Vietminh aceptó la división temporal de Vietnam, pero sólo porque estaba convencido de que las elecciones de 1956 le darían el gobierno de todo el país. Tanto Estados Unidos como Vietnam del Sur se negaron a dar su conformidad a los acuerdos de Ginebra, aunque el delegado norteamericano prometió que su país se abstendría de emplear la fuerza para sabotarlos. De forma más rotunda, el presidente Eisenhower anunció que Estados Unidos «no ha sido parte de las decisiones tomadas por la conferencia ni está obligado por ellas».¹⁷

INDOCHINA

Eisenhower se llevó una decepción al ver que los acuerdos de Ginebra reconocían el dominio comunista de Vietnam del Norte, pero estaba decidido a impedir una victoria comunista en Vietnam del Sur. Así pues, rechazó la prohibición acordada en Ginebra de prestar ayuda militar a las partes contratantes y se apresuró a llenar el vacío militar que había creado la retirada de Francia. Cuando las últimas unidades francesas salieron de Vietnam a comienzos de 1956, Estados Unidos ya había reemplazado a Francia como protector de Vietnam del Sur. En noviembre de 1954 asesores militares norteamericanos empezaron a preparar al ejército sudvietnamita, llamado Ejército de la República de Vietnam (ARVN). Entre 1954 y 1959 la ayuda norteamericana a Vietnam del Sur ascendería a 1.200 millones de dólares y financiaría alrededor del 80 por 100 de sus gastos militares y casi el 50 por 100 de sus gastos no militares.

El gobierno de Eisenhower también trató de burlar la prohibición relativa a las alianzas militares. En septiembre de 1954 Dulles negoció la creación

de un equivalente de la OTAN en el sudeste asiático. La nueva organización se llamaba SEATO (South East Asian Treaty Organization) y sus miembros —Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Tailandia, Filipinas y Pakistán— prometieron cooperar para impedir que el comunismo se propagara por el sudeste de Asia. Aunque los acuerdos de Ginebra prohibían que Laos, Camboya y Vietnam del Sur ingresaran en alianzas militares, un protocolo del tratado de la SEATO hacía extensiva su protección a dichos estados.

Washington recurrió a un procedimiento más para sabotear los acuerdos de Ginebra: alentó al primer ministro sudvietnamita, Ngo Dinh Diem, a cancelar las elecciones que debían celebrarse en todo el país en 1956. Tanto Diem como el gobierno norteamericano temían que Ho Chi Minh, el héroe de la lucha nacional contra el imperialismo francés, ganase las elecciones y sometiera la totalidad de Vietnam al dominio comunista. En vez de celebrar elecciones en todo el país, Diem organizó un «referéndum nacional» muy restringido en Vietnam del Sur durante octubre de 1955. Supuestamente el 98 por 100 de los electores aprobaron la destitución del emperador Bao Dai y la instauración de la República de Vietnam, cuyo presidente sería Diem. El gobierno de Eisenhower se apresuró a reconocer al nuevo régimen y, en realidad, intentó convertir el paralelo 17 en una frontera internacional entre dos estados vietnamitas independientes, en lugar de la línea de demarcación temporal que exigían los acuerdos de Ginebra.

Con el apoyo de la clase terrateniente, el ejército y una burocracia de notoria corrupción, Diem tomó rápidamente medidas para aplastar a los que se oponían a su dictadura personal. La oposición la formaban principalmente budistas, miembros de las tribus montañosas, liberales de clase media y los restos del Vietminh en el sur: de forma indiscriminada e inexacta se llamó a todos ellos «Vietcong» o comunistas vietnamitas. El Vietcong, que al principio sólo recibía ayuda modesta de Vietnam del Norte, empezó una campaña cuyo objetivo era expulsar a Diem y reunificar el país. En 1958 ya había empezado la segunda guerra de Indochina, y Estados Unidos estaba profundamente comprometido en ella.

CHINA

Pese a la animosidad que en público mostraban para con los comunistas chinos, Eisenhower y Dulles se daban cuenta de que era inconsecuente tener relaciones diplomáticas con un gobierno comunista en la Unión Soviética y no tenerlas con el de China. Los dos pensaban que tendrían que seguir una política que tuviera en cuenta la existencia de dos Chinas y que ambas debían ingresar en las Naciones Unidas cuando la carta de esta organización se pu-

siera al día en 1955. Poco después de que terminara la guerra de Corea en junio de 1953, Dulles, con la aprobación de Eisenhower, trazó planes para tratar con las dos Chinas y ampliar gradualmente el comercio entre Estados Unidos y la China comunista, con la esperanza de que ésta modificase su comportamiento.

Pero tanto el presidente como su secretario de Estado no tardaron en comprender que todo intento de seguir una política que reconociera la existencia de dos Chinas tropezaría con la oposición virulenta, y probablemente victoriosa, del llamado China Lobby, coalición pro nacionalista formada por norteamericanos, en el Congreso y fuera de él, que consideraban que cualquier medida destinada a mejorar las relaciones con Beijing equivaldría a la política de «apaciguamiento» que siguiera Truman. El gobierno de Eisenhower, que ya se veía acosado por la histeria desencadenada por McCarthy, no se sentía muy dispuesto a enfrentarse al China Lobby. Debido a ello, creyó que no tenía más remedio que seguir mostrándose hostil al régimen de Beijing. Así pues, se negó a reconocerlo como gobierno legítimo de China e impidió que representara a su país en las Naciones Unidas. También continuó el embargo que había impuesto Truman al comercio norteamericano con China.

Con el paso del tiempo, la hostilidad de Washington a los comunistas chinos se hizo todavía más intensa. Durante los últimos meses de la guerra de Corea, el presidente retiró la VII Flota del estrecho de Taiwan, medida que muchos interpretaron que significaba dar luz verde a Jiang Jieshi para que invadiese la China continental. Dulles también trató de ampliar el sistema de alianzas alrededor de la periferia meridional de China. Estados Unidos firmó un pacto de defensa con Corea del Sur en 1953 y otro con Taiwan el año siguiente. Además, Eisenhower aprobó una campaña de operaciones encubiertas de la CIA contra la China continental.

En la conferencia que se celebró en Berlín en enero de 1954, Molotov, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, dijo en privado a Dulles que la política norteamericana con respecto a China estaba «desacreditada» porque «su único efecto era obligar a China a acercarse más a la Unión Soviética».¹⁸ Aunque resulte paradójico, Dulles creía que una política que empujaba a los chinos a depender más de la Unión Soviética era la mejor manera de romper la alianza chinosoviética. Dulles estaba convencido de que la economía soviética no podría soportar la carga extra que representaba la ayuda a China, teniendo en cuenta que los soviéticos ya ayudaban económicamente a la Europa del Este, Corea y Vietnam del Norte. El secretario de Estado predijo que el resultado sería que los chinos se sintieran desilusionados con su aliado soviético.

LA CRISIS DE LAS ISLAS DEL LITORAL, 1954

Sin perspectivas de un acercamiento entre China y Estados Unidos en la conferencia que se celebró en Ginebra en 1954, y ante el temor de que los nacionalistas tratasen de invadir el continente con apoyo de los norteamericanos, los chinos comunistas iniciaron su propia campaña para presionar a Taiwan. El 3 de septiembre de 1954 su artillería empezó a bombardear Jinmendao (Quemoy) y Mazu (Matsu), dos de las veinticinco islas que estaban en poder de los nacionalistas y distaban entre 8 y 40 kilómetros de la China continental. Además, aviones de comunistas chinos atacaron las islas Dachen (Tachen), situadas unos 320 kilómetros al norte de Taiwan.

El almirante Radford, en nombre de los jefes del estado mayor conjunto, se mostró partidario de una defensa total de las islas del litoral e incluso de utilizar armas atómicas. Si bien Eisenhower era escéptico en lo que se refería a la importancia militar de las islas, opinaba que su pérdida sería un duro golpe para los nacionalistas. Sin embargo, no quería arriesgarse a provocar una guerra con China para defenderlas. Así pues, trató de resolver la crisis enviando a Dulles a Taiwan, con el doble propósito de indicar que Estados Unidos estaba decidido a defender a la China nacionalista y de impedir que Jiang Jieshi desencadenara una guerra total.

El 23 de noviembre de 1954, Dulles y el ministro de Asuntos Exteriores de la China nacionalista, George K. C. Yeh, firmaron un tratado de defensa mutua. El tratado, que recibió la aprobación del Senado de Estados Unidos el 9 de febrero de 1955, garantizaba el apoyo militar norteamericano a Taiwan y a las islas Penghu o Pescadores (pero no a las otras islas del litoral). Aunque se alegró de la protección que el tratado ofrecía a su régimen, Jiang Jieshi presintió, acertadamente, que su objeto era obligarle a aceptar que su territorio permanente sería Taiwan y no la China continental. Si bien el reconocimiento de la existencia de dos Chinas pasó a ser la política de facto de Estados Unidos, ni Beijing ni Taipei pensaban dejar de reivindicar el territorio chino que no estaba sometido a su dominio.

Además, los comunistas consideraban que el tratado de defensa mutua entre Estados Unidos y Taiwan amenazaba la soberanía y la integridad territorial de China. Causó en ellos especial alarma el artículo 6, según el cual el tratado podía hacerse extensivo a «otros territorios» por acuerdo mutuo de las partes contratantes. El artículo 6 parecía confirmar la sospecha de Beijing de que Estados Unidos se disponía a apoyar la invasión del continente por parte de los nacionalistas. El gobierno de Eisenhower, que trataba de impedir una invasión comunista de Taiwan, se abstuvo a propósito de disipar tal sospecha.

El pacto de defensa entre Estados Unidos y Taiwan no protegía de modo específico las islas que se hallaban en poder de los nacionalistas. No obstante,

al aumentar la tensión en el estrecho, en enero de 1955 Eisenhower solicitó y recibió del Congreso una autoridad sin precedentes para emplear fuerzas armadas de Estados Unidos para protegerlas. La Resolución de Formosa autorizó al presidente a utilizar las fuerzas armadas de Estados Unidos para proteger Taiwan y «posiciones y territorios afines de la zona que ahora están en manos amigas». A cambio de hacer extensivo el compromiso de defensa a Jinmendao y Mazu, Jiang Jieshi accedió a retirar sus fuerzas de las Dachen.

Eisenhower estaba totalmente dispuesto a usar armas nucleares en la crisis del estrecho de Taiwan, aunque era reacio a ello. El 15 de marzo declaró en público que no veía ninguna razón por la cual las armas nucleares «no deberían utilizarse exactamente como utilizarías una bala o cualquier otra cosa». ¹⁹ Poco después, el vicepresidente, Nixon, advirtió a los chinos que Estados Unidos usaría armas nucleares en defensa de Taiwan y de las islas del litoral. Mientras tanto, se hacían planes para usar varias bombas atómicas, con una potencia de entre diez y quince kilotoneladas —más o menos la que tenía la bomba que destruyó Hiroshima—, contra las bases aéreas que los comunistas chinos tenían en la costa.

Al parecer, los comunistas creyeron que el gobierno de Estados Unidos hablaba en serio y se echaron atrás. En abril de 1955 Zhu Enlai, el ministro de Exteriores chino, indicó que su gobierno estaba dispuesto a tratar directamente con Estados Unidos para resolver el problema del estrecho de Taiwan. El mes siguiente entró en vigor un alto el fuego y, si bien Estados Unidos no reconoció oficialmente la existencia del gobierno de Beijing, representantes de los dos países empezaron a reunirse en Ginebra. Aunque las conversaciones de Ginebra (que al cabo de unos meses se trasladaron a Varsovia) se prolongaron sin que dieran ningún resultado, la primera crisis del estrecho de Taiwan terminó.

EL PRINCIPIO DE LA RUPTURA CHINOSVIÉTICA

La postura firme que adoptó Estados Unidos durante la crisis de las islas del litoral tenía por fin no sólo evitar que Jiang Jieshi sufriera una humillación, sino también abrir una brecha entre los comunistas chinos y los soviéticos. Al amenazar a China con una guerra nuclear, Eisenhower y Dulles intentaron a propósito colocar a los soviéticos en una posición donde o bien tendrían que abandonar a su aliado chino o arriesgarse a ver su país devastado por el arsenal nuclear de Estados Unidos, que era muy superior al suyo. El presidente dijo al Consejo Nacional de Seguridad que si los soviéticos no cumplían los tratados que les obligaban a ayudar a los chinos, «el imperio soviético se vendría abajo rápidamente». ²⁰

Los soviéticos, sin embargo, ya se afanaban en apuntalar su relación con

China. En octubre de 1954, en plena crisis del estrecho de Taiwán, Jruschov se trasladó a Beijing, al frente de una delegación soviética de alto nivel, para negociar una nueva serie de acuerdos políticos y económicos. Los soviéticos accedieron a 1) evacuar todas sus unidades militares de Port Arthur antes del 31 de mayo de 1955, 2) traspasar por completo a los chinos, antes del 1 de enero de 1955, la parte soviética de cuatro compañías mixtas chinosoviéticas que operaban en la provincia de Sinkiang y Dairen, 3) reconocer la hegemonía china en Manchuria, y 4) prestar mayor ayuda a la industrialización de China. También prometieron tener más en cuenta las opiniones de Beijing sobre la estrategia comunista internacional en general y sobre los asuntos de Asia en particular.

A pesar de estos acuerdos, los soviéticos no dieron a los chinos todo el apoyo que éstos esperaban recibir durante la crisis de las islas del litoral. Esto se debió en parte a la lucha por el poder en el Kremlin entre Malenkov y Jruschov, de la que este último salió triunfante el 8 de febrero de 1955, después de que el primero fuera destituido y reemplazado por Nicolai Bulganin en el cargo de presidente del consejo de ministros. Jruschov y Bulganin estaban decididos a dar mayor importancia a las reformas interiores y se apresuraron a señalar su interés por mejorar las relaciones con Occidente. Incluso dieron a entender, al hablar con altos cargos norteamericanos, que trataban de frenar a sus aliados chinos durante la crisis de las islas del litoral. Jruschov advirtió personalmente a Zhu Enlai, hizo una visita secreta a Moscú en abril de 1955, que la Unión Soviética no se arriesgaría a provocar una guerra con Estados Unidos por las islas del litoral. La falta de apoyo soviético a China durante la crisis sería una de las causas principales de la subsiguiente ruptura chinosoviética.

Otro efecto de esta falta de apoyo fue hacer que los chinos quedasen todavía más convencidos de que debían acelerar el programa destinado a darles sus propias armas nucleares. Irónicamente, la amenaza norteamericana de usar armas nucleares contra China, para proteger un territorio que incluso Dulles reconoció que Estados Unidos nunca consideró esencial para sus intereses, acabaría creando un problema mucho más grave que el que en principio tenía que resolver: una capacidad nuclear china.

EL ESPÍRITU DE GINEBRA, 1955

Dulles aprovechó sin disimulo las diferencias incipientes entre los soviéticos y los chinos al ofrecer a los nuevos dirigentes de la Unión Soviética la perspectiva de entablar negociaciones que valdrían la pena. Los soviéticos respondieron proponiendo la firma de un tratado de paz con Austria, después de bloquearlo de forma deliberada durante diez años. El tratado se firmó el 15 de

mayo de 1955 y puso fin a la ocupación de Austria por Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y la Unión Soviética. También instauró Austria como país independiente, prohibió que se reunificara con Alemania y garantizó su neutralidad.

El tratado con Austria también impulsó la primera reunión importante en la cumbre entre el bloque del Este y Occidente desde el final de la segunda guerra mundial. El mismo efecto tuvo la intensificación de la carrera de armamentos nucleares entre soviéticos y norteamericanos. El 1 de marzo de 1954, la Comisión de Energía Atómica de Estados Unidos hizo estallar un artefacto termonuclear en el atolón de Bikini, en el Pacífico Sur. En el otoño de 1954 los soviéticos ya habían hecho estallar su propio artefacto de hidrógeno, con lo que eliminaron muy rápidamente el monopolio termonuclear de Estados Unidos.

El deseo de Eisenhower de frenar la carrera de armamentos nucleares fue la causa de que se reuniera con los nuevos dirigentes soviéticos en la ciudad suiza de Ginebra en julio de 1955. También participaron en el encuentro Anthony Eden, que había sucedido a Churchill en el cargo de primer ministro británico, y Edgar Faure, presidente del consejo de ministros francés. A pesar del clima de cordialidad que envolvió a los participantes en la cumbre, pronto se llegó a un punto muerto debido a que las dos partes no pudieron resolver los problemas del desarme y de Alemania.

En el caso del desarme, las potencias occidentales no aceptaron una versión modificada de un plan que los soviéticos habían presentado por primera vez el 10 de mayo de 1955. La versión inicial exigía la liquidación de todas las bases militares extranjeras y un acuerdo de desarme general como requisitos previos para poner fin a la guerra fría. La nueva versión del plan soviético, la presentada en Ginebra, sustituyó estos requisitos previos por una propuesta según la cual las fuerzas armadas de las naciones pequeñas tendrían un máximo de entre 150.000 y 200.000 soldados. Era un obvio intento soviético de sabotear el plan de la OTAN para la creación de un ejército alemán occidental integrado por 500.000 soldados y, por tanto, los occidentales lo consideraron inadmisibles. También rechazaron la propuesta soviética de prohibir la opción de ser el primero en usar armas nucleares, opción que la OTAN quería conservar para impedir que los soviéticos invadieran la Europa occidental.

Los soviéticos también renovaron su propuesta de crear un pacto de seguridad para toda Europa que sustituyera tanto a la OTAN como al Pacto de Varsovia. Asimismo, el pacto hubiera permitido la existencia de un estado alemán reunificado, pero neutralizado. Sin embargo, las potencias occidentales rechazaron la propuesta porque no querían ni disolver la OTAN ni neutralizar la Alemania occidental, toda vez que ambas se consideraban imprescindibles para la preservación de la democracia en la Europa occidental.

Estados Unidos aún quería que Alemania se reunificara por medio de elecciones nacionales libres, que obviamente hubieran colocado alineada a toda Alemania con el bando occidental. Para evitar este resultado, los soviéticos preferían que Alemania siguiera dividida. A tal efecto, en septiembre de 1955 procedieron al reconocimiento diplomático oficial de la República Federal de Alemania y meses después dieron entrada a la Alemania oriental en el Pacto de Varsovia. Los soviéticos también sembraron las semillas de crisis futuras con Occidente al proclamar que el gobierno alemán oriental tenía ahora todo el control del Berlín oriental.

En el cuarto día de la conferencia, Eisenhower trató de salir del punto muerto proponiendo un plan de «cielos abiertos» que exigía la inspección aérea tanto de la Unión Soviética como de Estados Unidos, además del intercambio de los planos de las instalaciones militares estadounidenses y soviéticas. Sin embargo, los soviéticos lo juzgaron inadmisibles. Temían que su puesta en práctica revelara a Estados Unidos la ubicación de las instalaciones nucleares y militares soviéticas, lo cual garantizaría que las bombas nucleares estadounidenses apuntarían a ellas. Poco sospechaban los soviéticos, con todo, que antes de que transcurriera un año desde la conferencia de Ginebra los ingenios norteamericanos pondrían en práctica una versión unilateral y secreta del plan de cielos abiertos cuando aviones U-2 de reconocimiento fotográfico empezaron a sobrevolar territorio soviético.

Aunque el único resultado de la conferencia de Ginebra fue un acuerdo de intercambio cultural, Eisenhower dijo que había producido «un nuevo espíritu de conciliación y cooperación» entre las dos superpotencias. En Ginebra, según comenta el historiador Stephen Ambrose, «Occidente había reconocido que no podía ganar la guerra fría, que se había llegado a un punto muerto nuclear y que el *statu quo* en Europa y en China ... tenía que aceptarse en gran parte». ²¹ A pesar de ello, la conferencia de Ginebra no puso fin a la guerra fría. De hecho, el «espíritu de Ginebra» apenas duró un año.

LA DESESTALINIZACIÓN

En febrero de 1956 Jruschov trató de consolidar su liderazgo de la Unión Soviética pronunciando un discurso secreto de 26.000 palabras y siete horas de duración ante el vigésimo congreso del Partido Comunista soviético. El dirigente soviético atacó a sus enemigos, partidarios de la línea dura, y denunció los crímenes del mentor de los mismos, Josif Stalin. Jruschov afirmó que el difunto tirano había ejecutado a miles de «comunistas honrados» y otras personas inocentes a las que se les habían arrancado confesiones falsas por medio de la tortura. Jruschov denunció también la megalomanía de Stalin y dijo que su afición a ensalzarse a sí mismo había conducido al «culto del individuo».

Asimismo, atacó la política exterior de Stalin. «Durante el mandato de Stalin —dijo— nuestras relaciones pacíficas con otras naciones se vieron amenazadas frecuentemente, porque las decisiones que tomaba un solo hombre podían causar, y a menudo causaban, grandes complicaciones.» Jruschov acusó a Stalin de haber dicho: «Agitaré el dedo meñique y se habrá acabado Tito», así como de haber hecho exigencias de «naturaleza colonial» a China. ²²

En otros discursos ante el congreso del partido, Jruschov expuso en líneas generales las nuevas y atrevidas direcciones que seguiría la política soviética. En el campo de los asuntos exteriores aceptó la posibilidad de llegar al socialismo por caminos diferentes, con lo cual reconoció tácitamente que Tito había tenido la razón desde el principio en su disputa con Moscú. Al enunciar una doctrina de «coexistencia pacífica», Jruschov declaró que la guerra entre el capitalismo y el comunismo ya no era inevitable. Prometió que la Unión Soviética entablaría con Occidente una «competencia pacífica». Washington tuvo la impresión de que Jruschov estaba dispuesto a subordinar, o incluso sacrificar, el apoyo soviético a la expansión del comunismo con el objeto de promover la paz con Estados Unidos.

Esta esperanza de Occidente se vio reforzada cuando el 17 de abril de 1956 Jruschov anunció su decisión de disolver el Cominform (la Oficina de Información Comunista). Al parecer, Tito había exigido esta medida como precio para poner fin a su tirante relación con el bloque soviético. El Kremlin invitó a Tito a visitar Moscú en junio de 1956, no sólo para arreglar las relaciones soviético-yugoslavas, sino también para reducir el riesgo de descontento en los otros satélites soviéticos, que había aumentado a raíz del discurso de desestalinización de Jruschov. Los soviéticos tenían la esperanza de utilizar a Yugoslavia como ejemplo de que los satélites de Europa del Este podían gozar de libertad nacional sin dejar de ser comunistas. Como un aliciente más dirigido al líder yugoslavo, el 1 de junio, justo un día antes de la llegada de Tito a Moscú, Vjaceslav Molotov, cómplice de Stalin durante tantos años, dimitió de su cargo de ministro de Asuntos Exteriores soviético. El cambio no se interpretó sólo como una concesión a Tito, sino también como señal de que Moscú deseaba mucho promover la distensión con Occidente.

La Casa Blanca recibió con alegría la campaña desestalinizadora de Jruschov y la reconciliación de los soviéticos con Yugoslavia. Tenía la esperanza de que estas medidas produjesen una relajación del dominio soviético en la Europa del Este y también una mejora de las relaciones entre los dos bloques. Eisenhower quería dar a los soviéticos todas las oportunidades posibles para demostrar la sinceridad de su pretendido interés por la distensión. Respondió a las protestas soviéticas suspendiendo temporalmente los vuelos de aviones de espionaje sobre territorio soviético. Al mismo tiempo, el gobierno de Eisenhower presionó a Jruschov para que continuase su programa de liberación. El 4 de junio de 1955, el departamento de Estado hizo público un documen-

to que había obtenido la CIA y que pretendía ser una copia del discurso de desestalinización de Jruschov. Dulles dijo que era «la acusación de despotismo más condenatoria que jamás haya hecho un déspota».²³

LA REVOLUCIÓN HÚNGARA

La divulgación del discurso secreto de Jruschov no hizo más que alimentar la arraigada inquina contra el estalinismo que desde hacía tiempo existía en los estados satélites de los soviéticos. En junio de 1955 estallaron disturbios en Polonia, donde los adversarios del régimen comunista exigieron la destitución de los estalinistas polacos. Con el apoyo a regañadientes de Jruschov, un antiestalinista y «comunista nacional», Wladyslaw Gomulka, subió al poder después de prometer a su pueblo que pondría fin a los rasgos más opresivos del comunismo polaco. En otoño, sin embargo, Jruschov ya pensaba que el programa reformista de Gomulka había ido demasiado lejos y ordenó al dirigente polaco que lo limitase. Pero Gomulka se negó a obedecer y amenazó con hacer una llamada al pueblo polaco para que opusiera resistencia a la presión soviética. Jruschov, que no deseaba utilizar la fuerza contra Polonia, se echó atrás y, de hecho, permitió la continuación del comunismo nacional de Gomulka.

La llamada solución polaca, sin embargo, no gustó a los estudiantes húngaros, que vieron en la crisis de Polonia una oportunidad para librar a su país del comunismo por completo. El 23 de octubre de 1956 hubo manifestaciones encabezadas por estudiantes que terminaron en revuelta armada contra el régimen comunista y la presencia militar soviética en Hungría. El 30 y el 31 de octubre el gobierno reformista de Imre Nagy anunció que Hungría iba a dejar de ser un estado de partido único y a salir del Pacto de Varsovia. Mientras tanto, después de luchar con los rebeldes húngaros durante varios días, los soviéticos retiraron sus tropas de Budapest. Sin embargo, la retirada soviética fue sólo una maniobra táctica. A primera hora del 4 de noviembre unos 200.000 soldados y 5.500 tanques soviéticos lanzaron un fuerte ataque contra los desprevenidos húngaros. El 8 de noviembre prácticamente toda resistencia ya había sido aplastada: entre 20.000 y 25.000 húngaros y varios miles de soldados soviéticos habían muerto, y unos 200.000 húngaros habían huido o se encontraban en plena huida hacia la frontera austríaca. Nagy fue detenido (y más adelante ejecutado) y sustituido por János Kádár, que gobernaría Hungría hasta 1989.

El gobierno de Eisenhower había animado repetidamente a los europeos del Este a sacudirse de encima el yugo soviético. Cuando el pueblo húngaro lo intentó, sin embargo, no recibió ninguna ayuda significativa de Estados Unidos. Obviamente, el gobierno norteamericano no quería provocar una

guerra nuclear con la Unión Soviética interviniendo a favor de los húngaros sublevados. En lugar de intervenir militarmente, el gobierno de Estados Unidos continuó esforzándose por fomentar el nacimiento de un comunismo nacional como el de Tito en la Europa del Este, como primer paso hacia el derrocamiento final del comunismo.

Después de la revolución de Hungría, los soviéticos hicieron todo lo posible por suprimir el crecimiento del comunismo nacional en la Europa del Este. Si bien no hubo una nueva ruptura con Tito, Moscú dejó de favorecer el titoísmo como antídoto del estalinismo. En vez de ello, los soviéticos trataron de consolidar su dominio en la Europa del Este —y prevenir la necesidad de una futura intervención militar— incrementando la ayuda económica a los gobiernos satélites.

NASSER Y EL PACTO DE BAGDAD

Mientras la revolución de Hungría se acercaba a su trágico final, otra crisis iba fraguándose en Oriente Próximo. Después de la restauración de un régimen pro occidental en Irán en 1953, el gobierno de Eisenhower intentó impedir la expansión de la influencia soviética en Oriente Próximo formando una alianza antisoviética con los estados árabes. Por este motivo, Estados Unidos adoptó una actitud más neutral ante el conflicto entre árabes e israelíes de la que adoptara el gobierno de Truman, que era más abiertamente pro israelí.

La nueva postura de Estados Unidos, sin embargo, sólo dio buenos resultados en parte. En febrero de 1955 un solo estado árabe, Irak, ingresó en el recién firmado Pacto de Bagdad, alianza que formaban Turquía, Irán, Pakistán y Gran Bretaña. Aunque Estados Unidos nunca se adhirió al Pacto de Bagdad, para no enemistarse con los estados árabes que se oponían a la hegemonía británica en la región, Washington patrocinó su creación. Además, Estados Unidos estableció inmediatamente un enlace militar con la organización, cuyo nombre fue cambiado por el de Organización del Tratado Central (CENTO) después de que Irak se retirara de ella en 1958. El 1 de febrero de 1958, Estados Unidos reforzó su afiliación al CENTO convirtiéndose en miembro de pleno derecho de su comité de planificación militar. Dulles creía que este «nivel septentrional» de estados aliados sería un baluarte eficaz contra la expansión soviética en Oriente Próximo.

Pero el Pacto de Bagdad no tardó en ser boicoteado por Gamal Abdel Nasser, que se convirtió en presidente de Egipto después de derrocar al rey Faruk en julio de 1952. Al principio el gobierno de Eisenhower se mostró favorable a Nasser porque pensó que daría estabilidad a Egipto y, por ende, al mundo árabe. En consecuencia, Estados Unidos facilitó la firma de un nuevo

tratado angloegipcio en 1954. Gran Bretaña accedió a retirar todas sus tropas de Egipto durante un período de veinte meses, pero las ambiciones de Nasser iban más allá de la expulsión de los ingleses de su país. Se consideraba un moderno Saladino que uniría al mundo árabe y destruiría a Israel. Al atacar la hegemonía occidental en Oriente Próximo, Nasser pronto se convirtió en un héroe de las masas árabes.

Nasser se negó a adherirse al Pacto de Bagdad y, en lugar de ello, recurrió a los soviéticos en busca de la ayuda que necesitaría para aplastar a Israel. Los soviéticos se apresuraron a complacer al líder egipcio. Pensaron que ayudar a Egipto les permitiría saltar por encima del «nivel septentrional» de Dulles. En septiembre de 1955, Checoslovaquia, actuando a instancias de la Unión Soviética, accedió a proporcionar a Egipto gran cantidad de armas, entre las que había aviones y tanques. El acuerdo para el suministro de armas checas fue seguido, en abril de 1956, por la firma de una alianza militar entre Egipto, Arabia Saudí, Siria y Yemen, cuyo blanco obvio era Israel. En mayo del mismo año Nasser rompió las relaciones diplomáticas con la China nacionalista y reconoció al gobierno comunista de Beijing. El nuevo eje El Cairo-Moscú pasó a todos los efectos por encima del Pacto de Bagdad y dio a la Unión Soviética su primer estado cliente en Oriente Próximo; la relación duraría hasta los primeros años setenta.

LA GUERRA DE SUEZ

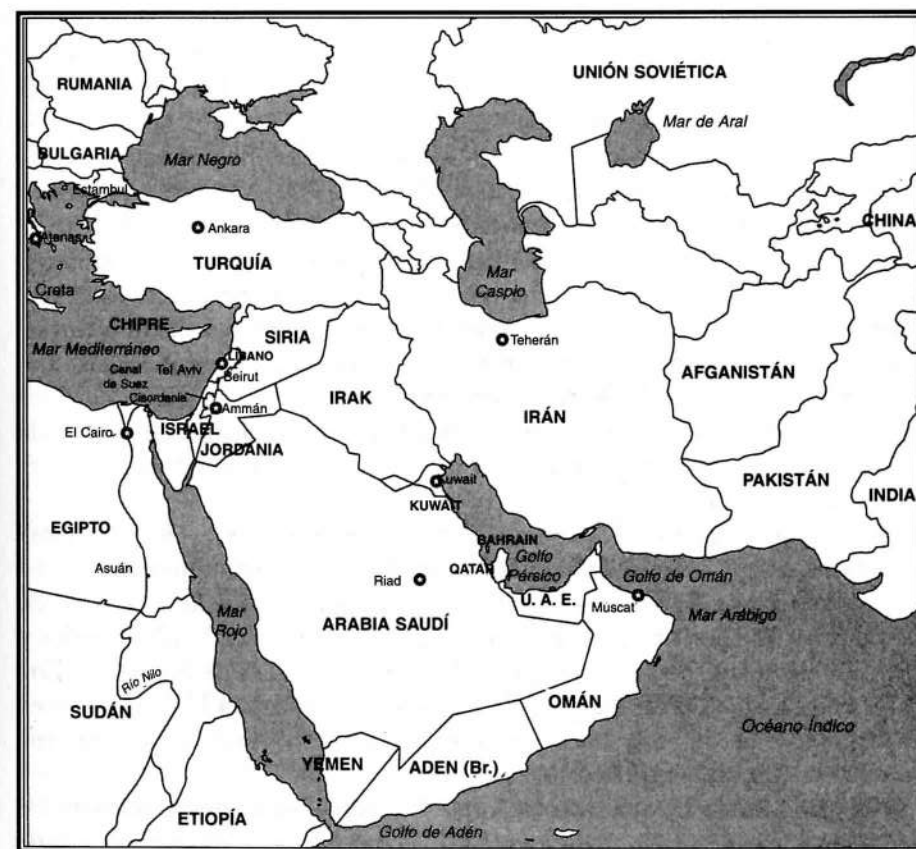
El 19 de julio de 1956, el gobierno de Eisenhower reaccionó al acercamiento de Nasser al bloque soviético informando al gobierno egipcio de que Estados Unidos no ayudaría a financiar la construcción de la presa de Asuán, proyecto favorito del líder egipcio. Al cabo de unos días, el 26 de julio, Nasser respondió anunciando que nacionalizaría el canal de Suez y utilizaría los ingresos que obtuviera de él para financiar la presa de Asuán.

Los gobiernos de Gran Bretaña y Francia quedaron horrorizados al pensar que el control del Canal permitiría a Nasser obstaculizar los envíos de petróleo de Oriente Próximo a la Europa occidental. Sin informar al gobierno de Eisenhower, los días 22 y 23 de octubre de 1956 Gran Bretaña, Francia e Israel trazaron un plan para provocar la caída de Nasser. El plan disponía que fuerzas israelíes llegaran hasta el Canal, lo que sería la excusa para una intervención militar anglofrancesa. El ataque israelí empezó el 29 de octubre. Dos días después, al negarse Egipto a permitir la intervención anglofrancesa para «proteger» el Canal, aviones de guerra británicos y franceses empezaron a bombardear bases egipcias. El 5 de noviembre paracaidistas ingleses y franceses descendieron en la zona del Canal.

La campaña de Suez no tardó en convertirse en un desastre para Gran

Bretaña y Francia. En vez de apoderarse de todo el Canal, las fuerzas aliadas tomaron sólo su extremo septentrional, Port Said. Nasser respondió hundiendo barcos en el Canal, que quedó cerrado al comercio mundial. La reacción de Nasser, unida al cierre del oleoducto de Irak-Siria-Líbano, causó una crisis petrolera en la Europa occidental.

Eisenhower se puso furioso al enterarse del ataque aliado contra Egipto. Expresó en privado su asombro al ver que los ingleses y los franceses eran capaces de hacer «semejante chapuza». Dijo que era «increíble que gobiernos supuestamente inteligentes se hubieran metido en semejante embrollo».²⁴ El presidente comprendió que no habría ninguna probabilidad de poner fin a la crisis petrolera ni de estabilizar Oriente Próximo a menos que los ingleses, los franceses y los israelíes se retiraran de territorio egipcio. Con tal objeto, Estados Unidos introdujo una resolución en la ONU, que fue apoyada por el bloque soviético, que pedía un alto el fuego. Para presionar a las fuerzas ocupantes y obligarlas a abandonar Egipto, el gobierno norteamericano también



Oriente Próximo, 1956

retrasó la puesta en práctica de un plan para casos de apuro cuya finalidad era satisfacer las necesidades de petróleo de Europa desviando a ese continente la producción del golfo Pérsico y el hemisferio occidental.

Al final, Gran Bretaña y Francia sucumbieron a las presiones norteamericanas. El 6 de noviembre aceptaron un alto el fuego. También accedieron a retirar sus fuerzas militares de Egipto, medida que quedó completada el 22 de diciembre de 1956. Los israelíes, sin embargo, no se retiraron hasta después de que el gobierno de Eisenhower les asegurara que Estados Unidos garantizaría el principio de «paso libre e inocente» por el estrecho de Tirán, principal vía marítima de Israel para llegar al océano Índico.

LA DOCTRINA EISENHOWER

En buena lógica, la imagen de Estados Unidos en Oriente Próximo debería haber salido mejorada de la crisis de Suez, ya que había desbaratado la agresión contra Egipto. En vez de ello, en el mismo momento en que el ejército rojo aplastaba la revolución de Hungría, la Unión Soviética recogió la mayoría de los beneficios propagandísticos que produjo el fin de la guerra de Suez. Después de que quedara claro que el gobierno de Eisenhower no apoyaría la invasión aliada de Egipto, reduciendo así el riesgo de un conflicto entre la Unión Soviética y Estados Unidos, los soviéticos emprendieron una campaña de amenazas militares contra Gran Bretaña, Francia e Israel. Bulganin, el presidente del consejo de ministros soviético, también advirtió a Eisenhower que la lucha en Oriente Próximo podía provocar una «guerra mundial» y sugirió que Estados Unidos se uniera a la Unión Soviética en una acción militar cuyo objetivo sería frenar la agresión aliada. Eisenhower rechazó airadamente la propuesta soviética y la calificó de «impensable». En lugar de ello, puso las fuerzas norteamericanas en estado de alerta en todo el mundo para disuadir a los soviéticos de intervenir militarmente en el conflicto.

Con gran disgusto del gobierno de Eisenhower, la guerra de Suez también aumentó el prestigio de Gamal Nasser. Pese a la derrota humillante que sufrió su ejército a manos de los israelíes, la capacidad de anular los efectos de las victorias israelíes, aunque fuese con el apoyo decisivo de Estados Unidos y la Unión Soviética, no hizo más que estimular la ambición de Nasser de dirigir el mundo árabe. Poco después de la guerra, firmó con la Unión Soviética un segundo acuerdo para el suministro de armamento y reforzó los lazos comerciales de Egipto con el bloque soviético.

El gobierno de Eisenhower creía que las «actividades subversivas» de los soviéticos y los egipcios eran ahora las principales amenazas que se cernían sobre los intereses occidentales en Oriente Próximo y se sintió empujado a lle-

nar el vacío que dejó la decadencia del poderío británico en la región. En enero de 1957 Eisenhower pidió al Congreso que aprobara una resolución que confirmase el derecho del presidente a usar la fuerza en Oriente Próximo contra «la agresión armada abierta por parte de cualquier nación que estuviera bajo el control del comunismo internacional». El gobierno también pidió al Congreso que aprobara la suma de 200 millones de dólares anuales para prestar ayuda económica y militar a los países de Oriente Próximo que estuvieran dispuestos a oponer resistencia a los avances soviéticos. El Congreso aprobó rápidamente la solicitud del presidente por 355 votos a favor y 61 en contra, pero el Senado, más sensible en lo que se refería a prestar ayuda a los enemigos árabes de Israel, no quiso conceder al presidente la autorización específica para utilizar tropas. La versión corregida de la resolución del gobierno sobre Oriente Próximo que acabó aprobando el Senado afirmaba sencillamente que Estados Unidos «está dispuesto» a emplear la fuerza si el presidente «decide que hay necesidad de ello».²⁵

La Doctrina Eisenhower, como pronto llamarían a la resolución del gobierno, fue el eslabón final de la cadena de compromisos de seguridad que Estados Unidos había forjado desde la terminación de la segunda guerra mundial. En 1958 Estados Unidos ya había asumido la obligación explícita de defender a unos cuarenta y cinco países, así como la obligación implícita de defender a varios más. Los críticos del gobierno le acusaron de padecer una «pactomanía», una expansión injustificada de los compromisos militares de Estados Unidos. La Casa Blanca rebatió la acusación insistiendo en que las alianzas de Estados Unidos (todas las cuales, con cuatro excepciones, fueron obra del gobierno de Eisenhower) ayudaban a mantener la independencia del mundo libre y la seguridad propia.

Los críticos dieron en el blanco al identificar la falacia que había debajo de la Doctrina Eisenhower. La mayor amenaza a la independencia de los países pro occidentales de Oriente Próximo, tales como Irak, Jordania y Líbano, no procedía del comunismo internacional, sino de Nasser. El 14 de julio de 1958, el gobierno pro occidental de Irak fue derribado por el general Abd al-Karim Kassem, que se apresuró a anunciar que Irak ingresaría en la República Árabe Unida, que era una unión de Egipto, Siria y Yemen que se creó en febrero de aquel año.

El mismo día en que llegó a Washington la noticia del golpe de Kassem, el presidente pro occidental de Líbano, Camille Chamoun, pidió a Estados Unidos que le ayudara a sofocar un supuesto intento nasserita de derribar su gobierno. Eisenhower ordenó inmediatamente el envío de 14.000 soldados norteamericanos a Líbano para impedir un golpe de Estado «de inspiración comunista». El gobierno de Estados Unidos también apoyó a los ingleses en su esfuerzo por sostener al rey Hussein de Jordania, cuyo primo, el rey Faisal, fue asesinado en el golpe de Estado de Irak. Cincuenta avio-

nes de caza norteamericanos dieron escolta a los aviones que transportaban tropas británicas a Ammán, la capital de Jordania, y Estados Unidos accedió a abastecer de petróleo a las fuerzas británicas que participaron en la operación. En octubre, una vez estabilizados ambos gobiernos, las fuerzas británicas se retiraron de Jordania y la infantería de marina estadounidense, de Líbano.

Las intervenciones anglonorteamericanas en Jordania y Líbano alcanzaron sus objetivos principales. No sólo apuntalaron gobiernos pro occidentales en dichos países, sino que también ayudaron a disminuir la amenaza del nacionalismo radical desenfrenado en otras partes del mundo árabe. Kassem abandonó la idea de ingresar en la República Árabe Unida y aseguró a las compañías petroleras occidentales que las propiedades que tenían en su país no corrían ningún peligro. A causa de ello, Egipto e Irak se convirtieron en enemigos implacables durante los últimos años del gobierno de Eisenhower. Lo mismo ocurrió entre Siria y Egipto, y el resultado fue que los sirios salieron de la RAU en 1961. Con su partida se derrumbó el sueño de Nasser de dominar el mundo árabe.

La intervención anglonorteamericana en Oriente Próximo también demostró los límites de la influencia de la Unión Soviética en la región. Los soviéticos estaban dispuestos a prestar ayuda militar y económica a Nasser y sus aliados, pero no a correr el riesgo de provocar un enfrentamiento militar con Estados Unidos en Oriente Próximo. Además, al intervenir en la región, los soviéticos se vieron envueltos en disputas entre árabes, ya que ayudaban a dos regímenes que se odiaban mutuamente (Egipto e Irak). Asimismo, se les planteaba un dilema: ¿debían apoyar a los comunistas de estos y otros países de Oriente Próximo y correr el riesgo de indisponerse con sus gobiernos, que no eran comunistas?

Si bien el gobierno de Eisenhower había alcanzado el objetivo de llenar el vacío creado en Oriente Próximo por la humillación de Gran Bretaña y Francia en la guerra de Suez, no pudo resolver la amenaza principal a la estabilidad de la región, la disputa entre Israel y el mundo árabe. El 26 de agosto de 1955 Dulles propuso un acuerdo de paz en el que la determinación y la garantía de las fronteras entre Israel y sus vecinos árabes se vinculaba con el reasentamiento y la repatriación de miles de refugiados palestinos que habían huido de su país durante la guerra de 1948-1949. Pero la propuesta no llegó a ninguna parte, principalmente porque el gobierno de Estados Unidos no le dio el mismo apoyo político que dedicó a otros problemas de Oriente Próximo, tales como hacer que los israelíes se retirasen de Egipto. A causa de ello, el problema palestino seguía siendo la mayor amenaza a la estabilidad de la región mucho tiempo después de que Eisenhower abandonara la presidencia en 1961.

EL SPUTNIK Y LA DISPARIDAD DE MISILES

Aunque el prestigio de la Unión Soviética en el mundo árabe aumentó a raíz de la guerra de Suez, el de Jruschov en el país cayó en picado después de la revolución de Hungría. Una coalición de estalinistas, encabezada por Molotov y Malenkov, echó a la campaña desestalinizadora de Jruschov la culpa del debilitamiento del dominio soviético en Polonia y también de que los soviéticos casi perdieran Hungría y el resto de la Europa del Este. Sin embargo, en junio de 1957, gracias al apoyo del comité central y del ministro de Defensa, Georgij Zukov, Jruschov logró desbaratar un intento de derribarle por parte de la coalición Molotov-Malenkov. En octubre del mismo año, cuatro meses después de que la coalición Molotov-Malenkov fuese expulsada del Presídium, Jruschov destituyó a Zukov. En marzo del año siguiente también destituyó a Nicolai Bulganin y le reemplazó en el puesto de presidente del consejo de ministros. Convertido en jefe del gobierno además del partido, Jruschov reanudó su programa para reformar el sistema soviético y mejorar el prestigio de la Unión Soviética en el mundo.

El prestigio de Jruschov y el de su país se vieron muy reforzados después de que la Unión Soviética lanzara el primer satélite que debía dar vueltas a la Tierra, el *Sputnik I*, el 4 de octubre de 1957. El peso del satélite soviético, unos 83 kilos, era seis veces mayor que el *Vanguard*, el satélite que Estados Unidos se disponía a lanzar. Aún más impresionante fue el lanzamiento, el 3 de noviembre, del *Sputnik II*, satélite que transportaba un perro y pesaba unos 508 kilos. El fracaso del lanzamiento del *Vanguard*, el satélite de la marina estadounidense, el 6 de diciembre, y el escaso peso, unos 13 kilos, del *Explorer*, el satélite del ejército, que se puso en órbita el 1 de febrero de 1958, conmocionaron a los norteamericanos. Les costaba creer que una gente supuestamente atrasada como eran los soviéticos pudiese demostrar semejante destreza tecnológica. Sin embargo, científicos, políticos y militares de Estados Unidos se dieron cuenta de que el lanzamiento de los satélites validaba la fanfarronada de Jruschov el anterior mes de agosto en el sentido de que la Unión Soviética había fabricado un misil balístico intercontinental. Era obvio que un misil que podía poner satélites en órbita también podía lanzar cabezas nucleares contra objetivos situados en Estados Unidos.

Con el fin de superar la presunta superioridad tecnológica de los soviéticos, una alianza de educadores, contratistas de defensa y demócratas del Congreso aprobó la Ley de Educación de la Defensa Nacional en 1958. La ley pedía que se destinaran 5.000 millones de dólares a la educación superior en ciencias, lenguas extranjeras y humanidades para contrarrestar la amenaza soviética. Mientras tanto, una coalición de contratistas de defensa, políticos demócratas y el Pentágono —el llamado complejo militar-industrial, expresión

que inventó Eisenhower en su discurso de despedida—acusó al gobierno de haber descuidado por completo la defensa nacional y pidió un incremento masivo de los gastos para la fabricación de misiles.

Con todo, gracias a la información que proporcionaban los aviones de espionaje U-2, aumentada más adelante por las instalaciones de la CIA en Turquía e Irán, que usaban el radar y la electrónica para escuchar las conversaciones ajenas, el presidente sabía que los soviéticos no estaban haciendo un despliegue masivo de misiles balísticos intercontinentales. A medida que los servicios de información norteamericanos iban acumulando datos, resultó que incluso era falsa la creencia inicial de Eisenhower de que los soviéticos llevaban una pequeña ventaja en el capítulo de misiles. Los servicios de información del departamento de Defensa dijeron que, en septiembre de 1959, cuando el primer misil norteamericano de este tipo, el Atlas, quedó en condiciones de utilizarse, los soviéticos aún no habían desplegado misiles que estuvieran en las mismas condiciones. Pero hasta comienzos de 1961, después de que John F. Kennedy entrara en la Casa Blanca, no señalaron los servicios de información que los soviéticos poseían sólo un número reducido de misiles de este tipo en condiciones de utilizarse.

En resumen, durante la presidencia de Eisenhower jamás hubo una disparidad de misiles, al menos una disparidad a favor de la Unión Soviética. Aunque los soviéticos desplegaron en Europa más misiles balísticos de alcance intermedio que los norteamericanos, hasta los primeros años setenta sus misiles balísticos intercontinentales en condiciones de usarse nunca fueron más numerosos que los de Estados Unidos. No obstante, pese a la abrumadora superioridad nuclear de los norteamericanos a finales de los cincuenta, la presión del complejo militar-industrial obligó a Eisenhower a acelerar el programa de misiles. Irónicamente, la fanfarronada de Jruschov sobre la superioridad soviética en el capítulo de misiles tuvo un efecto contrario al que él preveía, ya que indujo a los norteamericanos a aumentar su superioridad nuclear, que ya era abrumadora, lo cual, a su vez, hizo que la Unión Soviética fuese más vulnerable a un ataque nuclear. A juicio de algunos historiadores, el creciente desequilibrio del poderío estratégico entre soviéticos y norteamericanos fue el principal factor que empujó a Jruschov a desplegar misiles balísticos en Cuba en 1962, lo cual estuvo a punto de provocar una guerra nuclear.

LAS CONVERSACIONES PARA LA PROHIBICIÓN DE LAS PRUEBAS NUCLEARES

Exaltados por el éxito de los *Sputnik*, el 10 de diciembre de 1957 los soviéticos propusieron suspender las pruebas de armas nucleares durante dos o tres años a partir del 1 de enero de 1958. Pero después de los *Sputnik*, el gobier-

no de Eisenhower temía que una suspensión de las pruebas fuera inadmisible desde el punto de vista político. Por tanto, el 12 de enero de 1958 respondió a la iniciativa soviética renovando su ofrecimiento del anterior mes de agosto, que vinculaba una suspensión de las pruebas con una reducción de la producción de armas. Probablemente, cuando los soviéticos volvieron a rechazar el ofrecimiento, el gobierno norteamericano no se llevó una sorpresa ni una terrible decepción. Seguía siendo libre de acelerar su programa de misiles a la vez que había demostrado que era sensible a la opinión mundial.

Sin embargo, el 31 de marzo de 1958 los soviéticos sorprendieron a los norteamericanos al anunciar la suspensión indefinida de su programa de pruebas nucleares e instaron a Estados Unidos y Gran Bretaña a seguir su ejemplo. Al negarse a ello los norteamericanos y los ingleses, los soviéticos reanudaron sus pruebas el 30 de septiembre. Pero, una vez más, dijeron que eran partidarios de un cese «inmediato» y «universal» de las pruebas nucleares.

Ante la presión pública a favor de la interrupción de las pruebas, el 31 de octubre de 1958 Estados Unidos y Gran Bretaña anunciaron que las suspenderían durante un año, siempre y cuando la Unión Soviética también las suspendiese. Así lo hicieron los soviéticos el 3 de noviembre y con ello crearon el marco para la suspensión más larga de las pruebas nucleares durante la guerra fría, ya que duró casi tres años, y también para el comienzo de negociaciones en Ginebra para prohibir de forma permanente todas las pruebas nucleares.

La conferencia de Ginebra, que empezó el 31 de octubre de 1958, pronto quedó encallada a causa del asunto de las inspecciones. Los soviéticos insistieron en que cada una de las potencias nucleares tenía derecho a vetar las actividades de la comisión de control que se encargaría de velar por el cumplimiento de la prohibición. Los norteamericanos y los ingleses no estuvieron de acuerdo. Temían que un veto soviético hiciera que el sistema de inspección no tuviese sentido. Tampoco se pusieron de acuerdo los dos bandos sobre el número de estaciones sismológicas a las que se permitiría comprobar si se llevaban a cabo pruebas subterráneas subrepticias en el territorio de cada participante. Un informe de la comisión científica de Ginebra recomendó que se construyeran entre 170 y 180 estaciones sismológicas, de las cuales entre 100 y 110 estarían situadas en zonas continentales mientras que el resto estaría en islas oceánicas. Los soviéticos consideraron que el número de inspecciones requeridas era inadmisibile.

Jruschov trató entonces de salir del punto muerto proponiendo un número reducido de inspecciones anuales. Eisenhower aceptó la propuesta con la condición de que Jruschov accediese a modificar su postura referente al veto en la comisión de control y aceptara la necesidad de celebrar más conversaciones de carácter técnico sobre el problema de detectar pruebas efectuadas a gran altura. El 14 de mayo Jruschov accedió a seguir participando en las con-

versaciones técnicas, pero no dijo nada sobre el veto. Eisenhower pasó por alto la omisión y las conversaciones técnicas se reanudaron en julio de 1959. Sin embargo, estas conversaciones se interrumpieron antes de fin de año después de que Edward Teller, el padre de la bomba de hidrógeno, insistiera en que los soviéticos podían hacer trampas probando artefactos nucleares en grandes cavernas subterráneas. Si bien otros científicos la discutieron, la afirmación de Teller impidió que se avanzara en las conversaciones técnicas.

Lo único positivo de un otoño por lo demás muy malo para el control de armamentos fue la firma, el 1 de diciembre de 1959, del tratado de la Antártida por doce países, entre ellos Gran Bretaña, Francia, la Unión Soviética y Estados Unidos. El tratado desmilitarizó la Antártida, previó la inspección plena y multilateral de la misma y prohibió el vertido de desechos radiactivos en ella.

LA SEGUNDA CRISIS DEL ESTRECHO DE TAIWAN, 1958

A pesar de la inferioridad nuclear de la Unión Soviética, Jruschov no podía desaprovechar las oportunidades que ofrecía la inclinación de los norteamericanos a minimizar su propia fuerza nuclear. Al estallar una segunda crisis del estrecho de Taiwan en agosto de 1958, después de que los chinos reanudaran el bombardeo de las islas del litoral en un intento de obligar a buscar una solución del estatuto de Taiwan, Jruschov envió una carta a Eisenhower en la que afirmaba que la Unión Soviética «haría todo lo necesario» para defender a China si Estados Unidos la atacaba.²⁶ También se tomó la molestia de advertir a los alemanes occidentales que en el caso de una guerra «no tendrían ninguna probabilidad de sobrevivir».²⁷ Jruschov prometió que ni siquiera Estados Unidos, pese a estar tan lejos, se libraría de la devastación nuclear.

Eisenhower respondió haciendo caso omiso de las amenazas de Jruschov y ordenando que buques de guerra de la VII Flota escoltaran a los barcos de abastecimiento de la China nacionalista desde Taiwan hasta unos cinco kilómetros de las islas del litoral. Aunque las baterías del continente hicieron fracasar varios intentos de reabastecimiento, los comunistas pusieron cuidado en no disparar contra los buques norteamericanos. Pero Estados Unidos no quería una guerra más amplia con China. Dulles afirmó que, si los comunistas chinos estaban de acuerdo con un alto el fuego de facto, podrían reducirse las fuerzas nacionalistas de Jinmendao y Mazu. El 6 de octubre los comunistas respondieron anunciando la suspensión del bombardeo durante una semana siempre y cuando Estados Unidos dejara de escoltar a los barcos nacionalistas. Washington aceptó la propuesta y los comunistas prologaron el alto el fuego dos semanas. A cambio, Dulles se trasladó a Taiwan aquel mismo mes y persuadió a Jiang Jieshi de retirar parte de sus tropas de las islas del litoral

y a renunciar al empleo de la fuerza para reconquistar la China continental. Al terminar el alto el fuego de dos semanas, los comunistas dijeron que su artillería bombardearía Jinmendao sólo en días alternos. Y de esta manera terminó la segunda crisis del estrecho de Taiwan.

A pesar del apoyo diplomático que Jruschov prestó a China durante esta segunda crisis del estrecho de Taiwan, las suspicacias de los chinos con respecto a su aliado soviético se hicieron más intensas. Jruschov no dio garantías a los chinos ni hizo advertencias a Eisenhower hasta que resultó obvio que Estados Unidos no pensaba atacar a China. Está claro que, a raíz del triunfo soviético con los *Sputnik*, los chinos esperaban utilizar el creciente arsenal nuclear soviético como escudo para protegerse de las represalias norteamericanas mientras atacaban a las restantes islas del litoral.

Jrushov no quería correr el riesgo de provocar una guerra nuclear con Estados Unidos a beneficio de sus aliados chinos. De hecho, los soviéticos estaban cada vez más preocupados a causa de la actitud indiferente que adoptaban los chinos ante una guerra nuclear. Al visitar Moscú en noviembre de 1957, Mao Zedong escandalizó a los soviéticos diciendo que una guerra nuclear no sería el fin del comunismo. A China le quedarían probablemente varios centenares de millones de personas, mientras que la población de los países capitalistas —no mencionó a la Unión Soviética— sería aniquilada.

Con todo, los soviéticos, después de la revolución de Hungría, ansiaban que China permaneciese en su bando. Principalmente por este motivo, accedieron a proporcionar a China ayuda nuclear, e incluso, según algunas fuentes, una muestra de arma nuclear. Si bien ayudaron a China a poner en marcha su primer reactor nuclear, los soviéticos nunca cumplieron su promesa de entregar un arma nuclear. En 1959, al reavivarse sus temores ante la temeridad nuclear de los chinos, la Unión Soviética interrumpió por completo la ayuda nuclear a China.

Moscú tampoco estaba dispuesto a financiar el esfuerzo de China por adquirir independencia económica. Durante su visita a Moscú en noviembre de 1957, los soviéticos hicieron saber a Mao Zedong que aún esperaban que China saldara las deudas por valor de 2.400 millones de dólares que tenía contraídas con ellos y que en gran parte eran dinero recibido en préstamo durante la guerra de Corea. En parte para adquirir mayor independencia económica y en parte para distanciarse del «revisionismo» soviético, en 1958 Mao puso en marcha el «Gran Salto hacia Adelante», intento total de transformar con rapidez la economía china, que era básicamente agraria, en un gigante industrial. El intento fue un desastre que retrasó el desarrollo industrial de China durante años y de nuevo obligó a los chinos a pedir ayuda económica a los soviéticos. Para los sóviets, el Gran Salto hacia Adelante fue una advertencia inequívoca: los chinos tenían prisa por emanciparse de su dependencia económica y tecnológica de la Unión Soviética. Así pues, los soviéticos no sólo

pensaban que era urgente prevenir el desarrollo nuclear de China, sino que también querían extraer el máximo beneficio posible de la alianza con los chinos antes de que su fragilidad se hiciera obvia a ojos de Occidente.

LA CRISIS DE BERLÍN, 1958

A ojos de los soviéticos la creciente amenaza china hacía que resolver el problema alemán fuera más urgente. Pensaban que no podían enfrentarse sin peligro a los chinos mientras una amenaza militar iba en aumento en la Alemania occidental. Después del triunfo espacial de los soviéticos, el gobierno de Eisenhower intentó tranquilizar a sus aliados de la OTAN en el sentido de que Estados Unidos seguía comprometido con la defensa de la Europa occidental empleando armas nucleares si era necesario. Así pues, anunció su intención de desplegar misiles de alcance intermedio en la Europa occidental y compartir el control de los mismos con los aliados europeos, entre ellos la Alemania occidental. Aunque tanto Estados Unidos como los alemanes occidentales tendrían derecho a vetar el uso de las armas nucleares desplegadas en la Alemania occidental, los soviéticos temían que Occidente estuviera facilitando la adquisición de un arsenal nuclear independiente por parte de los alemanes occidentales. En marzo de 1958 los soviéticos intentaron impedir que la Alemania occidental tuviera acceso a armas nucleares y a tal efecto apoyaron un plan del ministro de Asuntos Exteriores polaco, Adam Rapacki, que preveía la creación de una zona desnuclearizada en la Europa central. En esta zona, integrada por Polonia, Checoslovaquia y las dos Alemanias, estaría prohibido fabricar y desplegar armas nucleares. Sin embargo, Estados Unidos y sus aliados de la OTAN rechazaron el Plan Rapacki porque temían que si lo aceptaban, la Alemania occidental sería vulnerable a un ataque por parte de fuerzas no nucleares soviéticas.

Ante la negativa occidental a aceptar el Plan Rapacki, los soviéticos empezaron una campaña de intimidación que apuntaba al eslabón más débil de las defensas de Occidente, Berlín occidental, que era también una molesta espina clavada en el costado de la Unión Soviética y del régimen alemán oriental. En 1958, gracias en parte a la ayuda económica por valor de 600 millones de dólares que prestaron los norteamericanos, Berlín occidental se había convertido en un escaparate del capitalismo democrático. La ciudad había atraído a más de dos millones de alemanes orientales, la mayoría de los cuales eran jóvenes y tenían formación profesional, con lo cual la población de la Alemania oriental había quedado reducida a unos 16 millones de personas.

En una nota entregada a las potencias occidentales el 27 de noviembre de 1958 Jruschov proponía un acuerdo que transformaría la antigua capital de Alemania en una «ciudad libre» desmilitarizada cuyo acceso tanto a la Ale-

mania oriental como a la occidental estaría garantizado por los soviéticos y las tres potencias occidentales. Si no se encontraba una solución del «problema» de Berlín en el plazo de seis meses, Jruschov amenazaba con terminar la ocupación soviética de Berlín oriental y traspasar al gobierno de Alemania oriental el control de las vías de acceso a Berlín occidental por aire, carretera y ferrocarril. Esta medida no sólo hubiera puesto en peligro la presencia occidental en Berlín, sino que, además, hubiera reconocido la legitimidad del régimen alemán oriental y con ello la división permanente de Alemania. Debido a ello, las potencias occidentales consideraron que la propuesta era inadmisibile.

Sin embargo, el gobierno de Eisenhower, que no quería llegar al borde de la guerra nuclear con los soviéticos a causa de Berlín, se brindó a hablar del estatuto de la ciudad. Así pues, del 11 de mayo al 5 de agosto de 1959 las cuatro potencias celebraron en Ginebra negociaciones sobre Berlín. Los aliados dijeron que limitarían sus guarniciones en Berlín occidental y renunciarían a desplegar armas nucleares en la ciudad si los soviéticos permitían que se celebraran elecciones libres en la Alemania oriental. Con todo, los aliados añadieron que estaban dispuestos a aplazar las elecciones hasta después de que tuviera lugar la reunificación de Alemania. A cambio de ello, esperaban que los soviéticos garantizaran el acceso de los occidentales a Berlín hasta que la ciudad se convirtiese en la capital de una Alemania reunificada. Aunque de la conferencia de Ginebra sobre Berlín no salió ningún acuerdo sobre el estatuto de la ciudad, sirvió para resolver la crisis. Los soviéticos dejaron pasar el plazo de seis meses sin cumplir su amenaza de traspasar el control de las rutas de acceso occidentales a los alemanes orientales.

En julio de 1959 Jruschov se invitó a sí mismo a visitar Estados Unidos. Temiendo que el líder soviético convirtiese el viaje en una mina de propaganda, el gobierno de Eisenhower le recibió a regañadientes. Jruschov llegó a Estados Unidos en septiembre y, después de visitar una granja de maíz en Iowa e intentar inútilmente que le permitiesen entrar en la recién inaugurada Disneylandia, se entrevistó con Eisenhower en Camp David, la residencia de descanso del presidente.

Si bien los dos dirigentes no lograron resolver sus diferencias en Camp David, Jruschov anunció que las potencias occidentales podían permanecer en Berlín occidental durante otros dieciocho meses, mientras se avanzara hacia la resolución definitiva del estatuto de la ciudad. Acordaron celebrar otra conferencia cumbre en Europa la primavera siguiente, después de la cual Eisenhower pensaba viajar a la Unión Soviética. El presidente dio la impresión de que la retirada soviética en el caso de Berlín había puesto fin al problema, pero Jruschov volvería a activarlo dos años después, cuando el sucesor de Eisenhower, John F. Kennedy, estaba en la Casa Blanca.

LA CUMBRE DE PARÍS, MAYO DE 1960

Aparte del problema de Berlín, el otro asunto importante que estaba previsto tratar durante el encuentro en la cumbre era la prohibición de las pruebas nucleares. En vista de que la conferencia de Ginebra no lograba llegar a un acuerdo exhaustivo sobre la prohibición de pruebas nucleares, el 11 de febrero de 1960 el gobierno de Eisenhower propuso una prohibición parcial de dichas pruebas y una solución gradual del problema de las inspecciones. El gobierno estadounidense sugirió que en la primera fase se prohibieran todas las pruebas en la atmósfera y bajo el mar, además de en el espacio por encima de una altura no especificada donde los procedimientos de detección no eran dignos de confianza. También se prohibirían las pruebas subterráneas que causaran señales sísmicas superiores a 4,75 en la escala de Richter. El gobierno de Eisenhower también hizo una concesión importante al indicar que aceptaría un número limitado de inspecciones anuales. Ahora consideraba que un cupo de veinte inspecciones anuales *in situ* era suficiente para disuadir a los soviéticos de hacer trampas.

El 19 de marzo de 1960, los soviéticos respondieron que como mínimo serían necesarias tres modificaciones de la propuesta norteamericana antes de que pudieran aceptarla. En primer lugar, tendrían que prohibirse todas las pruebas en el espacio, prescindiendo de si era posible detectarlas o no. En segundo lugar, habría que respetar una suspensión de entre cuatro y cinco años de todas las pruebas subterráneas que causaran terremotos cuya magnitud fuese inferior a 4,75 en la escala de Richter. En tercer lugar se requeriría un número más pequeño de inspecciones «simbólicas», sencillamente para expresar las buenas intenciones de las partes en lo que se refería a sostener un tratado de prohibición de pruebas en vez de determinar con precisión científica si se habían producido violaciones.

A finales de marzo de 1960 el primer ministro británico, Harold Macmillan, y el presidente acordaron aceptar las condiciones de los soviéticos. Gran Bretaña y Estados Unidos continuarían respetando la suspensión de pruebas subterráneas de magnitud inferior a 4,75, pero sólo durante uno o dos años, siempre y cuando los soviéticos accedieran a firmar un tratado que prohibiese todas las pruebas verificables y creara un programa coordinado de investigación sísmica. Cuando los soviéticos reaccionaron favorablemente a la propuesta occidental, todo el mundo pensó que en la cumbre de mayo en París, a la que asistirían tanto Eisenhower como Jruschov, sería posible firmar un tratado de prohibición de pruebas.

Sin embargo, justo cuando parecía que las superpotencias estaban a punto de firmar un tratado se produjo un acontecimiento que causó un retraso de tres años más. El 7 de mayo Jruschov anunció que seis días antes la Unión So-

viética había derribado un avión U-2 norteamericano que había penetrado mucho en su territorio. Los soviéticos se jactaron de que el piloto del avión de espionaje, Francis Gary Powers, había salvado la vida y se encontraba prisionero. El incidente del U-2 pareció confirmar la predicción de Eisenhower de que «algún día van a pillar una de estas máquinas y vamos a tener una tempestad».²⁸

Al principio Jruschov intentó dar al presidente una salida que le permitiera salir del compromiso y guardar las apariencias. Afirmó que estaba dispuesto a creer que Eisenhower no sabía nada de la misión del U-2, pero que también quería que el presidente le garantizase que no habría más vuelos parecidos. Eisenhower, sin embargo, se negó a eludir la responsabilidad del incidente. Creía que hubiera sido reconocer que no estaba completamente enterado de las actividades militares de su nación, en especial de un asunto tan delicado como los vuelos de los U-2 sobre territorio soviético.

Al rechazar el presidente su propuesta, Jruschov le exigió que pidiera perdón. Eisenhower se enfadó y se negó a ello. Dijo al presidente de Francia, Charles de Gaulle, que no pensaba «arrastrarse» de rodillas ante el líder soviético. Jruschov respondió denunciando airadamente al presidente y cancelando la invitación a visitar la Unión Soviética. Obviamente, en aquel clima de aguda hostilidad entre las superpotencias que había creado el asunto del U-2, pocas probabilidades había de que la cumbre de París diese buenos resultados. El 19 de mayo, sólo dos días después de que empezara la cumbre, Eisenhower se fue de París. A causa de ello, ni el asunto de la prohibición de las pruebas ni el del estatuto de Berlín se resolvieron antes de que dejara el cargo.

EL CONGO

En el verano de 1960, la guerra fría se propagó al África subsahariana, a la que el gobierno de Eisenhower había prestado poca atención hasta entonces. Al igual que en otras zonas del mundo, Estados Unidos no había dado prácticamente ningún apoyo al movimiento anticolonial. Washington prefería dejar que las potencias imperiales europeas decidieran cuándo había que conceder la independencia a sus colonias africanas.

No obstante, el gobierno norteamericano se sintió preocupado cuando el 30 de junio de 1960 los belgas concedieron la independencia al Congo (el actual Zaire) pese a que los congoleños no estaban en absoluto preparados para autogobernarse. Al atacar el ejército congoleño a sus oficiales blancos y a los colonos belgas, el gobierno de Patrice Lumumba fue incapaz de restablecer el orden. En vista de ello, fuerzas belgas intervinieron en el Congo, lo cual estimuló un movimiento secesionista en la provincia de Katanga. Lumumba res-

pondió pidiendo ayuda a las Naciones Unidas y, a mediados de julio, la organización mundial hizo un llamamiento para que se retirasen las tropas belgas y acordó enviar una fuerza militar internacional que se encargaría de restablecer el orden en el país.

Con el fin de impedir que los soviéticos intervinieran en el Congo, el gobierno de Eisenhower apoyó las medidas de la ONU. Sin embargo, no tardó Lumumba en ver con malos ojos la presencia militar de la ONU en su país, después de que el secretario general de ésta, Dag Hammarskjöld, se negara a usar tropas de la organización para aplastar el movimiento secesionista de Katanga. Al rechazar Estados Unidos su petición de ayuda, Lumumba acudió a los soviéticos, que respondieron con entusiasmo y mandaron 100 camiones y 15 aviones de transporte, con sus tripulaciones y su personal de mantenimiento. Al aceptar ayuda soviética, Lumumba atrajo sobre sí la hostilidad del gobierno de Eisenhower. El director de la CIA, Allen Dulles, sacó la conclusión de que el primer ministro congoleño había sido «comprado por los comunistas».²⁹ De hecho, Lumumba era un nacionalista auténtico y no un comunista, y recurrió a los soviéticos porque eran los únicos que estaban dispuestos a ayudarlo a recuperar el control de su país.

Pese a ello, el 19 de agosto de 1960, Dulles envió un telegrama al jefe de la CIA en el Congo, Lawrence Devlin, en el cual afirmaba que «la eliminación [de Lumumba] debe ser un objetivo urgente y primordial».³⁰ Al cabo de poco, los agentes de la CIA en el Congo reclutaron a los líderes congoleños —entre ellos el coronel Joseph Mobutu, que sustituiría a Lumumba en septiembre de 1960 y gobernaría Zaire hasta bien entrado el decenio de 1990— para que ayudasen a derrocar a Lumumba. Después de que el primer ministro congoleño fuera derribado y asesinado el 17 de enero de 1961 (por las autoridades katanguenses, probablemente con la intervención de la CIA), todos los gobiernos de Estados Unidos posteriores al de Eisenhower colaborarían estrechamente con el régimen de Mobutu, algunos con más entusiasmo que otros.

Las repercusiones de la tragedia del Congo y la creciente importancia de África en la guerra fría se hicieron evidentes en la decimoquinta sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que tuvo lugar en Nueva York en septiembre de 1960. En ella, diecisiete naciones nuevas, todas africanas menos una y todas antiguos territorios coloniales, ingresaron en la organización mundial. La entrada de estas naciones completó la transformación de la ONU, que de ser una asociación donde predominaban los vencedores de la segunda guerra mundial pasó a estar compuesta principalmente por naciones del Tercer Mundo, la mayoría de las cuales se declaraban neutrales en la guerra fría.

El 24 de septiembre, en un discurso pronunciado ante la Asamblea General, Jruschov trató de alinear a la Unión Soviética con el Tercer Mundo ata-

cando de nuevo al colonialismo occidental. También exigió que Hammarskjöld fuera destituido de su cargo por su supuesta política colonial en el Congo. Jruschov sugirió que se aboliera el cargo de secretario general y se reemplazase con un ejecutivo colectivo integrado por tres representantes: uno de Occidente, uno del bloque socialista y otro de un país neutral. Si bien el gobierno de Eisenhower consiguió bloquear la «troika» que proponía Jruschov, se vio claramente que los tiempos en que Estados Unidos dominaba con facilidad a las Naciones Unidas habían pasado a la historia.

LAOS

Poco antes del final de su presidencia, Eisenhower tuvo que hacer frente a otra crisis en el sudeste de Asia, esta vez en Laos, donde tres facciones se disputaban el dominio del gobierno: la organización izquierdista Pathet Lao, el gobierno neutralista del primer ministro, Suvana Fuma, y una facción derechista encabezada por el príncipe Boun Oum y el general Fumi Nosavan, cuyo cuartel general estaba en la capital real, Luang Prabang. El gobierno de Eisenhower tomó partido por Boun Oum y Fumi Nosavan porque parecían ofrecer la mejor perspectiva de salvar al país del comunismo.

El conflicto de Laos se convirtió en una crisis para el gobierno de Washington cuando el 13 de diciembre de 1960 un golpe militar dirigido por elementos izquierdistas que cooperaban con el Pathet Lao expulsó a Suvana Fuma de Vientiane. Las fuerzas de Boun Oum, a quien el rey nombró jefe de un nuevo gobierno provisional, no tardaron en recobrar Vientiane, pero el Pathet Lao y sus aliados, pertrechados por los soviéticos, lanzaron una ofensiva que amenazó con cortar Laos en dos mitades.

El último día de 1960, Eisenhower dijo a una reunión de cargos del Pentágono y de la CIA: «No podemos permitir que Laos caiga en poder de los comunistas aunque tengamos que luchar ... con nuestros aliados o sin ellos».³¹ Los reunidos se mostraron de acuerdo en que había que modificar el despliegue de la VII Flota y prepararla para respaldar un plan para la intervención norteamericana. De acuerdo con el plan, tropas de Estados Unidos defenderían Vientiane y Luang Prabang con el fin de que las fuerzas de Boun Oum quedaran en libertad para atacar al Pathet Lao en las zonas rurales. Como era reactio a comprometer a su sucesor con el citado plan, Eisenhower no lo puso en práctica antes de dejar la Casa Blanca. Laos, al igual que el Congo, era un problema del que tendría que ocuparse el nuevo presidente. Pero el mayor problema que Eisenhower dejaría en herencia a su sucesor era la Cuba de Fidel Castro.

LA REVOLUCIÓN CUBANA

Castro subió al poder en Cuba el día de Año Nuevo de 1959 tras derribar al dictador Fulgencio Batista, que había gobernado la isla desde 1934. A cambio del apoyo de Estados Unidos, Batista había permitido que los intereses empresariales norteamericanos dominasen la economía cubana, por lo que casi toda la producción petrolera de Cuba, la mayoría de las empresas de servicios públicos, la mitad de los ferrocarriles y el 40 por 100 de la producción de azúcar estaban en manos estadounidenses. Ni Batista ni los norteamericanos hicieron mucho por aliviar los graves problemas que atenazaban a la nación, entre los que cabe señalar el paro, el analfabetismo y las enfermedades. Unidos a una deficiente distribución de la riqueza (el 46 por 100 del total de la tierra estaba en poder de un 1,5 por 100 de los terratenientes), estos problemas, y la negativa del régimen de Batista a abordarlos, crearon circunstancias propicias al programa revolucionario de Castro.

Poco después de tomar el poder, Castro adoptó una serie de medidas cuyos objetivos eran expulsar a la delincuencia organizada de La Habana, reducir el analfabetismo y mejorar la vivienda y la asistencia médica para la gran mayoría de la población cubana. Tal como Arbenz había intentado hacer en Guatemala, Castro también instituyó en Cuba un programa de reforma agraria con el fin de dividir las grandes haciendas, redistribuir la tierra entre las familias campesinas y poner fin a la dominación extranjera de la economía cubana. Como era previsible, el programa de reforma agraria chocó con la oposición de los intereses económicos norteamericanos en Cuba, que presionaron al gobierno de Eisenhower para que protegiera sus propiedades en la isla.

Encontraron oídos comprensivos en la Casa Blanca. Aunque no tardó en reconocer al gobierno de Castro, la ejecución de centenares de partidarios de Batista después de una serie de juicios que fueron una parodia de los principios de la jurisprudencia conmocionó a Eisenhower. Principalmente por esta razón, se negó a entrevistarse con el líder cubano cuando éste visitó Estados Unidos en abril de 1959. También rehusó prestar a Cuba la ayuda económica con la que Castro esperaba financiar su programa revolucionario. A finales de 1959, después de que el gobierno cubano diera los primeros pasos hacia la nacionalización de las empresas privadas y las propiedades extranjeras en Cuba, Eisenhower ya había sacado la conclusión de que Castro o bien era comunista o estaba dominado por los comunistas.

Si bien Castro no era comunista en aquel tiempo, el gobierno de Washington creía que su revolución perjudicaría los intereses de Estados Unidos no sólo en Cuba sino en toda América Latina. Poco después de que Anastas Mikoyan, vicepresidente del consejo de ministros de la Unión Soviética, visitara

Cuba, en febrero de 1960, para firmar un acuerdo económico con el gobierno de Castro, Washington decidió hacer cuanto pudiera por derrocar al líder cubano. El 17 de marzo de 1960 Eisenhower aprobó un plan de la CIA para preparar a emigrados cubanos con el fin de que invadiesen su patria y dirigieran una insurrección contra Castro.

Al cabo de pocos días, Castro se enteró de la decisión presidencial de derribarle gracias a los espías que tenía entre los cubanos exiliados en Estados Unidos. Castro reaccionó a esta amenaza adoptando una actitud cada vez más antinorteamericana y pro soviética. En junio de 1960, después de que las compañías petroleras norteamericanas y británicas se negasen a refinar el petróleo crudo soviético importado por el gobierno cubano, Castro nacionalizó sus refineries. El mes anterior, el gobierno de Castro había establecido relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, con la que también firmó un tratado de ayuda económica, además de varios tratados para la compra de armas con países de Europa del Este. En el verano de 1960 el bloque soviético ya era el principal respaldo económico y militar de Cuba.

La respuesta del gobierno de Eisenhower a las medidas de Castro consistió en incrementar la presión sobre la economía cubana. En julio de 1960, mientras Castro procedía a la confiscación de las inversiones norteamericanas que quedaban en Cuba, Eisenhower redujo en 700.000 toneladas el cupo de azúcar de Cuba correspondiente a aquel año. Al cabo de unos meses, excluyó por completo el azúcar cubano del mercado de Estados Unidos durante los tres primeros meses de 1961, medida que luego renovaría el gobierno de Kennedy. El 30 de septiembre Washington aconsejó a los ciudadanos estadounidenses que no viajasen a Cuba e instó a los que vivían allí a enviar a sus esposas y familiares a casa. En octubre, Eisenhower declaró un embargo sobre todas las exportaciones norteamericanas a Cuba (salvo las de medicinas y otro material para casos de emergencia). Los norteamericanos también minaron la zona que rodeaba su base naval en Guantánamo y declararon que nunca permitirían que Cuba se apoderara de ella.

Castro respondió a esta presión creciente nacionalizando las restantes empresas de propiedad norteamericana en Cuba y acercándose aún más a la Unión Soviética. El 26 de septiembre de 1960 pronunció un discurso muy antinorteamericano ante la Asamblea General de las Naciones Unidas que fue aplaudido con entusiasmo por Jruschov. A principios de enero de 1961, después de que Castro exigiera que el personal de la embajada de Estados Unidos en La Habana fuese reducido a once personas, el gobierno de Eisenhower cortó oficialmente las relaciones diplomáticas con Cuba. Poco antes de salir de la Casa Blanca, Eisenhower informó al presidente electo de los planes para la invasión de Cuba. Dejó a Kennedy la decisión de ponerlos en práctica.

EVALUACIÓN DE LA PRESIDENCIA DE EISENHOWER

Hay que reconocerle a Eisenhower el mérito de haber reanudado el diálogo con los dirigentes soviéticos después de que se viera interrumpido durante la presidencia de Truman. Pero sus intentos de mejorar las relaciones con la Unión Soviética no fueron muy afortunados, en parte porque la «alarma roja» que se extendió por Estados Unidos durante su primer mandato hizo que negociar con los soviéticos fuera casi imposible desde el punto de vista político. Además, Dulles y otros cargos de la estructura de seguridad nacional de Estados Unidos eran contrarios a seguir una política conciliatoria con la Unión Soviética. De todos modos, Eisenhower tampoco se fiaba de los soviéticos. La negativa a reducir la dependencia norteamericana de las armas nucleares y a detener los vuelos de espionaje de los U-2 sobre la Unión Soviética acabó condenando al fracaso la oportunidad de llegar a un acuerdo para la prohibición de las pruebas nucleares durante su presidencia.

La creciente rivalidad entre soviéticos y norteamericanos en el Tercer Mundo también impidió el deshielo de la guerra fría durante la presidencia de Eisenhower. Al enfrentarse a la perspectiva de una expansión comunista en el Tercer Mundo, tanto Dulles como el presidente confundieron el comunismo con movimientos anticoloniales auténticos. Estados Unidos formó a menudo alianzas con las dictaduras que ya existían en lugar de aliarse con los partidarios de la reforma. En comparación con la actitud moderada que adoptó al tratar con las principales potencias comunistas, es decir, China y la Unión Soviética, con frecuencia el presidente fue más belicoso que su secretario de Estado al hacer frente a insurrecciones en el Tercer Mundo. Más de una vez, por ejemplo en Indochina y en Líbano, fue Dulles la influencia moderadora que actuó sobre el presidente. Aunque las tropas de combate de Estados Unidos no lucharon mucho durante la presidencia de Eisenhower, las operaciones encubiertas de Estados Unidos en el Tercer Mundo fueron numerosas.

Los soviéticos también fueron responsables de la intensificación de la guerra fría durante la presidencia de Eisenhower. Con su ansia de atacar los intereses de Estados Unidos en todo el mundo, Nikita Jruschov contribuyó a que la guerra fría se propagase a Oriente Próximo, el este de Asia, América Latina e incluso África. El motivo de la agresividad de Jruschov no era sólo el deseo de aprovechar la oportunidad de ampliar la influencia soviética, sino también la necesidad soviética de frenar la creciente competencia de China por la dirección del movimiento comunista.

Jrushov se mostró dispuesto a entablar una carrera de armamentos nucleares con Estados Unidos principalmente porque se dio cuenta de que la Unión Soviética, a pesar del crecimiento continuo de su arsenal nuclear, aún

era vulnerable a un ataque nuclear por parte de los norteamericanos. Sin duda creía que la mejor defensa es un buen ataque y que una política atrevida disimularía la debilidad nuclear soviética al tiempo que ejercería presión sobre Occidente para resolver problemas como, por ejemplo, el de Berlín a satisfacción de Moscú. La agresividad de Jruschov también hizo que la reconciliación entre soviéticos y norteamericanos fuese imposible durante los años cincuenta.

Kennedy y Johnson: enfrentamiento y cooperación, 1961-1969

Al empezar la presidencia de John F. Kennedy, los soviéticos indicaron su disposición a mejorar las relaciones con Estados Unidos. Jruschov felicitó con efusión al nuevo presidente al tomar éste posesión de su cargo y puso en libertad a dos oficiales de las fuerzas aéreas norteamericanas cuyo avión de reconocimiento RB-47 había sido derribado cuando sobrevolaba territorio soviético en julio del año anterior. Kennedy respondió a estos gestos levantando las restricciones a la importación de carne de cangrejo soviética y proponiendo un incremento mutuo del número de consulados y de intercambios científicos y culturales.

Si bien Kennedy se inclinaba a mejorar las relaciones entre los dos países, su capacidad de tomar medidas para ello se veía restringida porque estaba decidido a aparecer duro con respecto al comunismo. Durante la campaña para las elecciones presidenciales dijo: «El enemigo es el sistema comunista en sí, implacable, insaciable, inquieto en su apetito de dominación mundial».¹ Quizá sea verdad, como han argüido los íntimos de Kennedy, que las declaraciones de esta clase no fuesen más que ejemplos de retórica electoral, pero lo cierto es que impidieron cultivar el apoyo de los ciudadanos a un deshielo de la guerra fría en los comienzos de su presidencia.

También la retórica pública de Jruschov hizo que la reconciliación fuese difícil, cuando no imposible, en los primeros tiempos de la presidencia de Kennedy. El 6 de enero de 1961 el dirigente soviético declaró que su país apoyaría las «guerras de liberación nacional» en el mundo subdesarrollado. Arthur Schlesinger, confidente de Kennedy e historiador, escribió que las palabras de Jruschov «alarmaron al presidente más de lo que le aliviaron las señales amistosas de Moscú».² Aunque Kennedy estaba dispuesto a negociar para poner

fin a la guerra fría, primero tendría que ocuparse del desafío sobre el Tercer Mundo que le lanzó Jruschov.

En opinión de otro historiador, Bruce Miroff, la reacción de Kennedy a las bravatas de Jruschov reveló un agudo complejo de inferioridad que el presidente manifestó por medio de una malsana necesidad de demostrar sus capacidades como líder. Debido a ello, en vez de hacer caso omiso de las amenazas de Jruschov o quitarles importancia, como solía hacer Eisenhower, Kennedy se las tomó como algo personal y las convirtió en pruebas de voluntad que le empujaron a fabricar crisis innecesarias. Miroff comenta que «en aquella época [la de Eisenhower] no hubo realmente nada comparable con la crisis de Berlín en 1961 y la crisis de los misiles cubanos en 1962», las dos ocasiones en que más cerca estuvieron las dos superpotencias de un conflicto nuclear durante la guerra fría.³

Por las razones que fuesen, ya fueran principalmente ideológicas, políticas o psicológicas —y todas fueron importantes—, al formular su respuesta inicial a la Unión Soviética, Kennedy optó por dar mayor importancia a los actos belicosos de Jruschov que a sus gestos amistosos. Sólo después de que Kennedy demostrara al dirigente soviético que no era blando con el comunismo avanzaría la diplomacia durante su presidencia.

LA INVASIÓN DE BAHÍA DE COCHINOS

Cuba fue el escenario del primer enfrentamiento de Kennedy con la Unión Soviética en el Tercer Mundo. Poco después de tomar posesión de su cargo, aprobó un plan que databa del mandato de Eisenhower y preveía la invasión de Cuba por 1.400 exiliados cubanos preparados por la CIA. La invasión, que empezó el 17 de abril de 1961, terminó en un tremendo fracaso después de que en el último momento Kennedy se negara a permitir la intervención militar directa de Estados Unidos en la operación. A causa de ello, las fuerzas de Castro aislaron rápidamente la cabeza de puente de los invasores y les obligaron a rendirse después de luchar durante sólo tres días. Los invasores supervivientes, unos 1.189, estuvieron en la cárcel hasta que en diciembre de 1962 Kennedy compró su liberación proporcionando a Cuba tractores y otras máquinas muy necesarias por valor de 53 millones de dólares.

La humillación sufrida en Cuba amargó a Kennedy. Igualmente doloroso para el nuevo presidente fue comprobar que, en vez de expulsar a los soviéticos de Cuba, la chapuza de la operación había contribuido a un mayor acercamiento de La Habana y Moscú. El 16 de abril Castro se declaró socialista, para tener la seguridad de que los soviéticos se comprometieran a defender a Cuba. Jruschov respondió prometiendo prestar a Cuba toda la ayuda necesaria. La reacción de Kennedy fue advertir a los soviéticos que «la moderación

de Estados Unidos no es inagotable».⁴ El 20 de abril autorizó a los consejeros norteamericanos en Laos, que hasta entonces vestían de paisano, a llevar uniforme militar. El 15 de mayo anunció que estaba considerando aumentar la ayuda militar a Vietnam del Sur. El 25 de mayo, por segunda vez desde que tomara posesión, pidió al Congreso un incremento complementario de los gastos de defensa.

Y Kennedy intensificó los esfuerzos por derrocar a Castro. Aprobó un programa de la CIA cuyo objetivo era debilitar la economía cubana (operación Mangosta). También es posible que conociera e incluso autorizase (aunque no hay pruebas concluyentes de ninguna de las dos cosas) varios intentos de asesinar a Castro que hizo la CIA, que a tal efecto se asoció con la Mafia. Además, el presidente adoptó los planes que iniciara Eisenhower para una intervención militar directa de Estados Unidos contra Cuba, invasión incluida. La historiadora Louise FitzSimons, refiriéndose a la operación de Bahía de Cochinos, dice que hay muchos indicios de que «John F. Kennedy, de forma consciente o inconsciente, pasó el resto de ... su vida tratando de recuperarse de aquel colosal error inicial y de compensarlo».⁵

LA ALIANZA PARA EL PROGRESO

Los actos contra Cuba no fueron las únicas medidas que tomó Kennedy para contener el comunismo en el hemisferio occidental. Poco más de un mes antes de la invasión de Bahía de Cochinos, el 13 de marzo de 1961, introdujo un programa llamado Alianza para el Progreso. Su objetivo era reducir la pobreza, el analfabetismo y las enfermedades en el hemisferio, para paliar de este modo las condiciones que fomentaban el crecimiento del comunismo. Para ayudar a financiar el programa, el presidente prometió que Estados Unidos proporcionaría a las naciones latinoamericanas (excepto Cuba) 10.000 millones de dólares durante un período de diez años.

El programa de la Alianza para el Progreso empezó oficialmente en agosto de 1961 y contenía medidas como la reforma agraria, la revisión fiscal, la aceleración de la construcción de viviendas en las ciudades y en el campo, la mejora de la salud y la higiene pública y la eliminación del analfabetismo. La Alianza para el Progreso también pedía planes de desarrollo nacionales que produjeran salarios razonables, precios estables, mayor integración de las economías latinoamericanas y una tasa de crecimiento per cápita del 2,5 por 100 anual. El gobierno preveía que la Alianza para el Progreso no sólo impediría la expansión del comunismo en América Latina, sino que, además, estimularía el crecimiento de la democracia en una región que todavía estaba dominada por dictaduras militares.

Si bien la Alianza para el Progreso mejoró un poco las condiciones socia-

les y económicas de América Latina, no alcanzó ninguno de sus objetivos. Durante el decenio de 1960 las tasas de crecimiento económico de América Latina alcanzaron una media de sólo el 1,5 por 100 anual, en vez del 2,5 por 100 que había previsto el gobierno norteamericano. La vivienda, la higiene pública y la asistencia médica mejoraron sólo marginalmente, si es que mejoraron, para la mayoría de los pobres de América Latina. Tampoco hubo una disminución apreciable del analfabetismo adulto durante el decenio. El número de latinoamericanos parados incluso aumentó de 18 millones a 25 millones, y la producción agrícola por persona descendió. Asimismo, la distribución de la riqueza siguió siendo terriblemente injusta, y la mayoría de los gobiernos de la región continuaron firmemente sometidos al control militar. De hecho, durante la presidencia de Kennedy los militares derrocaron a seis presidentes elegidos por el pueblo en Argentina, Perú, Guatemala, Ecuador, la República Dominicana y Honduras.

En opinión de un veterano funcionario del departamento de Estado, Thomas Mann, uno de los motivos del fracaso de la Alianza para el Progreso fue la «ilusión de omnipotencia» con que, a juicio de dicho funcionario, había trabajado el gobierno de Kennedy.⁶ Estados Unidos había reconstruido Europa; por tanto, no había ninguna razón para creer que era imposible reformar América Latina. Pero América Latina no era Europa. El rápido crecimiento demográfico en América Latina (que tenía una de las tasas de aumento más rápidas del mundo, el 3 por 100 anual) debilitaba la mayor parte de los progresos que hacía la Alianza en lo que se refería a reducir la pobreza y los problemas asociados con ella. Además, América Latina carecía de la pericia financiera y técnica, los partidos políticos institucionalizados y las tradiciones democráticas que caracterizaban a la mayoría de los países de la Europa occidental. Después de la devastación que causara la segunda guerra mundial, los gobiernos de la Europa occidental no tuvieron más remedio que aceptar el dinero y el liderazgo norteamericanos para reconstruir sus países. Pero las elites dirigentes de América Latina temían a la Alianza para el Progreso aún más de lo que temían al comunismo, porque creían que los programas de reforma que iniciaba Estados Unidos representaban una amenaza peor que el comunismo para su dominio del poder. Estados Unidos, sin embargo, también fue responsable en parte del fracaso de la Alianza para el Progreso. El gobierno de Kennedy estaba más que dispuesto a bloquear las reformas que amenazaban los intereses norteamericanos en la región. Por ejemplo, persuadió al presidente de Honduras de enmendar la ley agraria de la nación porque había permitido confiscar propiedades inmobiliarias que pertenecían a las compañías Standard Oil y United Fruit. Además, pese a que prefería los gobiernos democráticos, Washington aceptó pronto la necesidad de colaborar con regímenes militares, principalmente porque eran la barrera más fuerte que se alzaba ante las revoluciones de estilo castrista. Dicho de otro modo, los re-



América Central, 1962

quisitos para mantener la hegemonía económica y política de Estados Unidos en la región tuvieron precedencia sobre las reformas sociales, económicas y políticas que pedía la Alianza para el Progreso.

LA CUMBRE DE VIENA Y LAOS

Después del fiasco de Bahía de Cochinos, Kennedy accedió a entrevistarse con Jruschov, en Viena, los días 3 y 4 de junio de 1961. Según Arthur Schlesinger, Kennedy «pensaba proponer que se detuviera la guerra fría» y que ambas superpotencias se abstuvieran de hacer cosas que «amenazasen el equilibrio de fuerzas existente o pusieran en peligro la paz mundial».⁷ Lo que quería el presidente, según recordó Jruschov en sus memorias, era que «los países con sistemas capitalistas siguieran siendo capitalistas, y quería que estuviéramos de acuerdo y diéramos una garantía en este sentido».⁸ Mantener el *statu quo*, sin embargo, era algo absolutamente inadmisibles para el líder de un estado que predicaba el fin inevitable del capitalismo.

No obstante, en Viena tanto Kennedy como Jruschov acordaron apoyar el *statu quo* en una nación, Laos. Con ello rechazó Kennedy la recomendación de Eisenhower de que enviara tropas a dicho país para apoyar a la facción realista pro norteamericana y negarle una victoria al Pathet Lao. Si bien Kennedy envió 500 infantes de marina a la vecina Tailandia, se negó a verse envuelto militarmente en Laos. Sin duda influyeron en su decisión los jefes del estado ma-

yor conjunto, que calcularon que una «victoria» en Laos requeriría 60.000 soldados norteamericanos, número que el presidente consideraba excesivo y sabía que el Congreso no aceptaría. Además, la intervención norteamericana en el conflicto laosiano comportaba el riesgo de una intervención de los chinos. Jruschov, por su parte, no encontraba ninguna buena razón para que los soviéticos interviniesen en Laos. «¿Para qué arriesgarse a causa de Laos? —dijo al embajador norteamericano, Llewellyn Thompson—. Caerá en nuestras manos como una manzana madura.»⁹ Así pues, el dirigente soviético aceptó una propuesta inglesa de declarar un alto el fuego y celebrar en Ginebra negociaciones en las que participarían las facciones comunista, neutralista y derechista.

En la conferencia de Ginebra, que empezó en mayo de 1961 y duró hasta junio de 1962, los participantes acordaron que el Pathet Lao compartiera el poder en un gobierno de coalición encabezado por el primer ministro, el neutralista Suvana Fuma. El acuerdo pedía la neutralización de Laos y la retirada de todas las tropas extranjeras en el plazo de setenta y cinco días. Aunque las principales potencias prometieron respetar la neutralidad de Laos, a finales de 1962 ambos bandos ya estaban violando de manera encubierta el acuerdo. No obstante, el precario acuerdo de Ginebra se mantuvo durante toda la presidencia de Kennedy y permitió que éste se concentrara en problemas más apremiantes, uno de los cuales era Berlín.

LA CRISIS DE BERLÍN EN 1961

En Viena, Jruschov pidió el consentimiento de Kennedy a un tratado de paz con Alemania que de forma definitiva y oficial pusiera fin a la segunda guerra mundial, para obtener así el reconocimiento occidental de las fronteras existentes en la Europa del Este. El tratado de paz que Jruschov propuso en Viena era en esencia el mismo que Eisenhower había rechazado en 1958, principalmente porque hubiese puesto fin a la presencia militar occidental en Berlín y dado el control de las rutas de acceso a la ciudad al gobierno de la Alemania oriental. En Viena, Jruschov amenazó de nuevo con firmar un tratado de paz por separado con la Alemania oriental, antes de finales de 1961, si las potencias occidentales se negaban a cooperar. Kennedy reaccionó advirtiéndole a Jruschov que, si cumplía su amenaza, las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos experimentarían «un frío invierno».¹⁰ Jruschov respaldó con hechos su amenaza relativa a Berlín. El 8 de julio de 1961 suspendió la reducción de los efectivos del ejército soviético y ordenó un incremento de un tercio en los gastos militares. Para detener la fuga de alemanes orientales a Occidente (que en agosto se calculó en 1.000 personas diarias), Jruschov permitió que el gobierno de la Alemania oriental empezara a construir el muro de Berlín, de triste fama, el 13 de agosto de 1961.

Kennedy consideró que las medidas que acababa de tomar Jruschov no eran sólo una amenaza a la libertad del Berlín occidental, sino que también ponían a prueba el compromiso norteamericano con la defensa de todo el mundo libre. Sin embargo, a diferencia de Eisenhower, la primera respuesta de Kennedy fue de naturaleza militar en lugar de diplomática: 1.500 soldados norteamericanos en vehículos blindados bajaron por la *autobahn* hasta Berlín, a la vez que 150.000 reservistas del ejército eran llamados al servicio activo. Kennedy estaba dispuesto a ir más lejos si era necesario. Dijo a Schlesinger que creía «que había una probabilidad entre cinco de un choque nuclear».¹¹ Temiendo una guerra nuclear a causa de Berlín, muchos norteamericanos empezaron a construir refugios antinucleares en el jardín de su casa.

Por suerte, el enfrentamiento en Berlín se calmó después de que Kennedy se negara a derribar el muro, como algunos le aconsejaron que hiciera, y en su lugar aceptara las propuestas de Jruschov para encontrar una solución negociada de la crisis. Aunque las conversaciones sobre Berlín, que empezaron en septiembre, no fueron fructíferas, dieron a Jruschov la posibilidad de retirar el plazo que había fijado para la firma de un tratado de paz con Alemania, lo que permitió que la crisis se extinguiera.

Para cubrir su retirada en Berlín, así como para responder al incremento del arsenal nuclear norteamericano, el 30 de agosto de 1961 Jruschov anunció que la Unión Soviética iba a reanudar las pruebas de armas nucleares, con lo que rompió la moratoria que habían declarado las superpotencias treinta y cuatro meses antes. Durante los siguientes sesenta días, la Unión Soviética llevó a cabo más de cincuenta pruebas nucleares en la atmósfera, entre ellas una con una potencia de cincuenta y ocho megatones, el artefacto nuclear más potente que se había hecho estallar hasta entonces. El 5 de septiembre Kennedy respondió a la acción de Jruschov ordenando la reanudación de las pruebas nucleares norteamericanas. «¿Qué opción teníamos? —preguntó Kennedy a Adlai Stevenson, representante norteamericano en las Naciones Unidas—. No podíamos quedarnos sentados sin hacer nada en absoluto.» Tras el fiasco de Bahía de Cochinos y la construcción del muro de Berlín, Kennedy estaba seguro de que Jruschov «quiere dar la impresión de que nos tiene dominados ... de todos modos, la decisión está tomada. No digo que fuera la decisión acertada. ¿Quién diablos lo sabe?».¹²

UNA RESPUESTA FLEXIBLE

Mientras Kennedy cambiaba la postura norteamericana ante las pruebas de armas nucleares, sus consejeros preparaban una revisión importante de la doctrina estratégica de Estados Unidos. A finales del decenio de 1950 Kennedy pensaba igual que los que consideraban que la estrategia del gobierno de Ei-

senhower, que se basaba en las represalias masivas, era suicida. Predijo que la utilización de armas nucleares contra la Unión Soviética provocaría una devastadora represalia nuclear contra Estados Unidos. Si bien Kennedy seguía considerando que las armas nucleares eran el principal elemento de que disponía Estados Unidos para disuadir a los soviéticos de lanzar un ataque nuclear, no creía, como creyera Eisenhower, que pudieran utilizarse contra una agresión comunista por debajo del umbral nuclear. Temía que su utilización en un conflicto no nuclear no sólo causara la destrucción del territorio que Estados Unidos deseara defender, sino que, además, provocase un conflicto nuclear entre las dos superpotencias.

En vista de ello, Kennedy insistió en que Estados Unidos debía poseer la capacidad de hacer frente a la agresión comunista en todos los niveles sin provocar automáticamente un holocausto nuclear. Creía que para esto sería necesario dar mayor importancia a la diplomacia, la acción encubierta, las operaciones contra las guerrillas, y las fuerzas convencionales. La estrategia de la «respuesta flexible» que adoptó el gobierno de Kennedy permitiría a Estados Unidos, como dijo el general Maxwell Taylor, presidente de los jefes del estado mayor conjunto, responder «en cualquier parte, en cualquier momento, con armas y fuerzas apropiadas a la situación».¹³

Con el fin de que Estados Unidos tuviera fuerzas convencionales suficientes para hacer frente a una agresión no nuclear, el gobierno de Kennedy dobló el número de barcos de la armada e incrementó los efectivos del ejército de once a dieciséis divisiones. Además, el número de escuadrillas aéreas se amplió de las dieciséis que existían en 1961 a veintitrés a mediados de los años sesenta, al tiempo que la capacidad de transporte aéreo se aumentaba en un 75 por 100.

Para luchar contra las guerrillas comunistas, Kennedy aprobó la creación de una nueva fuerza antisubversiva cuyo nombre, los «boinas verdes», escogió él personalmente. En junio de 1963 unos 114.000 oficiales militares estadounidenses y 7.000 extranjeros habían recibido instrucción antisubversiva en la Escuela de Fuerzas Especiales del Ejército en Fort Bragg, Carolina del Norte. En enero de 1962 Kennedy también creó un grupo especial integrado por quince miembros y presidido por el general Taylor cuya misión sería coordinar las actividades antisubversivas de Estados Unidos en todo el mundo, pero especialmente en América Latina y el sudeste de Asia.

Sin embargo, pese a depender más de las fuerzas convencionales y antisubversivas, tanto el gobierno de Kennedy como el de su sucesor, Lyndon Johnson, aumentaron mucho el arsenal nuclear norteamericano. Al finalizar el decenio de 1960, Estados Unidos ya tenía 1.059 misiles balísticos intercontinentales (ICBM), 700 misiles balísticos lanzados desde submarinos (SLBM) y más de 500 bombarderos B-52, cuya autonomía de vuelo era muy grande.

Robert S. McNamara, el ministro de Defensa del gobierno de Kennedy, arguyó que el incremento del arsenal nuclear fue necesario para dar a Estados Unidos mayor flexibilidad de ataque. McNamara esperaba que limitar los ataques de represalia a las instalaciones militares soviéticas, en vez de lanzarlos contra ciudades (estrategia de contrafuerza), permitiría a Estados Unidos evitar el tipo de guerra nuclear total que la estrategia de represalia masiva hubiera hecho prácticamente inevitable. Asimismo, McNamara creía que el aumento del número de armas nucleares garantizaría que Estados Unidos tendría suficientes cabezas nucleares para responder eficazmente a un primer ataque soviético.

Este aumento del poderío militar estadounidense eliminó toda posibilidad de limitar la carrera de armamentos nucleares durante la presidencia de Kennedy. Asimismo, hizo que los militares soviéticos se dieran cuenta de que existía una disparidad en el número de misiles que era decididamente favorable a Estados Unidos y, por tanto, contribuyó a que presionaran a Jruschov con el objeto de que incrementase el arsenal nuclear soviético.

Los resultados del aumento de las fuerzas convencionales norteamericanas también fueron diversos. Aunque amplió la capacidad disuasoria de Estados Unidos, provocó un gran aumento del presupuesto militar, que a finales de 1963 ya ascendía a la cifra sin precedentes de 50.000 millones de dólares. Asimismo, una vez el gobierno contó con los medios necesarios para ello, se inclinó más a intervenir en Vietnam. Así pues, el aumento de las fuerzas antisubversivas de Estados Unidos contribuyó a la creciente intervención norteamericana en una guerra que dividiría al país como no lo había dividido ningún conflicto desde la guerra de Secesión.

LA CRISIS DE LOS MISILES DE CUBA

En parte para compensar la superioridad nuclear de Estados Unidos, pero principalmente para impedir otra invasión de Cuba respaldada por los norteamericanos, a comienzos de 1962 Jruschov decidió desplegar en dicha isla treinta y seis misiles balísticos de alcance medio (1.000 millas náuticas) y veinticuatro misiles balísticos de alcance intermedio (2.200 millas náuticas). Dado que Estados Unidos había desplegado misiles balísticos de alcance intermedio Jupiter (IRBM) en Turquía, vecina de la Unión Soviética, aparentemente con fines defensivos, el líder soviético no tuvo ningún reparo en tratar de hacer lo mismo en Cuba. En sus memorias recuerda que pensó que «ya iba siendo hora de que Estados Unidos se enterase de qué significaba tener su propio territorio y su propia gente amenazados».¹⁴

Asimismo, el despliegue de misiles soviéticos en Cuba compensaría la creciente amenaza que la rápida expansión del arsenal nuclear norteamericano

por parte de Kennedy y la estrategia de contrafuerza de McNamara representaban para el territorio soviético. No cabe duda de que la sensación de vulnerabilidad de la Unión Soviética se agravó cuando Roswell Gilpatric, subsecretario de Defensa, anunció (en octubre de 1961) que Estados Unidos sabía que el arsenal de misiles balísticos intercontinentales soviéticos era mucho menor de lo que se había previsto.

Es probable que Jruschov también buscara una forma espectacular de avanzar en el problema de Berlín y quizá calculaba que el despliegue de misiles en Cuba contribuiría mucho a neutralizar la superioridad nuclear de Estados Unidos, lo cual permitiría a los soviéticos incrementar la presión sobre la asediada ciudad. Además, según creen algunos analistas, el despliegue de misiles soviéticos en Cuba distraería la atención de los crecientes problemas internos de Jruschov, principalmente los mediocres resultados de la agricultura soviética, y consolidaría el liderazgo de la Unión Soviética en el movimiento comunista internacional, que se veía cada vez más disputado por los chinos.

Kennedy, sin embargo, se negó a permitir que Jruschov rectificara un equilibrio estratégico que era claramente favorable a Estados Unidos. Después de que el 14 de octubre un avión de reconocimiento U-2 divisara por primera vez los misiles soviéticos en Cuba, el presidente decidió obligar a Jruschov a quitarlos de allí. También es muy probable que la decisión de Kennedy se basara en algo más que consideraciones estratégicas. Quizá debido a la humillación que había sufrido en Cuba, o a las críticas de que había sido objeto por no poder o no querer hacer nada cuando los soviéticos construyeron el muro de Berlín, Kennedy se tomó la crisis de los misiles de Cuba como una prueba personal de su capacidad de liderazgo. Dijo a su hermano Robert que si no obligaba a los soviéticos a llevarse sus misiles sería *«impeached»*.^{15*}

Al igual que en la crisis de Berlín, al principio Kennedy rechazó una solución diplomática de la amenaza de los misiles de Cuba. El representante norteamericano en la ONU, Adlai Stevenson, sugirió que Estados Unidos se ofreciera a desmantelar los viejos misiles Jupiter que tenía en Turquía a cambio de la retirada de los misiles soviéticos de Cuba. Pero, Arthur Schlesinger recuerda que algunos de los consejeros de Kennedy «estaban profundamente convencidos de que pensar en negociaciones a aquellas alturas se interpretaría como el reconocimiento de la debilidad moral de nuestros argumentos y de la debilidad militar de nuestra postura».¹⁶

Al mismo tiempo, sin embargo, Kennedy se negó a aprobar el método opuesto: la acción militar directa contra las bases de misiles soviéticas en

* De *impeachment*: acusación que se formula contra un funcionario público por delitos cometidos en el ejercicio de su cargo. El término significa también la declaración de culpabilidad del mismo y su separación del cargo. (N. del T.)

Cuba. Kennedy hizo caso omiso de las objeciones de los jefes del estado mayor conjunto, que querían destruir los misiles soviéticos por medio de ataques aéreos, y se decidió por una «cuarentena» naval o bloqueo de Cuba, tras lo cual, en un discurso dirigido a la nación que pronunció el 22 de octubre, hizo un llamamiento a Jruschov para que «detuviera esta amenaza clandestina, temeraria y provocativa a la paz mundial».¹⁷

Kennedy respaldó sus palabras con medidas militares. Tropas estadounidenses en Florida empezaron a hacer preparativos para invadir Cuba. Más alarmante fue que ordenó a las fuerzas armadas que se preparasen para una posible guerra nuclear. El resultado fue que 156 misiles balísticos intercontinentales quedaron listos para ser disparados, a la vez que los bombarderos B-47 y B-52 del Mando Aéreo Estratégico eran puestos en estado de alerta.

Cuando Kennedy se dirigió al pueblo norteamericano el 22 de octubre ya habían llegado a Cuba cuarenta y dos misiles soviéticos. Al cabo de dos días, sólo nueve misiles estaban instalados y completamente montados. Jruschov creía que incluso estos misiles corrían peligro de destrucción inminente por la aviación norteamericana, y temía que el conflicto diera paso a una guerra nuclear total entre las superpotencias (una de ellas, la Unión Soviética, dada su inferioridad nuclear, no podía tener ninguna esperanza de ganar), así que el 28 de octubre se echó atrás y accedió a retirar los misiles soviéticos de Cuba. A cambio, Kennedy prometió públicamente que Estados Unidos no intentaría otra invasión de Cuba y —sin informar de ello al pueblo norteamericano, al Congreso ni a los aliados europeos— aseguró a Jruschov que, una vez terminada la crisis, retiraría los misiles Jupiter de Turquía. Así se hizo seis meses después. Las concesiones norteamericanas permitieron al dirigente soviético salvar cierta apariencia de prestigio personal.

Kennedy recibió alabanzas de toda la nación, incluso de sus críticos republicanos, por su forma magistral de llevar la crisis de los misiles de Cuba, que, según Schlesinger, fue una «combinación de dureza y comedimiento».¹⁸ Sin embargo, pocas personas hablaron de lo que hubiera podido pasar de haber fracasado el presidente. La historiadora Louise FitzSimons señala algo en lo que muchos prefirieron no pensar: «Con la euforia del triunfo y el alivio de ver que el peligro había pasado, Kennedy decidió obligar a Jruschov a una capitulación total... costara lo que costara».¹⁹ En los momentos culminantes de la crisis el propio Kennedy dijo que las probabilidades de un desastre eran «de una entre tres e incluso más» y lamentó la probabilidad de que los niños del mundo no llegaran a viejos.²⁰

Irónicamente, la mejora del prestigio a corto plazo que experimentó Kennedy a raíz de la crisis de los misiles de Cuba no hizo más que aumentar la inseguridad a largo plazo de su país. La humillación que Jruschov sufrió a manos de Kennedy durante la crisis de los misiles contribuyó a su caída del poder en octubre de 1964. Los nuevos dirigentes soviéticos, encabezados por Leonid

Breznev, estaban decididos a evitar que se repitiera la humillación que había sufrido Jruschov. A partir de comienzos de 1965, el Kremlin empezó un gran aumento del arsenal nuclear que permitiría a la Unión Soviética alcanzar la paridad aproximada con Estados Unidos antes de que finalizara el decenio.

Además, el triunfo de Kennedy en la crisis de los misiles de Cuba contribuyó a la formación de lo que el historiador William J. Medland ha llamado una «arrogancia del poder», es decir, la creencia de que Estados Unidos tenía dominados a los comunistas. Esta nueva actitud explica la creciente intervención norteamericana en Vietnam.²¹

EL TRATADO DE PROHIBICIÓN LIMITADA DE PRUEBAS NUCLEARES

La crisis de los misiles de Cuba también tuvo consecuencias beneficiosas. El hecho de haber estado muy cerca de una guerra nuclear contribuyó a crear un clima propicio a entablar negociaciones fructíferas sobre el control de armamentos que no había existido desde el fracaso de la conferencia en la cumbre celebrada en París en mayo de 1960. Intentando reducir las tensiones con Occidente, el 19 de diciembre de 1962 Jruschov envió una carta personal a Kennedy en la que le invitaba a intensificar los esfuerzos por firmar un tratado de prohibición de pruebas nucleares. Kennedy aceptó la invitación de Jruschov, ya que su inteligente actuación durante la crisis de los misiles de Cuba había borrado la humillación del fiasco de Bahía de Cochinos, y ahora, tras el reciente riesgo de una guerra nuclear entre las superpotencias, miraba las cosas con mayor serenidad.

Seis meses después, Kennedy pronunció el discurso más conciliador sobre la Unión Soviética de su carrera. El 10 de junio de 1963, durante una ceremonia de graduación en la American University, pidió a los norteamericanos que reexaminaran sus actitudes ante la Unión Soviética. «A fin de cuentas —dijo—, todos vivimos en este pequeño planeta ... Y todos somos mortales.»²² Kennedy pidió al pueblo norteamericano que apoyase su esfuerzo por firmar un acuerdo para la prohibición de las pruebas nucleares. Dijo que sería un primer paso hacia la preservación de la vida del planeta. Como señal de buena fe en el éxito final de las negociaciones, Kennedy anunció que Estados Unidos no llevaría a cabo pruebas nucleares en la atmósfera mientras la Unión Soviética mostrara un comedimiento parecido.

Muchos consideraron que el discurso de Kennedy en la American University fue el primer paso hacia lo que se llamaría «distensión». Pero, como comentó George F. Kennan, el padre de la doctrina de contención, «un discurso no es suficiente» para terminar la guerra fría.²³ Otro discurso que el presidente hubiera pronunciado el 22 de noviembre de 1963, de no haber sido

asesinado aquel día, reveló que Kennedy seguía siendo partidario decidido de la guerra fría. En el discurso se jactaba de que «la victoriosa defensa de la libertad» por parte de su gobierno en Berlín, Cuba, Laos y otras partes era atribuible «no a las palabras que utilizamos, sino a la fuerza que estábamos dispuestos a emplear», lo cual era una referencia al aumento del poderío nuclear y convencional por parte de su gobierno. El presidente hubiera dicho que Estados Unidos debía continuar desempeñando su papel de «vigilante en las murallas de la libertad mundial».²⁴

A pesar de la naturaleza limitada de la transformación filosófica de Kennedy después de la crisis de los misiles de Cuba, su discurso en la American University tuvo un efecto sumamente favorable en los dirigentes soviéticos. Jruschov dijo a Averell Harriman que era el mejor discurso pronunciado por un presidente norteamericano desde Franklin Roosevelt. El 20 de junio los soviéticos respondieron con la firma de un acuerdo sobre el «teléfono rojo», en virtud del cual se estableció un enlace directo por teletipo entre Moscú y Washington. El objetivo del acuerdo era reducir los riesgos de una guerra nuclear accidental además de mitigar las tensiones durante las crisis internacionales.

Con todo, las superpotencias no lograron firmar un tratado general para la prohibición de las pruebas nucleares. El principal obstáculo fue la imposibilidad de ponerse de acuerdo sobre el número de inspecciones *in situ* que se efectuarían anualmente. Jruschov dijo que estaba dispuesto a aceptar tres inspecciones *in situ* cada año, pero Kennedy creía que el Senado se negaría a ratificar un tratado general que previera menos de seis inspecciones.

En vista de que el problema de las inspecciones no tenía solución, ambas partes abandonaron el objetivo de un tratado general. En su lugar, aceptaron un acuerdo limitado que prohibía efectuar pruebas nucleares en la atmósfera, en el espacio exterior y bajo la superficie de los mares. Kennedy prometió a los jefes del estado mayor conjunto que llevaría a cabo un intenso programa de pruebas subterráneas, y el 24 de septiembre de 1963 el Senado aprobó el Tratado de Prohibición Limitada de Pruebas Nucleares, por 80 votos a favor y 14 en contra. Tras ser ratificado por Gran Bretaña y por la Unión Soviética, entró en vigor el 11 de octubre de 1963.

Con la ratificación del tratado las superpotencias, así como Gran Bretaña, se abstuvieron de llevar a cabo pruebas de armas nucleares en la atmósfera, y el problema de la lluvia radiactiva disminuyó mucho. Sin embargo, el tratado en modo alguno puso fin a la carrera de armamentos nucleares. Sencillamente la enterró, en sentido literal. Entre 1945 y 1980 el total de explosiones nucleares anunciadas que llevó a cabo Estados Unidos fue de 638. Más de la mitad de ellas tuvieron lugar después de la firma del Tratado de Prohibición Limitada de Pruebas Nucleares.

No obstante, al lograr un acuerdo, siquiera limitado sobre las armas nucleares, Kennedy contribuyó a institucionalizar los aspectos cooperativos de la

relación entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Un analista escribió que de esta manera Kennedy «preparó el camino para la futura integración de las consideraciones sobre el control de armas en la política de defensa», cosa que Eisenhower no pudo o no quiso hacer.²⁵ De hecho, si los presidentes posteriores aceptaron la necesidad de controlar las armas estratégicas, en gran parte fue debido al trabajo preparatorio que hizo Kennedy durante su corta presidencia.

LA RUPTURA CHINOSOVIEÉTICA

Los soviéticos deseaban mejorar las relaciones con Estados Unidos a finales de la presidencia de Kennedy porque querían reducir los riesgos de una guerra nuclear entre las superpotencias. También querían tener las manos libres para tratar con China, que se mostraba cada vez más hostil. Aunque, tras la revolución de Hungría, los soviéticos y los chinos habían puesto remedio a las tensiones que la campaña de desestalinización de Jruschov y su promulgación de la coexistencia pacífica habían creado entre ellos, sus relaciones volvieron a empeorar a finales de los años cincuenta.

Los chinos estaban disgustados por el deslucido apoyo que habían recibido de los soviéticos durante la segunda crisis del estrecho de Taiwan en 1958, así como porque la Unión Soviética tomó partido por la India durante el conflicto fronterizo entre ésta y China que estalló el año siguiente. Pero los chinos se enfadaron aún más por la interrupción de la ayuda nuclear soviética en 1959, que convenció a Beijing de que Moscú no era digno de confianza. Esta ofensa se vio agravada por la mejora gradual de las relaciones entre los soviéticos y los norteamericanos que tuvo lugar después de la crisis de los misiles de Cuba. Los chinos se quejaron de que al firmar el Tratado de Prohibición Limitada de Pruebas Nucleares, los dirigentes de la Unión Soviética habían permitido que «los imperialistas consolidasen su monopolio nuclear y ataran las manos de todos los países amantes de la paz sometidos a la amenaza nuclear».²⁶

Los soviéticos, y Jruschov en particular, se horrorizaban ante la insistencia de Mao Zedong en que la Unión Soviética tenía que arriesgarse a provocar una guerra nuclear con Estados Unidos por la causa comunista. Ésta fue la razón principal que indujo a los soviéticos a interrumpir su programa de ayuda nuclear a China en 1959. Jruschov dijo: «Algunas personas [esto es, Mao Zedong] dicen que es posible edificar una sociedad nueva sobre los cadáveres y las ruinas del mundo. ¿Saben estos hombres que si se hicieran estallar todas las cabezas nucleares, el mundo quedaría en tal estado que los supervivientes envidiarían a los muertos?».²⁷

Jruschov sacó a la luz la ruptura entre soviéticos y chinos en el XXII congreso del partido comunista soviético que se celebró en Moscú del 17 al 31 de

octubre de 1961. En un largo discurso ante el congreso, Jruschov denunció a Albania y su líder, Enver Hodja, que se negaba a aceptar la desestalinización, pero todo el mundo sabía que el blanco principal del ataque era Mao Zedong. El jefe del gobierno chino, Zhu Enlai, que asistía al congreso, defendió a Albania e hizo mucho hincapié en que era necesario preservar la unidad del sistema comunista. Luego insultó a Jruschov poniendo una corona en la tumba de Stalin, cuyo cadáver había sido sacado del mausoleo de Lenin y enterrado cerca de la muralla del Kremlin por orden de Jruschov. Más tarde, en septiembre de 1963, los chinos no sólo condenaron «los errores» del XXII congreso, sino que también acusaron a los soviéticos de apoyar a «los elementos antipartido que había en el partido comunista chino», esto es, los que querían modernizar China de una manera más pragmática que la que prefería Mao Zedong.²⁸

KENNEDY Y CHINA

Mientras los soviéticos y los chinos iban acercándose a una franca ruptura, el gobierno de Kennedy reflexionó sobre un acercamiento a China. Según Arthur Schlesinger, Kennedy consideraba que el estado de las relaciones chino-norteamericanas era «irracional» y «no excluía la posibilidad de hacer algo por cambiarlas durante su presidencia».²⁹ Como primer paso en esa dirección, en los comienzos de su mandato el presidente pensó en suavizar el embargo impuesto al comercio con China.

Los chinos parecían dispuestos a mejorar las relaciones con Estados Unidos. En los comienzos del gobierno de Kennedy, Wang Kou-chuan, embajador de China en Polonia y representante de China en las conversaciones de Varsovia (que desde 1958 seguían siendo el único contacto diplomático oficial entre los gobiernos norteamericano y chino), hizo saber al embajador estadounidense en Polonia, Jacob Beam, que el gobierno chino esperaba «con mucha expectación» algunas iniciativas nuevas del gobierno de Kennedy.³⁰ Wang también dijo a Beam que si Estados Unidos accedía a cortar sus lazos con Taiwan, Beijing resolvería de forma pacífica su disputa con Jiang Jieshi.

Sin embargo, ni Kennedy ni el Congreso pensaban abandonar a Taiwan para mejorar las relaciones con Beijing. En julio de 1961 tanto el Senado como la Cámara de Representantes aprobaron por unanimidad resoluciones contrarias al reconocimiento diplomático de la China comunista por parte de Estados Unidos y a su admisión en las Naciones Unidas. A causa de ello, el gobierno norteamericano desechó la idea de suavizar el embargo comercial y no respondió a las propuestas chinas. En octubre de 1961 también rechazó una propuesta de Chen Yi, el ministro de Asuntos Exteriores chino, para celebrar conversaciones con su colega norteamericano. Kennedy también apoyó a la India en su disputa fronteriza con los chinos suministrándole armas y aviones

de transporte. Asimismo, Kennedy presionó vigorosamente para que se firmase el Tratado de Prohibición Limitada de Pruebas Nucleares, con la débil esperanza de que persuadiese a los chinos a abandonar su programa nuclear.

Kennedy incluso trató de conseguir que Jruschov apoyase una serie de medidas conjuntas contra China, incluido un ataque militar contra las instalaciones nucleares chinas en Sinkiang. Si bien es seguro que una China dotada de armas nucleares preocupaba a Jruschov tanto como al presidente, el líder soviético no se sintió con ánimos para unirse a la principal nación capitalista del mundo en un ataque militar contra otro país comunista, especialmente un país tan importante como China en el movimiento marxista. La nula disposición de Jruschov a cooperar con Estados Unidos contra China contribuyó a disuadir a Kennedy de tomar medidas unilaterales, y el resultado fue que no se hizo nada para impedir que China hiciese estallar su primer artefacto nuclear el 16 de octubre de 1964.

KENNEDY Y VIETNAM

Durante la presidencia de Kennedy, el papel de Estados Unidos en el conflicto de Vietnam también se intensificó. Es irónico que en sus tiempos de diputado, a comienzos del decenio de 1950, Kennedy se opusiera a la intervención norteamericana en Vietnam. En abril de 1954, cuando el presidente Eisenhower pensaba en una intervención militar de Estados Unidos para salvar a la guarnición francesa de Dien Bien Phu, Kennedy, que a la sazón era senador, dijo: «Echar dinero, material y hombres en las junglas de Indochina sin, como mínimo, una remota perspectiva de victoria sería peligrosamente fútil y autodestructivo».³¹ Sin embargo, al entrar en la Casa Blanca, Kennedy abrazó de forma inequívoca la teoría de Eisenhower sobre el efecto dominó. Ahora creía que una victoria comunista en Vietnam no sólo aumentaría la influencia de China en el sudeste de Asia, sino que también demostraría la eficacia de la estrategia de Mao basada en la guerra de guerrillas, que el nuevo presidente había estudiado atentamente.

Kennedy consideraba que el programa antisubversivo que adoptó su gobierno era la mejor forma de impedir que los comunistas conquistasen Vietnam del Sur. Al morir el presidente en noviembre de 1963, el número de consejeros militares estadounidenses en Vietnam del Sur había aumentado de aproximadamente 700 a 16.700. Kennedy también permitió que dichos consejeros participasen en los combates y accedió a ayudar a las fuerzas sudvietnamitas en sus incursiones encubiertas contra Vietnam del Norte. Finalmente, aprobó un golpe patrocinado por la CIA que los generales sudvietnamitas dieron contra el presidente Diem y cuyo resultado no fue sólo el derrocamiento de éste, sino también su asesinato cuando sólo faltaba un mes para que

también Kennedy fuera asesinado. A causa de la política de Kennedy, su sucesor, Lyndon Johnson, heredaría un compromiso con Vietnam del Sur mucho más profundo que el que Eisenhower había legado a Kennedy en 1961.

¿Qué factores explican la transformación de la actitud de Kennedy ante Vietnam? Tal vez el más importante fue el temor de que sin una mayor intervención militar de Estados Unidos, Vietnam del Sur cayese durante su permanencia en la Casa Blanca. Pese a la considerable ayuda económica y militar que Estados Unidos prestó a Vietnam del Sur durante el gobierno de Eisenhower, en 1961 el Vietcong ya dominaba alrededor del 80 por 100 de los poblados del país. Lo había conseguido autorizando a los campesinos a confiscar y redistribuir la tierra que pertenecía a sus patronos. Al parecer, Kennedy pensaba que no podía permitir una victoria comunista en Vietnam, en particular después de que los republicanos empezaran a acusarle de que su forma equivocada de llevar la invasión de Bahía de Cochinos, su aquiescencia en la construcción del muro de Berlín y su aceptación de un Laos neutralizado demostraban que era blando con el comunismo.

Además, a diferencia de Laos, país sin salida al mar, Vietnam del Sur estaba mucho más al alcance de la marina y la aviación norteamericanas y, por ende, era un lugar más apropiado para el despliegue de las nuevas fuerzas antisubversivas del presidente. Kennedy consiguió persuadir al pueblo norteamericano, al Congreso y a los medios de difusión de que los boinas verdes tenían «lo que hay que tener» para el conflicto de Vietnam.

Según *The Pentagon Papers* (historia de la intervención norteamericana en la guerra de Vietnam que preparó el departamento de Defensa y fue filtrada al *New York Times*, que la publicó en 1971), Kennedy también estaba dispuesto a enviar fuerzas terrestres de combate a Vietnam. Pero Diem rechazó el ofrecimiento del presidente porque temía que una mayor presencia militar estadounidense en su país le privaría de la poca independencia que le quedaba. Diem no juzgó necesario pedir el envío de fuerzas de combate norteamericanas hasta octubre de 1961, después de que la situación militar en Vietnam del Sur empeorase sensiblemente.³²

Para entonces, sin embargo, Kennedy había cambiado de idea sobre la conveniencia de comprometer fuerzas de combate estadounidenses. La crisis de Berlín le había persuadido de que Estados Unidos no tenía suficientes fuerzas de tierra para defender la Europa occidental, y no digamos Vietnam del Sur. A causa de ello, decidió que el grueso de la lucha en tierra debía correr a cargo de los propios sudvietnamitas, con el apoyo de los boinas verdes siempre que ello fuera posible.

Algunos observadores arguyen que si Kennedy no hubiera sido asesinado, habría retirado incluso los boinas verdes de Vietnam durante su segunda presidencia. En este sentido, su amigo el periodista Charles Bartlett afirmó que el presidente le había dicho: «No tenemos ni la más mínima posibilidad de

quedarnos en Vietnam ... Pero no puedo ceder un territorio como éste a los comunistas y luego conseguir que el pueblo norteamericano me reelija».³³ A comienzos de octubre de 1963, para señalar su disgusto con el presidente sudvietnamita, Diem, cuya popularidad disminuía rápidamente a causa de su negativa a llevar a cabo reformas significativas, Kennedy anunció públicamente que 1.000 consejeros norteamericanos serían retirados antes de fin de año. También dijo que a finales de 1965 ya no quedaría en el país ningún consejero norteamericano. Sin embargo, Kennedy señaló que el cumplimiento de la promesa de retirar a los consejeros dependía de que los sudvietnamitas fueran capaces de luchar sin ayuda contra los comunistas.

Otros arguyen que Kennedy no tenía intención de retirarse de Vietnam, aunque le hubieran reelegido. «Sostuve centenares de conversaciones sobre Vietnam con John F. Kennedy —dijo Dean Rusk, el secretario de Estado— y ni una sola vez dijo algo por el estilo.»³⁴ Además, como condición para que el ejército sudvietnamita participase en el golpe que derrocó a Diem, Kennedy se había comprometido a ayudar al nuevo régimen militar. Le hubiera resultado difícilísimo romper este compromiso sin perjudicar el prestigio que acababa de ganar con motivo de la crisis de los misiles de Cuba.

Si bien, por supuesto, es imposible afirmar con certeza lo que Kennedy hubiera hecho en un segundo mandato, nada de lo que hizo durante su corta presidencia impidió que su sucesor, Lyndon Johnson, aumentara la intervención en Vietnam. De hecho, en todo caso el programa antisubversivo de Kennedy, su estrategia basada en la respuesta flexible y su aumento del poderío militar dieron a Johnson los medios necesarios para hacer la guerra a escala mucho mayor en Vietnam del Sur.

KENNEDY Y ÁFRICA

Durante la campaña presidencial de 1960, Kennedy criticó al gobierno de Eisenhower por negarse a apoyar al creciente movimiento anticolonial en África y por su hostilidad al neutralismo africano. El ministro de Asuntos Exteriores de Malí, Jean-Marie Kone, dijo a Kennedy que «los norteamericanos tienden a ver comunistas en todas partes» y juzgaban a las naciones africanas basándose exclusivamente en su compromiso con el anticomunismo.³⁵

A pesar de que durante la campaña Kennedy prometió que evitaría que la guerra fría se extendiera a África, fomentaría el nacionalismo africano y toleraría el «auténtico» neutralismo africano, la sustancia de la política africana de Estados Unidos cambió poco durante su presidencia. Como en Vietnam, el deseo de contener la propagación del comunismo tuvo precedencia sobre la supuesta sensibilidad de Kennedy al nacionalismo y el neutralismo africanos. No obstante, si bien Kennedy pensaba luchar contra el comunismo en Áfri-

ca, no quería convertir el continente africano en un importante teatro de la guerra fría. Opinaba que Occidente podía ganar la «lucha» por África sencillamente negándole una victoria a Jruschov. Dijo que la meta no tenía que ser «ganar los estados africanos para el capitalismo o la alianza militar», sino simplemente «impedir que el bloque comunista dominara el continente».³⁶

Por suerte para Kennedy, Jruschov tampoco estaba dispuesto a hacer de África un teatro importante de la guerra fría. En el decenio de 1960 los soviéticos ya tenían un poco de influencia en Malí, así como en Ghana y Guinea, y habían tratado de sacar partido del caos que reinaba en el Congo después de independizarse de Bélgica. Sin embargo, la Unión Soviética no dio a África mucha prioridad en su política exterior hasta mediados del decenio de 1960, momento en que los chinos empezaron a competir con ellos por la lealtad de los estados africanos.

Aun cuando la influencia soviética en África era limitada, el gobierno de Kennedy trató de cortejar a «neutralistas» pro soviéticos como Kwame Nkrumah, el presidente de Ghana. Kennedy dio el visto bueno a la concesión de un empréstito de 40 millones de dólares para financiar la construcción de una central hidroeléctrica y una fábrica de aluminio a orillas del río Volta, en Ghana, y no cambió de parecer después de que Nkrumah visitara varias capitales comunistas, entre ellas Beijing, lo cual puso en entredicho su supuesta neutralidad en la guerra fría. Sin embargo, Kennedy accedió a facilitar los fondos sólo después de que Nkrumah prometiese defender las libertades políticas y la empresa privada en su país y no expropiar nunca las inversiones norteamericanas. Nkrumah correspondió al apoyo de Kennedy al proyecto del embalse del Volta negándose a permitir que los aviones soviéticos repostaran combustible en Ghana durante la crisis de los misiles de Cuba.

A los nacionalistas africanos como Nkrumah les exasperaba que Estados Unidos, durante la presidencia de Kennedy, continuase respetando las decisiones de sus aliados europeos en los asuntos coloniales de África. Desde luego, Kennedy aceptó la necesidad de que Estados Unidos interviniera en el Congo para atajar el crecimiento de la influencia soviética en la región. Sin embargo, aunque se presentaba como amigo del nacionalismo africano, se negó a emplear el poderío norteamericano para impedir que Moïse Tshombé, al que apoyaba Bélgica, tratara de fundar un estado independiente en la provincia congoleña de Katanga. Los recuerdos de la Bahía de Cochinos, así como la prevista oposición de Gran Bretaña y Francia, los aliados de Bélgica, contribuyeron a que Kennedy decidiera animar a las Naciones Unidas a tomar la iniciativa y someter a la provincia sublevada. Con la ayuda de aviones y pertrechos norteamericanos, las fuerzas de la ONU lograron aplastar el movimiento independentista de Katanga en diciembre de 1962.

Kennedy también presionó a Portugal para que aceptase la independencia de Angola, colonia portuguesa en el oeste de África. En marzo de 1961 Es-

tados Unidos apoyó una resolución de la ONU que pedía la autodeterminación para Angola. También restringió el envío de armas norteamericanas a Portugal después de determinar que los portugueses utilizaban napalm y otras armas de fabricación estadounidense contra los rebeldes angoleños. Pero Kennedy se negó a romper con Portugal a causa de Angola, no sólo porque era un aliado en la OTAN, sino también porque no deseaba poner en peligro el arriendo de bases militares norteamericanas en las islas Azores, que pertenecían a Portugal. Pese a la queja del embajador de Kennedy en la India, John Kenneth Galbraith, en el sentido de que «estamos entregando nuestra política africana a cambio de unas cuantas hectáreas de asfalto en el Atlántico», Estados Unidos se abstuvo cuando la ONU presentó dos resoluciones que afectaban a Portugal.³⁷ Como era de esperar, los portugueses devolvieron el favor renovando el arriendo de las bases de las Azores. Holden Roberto, líder independentista angoleño, acusó a Kennedy de abandonar a los nacionalistas angoleños cuando más le necesitaban.

El gobierno de Kennedy también hizo poco por poner fin al dominio de los blancos en Sudáfrica. Estados Unidos participó en una protesta simbólica contra la política del *apartheid* (segregación) de Sudáfrica, pero se negó a apoyar las sanciones económicas que andando el tiempo (en el decenio de 1990) contribuirían a la desaparición del *apartheid* y la creación de un gobierno de la mayoría negra. El motivo de la política de no intervención que Kennedy siguió con respecto a Sudáfrica no fue sólo el deseo de asegurarse de que Estados Unidos siguiera siendo el principal socio comercial de aquel país, sino también el hecho de que Estados Unidos dependiera de valiosos minerales sudafricanos, incluidos los diamantes, el oro y el manganés. Además, el secretario de Estado, Rusk, había convencido al presidente de que «una presión excesiva» sobre Sudáfrica podía provocar una guerra racial y la posible «infiltración comunista» en aquel país.³⁸

Al parecer, sólo la presión de los líderes de los derechos civiles estadounidenses y los nacionalistas africanos empujaron a Kennedy a imponer un embargo unilateral de armamentos a Sudáfrica, que entró en vigor el 1 de enero de 1964. Pero el embargo perdió fuerza porque se permitió que los sudafricanos continuasen comprando piezas de recambio militares a Estados Unidos. Debido a ello, el gesto de Kennedy, que fue principalmente simbólico, no surtió ningún efecto en la política racial de Sudáfrica.

Al final, la política de Kennedy con respecto a Angola y Sudáfrica demostró la amplia disparidad que existía entre sus palabras y su actuación en el África subsahariana. Aunque se daba cuenta de que la descolonización de África requería una diplomacia norteamericana nueva y más sensible al nacionalismo y el neutralismo africanos, no quería poner en peligro la relación preeminente de Estados Unidos con sus aliados europeos, uno de los cuales (Portugal) aún tenía colonias en África. Sin duda Kennedy se consoló pen-

sando que no «perdió» África en beneficio del comunismo durante su breve paso por la presidencia. Esto, obviamente, era más importante para él que el nacionalismo o el neutralismo africano.

EL PEACE CORPS

Aunque el motivo principal de las incursiones de Kennedy en el Tercer Mundo fue su impulso anticomunista, también había en ellas un aspecto humanitario. En 1961 Kennedy puso en marcha un nuevo programa, el Peace Corps, al enviar 500 norteamericanos jóvenes a enseñar en las escuelas y trabajar en los campos de ocho países en vías de desarrollo. En 1963 había ya 7.000 voluntarios del Peace Corps trabajando en cuarenta y cuatro países. Tres años después, en el momento culminante del programa, más de 15.000 voluntarios estarían trabajando en el extranjero.

El Peace Corps fue uno de los legados más significativos de Kennedy. A mediados del decenio de 1980 más de 100.000 norteamericanos habían servido en el exterior encuadrados en el Peace Corps. Aunque la imagen de éste se vería empañada, de forma injustificable, por las acciones militares, tanto encubiertas como manifiestas, de Estados Unidos en otras partes del Tercer Mundo, la labor de sus voluntarios también sería reconocida. «¿Qué diferente hubiera sido el mundo —señala el historiador Richard Walton— si el John Kennedy que envió voluntarios jóvenes e idealistas a los poblados de África, Asia y América Latina hubiese prevalecido sobre el John Kennedy que envió soldados jóvenes a las junglas de Vietnam del Sur.»³⁹

LA DOCTRINA JOHNSON

Como político en Texas y en el Congreso de Estados Unidos, tanto en calidad de diputado como de senador, Lyndon Baines Johnson había adquirido reputación de trapichero, de hombre que lograba que se hiciera lo que tuviera que hacerse. Y lo mismo fue en la Casa Blanca. En lo que se refiere a la aprobación de leyes interiores, ningún presidente ha igualado a Johnson, con la excepción de Franklin D. Roosevelt. Pero si bien Johnson era un maestro de la política interior, poco sabía del mundo fuera de Estados Unidos. «Los extranjeros —comentó una vez, sólo medio en broma— no son como la gente a la que estoy acostumbrado.» Aunque su conocimiento de los asuntos exteriores era sumamente superficial, Johnson estaba tan decidido como su predecesor asesinado a contener el comunismo mundial.⁴⁰

Estaba especialmente decidido a contenerlo en América Latina, que para él era el «patio de atrás» de Estados Unidos. La política latinoamericana de

Johnson, al igual que la de Kennedy, estuvo dominada por el miedo a la expansión del comunismo. Como se consideraba que Cuba era el origen del contagio, el gobierno de Johnson se esforzó por intensificar el aislamiento de dicho país en el hemisferio, y lo consiguió en gran parte. A mediados de 1964, después de que un comité investigador de la Organización de Estados Americanos (OEA) determinara que Cuba había enviado armas a terroristas venezolanos, los ministros de Asuntos Exteriores del hemisferio decidieron, por 15 votos a favor y 4 en contra, cortar todos los lazos diplomáticos y suspender el comercio y el transporte marítimo con la isla. Al finalizar el año, todos los miembros de la OEA menos México habían acatado la decisión.

El miedo al comunismo fue también un factor principal en la política que siguió Johnson para con Panamá, donde la agitación nacionalista provocó disturbios antinorteamericanos en enero de 1964. El problema empezó cuando estudiantes de enseñanza secundaria de la Zona del Canal, que era controlada por los norteamericanos, izaron la bandera panameña, lo cual contravenía una ley de dicha zona. Hubo cuatro días de disturbios durante los cuales murieron cuatro soldados norteamericanos y veinticuatro ciudadanos panameños. En sus memorias Johnson recordó que la violencia no nació de la frustración de los nacionalistas panameños, que querían que se abrogara un tratado de 1903 que concedía a Estados Unidos la soberanía perpetua sobre la Zona del Canal, sino que fue fomentada por «Castro, colaborando estrechamente con el partido comunista panameño, [que] había estado enviando armas de fuego, dinero y agentes a Panamá».⁴¹ Al decir esto, Johnson soslayó un informe de la CIA que sacaba la conclusión de que había sólo «unos 100 aspirantes a revolucionarios panameños, preparados por Cuba»,⁴² lo cual decía implícitamente que los cubanos no participaron en la agitación.

Si bien la policía de la Zona del Canal logró restaurar el orden, el problema de la soberanía sobre el Canal siguió existiendo. En un intento de resolverlo, en diciembre de 1964 Johnson, siguiendo los consejos de una comisión de examen presidencial, ordenó al departamento de Estado que negociase un nuevo acuerdo que sustituyera el tratado de 1903. En junio de 1967 los negociadores norteamericanos y panameños lograron producir tres acuerdos nuevos. Uno de ellos daba las líneas generales para un nuevo Canal a nivel del mar. Otro preveía la defensa y la neutralidad del Canal que ya existía. El tercero reconocía de forma explícita la soberanía panameña sobre la Zona del Canal y su integración en Panamá. A cambio de estas concesiones, los negociadores panameños acordaron que el Canal seguiría funcionando bajo una comisión integrada por cinco norteamericanos y cuatro panameños. Además, los panameños accedieron a permitir que Estados Unidos retuviera sus bases militares en la Zona del Canal hasta 2024 y posiblemente más tiempo si se renovaban los contratos de arrendamiento.

La Asamblea Nacional de Panamá, sin embargo, consideró que estas con-

cesiones a Estados Unidos eran inadmisibles y exigió que se modificaran. Johnson se negó a hacer más concesiones. Es posible que influyera en su resistencia un comentario del comandante militar estadounidense en la zona, el general Robert W. Porter, que arguyó que se necesitaban más, y no menos, bases norteamericanas en este «período tan crítico de la lucha contra el comunismo en América Latina».⁴³ Debido a ello, hasta 1978 no acordaron Estados Unidos y Panamá firmar un tratado que devolvía a Panamá la soberanía sobre la Zona del Canal.

Los disturbios de Panamá, unidos a lo poco que se avanzaba en la resolución de los problemas de América Latina, contribuyeron a que en Estados Unidos creciera el cinismo con que se veía la Alianza para el Progreso. No sólo eran las tasas de crecimiento económico de los latinoamericanos inferiores a las que había proyectado la Alianza, sino que, además, el derrocamiento de siete gobiernos constitucionales entre 1961 y enero de 1964 indicó que la democracia no arraigaba en América Latina. En vista de ello, durante los dos años siguientes Johnson y el Congreso recortaron en casi un 40 por 100 los fondos destinados a la Alianza.

En marzo de 1964 Thomas C. Mann, a quien Johnson había nombrado subsecretario de Estado para asuntos interamericanos, comunicó a los embajadores estadounidenses en América Latina que, en vez de promover la reforma social, el gobierno de Johnson daría prioridad a la protección de las inversiones privadas norteamericanas, que ascendían a casi 10.000 millones de dólares. La falta de gobiernos democráticos fuertes en la región obligó al gobierno de Johnson a confiar en las elites militares indígenas para proteger estos intereses. Así pues, mientras disminuía la financiación de la Alianza para el Progreso, la ayuda militar de Estados Unidos a los gobiernos latinoamericanos aumentó durante la presidencia de Johnson.

El gobierno de Johnson albergaba la esperanza de que el apoyo que daba a los militares latinoamericanos evitara la necesidad de intervenir de forma manifiesta en los asuntos internos de la región. Esta perspectiva se rompió en abril de 1965 cuando Johnson envió 22.000 soldados norteamericanos a la República Dominicana con el pretexto de impedir que rebeldes pro Castro derrocasen al gobierno de dicho país.

Generalmente, los historiadores han considerado que la responsabilidad de la guerra civil que estalló en la República Dominicana aquella primavera fue de la junta militar que gobernaba el país, en particular la decisión de la junta de aplazar las elecciones que se habían programado el año anterior. La junta, que había subido al poder en 1963 al derrocar al gobierno elegido de Juan Bosch, temía que las elecciones devolviesen el poder a Bosch. A su vez, estalló la violencia cuando elementos pro Bosch del ejército dominicano se rebelaron contra la junta.

Johnson se jactaba de que su decisión de intervenir en la República Do-

minicana impidió que los comunistas se apoderaran del país. Si bien esta afirmación es discutible, lo que es menos controvertible es que su decisión de enviar tropas a la República Dominicana —sin el consentimiento de la OEA ni del Congreso norteamericano, y no digamos del gobierno dominicano— fue una flagrante violación de la «política de buen vecino» que existía desde hacía tres decenios y consistía en evitar la intervención militar de Estados Unidos en América Latina.

La medida de Johnson hizo renacer los temores latinoamericanos de la «política del garrote» que Theodore Roosevelt fue el primero en seguir. Provocó manifestaciones antinorteamericanas en todo el hemisferio. A causa de ello, Johnson se sintió obligado a buscar una forma de salir de la crisis y salvar su prestigio y recurrió a la OEA. Por suerte para el presidente, la OEA respondió creando una fuerza militar multinacional que reemplazaría a las tropas norteamericanas en el país. Esto permitió a Johnson retirar todas sus fuerzas antes de septiembre de 1966. Para entonces, los dominicanos ya habían elegido a un político de centroderecha, Joaquín Balaguer, como nuevo presidente de la nación.

Si bien la elección de Balaguer representó la vuelta al gobierno civil en la República Dominicana, la Casa Blanca de Johnson hizo poco por fomentar el crecimiento de la democracia en otros países de América Latina. De hecho, en 1964 Washington se brindó a poner fuerzas navales a disposición de los militares brasileños para ayudarles a derrocar al presidente civil de dicho país, João Goulart, cuya política izquierdista se consideraba una amenaza para los intereses estadounidenses. Al final, no fue necesario que interviniera la armada de Estados Unidos, y el gobierno de Johnson se apresuró a reconocer al nuevo gobierno militar encabezado por el general Castelo Branco.

En Chile, aquel mismo año, el gobierno de Johnson también ayudó a elegir a un presidente anticomunista, Eduardo Frei, gastando de forma encubierta por lo menos 3 millones de dólares en su campaña. Además de los buenos resultados obtenidos en Chile y Brasil, Washington se consoló con el asesinato del lugarteniente revolucionario de Castro, Che Guevara, por el ejército boliviano en 1967. Así pues, si bien la luminosa promesa de la Alianza para el Progreso se apagó durante su presidencia, Johnson pudo alardear de dejar el cargo sin que se hubiera producido una nueva expansión del comunismo en la región.

JOHNSON Y LA INTENSIFICACIÓN DEL CONFLICTO DE VIETNAM

Johnson estaba igualmente decidido a impedir la expansión del comunismo en el sudeste de Asia, pero el precio que Estados Unidos tuvo que pagar, en vidas y dinero, sería mucho más alto que en América Latina. Entre noviem-

bre de 1963 y julio de 1965, Johnson transformó el programa de ayuda limitada a Vietnam del Sur que aplicara Kennedy en un compromiso de duración indefinida con la defensa de aquel país. En 1968 Estados Unidos tendría ya más de 500.000 soldados en Vietnam.

Johnson creía, probablemente con razón, que Vietnam del Sur se derrumbaría si Estados Unidos no aumentaba su participación en la guerra. Recordando la reacción de los conservadores contra el gobierno de Truman después de que los comunistas se hicieran con el poder en China, Johnson pensaba que no podía abandonar a Vietnam del Sur y permanecer en la Casa Blanca. Poco después de hacerse cargo de la presidencia, Johnson dijo en privado: «No voy a perder Vietnam. No voy a ser el presidente que vio cómo el sudeste de Asia seguía el camino de China».⁴⁴ Johnson advirtió en una ocasión que si Estados Unidos se retiraba de Vietnam, «también podría abandonar en todas partes ... retirarse de Berlín, Japón, América del Sur».⁴⁵

Aprovechando un dudoso ataque de una torpedera nordvietnamita contra dos destructores norteamericanos (el *Maddox* y el *Turner Joy*) en el golfo de Tonkín en agosto de 1964, Johnson logró que el Congreso aprobara una resolución que le autorizaba a «tomar todas las medidas necesarias para repeler cualquier ataque armado contra las fuerzas de Estados Unidos e impedir nuevas agresiones» contra Vietnam del Sur y cualquier miembro de la Organización del Tratado del Sudeste de Asia.⁴⁶ La resolución fue aprobada el 7 de agosto, por 416 votos a favor y ninguno en contra en la Cámara de Representantes y por 81 a favor y 2 en contra en el Senado. Fue lo máximo que se acercaría la legislatura a una declaración de guerra contra Vietnam del Norte.

Como se aproximaban las elecciones presidenciales de noviembre, Johnson no ordenó represalias después de que el Vietcong atacara la base aérea norteamericana de Bien Hoa, a unos 16 kilómetros de Saigón, el 1 de noviembre de 1964. Cinco norteamericanos murieron en el ataque. Johnson pintó a su adversario republicano, el senador Barry Goldwater, como hombre belicista y esto le permitió obtener una victoria arrolladora en las elecciones. Sin embargo, el 7 de febrero de 1965, un día después de que el Vietcong atacara un cuartel del ejército norteamericano en Pleiku, en la región de Vietnam Central Alto, y diera muerte a nueve estadounidenses, Johnson empezó una campaña de bombardeo continuo contra Vietnam del Norte (la operación Trueno Retumbante).

La intensificación de la guerra aérea proporcionó el pretexto para introducir las primeras fuerzas de combate terrestres norteamericanas en Vietnam. Previendo más ataques del Vietcong contra las bases aéreas, a finales de febrero el general William Westmoreland, comandante en jefe de las fuerzas de Estados Unidos en Vietnam del Sur, pidió el envío urgente de dos contingentes de infantería de marina para proteger la base aérea de Danang. Johnson accedió y las tropas llegaron en marzo de 1965.

Para entonces ya era obvio que la campaña limitada de bombardeo emprendida en febrero no produciría resultados inmediatos. El Vietcong iba tomando las capitales de provincia, una tras otra, y era evidente que Vietnam del Sur estaba al borde de un desastre militar. Johnson sacó la conclusión de que no había más remedio que ordenar la intervención de numerosas fuerzas de tierra norteamericanas en el conflicto. En julio de 1965 aprobó el despliegue inmediato de 50.000 soldados en Vietnam del Sur. Accedió en privado a enviar otros 50.000 antes de final de año así como fuerzas complementarias más adelante si era necesario. También autorizó a Westmoreland a emplear tropas estadounidenses en operaciones ofensivas, además de defensivas, en Vietnam del Sur. De hecho, Johnson despejó el camino para que Estados Unidos asumiera la carga principal de la lucha contra el Vietcong.

Aunque Johnson consultó con los líderes del Congreso antes de enviar unidades de combate a Vietnam, no pidió otra resolución del Congreso que le autorizara a ello. Pensó que la resolución del golfo de Tonkín era suficiente. Además, no quería poner el país en pie de guerra, porque temía una reacción pública contra la intervención de Estados Unidos en el conflicto; también deseaba que el Congreso y los ciudadanos siguieran apoyando su programa de reformas, llamado «Gran Sociedad», ya que temía que el mismo quedara marginado si se daba prioridad a la guerra. Johnson pensaba que podría hacer la guerra y poner en práctica un importante programa de reformas simultáneamente, cosa que ningún presidente había intentado.

En última instancia, la decisión de aumentar la intervención militar de Estados Unidos en Vietnam no dio buen resultado. La oposición de los ciudadanos a la participación norteamericana en la guerra le obligaría a retirarse de la campaña presidencial de 1968. La victoria republicana en las elecciones de noviembre de aquel año significaría el fin del programa «Gran Sociedad» de Johnson así como el comienzo de una política nueva en Vietnam.

UNA ESTRATEGIA DEFECTUOSA

Una de las causas del fracaso de la política vietnamita de Johnson fue la imposibilidad inherente de poner en práctica la estrategia militar de Estados Unidos. La intensificación gradual de la campaña de bombardeo dio a los nordvietnamitas tiempo suficiente para dispersar su población y sus recursos y crear un sistema de defensa antiaérea que destruiría gran número de aviones norteamericanos. Además, los militares estadounidenses nunca formularon una estrategia sistemática para impedir la infiltración de unidades regulares y pertrechos nordvietnamitas en el sur. En vez de ello, la estrategia de «buscar y destruir» que empleó el general Westmoreland estaba pensada principalmente para proteger las ciudades de Vietnam del Sur y matar a tantos

efectivos del Vietcong como fuera posible. Westmoreland cometió un tremendo error al evaluar la disposición de Vietnam del Norte a sufrir enormes pérdidas humanas así como a su capacidad de reemplazar dichas pérdidas. Se calcula que unos 200.000 varones nordvietnamitas alcanzaban la edad de cumplir el servicio militar todos los años, muchos más de los que podían matar las fuerzas estadounidenses.

Para hacer la guerra, Vietnam del Norte también contaba con la ayuda militar y económica de los soviéticos y los chinos. La ruptura entre los chinos y los soviéticos era más profunda que nunca, incluso después de la caída de Jruschov, y ambas potencias comunistas trataron de superarse mutuamente ayudando a Vietnam del Norte. Entre 1965 y 1968 la ayuda total que prestaron las dos rebasó los 2.000 millones de dólares, cifra que compensaba sobradamente las pérdidas que sufría Vietnam del Norte a causa de los bombardeos norteamericanos. Además, entre 1962 y 1968 aproximadamente 300.000 soldados chinos sirvieron en Vietnam del Norte, de los cuales murieron 4.000. Aunque no participaron en combates terrestres, ayudaron a manejar las armas antiaéreas y las instalaciones de comunicación.

No cabe duda de que uno de los objetivos principales de la presencia de los militares chinos en Vietnam del Norte era impedir una invasión norteamericana y es evidente que se cumplió. Temiendo que la guerra en tierra se extendiera a Vietnam del Norte y provocara de nuevo un choque entre soldados chinos y estadounidenses, como había ocurrido en la guerra de Corea, el gobierno de Washington se abstuvo de dar ese paso. Johnson no deseaba una guerra total con Vietnam del Norte y se aseguró de que el conflicto fuera una guerra de desgaste. En una guerra de estas características era forzoso que ganasen los comunistas porque estaban dispuestos a aceptar bajas muy superiores a las que hubiera aceptado el pueblo norteamericano.

FRACASO DE LA DIPLOMACIA

Aunque Johnson buscó una solución negociada del conflicto de Vietnam, nunca hubo muchas probabilidades de que la diplomacia consiguiera poner fin a la guerra durante su presidencia, principalmente porque había una distancia demasiado grande entre las condiciones de paz que ofrecían ambos bandos. Al principio, los nordvietnamitas exigieron un alto el fuego como condición previa para entablar negociaciones y también querían que los norteamericanos prometieran que acabarían retirando todas sus fuerzas de Vietnam. Asimismo, insistían en que el régimen «marioneta» de Saigón fuera sustituido por un gobierno en el cual desempeñara un papel destacado el Frente de Liberación Nacional (coalición de adversarios comunistas y no comunistas del gobierno de Vietnam del Sur). Estados Unidos exigió la retira-

da total de las tropas nordvietnamitas de Vietnam del Sur y que se excluyera al Vietcong de cualquier solución política de la guerra. De hecho, el gobierno de Johnson estaba decidido a que Vietnam del Sur siguiera siendo un estado independiente y no comunista, mientras que Vietnam del Norte quería reunificar el país bajo un gobierno comunista. Si bien el gobierno de Johnson suspendió periódicamente el bombardeo de Vietnam del Norte, con la esperanza de que los nordvietnamitas se sentaran a la mesa de negociaciones, su negativa a abandonar Vietnam del Sur a los comunistas hizo que una solución negociada del conflicto fuera imposible durante su presidencia.

Johnson no trató de persuadir ni presionar a los chinos para que dejaran de apoyar a Vietnam del Norte. Tanto el presidente como el conjunto del pueblo norteamericano seguían considerando que China era una potencia agresiva y expansionista. En mayo de 1965 Johnson declaró: «Por encima de esta guerra —y de toda Asia— hay otra realidad: la sombra cada vez más oscura de la China comunista...».⁴⁷

No todo el mundo, sin embargo, estaba de acuerdo con la opinión de que China era una potencia expansionista. Durante unas sesiones celebradas ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado en 1966, varios intelectuales arguyeron que el gobierno norteamericano había interpretado muy mal la política exterior de China. A su modo de ver, la política exterior de China era de naturaleza esencialmente defensiva, en lugar de ser implacablemente imperialista. Argumentaron que, aun cuando Beijing simpatizase con el objetivo de la revolución mundial y proporcionara ayuda limitada a grupos de guerrilleros en diversas partes del mundo, había pocas pruebas reales de que los chinos trataran de conquistar Asia. Con todo, esta interpretación de las intenciones de los chinos no sería aceptada de forma general hasta que el sucesor de Johnson, el presidente Richard Nixon, hizo su viaje sin precedentes a Beijing en 1971.

En 1966, sin embargo, Mao Zedong comenzó la llamada Revolución Cultural y a causa de ello a los norteamericanos les resultó prácticamente imposible aceptar la opinión de los intelectuales de que la política exterior china era benévola. La Revolución Cultural, que duró todo un decenio, fue una masiva conmoción política que instigó y manipuló un envejecido Mao Zedong en un intento en esencia afortunado de mantener su destacada posición de poder. Con el respaldo de estudiantes, campesinos y obreros, muchos de los cuales formaron la organización de los «Guardias Rojos», Mao depuró a decenas de miles de burócratas y expertos técnicos a los que acusó de sabotear la revolución. Otros chinos, millones de ellos, perdieron su empleo y quizá medio millón perdió la vida durante la persecución.

Además de intensificar los sentimientos antinorteamericanos en China, la Revolución Cultural hizo que la animosidad contra la Unión Soviética alcanzara nuevas cotas. Hubo peleas a puñetazos entre civiles chinos y soviéticos en

Moscú y Beijing. En 1969 se registraron combates entre fuerzas militares de las dos naciones en la frontera de Manchuria con la Unión Soviética.

Sobre este trasfondo de creciente hostilidad chinosoviética, el 7 de octubre de 1966 Johnson hizo un llamamiento para que Estados Unidos adoptara una nueva actitud ante la Unión Soviética, una actitud que, según dijo, representara «abandonar el estrecho concepto de la coexistencia por la visión, más amplia, de un enfrentamiento pacífico». A tal efecto, Johnson aprobó varias medidas unilaterales, entre ellas reducir los controles de las exportaciones destinadas al bloque soviético, permitir que el Export-Import Bank concediera créditos a la Unión Soviética, Polonia, Hungría, Bulgaria y Checoslovaquia, negociar un acuerdo relativo a la aviación civil con la Unión Soviética y presionar al Congreso para que acelerase la aprobación de un acuerdo sobre consulados. Johnson también propuso reducciones mutuas de tropas en la OTAN y el Pacto de Varsovia y pidió que se tomaran «medidas para eliminar las disputas territoriales y fronterizas que causaban fricciones en Europa».⁴⁸

Pero los soviéticos no podían aprobar públicamente la distensión con Estados Unidos en un momento en que los norteamericanos intensificaban su guerra con Vietnam del Norte. El 15 de octubre de 1966 el gobierno soviético declaró que «deben cesar los ataques piratas contra un país socialista, la República Democrática del Vietnam, y la agresión contra el pueblo vietnamita» si Estados Unidos quería mejorar las relaciones con la Unión Soviética.⁴⁹

A principios de 1967, sin embargo, los soviéticos habían dado marcha atrás y se mostraban dispuestos a apoyar una resolución negociada de la guerra. La creciente hostilidad china contra la Unión Soviética, que la Revolución Cultural había intensificado, probablemente les convenció de que no tenían nada que perder, pero sí mucho que ganar, si trataban de poner fin a la guerra de Vietnam. Las negociaciones relativas a Vietnam mejorarían las relaciones con Estados Unidos en un momento en que empeoraban las relaciones chinosoviéticas. Además, quizá los soviéticos podrían reforzar su influencia con los nordvietnamitas a expensas de China, especialmente si lograban que Estados Unidos estuviera de acuerdo con retirar sus fuerzas militares de Vietnam.

Así pues, los soviéticos accedieron a cooperar en una iniciativa de paz que Harold Wilson, el primer ministro británico, patrocinó a comienzos de 1967. Wilson persuadió al presidente del consejo de ministros soviético, Aleksei Kosygin, a tratar de inducir a los nordvietnamitas a acercarse a la mesa de negociaciones basándose en una propuesta doble (cuyo nombre en cifra era Caléndula) que Estados Unidos dio a conocer a finales de 1966. La propuesta pedía que Estados Unidos interrumpiera los ataques aéreos contra Vietnam del Norte a cambio de una garantía privada de los nordvietnamitas en el sentido de que dejarían de infiltrarse en zonas clave de Vietnam del Sur. Si Hanoi cumplía lo acordado, Estados Unidos no aumentaría sus fuerzas de combate en Vietnam y se celebrarían conversaciones de paz.

Pero cuando Kosygin accedió a apoyar la iniciativa de Wilson, el gobierno de Johnson ya había cambiado de parecer sobre la propuesta Caléndula. Los norteamericanos estaban furiosos porque los nordvietnamitas continuaron infiltrándose durante una suspensión de los bombardeos que coincidió con los festejos del Tet, el Año Nuevo lunar. Por tanto, Johnson insistía ahora en que Hanoi debía detener la infiltración antes de suspender él los bombardeos. Wilson lamentaría más adelante la pérdida de una «oportunidad histórica» de poner fin a la guerra.⁵⁰ Con todo, si bien el gobierno de Johnson no supo aprovechar la iniciativa de Wilson y Kosygin, hay pocos motivos para suponer que incluso la más hábil diplomacia a cargo de terceros hubiese permitido superar el punto muerto, toda vez que ninguna de las dos partes estaba dispuesta a hacer concesiones.

PÉRDIDA DE APOYO POPULAR

Sin ninguna perspectiva de un final militar o diplomático de la guerra, fue inevitable que la matanza aumentase. A finales de 1967 el número de militares norteamericanos muertos en combate alcanzó los 13.500. En Estados Unidos mucha gente se preguntaba si la guerra justificaba el creciente número de muertes que de forma tan vívida aparecían en las noticias de la noche. Poco a poco la opinión pública norteamericana se volvió contra el gobierno. Los estudiantes universitarios en particular se convirtieron en enemigos implacables de la guerra. Pero la oposición al conflicto también creció en el Congreso y los senadores William Fulbright (demócrata de Arkansas) y Wayne Morse (republicano de Oregón) encabezaron el ataque y paralizaron el avance de la «Gran Sociedad», el programa tan querido de Johnson. En 1967 las manifestaciones contra la guerra, que cada vez eran más numerosas, y las feroces críticas personales contra Johnson prácticamente habían reducido a éste a la condición de prisionero en la Casa Blanca.

La creciente impopularidad de la guerra, sin embargo, no desvió a Johnson de su objetivo de preservar un Vietnam del Sur no comunista. En 1967 el presidente no tenía más opción que continuar la guerra. Por consiguiente, en agosto de aquel año aprobó la petición del general Westmoreland, que quería entre 45.000 y 50.000 soldados más, pero impuso un tope de 525.000 al personal militar norteamericano, nivel que no se superó durante el resto de la guerra. En noviembre de 1967 Westmoreland aseguró a Johnson que los norteamericanos empezaban «a salir del apuro» en Vietnam.⁵¹

Entonces, con gran sorpresa de los servicios de información estadounidenses, los nordvietnamitas y sus aliados del Vietcong, a los que se suponía casi vencidos, lanzaron una gran ofensiva contra las ciudades de Vietnam del Sur en febrero de 1968. Coincidiendo con los festejos del Tet, las fuerzas co-

munistas atacaron más de 100 poblaciones y ciudades, entre ellas Saigón, donde penetraron en los jardines de la embajada de Estados Unidos, y Hué, la antigua capital de Vietnam, donde estuvieron más de un mes antes de que finalmente los desalojaran.

Si bien las fuerzas norteamericanas y sudvietnamitas lograron repeler el ataque de los comunistas, a los que infligieron enormes pérdidas, también ellas sufrieron numerosas bajas. La ofensiva del Tet fue una victoria militar significativa para Estados Unidos, pero fue también una aplastante derrota psicológica. Para la mayoría de los norteamericanos, a los que en repetidas ocasiones el gobierno había dicho que estaban ganando la guerra, le pareció increíble que los comunistas pudieran preparar una ofensiva tan impresionante. Después del Tet, sin que se viera el final de la guerra, una encuesta Gallup efectuada en marzo de 1968 indicó que una clara mayoría de la clase media norteamericana se había vuelto contra el gobierno. La misma encuesta indicó que la popularidad de Johnson había vuelto a descender hasta quedar en un 30 por 100.

El general Westmoreland parecía no darse cuenta de la creciente hostilidad que la guerra despertaba en el pueblo y el Congreso norteamericanos. Insistió en que los comunistas habían recibido un golpe tremendo durante el Tet y que la guerra podía ganarse lanzando nuevas ofensivas en tierra contra sus bases en Laos, Camboya y Vietnam del Norte, así como intensificando la campaña de bombardeo, especialmente alrededor de Hanoi y Haiphong. Para poner en práctica esta estrategia, Westmoreland solicitó otros 206.000 soldados.

Los consejeros de Johnson, en particular Clark Clifford (que había sustituido a McNamara en el cargo de ministro de Defensa después de que éste se desilusionara de la guerra y dimitiese), se dieron cuenta de que la petición de Westmoreland representaba un cambio de signo en la política vietnamita del gobierno. Aprobarla hubiera requerido declarar el estado de excepción nacional, llamar a filas a la Guardia Nacional de los estados y a los reservistas del ejército y aumentar el presupuesto de defensa en miles de millones de dólares, todo ello en un momento en que la economía ya sufría los efectos de la creciente inflación causada por la guerra. Además, Clifford recalcó ante el presidente que no había ningún motivo para creer que el envío de más tropas sirviera para acortar el conflicto. Johnson aceptó el consejo de Clifford. Anunció a éste que estaba dispuesto a enviar más soldados a Vietnam si hacían falta para defender las líneas de combate, pero que no ampliaría el compromiso de Estados Unidos con la guerra.

LA ÚLTIMA JUGADA DE JOHNSON

Mientras que la ofensiva del Tet representó un cambio de signo en la política de Johnson con respecto a Vietnam, el 13 de marzo de 1968 las elecciones primarias de New Hampshire resultaron ser un momento crítico de su presi-

dencia. El senador Eugene McCarthy (demócrata de Wisconsin), partidario decidido de la paz, sorprendió a la nación al obtener el 42,4 por 100 de los votos demócratas. Si bien Johnson obtuvo el 49,5 por 100, aun cuando no era candidato oficial, los buenos resultados de McCarthy en las primarias de New Hampshire pusieron de relieve la vulnerabilidad política del presidente. En vista de ello, el archirrival político del presidente, Robert Kennedy, decidió enfrentarse a él en busca del nombramiento como candidato del partido en las elecciones presidenciales.

Las primarias de New Hampshire también persuadieron a Johnson a alterar la estrategia de guerra del gobierno. El 23 de marzo anunció que el general Westmoreland sería el nuevo jefe del estado mayor del ejército. Aunque la medida se presentó como un ascenso para Westmoreland, los enterados dijeron que tenía como fin quitárselo de encima. El cambio de mando en Vietnam fue el preludio de un cambio de la estrategia del gobierno. El 31 de marzo de 1968 Johnson se dirigió a todo el país por televisión y dijo que no enviaría más soldados a Vietnam del Sur y ordenaría una suspensión parcial de los bombardeos contra Vietnam del Norte, todo ello con la esperanza de entablar conversaciones de paz. Terminó su alocución con un anuncio sensacional: no quería ser el candidato de su partido en las elecciones presidenciales.

Con gran sorpresa de Johnson, los nordvietnamitas aceptaron su ofrecimiento de negociar la paz, y las conversaciones oficiales a tal efecto empezaron en París el 13 de mayo de 1968. Pero pronto quedaron estancadas. Si bien Johnson había cambiado la estrategia militar del gobierno, no había abandonado su objetivo de preservar un gobierno no comunista en Vietnam del Sur. Al mismo tiempo, los nordvietnamitas tampoco habían abandonado su objetivo de reunificar Vietnam bajo el liderazgo de Hanoi. Habían accedido a participar en las conversaciones de París principalmente para que cesaran los bombardeos, crear divisiones entre los norteamericanos y los sudvietnamitas, que se oponían a las conversaciones de paz, e intensificar las presiones contra la guerra en Estados Unidos. Los nordvietnamitas exigieron «el cese incondicional de los bombardeos norteamericanos y todos los demás actos de guerra».⁵² Pero el gobierno de Johnson se negó a interrumpir los bombardeos hasta que Hanoi cejara en sus esfuerzos por derrotar a Vietnam del Sur. Era una condición que los nordvietnamitas no querían aceptar. El resultado fue que las conversaciones de París siguieron celebrándose sin dar ningún resultado durante el resto del mandato de Johnson.

Mientras tanto, Washington intensificó la guerra en Vietnam del Sur, tanto en el aire como en tierra. El número de misiones de bombardeo de los B-52 se triplicó en 1968. En marzo y abril de aquel año Estados Unidos y Vietnam del Sur llevaron a cabo la mayor misión de «buscar y destruir» de la guerra, y enviaron más de 100.000 soldados contra las fuerzas del Vietcong

que rodeaban Saigón. Washington también presionó a los sudvietnamitas para que llevaran una parte mayor de la lucha y con tal fin pusieron en práctica una política llamada de «vietnamización». Los efectivos de Vietnam del Sur se aumentaron de 685.000 a 850.000 soldados. No obstante, altos cargos del gobierno norteamericano reconocieron que los sudvietnamitas distaban mucho de estar preparados para defenderse. «Lo peor de todo —comentó Clifford, el ministro de Defensa, tras un viaje a Saigón— era que los dirigentes sudvietnamitas parecían conformarse con que fuese así.»⁵³

Mientras tanto, en Estados Unidos el apoyo a la guerra seguía disminuyendo, proceso que se veía exacerbado por la creciente agitación que a su vez se agravó a causa de dos importantes asesinatos políticos. El 4 de abril de 1968 el líder de los derechos civiles Martin Luther King, Jr. fue asesinado de un tiro y su muerte provocó disturbios en los guetos de la nación. Dos meses después, el 6 de junio, Robert Kennedy fue asesinado a tiros. Su muerte también traumatizó a la nación y dañó de forma particular al ala liberal y contraria a la guerra del partido demócrata, que tenía la esperanza de que la elección de Kennedy a la presidencia pusiera fin al conflicto de Vietnam. Así las cosas, la convención nacional demócrata celebrada en Chicago en agosto de aquel año fue un microcosmo que reflejó las divisiones que la guerra producía en toda la nación. Los choques entre radicales contrarios a la guerra y la policía de la ciudad perturbaron la convención. El conflicto en el exterior del salón de la convención y los choques entre liberales y conservadores dentro de él perjudicaron mucho el prestigio del partido demócrata y su candidato a la presidencia, el vicepresidente Hubert Humphrey.

Para ayudar a la campaña de Humphrey, Johnson anunció tardíamente (a principios de noviembre) una interrupción total de los bombardeos contra Vietnam del Norte. Cuatro días más tarde anunció que a cambio de esta concesión los nordvietnamitas habían accedido a reanudar las conversaciones de paz en París en enero, en las cuales, por primera vez, representantes de Vietnam del Sur y del Vietcong se sentarían en torno a la mesa de negociaciones. La jugada de última hora de Johnson, sin embargo, no logró impedir que el candidato republicano, Richard M. Nixon, obtuviera una victoria por un margen escaso en las elecciones presidenciales.

Curiosamente, si bien Johnson perdió la presidencia debido a su política bélica, ganó su batalla personal y salió de la Casa Blanca dejando intacto el compromiso norteamericano con un Vietnam no comunista. Pero Estados Unidos pagó un elevado precio por esta «victoria». La guerra duraría cuatro años más y habría más miles de bajas norteamericanas antes de que finalmente terminara la participación de Estados Unidos en ella.

DISTENSIÓN MALOGRADA

Si bien la guerra de Vietnam complicó las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos durante la presidencia de Johnson, ambas superpotencias trataron de acortar la distancia que las separaba. El gobierno de Johnson tenía interés en mejorar las relaciones con los soviéticos porque quería que le ayudasen a llevar a los nordvietnamitas a la mesa de negociaciones. Por otra parte, los soviéticos tenían la esperanza de que la mejora de las relaciones con Estados Unidos les permitiera adquirir tecnología occidental que les hacía mucha falta. Además, ambos bandos estaban preocupados —tal vez, a estas alturas, los soviéticos aún más que los norteamericanos— por la creciente amenaza nuclear china, que pareció aumentar después de que los chinos hicieran estallar su primera bomba de hidrógeno en junio de 1967, y también por la aparente irracionalidad que caracterizó el comportamiento de los chinos durante la Revolución Cultural.

Al mismo tiempo, los norteamericanos veían con preocupación el crecimiento del arsenal nuclear soviético (en 1969 los soviéticos alcanzarían la paridad aproximada con Estados Unidos en el número de armas nucleares estratégicas) y ansiaban entablar negociaciones para poner un tope a sus respectivos arsenales nucleares.

Tanto la Unión Soviética como Estados Unidos también ansiaban impedir que los estados que carecían de armas nucleares llegaran a tenerlas. A tal efecto, Estados Unidos y la Unión Soviética (así como las otras potencias nucleares, Gran Bretaña, Francia y China) firmaron un protocolo del Tratado de Tlatelolco en el cual prometían respetar la prohibición de fabricar y utilizar armas nucleares en América Latina y abstenerse de usar o amenazar con usar armas de esta clase contra cualquiera de los signatarios. El tratado, que entró en vigor en 1968, pronto fue firmado por todos los estados latinoamericanos excepto Guyana y Cuba.

Poco antes de la firma del Tratado de Tlatelolco, las superpotencias también concluyeron las negociaciones del Tratado sobre el Espacio Exterior, que prohibía instalar bases y fortificaciones militares, probar armas y llevar a cabo maniobras militares en la luna y otros cuerpos celestes. El tratado también prohibía poner armas de destrucción en masa en órbita alrededor de la Tierra o instalarlas en el espacio exterior o en cuerpos celestes. El Senado lo aprobó por 88 votos a favor y ninguno en contra en abril de 1967 y el tratado entró en vigor en octubre del mismo año.

Sin embargo, tal vez el más significativo de los acuerdos para el control de armamentos que se firmó durante la presidencia de Johnson fue el Tratado de No Proliferación Nuclear (NPT), que prohibía el traspaso de armas o artefactos nucleares a los estados que no las tenían o su adquisición por éstos.

A cambio de esta concesión, los estados poseedores de armas de este tipo prometieron prestar ayuda militar no nuclear a los estados sin armas nucleares que ratificasen el tratado. Con el fin de asegurarse de que la ayuda nuclear para usos civiles no se utilizara para fines militares, el tratado exigía que los estados sin armas nucleares sometieran sus instalaciones nucleares a inspecciones periódicas por parte de la Agencia Internacional de Energía Atómica (IAEA). Las potencias poseedoras de armas nucleares también prometieron entablar negociaciones serias para reducir sus respectivos arsenales nucleares y participar en conferencias de revisión cada cinco años para observar el cumplimiento del tratado.

El NPT se firmó en Washington, Moscú y Londres el 1 de julio de 1968. El Senado aprobó su ratificación el 16 de marzo de 1969, por 83 votos a favor y 15 en contra. Gran Bretaña y la Unión Soviética también lo ratificaron. Cuando el tratado entró en vigor el 5 de marzo de 1970 lo habían firmado 97 estados y 47 lo habían ratificado. En 1975, la fecha de la primera conferencia de revisión del tratado, había 111 signatarios, entre ellos 96 de pleno derecho. Aunque Francia se negó a ratificarlo, declaró que respetaría lo que se estipulaba en él. Los chinos, en cambio, no sólo se negaron a ratificar el tratado, sino que, además, declararon que una nueva proliferación de armas nucleares entre los estados «revolucionarios» sería positiva porque creían que contribuiría a la ruptura del «monopolio nuclear soviético-norteamericano».⁵⁴

El buen fin de las negociaciones para el Tratado de No Proliferación Nuclear produjo un clima propicio a nuevas conversaciones entre norteamericanos y soviéticos para el control de armamentos. Ambos bandos sabían que algunas de las nuevas tecnologías podían dar lugar a una carrera de armamentos más costosa. Los soviéticos estaban desplegando un sistema de defensa de misiles antibalísticos (ABM), y Estados Unidos se estaba preparando para hacer lo mismo. Además, ambos bandos estaban creando una nueva generación de misiles ofensivos llamados MIRV u ojivas de cargas múltiples de orientación independiente. Los primeros MIRV norteamericanos tenían capacidad para tres cabezas nucleares, cada una de las cuales podía guiarse hasta un blanco distinto.

Si bien el gobierno de Johnson estaba decidido a desplegar los MIRV, tenía la esperanza de poder persuadir a los soviéticos de aceptar una prohibición de los ABM. Había sacado la conclusión de que cualquier sistema ABM estaría anticuado cuando llegara el momento de desplegarlo, toda vez que era inevitable que el otro bando lo destruyera con sus MIRV. Si no se prohibían los ABM, cada bando se gastaría miles de millones en estos sistemas sin ganar nada a cambio.

Al principio los soviéticos no se mostraron dispuestos a recortar su programa de ABM. En una conferencia en la cumbre organizada a toda prisa que

se celebró en Glassboro, Nueva Jersey, los días 23 y 25 de junio de 1967, Johnson y McNamara trataron en vano de persuadir al presidente del consejo de ministros soviético, Aleksei Kosygin, de que una carrera de ABM sería el colmo de la locura. Kosygin insistió en que el sistema ABM soviético era de naturaleza puramente defensiva y no constituía ninguna amenaza para Estados Unidos. Tampoco aceptó el argumento norteamericano en el sentido de que los ABM eran inherentemente desestabilizadores. «Usted no comprende —dijo McNamara a Kosygin—. Haga lo que haga usted, mantendremos nuestra disuasión y fabricaremos más misiles.» Kosygin se enfadó y se puso a dar golpes sobre la mesa al tiempo que decía: «La defensa es moral, la ofensa es inmoral».⁵⁵ El gobierno de Johnson se inclinó ante lo inevitable y pensó que no tenía más remedio que seguir adelante con la construcción de un sistema ABM norteamericano, llamado Sentinel.

A pesar de que las superpotencias no pudieron prohibir los ABM, el gobierno de Johnson trató de restringir el crecimiento de las armas nucleares estratégicas de tipo ofensivo. Si bien ya en febrero de 1967 los soviéticos expresaron su disposición a participar en las conversaciones para la limitación de las armas estratégicas (SALT), las nuevas conversaciones languidecieron hasta que la presidencia de Johnson estuvo muy cerca de su final. La demora se debió en parte a que los soviéticos eran reacios a negociar con Estados Unidos en un momento en que el gobierno de Johnson todavía trataba de someter a Vietnam del Norte a fuerza de bombardeos. Además, los soviéticos también eran reacios a restringir sus programas estratégicos hasta alcanzar la paridad nuclear aproximada con Estados Unidos, objetivo que cumplieron en 1969.

Sin embargo, Johnson no se dio por vencido en lo que se refería a las SALT. Veía en las conversaciones una manera de distraer la atención pública de la guerra de Vietnam y, después de su decisión de no aspirar a otro mandato, una forma de coronar su presidencia. Sin duda su decisión de restringir el bombardeo de Vietnam del Norte y la disposición de los nordvietnamitas a entablar negociaciones de paz en París hicieron que a los soviéticos les resultase más fácil participar en las SALT. Pero probablemente una razón más significativa del cambio de actitud de los soviéticos fue el continuo crecimiento de su arsenal estratégico. En 1968 ya tenían 800 misiles balísticos intercontinentales (ICBM) y 130 misiles balísticos lanzados desde satélites (SLBM) y pensaron que ahora podían tratar con Estados Unidos desde una posición de fuerza. Así pues, el 19 de agosto de 1968 el embajador soviético, Anatoly Dobrynin, comunicó al gobierno de Johnson que el suyo estaba dispuesto a empezar las conversaciones sobre las armas estratégicas. Ambos bandos acordaron que las conversaciones empezarían con una conferencia en la cumbre a la que asistirían Johnson y Kosygin el 30 de septiembre.

Johnson, sin embargo, no estaba destinado a terminar su presidencia con un triunfo en las SALT. El 20 de agosto tanques y tropas soviéticas penetraron en Checoslovaquia como parte de una maniobra victoriosa cuyo objetivo era derrocar al gobierno de Alexander Dubcek, cuyas reformas consideraban antisocialistas los soviéticos. Tras la invasión soviética de Checoslovaquia, Johnson se sintió obligado a cancelar la cumbre prevista para el 30 de septiembre.

EL LEGADO KENNEDY-JOHNSON

El período de Kennedy y Johnson señaló un cambio de signo en la historia de la guerra fría. Estados Unidos y la Unión Soviética se acercaron más que nunca a una guerra nuclear, en la crisis de los misiles de Cuba, durante la presidencia de Kennedy. El empeoramiento de la guerra fría en el comienzo de la presidencia de Kennedy se debió principalmente a que los dos bandos no pudieron resolver el problema de Berlín y a que Jruschov trató de desafiar la creciente superioridad nuclear de Estados Unidos e impedir que los norteamericanos invadieran Cuba, para lo cual desplegó misiles balísticos de alcance intermedio en la isla.

El conflicto de personalidades entre Kennedy y Jruschov también fue un factor importante del empeoramiento de las relaciones entre los dos países. Inteligente pero impetuoso, el joven presidente norteamericano subió al poder decidido a poner fin al estancamiento del período de Eisenhower. La aprobación de la mal concebida invasión de Bahía de Cochinos no sólo dio por resultado una humillación personal para Kennedy, sino que, además, animó a Jruschov, que ya estaba demasiado seguro de sí mismo, a desafiar al joven presidente en Berlín, Cuba, Vietnam y el Congo. El conflicto de personalidades también exacerbó la crisis de los misiles de Cuba, que estuvo a punto de provocar una conflagración nuclear.

Durante el período de Kennedy y Johnson la estrategia de contención norteamericana experimentó sus primeros fracasos significativos en el Tercer Mundo. Kennedy no logró impedir que los comunistas se hicieran con el poder en Cuba y Johnson no pudo derrotar a la sublevación comunista en Vietnam. El fracaso en Vietnam, en particular, contribuiría a que en el futuro el pueblo y el Congreso de Estados Unidos fuera reacio a usar la fuerza militar para contener o impedir las insurrecciones comunistas.

El período de Kennedy y Johnson también presenció el comienzo de la distensión. A raíz de la casi catastrófica crisis de los misiles de Cuba, Estados Unidos y la Unión Soviética firmaron los primeros acuerdos significativos para el control de las armas nucleares: el Tratado de Prohibición Limitada de Pruebas y el Tratado de No Proliferación Nuclear. Sólo la intervención mili-

tar soviética en Checoslovaquia impidió que Johnson empezara las conversaciones para la limitación de armas estratégicas antes de dejar el cargo en enero de 1968. Los honores por la distensión que tanto deseaba recibir Johnson los recogería su sucesor, Richard Nixon.

6

Nixon, Ford y la distensión, 1969-1977

LA REACTIVACIÓN DE LA DISTENSIÓN

El 20 de enero de 1969, en su discurso de toma de posesión, Richard Nixon declaró que Estados Unidos estaba dispuesto a entrar en «una era de negociación» con el mundo comunista.¹ Teniendo en cuenta los antecedentes de Nixon como fervoroso partidario de la guerra fría, muchos recibieron con sorpresa su aparente deseo de enterrar el hacha de guerra con el mundo comunista, pero debajo del barniz de anticomunismo había un núcleo de pragmatismo realista. Lo que más importaba a Nixon era fomentar los intereses de Estados Unidos. Si la cooperación con un estado comunista servía para ello, estaba dispuesto a modificar su reputación de partidario de la guerra fría.

Nixon tenía varias razones específicas para querer mejorar la relación de Estados Unidos con la Unión Soviética y China. Una era el deseo de sacar a Estados Unidos del conflicto de Vietnam sin sufrir una derrota humillante. Creía que era posible alcanzar este objetivo aislando a Vietnam del Norte de sus dos fuentes principales de abastecimiento y apoyo, la Unión Soviética y China.

Nixon también albergaba la esperanza de que la distensión entre las superpotencias facilitase la firma de un acuerdo SALT que pusiera un tope al alarmante crecimiento del arsenal nuclear soviético. En 1967 los soviéticos tenían 570 ICBM mientras que en 1969 tenían 1.050; es decir, habían alcanzado la paridad con Estados Unidos en estas armas. El Congreso se resistía a autorizar más gastos de defensa, por lo que Nixon supuso que un acuerdo SALT era la única forma posible de frenar el crecimiento del arsenal estratégico de la Unión Soviética. Además, ante la perspectiva de que los soviéticos instalaran un sistema ABM en todo su territorio nacional, Nixon pensaba que era urgente llegar a un acuerdo SALT.

Los auspicios eran buenos, toda vez que la Unión Soviética parecía aún más deseosa que Nixon de mejorar las relaciones entre las dos superpotencias. A las pocas horas de pronunciar Nixon el discurso de toma de posesión, los soviéticos le invitaron a reanudar pronto las SALT. Ansiaban preservar la paridad nuclear con Estados Unidos que estaban a punto de alcanzar y consideraban que un acuerdo SALT era la única forma de detener o frenar el despliegue de las nuevas ojivas de cargas múltiples (MIRV) norteamericanas, al menos hasta tener tiempo de desplegar las suyas.

Los factores económicos también fueron importantes en el deseo soviético de fomentar la distensión con Estados Unidos. Las granjas colectivizadas de la Unión Soviética no podían alimentar a la población del país y esta imposibilidad era cada vez más visible, como también lo era el descenso de la tasa de crecimiento industrial soviético. De hecho, el atraso relativo de la tecnología soviética quedó demostrado cuando los éxitos que se habían obtenido en el espacio a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta dieron paso a repetidos fracasos a finales de este último decenio. Los dirigentes soviéticos comprendieron que mitigar las tensiones con Estados Unidos era el requisito previo para obtener la muy necesaria ayuda económica y técnica de Occidente.

La Europa del Este era otra de las preocupaciones de los soviéticos. Incluso después de que las fuerzas del Pacto de Varsovia obligaran a Checoslovaquia a volver al redil del comunismo puro y duro, los soviéticos veían con inquietud la posibilidad de nuevos brotes de agitación en los otros estados satélites.

Los problemas con los satélites europeos no hicieron más que agravarse a causa del empeoramiento de la relación entre la Unión Soviética y China. En marzo de 1969, tras varios intercambios de disparos entre tropas soviéticas y chinas a orillas del río Ussuri, que separa Manchuria de Siberia, la perspectiva de una guerra chinosoviética no podía descartarse, en particular después de que la Unión Soviética concentrara cuarenta divisiones en la frontera con China. Al parecer, los soviéticos querían reducir las tensiones con Estados Unidos y sus aliados europeos aunque sólo fuese con el fin de quedar libres para ocuparse de los aparentemente irrazonables chinos.

HENRY KISSINGER

Mientras Nixon era la fuerza motriz de la nueva actitud ante la Unión Soviética, Henry Kissinger era su arquitecto intelectual. Profesor de Harvard antes de entrar en el gobierno en calidad de consejero de seguridad nacional y más adelante (a partir de 1973) secretario de Estado, Kissinger había criticado la actitud tradicional de Estados Unidos ante el mundo comunista, con su insis-

tencia en las soluciones militares en vez de diplomáticas para los problemas de la guerra fría. Opinaba que Estados Unidos tenía que apoyarse tanto en la diplomacia como en el poderío militar para promover eficazmente sus intereses nacionales en una escena internacional cada vez más complicada.

El objetivo principal de Kissinger era la creación de un nuevo entramado de relaciones internacionales en el cual la Unión Soviética pudiera participar como potencia no revolucionaria, lo cual permitiría resolver los problemas que habían perpetuado la guerra fría. A tal efecto, Kissinger procuró engranar a la Unión Soviética en una red de relaciones mutuamente beneficiosas con Estados Unidos, con la esperanza de que indujeran a los soviéticos a abandonar, o al menos frenar, su comportamiento agresivo. Kissinger no se hacía ilusiones de que esto sucediera de la noche a la mañana. Pensaba que a veces sería necesario que Estados Unidos refrenara el comportamiento de los soviéticos en el ámbito internacional. De hecho, Kissinger creía que Washington tendría que seguir una política de incentivos y amenazas: premiar a los soviéticos cuando cooperasen con Estados Unidos y frenarlos cuando no cooperasen.

Al igual que el presidente, Kissinger abogaba por las SALT. Creía que era necesario imponer cierta limitación a la carrera de armamentos nucleares para que ambos bandos tuvieran el grado requerido de seguridad que les permitiera llegar a los acuerdos necesarios para edificar la nueva relación cooperativa que constituía su objetivo. Si bien Kissinger estaba dispuesto a entablar conversaciones para llegar a un acuerdo SALT, igual importancia tenían para él Indochina, Oriente Próximo y el problema de Berlín. Kissinger seguía una controvertida política a la que se dio el nombre de «vinculación» y que consistía en vincular los progresos en las SALT con la disposición de los soviéticos a cooperar en estos asuntos.

La estrategia de vinculación de Kissinger molestaba muchísimo a los soviéticos. Pensaban que daba a entender que la Unión Soviética necesitaba un acuerdo SALT más que Estados Unidos. También eran reacios a reducir la ayuda que prestaban a las fuerzas revolucionarias de diversas partes del mundo. Debido a ello, la distensión entre soviéticos y norteamericanos no sólo tardó en florecer, como demostrarían los acontecimientos, sino que, además, sus raíces no fueron muy profundas.

LA DOCTRINA NIXON Y LAS SALT

Antes de entablar las SALT con los soviéticos, Kissinger había insistido en la necesidad de examinar la doctrina estratégica de Estados Unidos. En julio de 1969, una vez terminado el examen, el presidente dio a conocer la Doctrina Nixon durante una visita a Guam. La Doctrina Nixon se parecía a la estrategia de Kennedy y Johnson basada en la respuesta flexible porque insistía en

que Estados Unidos debía ser capaz de impedir la agresión comunista empleando para ello tanto fuerzas convencionales como nucleares. Sin embargo, en lugar de la capacidad de hacer dos guerras y media (es decir, de participar simultáneamente en conflictos en gran escala en Europa y Asia mientras hacía una guerra limitada en otra parte) que pedía la estrategia de Kennedy y Johnson, el gobierno de Nixon optó por la capacidad de hacer una guerra y media (esto es, tener fuerzas suficientes para hacer una guerra importante en un solo teatro a la vez que una guerra limitada en otra parte). De hecho, la Doctrina Nixon daba a entender que Estados Unidos ya no veía a China como una amenaza para sus intereses.

La Doctrina Nixon también se parecía a la estrategia de Eisenhower. Pedía a los aliados de Estados Unidos que fueran los principales encargados de responder a una agresión en tierra. Estados Unidos se limitaría a proporcionar ayuda complementaria de tipo convencional y, si hacía falta, nuclear. Debido en parte a la Doctrina Nixon y en parte a la inminente decisión de Washington de retirar sus fuerzas de tierra de Vietnam, los efectivos de las fuerzas convencionales de Estados Unidos disminuirían de forma apreciable durante el período de Nixon y Ford. Entre 1969 y 1975 el número de escuadrones aéreos descendería de 169 a 110; el de divisiones del ejército y la infantería de marina, de 23 a 16; y el de barcos de guerra, de 976 a 495.

«Suficiencia» era el nombre que daba Nixon al componente nuclear de su doctrina estratégica. Reflejaba la suposición de que mantener la superioridad nuclear de Estados Unidos en lo referente al número de misiles estratégicos resultaría prohibitiva e innecesariamente costosa. La «suficiencia» pedía que Estados Unidos tuviese la fuerza nuclear suficiente para infligir un nivel de daños inadmisibles a un posible agresor.

Al igual que Kennedy y Johnson, Nixon hizo hincapié en la fabricación de armas de contrafuerza capaces de destruir los silos «endurecidos» (reforzados) donde los soviéticos guardaban sus ICBM. Se consideraba que las armas de contrafuerza eran no sólo una opción mejor que una respuesta masiva y suicida contra las ciudades soviéticas, sino también la única posibilidad de que Estados Unidos aventajara a la Unión Soviética en el número de cabezas nucleares, en un momento en que reconocía la superioridad soviética en el número de lanzamisiles. Por consiguiente, a finales de 1971 el gobierno de Nixon aceleró la fabricación de un bombardero B-1 capaz de transportar armas de contrafuerza, así como la del submarino Trident.

Nixon también decidió seguir adelante con la fabricación de un ABM, al que se rebautizó con el nombre de Safeguard. Arguyó que era necesario para proteger los silos Minuteman de un ataque nuclear soviético y proteger a la nación de un lanzamiento accidental o un ataque por parte de una futura potencia nuclear. El gobierno también tenía la esperanza de utilizar el Safeguard como baza para obtener concesiones de los soviéticos en las SALT.

Pese a las objeciones de los críticos que argüían que el Safeguard sería inviable, un despilfarro, el programa fue aprobado el 6 de agosto de 1970 por un margen estrechísimo. El voto del vicepresidente, Spiro Agnew, deshizo el empate en el Senado. Al final, sin embargo, se construyó un solo emplazamiento de misiles Safeguard en vez de los doce que se habían previsto al principio, e incluso el que llegó a construirse se cerró en 1975 después de que el sucesor de Nixon, Gerald Ford, aceptara el argumento de los críticos según el cual el Safeguard sería destruido inevitablemente por los MIRV soviéticos.

Una vez terminado el examen de la capacidad militar del país, el gobierno accedió finalmente a empezar las SALT en noviembre de 1969, pero las conversaciones, que se celebraron en Helsinki, Finlandia, se estancaron rápidamente. El obstáculo principal fue decidir si en un tratado debían incluirse tanto las armas ofensivas como las defensivas. Los soviéticos querían un acuerdo que limitara sólo las armas defensivas porque esto les permitiría restringir el despliegue del sistema ABM norteamericano al tiempo que ellos podían crear su programa MIRV. Estados Unidos, en cambio, quería limitar tanto los sistemas de armas ofensivas como defensivas con el fin de bloquear la creación de una capacidad MIRV por parte de los soviéticos que, sumada a su superioridad en el número de misiles, hubiera dado a la Unión Soviética una ventaja enorme en el número de cabezas nucleares. Las conversaciones seguirían encalladas hasta que, dieciocho meses después, en mayo de 1971, los soviéticos finalmente estuvieron de acuerdo en que las limitaciones afectasen tanto a los sistemas de armas nucleares ofensivas como defensivas.

LA OSTPOLITIK Y BERLÍN

Si bien el gobierno de Nixon prefirió actuar despacio en el fomento de la distensión, principalmente para dar a la vinculación tiempo de evolucionar, los aliados de Estados Unidos en la Europa occidental ansiaban mejorar las relaciones con los soviéticos rápidamente para reducir las tensiones en Europa y abrir el bloque oriental al comercio, las ideas y los viajeros occidentales.

Bajo la dirección del canciller Willy Brandt, Bonn tomó la iniciativa en la tarea de normalizar las relaciones de Occidente con el bloque soviético. En 1967 Alemania occidental estableció relaciones diplomáticas con Rumania y al año siguiente con Yugoslavia. En diciembre de 1970 se normalizaron las relaciones con Polonia por medio de un tratado que reconocía las fronteras existentes, incluida la occidental de Polonia, la línea Oder-Neisse. En 1974 Alemania occidental ya mantenía relaciones diplomáticas también con Checoslovaquia, Bulgaria y Hungría.

Asimismo, Brandt tomó la iniciativa e intentó resolver el problema de Berlín. En un tratado que firmaron en agosto de 1970, Alemania occidental

y la Unión Soviética renunciaron al uso de la fuerza y reconocieron las fronteras existentes en Europa. Los soviéticos también confirmaron el derecho de Alemania a reunificarse por medios pacíficos.

Pensando en la reunificación, Brandt definió una nueva relación entre Alemania occidental y Alemania oriental. Poco después de ser elegido canciller en octubre de 1969, indicó que la República Democrática Alemana debía considerarse un estado independiente dentro de una única nación alemana. El 21 de diciembre de 1973 las dos Alemanias firmaron un tratado que reafirmaba la inviolabilidad de su frontera común.

La *Ostpolitik* de Brandt alarmó al gobierno de Nixon. Kissinger insistió en que los aliados debían seguir la iniciativa de Estados Unidos en la búsqueda de la distensión. Washington no sólo quería vincular el avance de la distensión con las concesiones soviéticas no únicamente en asuntos de naturaleza puramente europea, tales como Berlín y las reducciones de fuerzas convencionales, sino también en asuntos que revestían importancia especial para Estados Unidos como, por ejemplo, las SALT y la guerra de Vietnam. Además, Kissinger temía que Brandt hiciera concesiones a Moscú que debilitasen a la OTAN. En un intento de controlar la *Ostpolitik* de Brandt, Kissinger presionó para que las cuatro potencias llegaran a un acuerdo sobre Berlín como condición para que Occidente diese su aprobación definitiva al tratado entre la Unión Soviética y Alemania occidental.

Si bien no cabe duda de que los soviéticos pensaban utilizar la distensión para dividir a la OTAN, como temía Kissinger, éste era sólo uno de sus objetivos. También querían que el *statu quo* en la Europa central permaneciera invariable porque así podrían consolidar su dominio en la Europa del Este y quedar libres para hacer frente a los chinos, si era necesario. Además, los soviéticos comprendieron que para fomentar la distensión tenían que resolver el problema alemán. Un acuerdo sobre Berlín mejoraría las probabilidades de que las SALT dieran buenos resultados, lo que a su vez mejoraría las perspectivas de obtener la ayuda económica occidental que tanto necesitaban. En vista de ello, accedieron a participar en las conversaciones a nivel de embajadores que las cuatro potencias empezaron el 26 de marzo de 1970 para hablar de Berlín.

LA BAZA DE CHINA

Mientras celebraba las SALT con los soviéticos, así como conversaciones sobre Berlín y otros asuntos relacionados con la vinculación, el gobierno de Nixon también dio el primer paso para mejorar las relaciones con China. La iniciativa de la nueva política con respecto a China fue de Nixon. En un artículo que publicó *Foreign Affairs* en octubre de 1967, Nixon escribió que «toda política norteamericana debe abordar con urgencia la realidad de China. No hay

ningún lugar en este pequeño planeta para que mil millones de sus habitantes potencialmente más capacitados vivan en airado aislamiento».² Nixon se dio cuenta de que un acercamiento entre China y Estados Unidos no sólo podía sumar influencia a la política norteamericana para con los soviéticos, sino que, además, quizá facilitaría una retirada militar honrosa de los norteamericanos del conflicto de Vietnam.

Los dirigentes chinos también empezaban a mostrarse favorables a la idea de mejorar las relaciones con Estados Unidos. Los chinos se alarmaron al producirse la invasión soviética de Checoslovaquia en agosto de 1968, así como a causa de la llamada Doctrina Breznev con que los soviéticos trataron de justificar dicha invasión. Breznev proclamó el derecho de la Unión Soviética a intervenir en defensa del socialismo en los estados vecinos, y los chinos temían que entre éstos estuviera su propio país. De hecho, el conflicto del río Ussuri en marzo de 1969 puede verse como un intento chino de demostrar a los soviéticos que, a diferencia de los checoslovacos, China opondría resistencia si los soviéticos invadían su territorio.

En este sentido, los chinos recibieron un apoyo importantísimo del nuevo gobierno de Washington. A mediados de 1969 Kissinger y el presidente habían formulado la «tesis revolucionaria» de que los intereses de Estados Unidos no saldrían beneficiados si la Unión Soviética «destruía» militarmente a China. A comienzos de octubre de 1969, sin anunciarlo públicamente, Nixon puso el Mando Aéreo Estratégico en estado de alerta nuclear máxima, sin duda para impresionar a los soviéticos demostrando que su gobierno estaba decidido a impedir que lanzasen un ataque nuclear contra China. Nixon ya había declarado que Estados Unidos «proporcionará un escudo si una potencia nuclear amenaza la libertad de una nación aliada con nosotros o de una nación cuya supervivencia consideremos de la mayor importancia para nuestra seguridad».³

Obviamente, los soviéticos entendieron lo que quería decir Nixon. El 20 de octubre de 1969 enviaron al presidente un memorándum que advertía que cualquier intento norteamericano de sacar provecho de la disputa con los chinos perjudicaría las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Quizá no fue coincidencia que aquel mismo día representantes soviéticos y chinos empezaran las negociaciones que al cabo de un tiempo pondrían fin a la crisis del río Ussuri.

Mientras los soviéticos aflojaban la presión sobre la frontera septentrional de China, el gobierno de Nixon dio los primeros pasos para reducir la presencia militar norteamericana en la periferia meridional de China, esto es, en Vietnam. En julio de 1969 Nixon anunció una reducción del tope autorizado de tropas estadounidenses, que de 549.500 soldados pasó a ser de 484.000, antes del 15 de diciembre de 1969. En realidad fue el principio de la larga retirada de las fuerzas terrestres norteamericanas de Vietnam. Nixon también

permitió que intelectuales, periodistas y estudiantes norteamericanos viajaran a China, suspendió las patrullas de la marina estadounidense en el estrecho de Taiwan y suprimió el tope de 100 dólares a la compra de artículos chinos por parte de norteamericanos.

En enero de 1970, en este clima de mejora de las relaciones entre los chinos y los norteamericanos, se reanudaron las conversaciones de Varsovia. En una segunda reunión celebrada en febrero, los chinos anunciaron que la delegación norteamericana sería bienvenida en Beijing. Sin embargo, los chinos cancelaron una tercera reunión que debía celebrarse en Varsovia, en mayo, después de que fuerzas de tierra estadounidenses invadieran Camboya en un intento de destruir las bases que el Vietcong tenía en dicho país.

No obstante, el gobierno de Nixon aceleró su esfuerzo por mejorar las relaciones con China. En el otoño de 1970 Washington abrió vías diplomáticas secretas con China por mediación de Rumania y Pakistán. En marzo de 1971 los chinos respondieron invitando a un enviado norteamericano a visitar Beijing. Así pues, Kissinger hizo una visita secreta a la capital china del 9 al 11 de julio de 1971. Durante ella, él y Zhu Enlai acordaron en principio que Taiwan debía considerarse parte de China y que el futuro político de la isla debían resolverlo pacíficamente los propios chinos. Los dos hombres también acordaron que el futuro político de Vietnam del Sur tendrían que resolverlo los vietnamitas sin intervención ajena. Zhu invitó luego a Nixon a visitar China, y el presidente se apresuró a aceptar la invitación.

Nixon respondió haciendo más concesiones. Levantó el embargo al comercio con China, ordenó la interrupción de los vuelos de espionaje sobre territorio chino y anuló la decisión de desplegar armas nucleares cerca de la China continental. El gobierno Nixon también dio marcha atrás a la antigua política norteamericana de oponerse al ingreso de China en las Naciones Unidas, al tiempo que insistía en que era necesario encontrar una fórmula que permitiese que Taiwan siguiera representada en la organización mundial. Si bien esta medida causaría tensiones en la relación entre Estados Unidos y Taiwan, también demostró que el objetivo de normalizar las relaciones con China tenía ahora mayor prioridad.

EL DESHIELO DE LAS RELACIONES SOVIETICONORTEAMERICANAS, 1971

La noticia de la visita secreta de Kissinger a Beijing, y el posterior anuncio, en julio de 1971, de que Nixon haría una visita oficial a China en 1972, no gustaron al gobierno soviético. Con todo, tal como acertadamente habían predicho Nixon y Kissinger, el acercamiento a China indujo a los soviéticos a adoptar una actitud más complaciente ante Estados Unidos.

En mayo de 1971 tuvo lugar un avance en las SALT. Ambas partes acordaron que el tratado se concentrara en las armas defensivas y que un acuerdo provisional pusiera un tope al número de misiles ofensivos o ICBM. El avance en las SALT se produjo muy poco después de otros acuerdos relativos al control de armamentos: el Acuerdo sobre Misiones Espaciales Conjuntas (octubre de 1970) y un tratado que se firmó en febrero de 1971 y que prohibía el emplazamiento de armas nucleares en el fondo de los mares o los océanos. En septiembre de 1971 las superpotencias también firmaron el Acuerdo sobre Medidas para Reducir el Riesgo de un Estallido Accidental de la Guerra Nuclear.

En mayo de 1971 las superpotencias también superaron el punto muerto en que se encontraba una conferencia sobre la seguridad europea. Estados Unidos accedió a participar en ella si la Unión Soviética se comprometía a tomar parte en las conversaciones para la reducción mutua y equilibrada de fuerzas (convencionales), que empezaron en 1972 y se conocieron por el nombre de MBFR.

Las superpotencias aprobaron el Tratado Cuatripartito sobre Berlín en agosto de 1971. En virtud del mismo los soviéticos —por primera vez— garantizaron el acceso sin trabas, por carretera y ferrocarril, de Alemania occidental a Berlín occidental y aceptaron el derecho de los berlineses occidentales a visitar Alemania oriental y Berlín oriental durante treinta días cada año. Los soviéticos también reconocieron el derecho de los berlineses occidentales de viajar con pasaporte de Alemania occidental así como el derecho de Bonn de representar a Berlín occidental en los organismos internacionales.

Las superpotencias también hicieron progresos significativos en el fomento del comercio. En mayo de 1971, como parte del avance de las SALT que se negoció aquel mes, Estados Unidos acordó secretamente vender a los soviéticos cereales por valor de 136 millones de dólares. En febrero de 1972, después de negociar con el departamento de Estado, el gobierno soviético accedió a reanudar las conversaciones para la resolución de los asuntos pendientes relacionados con la Ley de Préstamos y Arriendos como parte de un acuerdo comercial más amplio. A cambio, el gobierno de Nixon anunció que intentaría obtener la autorización del Congreso para reducir las restricciones a las exportaciones norteamericanas a la Unión Soviética, así como conceder a ésta el estatuto de nación más favorecida imponiendo los aranceles más bajos.

Para no ser menos ante la proximidad de la conferencia en la cumbre entre chinos y norteamericanos, los soviéticos invitaron a Nixon a entrevistarse con Breznev en Moscú. Nixon había solicitado que se celebrara una conferencia en la cumbre a mediados de 1970, pero los soviéticos se habían mostrado reacios a ello cuando había transcurrido tan poco tiempo desde la incursión norteamericana en Camboya. Otros problemas bloquearon la cele-

bración de una cumbre el año siguiente: la elección de un marxista, Salvador Allende, como presidente de Chile, la invasión de Jordania por los sirios y el descubrimiento por los estadounidenses de una base de submarinos soviéticos en Cienfuegos, Cuba. Sólo después de que Estados Unidos accediera a concluir las conversaciones sobre Berlín, en lo que vino a ser una forma de vinculación al revés, accedieron finalmente los soviéticos a participar en una conferencia en la cumbre. El 14 de octubre se anunció que la cumbre de Moscú tendría lugar en mayo de 1972.

LA GUERRA ENTRE LA INDIA Y PAKISTÁN, 1971

La cumbre de Moscú estuvo a punto de no celebrarse por culpa de una guerra entre la India y Pakistán. La crisis empezó cuando la provincia paquistaní de Bengala oriental, que estaba separada de Pakistán occidental por más de 1.600 kilómetros de territorio indio hostil, se alzó en armas contra las autoridades centrales de Islamabad. La guerra entre Pakistán y la India estalló al intervenir los indios para ayudar a los independentistas de Bengala oriental.

No cabe duda de que los soviéticos fomentaron el estallido de este conflicto. En un intento de humillar a los chinos, que habían favorecido a Pakistán, la Unión Soviética firmó un tratado de amistad con la India el 9 de agosto de 1971. El tratado disponía que los dos países se consultarían mutuamente, además de ayudarse militarmente, si uno de los dos era amenazado por un tercer país. No hace falta decir que el momento escogido para firmar el tratado, poco después de anunciarse que el presidente Nixon visitaría China, no fue pura coincidencia.

Antes de firmar el tratado de amistad con la Unión Soviética, la eterna hostilidad de la India con respecto a Pakistán se había visto frenada por el miedo a China, que, como hemos dicho, había favorecido a los paquistaníes. Ahora los indios, alentados por Moscú, aumentaron su ayuda a los rebeldes de Bengala oriental, con lo cual desafiaron no sólo a Pakistán sino también a China. El 21 de noviembre de 1971 el enfrentamiento militar de la India con Pakistán se convirtió en guerra declarada.

Mientras las fuerzas indias invadían Bengala oriental, el gobierno de Nixon advirtió a los soviéticos, el 10 de diciembre, que Estados Unidos estaba dispuesto a utilizar la fuerza contra la India si ésta atacaba a Pakistán. Para dar más énfasis a su advertencia, aquel mismo día el presidente ordenó que fuerzas navales estadounidenses se dirigieran al golfo de Bengala. Simultáneamente, los chinos empezaron a concentrar tropas en las fronteras de Sikkim y Bután, dos protectorados indios.

Los soviéticos respondieron a las medidas chinas y norteamericanas enviando sus propias unidades navales al océano Índico y formulando amenazas

apenas veladas de usar armas nucleares contra los chinos. Sin embargo, parece ser que los soviéticos no querían que la crisis se convirtiera en un enfrentamiento entre las superpotencias ni que perturbase sus esfuerzos por aumentar la distensión con Occidente. En consecuencia, el 14 de diciembre presionaron a los indios para que concluyeran rápidamente sus operaciones militares en Bengala oriental y se abstuvieran de atacar a Pakistán. El 16 de diciembre, con la caída de Dacca, la capital de Bengala oriental, los indios declararon un alto el fuego.

Si bien Estados Unidos logró defender la integridad territorial de Pakistán occidental, no pudo impedir que Bengala oriental se proclamara independiente (con el nombre de Bangladesh). En realidad, un aliado de Estados Unidos y amigo de China fue derrotado. La respuesta de Pakistán fue abandonar la SEATO en 1972. Otra consecuencia negativa fue que la aparición de fuerzas navales estadounidenses con armas nucleares ante las costas de la India contribuyó a que ésta decidiera hacer estallar un artefacto nuclear en 1974.

EL VIAJE DE NIXON A CHINA

El 15 de julio de 1971 el mundo se llevó una sorpresa al anunciar Nixon que viajaría a China antes de mayo de 1972. El presidente también ordenó que se redujera la guarnición norteamericana de Taiwan, integrada por 9.000 soldados. En agosto del año anterior William Rogers, el secretario de Estado, había anunciado que Estados Unidos no seguiría oponiéndose al ingreso de Beijing en las Naciones Unidas, siempre y cuando se permitiera que Taiwan siguiese teniendo un representante en la organización mundial. Sin embargo, a pesar de las intensas presiones de última hora del embajador norteamericano en la ONU, George Bush, para que Taiwan pudiese seguir en las Naciones Unidas, el 25 de octubre de 1972 la Asamblea General acordó, por 76 votos a favor y 35 en contra, expulsar a Taiwan de la ONU y permitir que Beijing representara a China.

No obstante, el viaje de Nixon a China, que duró del 21 al 28 de febrero de 1972, fue un gran éxito diplomático. Kissinger se llevó una agradable sorpresa cuando él y Nixon fueron invitados a entrevistarse con Mao Zedong inmediatamente después de su llegada a la capital china. Como no pudieron ponerse totalmente de acuerdo sobre Taiwan, ambas partes firmaron un comunicado conjunto en Shanghai en el cual cada una de ellas exponía su postura ante el asunto. Los chinos insistieron en que Taiwan era parte de China y «la cuestión crítica que obstaculiza la normalización de las relaciones entre China y Estados Unidos». Los norteamericanos reconocieron que no había «sino una China y que Taiwan (era) parte de China». Sin embargo, los norteamericanos también insistieron en «que los propios chinos resolvieran pacífi-

camente la cuestión de Taiwan». Además, prometieron «la retirada final de todas sus fuerzas e instalaciones militares de Taiwan» y una reducción gradual de las fuerzas de Estados Unidos «al disminuir la tensión en la zona». El significado implícito de esta promesa era que Estados Unidos se retiraría paulatinamente de Vietnam al acercarse el final de la guerra, pero la retirada total no tendría lugar hasta después de que Beijing renunciara oficialmente a la fuerza como medio de «liberar» Taiwan.⁴ Si bien los compromisos norteamericanos del comunicado de Shanghai representaban concesiones importantes a los chinos, también beneficiaron a Estados Unidos, como había pretendido Kissinger, porque daban a los chinos participación en la tarea de poner fin a la guerra de Vietnam.

Además del comunicado de Shanghai, los norteamericanos y los chinos firmaron acuerdos sobre viajes, turismo y comercio. También acordaron que Estados Unidos tendría un representante en Beijing. Un año después se abrieron en Washington y Beijing oficinas de enlace oficiales, que a todos los efectos eran embajadas.

En el banquete final, Nixon proclamó que su visita a China había sido «una semana que [había] cambiado el mundo».⁵ Y en muchos sentidos así fue. En Moscú, sin embargo, la reacción fue de enfado hosco y suspicacia. En Tokio, que no fue consultado sobre el viaje del presidente antes de anunciarlo, cayó el gobierno de Eisaku Sato. En Taiwan, Jiang Jieshi declaró que Estados Unidos ya no era un aliado en el que se pudiese confiar. Resultaba obvio que China era ahora un factor importante en la dirección de la diplomacia norteamericana.

UNA NUEVA ESTRATEGIA EN VIETNAM

Poco después de entrar en la Casa Blanca, Nixon asignó a Kissinger y al Consejo de Seguridad Nacional, presidido por éste, la tarea de formular una estrategia que permitiese a Estados Unidos poner fin «con honor» a su participación en el conflicto de Vietnam. Lo irónico del asunto radica en que durante el decenio de 1960 Kissinger había criticado con frecuencia la intervención estadounidense en Vietnam. Consideró un error que Kennedy enviase 16.000 consejeros militares a Vietnam del Sur, si se tenía en cuenta que los franceses no habían logrado derrotar al Vietminh con 200.000 soldados, y opinó que era una tragedia nacional que Johnson aumentara el compromiso norteamericano con Vietnam del Sur hasta cifrarlo en 500.000 hombres y mujeres. No obstante, Kissinger creía que Estados Unidos no podía retirarse precipitadamente de Vietnam sin destruir su capacidad de mantener el equilibrio de poder mundial en otras partes.

Al mismo tiempo, sin embargo, Kissinger se daba cuenta de que el pue-

blo y el Congreso norteamericanos no permitirían que la intervención estadounidense en el conflicto continuase indefinidamente. Decidió, con el apoyo de Nixon, que las tropas norteamericanas deberían retirarse gradualmente de Vietnam del Sur y que la defensa del país se encomendaría a los propios sudvietnamitas, proceso al que se llamó «vietnamización». En 1969, se retiraron de Vietnam del Sur 65.000 soldados norteamericanos; al año siguiente, 50.000; y en 1971, 250.000. A mediados de agosto de 1972 las últimas unidades de combate en tierra norteamericanas abandonarían Vietnam.

Poco antes de que Nixon le nombrase consejero para la seguridad nacional, Kissinger ideó una estrategia de dos vías para las negociaciones de paz en Vietnam. Una vía consistía en negociaciones entre Estados Unidos y Vietnam del Norte. Su objetivo era una resolución militar de la guerra que permitiese la retirada de las fuerzas estadounidenses de Vietnam. La otra vía consistía en negociaciones entre el gobierno de Saigón y el Frente de Liberación Nacional para determinar el futuro político de Vietnam del Sur. Después de que se alcanzaran acuerdos en ambas negociaciones, se convocaría una conferencia internacional que se encargaría de formular garantías y salvaguardas. Kissinger añadió que «una vez se hayan retirado las fuerzas y las presiones nordvietnamitas, Estados Unidos no tiene ninguna obligación de mantener un gobierno en Saigón por la fuerza».⁶

A pesar de la retirada de tropas estadounidenses, Nixon no tenía ninguna intención de abandonar Vietnam del Sur. Quería una paz que durase, una paz que justificara los sacrificios que habían hecho los norteamericanos muertos en Vietnam. Debido a ello, Nixon estaba más preocupado por la supervivencia de Vietnam del Sur que Kissinger e insistió en reforzar el ejército sudvietnamita antes de firmar un acuerdo de paz. Sólo en 1969, Estados Unidos envió a los sudvietnamitas armas y material por valor de 1.000 millones de dólares.

Para cubrir la retirada norteamericana, mientras se daba tiempo para reforzar el ejército sudvietnamita, Washington intensificó la guerra aérea sobre Vietnam del Sur y, sin anunciarlo públicamente, empezó a bombardear las bases del Vietcong en la vecina Camboya en marzo de 1969. Al modo de ver de Nixon, la intensificación de la guerra aérea era principalmente una forma de debilitar a Vietnam del Norte y mejorar las probabilidades de supervivencia de Saigón después de la retirada norteamericana, pero Kissinger la veía principalmente como el medio de obligar a los nordvietnamitas a aceptar su estrategia de dos vías. En aquel entonces el presidente y su consejero de seguridad nacional ya iban camino de un enfrentamiento a causa de Vietnam.

LAS CONVERSACIONES DE PAZ EN PARÍS

No tardó en resultar obvio, poco después de que se reanudaran las conversaciones de paz en París a finales de enero de 1969, que Hanoi no aceptaría la fórmula de dos vías de Kissinger para terminar la guerra. En lugar de ello, los nordvietnamitas llevaron a cabo una negociación de vía única y afirmaron que los elementos militares y políticos de un acuerdo eran inseparables. Por tanto, los nordvietnamitas rechazaron la propuesta de Kissinger de una retirada mutua de tropas y en su lugar insistieron en una retirada unilateral de los estadounidenses. También se negaron a aceptar la continuación del régimen del presidente sudvietnamita, Nguyen Van Thieu, e insistieron en que debía ser sustituido por el Gobierno Revolucionario Provisional (GRP), que era el nuevo nombre del Frente de Liberación Nacional. Sólo entonces, al parecer, aceptarían los nordvietnamitas una resolución negociada de la guerra.

Así pues, en lugar de contribuir a que las negociaciones avanzasen, la decisión de Nixon de empezar la retirada unilateral de tropas no hizo más que inducir a los nordvietnamitas a creer que nada podía evitar que conquistasen Vietnam del Sur. Asimismo, cuantos más soldados norteamericanos se retiraban de Vietnam sin que se hicieran progresos en las negociaciones, menor era el incentivo de Hanoi para llegar a algún acuerdo. Del mismo modo que el gobierno de Johnson había renunciado a una baza para negociar al interrumpir el bombardeo de Vietnam del Norte en 1968, la decisión del gobierno de Nixon de retirar sus tropas unilateralmente de Vietnam del Sur redujo la influencia estadounidense sobre los nordvietnamitas.

Mientras las conversaciones de París se alargaban sin que se viera el final, se produjo una reactivación del movimiento contra la guerra en Estados Unidos. El 15 de octubre de 1969 empezaron las manifestaciones en toda la nación para exigir una suspensión de la guerra. En un discurso que dirigió a todo el país a comienzos de noviembre, Nixon respondió pidiendo apoyo y paciencia a la «gran mayoría silenciosa» del pueblo norteamericano. La favorable reacción pública al discurso dio a Kissinger más tiempo para negociar con Le Duc Tho, el nuevo jefe de los negociadores nordvietnamitas. Pese a que hizo cuatro viajes a París entre febrero y abril de 1970, las conversaciones siguieron estancadas.

CAMBOYA

En la primavera de 1970 las conversaciones de paz en París quedaron eclipsadas por los acontecimientos de Camboya. En marzo, el gobernante neutralista de Camboya, el príncipe Norodom Sihanuk, fue derrocado por Lon Nol,

militar derechista que rápidamente comenzó una campaña para limpiar su país de comunistas. A mediados de abril, sin embargo, los comunistas camboyanos (los llamados jemereros rojos), apoyados por Vietnam del Norte, habían rodeado la capital, Phnom Penh, y amenazaban con derrocar a Lon Nol. Éste, presa de la desesperación, pidió ayuda militar a Estados Unidos. Nixon, alarmado, temió que una victoria comunista en Camboya debilitara la capacidad de un Vietnam del Sur no comunista para sobrevivir a la retirada militar que planeaban los norteamericanos. Además, tanto al presidente como a Kissinger les preocupaba la posibilidad de que la denegación de ayuda a Lon Nol hiciera dudar de las garantías que Estados Unidos había dado a otros estados clientes. Por consiguiente, el 30 de abril de 1970 Nixon anunció que iba a enviar tropas estadounidenses a Camboya para destruir los refugios del Vietcong en ese país. El presidente dijo a toda la nación que «si, a la hora de la verdad, la nación más poderosa del mundo se comporta como un gigante lastimoso e impotente, las fuerzas del totalitarismo y la anarquía amenazarán a las naciones e instituciones libres de todo el mundo...».⁷

La incursión norteamericana en Camboya provocó las mayores manifestaciones contra la guerra de la era de Vietnam. La agitación se extendió a centenares de universidades. En la Kent State University de Ohio cuatro estudiantes murieron cuando la guardia nacional abrió fuego contra los manifestantes. En vez de acortar la guerra, la invasión norteamericana la amplió. Cuando las tropas de Estados Unidos se retiraron de Camboya en julio de 1970, la mitad del país estaba en manos de los comunistas. En 1975, al producirse el derrumbamiento de Vietnam del Sur, los jemereros rojos acabarían por conquistar Camboya y matarían a un millón de los seis millones de habitantes del país antes de que un ejército invasor vietnamita los derribara en 1978.

LAOS

A finales de 1970 Kissinger había llegado a la conclusión de que, como no fuera abandonando a Thieu, la única forma de salir del punto muerto en las conversaciones de paz en París era declarar un alto el fuego *in situ*. A su modo de ver, si se permitía a las fuerzas comunistas retener el territorio que controlaban en Vietnam del Sur, un alto el fuego *in situ* ofrecía a Hanoi una perspectiva razonable de alcanzar la victoria final. Kissinger creía que esto era un requisito previo para hacer que los nordvietnamitas firmasen un acuerdo de paz.

Kissinger hizo en secreto la propuesta de un alto el fuego *in situ* a los nordvietnamitas en septiembre de 1970. Pero los nordvietnamitas lo rechazaron mientras Estados Unidos no aceptase su programa de cuatro puntos, que exigía la destitución inmediata del gobierno de Thieu y su sustitución por un gobierno de coalición dominado por el GRP. Hanoi se negó a considerar un

alto el fuego *in situ* porque en 1970 su posición en Vietnam del Sur no era lo bastante fuerte como para justificar su aceptación. Durante el resto de la guerra, Hanoi se concentraría en crear y reforzar la infraestructura comunista en Vietnam del Sur para tener la seguridad de que cuando llegase el momento de aceptar un alto el fuego *in situ* los comunistas dominasen el país.

Los nordvietnamitas también intensificaron los envíos de tropas y pertrechos por la ruta de Ho Chi Minh, que atravesaba Laos y penetraba en Vietnam del Sur. En un intento de cortarla, a principios de 1971 Nixon aprobó un plan que permitía que el ejército sudvietnamita cruzara la frontera con Laos. Después de la experiencia de Camboya, Nixon no quería emplear tropas norteamericanas en la operación, pero accedió a dar apoyo aéreo a los 20.000 soldados sudvietnamitas que penetraron en Laos en febrero. No obstante, los sudvietnamitas fueron rechazados por las fuerzas nordvietnamitas y se retiraron dos meses después.

Tras el fracaso de la operación en Laos, Kissinger volvió a tomar la iniciativa diplomática. Logró que el presidente hiciera dos concesiones más a los nordvietnamitas. La primera fue prometer que retiraría todas las fuerzas norteamericanas que quedaban en el plazo de seis meses a partir de la firma del acuerdo; la segunda fue la promesa de que Thieu dimitiría un mes antes de que se celebraran elecciones en Vietnam del Sur. Durante 1971 Kissinger fue seis veces a París para tratar de llegar a un acuerdo con Le Duc Tho. Y seis veces insistió Le Duc Tho en que Thieu fuera apartado inmediatamente del poder y en que Estados Unidos pusiera fecha a su retirada total.

Finalmente, Kissinger comprendió que Hanoi no transigiría y no firmaría un acuerdo de paz a menos que Estados Unidos accediera a destituir a Thieu. Sólo entonces permitirían los nordvietnamitas que Estados Unidos se retirase «con honor» de Vietnam. En consecuencia, a finales de 1971 Kissinger ya había sacado la conclusión de que la única forma de conseguir que Hanoi aceptase un acuerdo negociado era aislar a Vietnam del Norte de sus principales fuentes de abastecimiento, la Unión Soviética y China. Creyó que esto podía lograrse fomentando la distensión con ambas potencias comunistas.

DIPLOMACIA TRIANGULAR

Tal como había esperado Kissinger, a medida que fueron mejorando las relaciones entre los norteamericanos y los chinos, éstos se mostraron cada vez más dispuestos a ayudar a Estados Unidos a salir del atolladero de Vietnam. La motivación de los chinos no era sólo el deseo de seguir contando con el apoyo de Estados Unidos contra la Unión Soviética, sino también la esperanza de mantener Vietnam dividido y, por ende, más dócil a los deseos de China. Lo

último que querían los chinos era un cliente soviético unificado y muy militarizado en su frontera meridional.

Debido a ello, si bien los chinos criticaron enérgicamente a Nixon por llevar la guerra a Camboya y Laos, no hicieron nada al respecto. De hecho, en noviembre de 1971 Mao Zedong reprendió personalmente al primer ministro nordvietnamita, Pham Van Dong, por negarse a llegar a un acuerdo con los norteamericanos. También rechazó sumariamente la petición nordvietnamita de que se cancelara la visita de Nixon a China. La culminación del viaje del presidente, el comunicado de Shanghai, no mencionaba para nada Vietnam. Los chinos, mientras tanto, redujeron el abastecimiento de los nordvietnamitas al negar a los soviéticos los derechos de paso por China.

Kissinger se llevó una sorpresa al comprobar que los soviéticos estaban menos dispuestos a cooperar que los chinos, al menos al principio. Había pensado que los soviéticos accederían a ayudar a Estados Unidos a retirarse de Vietnam con el fin de asegurarse un acuerdo SALT, el acceso al comercio y la ayuda económica occidentales y otros beneficios de la distensión. Pero, de hecho, la ayuda soviética a Vietnam del Norte aumentó durante los primeros años de Nixon en la Casa Blanca. Los soviéticos no sólo deseaban crear un estado cliente fuerte en el flanco meridional de China, sino que, además, querían que Estados Unidos continuara atado en Vietnam tanto tiempo como fuera posible para impedir el traspaso de recursos norteamericanos a otras zonas donde los intereses soviéticos eran más extensos, tales como Europa y Oriente Próximo.

La poca disposición de los soviéticos a ayudar a Estados Unidos a resolver el problema de la guerra enfureció a Nixon. «Si la Unión Soviética no nos ayuda a alcanzar la paz —dijo al embajador soviético, Anatoly Dobrynin—, tendremos que emplear nuestros propios métodos para poner fin a la guerra.»⁸ Para que esto quedase bien claro, Estados Unidos dio largas a todas las negociaciones en las que estaba interesada la Unión Soviética: SALT, Oriente Próximo y la ampliación de las relaciones económicas.

Hasta 1971 no empezó la política soviética con respecto a Vietnam a responder a las presiones norteamericanas. El cambio se produjo no sólo porque los soviéticos deseaban superar el atasco relativo a Berlín y a las SALT, sino también porque Estados Unidos hizo concesiones que los soviéticos creían que los nordvietnamitas podían y debían aceptar. Los soviéticos juzgaron especialmente atractiva la propuesta norteamericana de un alto el fuego *in situ*, sobre todo porque ofrecía a los nordvietnamitas la perspectiva de controlar una parte considerable de Vietnam del Sur después de que se retiraran los norteamericanos.

La situación que preveían los soviéticos para el fin de la guerra constaba de tres fases. En primer lugar, Vietnam del Norte tendría que organizar una gran ofensiva para introducir sus fuerzas en Vietnam del Sur. En segundo lu-

gar, una vez tuviese fuerzas numerosas en Vietnam del Sur, Hanoi negociaría un acuerdo que permitiría que los norteamericanos se retiraran. Finalmente, una vez concluida la retirada norteamericana, Moscú apoyaría la reanudación de la conquista de Vietnam del Sur por parte de Hanoi. Los soviéticos sacaron la conclusión de que podían apoyar el plan de Kissinger para poner fin a la guerra, con la importante excepción de su resultado final, la derrota definitiva de Vietnam del Sur.

LA OFENSIVA NORDVIETNAMITA, PRIMAVERA DE 1972

Como parte de los preparativos para la ofensiva de Hanoi, en agosto de 1971 la Unión Soviética empezó a enviar a los nordvietnamitas grandes cantidades de pertrechos militares. No cabe duda de que a los nordvietnamitas les molestó la subordinación de su estrategia militar a los requisitos de la diplomacia de distensión de la Unión Soviética, pero como dependían de la ayuda militar de los soviéticos, no tuvieron más remedio que tolerar la injerencia de los mismos en sus planes de guerra.

En marzo de 1972 empezó la ofensiva nordvietnamita. Encabezados por tanques de fabricación soviética, 120.000 soldados nordvietnamitas penetraron en Vietnam del Sur después de cruzar la zona desmilitarizada, en la región de Vietnam Central Alto, y en la región situada al noroeste de Saigón. La sorpresa fue casi total y los atacantes derrotaron a las fuerzas defensoras sudvietnamitas y avanzaron rápidamente hacia las poblaciones de Quang Tri en el norte, Kontum en la región de Vietnam Central Alto, y An Loc, sólo unos 96 kilómetros al norte de Saigón. Thieu se vio obligado a emplear la mayor parte de sus reservas en la defensa de las poblaciones amenazadas, lo que permitió al Vietcong lanzar una ofensiva en el delta del Mekong y en las regiones densamente pobladas que rodeaban Saigón.

Aunque la magnitud de la invasión nordvietnamita le llenó de asombro, Nixon se negó a permitir la caída de Vietnam del Sur. Sin embargo, con sólo 95.000 soldados norteamericanos en Vietnam del Sur (de los cuales sólo 6.000 eran combatientes) y ante la imposibilidad política de mandar más fuerzas de tierra, Nixon recurrió al poderío aéreo para aplastar la ofensiva nordvietnamita. Aprobó masivos ataques de los B-52 contra Vietnam del Norte, incluido el bombardeo de los depósitos de combustible de la zona de Hanoi-Haiphong.

Mientras, Kissinger viajó en secreto a Moscú para entrevistarse con Breznev los días 20 y 21 de abril. Advirtió al dirigente soviético que la continuación de la guerra podía causar grandes daños a la distensión y tener consecuencias graves para Vietnam del Norte. Sin embargo, acompañó esta amenaza con un incentivo al decir de forma explícita, por primera vez, que los norteamerica-

nos aceptarían que las fuerzas nordvietnamitas permanecieran en Vietnam del Sur después de que se concertase un alto el fuego. Breznev negó la complicidad soviética en la ofensiva nordvietnamita y aseguró a Kissinger que no quería que nada fuese un obstáculo para celebrar la inminente conferencia cumbre de Moscú.

Kissinger se entrevistó con Le Duc Ho en París el 1 de mayo y repitió la propuesta de un alto el fuego *in situ*, además de la amenaza de intensificar la guerra aérea, pero los nordvietnamitas estaban demasiado embriagados por la victoria de su ofensiva para pensar en un alto el fuego *in situ*. El 3 de mayo la provincia más septentrional de Vietnam, donde estaba la ciudad de Quang Tri, cayó en poder de los nordvietnamitas. Confiando todavía en la victoria, Hanoi rechazó de plano la propuesta de alto el fuego de Kissinger.

Empujado en parte por la advertencia del general Creighton Abrams en el sentido de que Vietnam del Sur estaba al borde del colapso militar, Nixon aprobó la mayor intensificación de la guerra desde 1968. El 8 de mayo anunció que la marina estaba minando el puerto de Haiphong y bloquearía la costa de Vietnam del Norte. También dijo que había aprobado la reanudación de la masiva y continua ofensiva de bombardeo contra el Norte, que el presidente Johnson había suspendido poco antes de dejar el poder. Nixon sabía que las medidas que había ordenado podían empujar a los soviéticos a cancelar la cumbre de Moscú, pero estaba dispuesto a correr este riesgo en vez de ir a Moscú mientras se derrumbaba un importante cliente de Estados Unidos.

Como esperaba Kissinger, el deseo de los soviéticos de beneficiarse de la distensión pudo más que el de ayudar a Hanoi, por lo que no cancelaron la cumbre de Moscú. Asimismo, si bien los soviéticos continuaron prestando ayuda militar a los nordvietnamitas, instaron en privado a Hanoi a complacer a Estados Unidos en su obvio deseo de salir de Vietnam. Los chinos, por su parte, expresaron las acostumbradas protestas ante la intensificación de la guerra por parte de Nixon, pero también presionaron discretamente a los nordvietnamitas para que llegasen a un acuerdo con Estados Unidos.

Como había previsto el gobierno de Nixon, debido a que la marina norteamericana había minado y bloqueado la costa de Vietnam del Norte, la toma de Quang Tri fue el apogeo de la ofensiva de primavera de los comunistas, en vez de ser el principio del derrumbamiento de Vietnam del Sur. Hanoi necesitaba largas líneas de abastecimiento para que su ofensiva siguiese en marcha, y las minas que los norteamericanos sembraron en sus puertos impidieron que recibiera pertrechos con la rapidez necesaria. Los chinos, que no querían provocar tensiones en su relación con Estados Unidos, no permitieron que Moscú utilizara el sistema ferroviario chino ni los puertos del sur de China para burlar el bloqueo norteamericano. Debido a ello, durante el mes

siguiente, las fuerzas sudvietnamitas lograron contener el avance nordvietnamita. Al quedar estabilizada la situación militar en Vietnam, Nixon pudo asistir a la cumbre de Moscú a finales de mayo.

LA CUMBRE DE MOSCÚ, MAYO DE 1972

El 26 de mayo de 1972 Nixon y Breznev firmaron en Moscú dos documentos históricos relativos al control de armamentos. El primero fue el Tratado ABM, que fijaba un tope de 100 lanzamisiles para cada uno de los dos emplazamientos de ABM que le estaban permitidos a cada país. Estados Unidos ya tenía un campo protegido de ICBM en Dakota del Norte y, por tanto, el tratado le permitió construir un emplazamiento de ABM alrededor de Washington. La Unión Soviética, que ya tenía un emplazamiento de ABM alrededor de Moscú, pudo añadir otro alrededor de un campo de ICBM. El tratado también prohibía la construcción de radares relacionados con los ABM fuera de estos dos emplazamientos autorizados.

De hecho, al descartar la posibilidad de que ambos bandos tuvieran defensas ABM en todo el territorio nacional, el Tratado ABM preservó la capacidad de respuesta de las dos potencias. Además, el tratado prohibía fabricar y desplegar ABM en bases espaciales. La interpretación de esta cláusula daría origen a serios desacuerdos entre los soviéticos y los norteamericanos durante la presidencia de Ronald Reagan. El cumplimiento del Tratado ABM se seguiría por medios de verificación nacionales, esto es, principalmente satélites de reconocimiento y aparatos electrónicos para escuchar, con lo cual se soslayaba el antiguo obstáculo de las inspecciones *in situ*.

El tratado también disponía que se creara una comisión consultiva permanente cuya función sería determinar los procedimientos para el cumplimiento del tratado, para investigar las supuestas violaciones del mismo y para hablar de medidas complementarias para la limitación de las armas estratégicas. La citada comisión se reuniría como mínimo dos veces al año y en cualquier momento en que una de las partes lo solicitase.

El segundo documento que se firmó en la cumbre de Moscú fue el acuerdo provisional. Limitaba durante cinco años el número de ICBM y SLBM a los que se hallaban desplegados en 1972 o se estuvieran fabricando. En aquel tiempo, la Unión Soviética tenía un total de 2.328 misiles: 1.618 ICBM en bases terrestres y 710 en submarinos. Estados Unidos tenía un total de 1.710 misiles: 1.054 ICBM en bases terrestres y 656 en submarinos. Estados Unidos aceptó la superioridad numérica soviética en estas armas como compensación de su ventaja en MIRV.

Durante la cumbre de Moscú ambas partes complementaron los acuerdos SALT con otros acuerdos. Uno fue el de los Principios Básicos de las Rela-

ciones. En este acuerdo ambas partes afirmaban que no permitirían que sus diferencias ideológicas y de sistema social pusieran en peligro la distensión. También prometían hacer «todo lo posible para evitar enfrentamientos militares e impedir el estallido de la guerra nuclear».⁹ Además, acordaron proseguir sus esfuerzos por limitar otros armamentos y ampliar los vínculos comerciales, económicos, ecológicos, científicos, tecnológicos y culturales.

La cumbre de Moscú fue el apogeo de la distensión así como del esfuerzo que se hizo después de la segunda guerra mundial por controlar la carrera de armamentos nucleares. «Nunca antes —dijo Kissinger— las dos naciones más poderosas del mundo ... han puesto sus armamentos centrales bajo una limitación y una restricción acordadas oficialmente.»¹⁰

No todo el mundo sentía tanta euforia como Kissinger. Los liberales objetaron que el acuerdo no hacía nada para impedir las mejoras cualitativas en el armamento estratégico, tales como el bombardero B-1 y el submarino Trident. Tampoco los acuerdos SALT I hicieron nada por impedir la enorme expansión de cabezas nucleares resultante de los programas MIRV sin restricciones de ambas naciones. Los conservadores, en cambio, creían que los acuerdos iban demasiado lejos. Señalaron que el acuerdo provisional daba a los soviéticos mucha superioridad sobre Estados Unidos tanto en el número total de misiles ofensivos como de cargas nucleares totales de sus ingenios de lanzamiento de ICBM. Los conservadores creían que, de hecho, los acuerdos SALT reducían a Estados Unidos a la condición de categoría inferior en la ecuación nuclear, lo cual hacía que el país, al igual que sus aliados, fuera vulnerable al chantaje nuclear soviético. Buscando el apoyo de los conservadores a los acuerdos, el gobierno aceptó una enmienda al acuerdo provisional que redactó el senador Henry Scoop Jackson (demócrata de Washington). La enmienda disponía que los futuros acuerdos de limitación de armas estratégicas se basaran en el principio de igualdad de fuerzas estratégicas.

El Senado ratificó el Tratado ABM el 3 de agosto por 88 votos a favor y 2 en contra. El acuerdo provisional, al no ser un tratado, tenían que aprobarlo ambas cámaras del Congreso. El Senado lo aprobó el 14 de septiembre por 88 votos a favor y 2 en contra, y la Cámara de Representantes por 329 a favor y 7 en contra. Tanto el Tratado ABM como el acuerdo provisional entraron en vigor en octubre de 1972.

A raíz de la cumbre de Moscú, durante el verano y el otoño de 1972 también tuvieron lugar varios avances en las relaciones económicas entre Estados Unidos y la Unión Soviética. En primer lugar, varias empresas norteamericanas firmaron contratos con el gobierno soviético. En segundo lugar, la Unión Soviética acordó comprar cereales norteamericanos por valor de 750 millones de dólares, de los cuales 500 millones se compraron con créditos que proporcionó la U. S. Commodity Credit Corporation. Este acuerdo fue complementado por un acuerdo marítimo que establecía primas para los barcos nor-

teamericanos que transportasen cereales a puertos soviéticos y aumentaba de forma considerable el número de puertos de cada país abiertos a los barcos del otro. Finalmente, en octubre, ambos países firmaron un acuerdo comercial general por el que los soviéticos se comprometían a devolver 722 millones de dólares de las deudas contraídas durante la segunda guerra mundial a cambio de la promesa de Washington de que daría a la Unión Soviética el estatuto de nación más favorecida, sujeto a la aprobación del Congreso.

LA ÚLTIMA JUGADA EN VIETNAM

En la cumbre de Moscú, Nixon y Breznev acordaron que no permitirían que el conflicto de Vietnam perturbase la distensión. Sin embargo, Breznev rechazó de plano la petición de Nixon de que no siguiera enviando armas a Vietnam del Norte. No obstante, a mediados de junio de 1972 Nikolaj Podgornyj, presidente del soviét supremo, visitó Hanoi para informar a los nordvietnamitas de la postura negociadora más reciente de Washington.

Después de los bombardeos que soportaron los nordvietnamitas a finales de la primavera y durante el verano de 1972 y de la retirada de las últimas tropas de combate norteamericanas de Vietnam el 12 de agosto, Hanoi estaba finalmente dispuesto a dar a Estados Unidos una forma de salir de la guerra sin que se resintiese su prestigio. A finales del verano, y por primera vez desde que empezara el conflicto, el GRP había logrado imponer su dominio político a las zonas rurales de Vietnam del Sur, lo cual significaba que Hanoi estaba en condiciones de aceptar un alto el fuego *in situ*.

A finales de septiembre tanto Washington como Hanoi se esforzaban por llegar a un acuerdo antes de las elecciones presidenciales que debían celebrarse en noviembre en Estados Unidos. Los nordvietnamitas creían que Nixon, para lograr un acuerdo de paz, estaría más dispuesto a transigir antes de las elecciones que después de ellas, y Kissinger no hizo nada para disipar esa impresión.

El 11 de octubre, después de tres semanas de negociaciones intensivas, Kissinger y Le Duc ya habían decidido los elementos fundamentales de un acuerdo. Dentro del plazo de sesenta días a partir de un alto el fuego, Estados Unidos retiraría las tropas (no combatientes) que quedaban en Vietnam y los nordvietnamitas devolverían los prisioneros de guerra norteamericanos. Seguidamente, un consejo nacional tripartito de reconciliación y concordia (integrado por representantes del gobierno de Saigón, del Vietcong y de los neutralistas) se encargaría de concertar un acuerdo político. El consejo supervisaría unas elecciones y sería responsable de poner en práctica el acuerdo. Quedaban por resolver sólo dos asuntos, el más difícil de los cuales era el estatuto futuro de la zona desmilitarizada. Pero Kissinger y Le Duc, que ansia-

ban terminar las negociaciones cuanto antes, acordaron que estos asuntos podrían aplazarse y que, después de consultar con Nixon y Thieu, Kissinger se trasladaría a Hanoi para firmar el tratado el día 22 de octubre.

Debido a las prisas por llegar a un acuerdo, Kissinger cometió un grave error al calcular la disposición de Thieu a cumplir los deseos de Estados Unidos. También se equivocó al calcular la intensidad del apoyo de Nixon al presidente sudvietnamita. Thieu se negó a poner el destino de Vietnam del Sur en manos del comité electoral propuesto e insistió en que nunca aceptaría un acuerdo que concediese la soberanía al GRP y permitiese que tropas nordvietnamitas se quedaran en el sur. En vez de ello, Thieu exigió que se hicieran numerosos cambios en el acuerdo, entre ellos la creación de una zona desmilitarizada como frontera entre dos estados vietnamitas soberanos. Es obvio que albergaba la esperanza de que sus condiciones echaran por tierra el acuerdo, garantizaran la continuación de la guerra y de esta manera impidiesen una retirada total de los norteamericanos.

Después de pasar cinco días en Saigón intentando en vano persuadir a Thieu a aceptar el tratado, Kissinger instó a Nixon a seguir adelante sin la aprobación del gobierno sudvietnamita. Pero Nixon se negó a abandonar a Thieu. No quería que le acusaran de haber «tirado a Thieu al desagüe electoral», como dijo un ayudante del presidente, con el fin de ser reelegido. Además, Nixon no sólo compartía algunas de las reservas de Thieu sobre el borrador del acuerdo, sino que confiaba en ganar las elecciones presidenciales aunque el acuerdo no se hubiera firmado aún. Creía que después de los comicios estaría en mejores condiciones de pedir que Vietnam del Norte cumpliera las exigencias norteamericanas o, como dijo, «afrontara las consecuencias de lo que podríamos hacerles».¹¹ Además, si bien Nixon no pensaba permitir que Thieu bloquease un acuerdo indefinidamente, un breve retraso proporcionaría tiempo para prestar más ayuda a Vietnam del Sur y debilitar la capacidad de Hanoi de amenazar la paz.

Debido a estas consideraciones, el 23 de octubre Nixon rechazó en parte la petición que hizo Kissinger de que, como señal de la sinceridad de Estados Unidos, suspendiera los bombardeos de Vietnam del Norte y todo el apoyo aéreo al ejército sudvietnamita. Si bien el presidente accedió a interrumpir los bombardeos del norte, se negó a no seguir prestando apoyo aéreo a los sudvietnamitas. En vez de ello, ordenó a Kissinger que informase a Hanoi de que Estados Unidos necesitaría más tiempo para lograr que Thieu diera su conformidad al acuerdo. Durante las semanas siguientes Estados Unidos empezó a suministrar a Vietnam del Sur material militar por valor de más de 1.000 millones de dólares que haría que las fuerzas aéreas de Thieu ocuparan el cuarto lugar en orden de importancia en el mundo. Nixon también dio a Thieu «garantías absolutas» de que, si los nordvietnamitas violaban el acuerdo de paz, ordenaría «represalias rápidas y duras». Nixon ordenó a los jefes del

estado mayor conjunto que trazaran inmediatamente planes para tal contingencia.¹²

Pese a las medidas que tomó Nixon para ayudar a Thieu a sabotear un acuerdo de paz en un futuro próximo, el 31 de octubre Kissinger declaró públicamente que «la paz está cerca».¹³ Pero las nuevas exigencias que hizo a los nordvietnamitas al reanudarse las conversaciones a principios de noviembre crearon nuevos obstáculos que impidieron llegar rápidamente a un acuerdo. Kissinger pidió a Le Duc Tho que aceptase al menos una retirada simbólica de tropas nordvietnamitas del sur. También solicitó que en el texto del acuerdo de paz se hicieran cambios que hubiesen debilitado el estatuto político del Vietcong, además de recortar los poderes de la comisión tripartita e instaurar la zona desmilitarizada como frontera virtual entre dos estados vietnamitas soberanos. Después de la victoria arrolladora de Nixon sobre George McGovern en las elecciones de noviembre, Kissinger advirtió a los nordvietnamitas que el presidente no titubearía en «tomar las medidas que considere necesarias para proteger los intereses de Estados Unidos».¹⁴

Convencidos de haber sido traicionados, los nordvietnamitas se negaron a ceder ante las amenazas y rechazaron airadamente las propuestas de Kissinger. Luego hicieron numerosas exigencias propias, entre ellas una que venía de lejos: que Thieu fuese alejado del poder como parte del acuerdo definitivo.

A estas alturas la paciencia de Kissinger con los nordvietnamitas ya se estaba agotando. Olvidó convenientemente el papel de Estados Unidos en la interrupción de las conversaciones y se quejó con amargura de que Hanoi «nos ha acosado de forma intolerable».¹⁵ También informó a Nixon de que los nordvietnamitas estaban paralizando deliberadamente las conversaciones con el fin de provocar una ruptura entre Estados Unidos y Thieu. Nixon y Kissinger se sentían descontentos y ansiosos de obtener resultados, así que decidieron romper las negociaciones y recurrir de nuevo al poderío aéreo en otro intento de hacer que Hanoi fuese más dócil a las exigencias norteamericanas.

El 14 de diciembre, un día después de que Le Duc Tho regresara a Hanoi para evacuar consultas, Nixon y Kissinger enviaron un cable al gobierno nordvietnamita para advertirle de las graves consecuencias de no reanudar las negociaciones «en serio» en el plazo de setenta y dos horas. El 18 de diciembre, un día después de que expirase el ultimátum norteamericano, Nixon ordenó que empezara una campaña intensificada de bombardeo de Vietnam del Norte, llamada Linebacker-2. Dijo de forma clarísima a los militares norteamericanos que quería que infligieran el mayor daño posible a Vietnam del Norte. «No quiero volver a oír más gilipolleces sobre si no pudimos acertar en tal o cual blanco —sermoneó al almirante Thomas Moorer, presidente de los jefes del estado mayor conjunto—. Ésta es tu oportunidad de usar el poderío militar para ganar esta guerra y si no la ganas, te consideraré responsable.»¹⁶

Durante doce días, Estados Unidos desencadenó los ataques más intensi-

vos y devastadores de la guerra contra Vietnam del Norte. Se lanzaron unas 36.000 toneladas de bombas, más del total de las que se habían lanzado de 1969 a 1971. El resultado fue la destrucción de gran parte de los importantísimos pertrechos militares que Hanoi había acumulado desde que empezara el bloqueo naval estadounidense en mayo. Nixon y Kissinger afirmaron más adelante que esta campaña de bombardeo en Navidad obligó a los nordvietnamitas a aceptar un acuerdo satisfactorio para Estados Unidos. Al mismo tiempo, el escándalo público que la campaña levantó en Estados Unidos, junto con las presiones hostiles de China y la Unión Soviética, obligó al gobierno de Washington a firmar finalmente el acuerdo de paz. A raíz de la campaña de bombardeo, el índice de popularidad de Nixon cayó en picado hasta quedar en un 39 por 100. Los días 2 y 4 de enero de 1973 los líderes demócratas de la Cámara de Representantes y el Senado votaron, por un amplio margen a favor, la reducción de todos los fondos destinados a la guerra en cuanto se hubieran retirado todas las tropas norteamericanas y se hubiera llegado a un acuerdo sobre la repatriación de los prisioneros.

EL ACUERDO DE PAZ DE PARÍS, ENERO DE 1973

Nixon había indicado a los nordvietnamitas que suspendería los bombardeos si accedían a reanudar las conversaciones de paz. Hanoi accedió y las negociaciones se reanudaron en París el 8 de enero de 1973. Después de seis días de sesiones maratónicas, caracterizadas por la inclinación de ambas partes a hacer concesiones, Kissinger y Le Duc Tho resolvieron las diferencias que quedaban.

Los cambios que se hicieron en el acuerdo de octubre fueron en gran parte superficiales y permitieron que ambas partes afirmasen que no habían renunciado a nada. Lo más importante fue que los bombardeos no produjeron un acuerdo muy diferente del que Estados Unidos había rechazado antes. En lo tocante al obstáculo principal, la zona desmilitarizada, los nordvietnamitas accedieron a que se mencionara en el tratado, pero Estados Unidos aceptó que se dijese que era «una frontera provisional y no una frontera política y territorial», con lo cual se preservó la sustancia de la postura de Hanoi.¹⁷

Las disposiciones principales del acuerdo de París fueron las siguientes: 1) Estados Unidos retiraría todas sus fuerzas militares de Vietnam del Sur e interrumpiría todos los ataques aéreos contra el Norte, 2) Estados Unidos reconocía implícitamente el derecho de Hanoi a mantener cerca de un cuarto de millón de soldados en el Sur, 3) se crearía una comisión de control internacional, en la que habría comunistas polacos y húngaros, que se encargaría de hacer cumplir el acuerdo, y 4) Estados Unidos prometió «contribuir a la reconstrucción de Vietnam del Norte después de la guerra sin poner ninguna

condición política». Se propuso la suma de 3.250 millones de dólares, aunque Kissinger señaló que sería imprescindible la aprobación del Congreso. También se ocultó a los nordvietnamitas, así como al pueblo norteamericano, la promesa que el 14 de noviembre de 1972 hizo Nixon a Thieu en el sentido de que Estados Unidos «respondería a todas las contingencias en el caso de graves violaciones del acuerdo».¹⁸

Al liberar por completo a los nordvietnamitas de la presión militar norteamericana al tiempo que les permitía dejar sus fuerzas en Vietnam del Sur, el acuerdo de París fue un desastre para el gobierno de Saigón. No es extraño, pues, que al principio Thieu se negara a firmarlo. Esta vez, sin embargo, Nixon le obligó a aceptarlo, pero sólo después de que el 5 de enero de 1973 volviera a prometerle que, si lo firmaba, Estados Unidos «respondería con toda la fuerza» si los nordvietnamitas violaban el acuerdo.¹⁹ Al mismo tiempo, Nixon dejó bien sentado que, si Thieu continuaba resistiéndose, dejaría de prestar ayuda a Saigón y firmaría el tratado sin él. Después de varios días más de evasivas, Thieu cedió y dejó de oponerse al acuerdo.

El acuerdo de París, que finalmente se firmó el 27 de enero de 1973, siete días después de que Nixon tomara posesión de su cargo, no puso fin al conflicto de Vietnam. Lo único que hizo fue permitir que Estados Unidos se retirase sin pérdida inmediata de prestigio. Vietnam del Norte siguió tan decidido como siempre a conquistar el Sur y, por ende, no tenía ninguna intención de cumplir lo acordado. Para los nordvietnamitas la «paz con honor» de Nixon representó sólo una fase más de su lucha de treinta años por el dominio de Vietnam.

LA CUMBRE DE WASHINGTON, JUNIO DE 1973

A raíz del acuerdo de paz de París, la primera mitad de 1973 fue el apogeo de la distensión de Nixon y Breznev. Los dos dirigentes celebraron otra cumbre, en Washington, en junio. Firmaron cuatro acuerdos ejecutivos sobre oceanografía, transportes, investigación agrícola e intercambio cultural. También firmaron una declaración de principios cuya finalidad era acelerar las negociaciones SALT II, que se habían encallado en Ginebra. Además, los dos dirigentes acordaron cooperar más en la investigación de la energía nuclear. Otros acuerdos tenían que ver con la ampliación de los servicios de las líneas aéreas y la apertura de una misión comercial soviética en Washington. Si bien los acuerdos de Washington no fueron tan significativos como los que se habían firmado en la cumbre de Moscú el año anterior, indicaron que tanto los soviéticos como los norteamericanos deseaban mantener el impulso de la distensión.

Tal vez el acuerdo más significativo que se firmó en Washington fue el de

la prevención de la guerra nuclear. Obligaba a ambas partes a actuar «de manera que se evite la creación de situaciones capaces de causar una exacerbación peligrosa de sus relaciones». El acuerdo obligaba a las superpotencias a evacuar «consultas urgentes» siempre que las relaciones entre ellas o entre una de ellas y otro país llevasen aparejado el riesgo de un conflicto nuclear.²⁰

LA GUERRA DEL YOM KIPPUR, OCTUBRE DE 1973

Con toda probabilidad durante la cumbre de Washington, cuando firmaron el acuerdo de prevención de la guerra nuclear, los soviéticos ya sabían que Egipto pensaba atacar las posiciones militares que los israelíes habían establecido en la península del Sinaí durante la guerra de 1967, aunque probablemente desconocían la fecha en que empezaría el ataque. Los soviéticos no compartieron esta información con Estados Unidos. Además, la Unión Soviética continuó suministrando armas a Egipto, con lo que aparentemente faltaban a la promesa que habían hecho en el Acuerdo sobre la Prevención de la Guerra Nuclear, la de «abstenerse de la amenaza o el uso de la fuerza» contra «la otra parte» o «los aliados de la otra parte».

En marzo de 1973, tres meses antes de firmarse el Acuerdo sobre la Prevención de la Guerra Nuclear, los soviéticos sabían que Nixon había prometido a la primera ministra de Israel, Golda Meir, cuarenta y ocho reactores Phantom que se entregarían durante un período de cuatro años. Esta acción de Estados Unidos convenció al presidente egipcio, Anwar al-Sadat, de que sólo otra guerra permitiría recuperar los territorios que los árabes habían perdido en el conflicto de 1967. Así pues, Anwar al-Sadat preparó una estrategia común con el presidente Hafiz al-Assad de Siria, que prometió atacar los Altos del Golán mientras las tropas egipcias atacaban las posiciones israelíes en el canal de Suez. El rey Faysal de Arabia Saudí prometió utilizar las inmensas existencias de petróleo de su país como arma contra los amigos de Israel.

El ataque árabe empezó el 6 de octubre de 1973, el día en que los judíos celebraban la festividad del Yom Kippur. Nixon y Kissinger se enfadaron al percatarse de la duplicidad de los dirigentes soviéticos, que no sólo no les habían advertido del ataque árabe sino que, además, habían conspirado activamente con los árabes, lo cual era una clara violación del Acuerdo sobre la Prevención de la Guerra Nuclear. Respondiendo a las desesperadas peticiones de ayuda del gobierno israelí, que casi fue presa de pánico debido a las primeras victorias militares de los árabes, el gobierno de Nixon organizó un gran puente aéreo para proporcionar aviones y material a Israel. Gracias a la ayuda de Estados Unidos, los israelíes pasaron a la ofensiva contra los árabes. Expulsaron a los sirios de los Altos del Golán y avanzaron hacia Damasco. También

cruzaron el canal de Suez y rodearon el tercer ejército egipcio, integrado por 100.000 soldados, el 23 de octubre.

La crisis fue en aumento y se convirtió en un enfrentamiento entre las superpotencias cuando al día siguiente los soviéticos amenazaron con intervenir con tropas para evitar que los árabes sufrieran otra humillación. Al día siguiente el presidente Nixon, a instancias de Kissinger, respondió poniendo las fuerzas estratégicas de Estados Unidos en estado de defensa intermedia (DEFCON). Esto significó que ambos bandos pasaron por alto la promesa mutua que habían hecho en el Acuerdo sobre la Prevención de la Guerra Nuclear, esto es, la de no tomar medidas que pusieran en peligro la paz entre las superpotencias. Si bien Breznev acusó en seguida a Estados Unidos de amenazar con la guerra nuclear, deseaba vivamente reducir el riesgo de un enfrentamiento entre las superpotencias. Por tanto, los soviéticos apoyaron una resolución de alto el fuego de la ONU que puso fin a la lucha y, a su vez, permitió a Estados Unidos cancelar la alerta militar el 31 de octubre.

Después de entrar en vigor el alto el fuego, Kissinger hizo numerosos viajes entre las capitales árabes e Israel para llevar a cabo gestiones diplomáticas. En enero de 1974 ya pudo negociar una retirada parcial de los israelíes del canal de Suez y, durante el año siguiente, del territorio sirio también. Aunque los soviéticos deploraron que se les excluyera de las conversaciones de Kissinger, no las obstaculizaron, toda vez que los acuerdos de paz beneficiaron a sus clientes árabes.

No obstante, la guerra del Yom Kippur y sus secuelas diplomáticas fueron reveses importantes para la Unión Soviética. No sólo no pudo evitar otra derrota árabe a manos de los israelíes, sino que tuvo que contemplar cómo sus clientes árabes (Egipto en particular) se acercaban a Estados Unidos para recuperar algunos de sus territorios perdidos. Gracias a las gestiones diplomáticas de Kissinger, Egipto no sólo recuperó su territorio, sino que, además, los norteamericanos enviaron 200 observadores para que vigilaran la línea de alto el fuego entre los egipcios y los israelíes. Además, Kissinger prometió que Estados Unidos prestaría ayuda económica por valor de 700 millones de dólares al año, lo cual hizo que Egipto dependiera menos de la Unión Soviética.

A pesar de que la Unión Soviética y Estados Unidos lograron resolver la crisis que la guerra del Yom Kippur provocó entre las superpotencias, la doblez de Moscú y de Washington antes del conflicto, así como durante el mismo y después de él, hizo que en ambos lados del Telón de Acero surgieran dudas serias sobre la capacidad de cooperación de las superpotencias en cualquier asunto, y no hablemos de uno tan complicado y emocional como la crisis de Oriente Próximo. La imposibilidad de ponerse de acuerdo para resolver el problema fundamental de la región, el conflicto entre los israelíes y los palestinos, hizo que Oriente Próximo siguiera siendo un campo importante de tensión en la guerra fría.

EL FIN DEL ACUERDO COMERCIAL SOVIETICONORTEAMERICANO

El enfrentamiento de las superpotencias durante la guerra del Yom Kippur no fue la única causa de que la distensión perdiera fuerza, sino que también contribuyó a ello el aumento de la oposición dentro de Estados Unidos a las crecientes relaciones comerciales con la Unión Soviética. En septiembre de 1972 el gobierno de Nixon ya se había dado cuenta de que no sería fácil lograr que el Senado ratificase el nuevo tratado comercial con los soviéticos, que ambas partes firmarían el mes siguiente. En agosto de aquel año el gobierno soviético había creado un impuesto que deberían pagar los ciudadanos que desearan emigrar de la Unión Soviética. La finalidad del impuesto, que llegaba hasta 30.000 dólares por persona, era frenar la emigración de judíos soviéticos a Israel.

El senador Henry Jackson se apresuró a aprovechar esta medida soviética para poner al gobierno de Nixon en una situación embarazosa y realzar sus propias ambiciones presidenciales. En octubre de 1973 Jackson declaró que «ha llegado el momento de anteponer nuestros valores humanos más elevados al dólar de plata» y añadió una enmienda a la ley de comercio del gobierno que prohibía conceder el estatuto de nación más favorecida a cualquier «país cuya economía no sea de mercado» que limitase el derecho a emigrar, lo cual era una forma apenas disimulada de referirse a la Unión Soviética.²¹ Una enmienda parecida que Charles A. Vanik (demócrata de Ohio) presentó en la Cámara de Representantes fue aprobada por 319 votos a favor y 80 en contra en diciembre de 1973. La enmienda Jackson-Vanik constituyó una derrota significativa para Nixon, que había prometido a los dirigentes soviéticos que el estatuto de nación más favorecida se concedería con independencia del asunto de la emigración.

El gobierno reaccionó con indignación a las trabas que ponía el Congreso a su ley de comercio. Kissinger advirtió que la enmienda Jackson-Vanik no sólo perjudicaría la lucha por una mayor libertad de emigración de la Unión Soviética, sino que, además, podía poner en peligro todo el proceso de distensión. En vez de tratar de obligar a los soviéticos a dar garantías en público que podían ponerles en una situación comprometida, Kissinger prefería que garantizaran en privado que no perseguirían a los judíos que desearan abandonar la Unión Soviética.

La advertencia de Kissinger resultó profética. El 3 de enero de 1975 el sucesor de Nixon, Gerald Ford, firmó una versión final de la ley de comercio que concedía a la Unión Soviética el estatuto de nación más favorecida con la condición de que se permitiera emigrar a más judíos soviéticos. El Kremlin respondió informando a Washington de que no pondría en prácti-

ca el acuerdo comercial de 1972 ni pagaría las deudas contraídas durante la segunda guerra mundial. Si bien ambas partes anunciaron que la cancelación del pacto comercial no impediría que aumentasen las relaciones entre los dos países, fue el principio del fin de la distensión durante el mandato de Breznev.

LA CUMBRE DE 1974 EN MOSCÚ, WATERGATE Y VLADIVOSTOK

Si bien la guerra del Yom Kippur puso a prueba la distensión, su declive no resultó evidente hasta que en junio de 1974 Nixon hizo su segunda visita a Moscú. Ambos bandos seguían creyendo que era necesario mantener la apariencia de unas buenas relaciones, resultaba imposible hacer progresos concretos en la limitación de armas estratégicas.

En Moscú se firmaron dos acuerdos para el control de las armas nucleares. El primero redujo a uno el número de emplazamientos ABM que podía mantener cada país, en vez de los dos que permitía el Tratado ABM de 1972. El segundo acuerdo, el Tratado sobre Límites para la Prohibición de Pruebas (TTBT), prohibía las pruebas nucleares subterráneas que superasen los 150 kilotones. Dos años después se firmó un acuerdo complementario, el Tratado sobre Explosiones Nucleares Pacíficas, que fijaba un límite de 150 kilotones para las explosiones nucleares subterráneas de naturaleza no militar.

Es indudable que si Kissinger no logró hacer ningún «avance conceptual» en las SALT II en Moscú, se debió en parte a la creciente preocupación que el escándalo Watergate causaba al gobierno. Kissinger expresó en privado su temor de que los soviéticos fueran reacios a firmar un nuevo acuerdo SALT con un presidente que, al parecer, tendría que abandonar el cargo. Hasta después de que el 9 de agosto Nixon renunciara a la presidencia, al empezar la Cámara de Representantes el proceso de *impeachment*, no indicaron los soviéticos su deseo de trabajar con su sucesor, Gerald Ford.

A finales de noviembre de 1974 Ford y Breznev se entrevistaron en Vladivostok. Los dos dirigentes acordaron limitar el número de armas nucleares ofensivas estratégicas y de ojivas (incluidos los MIRV) durante 1975. El Acuerdo de Vladivostok afirmaba que en el futuro las SALT se basarían en los siguientes principios: 1) un tope total de 2.400 ojivas para ambos bandos, 2) un tope de 1.320 MIRV, 3) la inclusión de misiles lanzados desde bombarderos y de misiles terrestres móviles en el total, 4) la limitación de los misiles pesados soviéticos a 313 despliegues, con la prohibición de construir nuevos silos, 5) la celebración, después de la firma del acuerdo, de nuevas negociaciones, a partir de 1980-1981 a más tardar, para hablar de más limita-

ciones y posibles reducciones de fuerzas estratégicas que entrarían en vigor después de 1985, y 6) la reanudación en Ginebra, en enero de 1975, de las negociaciones para un acuerdo basado en estos principios. Kissinger dijo que el acuerdo era un «avance» que «significaría que se ha puesto tope a la carrera de armamentos durante diez años».²²

Los conservadores, sin embargo, opinaron que el Acuerdo de Vladivostok adolecía de graves defectos. Señalaron que, si bien el acuerdo abarcaba el principio de igualdad numérica de los sistemas estratégicos de lanzamiento, no preveía la paridad de cargas nucleares ni del número de cabezas nucleares. Temían que los soviéticos acabaran convirtiendo su ventaja de tres a una en cargas nucleares, a la que no afectaba el acuerdo, en una capacidad de atacar primero. Los liberales, en cambio, afirmaron que el defecto clave del Acuerdo de Vladivostok era la altura de los topes propuestos. De hecho, Estados Unidos tendría que fabricar más armas estratégicas para alcanzarlos.

A pesar de los acuerdos de Vladivostok, los negociadores de las SALT II hicieron pocos progresos durante el resto de la presidencia de Ford. Al igual que las conversaciones MBFR, que estaban paralizadas a causa de las discrepancias sobre las reducciones de fuerzas convencionales, las SALT II quedaron totalmente estancadas.

LA CAÍDA DE INDOCHINA

Todavía más deprimente para Washington que el estancamiento de las negociaciones para el control de armamentos fue la continuación de la guerra en Vietnam. Ni los nordvietnamitas ni los sudvietnamitas tuvieron jamás intención de respetar lo acordado en París. Los nordvietnamitas consideraban que eran acuerdos de paz con Estados Unidos y no con el gobierno de Thieu. Hanoi seguía aspirando a unificar el país con arreglo a sus propias condiciones, que no preveían la independencia de Vietnam del Sur. Antes de que transcurriera un año desde la firma de los acuerdos de París, los nordvietnamitas habían introducido más soldados regulares —entre 100.000 y 120.000— en Vietnam del Sur y multiplicado por cuatro sus tanques y piezas de artillería.

Thieu pensó que seguiría recibiendo apoyo de Estados Unidos, como había prometido Nixon. Pero de las promesas que Nixon hiciera a Thieu no se informó al Congreso ni al pueblo norteamericano, a los que se hizo creer que los acuerdos de París significaban el fin de la guerra, o al menos de la participación de Estados Unidos en ella. Ni el Congreso ni el pueblo tolerarían que Estados Unidos volviese a intervenir en el conflicto, y Nixon, al que el escándalo Watergate tenía políticamente paralizado, no estaba en condiciones de oponerse a su voluntad.

De hecho, el Congreso tomó varias medidas para impedir una nueva in-

tervención norteamericana en el conflicto. En junio de 1973 se negó a conceder más fondos para operaciones bélicas por parte de fuerzas norteamericanas o vuelos de reconocimiento sobre Camboya, Laos, Vietnam del Norte y Vietnam del Sur después del 15 de agosto de 1973. Eliminada la opción de bombardear, el gobierno de Nixon perdió el único medio de que disponía para hacer cumplir el acuerdo de París.

Además, el 7 de noviembre de 1973 ambas cámaras del Congreso anulaban el veto de Nixon y aprobaron la Ley de Poderes de Guerra, que exigía que el presidente consultara con el Congreso antes de ordenar la entrada en combate de fuerzas norteamericanas. Si una situación de urgencia obligaba al presidente a actuar sin la previa aprobación del Congreso, tenía que rendir cuentas al Senado y a la Cámara de Representantes en el plazo de cuarenta y ocho horas desde el despliegue de soldados. Después, disponía de sesenta días para utilizar las tropas sin haber obtenido el permiso del Congreso. Si ambas cámaras daban su aprobación, el presidente podía continuar desplegando las tropas; en caso contrario, estaba obligado a poner fin a las hostilidades y a retirar las tropas en el plazo de noventa días desde su entrada en combate.

Además de quitarle a la Casa Blanca el «palo» para hacer cumplir el acuerdo de París, el Congreso también retiró a los nordvietnamitas el incentivo económico para acatarlo. En julio de 1973 ya era evidente que el Congreso no estaba de acuerdo con el programa de ayuda económica que Kissinger había prometido a los nordvietnamitas. Sin embargo, el Congreso también redujo drásticamente la ayuda a Vietnam del Sur. En 1972 había aprobado 2.000 millones de dólares en concepto de ayuda a dicho país, pero en 1975 ya estudiaba la posibilidad de hacer una concesión, que ascendería a 600 millones de dólares. Para entonces, la ayuda económica a Camboya ya se había interrumpido por completo.

Kissinger denunció con virulencia las medidas del Congreso, al que acusó de ser el principal responsable de que Estados Unidos no hubiese podido salvar a Vietnam del Sur. Sin embargo, como señala el historiador P. Edward Haley, las críticas de Kissinger fueron insinceras y contradictorias. El gobierno ocultó las promesas que había hecho a Thieu porque sabía que el Congreso las rechazaría. Pese a ello, actuó como si el Congreso estuviera obligado a mantenerlas.²³

El final del apoyo militar y económico de Estados Unidos contribuyó directamente a la caída de Vietnam del Sur. Lo que sorprendió a la mayoría de la gente, sin embargo, fue la rapidez con que se produjo. A mediados de marzo de 1975 los nordvietnamitas lanzaron una ofensiva contra Ban Me Thuot, capital de una de las provincias de Vietnam Central Alto. Thieu respondió ordenando una retirada estratégica del ejército sudvietnamita al delta del río Mekong, que era más fácil de defender. Pero la retirada se convirtió en una huida en desbandada. Al parecer, los soldados sudvietnamitas habían dejado

de creer que ganarían la guerra (si alguna vez habían creído en ello) y estaba claro que no querían saber nada de ella.

El 10 de abril de 1975, en un intento desesperado de salvar al régimen de Saigón, el presidente Ford pidió al Congreso que autorizase el envío a Vietnam del Sur y Camboya de ayuda militar de urgencia por valor de 722 millones de dólares y ayuda económica y humanitaria por valor de 250 millones de dólares. El Congreso rechazó la petición. El 30 de abril, con Saigón rodeado por fuerzas comunistas, Thieu dimitió. Su sucesor, el general Duong Van Minh, se rindió casi inmediatamente, pero no antes de que Estados Unidos lograra evacuar a 150.000 sudvietnamitas. Al año siguiente, tuvo lugar la reunificación de Vietnam del Norte y Vietnam del Sur. El gobierno de Ford respondió congelando los activos de Vietnam del Sur, negándose a reconocer la reunificación e imponiendo un embargo al comercio, los empréstitos y los viajes a Vietnam.

También Camboya y Laos cayeron en poder de las fuerzas comunistas. En Laos, la organización comunista Pathet Lao subió al poder el 22 de agosto de 1975. En Camboya, los jemeres rojos tomaron Phnom Penh el 16 de abril de 1975 y empezaron una matanza sistemática de la que fue víctima casi el 15 por 100 de la población del país antes de que ellos mismos fueran expulsados del poder por el ejército vietnamita en 1978.

El 12 de mayo, sólo trece días después de la caída de Saigón, Ford y Kissinger encontraron la forma de devolver el golpe a los comunistas sin infringir las restricciones del Congreso al uso de la fuerza. Un barco mercante norteamericano, el *Mayaguez*, con su tripulación de treinta y nueve hombres, fue apresado por los jemeres rojos porque navegaba demasiado cerca de la costa camboyana. Ford utilizó a la infantería de marina para liberar a la tripulación, lo cual, después del desastre de Vietnam, le granjeó muchísima popularidad entre los norteamericanos. Sin embargo, cuarenta y un infantes de marina murieron en la operación.

El éxito de la liberación de los tripulantes del *Mayaguez* sólo alivió temporalmente la tremenda humillación que Estados Unidos había sufrido en Indochina. Cincuenta mil norteamericanos habían perdido la vida, se habían gastado miles de millones de dólares y el pueblo norteamericano nunca había estado tan dividido desde la guerra de Secesión, todo ello en un vano intento de detener la propagación del comunismo en esta región del mundo. De hecho, Vietnam fue la derrota más trágica de la estrategia de contención desde su comienzo. Huelga decir que la Unión Soviética, que ayudó a los nordvietnamitas y les felicitó por su victoria, fue blanco de gran parte del odio que generó el derrumbamiento de Vietnam del Sur. La participación soviética en el fin de Vietnam del Sur contribuiría a cavar la fosa de la distensión.

ANGOLA

Kissinger creía —y es difícil no tener en cuenta su creencia— que los norteamericanos alentaron el «aventurismo» soviético al mostrarse incapaces de salvar a Vietnam del Sur. «Ante el fracaso de Estados Unidos —escribió—, Moscú sacó la conclusión que tanto habían temido los que creían en la teoría del efecto dominó, a saber: que la correlación histórica de fuerzas se había desplazado a su favor. En vista de ello, intentó una expansión en Yemen, Angola, Etiopía y finalmente Afganistán.»²⁴

En Angola, que acababa de obtener la independencia de Portugal en 1975, la oportunidad de una intervención soviética la brindó una guerra civil entre tres facciones rivales que luchaban por el dominio del país. Los soviéticos apoyaron a la facción marxista, el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA). Otro de los protagonistas del conflicto, el Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA), al principio contó con el apoyo de los chinos. La tercera facción, la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), tenía el apoyo de Sudáfrica. Kissinger temía que una victoria del MPLA en Angola proporcionara a la Unión Soviética un trampolín para extender su influencia por toda el África subsahariana. El recuerdo de la intervención norteamericana en Indochina seguía fresco en la memoria del Congreso y Kissinger supuso que probablemente impediría intervenir de forma directa en Angola, de modo que ideó una táctica indirecta para tratar de evitar una victoria del MPLA. Por un lado, intentó aplicar a Angola la influencia de la política de vinculación. Advirtió a los soviéticos que la firma de un acuerdo SALT II, así como las concesiones comerciales de Estados Unidos, correría peligro si intervenían en Angola. Sin embargo, desde la Enmienda Jackson-Vanik, los dirigentes soviéticos ya no ansiaban tanto como antes comerciar con Estados Unidos. Además, los soviéticos se dieron cuenta de que Ford estaba tan interesado como ellos en firmar un acuerdo SALT II, porque su firma mejoraría sus perspectivas en las elecciones presidenciales de 1976. Por tanto, pensaron que podían hacer caso omiso del intento de Kissinger de vincular Angola con las SALT. Asimismo, debido a las restricciones que el Congreso había impuesto a la capacidad del brazo ejecutivo para llevar la política exterior, la perspectiva de una intervención norteamericana en Angola no intimidaba a los soviéticos.

A raíz de lo sucedido en Vietnam, en 1975 el Congreso también tomó medidas para reducir la capacidad del brazo ejecutivo para llevar a cabo acciones encubiertas. Dos comisiones del Congreso sobre los servicios de información —la del Senado estaba presidida por Frank Church (demócrata de Idaho) y la de la Cámara de Representantes por Otis Pike (demócrata de Nueva York)— examinaron las operaciones encubiertas que la CIA había llevado a cabo du-

rante veinticinco años. Basándose en las declaraciones que se prestaron ante su comisión, el senador Church sacó la conclusión de que la CIA era un «elefante solitario» que no sólo había tratado de actuar sin la supervisión del Congreso, sino que, además, había llevado a cabo operaciones ilegales de vigilancia en el interior de Estados Unidos.²⁵ Las revelaciones de las comisiones citadas perjudicaron la reputación de la CIA y limitaron la libertad de acción de Kissinger al afirmar que el Congreso tenía derecho a fijar los límites de la política exterior de la nación. Huelga decir que todo esto no hizo más que inducir a los soviéticos a creer que tendrían carta blanca en Angola.

Como el Congreso le impedía intervenir directamente en el conflicto de Angola, Kissinger trató de obtener el apoyo de China contra los soviéticos, para lo cual decidió que Estados Unidos apoyase al FNLA, al que respaldaban los chinos. Pero a esas alturas, sin embargo, los chinos ya estaban cansados de que les empujasen a pelearse con los soviéticos en beneficio de Estados Unidos. Durante 1973 Mao Zedong había dirigido personalmente los intentos de profundizar la nueva relación con Estados Unidos para contrarrestar la influencia de la Unión Soviética. En una entrevista con Kissinger celebrada en noviembre de 1973 Mao dijo que China normalizaría las relaciones con Estados Unidos cuando así lo deseara Washington y que Taiwan no sería un obstáculo para mejorar dichas relaciones. Sin embargo, por las razones que fueran (Kissinger sugirió la preocupación del gobierno por el escándalo Watergate), Estados Unidos no aceptó el ofrecimiento chino. Debido a ello, la política pro norteamericana de Mao se vio eclipsada por la de su rival principal, Deng Xiaoping, el viceprimer ministro, que criticó a Kissinger por dar largas a la normalización de las relaciones con China mientras Estados Unidos fomentaba asiduamente la distensión con los soviéticos.

A principios de abril de 1974 Deng presentó la nueva política exterior de China. Se basaba en el llamado «concepto de los tres mundos». Deng dijo que Estados Unidos y la Unión Soviética ocupaban el primer mundo; las naciones desarrolladas de Europa y Asia representaban el segundo mundo; y las naciones en vías de desarrollo de Asia (entre ellas China), África y América Latina componían el tercer mundo. Deng anunció que China seguiría una política independiente de las dos superpotencias y hostil a ninguna de ellas.

Actuando bajo la influencia de Deng, los chinos expresaron su deseo de reconsiderar la anterior oferta de Moscú de un pacto de no agresión que dependería de la disposición soviética a hacer ciertas concesiones en el caso de las reivindicaciones fronterizas de China y a retirar gran número de soldados de la frontera. En vez de desafiar a los soviéticos en Angola incrementando su apoyo al FNLA, los chinos se retiraron gradualmente del conflicto. Como consecuencia de la política de Deng, China trataría ahora de obtener concesiones de ambas superpotencias, de hecho, y cultivaría su propia versión de la diplomacia triangular de Kissinger.

Para impedir que los chinos se acercasen más a Moscú, Kissinger estaba dispuesto a ofrecer a China concesiones no especificadas en el caso de Taiwan. Sin embargo, los chinos, que le tributaron una acogida decididamente fría cuando visitó Beijing en noviembre de 1975, se negaron a morder el anzuelo. No sólo se abstuvo Mao Zedong de recibir a Kissinger, sino que la entrevista de éste con Zhu Enlai, que había ingresado en el hospital para recibir tratamiento por la enfermedad (cáncer) que le quitaría la vida en enero de 1976, sólo duró media hora.

Ante el fracaso de la jugada con la que quería arrastrar a Beijing a un conflicto «por poderes» con Moscú en Angola, Kissinger metió a Estados Unidos en el conflicto angoleño dando apoyo encubierto al FNLA. Albergaba la esperanza de que, como mínimo, la ayuda norteamericana lograra producir un punto muerto en Angola que impidiera que el MPLA dominase el país. Pero, en una jugada sensacional, la Unión Soviética contrarrestó el esfuerzo de Kissinger por ayudar al FNLA obteniendo el apoyo de Cuba, que proporcionó al MPLA armas y, más adelante, 11.000 soldados. Con la ayuda cubana, las fuerzas del MPLA aplastaron al FNLA en una gran batalla que se libró en las afueras de Luanda, la capital.

Kissinger, que cada vez se sentía más frustrado, suplicó al Congreso que permitiera prestar tanta ayuda como la que prestaban la Unión Soviética y Cuba, pero el Congreso se negó rotundamente. Los senadores Dick Clark (demócrata de Iowa) y John Tunney (demócrata de California) encabezaron la oposición a que la CIA actuara en el África occidental. Añadieron una enmienda a una ley de asignaciones para la ayuda exterior que aprobó el Senado y que prohibía las actividades encubiertas en Angola. Por 323 votos a favor y 29 en contra, la Cámara de Representantes también prohibió que se prestara más ayuda encubierta a los rebeldes africanos. El presidente Ford respondió acusando a la Cámara de «haber perdido las agallas».²⁶

Finalmente, en febrero de 1976, la Organización de la Unidad Africana (OUA) dio su aprobación oficial al MPLA, que era respaldado por los soviéticos, como gobierno oficial de Angola. Si bien esto no puso fin a la guerra civil en dicho país, la instauración de una presencia soviética fuerte en el África meridional representó otra derrota significativa para la diplomacia de Kissinger y otro golpe a la distensión entre los soviéticos y los norteamericanos.

CUBA Y CHILE

Mientras cultivaban la distensión con los soviéticos y los chinos, tanto Nixon como Kissinger estaban preocupados por la posibilidad de una futura expansión comunista en el hemisferio occidental. Cuba y Chile preocupaban en particular a Nixon.

En septiembre de 1971 el gobierno de Nixon supo que los soviéticos estaban construyendo una base de submarinos nucleares en Cienfuegos, Cuba. La Casa Blanca respondió advirtiendo a los soviéticos que la base violaba el acuerdo al que habían llegado Kennedy y Jruschov, durante la crisis de los misiles de Cuba en 1962, en el sentido de que la Unión Soviética no desplegaría armas nucleares en Cuba. Los soviéticos aseguraron a los norteamericanos que no tenían ninguna intención de construir una base de submarinos en Cuba, y en el plazo de dos semanas la construcción empezó a ir más despacio hasta que se interrumpió por completo.

En el caso de Chile, el gobierno de Nixon veía con inquietud la perspectiva de que el socialista Salvador Allende fuera el primer líder marxista elegido en un país del hemisferio. Kissinger comentó: «No veo por qué necesitamos mantenernos al margen y contemplar cómo un país se vuelve comunista debido a la irresponsabilidad de su propio pueblo».²⁷ El 15 de septiembre de 1970 Nixon ordenó a la CIA que ayudara a organizar un golpe de Estado militar por si resultaba imposible impedir que Allende llegara a ser presidente. Nixon también redujo los programas de ayuda a Chile para, como dijo, «estrujar» la economía del país hasta que «chillara».²⁸

Después de que Allende asumiera la presidencia, el llamado Comité de los Cuarenta, que integraban los principales encargados de la seguridad nacional, entre ellos Kissinger, y tenía por misión supervisar las operaciones encubiertas dentro del gobierno de Nixon, autorizó que se destinaran más de siete millones de dólares a apoyar en secreto a las fuerzas enemigas de Allende en Chile. Las presiones norteamericanas no tardaron en crear las condiciones propicias a un golpe de Estado. La economía chilena se derrumbó al tiempo que crecía la oposición a Allende, y en septiembre de 1973 los militares derrocaron al presidente (que fue asesinado) e instauraron una dictadura derechista encabezada por el general Augusto Pinochet.

Con las excepciones de Cuba y Chile, Nixon y Kissinger mostraron poco interés por América Latina. Cuando Nixon se ocupó de los problemas de América Latina fue para criticar la Alianza para el Progreso y sugerir que era poco aconsejable intentar que las naciones latinoamericanas fueran reflejos de Estados Unidos. Al mismo tiempo, sin embargo, los norteamericanos no estaban dispuestos a permitir que las naciones de América Latina emulasen el modelo soviético, como de forma tan obvia demostró el derrocamiento de Allende.

EL ACTA FINAL DE HELSINKI, 1975

El declive de la distensión no fue un proceso sin altibajos. Durante el verano de 1975 dos acontecimientos sirvieron para reducir el efecto negativo que la victoria comunista en Indochina tuvo en las relaciones entre la Unión Soviética

tica y Estados Unidos. El primero fue la misión espacial conjunta *Apollo-Soyuz*. No fue sólo un significativo logro científico y tecnológico, sino también un ejemplo impresionante de la cooperación de las superpotencias en un campo en el que habían competido ferozmente.

El segundo acontecimiento, más importante, fue la firma del «acta final» de Helsinki el 15 de agosto de 1975. El acuerdo de Helsinki representó el apogeo de la distensión en Europa y la culminación de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, que duró dos años. El acta final, que fue firmada por treinta y cinco estados europeos (así como Canadá y Estados Unidos), consistía en cuatro secciones, llamadas «cestas». La primera de ellas incluía declaraciones generales sobre temas tales como la seguridad europea y los derechos humanos. La segunda pedía una mayor cooperación entre el bloque oriental y el occidental en la economía, la ciencia, la tecnología y el medio ambiente. La tercera cesta exponía principios referentes al movimiento internacional de personas e ideas, y la cuarta disponía que se celebraran reuniones para hablar del cumplimiento y las modificaciones de los acuerdos.

El acta final pareció dar algo valioso a ambos bandos. La Unión Soviética obtuvo el reconocimiento occidental de las fronteras existentes en Europa (aunque, presionados por Kissinger, los soviéticos aceptaron que las fronteras podían modificarse por medios pacíficos). Occidente, a su vez, obtuvo del bloque soviético la promesa de respetar el libre movimiento de personas e ideas de un lado a otro de las fronteras entre los dos bloques y permitir mayores intercambios culturales y educacionales entre los dos lados del Telón de Acero. Los signatarios también prometieron resolver pacíficamente las disputas internacionales y no inmiscuirse en sus respectivos asuntos internos. El acuerdo de Helsinki también contenía varias medidas destinadas a edificar la confianza, tales como la notificación de las maniobras militares en que participaran más de 25.000 soldados, con el fin de reducir las tensiones militares en el continente. En último lugar, el acuerdo de Helsinki pedía que se llevara a cabo evaluaciones periódicas para analizar su puesta en práctica.

El acta final fue el documento más parecido a un tratado de paz para poner fin a la segunda guerra mundial, así como a la guerra fría en Europa, que pudo firmarse mientras Alemania seguía dividida. Sus críticos opinaron que Occidente había dado demasiadas cosas a los soviéticos, a saber, el reconocimiento del *statu quo* en la Europa del Este, a cambio de demasiado pocas, esto es, promesas de respetar los derechos humanos que casi nadie esperaba que los soviéticos cumplieran. Helmut Sonnenfeldt, consejero del departamento de Estado para asuntos comunistas, disgustó en particular a los conservadores cuando dijo que alentar a los estados de la Europa del Este a forjar una relación «más natural y orgánica» con la Unión Soviética convenía a los intereses a largo plazo de Estados Unidos. La llamada Doctrina Sonnenfeldt parecía indicar que la continuación de los gobiernos comunistas en la

Europa del Este era imprescindible para la estabilidad del continente y, por tanto, debido a ella el gobierno de Ford fue acusado de que Helsinki era una repetición de la «traición» de Franklin Roosevelt en la conferencia de Yalta.

En Helsinki, sin embargo, Occidente no dio a los soviéticos más de lo que ya tenían desde 1945, es decir, el dominio de la Europa del Este. Además, si bien la Unión Soviética y sus satélites no cumplieron las disposiciones del acuerdo de Helsinki relativas a los derechos humanos, el hecho de que hubieran firmado un documento que los reconocía creó otro criterio para juzgar al comunismo, que acabaría viéndose perjudicado por él. También fue importante, desde el punto de vista simbólico, el reconocimiento por parte del bloque oriental de que no era posible excluir a Estados Unidos de los asuntos de Europa.

Con todo, a medida que 1975 fue avanzando y el gobierno soviético continuó deteniendo a los disidentes, lo cual violaba el acuerdo de Helsinki, las acusaciones de los críticos adquirieron credibilidad. A decir verdad, puede que el asunto de los derechos humanos contribuyese a la derrota de Ford en las elecciones de 1976. Durante su debate con el candidato demócrata a la presidencia, Jimmy Carter, gobernador de Georgia, Ford negó torpemente que Europa del Este se encontrara bajo el dominio de la Unión Soviética. Esta endeble racionalización del acuerdo de Helsinki ofendió a gran número de norteamericanos que descendían de inmigrantes de la Europa del Este y, en opinión de algunos observadores políticos, acabó costándole a Ford las elecciones presidenciales. Para entonces «distensión» se había convertido en una palabrota.

EL DEBATE DE LA DISTENSIÓN

Los acontecimientos de 1975-1976 intensificaron el debate en torno a la naturaleza y el propósito de la distensión. Sus críticos conservadores arguyeron que la distensión era una calle de dirección única y que la Unión Soviética daba poco a cambio de los beneficios que había recibido. Lo que más consternaba a los conservadores era la creencia de que al subvencionar la economía soviética, Washington ayudaba a la Unión Soviética a aumentar los efectivos y la calidad de sus fuerzas armadas. Ronald Reagan, durante su infructuosa campaña para ser nombrado candidato republicano a la presidencia en 1976, acusó al gobierno de Ford diciendo que «esta nación se ha convertido en el número dos en un mundo donde ser segundo es peligroso, cuando no fatal».²⁹

Los liberales, en cambio, se enfadaron porque el gobierno de Ford reaccionó de forma ambivalente a las continuas violaciones de los derechos humanos en el bloque soviético. A instancias de Kissinger, el presidente Ford se

negó a recibir en la Casa Blanca a Aleksandr Solzenicyn, destacado escritor y disidente que fue expulsado de la Unión Soviética en 1974 por sus actividades «antisoviéticas». Kissinger dijo que la hostilidad de Solzenicyn a los dirigentes soviéticos y la distensión haría que «el efecto simbólico» de un encuentro con el presidente fuera «desfavorable» desde «el punto de vista de la política exterior».³⁰ Los críticos conservadores de la distensión consideraron que el trato que el gobierno dispuso a Solzenicyn fue un ejemplo más de que «apaciguaba» a la Unión Soviética.

Los soviéticos, por su parte, nunca tuvieron la intención de cejar en sus esfuerzos por promover las actividades revolucionarias en el Tercer Mundo, pese a que Kissinger esperaba que los beneficios de la distensión con Occidente les harían cambiar de política. Los soviéticos opinaban que la distensión era fruto de la necesidad de Occidente de adaptarse a una «correlación de fuerzas» que ellos consideraban cada vez más favorable al movimiento comunista. Esta opinión se vio reforzada al alcanzar los soviéticos la paridad nuclear con Estados Unidos y al ver la creciente dificultad que tenían los norteamericanos para mantener su posición en el Tercer Mundo, como parecían demostrar las victorias comunistas en Indochina y Angola. Huelga decir que esta nueva seguridad en sí mismos de los soviéticos alimentó las suspicacias de los occidentales que criticaban la distensión y que pensaron que cualquier acuerdo con los soviéticos sería papel mojado.

Kissinger rechazó la acusación de que la distensión no era más que otra forma de apaciguamiento. Afirmó que en varias ocasiones el gobierno había opuesto resistencia al «aventurismo» soviético: en Cuba, Oriente Próximo y Angola. La intervención soviética en Angola había triunfado, según Kissinger, porque el Congreso le había negado al gobierno lo que necesitaba para poner en práctica una política de incentivos y amenazas con el fin de frenar a los soviéticos en el Tercer Mundo. La enmienda Jackson-Vanik había echado por tierra la perspectiva de ampliar el comercio entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Y las enmiendas de Clark y Tunney habían negado al gobierno los fondos necesarios para financiar operaciones encubiertas contra las fuerzas marxistas en Angola.

Kissinger también descartó las críticas en el sentido de que la distensión beneficiaba sólo a la Unión Soviética. Afirmó que Estados Unidos se había beneficiado mucho del deshielo de la guerra fría y puso como ejemplos los acuerdos SALT, un tratado sobre Berlín, y la Unión Soviética como mercado para los agricultores norteamericanos. En sus memorias, Kissinger previno contra el tipo de actitud «simplista y esencialmente militarista» ante la Unión Soviética por la que parecían abogar los críticos conservadores de la distensión. «La política norteamericana —insistió— debe abarcar tanto la disuasión como la coexistencia, tanto la contención como un esfuerzo por mitigar las tensiones.»³¹

No obstante, al comenzar la primavera de 1976 la distensión estaba en ruinas. Para resolver el problema, Ford optó por hacer que Kissinger fuese menos visible y con tal fin le despojó de su cargo de asesor para asuntos de seguridad nacional al tiempo que conservaba la sustancia de su política. Kissinger siguió siendo secretario de Estado hasta que Ford dejó la presidencia en enero de 1977, pero ya no tenía la misma autoridad de antes. Con la distensión boicoteada tanto por los soviéticos como por sus críticos en Estados Unidos, a Ford le resultó políticamente imposible crear el tipo de entendimiento con los soviéticos que en otro tiempo pensó que era posible. Debido a ello, los intentos de resucitar la distensión tendrían que hacerlos el sucesor de Ford en la presidencia, Jimmy Carter.

Carter y el declive de la distensión, 1977-1981

VISIONES CONTRADICTORIAS DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

Al entrar en la Casa Blanca en enero de 1977, Jimmy Carter sabía poco de asuntos exteriores. Había sido ingeniero nuclear, próspero hombre de negocios y gobernador de Georgia. Su única experiencia significativa en el campo de las relaciones internacionales la había adquirido como miembro de la Comisión Trilateral, organización fundada para promover una relación más estrecha de Estados Unidos con la Europa occidental y Japón a expensas de la relación con el mundo comunista. Después de que Carter fuera elegido presidente en noviembre de 1976, muchos miembros de la comisión ocuparon puestos en su gobierno. Zbigniew Brzezinski, polaco de nacimiento, profesor de ciencias políticas y director de la Comisión Trilateral, pasó a ser consejero de seguridad nacional. Cyrus Vance, abogado de Wall Street cuando no servía en el gobierno, recibió el nombramiento de secretario de Estado, y Harold Brown fue nombrado ministro de Defensa. Ambos eran antiguos miembros de la comisión.

A diferencia de Richard Nixon y Gerald Ford, que habían dependido mucho de Henry Kissinger, Carter no permitió que un solo individuo supervisara la política exterior de la nación. En vez de ello, desde el principio, el nuevo presidente decidió que sus consejeros serían Vance y Brzezinski, pero que él mismo dirigiría la política exterior del gobierno. Según Hamilton Jordan, ayudante de Carter, «Zbig se encargaría de pensar, Cy de hacer y Jimmy Carter de decidir».¹

Si bien al principio Vance y Brzezinski creyeron que podrían trabajar juntos, y realmente así fue durante el primer año del gobierno, tenían conceptos diferentes de las relaciones internacionales, y en particular formas distintas de

pensar en la Unión Soviética, lo que inevitablemente causó problemas entre los dos. En el caso de un presidente que se sentía seguro de sí mismo al dirigir la diplomacia de la nación, como era Franklin Roosevelt, a menudo las discordias entre sus consejeros eran un catalizador para tomar decisiones eficaces. En cambio, para un presidente con tan poca experiencia diplomática como Carter, depender de los consejos contradictorios de Vance y Brzezinski solía causar confusión y vacilaciones en la dirección de la política exterior. En los últimos tiempos de la presidencia de Carter, las luchas internas casi producirían una transformación total de la política que al principio pensaba llevar el presidente con respecto a la Unión Soviética.

Vance era partidario de que las relaciones con los soviéticos se basaran en la diplomacia. Hombre pragmático siempre, creía que la Unión Soviética y Estados Unidos tenían intereses mutuos, tales como el control de armamentos, que trascendían su rivalidad ideológica. Si bien Vance reconocía que la Unión Soviética seguía una política consistente en «la búsqueda incesante de ventajas para promover sus intereses nacionales», creía que si Estados Unidos actuaba con «paciencia y persistencia» para frenar tal búsqueda, sería posible llegar a acuerdos mutuamente ventajosos, en especial en el campo del control de armamentos.²

Aunque los puntos de vista de Vance prevalecieron en los primeros tiempos de la presidencia de Carter, la competencia por parte de los de Brzezinski fue en aumento. El consejero de seguridad nacional creía que la expansión era la principal fuerza motriz de la política exterior soviética y que la forma más eficaz de frenarla no era la diplomacia, sino el poderío militar de Estados Unidos. Donde Vance buscaba oportunidades de cooperar con la Unión Soviética, Brzezinski se concentraba en los aspectos competitivos de la relación entre los dos países, en particular en el Tercer Mundo, que él consideraba el escenario clave de la rivalidad entre el bloque oriental y Occidente. Donde Vance hacía hincapié en factores locales como las causas de la inestabilidad del Tercer Mundo, Brzezinski echaba la culpa a la intromisión de la Unión Soviética. Brzezinski opinaba que la forma principal de hacer frente a la agitación en el Tercer Mundo era responder enérgicamente a la intervención soviética en los países en vía de desarrollo. A juicio de Brzezinski esta respuesta debía incluir no sólo el uso del poderío convencional de Estados Unidos, o la amenaza de usarlo, sino también la vinculación de las acciones soviéticas en el Tercer Mundo a otros asuntos, en particular las relaciones económicas y las SALT.

Vance rechazaba esta vinculación. Creía que ciertos asuntos, tales como las SALT, eran demasiado importantes para los intereses de Estados Unidos para ligarlas al Tercer Mundo o a otros problemas entre las superpotencias. Brzezinski, en cambio, consideraba que las SALT eran sencillamente otro medio de frenar la expansión del poderío militar soviético. A Vance no le gustaba la actitud que Brzezinski adoptaba ante el mundo, una actitud propia de

la guerra fría, y le molestaba de forma especial que Brzezinski lograra convertirse en el portavoz del gobierno para los asuntos relacionados con la política exterior. Al hacerse evidente, a raíz de la invasión soviética de Afganistán en 1979, que los puntos de vista de Brzezinski se habían convertido en los de Carter, Vance dimitió.

Si bien Carter acabó adoptando la actitud combativa de Brzezinski ante la Unión Soviética, lo hizo muy a regañadientes y nunca por completo. Brzezinski escribió que Carter quería ser recordado principalmente como un gran conciliador, con Woodrow Wilson como modelo. Pero Brzezinski le advirtió: «Antes de ser un Wilson tienes que ser un Truman».³

En el fondo, sin embargo, Carter era un baptista devoto y «renacido» que se sentía más a gusto con el idealismo moralista de Woodrow Wilson que con la política realista de Truman... o de Brzezinski. Al igual que Wilson, Carter hacía hincapié en que Estados Unidos tenía que ser un faro para el mundo, un faro que iluminase y fomentara los grandes ideales de la libertad, la democracia y los derechos humanos.

Estos principios, a juicio de Carter, se habían sacrificado en aras de la política realista de Nixon y Kissinger. Con el fin de crear un equilibrio de poder duradero, Nixon y Kissinger habían recurrido a tácticas tan sucias como la diplomacia secreta, los cauces de comunicación clandestinos y el apoyo encubierto a dictaduras derechistas y represivas. El resultado, según Carter, había sido manchar los ideales de Estados Unidos. El presidente insistía en que su restauración exigía que el fomento de los derechos humanos fuera el eje de la política exterior del gobierno. «Nunca podemos ser indiferentes ante la suerte de la libertad en otros países —declaró Carter en el discurso de toma de posesión—. Nuestro compromiso con los derechos humanos tiene que ser absoluto.»⁴

Carter, también al igual que Woodrow Wilson, quería crear un nuevo orden internacional basado en una comunidad de intereses más que en un equilibrio de poder. Creía que ni Estados Unidos ni la Unión Soviética podían controlar el destino del mundo. Más que disputarse la dirección del mundo con los soviéticos, Carter quería obtener su apoyo en la tarea de paliar problemas mundiales tales como la proliferación de armas nucleares, la contaminación del medio ambiente y la pobreza. Algunos atribuyen a Carter el mérito de haber sido el primero —casi un decenio antes de que Mijail Gorbachov subiera al poder en la Unión Soviética— en prever un entorno internacional posterior a la guerra fría.

Carter no era un ingenuo en lo que se refería al historial de opresión de la Unión Soviética, la naturaleza de su amenaza nuclear o sus posibilidades de atacar los intereses de Estados Unidos en el mundo. Pero pensaba que lograría convencer a la Unión Soviética de los beneficios de una relación más cooperativa si quitaba importancia a las diferencias ideológicas entre los

dos países y se concentraba en problemas que ambas potencias tuvieran interés en resolver, tales como la carrera de armamentos nucleares. Obviamente, las SALT II serían el eje de los esfuerzos de Carter por reactivar la distensión.

ESTANCAMIENTO DE LAS SALT II

Los soviéticos también ansiaban seguir adelante con las SALT. Carter no había tomado aún posesión de su cargo cuando Breznev ya le escribió para decirle que convenía firmar un tratado SALT II cuanto antes. Breznev quería que el tratado se basara en el acuerdo que él y Ford habían firmado en Vladivostok en noviembre de 1974. Breznev sugirió que sólo después de firmar un tratado SALT II podrían entablarse conversaciones relativas a un tratado SALT III que incluyera una reducción del número de lanzamisiles, quizás en el otoño de 1977, justo en el momento en que expiraría el acuerdo provisional SALT I. Durante la campaña presidencial Carter dijo a Breznev que si era elegido, procedería rápidamente a negociar un tratado SALT II que se basara en el Acuerdo de Vladivostok, siempre y cuando pudiera resolverse el asunto pendiente del bombardero Backfire soviético y los misiles de crucero soviéticos, y pasar luego a efectuar grandes reducciones en un tratado SALT III.

Sin embargo, poco después de que Carter tomara posesión del cargo de presidente, el senador Henry Jackson le envió un memorándum en el que expresaba su oposición al Acuerdo de Vladivostok. Jackson insistía en que las grandes reducciones de los arsenales de ICBM e IRBM de la Unión Soviética debían formar parte de un tratado SALT II y no de un SALT III. Jackson argüía que los límites que fijaba el Acuerdo de Vladivostok eran demasiado altos. Cuando los misiles soviéticos estuvieran provistos de múltiples cabezas nucleares, en los años ochenta, los ICBM Minuteman norteamericanos serían vulnerables a un primer ataque soviético. Jackson también opinaba que el Acuerdo de Vladivostok restringía demasiado el programa de misiles de crucero de Estados Unidos, pero no ponía suficientes restricciones al bombardero Backfire soviético.

El presidente reconoció la importancia del memorándum de Jackson. «En un futuro debate de ratificación —explicó Vance— Jackson sería una baza importante si apoyaba el tratado, y un adversario formidable si se oponía a él.»⁵ El Senado confirmó a Paul Warnke como principal negociador del gobierno en las SALT, pero sólo por un pequeño margen debido en gran parte a la oposición de Jackson. El gobierno no pudo por menos de darse cuenta de que los votos a favor de Warnke no llegaban a la mayoría de dos tercios que se requería para la ratificación de un tratado SALT II.

Temiendo que Jackson pudiese bloquear la ratificación de un tratado SALT II, Carter trató de ganarse el apoyo del senador e hizo que la propuesta inicial del gobierno en las SALT reflejara lo que había dicho Jackson sobre las grandes reducciones de los arsenales de ICBM e IRBM soviéticos. Pero Vance creía que prescindir del Acuerdo de Vladivostok era un error, porque, a su modo de ver, «ofrecía la mejor perspectiva de firmar rápidamente un tratado SALT II».⁶ Señaló que los soviéticos no estaban dispuestos a aceptar grandes reducciones de su arsenal en las SALT II y, por tanto, creía que debían dejarse para las SALT III. Carter, sin embargo, opinaba que podría vencer las objeciones soviéticas si se comunicaba directamente con Breznev y reducía de ocho a cinco el número de bombarderos B-1 que se construirían al principio, a la vez que retrasaba un año la fabricación de un nuevo ICBM, el MX. Las concesiones de Carter no convencieron a Breznev, que se negó a prescindir del Acuerdo de Vladivostok.

En vista de la respuesta negativa de Breznev, Carter optó por transigir. Dijo a Vance que hiciera dos propuestas cuando se entrevistase con Andrej Gromyko, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, el 28 de marzo de 1977. La primera, el llamado plan general, era la que prefería el presidente. Proponía grandes reducciones de los toques acordados en Vladivostok, de 2.400 a 1.800 lanzamisiles, y de 1.320 ICBM y SLBM dotados de MIRV a entre 1.200 y 1.000. El plan general también pedía que el número de misiles pesados soviéticos se redujera del tope de 313 fijado en Vladivostok a 150. Asimismo, hablaba de eximir el bombardero Backfire soviético de las limitaciones de armas estratégicas si los soviéticos aceptaban diversas medidas que limitarían el alcance del aparato. La segunda propuesta que Vance se llevó consigo a Moscú recibía a veces el nombre de «plan de aplazamiento». Consistía sencillamente en el Acuerdo de Vladivostok sin ninguna referencia al Backfire ni al misil de crucero.

Ninguno de los dos planes norteamericanos interesó a los soviéticos. Breznev advirtió que si Estados Unidos persistía en pedir reducciones considerables del arsenal nuclear soviético, especialmente los misiles pesados, la Unión Soviética tendría derecho a exigir la eliminación de las bases norteamericanas en Europa occidental y la liquidación de los submarinos pertenecientes a la OTAN, los bombarderos de alcance medio y otros vehículos capaces de lanzar armas nucleares contra blancos soviéticos. También recordó a Vance que había accedido a excluir estos sistemas de las SALT a cambio de que Kissinger estuviera de acuerdo con que se dejara intacto el arsenal de ICBM pesados de la Unión Soviética.

En lo que se refiere a la segunda opción norteamericana, el plan de aplazamiento, Breznev la rechazó con la misma rotundidad con que un año antes rechazara una propuesta parecida de Kissinger. El dirigente soviético quería ver el misil de crucero incluido en las limitaciones de las SALT, pero no así el

bombardero Backfire, que, según volvió a insistir, no era un arma estratégica. Debido a ello, se produjo un estancamiento incluso antes de que pudieran empezar las negociaciones en serio entre los soviéticos y el nuevo gobierno de Washington.

En cambio, los soviéticos aceptaron otras propuestas para el control de armamentos. Así pues, se crearon grupos de trabajo que estudiarían las propuestas de prohibición general de las pruebas nucleares, de más limitaciones a la proliferación nuclear, de aviso previo de las pruebas de misiles, de desmilitarización del océano Índico, de reducciones en los programas de defensa civil y de armas químicas, convencionales, radiológicas y antisatélites, y de limitación de los trasposos de armas convencionales a países del Tercer Mundo.

No obstante, el fracaso del plan general antes de que llegara a ver la luz fue una gran decepción para el gobierno de Carter y la primera indicación significativa de que no sería fácil reactivar la distensión. También causó la primera división grave en el gobierno de Carter, ya que Brzezinski y Vance se culpaban mutuamente de la reacción negativa de los soviéticos y dieron la impresión de que el gobierno no sabía lo que estaba haciendo.

Sin embargo, cuando Vance y Gromyko volvieron a entrevistarse en Ginebra el 18 de mayo, el mal ambiente creado por el fracaso de su encuentro de marzo ya se había disipado en gran parte. Después de tres días de conversaciones, Vance anunció que habían acordado un marco nuevo para las negociaciones. Consistía en tres «niveles» o partes en los que algunos de los elementos del Acuerdo de Vladivostok se combinaban con los de la propuesta general de marzo.

El primer nivel consistía en un tratado que duraría hasta finales de 1985 y se basaría en los toques de lanzamisiles y MIRV que fijaba el Acuerdo de Vladivostok. El segundo nivel incluía un protocolo trienal del tratado que pondría limitaciones a determinados sistemas de armamentos (tales como los misiles de crucero y los ICBM móviles), a la modernización de misiles y a nuevos tipos de misiles. El tercer nivel consistía en una declaración de principios conjunta destinada a crear un marco para futuras negociaciones que llevarían a un acuerdo SALT III.

Una vez quedó establecido el marco para negociar, las delegaciones soviética y norteamericana en Ginebra empezaron a trabajar en los detalles. Hubo que superar numerosas dificultades y no se llegó a un acuerdo final hasta después de dos años de negociaciones complicadas. Gracias al retraso, los adversarios acérrimos de las SALT II tuvieron el tiempo que necesitaban para movilizar sus recursos y la opinión pública contra el tratado.

LOS DERECHOS HUMANOS

No cabe duda de que la hostilidad que las primeras propuestas SALT despertaron en los soviéticos se intensificó al decidir Carter que el fomento de los derechos humanos en todo el mundo sería una de las metas principales de su gobierno. A mediados de febrero de 1977 Carter aseguró a Andrei Sajarov, destacado disidente y físico (y padre de la bomba de hidrógeno soviética) que Estados Unidos no pasaría por alto los derechos humanos en la Unión Soviética. En marzo, sólo unos días antes de que Vance llegase a Moscú con la propuesta de grandes reducciones para las SALT, Carter pidió un considerable aumento de los fondos destinados a Radio Free Europe y Radio Liberty al tiempo que incrementaba los programas de la Voz de América dirigidos a la Unión Soviética.

Carter no quería provocar tensiones con la Unión Soviética, pero prefirió no tener en cuenta la posibilidad —mejor dicho, la probabilidad— de que los dirigentes soviéticos considerasen que su campaña a favor de los derechos humanos no sólo era incompatible con la distensión, sino que, además, constituía una amenaza para su posición en la Europa del Este, cuando no en la propia Unión Soviética. En una carta que mandó a Carter a finales de febrero, Breznev se quejaba de la «injerencia» norteamericana en los asuntos internos de la Unión Soviética. Otra reacción de los soviéticos consistió en poner en marcha un programa acelerado de represión. En marzo de 1977 detuvieron a seis destacados disidentes judíos, entre ellos Aleksandr Ginzburg, Yuri Orlov y Anatoly Shcharansky, a los que acusaron de trabajar para la CIA. No obstante, Carter, a instancias de Sajarov, persistió en su condena de las violaciones de los derechos humanos por parte de los soviéticos. En las reuniones de la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa que se celebró en Belgrado a partir de noviembre de 1977, Estados Unidos volvió a acusar a la Unión Soviética y sus satélites europeos de violar los derechos humanos.

Durante el resto de la presidencia de Carter, el asunto de los derechos humanos exasperaría a los soviéticos y, por ende, sería un obstáculo para reactivar la distensión. En la única conferencia en la cumbre que Carter sostuvo con Breznev —en Viena, junio de 1979—, el dirigente soviético le dijo: «Los derechos humanos son un tema delicado para nosotros y no es un campo legítimo de debate entre usted y yo». Carter respondió: «El tema de los derechos humanos es muy importante para nosotros porque determina nuestra actitud ante su país. Usted firmó voluntariamente los Acuerdos de Helsinki, que hicieron de este asunto un tema apropiado de las relaciones entre los estados».⁷ Obviamente, debido a la política de Carter relativa a los derechos humanos, la cooperación de las superpotencias en otros asuntos resultó más difícil.

CRISIS AFRICANAS

Los dirigentes soviéticos también contribuyeron a la dificultad de reactivar la distensión durante el mandato de Carter. Al igual que éste, pensaban que tenían la obligación de promover su ideología en el mundo, especialmente en las regiones menos desarrolladas.

En noviembre de 1977 aviones soviéticos empezaron a transportar armas y tropas cubanas a Etiopía para ayudar a ese país a repeler la invasión de su provincia de Ogadén por parte del ejército de la vecina Somalia. Etiopía y Somalia padecían los efectos de la sequía y carecían de recursos naturales significativos, pero se hallaban situadas estratégicamente en el Cuerno de África, el ángulo oriental del continente que flanquea los accesos al petróleo del golfo Pérsico pasando por el mar Rojo. Esta situación estratégica y el hecho de que los etíopes y los somalíes eran clientes de la Unión Soviética y de Estados Unidos respectivamente crearon las condiciones para otro enfrentamiento de la guerra fría en el Tercer Mundo, en particular después de que los somalíes solicitaran ayuda a Estados Unidos para detener la contraofensiva etíope apoyada por los cubanos y los soviéticos.

La petición somalí aumentó las divergencias entre Brzezinski y Vance. El primero quería que Carter enviara un portaaviones a la costa somalí para indicar que Estados Unidos estaba decidido a frenar la expansión soviética en el Cuerno de África. Advirtió al presidente que la falta de una respuesta enérgica podía poner en peligro no sólo los intereses occidentales en África y el sudoeste de Asia, sino también el tratado SALT II, en particular si la contraofensiva etíope apoyada por los soviéticos coincidía con la firma del tratado. Vance, en cambio, arguyó que la situación africana debía tratarse en el contexto local y en vez de verla principalmente como un aspecto del conflicto entre los dos bloques. Dicho de otro modo, los etíopes, aunque con apoyo soviético y cubano, defendían su provincia de Ogadén contra la agresión somalí.

Vance también arguyó que el tratado SALT no debía vincularse a lo que hicieran los soviéticos en África. Dijo que vincular una cosa a la otra equivaldría a «tirar piedras a nuestro propio tejado» porque el control de las armas estratégicas sería tan beneficioso para Estados Unidos como para la Unión Soviética.⁸ Vance recomendó que en lugar de recurrir a la fuerza, la crisis se resolviera diplomáticamente. Prefirió creer en las garantías que dieron los soviéticos de que sus fuerzas se limitarían a ayudar a los etíopes a expulsar a los invasores somalíes de Ogadén y no invadirían Somalia. Con el apoyo del ministro de Defensa, Brown, Vance logró persuadir a Carter de buscar una solución diplomática para la crisis y a no enviar el portaaviones. Al final, como predijo Vance, la crisis de Etiopía terminó sin necesidad de una reacción militar de Estados Unidos. El 14 de marzo de 1978 los somalíes completaron su

retirada del Ogadén, y los soviéticos y los cubanos se abstuvieron de invadir Somalia, tal como habían asegurado a Vance al empezar la crisis.

No obstante, Brzezinski opinó que la decisión de no hacer una demostración del poderío norteamericano durante la crisis había sido un error que el presidente lamentaría más adelante. «Si hubiéramos expresado nuestra decisión antes —recordó Brzezinski en sus memorias— quizás... hubiésemos podido evitar la posterior concatenación de acontecimientos que culminó con la invasión soviética de Afganistán y la suspensión de las SALT.»⁹ Sin embargo, Brzezinski no explicó cómo un solo portaaviones estadounidense hubiera cambiado el resultado de la crisis. Como demostrarían acontecimientos posteriores, Brzezinski había perdido sólo una batalla y acabaría ganando la guerra con Vance e influyendo más en el presidente.

La crisis entre Etiopía y Somalia hizo que el presidente se sintiera más escéptico en lo que se refería a la disposición de los soviéticos a cooperar con Estados Unidos para poner fin a la guerra fría. Así pues, decidió seguir una política de enfrentamiento más activa en África. El 27 de mayo de 1978, en una entrevista que sostuvo en la Casa Blanca con el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Gromyko, Carter acusó a la Unión Soviética de apoyar una incursión en Zaire por parte de exiliados de la provincia zaireña de Shaba (Katanga) que tenían sus bases en Angola. Aunque Gromyko se apresuró a negar que la Unión Soviética estuviese envuelta en el asunto, Carter decidió ayudar al gobierno pro occidental del coronel Joseph Mobutu a oponer resistencia a la invasión. Ordenó que aviones norteamericanos ayudaran a transportar tropas francesas, belgas, marroquíes, senegalesas y de otros países africanos a Zaire. La Casa Blanca también puso en estado de alerta a varias unidades de la División Aerotransportada 82, pero los exiliados katangueses fueron obligados a retirarse a Angola antes de que hiciera falta la intervención de estas fuerzas norteamericanas.

Debido a la crisis de Zaire, el foco principal de la política africana del gobierno de Carter, que al principio había tratado de hacer hincapié en el fomento de la justicia social y el gobierno de la mayoría en el África meridional —y, de hecho, los resultados fueron especialmente buenos en Rodesia (Zimbabwe)— acabaría siendo la contención de la influencia soviética en todo el continente.

AMÉRICA LATINA

Al principio, el gobierno de Carter no creía que la Unión Soviética tuviera muchas oportunidades de aumentar su influencia en el hemisferio occidental. Por consiguiente, pensó que la región podía ser el eje de su política a favor de los derechos humanos en lugar de seguir la tradicional estrategia norteameri-

cana y apoyar a dictaduras opresivas pero anticomunistas. Washington presionó de modo especial a las dictaduras militares de Argentina, Brasil y Chile, cuya trayectoria en materia de derechos humanos era vergonzosa, pero la presión no se aplicó de forma uniforme ni coherente.

En el caso de Argentina, Washington redujo la ayuda económica, interrumpió la venta comercial de armas convencionales, bloqueó los empréstitos por medio del Banco Interamericano de Desarrollo y retrasó un crédito del Banco de Exportación e Importación para la compra de turbinas de generador. Esta presión disminuyó después de que la dictadura militar prometiera la restauración del gobierno civil en 1979 (promesa que no cumplió).

Las relaciones con Brasil fueron tensas durante toda la presidencia de Carter, a pesar de que el presidente optó por elogiar todas las medidas positivas que la dictadura militar tomó en materia de derechos humanos, en lugar de hablar de las violaciones de los mismos. No obstante, Brasil se abstendría de secundar el embargo que Estados Unidos impuso al suministro de cereales a la Unión Soviética cuando ésta invadió Afganistán en 1979.

En el caso de Chile, el gobierno de Carter ni siquiera intentó mejorar las relaciones con el régimen militar del general Augusto Pinochet, a quien Carter había condenado por derrocar a Salvador Allende, que había sido elegido debidamente, en 1973. En todo caso, las relaciones entre Estados Unidos y Chile fueron de mal en peor cuando Chile se negó a entregar, para ser juzgados en Estados Unidos, a tres chilenos a los que se acusaba del asesinato en Washington de Orlando Letelier, opositor al régimen de Pinochet que vivía en el exilio.

Además de fomentar los derechos humanos, el gobierno de Carter trató de reparar la imagen de Estados Unidos en América Latina resolviendo la antigua disputa sobre el Canal de Panamá. El 7 de septiembre de 1977 Panamá y Estados Unidos firmaron dos tratados a tal efecto. El primero preveía el traspaso de la soberanía sobre el Canal a Panamá el 31 de diciembre de 1999. También estipulaba que, hasta entonces, el Canal sería administrado conjuntamente por Estados Unidos y Panamá. Asimismo, Estados Unidos pagaría a Panamá 10 millones de dólares al año, más una suma complementaria de hasta 10 millones de dólares de los beneficios obtenidos de la explotación del Canal. El segundo tratado concedía a Estados Unidos el derecho indefinido a defender la neutralidad del Canal, pero, para satisfacer la exigencia de los panameños, estipulaba que el derecho sólo era válido en caso de amenazas externas.

El 18 de abril de 1978 el Senado norteamericano aprobó el primer tratado sobre el Canal de Panamá por 68 votos a favor y 32 en contra, sólo un voto más de los necesarios. Pero el triunfo del gobierno en el asunto de Panamá resultó ser una victoria pírrica. Con el fin de obtener apoyo para los tratados, el gobierno gastó los escasos recursos políticos de que disponía y que necesitaría

cuando llegase el momento de ratificar un tratado SALT II. Ronald Reagan, el más probable adversario de Carter en 1980, acusó al gobierno y a sus partidarios en el Congreso (tanto demócratas como republicanos) de hacer de Papá Noel y «regalar» el Canal. En consecuencia, muchos senadores republicanos que habían votado a favor de los tratados con Panamá creyeron que no podían permitirse apoyar el Tratado SALT II y, pese a ello, seguir alineados con su partido.

Además de resolver la disputa de Panamá, el gobierno de Carter trató de mejorar las relaciones con la Cuba de Castro. En marzo de 1977, después de que Carter levantara la prohibición de viajar a Cuba que pesaba sobre los norteamericanos, los dos países empezaron a hablar de la ubicación de su frontera marítima común. En abril firmaron un acuerdo sobre pesca. El mes siguiente acordaron abrir «secciones de intereses» en embajadas de terceros países en las respectivas capitales.

Pero los esfuerzos por mejorar las relaciones con Cuba fueron efímeros. En noviembre de 1977 Brzezinski afirmó que los cubanos habían aumentado muchísimo sus fuerzas en Angola, antes de que realmente las aumentasen. No obstante, el ataque de Brzezinski contribuyó a persuadir a los cubanos de que no tenían nada que perder, en cuanto a mejorar las relaciones con Estados Unidos, si enviaban más tropas a África.

EL FRACASO DEL ACERCAMIENTO ENTRE ESTADOS UNIDOS Y VIETNAM

Cuba no fue el único país comunista con el cual el gobierno de Carter no logró normalizar las relaciones. Otro fue Vietnam. El gobierno esperaba que establecer relaciones diplomáticas normales con Hanoi no sólo ayudara a curar las heridas de una guerra desgraciada sino que, además, sirviera para que Vietnam permaneciese al margen del bando soviético. Con tal objeto, aflojó las restricciones a los viajes a Vietnam y, si bien mantuvo el embargo sobre el comercio, permitió la transferencia de 5 millones de dólares en concepto de ayuda humanitaria privada para los vietnamitas. Además, Estados Unidos dejó de vetar el ingreso de Vietnam en las Naciones Unidas y apoyó la apertura de conversaciones entre los vietnamitas y funcionarios del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial en diciembre de 1976 y enero de 1977.

Hanoi correspondió permitiendo que una delegación de norteamericanos, encabezada por Leonard Woodcock, ex secretario general del sindicato United Auto Workers, visitara Vietnam con el fin de investigar el paradero de los norteamericanos desaparecidos durante la guerra. La comisión Woodcock gestionó la devolución de los cadáveres de once norteamericanos muertos en la contienda, pero sacó la conclusión de que no quedaban prisioneros de gue-

rra norteamericanos en Vietnam. También informó de que el gobierno vietnamita estaba dispuesto a acelerar la normalización de sus relaciones con Estados Unidos.

Las conversaciones con tal objeto empezaron en París en mayo de 1977, pero no tardaron en estancarse cuando los vietnamitas trataron de obtener 3.250 millones de dólares en concepto de ayuda económica que el presidente Nixon había prometido en secreto, pero ambiguamente, en 1973. (El 19 de mayo de 1977 los vietnamitas dieron a conocer el texto de la carta secreta que el 1 de febrero de 1973 Nixon envió al primer ministro, Pham Van Dong, y en la cual prometía ayuda «sin ninguna condición previa».)¹⁰ El gobierno de Carter afirmó que, aunque la promesa de Nixon fuera cierta, toda obligación de cumplirla había quedado anulada cuando los nordvietnamitas conquistaron Vietnam del Sur. Además, la exigencia vietnamita de reparaciones provocó una explosión de ira en el Congreso. Por 266 votos a favor y 131 en contra, la Cámara de Representantes prohibió que el departamento de Estado negociase «reparaciones, ayuda o cualquier otra forma de pago» a Vietnam.¹¹

En 1978 Hanoi se mostró dispuesto a retirar su exigencia de reparaciones, pero para entonces el esfuerzo por normalizar las relaciones con Estados Unidos ya se veía eclipsado por el estallido de un conflicto entre Vietnam y Camboya que pronto daría origen a un nuevo enfrentamiento entre las superpotencias. La causa de la guerra fue una incursión vietnamita en territorio camboyano en abril de 1977, a la que siguió otro ataque vietnamita en diciembre de aquel año. El motivo de la agresión vietnamita fue una disputa fronteriza pendiente entre los dos países. China, que ansiaba evitar que los vietnamitas impusieran su hegemonía en Indochina, reaccionó apoyando diplomáticamente a Camboya. La respuesta de los vietnamitas fue recurrir a los soviéticos, que estaban más que deseosos de ayudar a los vietnamitas a ejercer presión sobre la periferia meridional de China. En consecuencia, los soviéticos accedieron a proporcionar a los vietnamitas la ayuda económica que tanto necesitaban.

De haber prevalecido sólo los criterios relativos a los derechos humanos, Estados Unidos debería haber apoyado a Vietnam; los jermes rojos de Pol Pot habían asesinado a un millón de sus conciudadanos. Sin embargo, Brzezinski logró persuadir a Carter de que el mantenimiento de un equilibrio de poder entre China y la Unión Soviética requería que Estados Unidos cerrara los ojos ante la matanza perpetrada por Pol Pot en Camboya y tomara partido por su gobierno contra los vietnamitas. Además, Brzezinski también persuadió a Carter a que jugara la «baza de China» y diese el paso final hacia la normalización de las relaciones con dicho país.

EL ENTENDIMIENTO CHINONORTEAMERICANO

En la primavera de 1978 los chinos estaban más que dispuestos a normalizar las relaciones con Estados Unidos. Ansiaban utilizar el poderío norteamericano como contrapeso de la creciente influencia de la Unión Soviética en el sudeste de Asia. A finales de aquel año, Deng Xiaoping, adversario apasionado de la distensión entre la Unión Soviética y Estados Unidos, había salido triunfante de la lucha por el poder que tuvo lugar a raíz de la muerte de Mao Zedong (en 1976). Deng había dicho que el comercio y la ayuda tecnológica de Estados Unidos a la Unión Soviética equivalía a «dar bombones al Oso Polar».¹² Deng quería que Estados Unidos, en vez de fomentar la distensión con la Unión Soviética, empezase una relación cooperativa con China cuyo objetivo sería impedir que los soviéticos impusieran su «hegemonía» en el este de Asia.

Aunque Deng anhelaba mejorar las relaciones con Estados Unidos, insistió en que era necesario que primero Estados Unidos retirase el reconocimiento diplomático de Taiwan, cancelara el tratado de defensa mutua con dicho país y retirase todas sus tropas de él. Si bien Vance no sentía ningún compromiso emocional con Taiwan, temía que un acercamiento demasiado rápido a Beijing ofendiese a Moscú y pusiera en peligro las SALT. Brzezinski, como era de esperar, se alegró muchísimo de la oportunidad de inquietar a Moscú. Creía que una relación más estrecha entre China y Estados Unidos no sólo haría que los soviéticos se portasen mejor en África, Asia y otras partes, sino que, además, garantizaría que las condiciones del tratado SALT II fueran favorables a Estados Unidos. En consecuencia, Brzezinski insistió en que no debía permitirse que los lazos de Estados Unidos con Taiwan bloquearan un acercamiento norteamericano a China que él consideraba imprescindible para mantener el equilibrio de poder en el mundo.

Una vez más, el presidente aceptó las opiniones de Brzezinski. Sin hacer caso de las objeciones de Vance, que creía que el consejero de seguridad nacional no debía interpretar un papel diplomático, Carter envió a Brzezinski a Beijing en mayo de 1978. Vance temía que el viaje de Brzezinski suscitara dudas sobre quién hablaba en nombre de Estados Unidos y además agravara las relaciones con la Unión Soviética en un momento en que ya eran especialmente tensas a causa del aumento de la presión militar soviética sobre la frontera septentrional de China. El 9 de mayo, sólo dos semanas antes de la llegada de Brzezinski a Beijing, los soviéticos provocaron el mayor choque militar en la frontera con China desde 1969 al hacer una breve incursión militar en la otra orilla del río Ussuri. Al cabo de unos días, Moscú declaró que había sido un «error», pero no presentó sus disculpas a los chinos.¹³

Las conversaciones que sostuvo con los dirigentes chinos llenaron de jú-

bilo a Brzezinski, como era de esperar. «Hemos sido aliados antes —dijo al ministro de Asuntos Exteriores chino, Huang Hua—. Deberíamos cooperar otra vez ante una amenaza común ... la aparición de la Unión Soviética como potencia mundial.»¹⁴ La visita de Brzezinski contribuyó a que los chinos y los norteamericanos llegaran a un acuerdo sobre Taiwan durante el verano y el otoño de 1978. Estados Unidos reafirmó su adhesión al comunicado de Shanghai de 1972, que decía en esencia que no había más que una China y que Taiwan formaba parte de ella. Además, Estados Unidos accedió a reconocer a la República Popular como único gobierno de China. También accedió a cortar sus relaciones diplomáticas con Taiwan así como a cancelar el tratado de defensa mutua (un año después de informar de ello a Taiwan).

Si bien el gobierno de Carter dijo que retiraría las últimas tropas que tenía en Taiwan, así como todos sus funcionarios, comunicó a los chinos que Estados Unidos continuaría vendiendo a Taiwan armas defensivas y mantendría las relaciones comerciales y culturales con los taiwaneses. Los chinos prometieron respetar el deseo norteamericano de que el problema de Taiwan se resolviera por medios pacíficos, pero se negaron a hacer una promesa oficial y explícita de abstenerse de usar la fuerza contra Taiwan. Finalmente, Estados Unidos y China acordaron anunciar de forma simultánea, el 15 de diciembre de 1978, que la normalización de sus relaciones empezaría el 1 de enero de 1979.

Huelga decir que el anuncio chinonorteamericano no gustó a los soviéticos. Durante una entrevista con Carter en septiembre de 1977, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Gromyko, había advertido a Estados Unidos que no «jugara sucio» utilizando la baza de China contra la Unión Soviética.¹⁵ Los soviéticos se disgustaron todavía más cuando Deng aceptó la invitación del gobierno de Carter a visitar Estados Unidos, donde criticó repetidas veces a la Unión Soviética y pidió que China y Estados Unidos se asociaran para frenar el «hegemonismo» soviético. Si bien el gobierno de Carter no estaba dispuesto a formar una alianza con China, el comunicado conjunto que se dio a conocer después de la entrevista de Deng con el presidente afirmaba que los dos dirigentes estaban unidos en la oposición a «los esfuerzos de cualquier país o grupo de países por establecer la hegemonía o la dominación sobre otros».¹⁶

Para expresar su disgusto ante el incipiente entendimiento entre los chinos y los norteamericanos, los soviéticos dieron largas a las SALT. Pasarían otros seis meses antes de que se firmara un tratado SALT II. Además, los soviéticos incrementaron su presión sobre China. El 3 de noviembre de 1978 la Unión Soviética firmó un tratado de amistad con Vietnam. Aparentemente protegidos por su nueva alianza con la Unión Soviética, los vietnamitas comenzaron una invasión total de Camboya el 25 de diciembre de 1978. En el plazo de un mes ocuparon la mayor parte del país, con inclusión de Phnom

Phen, donde instauraron un gobierno marioneta encabezado por el camboyano Heng Samrin.

Las relaciones entre China y Vietnam, que ya se habían exacerbado al deportar los vietnamitas a centenares de miles de chinos étnicos de las ciudades de Vietnam a las llamadas nuevas zonas económicas del campo, empeoraron cuando Vietnam invadió Camboya. Durante su visita a Estados Unidos en enero de 1979, Deng Xiaoping dijo a Carter que China castigaría la «agresión» de Vietnam a Camboya. El 17 de febrero de 1979, con la aprobación tácita del gobierno de Carter, China emprendió la invasión de Vietnam. En el transcurso de dieciséis días de lucha, el ejército chino se adentró unos 40 kilómetros en Vietnam y luego se retiró y expresó públicamente la satisfacción que le producía haber dado una lección a los vietnamitas.

Si bien el departamento de Estado manifestó su oposición tanto a la invasión de Camboya por los vietnamitas como a la intrusión china en Vietnam, Brzezinski no pudo disimular el júbilo que le había producido la actuación de China. Dijo que la invasión china había demostrado a los vietnamitas «los límites de su confianza en los soviéticos». Como era de esperar, el apoyo tácito de Washington a China aplazó indefinidamente el esfuerzo por normalizar las relaciones entre Estados Unidos y Vietnam. Como dijo con orgullo Brzezinski, «me lo cargué».¹⁷ No volvería a hacerse un intento de normalización hasta que otro demócrata, William Jefferson Clinton, se sentara en la Casa Blanca al cabo de un decenio y medio.

COREA DEL SUR

La reactivación de la guerra fría en el este de Asia fue también la causa de que cambiara la política del gobierno de Carter para con Corea del Sur. Al principio, Carter había considerado que Corea del Sur merecía ser blanco de su política de defensa de los derechos humanos. Durante la campaña para las elecciones presidenciales de 1976, había dicho que el gobierno del presidente sucoreano Park Chung Hee era un ejemplo perfecto de régimen moralmente repugnante que se mantenía en el poder gracias a las fuerzas armadas de Estados Unidos. El 26 de enero de 1977, en su primera rueda de prensa después de entrar en la Casa Blanca, Carter anunció que retiraría los 37.000 soldados de tierra destacados en Corea.

El anuncio del presidente levantó una tempestad de protestas en Corea del Sur así como en Japón. También causó revuelo entre los partidarios de seguir una línea dura en política exterior y entre los altos mandos militares de Estados Unidos, que creían que la retirada podía animar a Corea del Norte a emprender una segunda invasión de Corea del Sur. El general de división John Singlaub, jefe del estado mayor de las fuerzas norteamericanas en Co-

rea, reflejó esta opinión cuando dijo en público que la retirada de Estados Unidos conduciría a una guerra. Carter respondió reprendiendo a Singlaub y retirándose de Corea. El presidente defendió su plan de retirada militar arguyendo que Corea del Sur era fuerte y, por tanto, otra guerra de Corea era improbable.

En 1979, sin embargo, Carter había cambiado de parecer. Con la esperanza de conseguir que el Senado aprobase el tratado SALT II, el presidente decidió que no podía correr el riesgo de enemistarse con los republicanos que tal vez le darían su apoyo retirando las tropas norteamericanas de Corea del Sur, y el 20 de julio de 1979 hizo pública su decisión. También decidió quitar importancia al asco personal que le producían las continuas violaciones de los derechos humanos que cometía Corea del Sur. Cuando el sucesor de Park, Chun Doo Hwan, impuso la ley marcial en el país en 1980 y recurrió a la fuerza militar para sofocar de forma sangrienta los disturbios estudiantiles, Estados Unidos se limitó a expresar muy suavemente su preocupación. Corea del Sur se había convertido en otro ejemplo del triunfo del realismo sobre el idealismo de Carter.

ORIENTE PRÓXIMO

Oriente Próximo también siguió siendo un importante teatro de la guerra fría durante la presidencia de Carter, pese a que al principio el presidente expresó su deseo de que la Unión Soviética y Estados Unidos pudieran cooperar en la región. A diferencia de sus predecesores, Carter no era reacio a partir del supuesto de que la crisis de Oriente Próximo giraba en torno al problema no resuelto de los palestinos. Fue el primer presidente que dijo en público que para encontrar una solución duradera del conflicto entre árabes e israelíes era necesario reconocer el derecho del pueblo palestino a tener una patria propia.

Así pues, el gobierno de Carter decidió sustituir los objetivos limitados de la diplomacia volante de Kissinger, en la cual Estados Unidos había negociado sólo con Egipto, Siria e Israel, por un planteamiento general que incluyera no sólo a los principales protagonistas del conflicto entre árabes e israelíes, entre ellos representantes de la OLP (que formarían parte de una sola delegación árabe), sino también a la Unión Soviética, a la que Kissinger había dejado al margen del asunto. Tanto Carter como Vance opinaban que los soviéticos debían tener un papel en las negociaciones, aunque sólo fuera para que se mostraran menos inclinados a sabotear un acuerdo general. Asimismo, el presidente y el secretario de Estado albergaban la esperanza de que la participación soviética en la solución del problema de Oriente Próximo sirviera para que también se hiciesen progresos en las SALT. En una declaración conjunta del 1 de octubre de 1977, Vance y Gromyko propusieron una serie de

directrices y un procedimiento para las negociaciones entre árabes e israelíes. Las conversaciones empezarían en Ginebra el 1 de diciembre de 1977 a más tardar.

Por desgracia, Israel no quiso apoyar el planteamiento general. A raíz de las elecciones parlamentarias de mayo de 1977 subió al poder un nuevo gobierno encabezado por Menahem Begin, el líder del partido Likud, que no pensaba reconocer una patria palestina ni a la OLP como representante de los palestinos. Tanto el gobierno del Likud como los judíos norteamericanos reaccionaron con hostilidad a la perspectiva de que los soviéticos participasen en el proceso de paz de Oriente Próximo. El nuevo gobierno israelí, con todo, no quería rechazar una iniciativa de paz en la que tan enérgicamente insistía Estados Unidos, el único protector de Israel. Así pues, el 19 de septiembre el ministro de Asuntos Exteriores israelí, Moshe Dayan, accedió a participar en la conferencia de Ginebra si se respetaban ciertas condiciones cuya finalidad era preservar la posición israelí.

En vez de rechazar francamente el planteamiento general, los israelíes lo sabotearon en secreto. Antes de que empezara la conferencia de Ginebra, los israelíes ofrecieron a Egipto una paz por separado que marginaría a las demás partes árabes, especialmente a la OLP. Sin que lo supiera el gobierno de Carter, en noviembre de 1977 Israel se brindó a devolver a Egipto el territorio de la península del Sinaí que aún estaba en su poder a cambio de que Egipto reconociese a Israel y aceptara un tratado de paz. Sadat decidió aceptar las condiciones de los israelíes porque se dio cuenta de que la intransigencia israelí ante el problema palestino bloquearía su solución en Ginebra y porque ansiaba recuperar el Sinaí y obtener ayuda económica de Estados Unidos. En noviembre de 1977 voló a Jerusalén para firmar un tratado de paz con su antiguo enemigo.

El presidente Carter aprobó con entusiasmo la decisión de Sadat de hacer las paces con Israel, pero los demás estados árabes se opusieron a ella, lo cual echó por tierra la posibilidad de llegar a un acuerdo de paz general en Oriente Próximo. La decisión de Sadat también disgustó a los soviéticos, que sospecharon que el fin del planteamiento general fue, si no instigado, al menos facilitado por el gobierno de Carter. El 29 de noviembre de 1977 Gromyko atacó públicamente la visita de Sadat. También comunicó a Estados Unidos que la Unión Soviética no participaría en una conferencia en El Cairo a la cual Sadat había invitado a los soviéticos y a las otras partes árabes, que tampoco quisieron asistir a ella. El resultado fue que en las conversaciones de paz sobre Oriente Próximo sólo tomaron parte Egipto, Israel y Estados Unidos.

Las conversaciones entre los israelíes y los egipcios culminaron con una cumbre que tuvo lugar en Camp David en septiembre de 1978 y un tratado de paz final que se firmó en marzo de 1979. No obstante, si bien el proceso de paz puso fin al estado de guerra entre Egipto e Israel, no resolvió el problema

que nacía de la ocupación israelí de los Altos del Golán y del sector oriental de Jerusalén, así como de la negativa israelí a reconocer el derecho de los palestinos a una patria propia.

Aunque el acuerdo de Camp David preveía la concesión de la «autonomía» a los palestinos por parte de Israel, en la práctica esto no quería decir nada. El primer ministro israelí, Begin, se aferró tenazmente a una definición de la autonomía palestina que en gran parte no iba más allá de los asuntos municipales. Dijo que en ninguna circunstancia permitiría la autodeterminación de los palestinos. De hecho, el gobierno de Begin se negó incluso a tratar con la OLP, la única organización capaz de gobernar un ente político palestino autónomo. Además, después del tratado de paz, el gobierno de Begin siguió fundando asentamientos judíos en Cisjordania, reforzando así con hechos su declaración de que jamás permitiría el nacimiento de un estado palestino.

El apoyo de Carter a las negociaciones de paz entre los egipcios y los israelíes no sólo contribuyó a hundir el planteamiento general del conflicto entre los árabes e Israel, sino que también representó una vuelta a la política de contención que los gobiernos de Nixon y Ford habían seguido en el caso de Oriente Próximo. Dicha política se caracterizaba por negar a los soviéticos un papel en el proceso de paz, por hacer caso omiso de la OLP (Brzezinski dijo que la nueva política norteamericana quedaba resumida en las palabras «adiós, adiós, OLP»), y por no ejercer ninguna presión significativa sobre Israel para que adoptase una postura más flexible ante el problema palestino.

La nueva política de Carter en Oriente Próximo también representó volver al objetivo de Kissinger consistente en edificar un bloque de estados pro occidentales en la región empleando con tal fin diversos medios, entre ellos la venta de armas y la ayuda económica. Egipto e Israel ocuparían un lugar destacado en dicho bloque, pero también Arabia Saudí e Irán formarían parte de él. En el ejercicio fiscal de 1978, Irán, Israel y Arabia Saudí recibieron casi las tres cuartas partes de todos los envíos de armas norteamericanas al Tercer Mundo. El hecho de que, por primera vez, un gobierno norteamericano vendiera a los árabes armas tan numerosas y modernas como las que vendía a Israel escandalizó a los israelíes y a los judíos norteamericanos, pero la nueva política reportó beneficios a Estados Unidos. Una importante consecuencia secundaria del acercamiento de Estados Unidos a los estados árabes moderados fue la promesa de Sadat de defender a los estados del golfo Pérsico, donde abundaba el petróleo, servicio que Israel no podía prestar.

Huelga decir que la exclusión de los soviéticos del proceso de paz de Oriente Próximo no contribuyó en modo alguno a fomentar la distensión entre las superpotencias. De hecho, después de la ruina total de la distensión, a raíz de la ocupación soviética de Afganistán a finales de 1979, los soviéticos señalaron que el cambio de la política de Estados Unidos en Oriente Próxi-

mo era un factor importante que les había empujado a defender sus propios intereses en la región prescindiendo de lo que opinaran los norteamericanos.

LAS SALT II Y LA CUMBRE DE VIENA

Como cabía esperar, el declive ininterrumpido de la distensión en 1978 afectó negativamente el ritmo de las SALT II y acabó debilitando la capacidad del gobierno Carter para obtener la ratificación de un tratado después de la firma del mismo el año siguiente. El anuncio, en diciembre de 1978, de que se normalizarían las relaciones entre China y Estados Unidos, el hecho de que los norteamericanos apenas protestasen cuando los chinos invadieron Vietnam aquel mismo mes y la visita de Deng a Washington en enero de 1979 quitaron a los dirigentes soviéticos las ganas de llegar a un acuerdo en las SALT. En el bando norteamericano, el derrocamiento del sha de Irán en enero de 1979 privó a Estados Unidos de los puestos de recogida de información que tenía en aquel país y que eran un medio importante de verificar el cumplimiento del tratado SALT II por parte de los soviéticos. Los enemigos del tratado se apresuraron a aprovechar esta circunstancia en sus esfuerzos por echarlo a pique.

Así pues, hasta marzo de 1979 el deshielo de las relaciones entre los soviéticos y los norteamericanos no fue suficiente para permitir un avance en las SALT, que culminó con el anuncio de que a principios de junio Carter y Breznev se reunirían en Viena para firmar el SALT II.

Poco antes de la cumbre de Viena, el 8 de junio de 1979, Carter anunció una decisión importante en materia de defensa con la esperanza de que indujera a los republicanos a apoyar el tratado SALT II. Aprobó la producción y el despliegue de 200 ICBM MX móviles. Esta medida anuló su decisión anterior (diciembre de 1977) de rechazar la producción en gran escala del misil. Carter reconoció en privado que la decisión de desplegar el MX le asqueaba. «Era una perspectiva repugnante, con el enorme despilfarro de dinero en toda clase de armas nucleares», escribió en su diario.¹⁸ Pero pensó que sin el misil tendría pocas probabilidades de lograr que el Senado aprobara el tratado SALT II.

Por fin, el 18 de junio de 1979, en una deslumbrante ceremonia que tuvo por marco el palacio Hofburg de Viena, Carter y Breznev firmaron los acuerdos SALT II, que imponían restricciones, tanto cualitativas como cuantitativas, a las armas nucleares estratégicas. Las principales restricciones cuantitativas fijaban un tope de 2.400 lanzamisiles para las ojivas nucleares de tipo estratégico, incluidos los ICBM, los SLBM, los bombarderos pesados y los misiles balísticos aire-tierra con un alcance superior a los 600 kilómetros (este tope se rebajaría a 2.250 antes del 1 de enero de 1981). El acuerdo también establecía sublímites de 1.320 para los ICBM dotados de MIRV y los avio-

nes armados con misiles de crucero cuyo alcance superase los 600 kilómetros, 1.200 para los ICBM y los SLBM dotados de MIRV, y 820 sólo para los ICBM dotados de MIRV. Una de las restricciones cualitativas era la prohibición (hasta diciembre de 1981) de desplegar lanzamisiles móviles, misiles de crucero disparados desde tierra y desde el mar con alcances superiores a los 600 kilómetros, y las pruebas en vuelo y el despliegue de misiles de crucero disparados desde el aire. El tratado también limitaba la sustitución de misiles por otros dotados de mayores adelantos tecnológicos y prohibía la conversión de lanzamisiles ICBM «ligeros» en lanzamisiles ICBM «pesados».

El acuerdo SALT II también contenía varias cláusulas relativas a la verificación. En el artículo 2, por ejemplo, había definiciones de los ICBM, los SLBM y los bombarderos pesados y descripciones de las características de los misiles de crucero estratégicos y los MIRV. También se definían los misiles pesados y ligeros haciendo referencia a sistemas específicos de ambos bandos, lo cual constituía una primicia para las SALT.

En la cumbre de Viena Carter y Breznev hablaron de la perspectiva de unas SALT III. Acordaron que ambos bandos dejarían de producir armas nucleares y reducirían el arsenal existente, pero Breznev insistió en que otros países, en particular China y los aliados de Estados Unidos en la OTAN, igualmente debían participar en las negociaciones. El dirigente soviético también pidió que los sistemas norteamericanos en bases avanzadas (principalmente los cazabombarderos destacados en la Europa occidental y los portaaviones que navegaban cerca de la Unión Soviética) se incluyeran en la siguiente ronda de las conversaciones. Decepcionó a Carter al afirmar que había que considerar todos los factores estratégicos antes de hacer más reducciones y que, por esta razón, opinaba que el 5 por 100 de reducciones anuales que proponía Carter no sería aconsejable.

De vuelta en Washington el 18 de junio, Carter defendió con energía el tratado ante una sesión conjunta del Congreso. Trató de apaciguar a los liberales, que arguyeron que el SALT II no era suficiente para poner fin a la carrera de armamentos nucleares, alegando que el acuerdo haría que la competencia fuese «más segura y más previsible, con reglas claras y límites verificables, donde, de no ser por ellos, no habría reglas ni límites». Trató de satisfacer a los conservadores recalando que por primera vez un acuerdo SALT había fijado «topes iguales a los arsenales estratégicos de ambos bandos, poniendo fin al anterior desequilibrio numérico a favor de la Unión Soviética». También aseguró a los conservadores que Estados Unidos tenía los medios necesarios para verificar el cumplimiento del acuerdo por parte de los soviéticos: «Si la Unión Soviética corriera el enorme riesgo de tratar de violar este tratado... —prometió el presidente—, no hay ninguna duda de que lo descubriríamos a tiempo para responder cumplida y eficazmente».¹⁹

Al final, sin embargo, Carter no logró traducir el buen fin de las SALT II

en un tratado ratificado. Al igual que en anteriores intentos de controlar los armamentos, acontecimientos externos pusieron trabas a la ratificación del SALT II. A comienzos de julio de 1979, los servicios de información norteamericanos comunicaron que habían detectado la presencia de una brigada de tropas de combate soviéticas en Cuba. La noticia provocó un escándalo en el Congreso y los soviéticos respondieron insistiendo en que los únicos soldados que tenían en Cuba estaban allí para preparar a las tropas cubanas, función que los soviéticos venían cumpliendo desde hacía diecisiete años. Finalmente Carter consiguió calmar las cosas prometiendo vigilar estrechamente a Cuba, crear una fuerza militar especial para el Caribe e incrementar la ayuda económica a las naciones amigas.

El gobierno también se sintió obligado a aumentar los gastos militares con el fin de obtener apoyo para el tratado. El 9 de noviembre la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado aprobó el acuerdo por 9 votos a favor y 6 en contra, lo cual era de mal agüero porque seguía siendo menos de los dos tercios que se necesitarían para la aprobación definitiva por parte del Senado en pleno. También es muy probable que los dirigentes soviéticos sacaran la conclusión de que había pocas probabilidades de que el Senado aprobase el tratado. Sin el tratado SALT II, y teniendo en cuenta que otros asuntos relacionados con la distensión no conducirían a nada, a los soviéticos les quedaban pocos incentivos para mantener viva la distensión. Al cabo de sólo un mes se empezó la invasión de Afganistán.

NICARAGUA

El nuevo programa de ayuda económica a América Latina que Carter anunció en octubre, respondiendo al incidente de la brigada soviética en Cuba, llegó demasiado tarde para salvar a la dictadura de Somoza en Nicaragua. El gobierno de Somoza fue derrocado en julio de 1979 por un movimiento fundamentalmente marxista que ostentaba el nombre de Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Antes del derrocamiento del régimen de Somoza, el gobierno de Carter lo había presionado para que mejorase su trayectoria en materia de derechos humanos y llevara a cabo reformas. En junio de 1979, cuando la caída de Somoza parecía inminente, el gobierno de Carter incluso trató de persuadir a la Organización de Estados Americanos a intervenir en Nicaragua para impedir la inevitable victoria sandinista. Pero la OEA, por primera vez en su historia, se negó a acceder a la petición norteamericana de intervenir en el hemisferio. A causa de ello, Somoza tuvo que huir del país el mes siguiente.

Ante la necesidad de salvar lo que pudiera y evitar que Nicaragua se convirtiese en otra Cuba, el gobierno de Carter intentó tardíamente ganarse la

amistad de los sandinistas. A finales de 1979 aprobó la concesión a Nicaragua de empréstitos del Banco Mundial y el Banco de Desarrollo Interamericano por valor de 262 millones de dólares. También ofreció al nuevo gobierno una serie de medidas de ayuda económica por valor de 75 millones de dólares. Pero cuando el Congreso aprobó el programa de ayuda, en junio de 1980, una serie de acontecimientos en Nicaragua —la decisión del gobierno sandinista de aplazar las elecciones libres hasta 1985, la firma de un acuerdo comercial con Moscú y la dimisión de miembros moderados del gobierno como Violeta Chamorro y Alfonso Robelo— habían convencido a muchos norteamericanos de que, efectivamente, Nicaragua seguía el camino de Cuba.

Las relaciones entre Estados Unidos y Nicaragua estuvieron más cerca de la ruptura en 1980 al empezar los sandinistas a prestar ayuda a los revolucionarios de El Salvador que trataban de derrocar al gobierno militar de su país. Washington respondió proporcionando de forma encubierta hasta un millón de dólares a las fuerzas antisandinistas de Nicaragua, la llamada «contra». Poco antes de abandonar la Casa Blanca en enero de 1981, Carter estudió la posibilidad de cortar toda la ayuda norteamericana a Nicaragua. Sin embargo, dejó la decisión a su sucesor, Ronald Reagan, que no sólo interrumpiría dicha ayuda, sino que, además, convertiría el derrocamiento del gobierno sandinista en una obsesión personal.

ARMAS NUCLEARES TÁCTICAS DE GRAN ALCANCE

Aun cuando los soviéticos y los norteamericanos acordaron limitar las armas nucleares estratégicas, otra categoría de armas nucleares, las tácticas de gran alcance (LRTNF), esto es, aviones y misiles dotados de armamento nuclear y con una autonomía de vuelo de entre 4.827 y 8.850 kilómetros, resultó difícil de controlar. A esta categoría pertenecían el misil balístico Pershing 2 y el misil de crucero disparado desde tierra (GLCM) Tomahawk. Los aliados de la OTAN querían desplegar estos misiles porque temían que, con la codificación de la paridad nuclear de las superpotencias en el tratado SALT II, Estados Unidos fuese reacio a amenazar con represalias nucleares contra la Unión Soviética si ésta lanzaba un ataque exclusivamente contra la Europa occidental.

Los aliados europeos también querían los nuevos misiles norteamericanos para contrarrestar el despliegue de los nuevos SS-20 soviéticos, misiles de tierra móviles cada uno de los cuales llevaba tres cabezas nucleares. La OTAN no tenía nada que pudiera compararse con los SS-20 soviéticos, y, después de que Carter se negara, en abril de 1978, a desplegar en Europa armas de radiación intensificada fabricadas en Estados Unidos (ERW, vulgarmente llamadas «bombas de neutrones», concebidas para matar al enemigo principalmente por medio de la radiación en vez de la onda expansiva, con lo cual

producían daños mínimos en las estructuras de los alrededores), se consideró que la capacidad de la alianza para amenazar con represalias nucleares empleando armas nucleares de alcance intermedio era insuficiente.

Obviamente, a los soviéticos no les gustó la perspectiva de que les apuntasen más armas nucleares norteamericanas, en particular porque los SS-20 no apuntaban al territorio de Estados Unidos, mientras que las LRTNF norteamericanas desplegadas en la Europa occidental podían alcanzar blancos situados en territorio soviético. En octubre de 1979 Breznev amenazó con apuntar los SS-20 a las naciones de la Europa occidental que accedieran a desplegar los nuevos misiles norteamericanos, pero también propuso negociar el asunto de los misiles, siempre y cuando la OTAN se abstuviera de desplegar los misiles norteamericanos.

Occidente hizo caso omiso de la advertencia y de la propuesta de negociación de Breznev. El 12 de diciembre de 1979 la OTAN decidió desplegar 572 misiles de crucero Pershing 2 y Tomahawk en la Europa occidental. Sin embargo, en lo que daría en llamarse una táctica «de doble vía», la OTAN propuso empezar negociaciones inmediatamente con la Unión Soviética sobre la limitación de sistemas nucleares tácticos, pero sólo después de que la OTAN hubiera construido las LRTNF en número suficiente para igualar las de la Unión Soviética. Los dirigentes soviéticos reaccionaron airadamente a la decisión de la OTAN de proceder al despliegue y se negaron a negociar el asunto de las LRTNF hasta que la OTAN diera marcha atrás. Así pues, a finales de 1979, sólo seis meses después de la cumbre de Viena, las perspectivas de la distensión no eran nada prometedoras.

IRÁN

La distensión recibió un golpe mucho más fuerte como consecuencia de dos crisis que estallaron en Oriente Próximo, una en Irán, la otra en Afganistán. La causa de la crisis de Irán fue el derrocamiento del sha Muhammad Reza Pahlavi (a quien la CIA había ayudado a recuperar el trono en 1953) en enero de 1979 por las fuerzas leales al líder religioso chiíta ayatollah Ruhollah Jomeini. Varios factores causaron la caída del sha. Entre ellos cabe citar la oposición de los fundamentalistas islámicos a sus esfuerzos por modernizar el país, la despiadada represión de que hizo víctima a la oposición y sus estrechos lazos con Estados Unidos.

Sucesivos gobiernos norteamericanos habían considerado el Irán del sha un baluarte importantísimo contra la expansión soviética hacia el golfo Pérsico. Irán era también una importante fuente de petróleo, no sólo para Occidente, sino también para Israel (Irán no participó en el embargo del petróleo que decretaron los árabes). Debido a los servicios que Irán prestaba a Occi-

dente, Estados Unidos proporcionó al régimen del sha armamento avanzado por valor de miles de millones de dólares. Gracias a ello, las fuerzas armadas iraníes pasaron a contarse entre las más poderosas de la región.

Por estas razones, y a pesar de la horrible trayectoria del sha en materia de derechos humanos, Carter, al igual que sus predecesores, apoyó al monarca iraní. En una visita a Teherán a finales de 1977, Carter proclamó que «Irán bajo el magnífico liderazgo del sha» era «una isla de estabilidad en una de las zonas más turbulentas del mundo».²⁰ Carter aprobó casi todas las peticiones de aviones, tanques y otras armas avanzadas, así como de centrales nucleares, que hizo el sha. A principios de septiembre de 1978, justo después de que centenares de iraníes sublevados fueran muertos a tiros por los soldados del sha pertrechados por los norteamericanos, Carter robó tiempo a sus entrevistas en la cumbre con Sadat y Begin en Camp David para llamar por teléfono al gobernante iraní y expresarle su apoyo. La llamada no impidió que el sha huyera del país, el 16 de enero de 1979, para no volver jamás. Tres semanas después, el 9 de febrero, Jomeini asumió el liderazgo del país.

Las relaciones entre el gobierno de Carter y el nuevo régimen fueron tensas desde el principio, pero entraron en crisis cuando el 4 de noviembre de 1979 militantes iraníes tomaron como rehenes a sesenta y tres norteamericanos del personal de la embajada de Estados Unidos en Teherán. A cambio de la liberación de los rehenes, los militantes exigían que el gobierno de Carter devolviera al sha, que se encontraba en Estados Unidos para recibir tratamiento contra el cáncer que acabaría matándole (en julio de 1980). Como Carter se negó a entregar al sha, el personal de la embajada norteamericana estuvo prisionero hasta el final mismo de su presidencia. La derrota de Carter por Ronald Reagan en las elecciones presidenciales de 1980 se debió en no poca medida al fracaso de la expedición militar que el presidente envió para liberar a los rehenes en abril de 1980. El intento de rescate, instigado por Brzezinski, chocó con la oposición de Vance, que dimitió en señal de protesta y fue sustituido por el senador Edmund Muskie (demócrata de Maine).

La sustitución del aliado más fuerte de Estados Unidos en el golfo Pérsico por una república islámica hostil fue uno de los mayores reveses que sufrió la política exterior de Estados Unidos durante toda la guerra fría. La «pérdida» de Irán por parte de Carter fue comparable a la «pérdida» de China por parte de Truman y a la incapacidad de Johnson para ganar la guerra de Vietnam. En ambos casos, el revés causó graves perjuicios al presidente. Al encontrarse con que Irán ya no era una «isla de estabilidad», el gobierno de Carter, y en particular Zbigniew Brzezinski, temió que los soviéticos trataran de llenar el vacío que había creado la desaparición de un Irán amigo. La invasión soviética de Afganistán el 27 de diciembre de 1979, sólo seis semanas después de la ocupación de la embajada de Estados Unidos en Teherán, pareció confirmar ese temor.

AFGANISTÁN

Más que un avance ofensivo hacia el golfo Pérsico, la invasión de Afganistán por parte de los soviéticos fue fruto principalmente de la mentalidad defensiva de los dirigentes del Kremlin. Los soviéticos querían preservar el régimen marxista que había subido al poder en Afganistán a raíz de un sangriento golpe de Estado en abril de 1978. El golpe había provocado la aparición de un movimiento de resistencia en su mayor parte islámico, el de los mujahiddin, que hizo temer al Kremlin que la agitación en Afganistán se propagara a las regiones musulmanas de la propia Unión Soviética. Los soviéticos afirmaron que habían invadido el país respondiendo a una invitación del presidente afgano, Babrak Karmal, a quien los soviéticos habían instalado en el poder un día antes de que comenzara la invasión. Los soviéticos dijeron que el Tratado de Amistad de 1978 les obligaba a proteger a Afganistán de sus enemigos externos, es decir, Estados Unidos, China y Pakistán.

A pesar de que Brzezinski había advertido a Carter que los soviéticos podían invadir Afganistán, la invasión causó una fuerte impresión al presidente Carter. Sintiendo traicionado, dijo que la invasión de Afganistán le enseñó más sobre la naturaleza del gobierno soviético que todo lo que hasta entonces sabía sobre ellos. Carter reaccionó de forma exagerada al decir que lo que acababan de hacer los soviéticos era «la mayor amenaza a la paz desde la segunda guerra mundial».²¹ Aparentemente paralizado por su incapacidad para liberar a los rehenes de los iraníes, golpeado por las críticas de los conservadores con respecto a su política, tanto la exterior como la interior, y ante la difícil campaña de reelección que tendría lugar al año siguiente, Carter fue más receptivo que nunca a los razonamientos extremistas de Brzezinski. El consejero de seguridad nacional advirtió que si Estados Unidos no reaccionaba vigorosamente, la Unión Soviética podría avanzar hasta el golfo Pérsico y hacerse con el control de los importantísimos recursos petroleros de la región. Al modo de ver de Brzezinski, la invasión soviética de Afganistán era consecuencia directa de la negativa del gobierno norteamericano a reaccionar con energía a la intervención de los soviéticos en Etiopía dos años antes.

Carter respondió abandonando súbitamente la distensión y adoptando de nuevo la antigua política de contención. Redujo de forma considerable la venta de alta tecnología (principalmente ordenadores y otros aparatos electrónicos) a los soviéticos, impuso un embargo a las ventas de cereales norteamericanos a la Unión Soviética y anunció que Estados Unidos no participaría en los Juegos Olímpicos de Moscú. También pidió al Senado que aplazase indefinidamente las deliberaciones relativas al tratado SALT II, lo cual eliminó toda probabilidad de ratificación del mismo.

El presidente promulgó la Doctrina Carter, como Truman y Eisenhower

habían promulgado sus respectivas doctrinas. El 23 de enero de 1980, en su mensaje sobre el Estado de la Unión, Carter prometió que Estados Unidos defendería la región del golfo Pérsico. Anunció que su gobierno formaría una fuerza militar que podría desplegarse rápidamente allí. También propuso que todos los hombres de entre 16 y 26 años de edad fueran requeridos a inscribirse para una futura llamada a filas, medida a la que el presidente Nixon había puesto fin en 1973 al adoptar Estados Unidos el sistema de un ejército integrado por voluntarios. Carter también pidió incrementos anuales del 5 por 100 en los gastos militares reales, en lugar del 3 por 100 que había sido su meta desde 1977.

Para reforzar la barrera ante el expansionismo soviético en Asia central, Carter cedió a las presiones de Brzezinski para que jugase la baza de China más vigorosamente y aprobó un aumento de las relaciones chinonorteamericanas en materia de defensa. Se permitió que los chinos compraran el tipo de material militar y de alta tecnología que ahora se negaba a los soviéticos. Además, se concedió a China el estatuto de nación más favorecida, privilegio que se negó a la Unión Soviética.

Además de estrechar la relación entre China y Estados Unidos, Carter trató de restaurar las relaciones de amistad con Pakistán, a las que habían perjudicado las violaciones de los derechos humanos perpetradas por el gobierno de Muhammad Zia ul-Haq. Zia subió al poder en 1978, cuando un golpe militar derrocó el gobierno elegido democráticamente de Zulfikar Ali Bhutto. El gobierno de Zia hizo oídos sordos a las súplicas internacionales de clemencia y ejecutó a Bhutto en 1979.

Las relaciones con Pakistán también habían sufrido a causa de los esfuerzos de ese país por adquirir una capacidad nuclear, lo cual contravenía la política norteamericana e internacional relativa a la no proliferación. En abril de 1979 el gobierno de Carter había cancelado la ayuda a Pakistán en respuesta a su programa nuclear. Sin embargo, la invasión soviética de Afganistán hizo que se olvidara todo esto. Los norteamericanos reanudaron la ayuda a Pakistán, que se convirtió en una importante base de abastecimiento y un refugio para los mujahiddin de Afganistán.

El acercamiento a Pakistán perjudicó los esfuerzos de Washington por mejorar las relaciones con la India, que, bajo el liderazgo de Morarji Desai, el primer ministro, trataba de reducir su dependencia de la Unión Soviética. En 1977 Carter y Desai habían firmado la Declaración de Delhi, en la que reafirmaban la intención de ambos países de respetar los principios de los derechos humanos y la democracia. Además, Carter había aprobado la venta de uranio a la India, lo cual contravenía el espíritu, cuando no la letra, de la Ley de No Proliferación de Estados Unidos, que prohibía el traspaso de materiales nucleares a países que, como la India, se negaban a aceptar del todo el sistema de prevención de la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA).

El gobierno de Carter arguyó que no podía permitirse una ruptura política de las relaciones con la India en un momento de crecientes tensiones en el sur de Asia.

Sin embargo, la inclinación de Washington por China y la reanudación de la ayuda militar y económica a Pakistán fueron más de lo que podían soportar las recién mejoradas relaciones entre Estados Unidos y la India. En mayo de 1980 el gobierno de Indira Gandhi, que había sustituido a Desai en el cargo de primer ministro, anunció que adquiriría armas por valor de 1.600 millones de dólares a la Unión Soviética. En diciembre Gandhi recibió a Leonid Breznev en Nueva Delhi, donde los dos dirigentes hicieron pública una declaración en la que condenaban las injerencias externas en los asuntos del sudoeste de Asia, lo cual era una referencia indirecta a la Doctrina Carter.

EL TRIUNFO DE BRZEZINSKI

Si bien el fracaso de la misión de rescate de los rehenes de la embajada de Estados Unidos fue la causa directa de la dimisión de Vance, el abandono de la distensión por la contención fue la causa subyacente. Aunque Vance comprendía que la invasión de Afganistán justificaba un fuerte compromiso defensivo de Estados Unidos con la región del golfo Pérsico, opinaba que debía permitirse que la relación con la Unión Soviética empeorase hasta dar paso a la franca hostilidad. Tampoco creía que otros intereses norteamericanos, en particular las SALT, tuvieran que sacrificarse en aras de Afganistán. En 1980 los puntos de vista de Vance estaban en minoría en el gobierno. Aunque buscó oportunidades para cooperar con la Unión Soviética, sus recomendaciones raras veces se llevaban a la práctica. En marzo de 1980, por ejemplo, Vance pidió permiso a Carter para hablar con Gromyko y tratar de reducir las tensiones entre los dos países. El presidente dijo que no. Fue otra demostración de que quien influía en Carter era Brzezinski y no el secretario de Estado. Vance dimitió el mes siguiente.

El senador Edmund Muskie, que sucedió a Vance, no fue más afortunado en sus intentos de evitar que Brzezinski siguiera dominando la política exterior del gobierno. Aunque Carter prometió a Muskie que sería el principal portavoz del gobierno en materia de relaciones exteriores, en agosto de 1980 el nuevo secretario de Estado descubrió que no se le había consultado ni informado de la Directriz Presidencial 59 (PD-59), que Carter había aprobado el mes anterior. Esta directriz no sólo volvía a dar importancia a una doctrina de contrafuerza para la elección de objetivos, es decir, una doctrina según la cual las armas nucleares debían apuntar a las instalaciones militares, sino que, además, autorizaba el mayor programa de obtención de armas desde hacía treinta años. A principios del otoño de aquel año Muskie dijo en público

que si Carter era reelegido, él, Muskie, permanecería en el cargo sólo si se hacían grandes cambios en la forma de dirigir las relaciones exteriores. La elección de Ronald Reagan le negaría esa oportunidad.

Los soviéticos se llevaron una sorpresa desagradable al comprender las consecuencias implícitas de la nueva doctrina para la elección de objetivos expuesta en la PD-59. El hecho de que siguiera de forma tan inmediata a la decisión de Washington de desplegar misiles Pershing 2 y Tomahawk en Europa, construir un sistema de misiles MX y archivar indefinidamente el Tratado SALT II, indujo a los soviéticos a pensar que la PD-59 equivalía a un rechazo de la paridad nuclear, es decir, los cimientos de la distensión. Los soviéticos amenazaron con acelerar sus programas de armas nucleares para contrarrestar lo que, a su modo de ver, era un intento norteamericano de recuperar la superioridad nuclear.

El abandono de la distensión por parte de Washington también consternó a sus aliados de la OTAN. Los europeos se dieron cuenta de que una fuerza de despliegue rápido en el golfo Pérsico tendría que depender en gran medida de las tropas norteamericanas destacadas en Europa y asignadas a la OTAN. Temían que el envío de tales tropas al golfo Pérsico redujera la capacidad de combate de la alianza en su principal teatro de operaciones, Europa. Además, los europeos, a diferencia de los norteamericanos, consideraban que la invasión de Afganistán era un asunto regional más que mundial y el fin de la distensión, que tanto había contribuido a aliviar las tensiones en Europa, era más alarmante para ellos que para los norteamericanos. Helmut Schmidt, el canciller de Alemania occidental, dijo: «No permitiremos que se destruyan diez años de distensión y política de defensa».²² Sólo Canadá, Noruega, Turquía y Alemania occidental secundaron a Estados Unidos en el boicot de los Juegos Olímpicos de Moscú.

Además, los europeos no querían hacer los sacrificios económicos que requería la política punitiva de Estados Unidos con respecto a los soviéticos. De hecho, en vez de seguir el ejemplo norteamericano y aplicar sanciones económicas, los europeos se desvivieron por firmar acuerdos para aumentar el comercio con la Unión Soviética. Debido a ello, si bien el comercio entre los soviéticos y Estados Unidos descendió en un 60 por 100 en 1980, el comercio soviético con Europa occidental aumentó considerablemente (en un 100 por 100 con Francia y un 65 por 100 con Alemania occidental).

EL FIN DEL CONTROL DE ARMAMENTOS

Aunque a raíz de la invasión de Afganistán siguió mostrándose poco inclinado a reanudar las negociaciones con la Unión Soviética para el control de armamentos, el gobierno de Carter cambió de parecer a causa de la proximidad

de las elecciones presidenciales y las presiones de los aliados de Estados Unidos en la OTAN, que querían reducir las tensiones con la Unión Soviética. En un intento de evitar que el Tratado SALT II no llegara a firmarse nunca, el gobierno de Carter se brindó a respetar el tope que establecía el tratado pendiente de ratificación siempre y cuando los soviéticos accedieran a hacer lo mismo. Basándose en esto, el tratado no ratificado se salvó y ambas partes lo cumplieron hasta 1986, año en que el gobierno de Reagan lo declaró definitivamente muerto.

Las superpotencias trataron de reactivar las conversaciones LRTNF. En septiembre de 1980 la Unión Soviética dejó de negarse a negociar sobre las LRTNF hasta que la OTAN anulara su decisión de desplegar los misiles Pershing 2 y Tomahawk. Las conversaciones empezaron en Ginebra el mes siguiente, pero la ronda preliminar, que duró del 16 de octubre al 17 de noviembre de 1980 terminó en un punto muerto. Para evitar el despliegue de los Pershing 2 y los Tomahawk, los soviéticos propusieron que todas las LRTNF no sobrepasaran los niveles en que se encontraban en aquel momento, lo cual quería decir que estaban dispuestos a no desplegar los SS-20, pero no a reducir su número. Era evidente, sin embargo, que los norteamericanos querían un acuerdo que permitiera como mínimo el despliegue parcial de los nuevos misiles de la OTAN y sólo accederían a reducir su número a cambio de una disminución del número de SS-20. Las conversaciones seguían estancadas cuando Carter dejó la presidencia en enero de 1981.

Las conversaciones LRTNF no eran las únicas que se encontraban estancadas cuando Carter dejó la presidencia. Las conversaciones en Viena sobre la Reducción Mutua y Equilibrada de Fuerzas (MBFR) también estaban en un punto muerto. Una de las razones fundamentales del estancamiento era la incapacidad de las dos partes para alcanzar una base de datos mutuamente satisfactoria. El Pacto de Varsovia fijaba el total de su personal de tierra y aire en 987.300, de los cuales 805.000 correspondían a las fuerzas de tierra. Pero la OTAN calculaba que los efectivos de tierra totales del Pacto de Varsovia eran 962.000, unos 157.000 más. Sin acuerdo sobre una base de datos, era imposible que los negociadores de Viena llegaran a un acuerdo sobre la magnitud de las limitaciones que tendrían lugar.

Las superpotencias tampoco pudieron firmar el Tratado General de Prohibición de Pruebas (CTBT). Hasta 1978 se habían hecho progresos considerables en este caso. En marzo de 1977 Breznev aceptó en principio la exigencia norteamericana de inspecciones *in situ* para supervisar el cumplimiento del CTBT. En noviembre de aquel año los soviéticos también dejaron de insistir en que las explosiones nucleares con fines pacíficos se excluyeran de la prohibición. Otro avance importante tuvo lugar a comienzos de 1978 cuando Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética acordaron en principio permitir la instalación de hasta diez estaciones de control de sismos en el te-

ritorio de cada uno de dichos países para facilitar la verificación. El 20 de mayo de 1978, empujado en parte por estas concesiones soviéticas, Carter autorizó a sus negociadores a buscar una prohibición de todas las pruebas nucleares durante cinco años. La opinión general entre los negociadores era que podría firmarse un tratado aquel año.

Pero, como los negociadores de Kennedy habían tenido ocasión de comprobar a comienzos de los años sesenta, cuando las superpotencias también estaban a punto de firmar un acuerdo CTBT, la oposición del complejo militar-industrial podía resultar demasiado fuerte para vencerla. Los adversarios del CTBT en el Congreso, el Pentágono y el departamento de Energía arguyeron que una prohibición de cinco años reduciría la fiabilidad de las cabezas nucleares que en aquel momento tenía Estados Unidos, postura que fue rechazada vigorosamente por muchos defensores del control de armamentos. No obstante, Carter era susceptible a las acusaciones de los conservadores, según los cuales era «blando en materia de defensa» y «partidario del desarme unilateral», y a causa de ello en septiembre de 1978 redujo la prohibición de cinco a tres años. Durante todo el año 1979 Estados Unidos continuó cambiando de postura, lo que hizo que los soviéticos sospecharan que a los norteamericanos en realidad no les interesaba un CTBT. Finalmente, el declive de la distensión fue el factor que dio mayor peso político a los que se oponían a un CTBT.

Otro esfuerzo infructuoso por controlar los armamentos fue el intento de prohibir los sistemas de armas antisatélites (ASAT), esto es, armas concebidas para destruir los satélites de vigilancia. Después de sacar el asunto a colación en marzo de 1977 y lograr que los soviéticos accedieran a celebrar negociaciones al respecto, Washington decidió que necesitaba crear una capacidad ASAT antes de empezar las conversaciones con los soviéticos, que ya tenían una capacidad marginal pero en situación de funcionar. Debido a ello, el primer encuentro con los soviéticos, en Helsinki, no tuvo lugar hasta mayo-junio de 1978. Le siguieron otros dos encuentros, uno en Berna, Suiza, en enero-febrero de 1979, y otro en Viena en abril-junio de 1979. El gobierno de Carter canceló un cuarto encuentro que estaba programado para comienzos de 1980 como represalia por la ocupación soviética de Afganistán. Las conversaciones no se reanudaron antes de que Carter dejara el cargo.

El esfuerzo por desmilitarizar el océano Índico fue otra víctima de la decadencia de la distensión. Las conversaciones para tal fin, que se habían celebrado entre junio de 1977 y principios de 1978, se vieron rebasadas por la crisis en el Cuerno de África. La propuesta oficial que los norteamericanos hicieron en octubre de 1977 pedía que ambos bandos se abstuvieran de aumentar el nivel existente de su despliegue naval, o de cambiar la pauta general de despliegue, y de adquirir nuevas bases en la región del océano Índico. Pero el conflicto entre Etiopía y Somalia en el otoño de 1977 y la falta de una

presencia naval norteamericana significativa en la región hicieron que Washington perdiera su interés por un acuerdo de desmilitarización del océano Índico. Así pues, cuando la Unión Soviética quiso reanudar las conversaciones, a raíz de la crisis entre Somalia y Etiopía, Estados Unidos se negó a ello. En su lugar, en octubre del mismo año Carter se jactó de que Estados Unidos tenía una presencia naval reforzada en el océano Índico. Huelga decir que la declaración del presidente no hizo más que certificar lo que se sabía desde hacía tiempo: que las conversaciones para desmilitarizar el océano Índico habían muerto.

Las conversaciones entre las superpotencias para limitar el traspaso de armas convencionales a países del Tercer Mundo (CAT), que empezaron en diciembre de 1977, también fracasaron antes del fin de la distensión. Carter había creído al principio que restringir el traspaso de armas a países del Tercer Mundo reduciría los conflictos en ellos además de los riesgos de enfrentamiento entre las superpotencias. Por tanto, en mayo de 1977 el presidente anunció que iba a poner en marcha una política unilateral de limitación de los traspasos de armas. Sin embargo, las crisis en África y otras partes hicieron disminuir el deseo del presidente de poner fin a todos los traspasos de armas al Tercer Mundo. Debido a ello, Estados Unidos propuso que se prohibieran sólo los envíos de armas a América Latina y al África subsahariana. La Unión Soviética quería prohibir también los traspasos al oeste de Asia (Irán incluido) y al este de Asia (incluidas China y Corea del Sur). Al aumentar las tensiones entre las superpotencias durante 1978, y juzgar Estados Unidos que era necesario contrarrestar la expansión de la influencia soviética en el Tercer Mundo, el gobierno de Carter perdió todo interés en las CAT, y las conversaciones terminaron en diciembre de 1978.

Al desvanecerse la distensión, desapareció también el incentivo de Moscú para tener en cuenta la sensibilidad de los occidentales en materia de derechos humanos. Andrej Sajarov fue desterrado a Gorki, ciudad situada más de 400 kilómetros al este de Moscú. Los soviéticos también se mostraron reacios a cooperar con Occidente en la conferencia que en noviembre de 1980 se celebró en Madrid para examinar el cumplimiento del acta final de Helsinki. Los occidentales se encontraron con que los soviéticos y sus aliados del este de Europa no cumplían con las garantías de los derechos humanos que contenía la tercera «cesta» del acuerdo de Helsinki. Los representantes soviéticos sencillamente contestaron a las críticas norteamericanas de las violaciones de los derechos humanos por parte de los soviéticos citando los abusos de que eran objeto los derechos civiles de los afronorteamericanos y los indios en Estados Unidos. La respuesta de los soviéticos indicó claramente que, terminada la distensión, ya no era posible dar por sentado que cooperarían para mantener vivo el proceso de Helsinki. Pero la victoria de Ronald Reagan, que también había expresado públicamente sus dudas acerca del proceso de Helsinki, en las

elecciones de noviembre de 1980, significó que tampoco había ninguna garantía de que Estados Unidos continuara participando.

EVALUACIÓN: LA PRESIDENCIA DE CARTER

Carter entró en la Casa Blanca en 1977 con la esperanza de que podría reactivar la distensión. Se esforzó mucho por alcanzar ese objetivo durante tres años, basando su retórica pública no en temas de la guerra fría sino en la esperanza de que la cooperación internacional permitiera resolver los problemas acuciantes del mundo, tales como la proliferación de las armas nucleares, los conflictos regionales y las violaciones de los derechos humanos. Pese a algunos logros notables en la política exterior, entre ellos los tratados relativos al Canal de Panamá, el acuerdo de Camp David, la normalización de las relaciones con la República Popular China y la negociación del Tratado SALT II, que no llegó a ratificarse, Carter dejó la presidencia con su política soviética sumida en el caos.

Sin duda Carter fue responsable en gran parte del fracaso de la distensión. Su primera propuesta relativa a las SALT II, el plan general, fue una provocación innecesaria que en parte causó el retraso en llegar al SALT II que resultó fatal para su ratificación. El apoyo a los derechos humanos en el imperio soviético, aunque admirable, molestó a los soviéticos e hizo que resultara difícil obtener su cooperación en otros asuntos. El descaro con que su gobierno jugó la baza de China, con Brzezinski tratando de superar la retórica antisoviética de Deng Xiaoping, molestó aún más a los soviéticos. La exclusión de la Unión Soviética del proceso de paz en Oriente Próximo no hizo más que confirmar los temores soviéticos de que no sacarían nada provechoso de la cooperación con el gobierno de Carter. La invasión soviética de Afganistán fue el resultado lógico de esa creencia.

Los soviéticos, con todo, fueron igualmente, si no más, responsables de la caída de la distensión. Los dirigentes soviéticos, viejos e inflexibles, no podían abandonar su conflicto ideológico con Estados Unidos, a pesar de su deseo de beneficiarse de la distensión. Su intervención en Angola, Etiopía, Indochina y Afganistán no sirvió ningún interés fundamental que equivaliera a los beneficios que representaba la mejora de las relaciones con Estados Unidos. Al decaer la economía de la Unión Soviética, sus dirigentes se sintieron obligados a presentar la nación como potencia revolucionaria, aunque sólo fuese para dar cierta legitimidad al monopolio del poder de que gozaba el partido comunista. La flexibilidad de que daría muestra Mijail Gorbachov, sólo medio decenio después, no era una característica de los dirigentes soviéticos a finales de la época de Breznev. A diferencia de Gorbachov, Breznev interpretaba de la peor forma posible las acciones de Estados Unidos, lo cual debilitaba

a los miembros del gobierno de Carter que, como Vance, querían llegar a un acuerdo con la Unión Soviética, al tiempo que reforzaba a los que, como Brzezinski, ansiaban un enfrentamiento.

La inflexibilidad soviética se hizo patente no sólo en las negociaciones sobre armas estratégicas, sino también en las conversaciones LRTNF y MBFR. Gorbachov logró resolver estos asuntos sobre las armas nucleares mostrando mucha más imaginación y flexibilidad de la que era capaz el Politburó de Breznev. En cambio, el precio final de las reformas de Gorbachov fue el derrumbamiento del imperio soviético y del partido comunista con él, consecuencias que Breznev logró aplazar un decenio.

La guerra fría de Reagan, 1981-1989

RONALD REAGAN:
¿EL VENCEDOR DE LA GUERRA FRÍA?

Al igual que la inmensa mayoría de los presidentes que tuvo Estados Unidos durante la guerra fría, Ronald Reagan entró en la Casa Blanca, en enero de 1981, sin saber casi nada de los asuntos relacionados con la seguridad nacional. Antes de dedicarse a la política, había trabajado en el cine y la televisión y su única experiencia militar directa la había adquirido en la segunda guerra mundial, durante la cual sirvió en las fuerzas armadas realizando películas de instrucción y documentales. Su primer y único cargo político elegido antes de la presidencia fue el de gobernador de California, que desempeñó de 1966 a 1974. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de sus predecesores, Reagan no ansiaba de forma especial dominar los asuntos de la seguridad nacional. Lo demostró repetidas veces durante su presidencia con su incapacidad para explicarlos con cierto detalle.

También eran muy limitados los conocimientos que tenía Reagan del comunismo y de la Unión Soviética. Se basaban casi exclusivamente en la experiencia personal más que en el estudio intelectual. Como presidente del Sindicato de Actores de la Pantalla a finales de los años cuarenta, Reagan había luchado contra lo que, a su juicio, era un intento comunista de dominar la industria cinematográfica y esta experiencia le haría desconfiar profundamente de todo lo que fuera comunista, en particular de la Unión Soviética. En su declaración más célebre, el 8 de marzo de 1983, Reagan empleó las palabras «imperio del mal» para referirse a la Unión Soviética.¹

Huelga decir que a Reagan no le gustaba la distensión y había dicho que era «una calle de dirección única» que favorecía sólo a la Unión Soviética.² Reagan creía que las concesiones económicas que sus predecesores se habían

mostrado dispuestos a hacer a la Unión Soviética hubieran apuntalado un sistema económico ineficiente, una estructura política opresiva y unas fuerzas militares amenazadoras. Reagan afirmó que el eje de la distensión, el Tratado SALT II, era un acuerdo «defectuoso» que perpetuaba un margen de superioridad nuclear soviética sobre Estados Unidos.

Antes de entablar negociaciones con los soviéticos sobre las armas nucleares, Reagan les exigió que accedieran a reducir de forma masiva su arsenal nuclear. Paradójicamente, insistió en que Estados Unidos tenía que aumentar su arsenal nuclear con el fin de cerrar una «ventana de vulnerabilidad» que la supuesta superioridad nuclear de la Unión Soviética había creado. En consecuencia, Reagan pasó los primeros años de su presidencia embarcado en una carrera armamentística con la Unión Soviética en lugar de competir con ella en la reducción de armas.

No obstante, en 1987 Reagan firmaría el primer acuerdo importante de reducción de armamentos de toda la época de la guerra fría, el Tratado INF. Durante su segundo mandato celebró cinco conferencias en la cumbre con un dirigente soviético —más que cualquier otro presidente— y poco antes de dejar el cargo en enero de 1989, Reagan visitaría Moscú, abrazaría al dirigente del «imperio del mal», Mijail Gorbachov, y diría de él que era un hombre con el que Estados Unidos podía tratar.

¿Cómo se explica esta sorprendente transformación de la actitud de Reagan ante la Unión Soviética? ¿Fue, como arguyen sus partidarios, la disposición de Reagan a entablar una masiva carrera armamentística con la Unión Soviética lo que obligó a ésta, de hecho, a «pedir la paz»? ¿O el final de la guerra fría se debió a otros factores, tales como las cualidades de estadista de Mijail Gorbachov, que obligó al presidente de Estados Unidos a aceptar la distensión, como defienden los críticos de Reagan?

LA GRAN ESTRATEGIA DE REAGAN

La superficialidad de los conocimientos que poseía Reagan de la Unión Soviética contribuye a explicar el cambio radical que tuvo lugar durante su segundo mandato. A un presidente más doctrinario le hubiera resultado difícil, cuando no imposible, transformar la política norteamericana con respecto a la Unión Soviética del modo que la transformó Reagan después de 1984.

Por carecer de grandes conocimientos de los asuntos de la seguridad nacional, Reagan se vio obligado a depender de sus consejeros mucho más que la mayoría de los otros presidentes de la guerra fría. Durante su primer mandato, la abrumadora mayoría de sus principales consejeros de la seguridad nacional eran antisoviéticos y partidarios de la línea que en gran parte procedía del Comité sobre el Peligro Actual, que era el núcleo de la oposición con-

servadora al Tratado SALT II. El Comité sobre el Peligro Actual creía que la Unión Soviética no sólo había adquirido la capacidad de atacar primero, sino que, además, estaba dispuesta a hacer uso de ella.

El Comité preveía una situación en la que los soviéticos atacaban sólo las instalaciones militares de Estados Unidos y sus aliados y luego amenazaban con atacar las ciudades norteamericanas si Estados Unidos contraatacaba. El Comité insistía en que para evitar semejante chantaje nuclear, Estados Unidos debía poseer la capacidad necesaria para enfrentarse a los soviéticos en todos los niveles de conflicto nuclear, el táctico además del estratégico, durante un período extenso.

Si bien más adelante (en 1983) una comisión presidencial (encabezada por Brent Scowcroft) refutó su existencia, la ventana de vulnerabilidad proporcionó la excusa para el mayor incremento del poderío militar en tiempo de paz en la historia de Estados Unidos. Entre 1981 y 1986, el presupuesto del Pentágono ascendió de 171.000 millones a 376.000 millones de dólares. Se reactivaron importantes sistemas de armas nucleares estratégicas que Carter había archivado, tales como el bombardero B-1, y se aceleró el despliegue del ICBM MX y del submarino Trident. También se emprendió la creación de nuevos sistemas de defensa balística (BMD) y armas antisatélite (ASAT). Sin embargo, el grueso de los gastos militares durante el período de Reagan correspondió a las fuerzas convencionales. La armada planeaba aumentar sus efectivos de 454 a 600 buques, entre ellos 15 grupos de portaaviones.

Reagan y sus consejeros no sólo querían cerrar la supuesta ventana de vulnerabilidad, sino también usar una carrera de armamentos —una carrera que pusiese de relieve la superioridad tecnológica de Estados Unidos— para someter la economía soviética a una presión que la llevase a la quiebra. «Me proponía —recordó Reagan en sus memorias— hacer saber a los soviéticos que íbamos a gastar lo que hubiera que gastar para llevarles la delantera en la carrera de armamentos.»³

Tal como se explicaba en las directrices de seguridad nacional que el presidente firmó en 1982 y 1983, la estrategia de Reagan con respecto a la Unión Soviética equivalía a lo que un alto cargo de la Casa Blanca llamó un «full-court press».^{4*} En vez de ayudar a la Unión Soviética a mantener con el comercio y los créditos norteamericanos un sistema económico ineficiente, el gobierno de Reagan pensaba trastornar la economía soviética negándole recursos que le eran imprescindibles, las ganancias en moneda fuerte que obtenía de las exportaciones de petróleo y gas natural y el acceso a la alta tecnología occidental.

Es indudable que el aumento del poderío militar y las restricciones económicas que puso en práctica el gobierno de Reagan incrementaron las pre-

* Método de ataque en baloncesto. (N. del T.)

siones que soportaba la economía soviética y con ello contribuyeron al derrumbamiento de la Unión Soviética un decenio más tarde, aunque todavía se debate en qué medida fue así. Pero las medidas militares y económicas de Reagan también causaron una tensión enorme en la economía de Estados Unidos, principalmente porque el aumento de los gastos de defensa no se financió con una subida de los impuestos (los impuestos sobre la renta se redujeron durante el primer mandato de Reagan) ni se equilibró con reducciones proporcionales de los gastos interiores (el Congreso, que estaba dominado por los demócratas se negó a ello). En consecuencia, la deuda nacional aumentó más del doble durante la presidencia de Reagan, de mil billones de dólares en 1980 a 2.500 billones en 1988.

LA DOCTRINA REAGAN Y EL TERCER MUNDO

El gobierno de Reagan consideraba que la causa subyacente de las tensiones que aquejaban al Tercer Mundo era la Unión Soviética en lugar de ser factores locales como la pobreza, la superpoblación, la corrupción política y otros similares. La gente de Reagan creía que la Unión Soviética estaba decidida a aumentar su influencia en el Tercer Mundo, ya fuera mediante la acción directa o «por poderes».

Así pues, en vez de cooperar con la Unión Soviética para resolver las crisis del Tercer Mundo, como al principio intentó hacer el gobierno de Carter, el de Reagan pretendió anular los avances que habían hecho los soviéticos en las naciones subdesarrolladas y con tal fin apoyó abiertamente o de forma encubierta a las fuerzas que luchaban contra los regímenes marxistas. El gobierno se propuso superar el «síndrome» de Vietnam, a causa del cual la intervención estadounidense en el Tercer Mundo había sido sumamente impopular entre los ciudadanos y en el Congreso.

En Polonia, la CIA facilitó ayuda económica encubierta al movimiento sindical Solidaridad, dirigido por Lech Walesa. En Angola, Estados Unidos empezó a ayudar a las fuerzas de UNITA que bajo el mando de Jonas Savimbi trataban de derrocar el gobierno marxista del país, al que apoyaban los cubanos. La CIA también envió armas y ayuda económica por valor de más de 2.000 millones de dólares a los guerrilleros mujahiddin que luchaban contra el gobierno marxista de Afganistán.

Pero la región del Tercer Mundo por la que más se interesó el gobierno de Reagan fue América Central y el Caribe. Como en otras partes del Tercer Mundo, Reagan no tuvo en cuenta la opinión de quienes decían que la inestabilidad política de la región obedecía a causas locales, esto es, que era consecuencia de los bajos precios de las materias primas, la injusta distribución de la tierra y los extremos de riqueza y pobreza. Aunque el gobierno de Reagan,

por medio de la Iniciativa para la Cuenca del Caribe, ofreció ayuda monetaria como incentivo para la reforma económica de la región, dicha ayuda, que se proporcionó principalmente por medio de la empresa privada, fue tan pequeña que casi no surtió efecto.

En vez de prestar atención a las condiciones locales, Reagan achacó los problemas de América Central al virus externo del comunismo, propagado e instigado por los soviéticos y sus agentes cubanos. El presidente advirtió que por medio de la creación de regímenes marionetas en América Central, Moscú y La Habana pretendían cortar la comunicación de Estados Unidos con el resto del mundo. Lo que se necesitaba para combatir la amenaza no era más ayuda económica, sino ayudar militarmente a los elementos antimarxistas de la región.

La aplicación más conspicua de la Doctrina Reagan tuvo lugar en la isla caribeña de Granada. El 22 de octubre de 1983, el presidente aprovechó el derrocamiento y asesinato del líder marxista de dicho país, Maurice Bishop, por otra facción marxista, como excusa para enviar 1.900 soldados norteamericanos con la misión de liberar Granada de «una brutal banda de matones izquierdistas».⁵ Las tropas norteamericanas fueron complementadas con 300 soldados de la Organización de Estados del Caribe Oriental, ya que ésta temía que Granada se convirtiera en una base de revolucionarios marxistas.

Después de que las tropas norteamericanas derrotaran rápidamente a las fuerzas marxistas, se restauró el gobierno representativo en la isla. Reagan se jactó de haber eliminado el síndrome de Vietnam al demostrar que Estados Unidos se opondría, con la fuerza militar si hacía falta, a la expansión del comunismo en el hemisferio. Sin embargo, algunas personas, entre ellas Margaret Thatcher, primera ministra británica y amiga del presidente, condenaron la invasión de Granada por considerarla una agresión a un país soberano.

La mayor preocupación del gobierno de Reagan, sin embargo, no era Granada, sino Nicaragua. De hecho, el derrocamiento del gobierno sandinista de Nicaragua, cuyo presidente era Daniel Ortega, se convirtió en una obsesión personal de Reagan. En diciembre de 1981 el presidente autorizó que se destinaran 19 millones de dólares a ayudar a una fuerza militar integrada por 500 hombres, la llamada «contra», que se encargaría de sabotear la economía nicaragüense como prelude del derrocamiento del gobierno sandinista. Los sandinistas respondieron declarando el estado de excepción, solicitando ayuda soviética para combatir a la contra y pidiendo al Tribunal Internacional que frenase a Estados Unidos. El Tribunal condenó a Estados Unidos por sus agresiones a Nicaragua, y el gobierno de Reagan revocó una promesa de 1946 en el sentido de que Estados Unidos aceptaría la jurisdicción obligatoria del tribunal en tales casos. Además, Washington intensificó la ayuda a la contra.

El Congreso se opuso a una mayor intervención de Estados Unidos en el conflicto de Nicaragua. En vista de que ni el Congreso ni el pueblo norteamericano estaban dispuestos a apoyar la cruzada del gobierno contra los san-

dinistas, la Casa Blanca tuvo que recurrir a subterfugios para eludir las críticas de que era objeto su política con respecto a Nicaragua. Cuando en 1982 algunos diputados hicieron preguntas sobre el alcance y el propósito de las operaciones encubiertas de Estados Unidos en Nicaragua, William Casey, el director de la CIA, mintió y dijo que ni el gobierno de Reagan ni la contra pretendían derrocar el régimen sandinista.

El Congreso respondió aprobando la primera de una serie de enmiendas que presentó el diputado Edward Boland (demócrata de Massachusetts). La primera enmienda de Boland, que la Cámara de Representantes aprobó por 411 votos a favor y ninguno en contra, limitó la ayuda que la CIA prestaba a la contra a 24 millones de dólares y afirmó que ni un solo dólar podía utilizarse para derrocar al gobierno nicaragüense. A principios de abril de 1984 elementos norteamericanos al servicio de la CIA minaron los puertos de Nicaragua, lo cual hizo que el Congreso aprobara una enmienda aún más restrictiva que prohibía a la CIA o a «cualquier otro organismo o entidad que participe en actividades de espionaje» ayudar a la contra. Ed Boland consideró que la prohibición era «hermética y sin excepciones».⁶

En respuesta a las enmiendas de Boland, miembros del Consejo de Seguridad Nacional encabezados por Oliver North, teniente coronel de la infantería de marina, y apoyados por su director, Robert McFarlane, y su adjunto y sucesor, el almirante John Poindexter, intentaron burlar las restricciones del Congreso a la ayuda militar a la contra. Durante la primavera y el inicio del verano de 1986, North trató de llevar a cabo la «Operación Rescate», que requería la venta secreta de armas a Irán en un intento de liberar a los rehenes norteamericanos que estaban en poder de terroristas pro iraníes en Líbano. Los beneficios obtenidos de la venta de las armas se desviaron hacia la contra. Sin embargo, al derribar los sandinistas un avión de transporte norteamericano el 5 de octubre de 1986, la maniobra secreta Irán-contra salió rápidamente a la luz. Después de una serie de sesiones en el Congreso, un gran jurado* acusó a McFarlane, North, Poindexter y otras personas envueltas en el asunto.

McFarlane declaró más adelante que había tenido bien informados de la operación Irán-contra al presidente Reagan, al vicepresidente, George Bush, al secretario de Estado, George Shultz, y al ministro de Defensa, Caspar Weinberger. Shultz advirtió en persona al presidente que su orden de burlar al Congreso solicitando fondos extranjeros podía constituir un «delito susceptible de *impeachment*». Reagan respondió que si alguna vez se sabía lo ocurrido, «nos colgarán a todos de los pulgares enfrente de la Casa Blanca».⁷ Más adelante Reagan admitió que había autorizado el envío de armas a Irán, supuestamente para influir en los elementos moderados del gobierno iraní, pero

* Jurado cuya función es evaluar las pruebas que el juez de instrucción presenta contra una persona y decidir si hay que proceder o no a acusarla formalmente. (N. del T.)

negó toda participación en el traspaso ilegal de los beneficios de la venta de armas a la contra. North, en sus memorias, arguyó que «el presidente no siempre estaba al corriente de todo».⁸

EL FIN DE LOS DERECHOS HUMANOS

El principal apoyo intelectual a la Doctrina Reagan procedía de Jeane Kirkpatrick, politóloga que había criticado la defensa de los derechos humanos por parte de Carter porque debilitaba a gobiernos que eran amigos de Estados Unidos. En un artículo de 1979, Kirkpatrick hizo una distinción entre gobiernos «autoritarios» y gobiernos «totalitarios».⁹ Arguyó que al menos en los países gobernados por gobiernos no comunistas autoritarios existía la posibilidad de reforma democrática, pero que no era así en los países dominados por los comunistas. Consideró que Estados Unidos no debía negarse a prestar ayuda a los regímenes autoritarios porque violaran los derechos humanos. La ayuda era importante no sólo para combatir la propagación del comunismo, sino también para fomentar el crecimiento de la democracia en la región.

Las ideas de Kirkpatrick entusiasmaron a Reagan, que la nombró representante de Estados Unidos en las Naciones Unidas. Kirkpatrick criticó con frecuencia a los organismos de la ONU y a muchos estados del Tercer Mundo por no apoyar sin reservas las acciones de Estados Unidos. Reagan demostró el desagrado que le inspiraba la ONU negándose a dar apoyo económico al organismo mundial y suspendiendo la participación de Estados Unidos en la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

El gobierno de Reagan también hizo caso de la recomendación de Kirkpatrick de apoyar a los regímenes autoritarios amigos. Se negó a imponer sanciones al régimen blanco y racista de Sudáfrica o a criticar las violaciones de los derechos humanos perpetradas por los gobiernos pro estadounidenses de El Salvador, Guatemala, Chile, Haití, las Filipinas y Pakistán. Hasta después de que quedara demostrado que los dictadores podían ser derribados por fuerzas izquierdistas indígenas, como ocurrió con Ferdinand Marcos en las Filipinas y Jean-Claude (Baby Doc) Duvalier en Haití, no accedió Reagan a dejar de apoyarlos.

El entusiasmo de Reagan por la democracia crecía en proporción con la necesidad de que el Congreso aprobara la ayuda destinada a la contra nicaragüense y al gobierno pro norteamericano de El Salvador. Al frente del segundo se hallaba un reformista democrático, José Napoleón Duarte, líder del partido demócrata cristiano, pero las reformas chocaban con la oposición de los escuadrones de la muerte, organizaciones paramilitares de derechas que, se calcula que de 1979 a 1985, asesinaron a 60.000 civiles salvadoreños desarmados, entre ellos el obispo católico de San Salvador, Óscar Romero. El gobierno de Reagan optó por quitar importancia al terrorismo de los escuadrones de la

muerte y poner de relieve las reformas que el gobierno de Duarte trataba de llevar a cabo. En 1983, sin embargo, Reagan empezó a pedir elecciones libres en América Central. También autorizó que se creara la Fundación Nacional para la Democracia, que se encargaría de fomentar las instituciones democráticas en la región. Más importante fue el envío de mensajes claros a los militares de la región para hacerles saber que el derrocamiento de gobiernos civiles significaría la suspensión de la ayuda norteamericana. Pese a la nueva importancia que se daba a la democracia, en el momento de dejar Reagan la Casa Blanca los militares dominaban todos los países de América Central excepto Costa Rica.

LA DOCTRINA REAGAN, EL TERRORISMO INTERNACIONAL Y ORIENTE PRÓXIMO

A pesar de que el gobierno de Reagan estaba dispuesto a vender armas, aunque fuera de forma encubierta, al gobierno «terrorista» de Irán, en público adoptó una postura enérgica contra el terrorismo internacional. De nuevo hizo caso omiso de los factores que contribuían al terrorismo, tales como el conflicto entre los árabes y los israelíes, y consideró que la Unión Soviética era la principal instigadora, o al menos el principal apoyo, de las actividades del terrorismo internacional. Estados Unidos acusó a los soviéticos de respaldar un intento de asesinato del papa Juan Pablo II, que fue gravemente herido por un agresor turco en mayo de 1981, aunque en un estudio de 1983 la CIA dijo que no había pruebas concluyentes de que los soviéticos estuvieran metidos en el complot.

Sin embargo, durante la presidencia de Reagan, al igual que antes, el semillero del terrorismo internacional era Oriente Próximo y no los Balcanes. En 1986 el gobierno de Estados Unidos tomó medidas militares contra un cliente de los soviéticos, el hombre fuerte de Libia, el coronel Moammar al-Gaddafi, al que acusó de respaldar el terrorismo en todo Oriente Próximo y en la Europa occidental.

En marzo de 1986, en una repetición de un choque que se había producido entre los norteamericanos y los libios en 1981, Estados Unidos llevó a cabo maniobras navales en el golfo de Sidra. Como era de prever, los aviones norteamericanos fueron atacados, esta vez con misiles antiaéreos de largo alcance SA-5 adquiridos recientemente de la Unión Soviética. La reacción de Estados Unidos fue atacar los radares SA-5 y hundir tres patrulleras libias. A su vez, Libia respondió organizando un atentado con bomba contra una discoteca de Berlín que causó dos muertos y varias docenas de heridos, entre los que había más de cincuenta norteamericanos. Nueve días después Estados Unidos bombardeó varios objetivos en Libia, entre ellos el complejo residencial de Gaddafi. El líder libio se libró de la muerte, pero una de sus hijas murió en el ataque.

Aunque la Unión Soviética no consideraba a Libia aliada suya, desde hacía mucho tiempo los libios compraban armas soviéticas. Así pues, los soviéticos criticaron enérgicamente los ataques norteamericanos, pero no hicieron nada más para ayudar a los libios. La enérgica reacción norteamericana, unida al marcado descenso de los precios del petróleo después de 1986, contribuyó a frenar el apoyo de Gaddafi al terrorismo internacional.

En Oriente Próximo, como en otras partes del Tercer Mundo, el gobierno de Reagan hizo caso omiso, al menos en sus comienzos, de las causas locales de la inestabilidad política y social. La más importante de tales causas era el conflicto entre Israel y los palestinos. Al principio, el gobierno de Reagan trató de crear una alianza entre Israel y los regímenes árabes moderados —Egipto, Jordania y Arabia Saudí— con el fin de detener la expansión de la influencia soviética en la región. Pero los estados árabes moderados se negaron a cooperar militarmente con Israel mientras los israelíes rehusaran negociar con la OLP.

Además, después de que Anwar al-Sadat fuera asesinado en 1981 (por fundamentalistas musulmanes contrarios a su acercamiento a Israel), su sucesor, Hosny Mubarak, se mostró reacio a reconciliarse con Israel. Mubarak era muy consciente de que el acercamiento a Israel le había costado la vida a Sadat y había aislado a Egipto del mundo árabe. Mubarak no sólo esperaba vivir muchos años sino que también quería devolver a Egipto el lugar que le correspondía legítimamente en la comunidad árabe. Al mismo tiempo, los lazos de Egipto con Israel resultaron especialmente incómodos para los egipcios después de que los israelíes invadieran Líbano en junio de 1982, en un intento de destruir la creciente presencia militar de la OLP en dicho país.

A finales de 1982 Estados Unidos intervino militarmente en Líbano a raíz de las matanzas que fanáticos cristianos perpetraron en los campos de refugiados palestinos que había cerca de Beirut. Las fuerzas norteamericanas fueron complementadas con tropas francesas, italianas y británicas, pero los motivos de la intervención de los aliados diferían de los del gobierno de Reagan. Los aliados actuaron principalmente por razones humanitarias —evitar otra matanza de palestinos—, mientras que lo que más interesaba a Estados Unidos era sostener el gobierno pro occidental de Amin Gemayel.

Sin embargo, en septiembre de 1983 las fuerzas norteamericanas chocaron con los adversarios de Gemayel, la milicia drusa respaldada por Siria. El gobierno de Reagan veía a los drusos como peones de los sirios, que a su vez eran clientes de los soviéticos, por lo que ordenó a sus fuerzas que atacaran objetivos drusos en Líbano. Washington quería demostrar que podía utilizar eficazmente la fuerza en Oriente Próximo y romper así el «síndrome de Vietnam». Pero el 23 de octubre un terrorista se introdujo con un camión bomba en un cuartel militar norteamericano en Beirut. La explosión mató a 241 infantes de marina. En vista de ello, Estados Unidos retiró sus tropas de Líbano.

no a principios de febrero de 1984. El gobierno de Gemayel, que Reagan había jurado defender, se vio obligado a aceptar una paz impuesta por Siria.

La invasión israelí de Líbano obligó al gobierno de Reagan a ocuparse del conflicto entre los árabes y los israelíes. Cuando así lo hizo, en septiembre de 1982, su plan de paz reafirmaba en esencia el apoyo de Estados Unidos al acuerdo de Camp David, que fue fruto de negociaciones entre los israelíes y los egipcios, sin que participaran en ellas la Unión Soviética ni la OLP. El plan de Reagan proponía el autogobierno para los palestinos en asociación con Jordania, idea que rechazaron tanto los israelíes como los palestinos. Se hicieron pocos avances hacia la solución del conflicto hasta que en 1988, después de rechazar durante decenios la legitimidad de Israel, el líder palestino Yasser Arafat, respondió a las sugerencias de Estados Unidos y declaró que la OLP aceptaba el derecho de Israel a existir. Ni Arafat ni los dirigentes israelíes, con todo, pudieron ponerse de acuerdo sobre las condiciones para instaurar un estado palestino durante el resto de la presidencia de Reagan.

EL GOLFO PÉRSICO

Aunque el gobierno de Reagan era reacio a verse envuelto en el conflicto entre Israel y los palestinos, no hubo necesidad de insistir mucho para que interviniese en el golfo Pérsico. La importancia estratégica de esta región para Estados Unidos se había comprobado durante la presidencia de Truman, pero la región se volvió todavía más importante durante el mandato de Reagan después de la invasión soviética de Afganistán en 1979 y el estallido de la guerra entre Irak e Irán en septiembre de 1980.

Ya en diciembre de 1980, al cabo de un mes de la victoria electoral de Reagan, la Unión Soviética sugirió a Estados Unidos que los dos países adoptasen una actitud común ante los problemas de la región del golfo. Los intereses de ambas superpotencias en la zona coincidían en muchos aspectos: las dos querían poner fin a la guerra entre Irak e Irán y, a partir de 1982, las dos apoyaron a Irak. Pero el gobierno de Reagan opinaba que Estados Unidos debía enfrentarse a los soviéticos en el Tercer Mundo, en vez de cooperar con ellos, por lo que no se hizo ningún intento serio de adoptar una postura común ante la guerra. En lugar de ello, el gobierno de Reagan trató de fomentar la lucha entre los dos bandos, con la esperanza de que se produjera un estancamiento del conflicto y ninguno de los beligerantes dominase la región.

No obstante, Washington era mucho más favorable a Irak que a Irán porque esperaba que la ayuda norteamericana hiciera que los iraquíes dejaran de depender de la Unión Soviética y, además, que Irak fuese un baluarte contra la expansión iraní en la región del Golfo. Así pues, Washington borró a Irak de su lista de países terroristas y le proporcionó créditos e información confiden-

cial sobre los despliegues de tropas iraníes. Cuando George Bush tomó posesión del cargo de presidente en 1989, el comercio entre Estados Unidos e Irak había aumentado hasta cifrarse en 3.600 millones de dólares al año. Además, Washington alentó a sus aliados a vender a Irak armas convencionales y material de alta tecnología. Los iraquíes utilizaron parte de este material para crear misiles balísticos y los componentes de armas químicas, biológicas y nucleares.

El gobierno de Reagan no logró apartar a Irak de la Unión Soviética, principalmente porque los iraquíes se negaron a abandonar a un aliado digno de confianza, la Unión Soviética, por un pretendiente que ofrecía, en el mejor de los casos, un compromiso poco seguro. Moscú respondió a la política estadounidense incrementando su ayuda a Irak, lo cual hizo de ese país el mayor mercado para la exportación de armas soviéticas en el Tercer Mundo. En 1985 y 1986 Moscú vendió a Bagdad armas y material por valor de más de 3.000 millones de dólares.

Pese a que el gobierno de Reagan prefería abstenerse de intervenir militarmente en la crisis del Golfo, Estados Unidos se vio muy envuelto en la defensa de las vías de navegación en el golfo Pérsico, lo cual provocó un choque militar tanto con Irán como con Irak. El 13 de enero de 1987 Kuwait pidió a Estados Unidos que protegiera sus barcos (cambiando su bandera y su matrícula por las norteamericanas) después de que fueran atacados por aviones y barcos de guerra iraníes. Los kuwaitíes señalaron que la Unión Soviética ya se había brindado a proteger sus barcos. Empujado por el deseo de excluir a los soviéticos del golfo Pérsico, en marzo de 1987 el gobierno de Reagan accedió a reabanderar once barcos kuwaitíes, y durante el mes siguiente incrementó la presencia naval norteamericana en el Golfo con el fin de que la zona permaneciese abierta a la navegación internacional.

Trágicamente, la mayor presencia naval de Estados Unidos en el Golfo contribuyó a que se perdieran más vidas, tanto civiles como militares. En mayo de 1987 el piloto de un caza iraquí confundió al destructor norteamericano *Stark* con un navío iraní y lo atacó con dos misiles que mataron a treinta y siete marineros. Una indicación clara del deseo de Washington de contar con Irak como contrapeso de Irán fue su moderada reacción al ataque. Estados Unidos aceptó la compensación que ofreció el presidente de Irak, Saddam Hussein. Un año después, el capitán del navío norteamericano *Vincennes* derribó por error un avión de pasajeros iraní y mató a más de 100 civiles. Como represalia, en diciembre de 1988 agentes iraníes, sirios o libios pusieron una bomba en un avión de la Pan American procedente de Londres y mataron a 270 personas.

LA DOCTRINA REAGAN Y EL ESTE DE ASIA

Durante el primer año de la presidencia de Reagan, también empeoraron las relaciones de Estados Unidos con el otro gigante comunista, China. Reagan

había criticado el acercamiento de Carter a China, aun cuando lo motivase en gran parte el deseo de frenar la influencia soviética en el este de Asia. Reagan incluso se mostró favorable a restaurar la alianza de Estados Unidos con Taiwán y prometió vender armas a los taiwaneses a pesar de la oposición de China. El ministro de Defensa, Weinberger, dijo que Taiwán era un «portaaviones que no podía hundirse» y permitiría a Estados Unidos proyectar su poderío naval hasta los lugares más remotos del oeste del Pacífico.¹⁰

En cambio, el gobierno de Reagan, al menos en sus primeros tiempos, no veía a China como aliado en potencia. Los chinos tenían pocos barcos de guerra, suponiendo que tuvieran alguno, su aviación era anticuada, carecían casi por completo de capacidad para usar armas de alta tecnología y tenían un arsenal de misiles desfasados. Por tanto, la Casa Blanca consideró que China no podía contrarrestar el crecimiento de la influencia estratégica de los soviéticos en Extremo Oriente, en particular en Indochina, donde los soviéticos habían apoyado a Vietnam y a Camboya, aliada y marioneta de los vietnamitas.

Además, el gobierno de Reagan pensaba que no podría contar con el apoyo de los chinos si estallaba otro conflicto entre Estados Unidos y Corea del Norte. Para impedir esa posibilidad, los norteamericanos planeaban incrementar su presencia militar en Corea del Sur añadiendo unos 1.600 soldados a los 37.000 que ya tenía allí. Los norcoreanos respondieron que la situación podía «agravarse y convertirse en una guerra nuclear».¹¹ Asimismo, juzgaron conveniente reforzar sus antiguos lazos con los soviéticos, que se habían degradado durante los dos decenios anteriores. Sin embargo, los soviéticos, que se oponían a la creación de una Corea fuerte y reunificada, no dieron a los norcoreanos tanto apoyo como éstos esperaban.

Los norcoreanos también montaron en cólera cuando el gobierno de Reagan trató de «remilitarizar» Japón, país que había agredido a ambas Coreas así como a China. Weinberger anunció a los japoneses que debían adquirir la capacidad de defender el espacio aéreo y las rutas marítimas hasta una distancia de 1.600 kilómetros de su país, y los japoneses aceptaron esta responsabilidad en 1981. Éstos también accedieron a proporcionar a Corea del Sur empréstitos y créditos por valor de 4.000 millones de dólares. El primer ministro japonés, Yasuhiro Nakasone, llegó al extremo de pedir una revisión del artículo 9 de la constitución japonesa, que requiere que Japón renuncie a la guerra y al mantenimiento de un potencial bélico.

Si bien el parlamento japonés se negó a dar este paso, en 1986 aprobó un pequeño incremento del presupuesto de defensa por encima del tope del 1 por 100 del PNB que se había establecido. La intensificación de las medidas defensivas de Japón alarmó a los chinos y a los norcoreanos y contribuyó al empeoramiento de las relaciones entre China y Estados Unidos en los primeros tiempos del gobierno de Reagan. En 1983 los chinos ya acusaban a Estados Unidos, así como a la Unión Soviética, de aspirar a la «hegemonía» mundial.

Los chinos no fueron los únicos que se alarmaron al ver la nueva dirección que tomaba la política de defensa japonesa. En un discurso importante que pronunció en septiembre de 1983, Yuri Andropov, que sucedió a Breznev al morir éste en octubre de 1982, condenó el intento del gobierno de Reagan «de resucitar el militarismo japonés y sumarlo a la máquina militar y política del bloque [occidental]».¹² Con el fin de contrarrestar el crecimiento del poderío militar japonés, los chinos y los soviéticos entablaron conversaciones para mejorar sus relaciones. El resultado fue un aumento del comercio entre los dos países y la reanudación de la ayuda técnica soviética a China. El gobierno de Reagan vio con preocupación el deshielo de las relaciones chinoso-soviéticas y se sintió obligado a cambiar la política que seguía con respecto a China y, como dijo Weinberger durante una visita a ese país en 1983, tratar de conseguir la «cooperación estratégica» del gobierno chino con Estados Unidos.¹³

Al final, el acercamiento de China y Estados Unidos se debió a que ambas potencias comprendieron que la cooperación les resultaría más provechosa que el enfrentamiento. Estados Unidos necesitaba la ayuda de China para apoyar a los guerrilleros mujahiddin que luchaban en Afganistán, y los dirigentes chinos se percataron de los posibles beneficios de la tecnología, el comercio y los empréstitos norteamericanos. Así pues, en agosto de 1982 las dos naciones llegaron a un acuerdo que reconocía el derecho de Estados Unidos a vender armas a Taiwán a cambio de la promesa norteamericana de «reducir gradualmente sus ventas».¹⁴ El 21 de mayo de 1983 Washington correspondió al acuerdo y, con el fin de ayudar a China en su programa de modernización de la economía, modificó la lista de mercancías que no podían exportarse a dicho país.

La reactivación de las relaciones entre los dos países se celebró cuando Reagan visitó China en abril de 1984, su primera visita presidencial a un país comunista. El viaje de Reagan a China pareció una repetición del que hiciera Nixon en 1972. Reagan dijo a los chinos que las dos naciones tenían un interés común en oponerse al expansionismo militar, en particular la intervención soviética en Afganistán y la dominación de Camboya por parte de los vietnamitas. Tass, la agencia de noticias soviética, acusó a China de sumarse a la cruzada anticomunista del presidente Reagan.

No obstante, después de su reelección, Reagan, a diferencia de Nixon, raras veces mencionó a la mayor nación comunista del mundo, y las relaciones entre los dos países siguieron siendo, si no amistosas, al menos no hostiles. George Shultz, el secretario de Estado, sacó la conclusión de que China seguía siendo «un gigante paralizado por su ideología». Más adelante recordó: «Mientras China siguiera esa ideología, habría necesidad de imponer limitaciones a la amistad que podía tener con Estados Unidos».¹⁵

LA DOCTRINA REAGAN Y EUROPA

Si bien con el tiempo Reagan se dio cuenta de los beneficios de la cooperación con China, al principio no fue capaz de cambiar también de parecer con respecto a la Unión Soviética. En marzo de 1982 el presidente firmó una directriz del consejo nacional de seguridad, NSDD-32, que declaraba que Estados Unidos procuraría «neutralizar» el control soviético sobre la Europa del Este. Uno de los medios que utilizó para tal fin fue fomentar la liberalización de los estados satélites de la Unión Soviética en la Europa del Este.

Aunque el gobierno de Reagan logró infundir valor a Solidaridad, el movimiento obrero polaco, por medio de ayuda económica encubierta, poco pudo hacer cuando en diciembre de 1981 las autoridades decretaron la ley marcial en Polonia. Esta medida la tomó el ejército polaco, cuyo jefe era el general Wojciech Jaruzelski, para evitar que los soviéticos invadieran el país con el propósito de aplastar a Solidaridad. El 23 de diciembre de 1981 el gobierno de Reagan reaccionó imponiendo sanciones económicas a Polonia así como a la Unión Soviética. Es obvio que los comunistas polacos creyeron que las sanciones norteamericanas, aun siendo dolorosas, fueron un precio moderado a cambio de evitar una intervención militar soviética en su país.

A pesar de que el gobierno de Reagan no pudo impedir que se decretara la ley marcial en Polonia, siguió presionando a los soviéticos y sus satélites. El 8 de junio, en un discurso ante el parlamento británico, Reagan expresó su deseo de que las naciones occidentales emprendieran una «cruzada por la libertad» que promoviese los ideales democráticos y los esfuerzos por construir infraestructuras democráticas en todo el mundo. El presidente también dijo que el pueblo ruso no era inmune a las exigencias de mayor libertad. *Pravda* respondió advirtiendo que la cruzada anticomunista de Reagan podía provocar una «catástrofe».¹⁶

No obstante, Reagan continuó pidiendo mayor libertad en la Europa del Este, y en agosto de 1984 declaró que Estados Unidos no aceptaría pasivamente «la subyugación permanente del pueblo en la Europa del Este». También rechazó «toda interpretación del acuerdo de Yalta [de 1945] que sugiera que los norteamericanos estamos de acuerdo con la división de Europa en esferas de influencia».¹⁷ Sin embargo, el gobierno de Reagan no quería empezar una guerra con la Unión Soviética a causa de la Europa del Este. Shultz dijo que la liberación de los satélites soviéticos tenía que ser un proceso gradual.

Los aliados de Estados Unidos en la Europa occidental, en cambio, no vieron con buenos ojos el esfuerzo descarado del gobierno de Reagan por debilitar el control soviético sobre la Europa del Este. Los aliados eran conscientes de que la distensión no sólo había reducido las tensiones en Europa, sino que, además, había abierto la Europa del Este al comercio occidental.

Los alemanes occidentales, en particular, opinaban que su política de distensión (*Ostpolitik*) tenía una importancia fundamental para la mejora de las condiciones en la Alemania del Este y la futura reunificación de su país. Por consiguiente, si bien cooperaron con las sanciones económicas norteamericanas contra Polonia, no impusieron sanciones a la Unión Soviética.

El conjunto de los europeos occidentales tampoco apoyó la Doctrina Reagan en el Tercer Mundo. Tanto Francia como España se negaron a permitir que aviones de guerra estadounidenses sobrevolaran su territorio cuando se dirigían a bombardear Libia en 1986. En vez de tratar de derrocar a los regímenes marxistas del Tercer Mundo, los aliados europeos preferían ofrecer a los soviéticos concesiones económicas como incentivo para que modificasen su comportamiento en las regiones subdesarrolladas del mundo. Debido a ello, los europeos occidentales no sólo se negaron a participar en la política de sanciones de Estados Unidos, sino que también opusieron resistencia a los intentos norteamericanos de aislar a la Unión Soviética tanto económica como diplomáticamente.

Los aliados se indignaron de forma especial cuando el gobierno de Reagan trató de hundir un proyecto europeo de construcción de un gasoducto de unos 5.630 kilómetros desde los yacimientos de gas natural del oeste de Siberia hasta la Europa occidental. El 29 de diciembre de 1981, a raíz de la imposición de la ley marcial en Polonia, Reagan prohibió la venta a la Unión Soviética de tecnología norteamericana para construir gasoductos. Seis meses después, el 18 de junio de 1982, Reagan ordenó que toda empresa europea que tuviera una licencia norteamericana o toda subsidiaria norteamericana que trabajase en Europa debía romper todos los contratos relacionados con gasoductos. Washington arguyó que el fracaso del proyecto del gasoducto siberiano privaría a los soviéticos de una oportunidad de chantajear a los europeos occidentales, cuya dependencia del gas natural soviético aumentaría entre un 15 y un 20 por 100, así como de ganar unos 10.000 millones de dólares en moneda fuerte.

Para los europeos occidentales, con todo, el proyecto del gasoducto no sólo significaba una fuente de energía barata, sino también un importante vínculo económico entre el bloque oriental y el occidental que reforzaría la distensión en Europa. Les exasperó de manera especial que la prohibición de vender tecnología para el gasoducto se impusiera después de que el gobierno de Reagan diese a los europeos la impresión de que Estados Unidos no pondría en práctica esta clase de restricciones al comercio y se limitaría a endurecer las condiciones para la concesión de créditos a la Unión Soviética.

Poco después de pedir a los europeos que cancelasen el proyecto del gasoducto, el gobierno de Reagan echó leña al fuego con la firma de un nuevo acuerdo para la venta de cereales a los soviéticos, principalmente para ganarse el apoyo de los agricultores norteamericanos en las elecciones para el Congreso, que ya estaban cerca. Los europeos opinaron que los norteamericanos

esperaban de ellos que cargasen con una parte no equitativa de la guerra económica contra la Unión Soviética. No es extraño, pues, que se negasen de plano a cancelar su participación en el proyecto del gasoducto soviético. Debido a ello, el 13 de noviembre de 1982, al cabo de cinco dolorosos meses de imponerlas, Estados Unidos levantó las sanciones. Al final, en vez de empujar a los soviéticos a modificar su comportamiento, las sanciones no hicieron más que exacerbar las relaciones entre los aliados.

EL CONTROL DE LAS ARMAS NUCLEARES

Todavía mayor fue el disgusto que causó a los europeos occidentales el aumento del arsenal nuclear que llevó a cabo el gobierno de Reagan. Lo mismo le ocurrió a un número creciente de norteamericanos. En junio de 1982, en lo que, según dijeron, fue la mayor concentración de protesta de la historia de Estados Unidos, entre medio millón y tres cuartos de millón de personas abarrotaron el Central Park de Nueva York para pedir el fin de la carrera de armamentos nucleares. Tres meses antes el senador Edward Kennedy y el senador republicano Mark Hatfield presentaron una resolución que pedía que se suspendieran las pruebas y el despliegue de nuevas armas nucleares. Los obispos católicos de Estados Unidos también empezaron a escribir una carta pastoral sobre las armas nucleares que quedó terminada en 1983 y condenaba las armas concebidas para atacar primero, tales como el misil MX, además de pedir la suspensión de los programas nucleares.

Al ver que el aumento del arsenal nuclear era objeto de la creciente hostilidad del Congreso y la nación, el gobierno de Reagan intentó neutralizar la suspensión apropiándose de ella. Con este fin, apoyó una resolución del diputado William S. Broomfield (republicano de Michigan) que pedía una suspensión en niveles iguales y muy reducidos y, de hecho, permitía que el incremento del arsenal nuclear continuara. El 5 de agosto de 1982 la Cámara de Representantes aprobó la resolución de Broomfield por 204 votos a favor y 202 en contra. Un año después, sin embargo, una resolución que pedía una suspensión mutua y verificable, así como que se entablaran conversaciones sobre armas de alcance intermedio y armas estratégicas, fue aprobada por un margen amplio, 278 votos a favor y 149 en contra.

A pesar de que veía con profundo desagrado el control de armamentos, la presión del Congreso, el creciente movimiento antinuclear y los aliados de la OTAN obligaron al gobierno norteamericano a entablar negociaciones sobre las armas nucleares con la Unión Soviética. En 1981, el gobierno ofreció el «plan de opción cero» como propuesta relativa a las armas nucleares de alcance intermedio (INF). El plan pedía que Estados Unidos no llevase a cabo el despliegue de sus Pershing 2 y sus Tomahawks y a cambio de ello los soviéti-

cos dismantelarían todos sus misiles de alcance intermedio, esto es, los SS-4, SS-5 y SS-20.

Como era de esperar, los soviéticos se negaron. Si bien requería que ambos bandos eliminaran todas sus INF, la opción cero no hubiera afectado a otras armas nucleares de alcance medio que la OTAN tenía desplegadas en la Europa occidental, entre ellas 108 misiles Pershing 1 y cazas norteamericanos de doble capacidad. La contrapropuesta soviética pedía una suspensión inmediata de los despliegues de INF de largo alcance seguida de la reducción de dos tercios de su número antes de 1990. Estados Unidos y sus aliados de la OTAN se apresuraron a rechazar la contrapropuesta porque hubiera mantenido la superioridad soviética en IRBM y también porque incluía armas nucleares británicas y francesas en el total norteamericano.

Ambos gobiernos mostraron más flexibilidad al tratar de las INF en 1982 y 1983. El 21 de diciembre de 1982 el sucesor de Breznev, Yuri Andropov, se brindó a reducir el número de SS-20 que apuntaban a la Europa occidental de 243 a 162, cifra que era equiparable a la suma de misiles balísticos británicos y franceses. También propuso trasladar los SS-20 restantes a lugares situados unos 1.126 kilómetros más al este, en el otro extremo de los montes Urales. Washington, Londres y París rechazaron inmediatamente la propuesta, no sólo porque incluía fuerzas británicas y francesas en los límites e impedía el despliegue de los nuevos misiles estadounidenses, sino también porque los aliados temían que los SS-20 móviles instalados más allá de los Urales pudieran volver a instalarse rápidamente en posiciones situadas en la parte occidental de la Unión Soviética.

Sin embargo, el 30 de marzo de 1983 Reagan cedió a la presión de los aliados y dejó correr la opción cero. En su lugar, ofreció un «acuerdo provisional» que permitiría que los norteamericanos y los soviéticos tuvieran el mismo número de cabezas nucleares «a nivel mundial», en los «niveles más bajos posibles». ¹⁸ No obstante, el 2 de abril los soviéticos rechazaron el nuevo ofrecimiento norteamericano. Insistieron en que las armas francesas y británicas debían incluirse en las limitaciones, y rechazaron el concepto de los topes mundiales porque hubiera incluido los misiles soviéticos desplegados en el este de Asia.

El 26 de octubre de 1983, poco antes de que los primeros misiles de crucero norteamericanos llegasen a Gran Bretaña, Andropov volvió a cambiar de postura. Propuso reducir los SS-20 desplegados en Europa a 140, cifra que se rebajó a 120 en noviembre, y no desplegar más misiles de este tipo en Extremo Oriente. A cambio de ello, exigió que se cancelasen los despliegues de los Pershing 2 y los Tomahawk y se inmovilizara el nivel de armas nucleares británicas y francesas.

Para entonces, sin embargo, el gobierno de Reagan quería evitar hacer algo que retrasara el inminente despliegue de los primeros misiles de crucero

norteamericanos en Europa; por tanto, rechazó el ofrecimiento soviético. El 23 de noviembre, un día después de que el Bundestag de Alemania occidental votase a favor de reafirmar el apoyo a los despliegues de misiles de la OTAN, los soviéticos dieron por terminadas las conversaciones sobre las INF sin que se hubiera llegado a un acuerdo sobre una fecha para su reanudación.

Las Conversaciones para la Reducción de Armas Estratégicas (START), que era el nuevo nombre de las SALT, también languidecieron durante el primer mandato de Reagan. La primera (1982) propuesta que Washington hizo en las START era tan favorable a Estados Unidos que es obvio que se concibió con la intención de que los soviéticos la rechazasen. Pedía que el número de misiles y cabezas nucleares soviéticos fuera objeto de reducciones aún mayores que las que el gobierno de Carter había propuesto en 1977 y que los soviéticos habían rechazado.

De acuerdo con la propuesta de Reagan, ambos bandos hubieran reducido sus ICBM y sus SLBM a 850 a lo largo de un período de entre cinco y diez años. La magnitud de las reducciones propuestas venía a representar la mitad de las ojivas que tenían en aquel momento los norteamericanos, unas 1.700, pero casi dos tercios del total de lanzamisiles soviéticos, alrededor de 2.350. Un analista, John Newhouse, arguyó que la aversión a tratar con la Unión Soviética era tan grande en algunos círculos del gobierno de Reagan que «sólo las reducciones —reducciones grandes— justificaban el acto antinatural de negociar con el enemigo sobre algo de tanta importancia».¹⁹

No es extraño, pues, que los soviéticos rechazaran la propuesta de Reagan. Breznev respondió pidiendo una suspensión nuclear que entraría en vigor en cuanto empezasen las conversaciones. Más adelante, a mediados de 1982, los soviéticos hicieron una propuesta que hubiera preservado la estructura del Tratado SALT II, pero también hubiera reducido los toques de lanzamisiles a 1.800. La propuesta soviética también pedía que se pusieran límites especificados al número total de armas nucleares, incluidos los misiles de crucero y otras armas de bombardeo, y reducciones pequeñas en los sublímites de MIRV del SALT II. Sin embargo, como la propuesta soviética no iba lo bastante lejos, además de estar ligada a la disposición norteamericana a cancelar sus despliegues de INF, el gobierno de Reagan la consideró inadmisibile. En consecuencia, el fracaso de las conversaciones sobre las INF en noviembre de 1983 fue también el de las START.

LA TRAGEDIA DEL AVIÓN DE LAS KAL

El fracaso de las conversaciones START e INF se produjo a raíz de uno de los acontecimientos más traumáticos de la guerra fría: la interceptación y derribo de un avión de pasajeros surcoreano por parte de los soviéticos. El avión, el vuelo

007 de la compañía Korean Air Lines, se desvió mucho de su ruta cuando volaba de Alaska a Seúl la noche del 31 de agosto de 1983. Durante un rato sobrevoló territorio soviético y se acercó a un lugar secreto donde se probaban misiles en la península de Kamchatka. El piloto de un caza soviético derribó el aparato justo antes de que saliera del espacio aéreo soviético y mató a las 269 personas que iban a bordo, entre ellas un miembro del Congreso norteamericano.

Reagan consideró que lo que habían hecho los soviéticos era «un acto de barbarie».²⁰ Insistió en que los dirigentes soviéticos habían destruido deliberada y cruelmente un avión civil sin advertencia previa. Las comunicaciones soviéticas interceptadas por los servicios de información norteamericanos, sin embargo, indicaban que los comandantes locales de la defensa aérea al principio no se dieron cuenta de que el avión era civil y lo tomaron por un avión de espionaje norteamericano que antes había volado cerca del espacio aéreo soviético para espiar el campo de pruebas de misiles. Esta conclusión la confirmó posteriormente un informe de la Organización Internacional de Aviación Civil de la ONU.

No obstante, incluso después de recibir las transcripciones de las interceptaciones electrónicas norteamericanas, Reagan persistió en condenar a la Unión Soviética por la tragedia. Más adelante reconoció que el accidente «dio un ímpetu muy necesario en el Congreso a los programas de rearmamento y pospuso los intentos [del Congreso] de hacer fracasar nuestros esfuerzos por restaurar el poderío militar de Estados Unidos».²¹ Un informe secreto del consejo nacional de seguridad fechado en septiembre de 1983 (NSDD-102), que luego dejó de ser secreto debido a una petición formulada al amparo de la Ley de Libertad de Información, reveló que el gobierno también había pensado utilizar el incidente como «oportunidad para anular la falsa percepción moral y política de “conciliador” que el régimen [soviético] ha estado cultivando».²²

Los soviéticos, huelga decirlo, reaccionaron a los ataques norteamericanos afirmando que eran otra prueba de que al gobierno de Reagan le interesaba más el enfrentamiento que la distensión. El 28 de septiembre Andropov acusó al gobierno norteamericano de seguir un «rumbo militarista que representa una grave amenaza para la paz».²³ El incidente del avión de las KAL demostró de forma gráfica hasta qué punto habían empeorado las relaciones entre los dos países.

«LA GUERRA DE LAS GALAXIAS»

Los soviéticos sospechaban que el gobierno de Reagan estaba más interesado en fabricar armas nucleares que en reducir su número, y esta sospecha se hizo mayor cuando en marzo de 1983 Reagan decidió emprender un programa que duraría cinco años y costaría 26.000 millones de dólares para la creación de

un sistema nacional de defensa antimisiles balísticos (BMD). Aunque el nombre oficial del programa fue Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), los medios de información lo llamaron en seguida «La guerra de las galaxias», que era el título de una popular película de ciencia ficción. Si bien al principio el gobierno estudió varias posibilidades relativas al sistema BMD, todas ellas preveían la creación de un sistema de defensa de varios niveles en el cual armas emplazadas en tierra y en el espacio, entre ellas armas de rayos y de partículas, así como cohetes buscadores, destruirían los misiles balísticos soviéticos y sus cabezas nucleares antes de que pudieran dar en los blancos situados en Estados Unidos.

Reagan reconoció que no sería fácil alcanzar este objetivo. Para ser eficaz, un sistema de defensa nacional tendría que interceptar y destruir prácticamente todas las cabezas nucleares —unas 10.000— que los soviéticos podían emplear en un gran ataque estratégico. Pero, a juicio de Reagan, aunque la IDE no permitiese defender todo el país, sin duda ofrecía más protección contra los misiles enemigos que los otros sistemas que existían en aquel momento. Además, Reagan opinaba que la IDE tenía mucho más sentido que la estrategia suicida de la destrucción mutua asegurada.

El gobierno de Reagan tenía otro objetivo más ambicioso para «La guerra de las galaxias». Daniel O. Graham, teniente general retirado, afirmó que la IDE «sería una dura prueba, quizás hasta el extremo de trastornarlos, para los recursos tecnológicos e industriales de los soviéticos, que ya estaban muy agobiados». ²⁴ Como mínimo, según Edward Teller, el padre de la bomba de hidrógeno norteamericana y partidario decidido de la IDE, el programa obligaría a los soviéticos a incrementar sus gastos militares más de lo que podían permitirse razonablemente. Teller declaró que aunque sólo sirviera para eso, «hubiéramos logrado algo». ²⁵

Pero los detractores de «La guerra de las galaxias» no aceptaron ni siquiera sus objetivos menos ambiciosos. Afirieron que los soviéticos podían tomar fácilmente varias contramedidas que harían que la IDE fuese ineficaz. Los soviéticos podían sencillamente incrementar el número de misiles balísticos que tenían desplegados, cargar algunos de ellos con cabezas nucleares falsas y burlar el sistema BMD. Por cada rublo que los soviéticos gastaran en tales contramedidas, que eran relativamente baratas, Estados Unidos tendría que gastar millones de dólares en aparatos capaces de distinguir entre cabezas nucleares verdaderas y falsas.

No obstante, era evidente que la IDE podía desestabilizar el equilibrio nuclear y que esto preocupaba muchísimo a los soviéticos. Se dieron cuenta de que incluso si era eficaz sólo en parte, la IDE daría al atacante una ventaja sobre el defensor. El agresor podía albergar la esperanza de destruir la inmensa mayoría del arsenal ofensivo del defensor en un primer ataque y luego eliminar la mayor parte de los misiles que pudieran lanzarse utilizando para

ello incluso un sistema BMD que sólo fuera parcialmente eficaz. Hasta Reagan reconoció que la IDE podía tener un potencial ofensivo, pero añadió: «Pienso que nadie en el mundo puede creer sinceramente que a Estados Unidos le interesa algo así o alguna vez se pondría en semejante situación». ²⁶ Su promesa de compartir la tecnología de la IDE con la Unión Soviética, que los soviéticos nunca tomaron en serio, pareció ser el reconocimiento implícito de que el despliegue unilateral de defensas estratégicas por parte de Estados Unidos podía ser desestabilizador.

Los detractores de la IDE temían que obligase a los soviéticos a ampliar su propio sistema ABM, lo cual provocaría una peligrosa y costosa intensificación de la carrera de armamentos nucleares en un teatro nuevo, el espacio, donde estaba prohibida por los tratados que habían firmado la Unión Soviética y Estados Unidos, entre ellos el Tratado de Prohibición Limitada de Pruebas Nucleares de 1963, el Tratado sobre el Espacio Exterior de 1967 y el Tratado ABM de 1972.

Una cláusula del Tratado ABM exigía que los signatarios «no crearan, probaran ni desplegaran sistemas ABM o componentes que tengan su base en el mar, el aire, el espacio o una base móvil en tierra». Los enemigos de la IDE argüían que su despliegue no sólo abrogaría el Tratado ABM, sino que, además, eliminaría todos los límites que se habían puesto a los misiles ofensivos. Era improbable que los soviéticos redujeran su arsenal de misiles balísticos mientras Estados Unidos construía un sistema de defensa basado en tal tipo de misiles. Dicho de otro modo, la puesta en marcha de un programa nacional BMD por parte de los norteamericanos significaría el fin del esfuerzo por reducir el número de armas nucleares.

En un intento aparente de preparar al país para la abrogación del Tratado ABM, el gobierno de Reagan acusó a los soviéticos de violar de forma repetida no sólo el tratado, sino también los otros acuerdos para el control de armamentos que habían firmado las dos naciones. En enero de 1984 un informe presidencial al Congreso indicaba, entre otras supuestas violaciones soviéticas, la construcción de un «radar de alineamiento en fase» en Krasnoyarsk, en el centro de la Unión Soviética. Washington afirmó que esta medida soviética constituía una violación del Tratado ABM, que prohíbe la construcción de estaciones de radar y otros aparatos, excepto en las fronteras nacionales, que pudieran intensificar la defensa de un país contra los misiles o servir de sistema de alerta avanzada. Si bien al principio los soviéticos negaron las acusaciones norteamericanas, más adelante (en 1989) reconocieron que la instalación de Krasnoyarsk violaba el Tratado ABM, y accedieron a desmantelarla.

A pesar de las preocupaciones de los soviéticos y de quienes abogaban por la reducción de armamentos, el gobierno de Reagan siguió adelante con la IDE y gastó casi 17.000 millones de dólares en concepto de investigación en-

tre 1983 y 1989. Sin embargo, los resultados reales de la IDE fueron escasos. El muy alabado láser de rayos X y otros componentes de la IDE no funcionaron. Además, el desastre de la lanzadera espacial *Challenger* en enero de 1986, en el cual pereció toda la tripulación, suscitó graves dudas sobre la capacidad norteamericana para colocar componentes de la IDE en el espacio. No obstante, el gobierno de Reagan siguió mostrándose optimista, e incluso llegó al extremo de amañar una prueba de un componente de la IDE, el Experimento con el Recubrimiento Autodireccional (HOE), el 10 de junio de 1984. Al parecer, en lo que se refería al potencial de la IDE, el gobierno no trataba de engañar sólo a los soviéticos, sino también al Congreso.

LA NUEVA ACTITUD DE REAGAN

Por diversas razones, durante la segunda mitad de su primer mandato, Reagan empezó a mostrar una actitud mucho más flexible que al principio ante la Unión Soviética. Entre otras cosas, la reducción de armas nucleares era cada vez más popular y Reagan era un político astuto que sabía cambiar de postura para adaptarse a los cambios de la opinión pública. Además, a finales de 1982 el presidente decidió que se presentaría a las elecciones de 1984 en busca de un segundo mandato. Al parecer, se dio cuenta de que tendría que ajustar un poco su actitud ante la Unión Soviética para aumentar sus probabilidades de reelección. En 1983 Reagan podía racionalizar una actitud más conciliadora ante la Unión Soviética basándose en que el aumento de su arsenal nuclear ya estaba muy avanzado y, por ende, ahora Estados Unidos podía negociar con la Unión Soviética desde una posición de fuerza.

Otro factor que contribuyó al cambio de actitud de Reagan fue que él mismo era cada vez más consciente del poder destructivo de las armas nucleares. A finales de 1983, y de nuevo a comienzos de 1984, el director de la CIA, William Casey, hizo saber al presidente que un ejercicio de la OTAN, llamado Able Archer, cuyo fin era simular los procedimientos para disparar armas nucleares, había alarmado al servicio de espionaje soviético (la KGB) y es de suponer que también al Kremlin. En sus memorias, Reagan reconoció que se había llevado una sorpresa al saber que los dirigentes soviéticos temían sinceramente un ataque nuclear norteamericano.²⁷

Además, como de forma sorprendente reconoció él mismo, Reagan dijo que no supo que la Unión Soviética dependiera tanto de los misiles con base en tierra hasta después de que empezaran las START y, por tanto, no comprendió por qué los soviéticos rechazaron con vehemencia su primera propuesta START. Reagan sólo poseía un conocimiento superficial de las armas nucleares —y, de hecho, de la propia Unión Soviética— y esa misma superficialidad contribuyó mucho a que en las postrimerías de su primer mandato se

transformara de forma relativamente fácil en defensor de la reducción de armamentos.

También contribuyó al cambio de la actitud de Reagan ante la Unión Soviética el nombramiento de George Shultz para el cargo de secretario de Estado en junio de 1982. Shultz sustituyó a Alexander Haig, que fue destituido por el presidente porque chocó con el personal de la Casa Blanca. Aunque era miembro del Comité sobre el Peligro Actual, Shultz mostró una actitud mucho más realista ante el equilibrio nuclear estratégico que los partidarios de la línea dura, que eran miembros del gobierno de Reagan. Creía que el arsenal nuclear de las dos superpotencias era aproximadamente igual y que, por tanto, Estados Unidos podía negociar sin peligro con los soviéticos sobre asuntos que ambas naciones tenían interés en resolver.

Sin embargo, la conversión de Reagan, por obra y gracia de Shultz, en partidario de la distensión fue un proceso desigual y necesariamente paulatino, sobre todo a causa de la fuerte oposición de los partidarios de la línea dura que formaban parte del gobierno. Shultz escribió en sus memorias que William Clark, el director del consejo nacional de seguridad, «se oponía categóricamente a los contactos entre norteamericanos y soviéticos» y solía contrarrestar los memorandos de Shultz al presidente con memorandos de los partidarios de la línea dura en el consejo nacional de seguridad. George Bush, el vicepresidente, dijo a Shultz que tales memorandos eran «absolutamente malévolos». Si bien Reagan, alentado por su esposa, apoyaba a Shultz, al principio se negó a hacer frente a los partidarios de la línea dura en lo que se refería a la mejora de las relaciones con la Unión Soviética. Shultz no pudo por menos de concluir que «el presidente era prisionero de sus propios colaboradores».²⁸

El ministro de Defensa, Weinberger, y el director de la CIA, Casey, también eran contrarios a negociar con los soviéticos. Shultz escribió que «la inclinación ideológica de Bill Casey en los asuntos de política exterior era tan fuerte que me preocupaba la objetividad de sus evaluaciones y de las de su organización». Los análisis de la CIA encajaban con la excesiva importancia que daba el Ministerio de Defensa al incremento del poderío militar soviético. «Ambos pintaban un cuadro en el que aparecía una nación poderosa que se enfrentaba a nosotros en todas partes: segura de sí misma, invariable y decidida —recordó Shultz—. Yo no estaba de acuerdo. La imagen que presentaban de la Unión Soviética no concordaba con la realidad que veía yo.»²⁹ En varias ocasiones, las luchas internas y las vacilaciones de Reagan desanimaron a Shultz hasta el extremo de empujarle a dimitir, pero el presidente siempre le persuadió de permanecer en su puesto.

Poco a poco Shultz logró convencer de Reagan a adoptar una actitud más flexible ante la Unión Soviética. El 16 de enero de 1984 el presidente pronunció un discurso inusitado por su tono conciliador en el cual dijo que un

nuevo diálogo entre Estados Unidos y la Unión Soviética debía concentrarse en tres campos generales: 1) la reducción y finalmente la eliminación de la fuerza en los conflictos regionales, 2) la reducción de los arsenales nucleares y 3) la mejora de las relaciones en busca «de más cooperación y comprensión».³⁰ Pero los soviéticos no comprendieron inmediatamente la nueva actitud de Reagan. Creyeron que no era más que «electoralismo».

Otra de las causas de que al principio los soviéticos fueran reacios a responder a la nueva actitud de Reagan fue un cambio en la dirección del Kremlin a raíz de la muerte de Yuri Andropov (debida a un fallo renal) el 9 de febrero de 1984. Cuatro días después Constantin Chernenko, otro miembro de la vieja guardia del Politburó, sucedió a Andropov. Aunque Chernenko reafirmó que la Unión Soviética era partidaria de la coexistencia pacífica, hasta finales de junio de 1984 no se mostraron los dirigentes soviéticos dispuestos a reanudar las negociaciones con Estados Unidos. Para entonces ya era obvio, incluso a ojos de los dirigentes del Kremlin, que la decisión de abandonar las conversaciones INF y las START en noviembre de 1983 había sido un grave error. La medida no había impedido que los norteamericanos continuasen desplegando sus nuevos INF y también había liberado a Washington de la presión para continuar sosteniendo conversaciones sobre el control de armas.

Reagan reanudó las negociaciones con los soviéticos empujado también por la proximidad de las elecciones presidenciales. El candidato demócrata, Walter Mondale, criticó la incapacidad del gobierno para llegar a un acuerdo importante con la Unión Soviética sobre el control de armamentos. Mondale prometió que, si era elegido, empezaría a negociar con los soviéticos seis meses después de tomar posesión de su cargo. También dijo que declararía una suspensión unilateral del despliegue de armas nucleares estadounidenses hasta que comenzaran las negociaciones.

En parte para adelantarse a Mondale y en parte para tener la seguridad de que el Congreso siguiera aprobando la asignación de fondos para los programas de armas nucleares del gobierno, lo cual dependía de que se mostrara dispuesto a entablar en serio conversaciones sobre el control de armamentos, el presidente adoptó una actitud más positiva ante las negociaciones con los soviéticos. El 24 de septiembre de 1984, en un discurso que pronunció ante la Asamblea General de la ONU, propuso que se creara un marco nuevo para las negociaciones entre los dos países, que más adelante se denominaría Conversaciones sobre Armas Nucleares y Espaciales (NST) y abarcaría las tres negociaciones principales sobre armas nucleares —las INF, las START y las conversaciones sobre armas antisatélites (ASAT)— bajo un solo «paraguas». Reagan dijo que el concepto del «paraguas» evitaría que el estancamiento en unas conversaciones impidiera hacer progresos en las otras.

Tras la reelección de Reagan en noviembre, los soviéticos accedieron a participar en las nuevas conversaciones. Era obvio que pensaban hacer cuan-

to pudieran, incluso reanudar las conversaciones sobre armas estratégicas y las INF, para evitar la carrera de armamentos nucleares en el espacio que la IDE amenazaba con crear.

Sin embargo, en las dos primeras rondas de las nuevas conversaciones, que empezaron en marzo de 1985 y terminaron en julio, se hicieron pocos progresos. Aunque había marcadas diferencias entre los dos bandos en diversos asuntos, el obstáculo principal fue «La guerra de las galaxias». El gobierno de Reagan volvió a proponer grandes reducciones de las armas nucleares estratégicas y de alcance intermedio, pero se negó a hablar de limitaciones a las defensas antimisiles balísticos. Debido a ello, los soviéticos se negaron a reducir el número de armas estratégicas ofensivas y tácticas.

EL «NUEVO PENSAMIENTO» DE MIJAIL GORBACHOV

Justo cuando su fracaso parecía probable, las nuevas conversaciones sobre armas nucleares recibieron mucho ímpetu con la subida al poder de un nuevo dirigente soviético que era relativamente joven (54) y dinámico, Mijail Gorbachov. Inteligente, perspicuo y fino, Mijail Gorbachov contrastaba mucho con sus prosaicos y torpes predecesores.

La subida de Gorbachov al poder desde una relativa oscuridad fue fruto de los problemas críticos y, como demostrarían posteriores acontecimientos, fatales que eran inherentes al sistema soviético y obvios desde mediados del decenio de 1980. La causa fundamental del fracaso soviético tenía relación directamente con problemas estructurales profundamente arraigados en el sistema. La debilidad más significativa era la economía. La baja productividad, el enorme despilfarro, los errores de planificación y las constantes escaseces habían frenado las tasas de crecimiento de la Unión Soviética durante decenios. Pero la crisis económica alcanzó su apogeo cuando la economía soviética resultó incapaz de producir o absorber las innovaciones tecnológicas, en particular la tecnología informática, que constituían la base de la expansión económica en los países industriales avanzados. A causa de ello, en los años ochenta, y por primera vez desde la guerra, el abismo entre el rendimiento económico de la Unión Soviética y el de los principales países industriales se hizo más amplio.

La aguda crisis de la economía soviética se agravó a causa de una crisis social cada vez más generalizada que se manifestaba por medio del creciente alcoholismo, el absentismo laboral y las tasas de mortalidad infantil. Las inversiones soviéticas en servicios sociales no eran suficientes para atender a las necesidades de la población, y dichos servicios se caracterizaban por las escaseces y la mala calidad. A su vez, las deficiencias del consumo generaban descontento popular, reducían los incentivos y contribuían a que la moral de los

obreros estuviese baja, así como a la producción de artículos inferiores. No es extraño que la Unión Soviética no pudiera competir eficazmente en el mercado mundial. En consecuencia, para obtener ingresos en moneda fuerte, la Unión Soviética dependía principalmente de la venta de armas y de las exportaciones de petróleo y gas natural.

El crecimiento de las fuerzas militares soviéticas también ejercía una presión enorme en la economía soviética. Durante el período de Breznev, cuando el promedio de gastos de defensa en la Europa occidental y en la Europa del Este era de entre el 2 y el 5 por 100, y el de Estados Unidos entre un 6 y un 7 por 100 del PNB, en la Unión Soviética subió de entre el 12 y el 14 por ciento en 1965 a entre el 15 y el 17 por 100 en 1985. (Algunas fuentes, que usan otras estimaciones del PNB soviético, sitúan el total incluso en un 25 por 100, lo cual representaba una carga enorme para el sector industrial.)³¹

La Unión Soviética tenía que sumar a los gastos de defensa el creciente coste de mantener su imperio de satélites y sustentar a sus estados clientes en el Tercer Mundo. Si bien el número de países controlados por los comunistas aumentó durante la era de Breznev, la mayoría de ellos eran relativamente subdesarrollados y, por tanto, dependían mucho de la ayuda soviética. Se calcula que los «costes del imperio», expresados como proporción del PNB soviético, subieron de alrededor del 1 por 100 en 1971 al 3 por 100 en 1980. No tiene nada de extraño que la decadencia de la economía soviética debilitase los cimientos ideológicos de todo el sistema y quitara atractivo al comunismo en el mundo subdesarrollado.

Gorbachov se dio cuenta casi en seguida de la necesidad de reducir las obligaciones de la Unión Soviética en el Tercer Mundo y evitar contraer nuevos compromisos. Decidió reducir la ayuda soviética a las fuerzas marxistas de Nicaragua, Camboya (Kampuchea), Angola y Etiopía, así como poner fin a la costosa e inconcluyente intervención militar en Afganistán.

Como cabía esperar, también vio que la reducción de armamentos era el elemento clave para mejorar la imagen soviética en Occidente. El fin de la carrera de armamentos no sólo reduciría los gastos de defensa soviéticos, sino que también reduciría las tensiones con Occidente, que se mostraría más dispuesto a prestar la ayuda económica que tanto necesitaba la Unión Soviética.

Para poner en práctica su «nuevo pensamiento», Gorbachov tuvo que revisar las antiguas proposiciones marxistas-leninistas sobre el carácter de la política soviética y la naturaleza de las relaciones internacionales. Rechazó el precepto marxista-leninista que hablaba de la inevitabilidad histórica del choque entre el comunismo y el capitalismo. Como Jruschov había reconocido por primera vez, debido a las armas nucleares, la lucha de clases entre las superpotencias era suicida. Pero el peligro de una guerra nuclear no fue la única razón por la cual Gorbachov abandonó el concepto marxista-leninista de

la lucha de clases. Gorbachov comprendió claramente que la verdad era que el comunismo no sólo ya no estaba destinado a triunfar sobre el capitalismo, sino que era directamente responsable de la crisis a la que se enfrentaba la Unión Soviética.

Poco a poco, Gorbachov trató de dar un nuevo rostro al comunismo, un rostro que hiciera hincapié en valores humanos universales como la libertad y el instinto de conservación más que en la necesidad de la lucha de clases. Aunque continuó afirmando las diferencias ideológicas entre el bloque del Este y Occidente, Gorbachov insistió en que habían quedado superadas por la necesidad de la cooperación internacional. Además, la coexistencia ya no se concebía como un intervalo que precedía a un conflicto inevitable, sino más bien como un componente duradero de la relación entre el mundo comunista y el capitalista.

Para demostrar la sinceridad de sus intenciones, Gorbachov tenía que ser franco al hablar de la responsabilidad de la Unión Soviética en el origen de la guerra fría, pero echó la mayor parte de la culpa a Josif Stalin. Acusó a Stalin de contribuir a que estallara la segunda guerra mundial al firmar el Pacto de No Agresión con Hitler en 1939 y reconoció que la anexión de los estados bálticos por parte de Stalin en 1940 fue una agresión. Este reconocimiento contribuiría a debilitar la dominación soviética de dichos estados y, finalmente, a la desintegración de la propia Unión Soviética.

Además, en un discurso del 25 de julio de 1988 el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Edvard Shevardnadze, criticó a los predecesores inmediatos de Gorbachov. Enumeró los errores soviéticos, tales como el desastre de Afganistán, la enemistad con China, el antiguo menosprecio de la Comunidad Europea, la costosa carrera de armamentos, el abandono por los soviéticos de las conversaciones sobre el control de armamentos en Ginebra en 1983-1984 y la decisión de desplegar los SS-20.

Al alterar los cimientos ideológicos de la política exterior de la Unión Soviética, así como las bases de su estrategia de defensa, lo que hizo en realidad Gorbachov fue declarar que estaba dispuesto a poner fin a la guerra fría. Los dirigentes occidentales, sin embargo, con la excepción de la primera ministra británica, Margaret Thatcher, tardaron en aceptar la rama de olivo de Gorbachov.

Reagan, de hecho, se resistió a los halagos de Gorbachov durante más tiempo que la mayoría de los líderes occidentales. La mayor parte de los observadores, y la propia Nancy Reagan, dijo que ésta contribuyó en gran medida a persuadir al presidente de mostrarse receptivo a Gorbachov. La señora Reagan creía que mitigar las tensiones de la guerra fría consolidaría el lugar de su esposo en la historia. En un «mundo peligroso» —comentó más adelante— era «absurdo que las dos superpotencias fuertemente armadas estuvieran ahí sentadas sin hablarse». La señora Reagan también reconoció que,

si bien «empujé un poco a Ronnie», el presidente «nunca se hubiera entrevistado con Gorbachov si no hubiera querido». ³² A mediados de 1985 era evidente que Reagan estaba dispuesto a tratar de cautivar a Gorbachov del mismo modo que el nuevo dirigente soviético estaba cautivando al mundo.

UNAS FALSAS START*

La primera entrevista de Reagan y Gorbachov tuvo lugar en Ginebra en noviembre de 1985. Aunque no se hicieron grandes progresos, los dos dirigentes se entendieron muy bien y se comprometieron a continuar dialogando para mejorar las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Sin embargo, Gorbachov no estaba satisfecho del ritmo lento del diálogo y, para acelerarlo, en enero de 1986 propuso un plan para la eliminación total de las armas nucleares antes del año 2000. Propuso que, como primera etapa, Estados Unidos y la Unión Soviética redujeran a cero sus arsenales nucleares de alcance medio, lo cual hizo pensar que los soviéticos tal vez dejarían de insistir en conservar suficientes SS-20 para contrarrestar los arsenales nucleares estratégicos de Francia y Gran Bretaña. Aunque hubo cierto movimiento en el asunto de las armas durante la primera mitad de 1986, persistió el estancamiento.

Gorbachov invitó entonces a Reagan a celebrar un breve encuentro para salir del atolladero. Reagan accedió y la entrevista tuvo lugar en Reykiavik, Islandia, en octubre de 1986. Aunque se anunció que sería un encuentro preliminar, Gorbachov se presentó con propuestas detalladas que convirtieron la reunión de Reykiavik en una cumbre con todas las de la ley. El dirigente soviético hizo una propuesta START que pedía la reducción, durante un período de cinco años, del número de cabezas nucleares que llevaban los misiles balísticos y los misiles de crucero lanzados desde el aire (ALCM) a 6.000 y el número de misiles y bombarderos de largo alcance a 1.600. (Al celebrarse la cumbre de Reykiavik la Unión Soviética tenía 2.500 misiles y bombarderos, y Estados Unidos, unos 2.100.) Gorbachov elevó luego su ofrecimiento hasta alturas utópicas y propuso la abolición de todas las armas nucleares en el plazo de diez años. Lo sorprendente, teniendo en cuenta que Reagan no había consultado con sus aliados, cuya defensa dependía en gran medida de las armas nucleares, fue que el presidente respondió positivamente a la propuesta de Gorbachov.

El dirigente soviético insistió en que su propuesta de desarme nuclear estaba supeditada a la continuación del riguroso cumplimiento del Tratado ABM, que requería que la investigación relativa a la defensa antimisiles balísticos (BMD) no saliera del laboratorio. Reagan dijo que se atendería al Tratado ABM, pero sólo durante diez años más. Durante ese período ambos ban-

* Juego de palabras: *false start* significa «salida en falso» o «intento fallido». (N. del T.)

dos eliminarían todos sus misiles balísticos ofensivos. Entonces quedarían libres para desplegar sistemas defensivos. Reagan era partidario de una interpretación mucho más libre del Tratado ABM, una interpretación que hubiera permitido pruebas extensivas y la creación del sistema BMD fuera del laboratorio, lo cual permitiría a Estados Unidos seguir trabajando en la IDE. Reagan afirmó: «La IDE no es ahora, ni será nunca, una simple baza para negociar. Vengo diciendo desde hace mucho tiempo que la doctrina de la destrucción mutua asegurada, lo que se llama MAD,* es totalmente inmoral». ³³ Reagan también dijo que, si la IDE funcionaba, Estados Unidos la compartiría con la Unión Soviética. Gorbachov expresó dudas de que Estados Unidos compartiera la tecnología de la IDE, teniendo en cuenta que en aquellos momentos negaba a la Unión Soviética tecnología para perforar en busca de petróleo.

Como las superpotencias siguieron discrepando en el asunto de la IDE, no se firmó un acuerdo START antes de que Reagan abandonara el cargo en 1989. Lo que preocupó de igual modo a no pocos observadores fue la decisión que tomó el gobierno de Reagan en 1986 de abandonar los límites del Tratado SALT II, que no había sido ratificado, límites que Estados Unidos había respetado hasta entonces. A finales de 1986 Washington decidió desplegar misiles de crucero lanzados desde bombarderos B-52, con lo cual Estados Unidos rebasó los límites del SALT II. Esto significó la desaparición de las limitaciones del número de armas nucleares estratégicas de carácter ofensivo que podían desplegar los dos bandos.

LA REDUCCIÓN DE LOS RIESGOS DE GUERRA EN EUROPA

Si bien Reagan y Gorbachov no llegaron a firmar un acuerdo START, sí firmaron el Tratado INF. Sin embargo, casi todas las concesiones que se requirieron para que el tratado fuese posible las hizo Gorbachov. En Reykiavik, aceptó un límite global de 100 cabezas nucleares INF para cada uno de los dos países y que el despliegue soviético se limitara a Asia y el norteamericano, a Estados Unidos. Gorbachov también aceptó las rigurosas medidas de verificación que Reagan propuso con insistencia, entre ellas, por primera vez, la inspección *in situ*. También accedió a que los misiles británicos y franceses quedasen excluidos de los límites. El 28 de febrero de 1987 Gorbachov hizo otra concesión importante al aceptar la opción cero sin ligarla a un acuerdo BMD. En realidad, Gorbachov había capitulado ante la exigencia de Reagan de eliminar todos los misiles INF norteamericanos y soviéticos en Europa.

* *Mad* significa «loco». (N. del T.)

Sin embargo, quedaba todavía un último e importante obstáculo para llegar a un acuerdo INF. El canciller de Alemania occidental, Helmut Kohl, insistió en que los misiles de corto alcance (menos de 500 kilómetros) también debían incluirse en el tratado con el fin de eliminar los misiles soviéticos Scud, cuyo alcance era de 300 kilómetros, que apuntaban a su país. La respuesta de los soviéticos fue exigir que se incluyeran en el tratado todas las cabezas nucleares de corto alcance, de modo específico las de 72 viejos misiles Pershing 1A emplazados en Alemania occidental.

El 26 de agosto de 1987 Kohl aceptó la condición soviética. Afirmó que una vez Estados Unidos y la Unión Soviética hubiesen eliminado por completo sus misiles de alcance intermedio, Bonn destruiría sus Pershing 1A y no los sustituiría por misiles de otra clase. Después de resolver varios asuntos pendientes, Shultz y Shevardnadze finalmente firmaron un tratado INF en Ginebra el 24 de noviembre. Dos semanas después, el 8 de diciembre, Reagan y Gorbachov lo firmaron en una cumbre que se celebró en Washington.

El Tratado INF fue una medida histórica para el control de armamentos. Por primera vez Estados Unidos y la Unión Soviética habían acordado no sólo reducir sus arsenales nucleares, sino también eliminar toda una categoría de armas nucleares. El Tratado INF prohibió todos los misiles con base en tierra y un alcance de entre 1.000 y 5.500 kilómetros, así como las armas nucleares de alcance corto y alcance intermedio (SRINF), esto es, los misiles con base en tierra y un alcance de entre 500 y 1.000 kilómetros. Al firmar el tratado, Estados Unidos se comprometió a dismantelar 429 misiles Pershing 2 y Tomahawk que ya estaban desplegados y otros 430 misiles que no lo estaban. La Unión Soviética accedió a eliminar 857 misiles desplegados y 895 almacenados, es decir, 1.752 en total. El tratado obligaba a Estados Unidos a dismantelar un total de poco menos de 1.000 cabezas nucleares y a la Unión Soviética, más de 3.000. Aunque los misiles debían destruirse en lugares que se especificaron, el tratado permitía reprocesar el material nuclear que contenían sus cabezas para destinarlo a otros usos. El soviético supremo ratificó el tratado el 29 de mayo de 1988, un día antes de que Reagan llegase a Moscú para su última cumbre como presidente.

Mientras negociaban el Tratado INF, las superpotencias también intentaron reducir los riesgos de un conflicto convencional en Europa. En 1978 Francia propuso la creación de una Conferencia sobre el Desarme en Europa (CDE), en la cual participarían todos los estados de la CSCE. Las negociaciones constarían de dos fases. La primera consideraría medidas destinadas a crear confianza (CBM), esto es, a incrementar la estabilidad en caso de crisis y a fomentar un mayor intercambio de información militar, lo cual contribuiría a reducir las tensiones en Europa. Una segunda fase se ocuparía de la reducción de armamentos. El plan CDE francés proponía que la zona que abarcaban las negociaciones se extendiera desde el Atlántico hasta los Urales, una

zona mucho mayor que la que abarcaban las CBM de Helsinki, ya que ésta llegaba sólo hasta 250 kilómetros en el interior de la Unión Soviética.

Los soviéticos respondieron a la sugerencia francesa solicitando que las CBM abarcasen una extensión del océano Atlántico equiparable a la extensión de la Unión Soviética que abarcaría el acuerdo. Pero como las potencias occidentales no querían que el Pacto de Varsovia supervisara las operaciones de refuerzo de la OTAN, se negaron a permitir la inclusión de las maniobras navales en un acuerdo a menos que fuesen parte integrante de maniobras en tierra. Al final se decidió limitar el acuerdo a «la totalidad de Europa» hasta los Urales e incluir las operaciones aéreas y navales sólo si estaban relacionadas con operaciones terrestres. Este plan básico lo adoptó la Conferencia de la CSCE en Madrid (que celebró sus sesiones de noviembre de 1980 a septiembre de 1983), y en enero de 1984 empezó la CDE en Estocolmo, Suecia.

Pocos progresos se hicieron durante los dos primeros años de la CDE. Sin embargo, el 19 de agosto de 1986 tuvo lugar un gran avance cuando los soviéticos anunciaron que los países del Pacto de Varsovia estaban dispuestos a aceptar inspecciones obligatorias de CBM. El avance hizo posible la firma del acuerdo de Estocolmo por parte de los 35 países miembros de la CSCE el 19 de septiembre de 1986. Reforzó las disposiciones del acta final de Helsinki que afectaban a las actividades militares en Europa. Entre otras cosas, dobló el tiempo requerido para el aviso previo de importantes maniobras militares a 42 días y prohibió las maniobras militares con más de 75.000 soldados a menos que se anunciaran con dos años de antelación. El documento de Estocolmo también reforzó las medidas de verificación, incluidas las inspecciones *in situ* sin derecho a negarse a ellas, sometidas a un cupo pasivo de tres inspecciones anuales. Fue la primera vez en la historia que los soviéticos aceptaron inspecciones obligatorias *in situ* de su territorio, lo cual creó el marco para la cláusula referente a este tipo de inspecciones en el Tratado INF.

Además de disminuir el riesgo de un ataque por sorpresa, Gorbachov también estaba interesado en reducir los efectivos de las fuerzas convencionales en Europa. El 18 de abril de 1986 propuso crear un nuevo foro que sustituyese las improductivas conversaciones MBFR y recomendó que se ocupara de la reducción de las fuerzas convencionales en toda Europa, del Atlántico a los Urales. En las nuevas conversaciones, que más adelante se llamarían Conversaciones sobre Fuerzas Convencionales en Europa (CFE), tomarían parte los 23 estados de la OTAN y el Pacto de Varsovia. En febrero de 1987 Gorbachov presionó a Occidente para que redujera de forma considerable sus fuerzas y a tal efecto anunció que la Unión Soviética reduciría y reestructuraría sus fuerzas para que cumpliesen una función puramente defensiva basada en el principio de la «suficiencia razonable».

Además, el 7 de diciembre de 1988 Gorbachov anunció que, en el plazo de dos años, la Unión Soviética reduciría unilateralmente sus fuerzas armadas

en 500.000 soldados (alrededor del 10 por 100 del total). Los soviéticos también sacarían 10.000 tanques de la zona que iba del Atlántico a los Urales, entre ellos 5.000 de Alemania oriental, Checoslovaquia y Hungría. En conjunto, se licenciarían seis divisiones acorazadas que en total sumaban 2.000 tanques y se retirarían 50.000 soldados de los países citados. Más adelante, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Shevardnadze, anunció que los soviéticos también retirarían los sistemas nucleares de corto alcance asociados con las seis divisiones acorazadas que iban a sacarse de Europa central. Poco después del anuncio de Gorbachov, varios gobiernos de la Europa del Este también anunciaron reducciones.

El significado implícito de estas medidas soviéticas fue la anulación de la Doctrina Breznev (según la cual ningún país socialista se «perdería» jamás en beneficio de Occidente). Pasarían unos cuantos años, sin embargo, antes de que los habitantes de estos países se dieran cuenta de todas las consecuencias de este cambio tan significativo de la política soviética. Al tener lugar inmediatamente después de la firma del Tratado INF y de la reducción unilateral de las fuerzas armadas soviéticas, así como del principio de la retirada soviética del Tercer Mundo, la abrogación de la Doctrina Breznev persuadió a todos los occidentales, excepto a los más recalcitrantes, de que Gorbachov estaba decidido a poner punto final a la guerra fría. No obstante, Reagan siguió presionando a los soviéticos para que se retirasen de la Europa del Este. En una visita que hizo a Berlín occidental en junio de 1987 instó a Gorbachov a derribar el muro. También siguió condenando las violaciones de los derechos humanos por parte de los comunistas y repitió sus anteriores llamamientos a favor de la libertad en los estados del Báltico y la retirada de las fuerzas armadas de la Unión Soviética del resto de la Europa del Este.

LA RETIRADA SOVIÉTICA DEL TERCER MUNDO

Reagan también continuó presionando a los soviéticos para que se retirasen por completo del Tercer Mundo. El 29 de agosto de 1987 volvió a pedirles que dejasen de ayudar al gobierno sandinista de Nicaragua, y el 25 de enero de 1988, en su discurso sobre el Estado de la Unión, dijo que el problema de Afganistán no podría resolverse hasta que los soviéticos retiraran todas sus tropas de allí.

Durante el último año de Reagan en la presidencia, Gorbachov aceleró la retirada soviética del Tercer Mundo. El 14 de abril de 1988 las partes enfrentadas en Afganistán firmaron un acuerdo, con Estados Unidos y la Unión Soviética como garantes, que exigía la retirada de las tropas soviéticas entre el 15 de mayo de 1988 y el 15 de febrero de 1989. Además, en mayo de 1988, después de mucha insistencia soviética, Vietnam anunció que retiraría la mitad de sus fuerzas de Camboya (unos 50.000 soldados en total) antes de que

terminase el año. En diciembre de 1988 negociadores soviéticos y norteamericanos lograron poner fin al conflicto en Angola y Namibia. El acuerdo exigía la retirada de todas las tropas extranjeras, esto es, los soldados cubanos así como las fuerzas sudafricanas, de Angola antes del 1 de julio de 1991, y pedía negociaciones entre las partes enfrentadas (que empezaron en junio de 1989). También disponía que se celebraran elecciones libres para terminar la lucha de Namibia por la independencia, que Sudáfrica le concedió en marzo de 1990.

En un discurso que pronunció en Vladivostok en julio de 1986, Gorbachov dijo que también estaba dispuesto a poner fin al largo conflicto entre la Unión Soviética y China. Propuso celebrar negociaciones para resolver la disputa fronteriza en Amur-Ussuri e indicó que reduciría el número de soldados soviéticos en Mongolia. Además de empezar la retirada de tropas soviéticas de Afganistán en 1988, comenzó la reducción de sus fuerzas destacadas en la Siberia soviética. Estas medidas permitieron el acercamiento entre China y la Unión Soviética que tuvo lugar antes de que Gorbachov dejara el cargo. En mayo de 1989 Gorbachov fue el primer dirigente soviético que visitaba China desde Nikita Jruschov, más de tres decenios antes.

Gorbachov también intentó enmendar las relaciones soviéticas con Israel y Egipto. Moscú restableció las relaciones diplomáticas con Israel, que se habían roto durante la guerra de los Seis Días. Egipto, por su parte, permitió a los soviéticos que volvieran a abrir sus consulados en Alejandría y Port Said. En 1988 Egipto también escuchó los llamamientos de Moscú para que se celebrara una conferencia internacional sobre Oriente Próximo y afirmó que la Unión Soviética interpretaría un papel destacado en tal conferencia.

REAGAN SALE A ESCENA PARA DESPEDIRSE

La presencia de Reagan en Moscú durante junio de 1988 fue una indicación clara de que finalmente era posible que terminara la guerra fría. Cuando le preguntaron si seguía considerando a los soviéticos el «foco del mal en el mundo moderno», Reagan respondió: «Han cambiado».³⁴ Atribuyó el cambio en parte al liderazgo de Gorbachov y a la confianza que había nacido entre los dos dirigentes como resultado de sus cuatro encuentros en la cumbre. El presidente incluso abrazó al líder soviético en el mausoleo de Lenin.

En Moscú los dos bandos hablaron de los derechos humanos y de la emigración de los judíos, de la libertad de culto en la Unión Soviética, de asuntos comerciales y de los conflictos regionales en Angola, Oriente Próximo, América central, Camboya y Vietnam. También hablaron de las medidas que había que tomar para la notificación previa de las pruebas con misiles y de un protocolo de verificación que permitiera a Estados Unidos ratificar el Trata-

do sobre Explosiones Nucleares Pacíficas de 1974, que prohibía las explosiones nucleares no militares superiores a 150 kilotones. Más adelante, el 15 de septiembre de 1988, el presidente anunciaría que Estados Unidos y la Unión Soviética habían firmado un tratado para crear centros que se encargarían de la reducción del riesgo nuclear en Washington y Moscú. Su propósito sería evitar los conflictos que pudiera causar un accidente, una mala interpretación o un error de cálculo. Si bien la conferencia de Moscú terminó de manera positiva, las START seguían estancadas cuando Reagan entregó la Casa Blanca a su sucesor, George Bush.

Reagan también continuó presionando a Gorbachov para que llevase a cabo más reformas, sobre todo en el campo de los derechos humanos. En un discurso que pronunció en la universidad estatal de Moscú, habló del valor de la libertad y sus vínculos con muchos otros aspectos de la vida, tales como el arte y la tecnología. Dijo que él y Gorbachov querían tener programas de intercambio de estudiantes en los que participaran miles de jóvenes todos los años. El 3 de diciembre de 1988 Reagan se mostraba en general optimista acerca de la relación entre las superpotencias y comentó que esperaba con ilusión el día en que el muro de Berlín fuera derribado y las obras de Aleksandr Solsenicyn fueran publicadas en la Unión Soviética.

Al terminar su mandato, Reagan se sentía satisfecho de los progresos que él y Gorbachov habían hecho en la mejora de las relaciones entre sus respectivos países. En diciembre de 1988 Reagan y el presidente electo, Bush, volvieron a encontrarse con Gorbachov, en Nueva York, donde los tres dirigentes posaron para los fotógrafos frente a la Estatua de la Libertad. Gorbachov acababa de pronunciar un dramático discurso ante la Asamblea General de la ONU en el cual pidió que se eliminara la ideología de las relaciones internacionales, apoyó la democracia y la libertad humana, rechazó la lucha de clases y el uso de la fuerza y anunció una reducción unilateral del 10 por 100 de las fuerzas armadas de la Unión Soviética.

El 17 de enero de 1989 Shultz y Shevardnadze firmaron la Declaración CSCE de Viena y acordaron que Moscú sería el escenario de una conferencia sobre los derechos humanos en 1991. En Viena, Shultz expresó su satisfacción ante los cambios que habían tenido lugar en la Unión Soviética desde la firma del acta final de Helsinki en 1975. Entre otras cosas, mencionó el fin de las interferencias soviéticas de las emisiones de radio, la liberación de más de 600 presos políticos, entre ellos algunas de las personas encargadas de comprobar el cumplimiento de lo acordado en Helsinki, y el cambio de la política de emigración soviética. Sin embargo, Shultz criticó a algunas naciones del este de Europa porque continuaban infringiendo el acta final de Helsinki de 1975. No obstante, la era Reagan-Gorbachov terminó en un ambiente de optimismo el 20 de enero de 1989.

¿GANÓ REAGAN LA GUERRA FRÍA?

El hecho de que, a todos los efectos prácticos, la guerra fría terminara durante la presidencia de Ronald Reagan ha empujado a algunos a sacar la conclusión de que Reagan fue el principal artífice de la «victoria» de Estados Unidos sobre la Unión Soviética. Según los que así piensan, la agresividad militar e ideológica del gobierno de Reagan durante los años ochenta fue la causa principal del fin de la guerra fría, la caída del comunismo en Europa y, finalmente, el derrumbamiento de la Unión Soviética. Como dijo el presidente el 16 de diciembre de 1988, los cambios que tenían lugar en la Unión Soviética eran en parte resultado de la firmeza de Estados Unidos, de su defensa fuerte, de sus sanas alianzas y de la disposición a usar la fuerza cuando fuera necesario. Asimismo, como dijo, jactándose, él había estado más que dispuesto a aprovechar todas las oportunidades de señalar las diferencias entre los sistemas políticos norteamericano y soviético. Además, sus partidarios han afirmado que la «full-court press» que lanzó el gobierno de Reagan durante su primer mandato, incluido el aumento del poderío militar coronado por la IDE, la denegación de tecnología a la Unión Soviética, y la contraofensiva en el Tercer Mundo, asestó «el puñetazo que noqueó» a un sistema que estaba internamente arruinado «y contra las cuerdas».³⁵

Otros atribuyen el fin de la guerra fría al deseo de Reagan de evitar una conflagración nuclear. Los que defienden este punto de vista afirman que al presidente nunca le gustaron las armas nucleares como instrumentos ofensivos y que con la IDE demostró el desdén que le inspiraba la disuasión, al menos la disuasión basada en la doctrina de destrucción mutua asegurada (MAD). El objetivo de eliminar todas las armas nucleares ofensivas, según arguyen los partidarios de Reagan, hizo posible el tratado INF. Reagan no pudo firmar un tratado START antes de dejar la presidencia sólo porque los soviéticos se negaron a aceptar una estrategia de disuasión defensiva, el fundamento de la IDE, como opción mejor que MAD.

Sin embargo, no todo el mundo, incluido este autor, está de acuerdo con el argumento de que el gobierno de Reagan fue el principal artífice del fin de la guerra fría. De hecho, es probable que nadie, en especial el presidente, esperase que la política del gobierno acabara causando la desintegración del imperio soviético, al menos que lo causara con tanta rapidez. Afirmó Reagan: «Nos proponíamos cambiar una nación [Estados Unidos], y en vez de ello, cambiamos el mundo ... Bien mirado, no estuvo mal, nada mal».³⁶

Más importante como causa del fin de la guerra fría fue la debilidad interna de la Unión Soviética, que se vio exacerbada, desde luego, por la política del gobierno de Reagan. Cuando Reagan entró en la Casa Blanca la economía soviética se había sumido en tal estancamiento que resultaba ob-

vio que el comunismo había fracasado y que se requería un sistema radicalmente nuevo.

Nadie vio esto con más claridad que Mijail Gorbachov. Aunque nunca hubo muchas probabilidades de que la IDE inutilizara los misiles soviéticos, Gorbachov tuvo que tomarse en serio el potencial tecnológico norteamericano y el efecto estratégico que incluso una defensa imperfecta tenía. También se dio cuenta de que la fuerza económica de la Unión Soviética era insuficiente para competir con Estados Unidos en otra carrera de armamentos tecnológicos. Tampoco podía la Unión Soviética seguir gastando sus recursos en competir con Estados Unidos en el Tercer Mundo.

Acuciado por la debilidad económica de su país y alarmado por los crecientes riesgos de una guerra nuclear, Gorbachov estaba más que dispuesto a tratar de poner fin a la guerra fría. Su resolución le permitiría reducir las costosas fuerzas armadas de su país y obtener de Occidente la ayuda económica que tanto necesitaba. Así pues, Gorbachov cambió el contenido ideológico y los objetivos declarados de la política exterior soviética y desechó el concepto de la lucha de clases internacional para abrazar una visión de paz y cooperación con Occidente.

Si bien Reagan deseaba mejorar las relaciones con la Unión Soviética, hay que reconocer que George Shultz trabajó mucho y empleó toda su habilidad para conseguirlo, a pesar de la gran oposición de los miembros del gobierno que eran partidarios de la línea dura. Sin embargo, las grandes concesiones que se necesitaron para alcanzar el éxito no las hicieron ni Reagan ni Shultz, sino que las hizo Gorbachov. Las negociaciones INF, por ejemplo, llegaron a buen fin principalmente gracias a las concesiones que hizo Gorbachov, pese a la oposición de algunos miembros de su gobierno y de los militares.

Puede que Reagan viese las armas nucleares con verdadera repugnancia, pero no se notaba en absoluto en la política que adoptó y siguió durante su primer mandato y gran parte del segundo. El escaso entusiasmo que mostraba por la distensión se debía a su limitado conocimiento de la tecnología y la estrategia de las armas nucleares y al deseo de no ofender a los miembros de su gobierno que eran partidarios de la línea dura, que poseían los conocimientos de que carecía el presidente pero no sentían la misma repugnancia ante las armas nucleares. Fue necesario que Nancy Reagan y el secretario de Estado, George Shultz, animaran al presidente a correr el riesgo de negociar con los soviéticos.

La opinión pública y el Congreso también tuvieron mucho que ver con el cambio de actitud de Reagan. El Congreso, que estaba controlado por los demócratas, continuó apoyando los programas militares preferidos del gobierno con la condición de que Reagan accediera a negociar seriamente con los soviéticos. A su vez, el Congreso actuó bajo la influencia de los ciudadanos, que cada vez eran más sensibles a las advertencias del movimiento contrario a las

armas nucleares sobre los peligros del incremento del poderío militar por parte de Reagan.

Ni el Congreso ni el pueblo norteamericano dieron mucho apoyo a la cruzada anticomunista de Reagan, en particular en el Tercer Mundo. La capacidad de Reagan para llevar a cabo dicha cruzada se vio debilitada todavía más durante sus dos últimos años en el cargo a causa de la disminución del apoyo del pueblo y el Congreso a los incrementos en gran escala de la defensa y, sobre todo, a causa del asunto Irán-contrá, que amenazó con destruir la presidencia de Reagan. Dicho de otro modo, Reagan necesitaba adoptar una actitud nueva ante la Unión Soviética, en parte para desviar la atención del fiasco Irán-contrá. Si bien no necesitaba una nueva relación entre Estados Unidos y la Unión Soviética tanto como la necesitaba Gorbachov, la reactivación de la distensión en los últimos tiempos de su presidencia sirvió para que Reagan recibiese los elogios públicos que tanto necesitaba después del asunto Irán-contrá. El «idilio» Reagan-Gorbachov fue, de hecho, un ejemplo de cómo la necesidad puede dar origen a parejas raras. Gracias a la distensión, y a la nula disposición del Congreso a empezar los trámites para el *impeachment*, cuando dejó el cargo Reagan era uno de los presidentes más populares del siglo XX.

El hecho de que Reagan fuera el destinatario reacio de las propuestas de Gorbachov, no obstante, no disminuye la importancia de su contribución al fin de la guerra fría. Reagan no tenía por qué apoyar los esfuerzos de Shultz por mejorar las relaciones de Estados Unidos con la Unión Soviética, y tampoco tenía que aceptar las concesiones de Gorbachov. En vez de ello, hubiera podido seguir la misma política de línea dura que había empezado en los comienzos de su primer mandato, aunque es posible que esto hubiera provocado la derrota de Bush en las elecciones presidenciales de 1988.

Aunque hubiera sido difícil predecir las consecuencias de continuar el enfrentamiento con la Unión Soviética, sin duda una de ellas hubiese sido aumentar todavía más las dificultades de Gorbachov en su intento de transformar el sistema soviético. Una continuación del enfrentamiento también hubiera podido adelantar mucho la reacción de los partidarios de la línea dura contra el dirigente soviético, y tal vez con mejores resultados que el intento de golpe de Estado contra Gorbachov en agosto de 1991. La aceptación por parte de Reagan del nuevo pensamiento de Gorbachov, de hecho, sirvió para que éste ganara tiempo y, lo que es más importante, permitió que el movimiento democrático soviético, que se hallaba en estado embrionario, se afanzara entre el pueblo ruso, al menos lo suficiente para contribuir al fracaso del golpe de los partidarios de la línea dura.

Con todo, el precio que pagó Estados Unidos durante la presidencia de Reagan a cambio de «ganar» la guerra fría fue elevado. La decisión de rebajar impuestos mientras ponía en marcha el mayor y más costoso incremento del

poderío militar en tiempos de paz de la historia de Estados Unidos, sumada a la negativa del Congreso a reducir los gastos interiores, contribuyó a un enorme aumento de la deuda nacional. Además, no se prestó atención a acuciantes problemas de orden interior como, por ejemplo, la decadencia de la infraestructura de la nación, el aumento de la delincuencia, las desigualdades en la educación y muchos más, demasiados para citarlos aquí. Futuras generaciones de norteamericanos tendrán que pagar la factura de la «victoria» de Reagan en la guerra fría.

9

George Bush y el fin de la guerra fría, 1989-1991

EL SUCESOR DE REAGAN

Durante la presidencia de George Bush, que sucedió a Ronald Reagan en enero de 1989, tuvieron lugar el fin de la guerra fría, el derrumbamiento del comunismo en la Europa del Este y la desintegración de la Unión Soviética, y empezó una relación nueva, de «posguerra fría», entre Estados Unidos y los estados sucesores de la Unión Soviética. La nueva relación se caracterizaría por la cooperación en vez del enfrentamiento que había sido el distintivo de la guerra fría.

Si se tiene en cuenta el importante papel que interpretaría en la forja de la nueva relación entre la Unión Soviética y Estados Unidos, es irónico que Bush tardara en recoger la batuta de la distensión. En su discurso ante las Naciones Unidas del 7 de diciembre de 1988, Gorbachov había instado al entonces presidente electo a poner fin a la guerra fría. No sólo había anunciado una reducción unilateral y masiva de las fuerzas armadas soviéticas, así como la retirada de diez divisiones de la Europa del Este, sino que también había pedido a Estados Unidos que cooperase con la Unión Soviética en la resolución de los conflictos de diversas partes del mundo, sobre todo en Afganistán, Camboya, Nicaragua y Angola. Gorbachov también había recomendado que se reactivaran las Naciones Unidas como instrumento de la cooperación de las superpotencias en la tarea de crear un nuevo orden mundial.

A finales de enero de 1989, Henry Kissinger, el ex secretario de Estado, instó a Bush a ser audaz y arrebatarle la iniciativa a Gorbachov proponiendo la retirada de todas las fuerzas soviéticas de Europa del Este. En privado, Aleksandr Yakolev, colaborador íntimo de Gorbachov, advirtió a Kissinger que la negativa de Bush a apoyar a Gorbachov reforzaría a los comunistas par-

tidarios de la línea dura, que cada vez criticaban más al dirigente soviético por abandonar el socialismo y venderse a Occidente.

Bush respondió que la propuesta de Kissinger le parecía fascinante, pero no la puso en práctica. El presidente creía que Reagan se había entusiasmado excesivamente con la distensión en los últimos años de su presidencia y, por consiguiente, se mostraba demasiado dispuesto a superar a Gorbachov en la tarea de desmilitarizar el mundo. La propuesta de eliminar todas las armas nucleares que Reagan hizo en Reykiavik, sin consultar antes con los aliados de la OTAN, fue el ejemplo más sorprendente del tipo de política arriesgada que Bush estaba decidido a evitar. Debido a ello, el nuevo presidente dijo que frenaría la distensión, al menos hasta después de que quedara terminado un estudio exhaustivo de la política norteamericana con respecto a la Unión Soviética que autorizó el 15 de febrero.

Hasta el 12 de mayo no dio a conocer el presidente los resultados del estudio, que reflejaba su prudencia y hacía muy pocas recomendaciones para mejorar la relación entre Estados Unidos y la Unión Soviética, lo cual era lamentable. La iniciativa más convincente era la propuesta de reactivar el «plan de cielos abiertos», que el presidente Eisenhower había sugerido por primera vez en 1955. De acuerdo con dicho plan, los dos países llevarían a cabo reconocimientos aéreos de sus territorios respectivos. Bush era consciente de que en ocasiones anteriores los gestos amistosos de los soviéticos a menudo habían ido seguidos de un aumento de las tensiones internacionales, de modo que pidió a Gorbachov que demostrara su compromiso con el cambio retirando el apoyo soviético a Cuba y Nicaragua, derribando el Telón de Acero, reduciendo todavía más las fuerzas armadas soviéticas y permitiendo que más personas emigraran de la Unión Soviética.

Si bien Bush expresó su apoyo a los esfuerzos de Gorbachov por reformar el sistema soviético, algunos miembros clave del gobierno norteamericano pusieron en duda la conveniencia de tener lazos demasiado estrechos con un dirigente soviético. Entre otros, el ministro de Defensa, Richard Cheney, predijo públicamente, el 29 de abril de 1989, que las reformas de Gorbachov fracasarían, y el subsecretario de Estado, Lawrence Eagleburger, sostuvo que Estados Unidos no estaba obligado a garantizar que no fracasaran.

Para entonces, algunos observadores en ambas orillas del Atlántico, incluso el ex presidente Reagan, ya criticaban a Bush por lo que, a su modo de ver, era un exceso de prudencia en el cultivo de la distensión. Un mes antes, George Kennan, el autor de la teoría de la contención, expresó a la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado que estaba «claro que había pasado» el momento de considerar a la Unión Soviética un adversario militar.¹ El público se puso de pie para aplaudir los comentarios de Kennan.

Los aliados de la OTAN también ejercían presión sobre Bush para que fuera más flexible al tratar con el dirigente soviético. El presidente francés,

François Mitterrand, y el canciller de Alemania occidental, Helmut Kohl, en particular, dijeron que Bush tenía la culpa de que fuera Gorbachov y no él quien se había metido a la opinión en el bolsillo. El líder soviético había despertado el interés de la gente al proponer que el Tratado INF fuera seguido de un acuerdo para retirar las armas nucleares de corto alcance (SNF) del teatro europeo, pero al principio el gobierno de Bush rechazó la idea. Cheney, el ministro de Defensa, consideró que la propuesta de celebrar conversaciones SNF era una «trampa peligrosa» que despojaría a la OTAN de su capacidad de disuasión nuclear.²

No obstante, Gorbachov siguió presionando a Bush. A mediados de mayo, anunció que la Unión Soviética eliminaría unilateralmente 500 cabezas nucleares de su arsenal europeo. También propuso reducciones más generosas de las armas convencionales en las negociaciones CFE, que habían empezado en marzo de 1983. La actitud prudente de Bush causaba crecientes divisiones en el seno de la Alianza Atlántica, cuyos miembros presionaban a Washington para que aprovechara la oportunidad de poner fin a la guerra fría que ofrecía Gorbachov.

A finales de mayo de 1989 Bush se dio cuenta de que Gorbachov había conseguido hacerle parecer el principal obstáculo con que chocaba la distensión. En un intento de tomar la iniciativa, el presidente dio a conocer su propio plan para reducir las fuerzas militares en Europa. En la cumbre de la OTAN celebrada en Bruselas a finales de aquel mes, propuso que se redujera el 15 por 100 de las fuerzas convencionales de la OTAN y el Pacto de Varsovia y el 20 por 100 del personal militar norteamericano y soviético destinado en Europa. Bush también propuso que las fuerzas de Estados Unidos y la Unión Soviética en Europa no superasen los 275.000 soldados respectivamente.

Bush anunció que aplazaría la decisión de proseguir o no con la modernización de los misiles de corto alcance Lance que Estados Unidos tenía desplegados en Alemania occidental. Además, añadió que su gobierno estaba dispuesto a entablar conversaciones SNF con la Unión Soviética, pero estipuló que habría que esperar hasta después de que se llegara a un acuerdo CFE. Las iniciativas de Bush, que señalaron el principio del fin de su actitud prudente ante la Unión Soviética, fueron bien recibidas tanto en la Europa occidental como en la del Este.

LAS REVOLUCIONES DE 1989

La rapidez con que cambiaba la situación en la Europa del Este también empujó al gobierno de Bush a llegar a un acuerdo con la Unión Soviética. El 6 de julio Gorbachov pidió un «hogar europeo común» y rechazó oficialmente

la Doctrina Breznev, que se había formulado para justificar la intervención soviética en Checoslovaquia en 1968. Gorbachov también recalcó la importancia del control de armamentos, los derechos humanos, el imperio de la ley y la protección del medio ambiente.³

Durante un viaje a Polonia y Hungría aquel mes, Bush instó a Gorbachov a poner tales principios en práctica. «No puede haber un hogar europeo común —dijo— hasta que todos los que habiten en él sean libres de pasar de una habitación a otra.»⁴ Bush observó que el gobierno reformista de Hungría había empezado a dismantlar la alabrada a lo largo de su frontera con la neutral Austria, y durante su visita a Maguncia, Alemania occidental, exclamó ante una multitud: «¡La próxima que sea Berlín! ¡La próxima que sea Berlín!».⁵

Con todo, si bien Bush pedía públicamente la liberación de la Europa del Este, durante sus visitas a Polonia y Hungría dejó bien sentado que no tenía ninguna prisa por verlo. El presidente temía que la rápida caída del Telón de Acero aumentara las tensiones entre Estados Unidos y la Unión Soviética —suponiendo que no empujara a los partidarios de la línea dura en el Kremlin a derrocar a Gorbachov—, por lo que apoyó al general Wojciech Jaruzelski, que había impuesto la ley marcial en Polonia en 1981. El pueblo polaco, que en su mayor parte pensaba que Jaruzelski era un títere de los soviéticos, demostró su desagrado acudiendo a recibir a Bush en menor número que en su visita de dos años antes.

A pesar de la indignación que despertó en el pueblo polaco el apoyo de Bush a Jaruzelski, el general resultó ser un elemento importante en la transformación pacífica que tuvo lugar en Polonia durante 1989. Meses antes Jaruzelski había invitado al sindicato Solidaridad, que estaba prohibido, a formar parte de una coalición encabezada por los comunistas. El motivo del gesto de Jaruzelski fue el deseo de obtener más ayuda económica occidental para evitar que la situación económica de Polonia continuara empeorando. A cambio, Solidaridad aceptó que los comunistas siguieran controlando la policía secreta, las fuerzas armadas y la presidencia, para la cual Jaruzelski fue reelegido por el parlamento polaco, por el margen de un voto, el 19 de julio.

Con gran sorpresa de los comunistas, sin embargo, en las elecciones del 4 de junio Solidaridad obtuvo 160 de los 161 escaños de la cámara baja y 99 de los 100 de la cámara alta. Pero en vez de formar una coalición con el partido comunista, como se esperaba, el líder de Solidaridad, Lech Walesa, persuadió a su partido de aliarse con dos pequeños partidos no comunistas que en el pasado habían sido obligados a formar alianzas con los comunistas. Debido a ello, la coalición encabezada por Solidaridad nombró al nuevo primer ministro, Tadeusz Mazowiecki, el 24 de agosto de 1989. Mazowiecki presidiría el primer gobierno no comunista de la Europa del Este desde el derrocamiento del gobierno democrático de Checoslovaquia en 1948.

Un hecho significativo es que Gorbachov facilitara este traspaso pacífico del poder en Polonia. El 22 de agosto, en una conversación telefónica que fue muy divulgada, aconsejó al líder comunista polaco Mieczyslaw Rakowski que apoyara al gobierno de Mazowiecki. Gorbachov se negó a usar tropas soviéticas para anular los resultados de las elecciones, con lo cual demostró que la Doctrina Breznev en verdad había muerto. La sustituyó, según Gennadi Gerasimov, portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético, la «Doctrina Sinatra», aludiendo a la canción «My way» que popularizó el cantante norteamericano Frank Sinatra.⁶ Dicho de otro modo, según Gerasimov, cada uno de los estados de la Europa del Este sería libre de hacer las cosas a su manera para determinar la naturaleza de su sistema político.

Varios eran los motivos de Gorbachov para no intervenir militarmente en Polonia. Comprendió, entre otras cosas, que si los regímenes comunistas de la Europa del Este no llevaban a cabo reformas en serio, se producirían disturbios y habría que llamar al ejército soviético para que restableciera el orden. Gorbachov no podría mandar las tropas que le solicitaran y seguir esperando la ayuda económica occidental que tanto necesitaba. El 29 de julio de 1989, el secretario de Estado norteamericano, James Baker III, había advertido a Shevardnadze que la Unión Soviética no podía utilizar tropas para mantener el comunismo en Polonia y seguir esperando que terminara la guerra fría con Estados Unidos. Tampoco podía pasar por alto Gorbachov la lección de Afganistán, donde los soviéticos habían hecho una costosa guerra desde 1979 sólo para acabar retirándose, derrotados, diez años después (la retirada se completó en febrero de 1989).

Gorbachov estaba decidido a evitar futuros Afganistanes, de manera que presionó a los regímenes satélites para que pusieran en práctica sus propias versiones de la *perestroika* (reforma) con la esperanza de que adquiriesen una apariencia de legitimidad popular que evitase la necesidad de una intervención militar soviética. Pero Gorbachov había subestimado muchísimo la medida en que la bancarrota moral del comunismo había destruido toda posibilidad de legitimación en la Europa del Este. También es evidente que no previó la magnitud de los cambios que estaban llamados a producirse en la Europa del Este durante el año siguiente. Lo que empezó como un intento de reformar el comunismo en la Europa del Este terminaría con su caída y, finalmente, con la desintegración de la Unión Soviética misma.

El partido comunista húngaro trató de emular el programa de reformas de Gorbachov, pero fue en vano. El 11 de enero de 1989 el parlamento húngaro, que estaba dominado por los comunistas, legalizó la libertad de reunión y la de asociación para los grupos no comunistas. Un mes más tarde, legalizó los partidos políticos independientes. El 8 de abril János Kádár, que había asumido la dirección del partido comunista después de la sangrienta revolución de 1956, fue expulsado del poder. El 2 de mayo Hungría se convirtió en el pri-

mer país del bloque soviético en abrir su frontera con la Europa occidental. En septiembre el gobierno comunista y los recién creados partidos de la oposición acordaron participar en elecciones libres, que se programaron para marzo de 1990. Como parte de los preparativos para las elecciones, el 7 de octubre el partido comunista se disolvió oficialmente y volvió a formarse con el nombre de partido socialista. Sin embargo, el rebautizado partido comunista obtuvo sólo el 9 por 100 de los votos en las elecciones parlamentarias del 25 de marzo de 1990, lo cual permitió a los partidos democráticos de la oposición establecer un nuevo gobierno no comunista bajo la dirección de Jozsef Antall del foro democrático.

Una consecuencia imprevista de la democratización de Hungría fue la entrada en el país de miles de alemanes del Este. Habían aprovechado la apertura de la frontera de Hungría con Austria y albergaban la esperanza de emigrar a Alemania occidental. El éxodo de alemanes orientales demostró la profundidad del descontento popular con el régimen comunista de línea dura de Eric Honecker. Cuando Gorbachov visitó Berlín el 7 de octubre de 1989 fue vitoreado por sus oprimidos ciudadanos. Gorbachov advirtió al Politburó de la Alemania oriental que no podía continuar aislándose del pueblo y seguir en el poder.

El 18 de octubre, después de que una serie de manifestaciones convulsionaran Leipzig, la segunda ciudad de Alemania oriental en orden de importancia, Honecker fue sustituido por Egon Krenz, que desde hacía mucho tiempo era el secretario del partido para asuntos de seguridad interna. Krenz intentó detener el éxodo de alemanes del Este poniendo fin a las restricciones que impedían viajar a Occidente, pero la medida sólo sirvió para fomentar la fuga de más alemanes orientales. Debido a ello, el 9 de noviembre el gobierno de la Alemania oriental dejó atónito a todo el mundo al abrir el muro de Berlín. Centenares de miles de alemanes del Este pasaron inmediatamente al Berlín occidental.

Un día después de abrirse el muro, Gorbachov, preocupado, envió un mensaje a Bush en el que expresaba su temor de que los acontecimientos de Alemania se estuviesen desarrollando con demasiada rapidez. Pidió consultas urgentes con las otras tres antiguas potencias ocupantes —Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos— e insistió en participar en todas las conversaciones relativas al futuro de Alemania. Después de consultar con sus aliados europeos, Bush envió a Gorbachov una respuesta vaga en la que hacía hincapié en la importancia de la autodeterminación de Alemania, pero sin aceptar, de momento, la exigencia soviética de participar en la decisión del futuro de Alemania.

A pesar de los esfuerzos del nuevo gobierno de Alemania oriental por ganarse la aprobación popular, las manifestaciones no hicieron más que intensificarse. El 1 de diciembre de 1989 el régimen comunista no pudo seguir re-

sistiendo y renunció al monopolio del poder. Dos días después, Krenz dimitió y fue sustituido por un comunista moderado, Hans Modrow, que inmediatamente prometió que habría elecciones libres a comienzos de 1990. Al igual que en Polonia y Hungría, el resultado de los comicios que se celebraron en Alemania oriental el 18 de marzo de 1990 fue una derrota comunista. En abril una coalición de democristianos y socialdemócratas formó el primer gobierno no comunista de Alemania oriental. El 2 de julio de 1990 el nuevo primer ministro, Lothar de Mazière, que era partidario de la rápida reunificación de las dos Alemanias, negoció un acuerdo con Helmut Kohl, el canciller de Alemania occidental, para la unión económica de las dos Alemanias.

En noviembre de 1989 los acontecimientos de Polonia y Alemania oriental ya habían envalentonado a los pequeños grupos democráticos de la oposición en Checoslovaquia. El 17 de noviembre miles de jóvenes se congregaron en la principal plaza de Praga para exigir el reconocimiento de sus derechos humanos. Dos días después, unas 200.000 personas se manifestaron en la capital para exigir elecciones libres y la dimisión de los líderes comunistas de línea dura. El 24 de noviembre dimitió el secretario general del partido comunista, Milos Jakes. Al cabo de cuatro días, después de una huelga general que secundaron millones de obreros checos, el gobierno prometió que permitiría organizar libremente partidos no comunistas. El 10 de diciembre un nuevo gabinete, en el que los no comunistas eran mayoría, prestó juramento ante el presidente Gustav Husak, que era partidario de la línea dura, y dimitió inmediatamente. El líder disidente Vaclav Havel sustituyó a Husak en la presidencia el 29 de diciembre de 1989.

El nuevo gobierno provisional se apresuró a dismantelar el sistema comunista. Convocó elecciones libres para junio de 1990 y abrió la frontera con Austria. Havel también prometió que todas las tropas soviéticas se habrían retirado de Checoslovaquia a finales de junio de 1991. En las elecciones de junio de 1990 los comunistas obtuvieron sólo el 14 por 100 de los votos parlamentarios, mientras que el partido de Havel, el foro cívico, obtuvo el 47 por 100. El foro cívico procedió a formar un gobierno de coalición con el nuevo partido democristiano, que obtuvo el 12 por 100 de los votos. Ningún comunista formaba parte del nuevo gobierno.

Bulgaria también se vio afectada por los acontecimientos del resto de la Europa del Este. El 9 de noviembre de 1989, el día de la apertura del muro de Berlín, el Politburó comunista de Bulgaria destituyó a Todor Zhikov, que había sido el líder del partido desde 1961, y puso en su lugar al ministro de Asuntos Exteriores, Petar T. Mladenov. Bajo Mladenov y sus sucesores, los comunistas partidarios de hacer reformas lograron mantenerse en el poder durante más de un año antes de ser vencidos finalmente por las fuerzas democráticas.

En Rumania la transición del comunismo a la democracia fue mucho más sangrienta que en los otros estados satélites. En diciembre de 1989 las fuerzas de seguridad del estado mataron en la ciudad de Timisoara a centenares de rumanos que se manifestaron contra el intento del gobierno de desahuciar al sacerdote disidente Lazslo Tokes de su iglesia. La matanza provocó manifestaciones todavía mayores. Nicolae Ceausescu, el muy odiado presidente de Rumania desde hacía mucho tiempo, fue abucheado durante una manifestación masiva que tuvo lugar en Bucarest el 21 de diciembre. Ceausescu comprendió que estaba a punto de perder el dominio de la situación cuando algunas unidades militares empezaron a apoyar a los manifestantes, por lo que intentó huir del país con su esposa al día siguiente. Fueron apresados y ejecutados sumariamente por el ejército el 25 de diciembre.

La suerte de Ceausescu demostró la prudencia de los líderes partidarios de la línea dura en otros países de la Europa del Este que decidieron no oponer resistencia a las revoluciones. Un factor importantísimo en su decisión de rendirse sin luchar fue que sabían que no recibirían apoyo militar de Moscú. Al no intervenir para salvar el comunismo en la Alemania oriental, país de importancia estratégica donde estaban destinadas las mejores divisiones soviéticas, unos 380.000 soldados, Gorbachov indicó que no haría nada para impedir su caída en otras partes de Europa. A finales de 1989 el comunismo estaba acabado en la Europa del Este.

LA CUMBRE DE MALTA, DICIEMBRE DE 1989

Los acontecimientos de la Europa del Este fueron un trasfondo importante de las conversaciones sobre la reducción de armas estratégicas (START), que se reanudaron en Ginebra a mediados de junio de 1989. Sin embargo, se hicieron pocos progresos hasta que en septiembre de 1989 el secretario de Estado, James Baker, se entrevistó con el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Edvard Shevardnadze, en el rancho del primero, cerca de Jackson's Hole, Wyoming. Shevardnadze hizo una importante concesión a Estados Unidos cuando dijo a Baker que las dos naciones podían firmar un tratado START aunque no se hubieran puesto de acuerdo sobre los límites del programa norteamericano IDE. Otra concesión significativa fue decir a Baker que la Unión Soviética desmantelaría el gigantesco radar de alineamiento en fase de Krasnoyarsk, Siberia, que desde hacía tiempo Estados Unidos consideraba una violación del tratado ABM. Asimismo, Baker y Shevardnadze efectuaron una declaración conjunta que comprometía a Estados Unidos y la Unión Soviética a trabajar en pos de un tratado que prohibiera las armas químicas.

En su encuentro de Jackson's Hole, Baker y Shevardnadze también empezaron los preparativos para una cumbre entre Bush y Gorbachov que ten-

dría lugar en Washington en la primavera de 1990. Sin embargo, Bush decidió no esperar tanto tiempo para ver al dirigente soviético. El 31 de octubre la Casa Blanca anunció que el presidente y Gorbachov celebrarían un «encuentro extraoficial» ante la costa de Malta los días 2 y 3 de diciembre de 1989.

Antes de reunirse con Bush en Malta, Gorbachov estuvo en Italia, donde visitó al papa Juan Pablo II, que, además de ser cabeza de la Iglesia católica, era polaco y archienemigo del comunismo. Gorbachov se dirigió al pontífice llamándole «vuestra santidad» y le invitó a visitar la Unión Soviética. También accedió a reanudar las relaciones diplomáticas con el Vaticano y prometió que la Unión Soviética no tardaría en aprobar una nueva ley que garantizaría la libertad religiosa para todos los creyentes.

La cumbre de Malta se celebró por turnos en un barco de guerra norteamericano y otro soviético, a los que zarandeó una fuerte tempestad. Bush y Gorbachov decidieron hacer progresos en las START, las conversaciones CFE y las negociaciones sobre la reducción de armas químicas. El presidente también prometió ir «más allá de la contención» en lo que se refería a la actitud de Estados Unidos ante la Unión Soviética. Propuso medidas para normalizar el comercio entre los dos países, una de las cuales era conceder a la Unión Soviética el estatuto de nación más favorecida, créditos, y el estatuto de observadora en el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (GATT), lo cual contribuiría a que la Unión Soviética entrase en la estructura económica del mundo. Las concesiones económicas de Bush complacieron claramente a Gorbachov, que respondió prometiendo de nuevo dirigir la economía soviética «decididamente hacia la cooperación con otros países, con el fin de que formase parte del sistema económico mundial».⁷

Gorbachov también prometió trabajar con Estados Unidos para poner fin a los conflictos del Tercer Mundo. Dijo que apoyaría la celebración de elecciones presidenciales libres en Nicaragua y dejaría de enviar armas a los rebeldes de El Salvador. Dos meses después, cuando el gobierno sandinista de Nicaragua perdió las elecciones, la Unión Soviética aceptó el nuevo gobierno de Violeta Barrios de Chamorro. Sin embargo, Bush no logró que Gorbachov abandonara a Fidel Castro. Gorbachov dijo que había intentado persuadir a Castro a adoptar alguna forma de *perestroika*, «pero no podemos dictarle».⁸

Tampoco fue posible, en Malta, hacer progresos en relación con el problema alemán, otro trasfondo inevitable de las conversaciones. Bush propuso que los Juegos Olímpicos de 2004 se celebraran en Berlín, pero Gorbachov no quiso. Le pareció que la propuesta de Bush era un intento de tenderle una trampa para hacerle reconocer la inevitabilidad de la reunificación de Alemania, cuya capital volvería a ser Berlín.

A pesar de sus diferencias, el resultado más importante de la cumbre de Malta fue el diálogo cooperativo que se estableció entre los dos dirigentes.

Gorbachov dijo más adelante que fue la primera vez que tuvo la sensación de que podía confiar en que Bush no le pondría en ninguna situación embarazosa exigiendo demasiadas concesiones en la Europa del Este. Dos años después, el que era entonces ministro de Asuntos Exteriores soviético, Aleksandr Bessmertnykh, recordó: «De no haber sido por Malta, la Unión Soviética nunca hubiera renunciado tan fácilmente al control de la Europa del Este y los Balcanes».⁹ El presidente Bush, por su parte, dijo que Estados Unidos ya no consideraba a la Unión Soviética un enemigo. No tiene nada de extraño, por tanto, que algunos historiadores hayan dicho que la cumbre de Malta simbolizó el fin de la guerra fría.

EL DECLIVE CONTINUADO DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

Cuando empezó 1990 y la política norteamericana con respecto a los soviéticos dejó de ir más allá de la contención para ir más allá de la guerra fría, los crecientes problemas internos de la Unión Soviética afectaban de forma creciente las relaciones entre los dos países. Por encima de todo, la *perestroika* no sólo no había producido ninguna mejora visible en la economía, sino que había contribuido a su empeoramiento. En abril de 1990 un informe de los servicios de espionaje de Estados Unidos declaró que la economía soviética estaba «al borde de la crisis», con sólo leves perspectivas de mejora.¹⁰ Una evaluación de la CIA atribuyó el colapso económico a diversos factores, entre ellos la anacrónica y centralizada estructura de planificación, el ineficiente sistema agrícola y la falta de tecnología informática avanzada. Además, los desastres naturales como el terremoto de Armenia en 1988 y los errores humanos como el incendio del reactor nuclear de Chernobyl en 1986 mermaron los ya limitados recursos soviéticos.

Si bien la caída del comunismo se debió en gran parte a factores que estaban fuera del control de Gorbachov, éste fue como mínimo responsable en parte de ella. Gorbachov temía que un cambio rápido a un sistema de mercado libre hiciera subir los precios y el paro hasta niveles que ni siquiera un pueblo generalmente dócil como el soviético hubiera tolerado, así que rehusó tomar las dolorosas medidas necesarias para detener la caída en picado de la economía, tales como poner fin al mantenimiento de los precios por parte del gobierno. En vez de ello, durante cinco años Gorbachov tomó medidas poco eficaces que debilitaron el sistema centralizado de planificación sin sustituirlo por un eficaz sistema de mercado libre. Las consecuencias fueron escaseces, poca productividad, huelgas e inflación galopante.

No es extraño, pues, que la popularidad de Gorbachov en la Unión Soviética entrase en barrena mientras iba en aumento en el mundo occidental. Además, Gorbachov, a diferencia de los anteriores dirigentes soviéticos, tenía

que luchar con la oposición pública. En una conferencia del partido comunista soviético celebrada en junio y julio de 1988, había logrado que el soviético supremo aprobase una nueva constitución. Una de las principales disposiciones de la nueva ley era la creación de un congreso de diputados del pueblo que en su mayoría serían elegidos directamente por los ciudadanos soviéticos en marzo de 1990.

Los resultados de las elecciones fueron un desastre para el partido comunista. Una tras otra las figuras del sistema comunista fueron derrotadas y sustituidas por candidatos contrarios al partido, entre los que destacaba el comunista disidente Boris Yeltsin. En un distrito colindante con Moscú, Yeltsin obtuvo seis millones de votos, muchos más que el personajillo del partido que compitió con él. En las repúblicas del Báltico, los nacionalistas partidarios de la reforma ganaron la mayoría de los escaños. Las elecciones equivalieron a un voto de censura contra el sistema comunista. Aunque el partido comunista seguiría siendo un elemento importante en la política del país, ya no sería decisivo.

Si bien Gorbachov no se presentó a las elecciones —hecho que sus críticos democráticos recalcaron—, por ser el secretario general del partido comunista soviético, además de presidente de la Unión Soviética, cada vez se le identificaba más con los defectos del partido. En un pleno del comité central del partido comunista soviético que se celebró en diciembre de 1989, uno tras otro los comunistas partidarios de la línea dura criticaron tanto a Gorbachov como a Shevardnadze. «¿Por qué perdisteis la Europa del Este? ¿Por qué entregasteis Alemania?», preguntaron. Uno de los oradores dijo que «si los capitalistas y el Papa nos alaban, eso quiere decir que nos hemos equivocado de dirección...».¹¹

Gorbachov también recibía cada vez más críticas de los reformistas. El 3 de febrero de 1990 centenares de miles de rusos se manifestaron en Moscú para exigir el fin de la dominación comunista. Gorbachov respondió, al cabo de dos días, recomendando un cambio en la constitución soviética que pusiera fin al monopolio del poder político por parte del partido comunista. También pidió que se creara un nuevo cargo ejecutivo, la presidencia, que le diese más autoridad y redujera su dependencia del partido comunista. El 7 de febrero el comité central votó a favor de conceder a Gorbachov el poder complementario que deseaba y aceptó el principio de la democracia de múltiples partidos. El 29 de mayo, la víspera del viaje de Gorbachov a Washington para celebrar un encuentro en la cumbre con Bush, Yeltsin fue elegido presidente del Presidium del soviético supremo de la Federación Rusa, lo que en realidad significaba presidente de Rusia. Desde este puesto lanzaría ataques contra Gorbachov con creciente frecuencia.

El auge del nacionalismo contribuyó a aumentar la inestabilidad de la Unión Soviética. Con el sistema económico soviético a punto de venirse aba-

jo, el partido comunista ya no podía seguir siendo el aglutinante que mantenía unido el estado multinacional soviético. En febrero de 1988 hubo estallidos de violencia étnica en Armenia y Azerbaiján, y Gorbachov tuvo que enviar tropas para restablecer el orden, cosa que sólo se logró en parte.

La mayor amenaza a la integridad territorial de la Unión Soviética salió de Lituania, que, junto con Estonia y Letonia, había sido anexionada forzosamente por Stalin en 1940. El 11 de marzo de 1990 el parlamento lituano declaró la independencia. En un intento de impedir que la Unión Soviética se desintegrara, Gorbachov impuso un bloqueo económico a Lituania, amenazó con gobernar la república por medio de decretos presidenciales y envió tropas a Vilnius, la capital lituana, todo lo cual fue un intento fallido de anular la declaración de independencia.

BUSH Y UN GORBACHOV DEBILITADO

Una cuestión de importancia crítica para el gobierno de Bush durante 1990 fue decidir hasta qué punto debía Estados Unidos ayudar a Gorbachov a sostener su posición. Durante una visita a Moscú en febrero de 1990, el secretario de Estado, Baker, sufrió una fuerte impresión cuando Shevardnadze le describió en tono sombrío los problemas de Gorbachov. Baker dijo a sus ayudantes: «Tiene muy pocas probabilidades de mantenerse en el poder, aunque nos guardaremos mucho de decir eso en público...».¹² Los dos hombres hablaron de la entrevista en la cumbre que Bush y Gorbachov celebrarían en Washington aquel verano. También llegaron a un acuerdo sobre la prohibición de armas químicas que abarcaría todos los elementos de un plan que Bush había propuesto el anterior mes de septiembre. Además, Baker ofreció a Shevardnadze algunas concesiones leves relacionadas con las START, entre ellas restringir los misiles de crucero lanzados desde el aire y posiblemente también los lanzados desde el mar. Hasta entonces el gobierno de Bush se había negado a aceptar estas restricciones. Al mismo tiempo, debido a los crecientes movimientos a favor de la independencia en algunas de las repúblicas soviéticas, a Washington le resultaba cada vez más difícil apoyar a Gorbachov. Si bien Estados Unidos había defendido tradicionalmente el principio de la autodeterminación, y, en particular, se había negado a reconocer la anexión soviética de las repúblicas del Báltico, el gobierno de Bush creía que la desintegración política de la Unión Soviética podía provocar violencia en el interior, una crisis económica más profunda e incluso una guerra civil. Washington creía que una Unión Soviética inestable plantearía un problema difícil a Estados Unidos.

Así pues, el gobierno de Bush procuró mantener el equilibrio entre apoyar la autodeterminación en las repúblicas e instar a la resolución pacífica de las diferencias étnicas. El 29 de marzo de 1990 Bush envió a Gorbachov una

carta en la que le aseguraba que Estados Unidos no quería hacer nada que exacerbase la crisis de Lituania. Pero también advirtió al dirigente soviético que el uso de la fuerza tendría un efecto negativo en las relaciones entre los dos países y en particular en el esfuerzo de su gobierno por poner fin a las restricciones al comercio entre ellos. El 1 de mayo el Senado aprobó una resolución que pedía que se retuvieran los beneficios del comercio para la Unión Soviética hasta que Moscú levantara el embargo que había impuesto a Lituania y empezaran las negociaciones con Vilnius.

Gorbachov respondió a estas presiones rescindiendo el embargo económico a Lituania poco antes de que empezara la cumbre de Washington el 31 de mayo. Esto hizo posible que durante el mes siguiente el gobierno norteamericano levantara muchos de los controles que había impuesto a la exportación de alta tecnología a terceros países que podían reexportarla a la Unión Soviética. Si bien estas medidas ayudaron un poco a la Unión Soviética, no llegaban a la concesión del estatuto de nación más favorecida (NMF) que tanto deseaban los soviéticos. Washington siguió negándose a conceder dicho estatuto porque la Unión Soviética aún no permitía que los judíos emigrasen libremente, tal como exigía la enmienda Jackson (aunque en 1990 ya se había permitido la salida de más de 100.000 de ellos). Lo que irritó todavía más a los soviéticos fue que mientras que a ellos les negaba el estatuto de nación más favorecida por motivos relacionados con los derechos humanos, Washington renovó el que había concedido a China, incluso después de que el ejército chino matara a tiros a centenares de manifestantes pro democracia en la plaza de Tiananmen en junio de 1989.

El gobierno de Bush tampoco fue especialmente generoso en la cantidad de ayuda económica que estaba dispuesto a prestar a la Unión Soviética. Como señaló el senador Bill Bradley (demócrata de Nueva Jersey), los 300 millones de dólares que Bush propuso para ayudar a los movimientos reformistas de la Europa del Este y la Unión Soviética «apenas daban para sacar de apuros a una institución de ahorro y préstamos, y mucho menos para reactivar economías nacionales que llevan muertas varios decenios».¹³ Bradley propuso que el 1 por 100 del presupuesto militar de Estados Unidos se destinara a la reconstrucción de la Europa del Este, pero encontró poco apoyo, ya fuera en el gobierno o en el Congreso, para un masivo programa de ayuda económica a la Europa del Este.

LA REUNIFICACIÓN DE ALEMANIA

Uno de los aspectos más importantes de la cumbre de Washington fue que contribuyó a resolver el principal problema que seguía pendiente entre el bloque oriental y Occidente: la reunificación de Alemania. Desde la caída del

muro de Berlín en noviembre de 1989, las dos Alemanias habían avanzado de forma inexorable hacia la reunificación. Este proceso alarmó a Gorbachov, no sólo porque creía que una Alemania reunificada constituiría una amenaza para la seguridad de la Unión Soviética, sino también porque temía que los conservadores de su propio país se valdrían de ello para echarle del poder.

Con el fin de impedir la reunificación de Alemania, sin indisponerse con Occidente, el líder soviético empezó por proponer que se reactivaran las casi moribundas instituciones de la ocupación de Alemania por las cuatro potencias. También pidió que un nuevo sistema paneuropeo absorbiera los países de la OTAN y el Pacto de Varsovia. Shevardnadze, por su parte, propuso que se celebrara un referéndum europeo sobre el futuro de Alemania, con la esperanza de que la reunificación quedase bloqueada por un número considerable de votos contrarios a ella. Pero el plan soviético no llegó a ponerse en práctica debido a los resultados de las elecciones del 18 de marzo de 1990 en Alemania oriental. Los comunistas fueron derrotados y una coalición no comunista subió al poder. En consecuencia, la reunificación de Alemania era sólo cuestión de tiempo.

Ante este hecho consumado, los soviéticos cambiaron de objetivo y trataron de impedir que una Alemania reunificada fuese miembro de la OTAN. Las potencias occidentales insistieron en que sólo los alemanes podían decidir si permanecerían en la OTAN, y saltaba a la vista que sí. Con el objeto de que esta perspectiva fuera más digerible para los soviéticos, en enero de 1990 los aliados occidentales propusieron que se celebraran conversaciones de «dos más cuatro», es decir, entre los dos estados alemanes más Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética, para resolver los problemas internacionales que planteara la reunificación de Alemania. El 13 de febrero la Unión Soviética aceptó la propuesta occidental, al tiempo que continuaba oponiéndose a que una Alemania reunificada fuese miembro de la OTAN, y las conversaciones de «dos más cuatro» empezaron en mayo de 1990.

Con el fin de aumentar los incentivos para que los soviéticos cambiasen de parecer acerca del problema alemán, Bush dio a Gorbachov nueve garantías en la cumbre de Washington: 1) no se destinarían fuerzas militares de la OTAN en el antiguo territorio de Alemania oriental, 2) las fuerzas soviéticas podían abandonar Alemania oriental durante un período de varios años, 3) las fronteras de Alemania no se extenderían más allá de las de Alemania occidental y Alemania oriental juntas, con lo cual Polonia tendría la seguridad de que su frontera en la línea Oder-Neise no sufriría ninguna alteración, 4) Alemania reafirmaría sus promesas de no producir ni poseer armas nucleares, biológicas y químicas, 5) Alemania prestaría apoyo económico a la Unión Soviética, 6) la OTAN llevaría a cabo un estudio exhaustivo de su estrategia convencional y nuclear para adaptarla a las nuevas circunstancias, 7) se reforzaría la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, 8) las negociacio-

nes CFE continuarían, y 9) una vez firmado el Tratado CFE, se empezaría a negociar sobre las fuerzas nucleares de corto alcance.

Los soviéticos hicieron una contrapropuesta en la reunión que el 22 de junio de 1990 se celebró en el marco de las conversaciones de «dos más cuatro». Shevardnadze pidió un «período de transición» de tres a cinco años durante el cual las cuatro potencias aliadas «fijarían los efectivos de las fuerzas armadas alemanas», modernizarían su estructura, para asegurarse de que fueran «incapaces de operaciones ofensivas», impondrían «una prohibición al resurgimiento de la ideología política nazi» y requerirían «la preservación de los monumentos en recuerdo de los que murieron en la lucha contra el fascismo».¹⁴

Además, Shevardnadze dijo que la Unión Soviética quería pruebas de que la OTAN tenía intención de transformarse en una alianza política más que militar. Pidió que las cuatro potencias redujeran sus tropas en Alemania a «contingentes simbólicos» o las retirasen por completo. La propuesta de Shevardnadze también pedía que las cuatro potencias sacaran todas sus tropas de Berlín en el plazo de seis meses a partir de la reunificación de Alemania, aunque permitía que los 380.000 soldados soviéticos permanecieran en la antigua Alemania oriental. Baker rechazó inmediata y públicamente la propuesta soviética porque, según dijo, «restringiría la soberanía alemana durante unos años». Baker opinaba que una Alemania reunificada no debía ser «singularizada ni discriminada».¹⁵ El 6 de julio de 1990 la cumbre de la OTAN en Londres tomó medidas complementarias para calmar los temores que la pertenencia de una Alemania reunificada a la alianza occidental infundía a los soviéticos. La OTAN aprobó una declaración que proclamaba el fin de la guerra fría. También invitó a los estados del Pacto de Varsovia a establecer relaciones diplomáticas con la alianza y pidió que se hicieran promesas recíprocas de no agresión y no utilización de la fuerza. Asimismo, prometió adoptar una estrategia nueva de acuerdo con la cual las armas nucleares serían el «último recurso» en cualquier conflicto. También reconoció que la OTAN necesitaba ahora «muchas menos armas nucleares», en particular «los sistemas de alcance más corto» o SNF.¹⁶

Justo antes de que empezara la cumbre de la OTAN, el presidente Bush declaró que Estados Unidos retiraría todas sus bombas nucleares de artillería de Europa siempre y cuando la Unión Soviética hiciera lo mismo. También anunció que Estados Unidos no produciría un misil que sustituyera al Lance. Debido a la retirada de las fuerzas soviéticas de la Europa del Este, los únicos blancos que quedaban para los SNF de la OTAN se encontraban en los estados donde acababa de implantarse la democracia. En realidad, el asunto de los SNF había dejado de ser un problema.

La Declaración de Londres también aprobó las negociaciones para encontrar medidas que aumentasen la confianza y para las reducciones de fuer-

zas convencionales en Europa, y pidió que se celebrara una cumbre CSCE en París para firmar un acuerdo CFE. La Declaración de Londres recibió en seguida elogios de Shevardnadze y, más adelante, de Gorbachov. El presidente Bush revelaría posteriormente que había sido el principal arquitecto de la declaración.

En vista de las garantías que dio la Declaración de Londres y las iniciativas de Bush para la reducción de armamentos, y convencido de que retrasar más las cosas sólo serviría para ofender a los alemanes, el 14 de julio de 1990 Gorbachov aceptó la reunificación de Alemania así como su pertenencia a la OTAN. A cambio, el canciller de Alemania occidental, Helmut Kohl, prometió conceder grandes empréstitos y otras formas de ayuda económica a la Unión Soviética. También accedió a limitar las fuerzas militares de la Alemania reunificada a 370.000 personas (en 1990 los efectivos conjuntos de las dos Alemanias se cifraban en 667.000 personas) y aseguró a Gorbachov que no habría armas nucleares, biológicas ni químicas en el arsenal alemán. Los alemanes también prometieron aportar 8.000 millones de dólares para el mantenimiento y la retirada de las fuerzas soviéticas en Alemania.

Por su parte, Gorbachov prometió retirar las tropas soviéticas de Alemania oriental en el plazo de cuatro años y se mostró de acuerdo con que después de la reunificación se suprimieran todos los derechos y las responsabilidades de las cuatro potencias ocupantes. De hecho, Kohl y Gorbachov terminaron la larga y a menudo enconada lucha por firmar un tratado de paz que pusiera fin a la segunda guerra mundial en Europa.

Al ceder finalmente los soviéticos, las dos Alemanias avanzaron hacia la reunificación. El 23 de agosto el parlamento de Alemania oriental fijó el 3 de octubre como fecha para la fusión con la República Federal. El 12 de septiembre de 1990 las cuatro potencias aliadas de la segunda guerra mundial y las dos Alemanias firmaron el Tratado sobre la Resolución Final con Respecto a Alemania. El documento indicaba las condiciones en que una Alemania unificada se integraría en el marco de la seguridad europea. El 1 de octubre los vencedores de la segunda guerra mundial renunciaron oficialmente a sus derechos y responsabilidades sobre Alemania y Berlín. Dos días después, Alemania quedó reunificada, y el 2 de diciembre de 1990 tomó posesión de su cargo el primer gobierno totalmente alemán elegido con libertad desde el decenio de 1920.

LAS FUERZAS CONVENCIONALES EN EUROPA

Mientras Alemania se reunificaba y la Europa del Este se liberaba del comunismo, los miembros de la OTAN y del Pacto de Varsovia negociaban en Viena la reducción de las fuerzas convencionales. Estas conversaciones, llamadas

negociaciones sobre Fuerzas Tradicionales en Europa (CFE), habían empezado el 9 de marzo de 1989, un mes después de que finalmente concluyeran las Conversaciones sobre la Reducción Mutua y Equilibrada de Fuerzas (MBFR), que duraron quince años y no fueron fructíferas. Las nuevas conversaciones, en las cuales estuvieron representados los veintitrés miembros de la OTAN y del Pacto de Varsovia, se llevaron a cabo bajo los auspicios de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), integrada por treinta y cinco naciones.

La estructura básica del Tratado CFE no se decidió hasta dos meses después. En mayo de 1989 la Unión Soviética aceptó la propuesta de la OTAN sobre igualdad de topes, lo cual significaba que el Pacto de Varsovia tendría que deshacerse de muchas más armas que la OTAN. El Pacto de Varsovia accedió a la propuesta de la OTAN de limitar los tanques, los transportes de tropas blindados y la artillería, pero la alianza oriental insistió en que los límites iguales también se aplicaran a los aviones de combate y los helicópteros armados.

En mayo de 1989 el presidente Bush aceptó esta condición. Sin embargo, también quiso que el Pacto de Varsovia aceptara un tope asimétrico de tropas que favoreciera a Estados Unidos. El 31 de enero de 1990, en su discurso sobre el Estado de la Unión, Bush propuso que Estados Unidos y la Unión Soviética no tuvieran más de 195.000 soldados en la zona central de Europa, que abarcaba Alemania occidental, Bélgica, los Países Bajos, Luxemburgo y Dinamarca. Pero Bush quería que Estados Unidos conservase el derecho de desplegar otros 30.000 soldados en otras partes de Europa. Los soviéticos acabaron aceptando este desequilibrio, siempre y cuando las tropas complementarias de Estados Unidos se encontraran destinadas fuera de la zona central, condición que Estados Unidos aceptó.

El Tratado CFE se firmó el 19 de noviembre de 1990, en la reunión que la CSCE celebró en París. El tratado, que entraría en vigor en 1994, fijaba límites para cinco tipos de armas. Cada una de las dos alianzas sólo podía tener 20.000 tanques, 30.000 vehículos de combate blindados, 20.000 piezas de artillería, 6.800 aviones de combate y 2.000 helicópteros, y ningún país podía tener más del 60 por 100 del total. El Tratado CFE establecía una combinación de medios técnicos nacionales de verificación, medidas cooperativas e inspección *in situ* para comprobar el cumplimiento del tratado.

Algunos críticos dijeron que les preocupaba que en el Tratado CFE no se previeran inspecciones aéreas, que Estados Unidos había considerado importantísimas para una verificación eficaz. Hasta el 21 de marzo de 1992, tres meses después del derrumbamiento de la Unión Soviética, no se firmó finalmente un acuerdo de cielos abiertos por parte de los dieciséis países de la OTAN, los países del antiguo Pacto de Varsovia y tres de las antiguas repúblicas soviéticas: Bielorrusia, Rusia y Ucrania. El tratado requería que cada

nación aceptase que aviones de vigilancia provistos de aparatos fotográficos y electrónicos sobrevolaran su territorio cuarenta y dos veces al año.

La caída del poderío militar soviético en la Europa del Este contribuyó en gran medida a superar las preocupaciones relativas al Tratado CFE. En 1990 Hungría y Checoslovaquia habían negociado acuerdos para la retirada total de unos 123.000 soldados soviéticos destinados en su territorio antes de mediados de 1991. En junio de 1990 Hungría fue el primer país del Pacto de Varsovia en anunciar que abandonaría esa alianza (antes de finales de 1991). Los otros estados satélites siguieron el ejemplo húngaro, incluida la fecha. Luego, el 25 de febrero de 1991, el Pacto de Varsovia causó sensación, aunque no fue una medida inesperada, al anunciar que quedaría disuelto a partir de finales del mes siguiente.

Cuando el Senado votó la ratificación del Tratado CFE, éste ya se había visto superado en parte por los acontecimientos, en particular el fin del Pacto de Varsovia y el comienzo de la retirada militar soviética de la Europa del Este. Debido a ello, la oposición del Senado al tratado prácticamente desapareció. El 25 de noviembre de 1991 el Senado ratificó el Tratado CFE por 90 votos a favor y 4 en contra.

La reunión de la CSCE en París también culminó la reunificación de Europa después de los cambios revolucionarios de 1989. El 21 de noviembre de 1990 los estados miembros de la CSCE firmaron la Carta de París para una Nueva Europa. En ella declaraban que «ya no eran adversarios» y aseguraban un «firme compromiso con la democracia basada en los derechos humanos y las libertades fundamentales, la prosperidad por medio de la libertad económica y la justicia social y la seguridad igual para todos los países».¹⁷

EL NUEVO ORDEN MUNDIAL

Mientras la diplomacia multilateral ponía rápidamente fin a la guerra fría en Europa, Estados Unidos y la Unión Soviética pasaron a ocuparse de la resolución de conflictos en el Tercer Mundo, en particular en Afganistán, Camboya, América Central, Sudáfrica y el Cuerno de África. Sin embargo, como en otros asuntos, el gobierno de Bush tardó en aceptar la invitación de Gorbachov a colaborar en la tarea de acabar con los conflictos del Tercer Mundo.

Incluso después de que las últimas tropas soviéticas se retiraran de Afganistán en febrero de 1989, Washington continuó suministrando armas a las fuerzas mujahiddin porque pensaba que no tardarían en derrocar el gobierno marxista de Mohamed Najibulá. Sin embargo, el régimen de Najibulá demostró poseer una notable capacidad de resistencia. Aunque el ejército soviético se había retirado por completo del país, el régimen marxista continuaba recibiendo pertrechos soviéticos, gracias a los cuales evitó su caída hasta 1992.

El gobierno de Bush no aceptó la realidad, es decir, que la guerra civil de Afganistán estaba en un punto muerto, hasta que en el verano de 1990 Irak ocupó Kuwait y Washington necesitó la cooperación de los soviéticos para aislar a los iraquíes. Así pues, en septiembre de 1991 Washington aceptó la invitación de Gorbachov a cortar por completo el suministro de armas a los dos bandos que luchaban en Afganistán, con la esperanza de que la medida sirviera para empujarles a negociar el fin del conflicto. Antes de que así sucediera, sin embargo, las divisiones internas en el gobierno de Najibulá provocaron su caída en abril de 1992 y la ocupación de Kabul por los mujahiddin el mes siguiente.

La decisión soviética de retirarse de Afganistán contribuyó en gran medida a facilitar el final de la disputa entre los chinos y los soviéticos. En mayo de 1989 Gorbachov viajó a Beijing, donde él y Deng Xiaoping anunciaron que se intensificarían las conversaciones sobre la frontera. Dos años después, durante la visita que en mayo de 1991 hizo a Moscú el líder del partido comunista chino, Jiang Zemin, se llegó a un acuerdo preliminar para resolver el conflicto de la frontera entre los dos países.

El acercamiento chinosoviético se debió en parte a que los chinos deseaban evitar que el entendimiento entre los norteamericanos y los soviéticos les dejase aislados, en particular después de que las relaciones entre China y Estados Unidos empeorasen a causa de la matanza de manifestantes pro democracia en la plaza de Tiananmen el 4 de junio de 1989. Pero al terminar la guerra fría en 1990, desapareció la razón de ser del triángulo que formaban los chinos, los soviéticos y los norteamericanos. Ya no era necesario que una de las tres potencias se confabulara con otra contra la tercera. Al final, la desaparición de este triángulo fue una de las demostraciones más profundas de que la guerra fría había terminado.

Gorbachov tomó la iniciativa en el caso del conflicto de Camboya. En abril de 1989 sus presiones lograron que los vietnamitas anunciaran que retirarían todas sus tropas de Camboya antes de septiembre. Los soviéticos también terminaron paulatinamente su programa de ayuda militar a Vietnam y empezaron a retirar sus fuerzas de su base de la bahía de Cam Ranh. Luego, en julio de 1990, Estados Unidos accedió a no seguir prestando ayuda a los guerrilleros no comunistas y a apoyar a una coalición de todos los partidos, entre ellos el gobierno títere de los vietnamitas en Phnom Penh, que Estados Unidos había tratado de excluir. Sin embargo, se necesitó más de un año para persuadir a las partes camboyanas a firmar un tratado (en octubre de 1991) que realmente significó el fin de la guerra civil.

Después de la firma del acuerdo de paz en Camboya, el gobierno de Bush entabló conversaciones con los vietnamitas para normalizar las relaciones entre los dos países. En abril de 1991, Washington dio a conocer sus condiciones previas para reconocer al gobierno vietnamita. Entre otras cosas, Vietnam

debía dar plena cuenta del personal militar norteamericano desaparecido en combate y cooperar en la puesta en práctica del plan de paz de la ONU para Camboya. Estados Unidos y Vietnam no establecieron finalmente relaciones diplomáticas hasta 1995, durante el gobierno del sucesor de Bush, Bill Clinton.

El gobierno de Bush continuó el esfuerzo de su predecesor por colaborar con la Unión Soviética para acabar con los conflictos de Namibia y Angola. La guerra civil de Namibia terminó con las elecciones nacionales de noviembre de 1989, a las que siguió la concesión de la independencia por parte de Sudáfrica en marzo de 1990. En Angola, ambas superpotencias cooperaron para supervisar el cumplimiento del acuerdo de paz de diciembre de 1988. Las negociaciones entre las partes enfrentadas empezaron en junio de 1989 y de ellas salió un acuerdo en el cual el gobierno dominado por el MPLA y los rebeldes de la UNITA accedieron a reducir los efectivos de sus fuerzas armadas, que acabarían combinándose unas con otras. Todas las tropas cubanas y sudafricanas se retiraron del país antes de finales de mayo de 1991, y aquel mismo mes Estados Unidos y la Unión Soviética acordaron no suministrar más armas a las facciones rivales de Angola. Poco después el MPLA renegó del marxismo-leninismo y abrazó la socialdemocracia, lo cual le permitió ganar las elecciones nacionales de octubre de 1992.

La presión soviética y un intento fallido de golpe militar contra el régimen de Hailé Mariam Mengistu en mayo de 1989 (finalmente fue derrocado en 1991) contribuyeron a que terminara la guerra entre Etiopía y los rebeldes eritreos, que había durado veinte años. Las negociaciones de paz recibieron un impulso complementario de la mediación del ex presidente Jimmy Carter en septiembre de 1989. Las presiones soviéticas y norteamericanas también hicieron que los etíopes y los eritreos accedieran en 1990 a abrir de nuevo el puerto de Massaua, en el mar Rojo, lo cual permitió suministrar alimentos a millones de refugiados.

La Unión Soviética también tomó medidas para poner fin a la guerra civil de Mozambique. Uno de los bandos era el Frente de Liberación de Mozambique, conocido por FRELIMO, su acrónimo portugués, del presidente Joaquim Chissano; el otro bando eran los rebeldes de la Resistencia Nacional de Mozambique o RENAMO, respaldados por Sudáfrica. En junio de 1989 los soviéticos anunciaron que retirarían casi todos sus consejeros militares del país devastado por la guerra antes de finales de 1990. Los planes de retirada de Moscú fueron un factor importante en la decisión que tomó el presidente Chissano de negociar la resolución pacífica de la guerra civil. Al igual que el MPLA en Angola, FRELIMO abandonaría su ideología comunista ortodoxa por el socialismo democrático.

Como parte de su esfuerzo por terminar los enfrentamientos con Estados Unidos en el Tercer Mundo, Gorbachov volvió a insistir en que los conflictos

de América Central debían resolverse pacíficamente. Durante una visita a La Habana en abril de 1989 informó a Fidel Castro de que la Unión Soviética dejaría de apoyar los intentos cubanos de exportar la revolución. También dijo al líder cubano que la Unión Soviética no podía continuar subvencionando el comercio entre los dos países, en particular el precio superior al del mercado que los soviéticos pagaban por las importaciones de azúcar cubano. Animó a Castro a cooperar con Estados Unidos para compensar las restricciones que la Unión Soviética no tenía más remedio que imponer a la economía cubana.

Gorbachov dio otro paso para reducir las tensiones que Cuba causaba entre los soviéticos y los norteamericanos cuando en septiembre de 1991 dijo al secretario de Estado, Baker, que retiraría la brigada militar de 2.800 hombres que los soviéticos tenían en Cuba desde el decenio de 1960. La retirada empezó a finales de 1991 y terminó antes de junio de 1993. Para entonces, la Unión Soviética ya había dejado de existir. Obviamente, la retirada de Gorbachov de Cuba no contribuyó a granjearle el cariño de Fidel Castro.

Gorbachov también tomó medidas para poner fin a la guerra civil en Nicaragua. En enero de 1989 suspendió unilateralmente la ayuda al gobierno sandinista y el mes siguiente aprobó un plan de paz para la región (el plan de Contadora) que adoptaron los presidentes centroamericanos. Los soviéticos persuadieron a los sandinistas de celebrar elecciones en febrero de 1990. Sumada a la decisión del gobierno de Bush de retirar el apoyo a la contra, la medida soviética contribuyó a que finalmente terminara el conflicto de Nicaragua.

El 16 de marzo de 1991 Estados Unidos y la Unión Soviética también prometieron colaborar para poner fin a la guerra civil de El Salvador, objetivo que se alcanzó con la firma de un acuerdo de paz en enero de 1992.

LA GUERRA DE KUWAIT, AGOSTO DE 1990-FEBRERO DE 1991

No cabe duda de que la prueba más importante a que se vio sometida la nueva relación cooperativa entre la Unión Soviética y Estados Unidos en el Tercer Mundo fue la crisis del golfo Pérsico, región donde ambas superpotencias tenían importantísimos intereses que durante mucho tiempo fueron incompatibles. La crisis empezó cuando el 2 de agosto de 1990 las fuerzas armadas iraquíes invadieron el vecino emirato de Kuwait, que es rico en petróleo, y lo conquistaron rápidamente.

El presidente Bush anunció casi inmediatamente que estaba decidido a repeler la agresión iraquí. El motivo principal de la decisión de Bush fue el deseo de evitar que el petróleo del golfo Pérsico cayera en manos del presidente iraquí, Saddam Hussein, pero Bush también vio en la crisis una oportu-

tunidad para colaborar con la Unión Soviética en la creación de un nuevo orden mundial basado en los principios de la Carta de la ONU. Bush consideraba que Hussein era justamente la clase de maleante que haría que las «naciones civilizadas» comprendieran que era importante pararle los pies a «otro Hitler».¹⁸

Gorbachov ansiaba cooperar con Estados Unidos y obligar a los iraquíes a retirarse de Kuwait. Para entonces, a finales del verano de 1990, necesitaba más desesperadamente que nunca que Bush le ayudase a obtener ayuda económica internacional para la economía soviética, que se hallaba al borde del colapso. Baker informó de que durante su estancia en Moscú, mientras los aliados concentraban sus fuerzas militares, Gorbachov, ante la proximidad de un duro invierno, le había dicho: «Necesitamos ayuda... ¿Pueden ayudarnos a obtener algo de dinero de los saudíes para nosotros?». Los saudíes respondieron con una línea de crédito por valor de 4.000 millones de dólares.¹⁹

Sin embargo, Gorbachov también era muy consciente de que los miembros del partido comunista que estaban a favor de la línea, así como las fuerzas armadas soviéticas, criticarían mucho todo lo que hiciese para colaborar con Estados Unidos contra Irak, el cliente más importante de la Unión Soviética en la región del Golfo. Pese a ello, Gorbachov decidió que obtener ayuda occidental para salvar la economía soviética y, de hecho, a la propia Unión Soviética, era más necesario incluso que ayudar a un cliente tan importante como Irak. Con todo, no podía cerrar los ojos ante la oposición de los partidarios de la línea dura. Por consiguiente, trató de salir del apuro colaborando con Estados Unidos contra Irak bajo el manto de las Naciones Unidas. Para facilitar la colaboración de la Unión Soviética, o al menos su neutralidad, el 3 de agosto, Baker, el secretario de Estado, aseguró a Shevardnadze que el presidente Bush no iba a tomar medidas militares unilaterales contra Irak. Sólo entonces accedió el ministro de Asuntos Exteriores soviético a hacer una declaración conjunta que condenaba la invasión iraquí. El 6 de agosto los soviéticos también votaron a favor de un embargo que impuso la ONU a los envíos de armas a Irak.

Aquel mismo día Bush decidió enviar fuerzas a Arabia Saudí, en la operación «Escudo del Desierto», para frenar una posible penetración del ejército iraquí en aquel reino rico en petróleo. Bush aseguró a los soviéticos que se trataba de una misión «totalmente defensiva» y prometió que Estados Unidos no empezaría las hostilidades con Irak. Así pues, el 25 de agosto los soviéticos apoyaron una resolución de la ONU que autorizaba el uso de los medios que fueran necesarios, incluso militares, para hacer cumplir el embargo. No obstante, debido principalmente a la oposición de los militares soviéticos, Gorbachov se negó a aceptar una invitación norteamericana a enviar fuerzas a la región del Golfo.

El gobierno de Bush no se llevó una gran decepción al negarse Gorbachov

a cooperar militarmente con la ONU, pero quiso asegurarse de que los soviéticos continuarían absteniéndose de poner obstáculos, y a comienzos de septiembre propuso un encuentro en la cumbre con Gorbachov para coordinar la política de las superpotencias durante la crisis. Gorbachov aceptó la propuesta y el 9 de septiembre se reunió con Bush en Helsinki. Los dos dirigentes hicieron una declaración conjunta en apoyo de las resoluciones de la ONU contra Irak y reconocieron que posiblemente sería necesario tomar más medidas. Bush había conseguido tener a Gorbachov a raya en relación con la crisis del golfo Pérsico.

La declaración conjunta de Helsinki también decía que los dos países habían acordado que una vez se cumplieran los objetivos de las resoluciones de la ONU, los dos países colaborarían activamente para resolver los restantes conflictos de Oriente Próximo, en particular el que afectaba a los árabes, los israelíes y los palestinos. De hecho, lo que hizo Bush fue anular la política que Estados Unidos había seguido durante la guerra fría y cuya finalidad era tratar de impedir que la Unión Soviética interviniese en Oriente Próximo.

Gorbachov había secundado las iniciativas norteamericanas contra Irak a pesar de las críticas en número cada vez mayor que recibía de los partidarios de la línea dura en el Politburó, el parlamento soviético y las fuerzas armadas, en el sentido de que él y Shevardnadze se mostraban demasiado deseosos de complacer a los norteamericanos. Los militares soviéticos en particular dieron muestras de creciente agitación cuando 200.000 soldados norteamericanos se concentraron en Arabia Saudí, a sólo unos 1.120 kilómetros de la frontera soviética. El general Vladimir Lobov, jefe del estado mayor de la Organización del Tratado de Varsovia, sugirió que tal vez Estados Unidos pensaba extender «sus fuerzas a lo largo del flanco meridional de la Unión Soviética y establecer una cabeza de puente desde la cual controlaría los movimientos del petróleo de Oriente Próximo y ejercería presión sobre Moscú».²⁰

En un intento de apaciguar a los partidarios de la línea dura, y pese a las enérgicas objeciones de Shevardnadze, Gorbachov permitió que Yevgeni Primakov, «arabista» del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético, llevara a cabo una misión cuyo objetivo era encontrar una solución diplomática de la crisis. Sin embargo, Primakov no logró persuadir a Irak a retirarse de Kuwait. A causa de ello, el 29 de noviembre la Unión Soviética votó a favor de una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU que autorizaba a usar la fuerza para obligar a Irak a retirarse de Kuwait.

La acción militar autorizada por la ONU contra Irak empezó el 17 de enero de 1991 cuando Estados Unidos y sus aliados lanzaron un ataque aéreo contra objetivos iraquíes. Si bien la Unión Soviética no obstaculizó la acción militar contra Irak dirigida por Estados Unidos, Gorbachov continuó tratando de persuadir a Saddam Hussein a que se retirara de Kuwait. El 21 de febrero, sin embargo, Gorbachov se sintió obligado a telefonar a Bush para de-

cirle que sus últimos esfuerzos en tal sentido habían sido inútiles. En consecuencia, dos días después, el 23 de febrero, los aliados emprendieron la guerra contra Irak en tierra, la Operación Tormenta del Desierto. Con gran sorpresa de la mayoría de la gente, los aliados derrotaron rápidamente (en menos de setenta y dos horas) a las fuerzas iraquíes en Kuwait y el sur de Irak y sufrieron muy pocas bajas. En cambio, los iraquíes perdieron miles de soldados y tanques y tuvieron que retirarse apresuradamente al otro lado de la frontera entre Irak y Kuwait.

Incluso hoy, después de varios años, se critica a Bush por no haber permitido que los aliados tomaran Bagdad y derrocaran a Hussein. El presidente, sin embargo, no quería destruir por completo las fuerzas armadas iraquíes porque deseaba que Irak siguiera siendo una barrera contra Irán. Tampoco quería que Estados Unidos echara sobre sí la carga económica de alimentar y vigilar un Irak ocupado. Pero igual importancia tuvieron las presiones que Gorbachov ejerció sobre Bush para que evitase la derrota humillante de un estado cliente de la Unión Soviética. En una conversación telefónica con el presidente, Gorbachov advirtió que las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética eran «muy frágiles». Dijo que a menos que los líderes de la coalición mostraran un «gran sentido de la responsabilidad», la mejora que se había producido en las relaciones internacionales podía correr grave peligro.²¹

Bush era consciente de que necesitaría que el presidente soviético le ayudara en otros asuntos, tales como las START y las CFE, y no quiso hacer nada que contribuyera a debilitar todavía más a Gorbachov. Asimismo, durante toda la crisis del Golfo la mayor prioridad de Bush había sido expulsar al ejército iraquí de Kuwait. Una vez se hubo alcanzado ese objetivo, el presidente pensó que podía satisfacer los deseos de Gorbachov. Por tanto, el 24 de febrero, sólo cuatro días después de que empezara la operación, el presidente ordenó un alto el fuego y con ello permitió que Hussein conservara el poder en Bagdad, aunque las sanciones de la ONU y otras restricciones limitarían mucho la libertad de acción del líder iraquí. Después de entrevistarse con Gorbachov en el Kremlin en abril de 1991, Baker se hizo eco de los sentimientos del dirigente soviético cuando dijo a los periodistas que la cordial relación entre la Unión Soviética y Estados Unidos había «pasado por una prueba recientemente y [había] sobrevivido».²²

EL OCASO DE GORBACHOV

Pero en abril de 1991 la capacidad de supervivencia del propio Gorbachov ya inspiraba muchas dudas. Durante el otoño de 1990, en un intento cada vez más desesperado de mantenerse en el centro político, el líder soviético vaciló entre tratar de complacer a los partidarios de la reforma y mostrar lealtad a los

conservadores. En agosto de 1990 aceptó un plan de Yeltsin para crear una economía de mercado libre en 500 días. El plan delegaría considerable poder económico a las repúblicas, incluidos los impuestos, el control de los recursos naturales, la moneda fuerte y los beneficios obtenidos del comercio, la administración de la agricultura privatizada y la reforma de los precios. Sin embargo, Gorbachov retiró su apoyo al plan al darse cuenta tardíamente de que su puesta en práctica hubiera hecho innecesaria una estructura económica centralizada, lo que, a su vez, hubiese debilitado la razón para mantener la Unión Soviética y un presidente soviético. Al parecer, éste era justamente el propósito del plan de Yeltsin.

Al echar a pique el plan de 500 días, Gorbachov volvió a cortar sus lazos con los reformistas y tuvo que depender todavía más que antes de la vieja camarilla comunista (*apparatchiks*), pero esta vez la vieja guardia estaba totalmente asqueada de Gorbachov. Durante todo el otoño de 1990 circularon por Moscú rumores de un golpe derechista contra él, rumores que las maniobras militares en las afueras de la capital contribuyeron a alimentar.

Gorbachov intentó apaciguar a los partidarios de la línea dura colocando a varios de ellos en puestos clave del gobierno. En noviembre de 1990 el ex general de la KGB Boris Pugo fue nombrado ministro del Interior. El mes siguiente, Gorbachov nombró primer ministro a un economista de la vieja escuela que era profundamente hostil a las reformas radicales, Valetin Pavlov. Un mediocre *apparatchik* del partido, Gennady I. Yanayev, fue nombrado vicepresidente. Alarmado por el giro de Gorbachov a la derecha, el ministro de Asuntos Exteriores, Shevardnadze, dimitió el 20 de diciembre de 1990, después de advertir que una dictadura estaba al caer.

Durante el invierno de 1991 pareció que la predicción de Shevardnadze iba a hacerse realidad. En enero, Gorbachov aprobó un plan de los partidarios de la línea dura para lo que resultó ser un intento sangriento, pero vano, de derrocar al gobierno independentista de Lituania. Aquel mismo mes Gorbachov echó a los periodistas liberales de la televisión y la radio del Estado. En febrero los soldados patrullaron durante un breve período por las calles de Moscú. El mes siguiente los partidarios de la línea dura trataron de expulsar a Yeltsin de la presidencia, pero tuvieron que desistir de su propósito a causa de las manifestaciones masivas a favor de Yeltsin. El 28 de marzo más de 100.000 personas se manifestaron para apoyar a Yeltsin y denunciaron, no a los partidarios de la línea dura que había en el soviét supremo, sino a Gorbachov. Al ver la fuerza de los reformistas y la disposición de los conservadores a volver al pasado, Gorbachov se alarmó y de nuevo se desvió hacia la izquierda.

Gorbachov quiso apaciguar a las descontentas nacionalidades soviéticas y a la vez recuperar el favor de los reformistas, y con tal objeto trató de fomentar el apoyo popular a la preservación de la Unión Soviética. Convocó un referéndum de alcance nacional que se celebró el 17 de marzo de 1991 y pidió

al pueblo soviético que aprobara la preservación de la Unión Soviética «como federación renovada de repúblicas soberanas iguales en la cual los derechos humanos y las libertades de todas las nacionalidades estarán plenamente garantizadas».²³ Con una mayoría popular a favor de esta fórmula vaga, Gorbachov tenía la esperanza de que podría afirmar que había recibido un mandato democrático para redefinir la Unión Soviética a su manera y de acuerdo con su propio programa.

Pero, en una jugada inteligente, Yeltsin persuadió al parlamento ruso a añadir al referéndum de Gorbachov una propuesta que pedía la creación de una presidencia de Rusia elegida por el pueblo, medida que Gorbachov se negó a poner en práctica en el nivel soviético. Si bien el 70 por 100 de los votantes soviéticos aprobó el referéndum de Gorbachov, la propuesta de Yeltsin recibió los votos favorables del 85 por 100 de los votantes rusos. En consecuencia, el Congreso de Diputados del Pueblo ruso fijó las elecciones presidenciales para el 12 de junio. Yeltsin las ganó. Desde su nueva y reforzada posición, Yeltsin, elegido por el pueblo, continuó presionando al presidente soviético, al que nadie había elegido, para que avanzase hacia la democracia y el capitalismo.

Ante el creciente poder de Yeltsin y alarmado por los reaccionarios del partido comunista y las fuerzas armadas soviéticas, Gorbachov abrazó la democracia, la reforma económica radical y una mayor autonomía para las repúblicas dentro de una unión nueva. Empujado por Gorbachov, los días 1 y 5 de julio el soviético supremo aprobó la desnacionalización de tres cuartas partes de la industria soviética. El 8 de julio las nueve repúblicas eslavas y musulmanas que se esperaba que integrasen la nueva unión aprobaron un plan general de reformas económicas que Gorbachov presentaría en la cumbre del Grupo de los Siete (G-7), formado por otras tantas democracias industriales, que se celebraría en Londres el 17 de julio.

GORBACHOV Y OCCIDENTE

Gorbachov esperaba obtener en Londres considerable ayuda económica de Occidente que le permitiera reactivar la achacosa economía soviética, así como recuperar su propio y maltrecho prestigio en la Unión Soviética, pero la respuesta de los dirigentes occidentales le decepcionó. No sólo no le ofrecieron ayuda económica significativa, sino que incluso se negaron a que la Unión Soviética ingresara como miembro de pleno derecho en el Fondo Monetario Internacional, únicamente podía hacerlo como socio no numerario.

Se dijo que la tibia respuesta occidental a su petición de ayuda económica había enfurecido y humillado a Gorbachov. Con mucha razón, pensó que el principal culpable de la tacañería del G-7 era el presidente Bush. Si bien

querían prestar ayuda económica a Gorbachov, Bush y la mayoría de sus consejeros sospechaban que la inepta y corrupta burocracia soviética la despilfararía. Además, Estados Unidos se encontraba en plena recesión y Bush era objeto de críticas por estar más dispuesto a ayudar a extranjeros que a su propio pueblo. Debido a ello, el gobierno de Bush prácticamente hizo caso omiso de un grupo de estudio de la Universidad de Harvard que propuso un «gran acuerdo» según el cual la ayuda económica en gran escala a la Unión Soviética estaría ligada a una reforma radical de la economía soviética para convertirla en una economía de mercado.

En vez de respaldar tan generoso programa de ayuda económica a la Unión Soviética, el gobierno de Bush se limitó a prestar un poco de ayuda. El 3 de junio el presidente anunció que esperaría otro año antes de aplicar las restricciones de la enmienda Jackson-Vanik. El 11 de junio anunció la concesión de un crédito de 1.500 millones de dólares a la Unión Soviética para comprar productos agrícolas, y el 18 de junio Baker trazó prudentemente planes limitados para apoyar económicamente las reformas en la Unión Soviética.

Sin embargo, la cumbre del G-7 en Londres no fue un fracaso total para Gorbachov. Después de nueve largos años de negociaciones, Gorbachov y Bush llegaron finalmente a un acuerdo START que firmarían durante una cumbre que se celebraría en Moscú entre el 29 y el 31 de julio de 1991. El acuerdo requería que cada una de las partes redujera el número de cabezas nucleares estratégicas que tenía desplegadas a no más de 6.000 y los ingenios de lanzamiento (misiles y bombarderos) a un máximo de 1.600. (A finales de 1990 Estados Unidos tenía poco menos de 12.778 cabezas nucleares estratégicas y 1.876 ingenios ojivas, y la Unión Soviética, 10.880 cabezas nucleares y 2.354 ingenios.) La Unión Soviética hizo una concesión importante a Estados Unidos al acceder a reducir a la mitad (154) el número de ICBM SS-18 «pesados» y permitir que no llevaran más de 1.540 cabezas nucleares. Los soviéticos también aceptaron una reducción del 50 por 100 de la carga nuclear de sus ICBM y SLBM. En 1990 la carga nuclear total de los ICBM y SLBM soviéticos era de alrededor de 5,4 millones de kilos y la de los norteamericanos, de alrededor de 2,4 millones de kilos.

Si bien Bush anunció en Moscú que Estados Unidos ratificaría el acuerdo comercial bilateral y estudiaría la posibilidad de conceder a la Unión Soviética el estatuto de nación más favorecida, siguió mostrándose muy cauto en lo que se refería a prestar ayuda económica. El citado estatuto y un mínimo de ayuda económica no se concedieron hasta el año siguiente. La cumbre de Moscú también presentó varios programas conjuntos, entre ellos medidas para reactivar la exploración cooperativa del espacio y otras destinadas a facilitar la cooperación económica de índole técnica, la seguridad en materia de aviación y la ayuda en casos de desastre.

Bush y Gorbachov volvieron a acordar que cooperarían en los intentos de

acabar con los conflictos regionales. Anunciaron que los dos países patrocinarían conjuntamente una conferencia internacional sobre Oriente Próximo con la esperanza de que sirviese para poner fin al conflicto árabe-israelí. Los dos dirigentes también pidieron una resolución negociada de la guerra que había estallado en Yugoslavia después de que las cuatro repúblicas que la integraban —Eslovenia, Croacia, Bosnia y Macedonia— declarasen su independencia.

Después de la cumbre de Moscú, el presidente hizo otro intento de sostener al tambaleante líder soviético y viajó a Kiev, la capital de la república de Ucrania. Allí trató de convencer a los ucranianos de la conveniencia de colaborar con Gorbachov para preservar la Unión Soviética. Bush quedó consternado al ver que su sugerencia, que no citaba para nada el ideal de la autodeterminación nacional, no gustó al pueblo ucraniano. Sus críticos en Estados Unidos se apresuraron a poner a la declaración de Bush el mote de «discurso de *Chicken Kiev*».

EL GOLPE DE AGOSTO

El nuevo giro a la izquierda de Gorbachov, y en particular el hecho de que aceptase un tratado de unión más democrático, empujó a los partidarios de la línea dura a actuar contra él. Como el tratado pedía un nuevo gabinete nacional que elegirían las repúblicas, los partidarios de la línea dura se dieron cuenta de que iban a quedarse sin empleo. Al principio intentaron burlar al presidente soviético de manera legal. El 17 de junio, Pavlov, el primer ministro, pidió al parlamento soviético que diera a su gabinete poderes extraordinarios para promulgar leyes y decretos, sin la aprobación de Gorbachov. Una semana más tarde, el 28 de junio, Gorbachov persuadió al parlamento a rechazar el «golpe constitucional» de Pavlov, cosa que hizo por 262 votos a favor y 24 en contra.

El día antes de la votación en el parlamento, el presidente Bush envió un mensaje a Gorbachov para advertirle de que los derechistas estaban tramando un golpe contra él. La advertencia tenía su origen en el alcalde reformista de Leningrado, Gavril Popov, y el embajador norteamericano en Moscú, Jack Matlock, se encargó de transmitirlo al presidente. Gorbachov creía que era indispensable para los partidarios de la línea dura, ya que pensaba que los protegía de los reformistas, y debido a ello no hizo caso de la advertencia.²⁴

Al mismo tiempo, Gorbachov tomó medidas para reducir el poder de los partidarios de la línea dura y reformó el partido comunista. En un pleno del comité central celebrado el 25 y el 26 de julio de 1991, dijo que el modelo de socialismo leninista-estalinista-breznevista estaba «en bancarrota» y declaró que el socialismo y el mercado no sólo estaban vinculados sino que eran «indivisibles», lo cual era una herejía para los comunistas ortodoxos que seguían

considerando que los dos sistemas económicos eran incompatibles. También mencionó planes para crear un partido comunista soviético democrático que sustituiría al partido comunista conservador. El pleno aprobó el borrador del programa de reformas de Gorbachov y accedió a presentarlo a un congreso del partido que se celebraría aquel mismo año. Antes de que dicho congreso pudiera tener lugar, sin embargo, los acontecimientos de agosto contribuirían al fin del partido.

Faltaba poco para el día en que iba a firmarse el tratado de unión (el 20 de agosto) cuando Gorbachov se fue de Moscú para pasar sus vacaciones anuales en Crimea. Su ausencia de la capital dio a los partidarios de la línea dura la oportunidad de derrocarlo. Fue casi una repetición de lo ocurrido en 1964 cuando Nikita Jruschov fue expulsado del poder mientras se encontraba de vacaciones en Crimea. El 19 de agosto un comité formado por ocho miembros y encabezado por el vicepresidente, Yanayev, el «comité de estado de emergencia», en el que había partidarios de la línea dura en la KGB y las fuerzas armadas, todos ellos nombrados por Gorbachov, declaró que éste había sido apartado del poder «por motivos de salud» (De hecho, Gorbachov se encontraba bien de salud, pero bajo arresto domiciliario en Crimea.) El comité declaró un estado de emergencia que duraría seis meses para «restablecer la ley y el orden».²⁵ La radio estatal anunció que la firma del nuevo tratado de unión, programada para el día siguiente, no tendría lugar.

Por diversas razones, sin embargo, el golpe contra Gorbachov fracasó. Una de las razones fue que Yeltsin decidió oponerse a él. El presidente ruso se subió a un tanque enfrente del edificio del parlamento (llamado «la Casa Blanca») y denunció al comité de emergencia por ilegal. Miles de moscovitas se unieron a Yeltsin y levantaron barricadas alrededor de la Casa Blanca para protegerla de las fuerzas de los partidarios de la línea dura. Pero el motivo fundamental del fracaso del golpe fue que las tropas de la KGB se negaron a obedecer a los líderes golpistas cuando éstos les ordenaron que tomaran por asalto el parlamento ruso. Las fuerzas armadas, que en su mayoría habían votado a Yeltsin en las elecciones de junio, también se negaron a actuar contra él. De hecho, algunas unidades soviéticas acudieron a defender la Casa Blanca.

Los líderes del golpe se apresuraron a desistir de su intento, ya que habían subestimado la magnitud del apoyo popular a la democracia y la antipatía que inspiraba el comunismo y se dieron cuenta de que no podían confiar en que los militares derrocaran a Yeltsin. El 21 de agosto las tropas soviéticas se retiraron del centro de Moscú, y Yeltsin anunció que los dirigentes del golpe fracasado estaban detenidos, con la excepción del ministro del Interior, Victor Pugo, que se había suicidado. Aquel mismo día el congreso de los diputados del pueblo anunció que el comité de emergencia se había disuelto. Así pues, lo que había empezado como un golpe en el seno del partido comunista se transformó en una de las mayores revoluciones de la historia.

El 22 de agosto un Gorbachov fatigado y despeinado regresó a Moscú y declaró que tenía totalmente controlado el gobierno. Está claro que Gorbachov pensaba que podría restablecer su comunismo reformista, pero no se percató de cuántas cosas habían cambiado en Moscú y otras ciudades soviéticas mientras él se hallaba arrestado en su domicilio de Crimea. El fracaso del golpe no significó la restauración del *statu quo*. El golpe destruyó los cimientos de la autoridad central que, irónicamente, habían tratado de preservar los conspiradores.

Yeltsin no esperó hasta que Gorbachov recobrase el equilibrio. El 21 de agosto el presidente ruso acusó al partido comunista de haber organizado e inspirado el golpe, suspendió sus actividades en Rusia y confiscó sus propiedades. Yeltsin también vetó a los nuevos ministros nombrados por Gorbachov y obligó a éste a aceptar los que nombró él mismo. Luego humilló públicamente al presidente soviético interrumpiendo con frecuencia el discurso que pronunció ante el parlamento ruso. Los dirigentes de otras repúblicas, que en casi todos los casos eran los antiguos líderes comunistas, siguieron el ejemplo y prohibieron o suspendieron el partido comunista.

Al darse cuenta, cuando ya era tarde, de cómo había cambiado el estado de ánimo de la ciudadanía, Gorbachov trató de distanciarse del partido comunista. El 24 de agosto dimitió de su cargo de secretario general del partido, disolvió el comité central y ordenó al consejo de ministros que presentara la dimisión. Luego ordenó al congreso de diputados del pueblo que controlase las propiedades del partido y prohibió las actividades de éste en el seno del gobierno central y los órganos de seguridad. El 29 de agosto el congreso votó (283 a favor, 29 en contra y 52 abstenciones) a favor de suspender todas las actividades del partido comunista en la Unión Soviética hasta que se investigase el papel del partido en el golpe. Si bien el partido propiamente dicho no fue abolido de manera inmediata, los acontecimientos de agosto significaron el fin del comunismo en la Unión Soviética.

EL FIN DE LA UNIÓN SOVIÉTICA, AGOSTO-DICIEMBRE DE 1991

Durante septiembre de 1991, después de participar a regañadientes en el entierro del partido comunista, Gorbachov volvió a ocuparse de la tarea de preservar la Unión Soviética y, con ella, su empleo de presidente. El 5 de septiembre anunció la formación de un gobierno de transición integrado por el presidente de la Unión Soviética (Gorbachov), el soviét supremo y el consejo de Estado, es decir, Gorbachov y los presidentes de las repúblicas soviéticas. Una de las primeras medidas que tomó el nuevo gobierno, el 6 de septiembre, fue reconocer la independencia de los tres estados del Báltico: Letonia, Li-

tuania y Estonia. El 12 del mismo mes representantes de las naciones bálticas y de las otras doce repúblicas soviéticas acordaron mantener una estructura de defensa colectiva y controlar conjuntamente el arsenal nuclear soviético. El 1 de octubre las repúblicas soviéticas acordaron formar una unión económica. También redactaron el borrador de un nuevo tratado de unión que al principio pareció ofrecer la base para formar una confederación de diez estados soberanos (menos Moldavia y Georgia). Sin embargo, el proyecto dependía de que Ucrania, la más populosa de las repúblicas no rusas, quisiera permanecer en la unión. Las dudas en este sentido se aclararían cuando se celebrara en Ucrania un referéndum sobre la independencia el 1 de diciembre.

A pesar de que Gorbachov y Yeltsin se esforzaron por conservar alguna forma de unión, resultó imposible vencer la fuerza centrífuga de nacionalismo que habían desencadenado el golpe y el fin del comunismo. Una tras otra las repúblicas siguieron el ejemplo de los estados del Báltico y se declararon independientes. El 1 de diciembre, el 90 por 100 de los ucranianos que acudieron a las urnas votaron a favor de la independencia. Yeltsin decidió que no servía de nada tratar de preservar la unión si Ucrania no formaba parte de ella. El 8 de diciembre Yeltsin y los presidentes de Ucrania y Bielorrusia decidieron sustituir la Unión Soviética por la «Comunidad de Estados Independientes», y el 21 de diciembre ocho repúblicas más ingresaron en la nueva comunidad. El 18 de diciembre Yeltsin anunció que Ucrania y Bielorrusia (y luego Kazakstán) habían acordado traspasar sus misiles nucleares a Rusia. El 25 de diciembre Gorbachov renunció a la presidencia de la Unión Soviética y traspasó el control de las armas nucleares de la misma a Yeltsin. Al día siguiente, el soviét supremo se reunió por última vez y se autodisolvió. El 31 de diciembre de 1991 la Unión Soviética dejó oficialmente de existir.

BUSH Y EL FIN DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

El presidente Bush tardó en condenar el golpe contra Gorbachov y esperó hasta que Yeltsin le rogó que interviniera. En su reacción inicial, a primera hora del 19 de agosto, el presidente declaró que el golpe era «un acontecimiento inquietante» y que sus líderes se habían hecho con el poder por «medios extraconstitucionales». Al cabo de unas horas, Bush consideró que el golpe era «anticonstitucional» y apoyó a Yeltsin en su exigencia de que se devolviera a Gorbachov su puesto de presidente soviético.²⁶

Una vez Gorbachov hubo recuperado el poder, sin embargo, Bush se mostró reacio a aceptar, y mucho menos apoyar, que Yeltsin eclipsara al dirigente soviético. Era evidente que Bush prefería que Gorbachov permaneciera en el poder a arriesgarse a las incertidumbres que su desaparición hubiese creado. Bush también demoró el reconocimiento de la independencia de los estados



Estados sucesores de la Unión Soviética, 1992

del Báltico; no los reconoció hasta el 2 de septiembre, cuando otras naciones ya los habían reconocido y era inevitable que Gorbachov también tuviera que reconocerlos. La postura de Bush a favor de la unión y de Gorbachov le acarreo muchas críticas. Le echaron en cara que pusiera su prestigio personal detrás de un dirigente que trataba de salvar el comunismo y el imperio soviético en vez de apoyar al destacado demócrata (Yeltsin) que intentaba provocar la caída de ambas cosas.

El presidente Bush, sin embargo, demostró audacia al poner fin a la carrera de armamentos nucleares. El 27 de septiembre de 1991 anunció que Estados Unidos retiraría o destruiría todas las armas nucleares tácticas que tenía desplegadas en Europa y Asia y en barcos de guerra. También dijo que Estados Unidos abandonaría los planes de desplegar misiles móviles MX y Midgetman. Además, anunció que iba a ordenar el fin del estado de alarma de veinticuatro horas de los bombarderos estratégicos y de los misiles, unos 600 ICBM y SLBM, que debían desactivarse de acuerdo con el Tratado START. Pidió a la Unión Soviética que negociara medidas complementarias para el control de armamentos, entre ellas un acuerdo que eliminase todos los ICBM con base en tierra y múltiples cabezas nucleares (MIRV).

No obstante, si bien Bush tomó medidas para acabar con la carrera de armamentos nucleares ofensivos, se negó a abandonar el programa IDE de misiles antibalísticos, que era aparentemente defensivo (aunque apoyó una ver-

sión del mismo mucho menor que el programa original de Reagan). Invitó a Gorbachov a empezar negociaciones para revisar el Tratado ABM con el fin de permitir el despliegue limitado de sistemas de misiles antibalísticos no nucleares sin menoscabar la credibilidad de las armas de disuasión que existían.

Gorbachov contestó anunciando las correspondientes reducciones del arsenal nuclear soviético y la decisión de empezar a dismantelar sus armas nucleares tácticas. Esto complació a Estados Unidos, que veía con gran preocupación la posibilidad de que las armas nucleares tácticas de la Unión Soviética cayeran en manos de terroristas o de algún general soviético partidario de la línea dura y empeñado en meter a Gorbachov en una situación embarazosa. A decir verdad, una de las razones principales de Bush para continuar apoyando a Gorbachov fue el deseo de asegurarse de que las armas nucleares soviéticas estuvieran a buen recaudo en el caso de que la Unión Soviética se desintegrara. Gorbachov también dijo que estaba dispuesto a considerar la modificación del Tratado ABM, de forma que permitiera el despliegue limitado de la IDE, pero añadió que sólo lo haría si Estados Unidos accedía a compartir la tecnología de la IDE con la Unión Soviética. El asunto de la IDE aún estaba pendiente de resolverse cuando expiró la Unión Soviética.

No obstante, las iniciativas que Bush y Gorbachov tomaron en septiembre y octubre de 1991 para controlar y reducir los armamentos fueron un paso importante más allá de los toques que impuso el Tratado START. Proporcionaron la base para efectuar reducciones aún mayores del número de armas estratégicas, aproximadamente dos tercios de su número anterior al Tratado START I, que Estados Unidos y Rusia aceptarían en el acuerdo START II, firmado por Bush y Yeltsin en enero de 1993, poco antes de que el primero dejase la presidencia.

En los últimos tiempos de la presidencia de Gorbachov también la OTAN tomó medidas complementarias para poner fin a la guerra fría. El 8 de noviembre de 1991 los ministros de la alianza acordaron hacer cambios en la doctrina militar de la OTAN con el fin de que reflejase que una invasión desde el Este ya no era probable. Se abandonó la doctrina de la «defensa avanzada», que preveía la defensa de Alemania occidental en su frontera con Alemania oriental.

Sin embargo, la OTAN acogió con frialdad la idea que propuso Yeltsin el 20 de diciembre de 1991 de que se permitiera a Rusia ingresar en la alianza occidental como miembro con igualdad de derechos. La cordialidad que ahora mostraban las relaciones entre los países del Este y los occidentales no era suficiente para hacer desaparecer las suspicacias y la desconfianza que durante decenios habían inspirado los militares soviéticos (que pronto serían rusos). La alianza no quiso ir más allá de ofrecer a Rusia, así como a las otras repúblicas soviéticas y a los miembros del Pacto de Varsovia, la condición de

miembro no numerario, junto con la OTAN, de la llamada Asociación para la Paz.

Antes de que expirase la Unión Soviética, Bush y Gorbachov tomaron más medidas para terminar la guerra fría en el Tercer Mundo. El 13 de septiembre de 1991 la Unión Soviética y Estados Unidos acordaron detener todos los trasposos de armas a sus clientes de Afganistán (antes del 1 de enero de 1992). Aquel mismo mes, Moscú indicó que reduciría aún la ayuda que prestaba a Cuba, Vietnam y otros estados clientes. El 23 de octubre la Unión Soviética, Estados Unidos y China firmaron un acuerdo de paz para Camboya. El 2 de diciembre Estados Unidos y la Unión Soviética instaron conjuntamente a las partes enfrentadas en El Salvador a llegar a un acuerdo, que en su momento complementó el que había puesto fin al conflicto de Nicaragua.

Las dos potencias también tomaron medidas para resolver el conflicto de Oriente Próximo. El 18 de octubre el secretario de Estado, Baker, y el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Boris Panin (que había sucedido a Bessmyrnykh a raíz del fallido golpe de agosto), invitaron a los árabes y los israelíes a asistir a una conferencia internacional sobre Oriente Próximo. Bush, Gorbachov y otros jefes de Estado asistieron a dicha conferencia, que se celebró en Madrid a finales de aquel mes. Para animar más a Israel a negociar con la OLP, el 16 de diciembre la Asamblea General de la ONU votó a favor de revocar la resolución de noviembre de 1975 que equiparaba el sionismo con el racismo. Aunque en su momento los soviéticos habían votado a favor de dicha resolución, ahora se mostraron favorables a que se revocara.

Gorbachov estaba dispuesto a cooperar con Estados Unidos en el Tercer Mundo, al igual que en otras partes, porque deseaba que Occidente prestara a la Unión Soviética la ayuda económica que ésta necesitaba desesperadamente. Washington respondió aprobando garantías de seguros para el comercio con la Unión Soviética, cuya finalidad era vencer la resistencia de los bancos norteamericanos a financiar créditos para la compra de cereales a Estados Unidos. El 1 de octubre Bush también concedió créditos por valor de otros 585 millones de dólares a la Unión Soviética aparte de las cantidades que los bancos estuvieran dispuestos a conceder. El 20 de diciembre Bush aprobó créditos para la compra de cereales por valor de otros 1.250 millones de dólares y un millón de dólares en concepto de ayuda humanitaria a la Unión Soviética. Sin embargo, la oposición de los ciudadanos y el Congreso a la idea de prestar ayuda económica masiva a los soviéticos mientras la economía norteamericana se encontraba en recesión impidió que Bush ayudase a Gorbachov tanto como quería éste.

En noviembre de 1991 el Congreso aprobó una ley —que el presidente firmó— patrocinada por los senadores Sam Nunn (demócrata de Georgia) y Richard Lugar (republicano de Indiana) que autorizaba a Estados Unidos a gastar hasta 400 millones de dólares en el ejercicio fiscal de 1992 para ayudar

a la Unión Soviética a destruir armas nucleares, químicas y de otro tipo, y a establecer salvaguardas verificables contra la proliferación de tales armas. Después de que la Unión Soviética se desintegrara, se concedió ayuda al amparo de la ley Nunn-Lugar a Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Kazakstán. Esta ayuda permitió poner en práctica los dos tratados START.

EVALUACIÓN DE LA POLÍTICA DEL GOBIERNO DE BUSH CON RESPECTO A LA UNIÓN SOVIÉTICA

El día de Navidad de 1991 el presidente Bush, en un mensaje al pueblo norteamericano, alabó a Gorbachov «por su inteligencia, su visión y su valor» y le atribuyó el mérito de haber puesto fin a la guerra fría. El presidente también dijo que la desaparición de la Unión Soviética era una «victoria para la democracia y la libertad».²⁷

Desde luego, la «victoria» de Estados Unidos en la guerra fría era fruto en gran parte de acontecimientos internos de la Unión Soviética, más que consecuencia directa de la política norteamericana. El colapso de la economía soviética desempeñó un papel fundamental en la caída de la Unión Soviética; destruyó la poca fe en el comunismo que le quedaba al pueblo soviético. El intento de reformar el comunismo que hizo Gorbachov, y en particular su esfuerzo por instituir una democracia limitada tanto en la Europa del Este como en la Unión Soviética, permitió que los críticos del comunismo negaran su legitimidad. Una vez eliminado el comunismo, el aglutinante que mantenía unido el imperio soviético, tanto los satélites como las repúblicas que constituían la Unión Soviética aprovecharon la oportunidad para seguir su propio camino.

Sin embargo, Bush interpretó un papel importante en el fin de la guerra fría. A pesar de la cautela excesiva que mostró al responder a las propuestas de Gorbachov en los comienzos de su presidencia, Bush facilitó las concesiones espectaculares que Gorbachov se vio obligado a hacer y que finalmente permitieron acabar con la guerra fría. Bush dio las garantías que Gorbachov necesitaba para aceptar que una Alemania reunificada formase parte de la OTAN (aunque a este respecto también fue decisiva la enorme ayuda económica que Alemania occidental prestó a la Unión Soviética). Además, al actuar con lentitud y delicadeza en relación con la independencia de los estados del Báltico, Bush proporcionó a Gorbachov un respiro que le permitió distanciarse de la fuerte represión de que fue objeto Lituania y, finalmente, unirse de nuevo a los reformistas. Además, si bien Bush tardó en apoyar al líder soviético durante el fallido golpe de Estado, sus iniciativas relativas al control de armamentos, una vez Gorbachov hubo recuperado el poder, hicieron que el traspaso de las armas nucleares soviéticas a Yeltsin se llevara a cabo sin consecuencias trágicas al desintegrarse la Unión Soviética.

Bush fue verdaderamente mezquino en lo que se refiere a la cantidad de ayuda económica que prestó a los soviéticos. Con todo, si se tiene en cuenta la magnitud de la debilidad económica soviética, es difícil saber cuánta ayuda económica occidental hubiera hecho falta para evitar que la Unión Soviética se desintegrara. De hecho, es dudoso que la ayuda económica occidental, fuera cual fuese su magnitud, hubiera bastado para vencer el descontento popular con el comunismo y el renacimiento del nacionalismo en el imperio soviético. Al final, salvar a la Unión Soviética no estuvo al alcance de Estados Unidos y, al parecer, tampoco convenía a sus intereses. El fin de la Unión Soviética sólo lo lamentaron Gorbachov y los últimos nacionalistas soviéticos acérrimos.

Conclusión

UN LEGADO DEL EXPANSIONISMO

Según la opinión tradicional, la guerra fría empezó en los últimos meses de la segunda contienda mundial, pero las raíces de la rivalidad entre las superpotencias tienen varios siglos de antigüedad y se remontan a la infancia misma de la nación norteamericana. Tanto Rusia como Estados Unidos eran naciones expansionistas cuyos respectivos pueblos creían tener una misión especial en la historia. Si bien es indudable que todas las naciones piensan que están cumpliendo una misión singular en la historia, las de Estados Unidos y Rusia adquirieron dimensiones mundiales durante el siglo xx.

La Rusia zarista difundió el cristianismo ortodoxo y la hegemonía política, económica y cultural rusa hasta el océano Pacífico y el sur y el centro de Asia, a la vez que en el oeste se acercó al centro de Europa tanto como le permitieron sus poderosas vecinas, en particular Alemania. También Estados Unidos, que empezó como un asentamiento inglés en Jamestown, Virginia, en 1607, tiene una historia de expansionismo. Los norteamericanos consideraban que su misión era difundir ciertos ideales, entre ellos la democracia, la libre empresa y el progreso tecnológico, por el inmenso continente de América del Norte y mucho más allá.

No obstante, si bien la autocrática monarquía rusa era repulsiva a ojos de un país republicano y democrático como Estados Unidos, durante la mayor parte de la historia común de las dos naciones no hubo ningún conflicto de intereses entre ellas, con la excepción del desacuerdo en torno a Alaska, que se resolvió pacíficamente en 1867.

EL LEGADO DE WILSON: EL CONFLICTO IDEOLÓGICO

La revolución bolchevique cambió la relación de cordialidad relativa entre Rusia y Estados Unidos. Cuando los bolcheviques subieron al poder en Rusia en noviembre de 1917, esperaban, como marxistas devotos, que los trabajadores del mundo, incluidos los norteamericanos, siguieran la iniciativa rusa y derrocaran a sus gobiernos dominados por el capital. Los capitalistas del mundo, incluidos los de Estados Unidos, temían que esa posibilidad se hiciera realidad.

Debido a ello, las naciones capitalistas vieron a la Unión Soviética como a una amenaza prácticamente desde los primeros días de su existencia. El presidente Woodrow Wilson no sólo se negó a reconocer al régimen bolchevique, sino que trató de provocar su caída. El bolchevismo como ideología repugnaba a Wilson. Lo consideraba una amenaza para el nuevo orden mundial que se proponía instaurar después de la guerra, un orden que se caracterizaría por la cooperación internacional, la seguridad colectiva, la autodeterminación y los mercados abiertos. Obviamente, en el nuevo orden internacional que preveía Wilson no había ningún lugar para los bolcheviques comprometidos con el derrocamiento violento del capitalismo y la democracia.

Por tanto, Wilson autorizó el envío de ayuda económica encubierta a las fuerzas antibolcheviques de Rusia y de tropas estadounidenses a Arkángel y Vladivostok. Desde luego, la decisión de Wilson de intervenir militarmente en la guerra civil rusa obedeció sobre todo al deseo de restablecer el frente oriental contra los alemanes, así como de impedir que los japoneses se apoderasen de territorios en Siberia. Pero Wilson también albergaba la esperanza de que una consecuencia indirecta de tal acción fuera reactivar un movimiento democrático como el que gobernó Rusia durante la breve permanencia del gobierno provisional en el poder. La intervención militar de las potencias capitalistas en Rusia no hizo más que reafirmar los temores de los bolcheviques de que los objetivos principales eran ellos y no los alemanes. Aun cuando no logró derribar el régimen soviético, la intervención militar occidental en la guerra civil rusa sembró en la mente de los líderes soviéticos el temor eterno a un cerco capitalista y la creencia de que la guerra entre el comunismo y el capitalismo era inevitable. Esta creencia duraría mucho tiempo.

No obstante, tras la victoria bolchevique en la guerra civil, tanto Lenin como Stalin trataron de quitar importancia a las diferencias ideológicas entre los dos sistemas. Tenían gran necesidad de ayuda económica de Occidente para reconstruir la infraestructura de la Rusia soviética. Además, durante los años treinta Stalin necesitó la ayuda diplomática de Estados Unidos para crear un equilibrio de poder lo bastante fuerte como para frenar las tendencias agresivas de Alemania y Japón.

Sin embargo, durante el decenio de 1920 y principios del de 1930 los gobiernos republicanos de Estados Unidos continuaron la política de Wilson y no reconocieron al régimen soviético. Aunque durante los años veinte hubo cierta actividad económica privada de ciudadanos norteamericanos en la Unión Soviética, que en algunos casos fue muy beneficiosa, prácticamente no hubo contactos económicos y políticos con el gobierno soviético durante dicho período.

FRANKLIN ROOSEVELT Y LA GRAN ALIANZA

Franklin D. Roosevelt entró en la Casa Blanca en marzo de 1933 decidido a dar marcha atrás a la política que sus predecesores habían seguido con respecto a la Unión Soviética. No sólo no había logrado cambiar la estructura interna del país, sino que tampoco había impedido que otras naciones establecieran relaciones diplomáticas con el gobierno soviético. La política de Wilson también había impedido que Estados Unidos aprovechara plenamente el mercado soviético, que parecía cada vez más atractivo a los empresarios norteamericanos a medida que la economía estadounidense iba hundiéndose en la Gran Depresión. Lo que es más importante, Roosevelt creía que la Unión Soviética podía ser un elemento muy importante para contener las ambiciones agresivas de Alemania y Japón.

Si bien Roosevelt reconoció al gobierno soviético en 1933, los beneficios que ambas partes esperaban sacar de la nueva relación nunca se hicieron realidad. Tal vez la razón más importante fue que el fuerte sentimiento aislacionista que existía en Estados Unidos impidió que Roosevelt participara con la Unión Soviética en la creación de un eficaz sistema colectivo de seguridad. A modo de represalia, Stalin dio largas al pago de la antigua deuda de Rusia con Estados Unidos y, luego, por si esto fuera poco, ordenó que el Comintern reanudara sus actividades en Estados Unidos.

Todavía peor desde el punto de vista occidental fue que Stalin, al verse rechazado por los ingleses y los franceses, hizo un trato aparte con Hitler en agosto de 1939 y firmó el Pacto de No Agresión germanosoviético. El pacto permitió a Hitler empezar la segunda guerra mundial y, además, que el ejército soviético ocupara los estados del Báltico y el este de Polonia. La «perfidia» de Stalin convenció a la mayoría de los norteamericanos de que no se podía confiar en él.

Pero Roosevelt no actuaba a impulsos de una hostilidad antisoviética. Si bien no ignoraba la naturaleza opresiva del régimen soviético, creía que era posible tratar con Stalin como hombre realista más que revolucionario. Además, después de que Alemania invadiera la Unión Soviética en junio de 1941, Roosevelt creyó que el ejército soviético podría tener inmovilizado a la mayor

parte del ejército alemán, con lo cual salvaría a Gran Bretaña y posiblemente evitaría la necesidad de que Estados Unidos participara directamente en la guerra. Así pues, Roosevelt hizo cuanto pudo por evitar una derrota soviética, incluido el envío de ayuda por valor de miles de millones de dólares al amparo de la Ley de Préstamos y Arriendos. A partir de la entrada en guerra de Estados Unidos en diciembre de 1941, Roosevelt se esforzó mucho por mantener la Gran Alianza.

Incluso cuando la Unión Soviética estaba al borde de la derrota, sin embargo, surgieron problemas que crearon tensiones en la nueva relación entre los norteamericanos y los soviéticos. Por ejemplo, Roosevelt no abrió el prometido segundo frente en Francia hasta junio de 1944, tres años después de que los alemanes invadieran la Unión Soviética. Pero tal vez el problema más importante que afectó a la Gran Alianza durante toda la guerra, y finalmente contribuyó a su fin después de la derrota de las potencias del Eje, fue determinar las fronteras territoriales de Europa del Este en la posguerra. Después de evitar el problema durante tanto tiempo como pudo, para que los aliados permanecieran unidos contra Alemania, Roosevelt, en la conferencia de 1943 en Teherán y de nuevo en la de febrero de 1945 en Yalta, reconoció tácitamente la anexión soviética de los estados del Báltico y aceptó oficialmente la alteración de las fronteras de Polonia.

Roosevelt trató de cubrir este ejemplo de política realista con un manto de moralismo. Persuadió a Stalin de firmar la Declaración sobre la Europa Liberada y, de hecho, de permitir que se celebraran elecciones libres en los estados de la Europa del Este. De esta manera, Roosevelt fingió que era fiel al idealismo de Wilson al tiempo que reconocía que poco podía hacerse, como no fuera declarar la guerra, para desalojar a los soviéticos de las regiones que habían ocupado.

Con gran consternación de los observadores occidentales, los soviéticos violaron la Declaración sobre la Europa Liberada a las pocas semanas de firmarla al imponer un gobierno supeditado a ellos en Rumania. Stalin confiaba poco en la capacidad de las Naciones Unidas para mantener la paz. Lo que quería era una amplia zona tapón de estados pro soviéticos entre Alemania y la Unión Soviética. En el pensamiento de Stalin, la autodeterminación, los mercados abiertos y todos los demás elementos del idealismo norteamericano ocupaban un lugar secundario en relación con su objetivo principal.

Si bien es posible que Roosevelt sobreestimara su capacidad de influir en el dictador soviético, nunca contó por completo con ganarse la confianza de Stalin. Lo demostró, entre otras maneras, al negarse a compartir la bomba atómica con los soviéticos. Pero, a pesar de las dudas personales que Roosevelt pudiera tener sobre las perspectivas futuras de las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos, nunca las reveló en público, toda vez que temía que rompieran la Gran Alianza antes de que las potencias del Eje fue-

ran derrotadas. Roosevelt logró disimular sus diferencias con la Unión Soviética hasta su muerte y con ello preservó la Gran Alianza, pero también dio a Stalin la impresión de que a Estados Unidos le parecía bien la invasión de la Europa del Este por parte de los soviéticos, siempre y cuando pudiera presentarse de una forma que la opinión pública norteamericana juzgase aceptable. En este sentido, Roosevelt fue cómplice de Stalin en la ocupación de la Europa del Este.

TRUMAN Y LA CONTENCIÓN

Obviamente, las diferencias ideológicas que habían hecho que las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos fuesen difíciles antes de la segunda guerra mundial, cuando ambas naciones eran relativamente débiles en el plano militar, además de estar aisladas de los asuntos mundiales, por fuerza tenían que agravarse después de que ambas naciones salieran de la guerra convertidas en las principales potencias militares del mundo. Durante el conflicto la necesidad de cooperar en la derrota del enemigo común ocultó estas diferencias ideológicas, así como la suspicacia y la desconfianza que engendraron. Sin embargo, la derrota de las potencias del Eje volvió a dar precedencia a las antiguas percepciones negativas.

Al principio, Harry Truman intentó seguir la política conciliatoria de Roosevelt con respecto a la Unión Soviética. Pero la presión de los partidarios de la línea dura en su gobierno y en el partido republicano, a los que puso nerviosos la política soviética de ocupación en la Europa del Este y el intento de intimidar a Turquía e Irán, obligó a Truman a adoptar de nuevo una actitud de enfrentamiento a principios de 1946. Presionó a los soviéticos para que se retirasen de Irán y, en la Doctrina Truman, declaró su intención de prestar ayuda económica y militar a Grecia y Turquía. Con el Plan Marshall el gobierno de Truman empezó un masivo programa de ayuda económica a las naciones de Europa con la esperanza de que la reconstrucción del capitalismo en el continente detuviera la expansión del comunismo.

Otros problemas exacerbaron el creciente antagonismo de Estados Unidos con respecto a los soviéticos. Los dos bandos no pudieron ponerse de acuerdo sobre varios asuntos relacionados con Alemania, entre ellos las reparaciones, la frontera germanopolaca y la naturaleza política y económica de un estado alemán reunificado. Tampoco llegaron a un acuerdo sobre un sistema internacional para el control de la energía atómica. Estos fracasos no sólo fomentaron la desconfianza entre las superpotencias, sino que también contribuyeron a que la carrera de armamentos nucleares fuese inevitable. La imposibilidad de resolver estos problemas y otros también fue la causa de que las Naciones Unidas se convirtieran en un centro del enfrentamiento de la gue-

rra fría, en vez de ser un foro donde se resolvieran las diferencias internacionales.

Como han afirmado los historiadores revisionistas, los factores económicos fueron una razón importante de la ruptura de la Gran Alianza. Estados Unidos trató de utilizar la influencia económica para modificar el comportamiento de los soviéticos, por ejemplo cuando Truman suspendió la Ley de Préstamos y Arriendos y se negó a conceder un empréstito. Como era de esperar, los soviéticos creyeron que el motivo del Plan Marshall era siniestro, a saber: manipular la política interior y exterior de la Unión Soviética, sobre todo debilitar el control que los soviéticos ejercían en la Europa del Este. Debido a ello, la Unión Soviética rechazó el citado plan y obligó a sus satélites a hacer lo mismo.

El rechazo del Plan Marshall por parte de los soviéticos, el golpe comunista en Checoslovaquia y el bloqueo soviético de Berlín reforzaron la opinión que empezaba a tomar cuerpo en Estados Unidos. Si Estados Unidos volvía a replegarse en el aislacionismo, la Europa occidental caería de nuevo bajo la dominación de una potencia agresiva, y las fuerzas militares norteamericanas tendrían que volver a luchar en el continente europeo. La comprensión de este hecho influyó mucho en la decisión norteamericana de ingresar en la Alianza del Atlántico Norte en 1949.

Desde luego, el gobierno de Truman exageró su estimación del poderío militar soviético con el fin de que los norteamericanos apoyaran su compromiso con la OTAN. De hecho, la Unión Soviética desmovilizó a la inmensa mayoría de sus fuerzas al terminar la guerra y disponía de aproximadamente el mismo número de soldados para atacar la Europa occidental que las naciones de la OTAN tenían para defenderse.

Al finalizar la contienda, pensar en una invasión soviética de la Europa occidental era poco realista. La Unión Soviética salió muy debilitada de la guerra y no estaba en condiciones de empezar un prolongado conflicto militar con Estados Unidos, sobre todo teniendo en cuenta la ventaja norteamericana en armas nucleares. Sin embargo, el recuerdo de Pearl Harbor y la explosión de la primera bomba atómica soviética en 1949 convencieron a los norteamericanos de que pecar de exagerados era preferible a subestimar otra vez al enemigo.

Además, la posibilidad de que los comunistas emplearan la subversión contra los gobiernos occidentales era real, como había demostrado el golpe de Checoslovaquia. Los temores norteamericanos a una expansión «por poderes» de los soviéticos se intensificaron con la «caída» de China en 1949 y el ataque norcoreano contra Corea del Sur el año siguiente. Para entonces, el gobierno de Truman, así como el pueblo norteamericano, estaban convencidos de que la Unión Soviética era una potencia agresiva que pretendía dominar el mundo.

El macarthismo, que acusó a Truman de ser blando con las amenazas co-

munistas, tanto internas como externas, incrementó la sensación de vulnerabilidad del pueblo norteamericano. En consecuencia, la evaluación realista de la amenaza soviética era políticamente imposible, casi una traición, en la época de Truman y siguió siéndolo durante mucho tiempo.

El gobierno de Truman sacó la conclusión de que Estados Unidos debía incrementar sus fuerzas militares y contener la agresión comunista dondequiera que se produjese. Washington se negó a reconocer a la China comunista y se comprometió a proteger a Taiwán. También intervino en la guerra de Corea y prestó ayuda militar y económica a Taiwán, Tailandia y la Indochina francesa. El gobierno de Truman también formó una red de alianzas en el Pacífico con Japón, Australia y Nueva Zelanda. Cuando Truman dejó el cargo en 1953 los cimientos para los siguientes cuatro decenios de guerra fría ya eran sólidos.

LA EXPANSIÓN DE LA CONTENCIÓN AL TERCER MUNDO

Con el *statu quo* inmovilizado en Europa, el Tercer Mundo se convirtió rápidamente en el escenario principal de la rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Para impedir la propagación del comunismo en el mundo subdesarrollado, Estados Unidos se alió frecuentemente con dictaduras en vez de con las fuerzas reformistas. Durante el gobierno de Eisenhower, la CIA ayudó al sha de Irán a recuperar su trono, así como a derrocar a un gobierno que llevaba a cabo la reforma agraria en Guatemala, y preparó planes para derribar a Fidel Castro en Cuba.

Estados Unidos también intensificó la política de contención en Oriente Próximo durante el gobierno de Eisenhower. Ayudó a crear la Organización del Tratado Central (CENTO) y proclamó (en la Doctrina Eisenhower) su disposición a intervenir militarmente para apuntalar los gobiernos occidentales de la región. Demostró que estaba decidido a ello cuando en 1958 envió infantes de marina a Líbano y apoyó a los ingleses en la defensa del gobierno del rey Hussein de Jordania.

Eisenhower aplicó la doctrina de contención en Extremo Oriente también. En 1954 Estados Unidos firmó una alianza con Taiwán y creó la Organización del Tratado del Sudeste de Asia (SEATO), que lo comprometía con la defensa de Tailandia, Pakistán, Vietnam del Sur, Laos y Camboya contra la «agresión comunista».

Los soviéticos fueron también los causantes de la intensificación de la guerra fría durante la presidencia de Eisenhower. La pomposa fanfarronada de Nikita Jruschov sobre la inevitabilidad del triunfo comunista irritó a los norteamericanos. La disposición de Jruschov a embarcarse en una «diploma-

cia de cohetes» dio impulso a la carrera de armamentos nucleares, y sus ansias de atacar los intereses de Estados Unidos en el mundo contribuyeron a que la guerra fría se propagara al Tercer Mundo. La agresividad de Jruschov no era fruto sólo del deseo de aprovechar una oportunidad de aumentar la influencia soviética, sino también de la necesidad de rechazar la creciente competencia de China por el liderazgo del movimiento comunista.

Por diversas razones —políticas, económicas e incluso psicológicas— John F. Kennedy no podía hacer caso omiso del desafío de Jruschov, en particular de la promesa del dirigente soviético de ayudar a los movimientos de «liberación» del Tercer Mundo. Así pues, Kennedy aprobó el plan de la CIA que había puesto en marcha Eisenhower para derrocar a Castro. Su humillante fracaso en la invasión de Bahía de Cochinos fue una de las causas del mayor enfrentamiento entre las superpotencias en la guerra fría, la crisis de los misiles de Cuba. Kennedy también permitió que la CIA derrocará el régimen de Lumumba en el Congo. Y amplió el compromiso de Estados Unidos con Vietnam del Sur, y con ello creó las fuerzas militares que permitirían a su sucesor, Lyndon Johnson, meterse en el lodazal de Vietnam.

La incapacidad de Johnson para derrotar a los nordvietnamitas fue un momento crítico en la historia de la política de contención de Estados Unidos. El fracaso de Vietnam destruyó el consenso nacional que había prevalecido desde los tiempos del gobierno de Truman y según el cual Estados Unidos debía intervenir dondequiera que fuese posible para frenar la expansión del comunismo. La desaparición de dicho consenso obligó a Johnson a retirarse de la campaña presidencial de 1968. También obligó a su sucesor, Richard Nixon, a retirar las fuerzas de combate norteamericanas de Vietnam, proceso que quedó terminado en 1973. La consiguiente caída de Vietnam del Sur dos años después fue la derrota más amarga que sufrió Estados Unidos durante toda la guerra fría.

LA CARRERA DE ARMAMENTOS NUCLEARES

La carrera de armamentos nucleares también intensificó y prolongó la guerra fría. Estados Unidos pasó a depender mucho de las armas nucleares para contener el comunismo durante el gobierno de Eisenhower, sobre todo porque su fabricación y su despliegue eran relativamente baratos en comparación con las armas convencionales.

Cuando los soviéticos empezaron a producir armas nucleares y, en los años cincuenta, los ingenios para lanzarlas contra objetivos norteamericanos, las armas de este tipo adquirieron todavía más importancia para Estados Unidos. Se consideraban necesarias no sólo para disuadir a los soviéticos de lanzar un ataque nuclear contra Estados Unidos y sus aliados, sino también para

hacer frente al comunismo en muchos otros ámbitos. Estados Unidos amenazó con utilizar las armas nucleares durante la crisis de las islas del litoral de China en el decenio de 1950, en las crisis de Berlín de 1948 y 1961, en la crisis de los misiles de Cuba en 1962 y en la guerra árabe-israelí de 1973.

La «diplomacia nuclear» de Estados Unidos se basaba en la abrumadora superioridad nuclear que poseyó hasta el decenio de 1970. Con la excepción de los ICBM y los ABM, Estados Unidos aventajaba a la Unión Soviética en la fabricación y el despliegue de los principales tipos de armas nucleares estratégicas. Para los norteamericanos, la superioridad nuclear no era sólo un requisito de la seguridad nacional, sino una cuestión de supremacía nacional. Para los soviéticos, la superioridad nuclear norteamericana amenazaba su existencia.

Todos los gobiernos norteamericanos de la posguerra fueron objeto de presiones para que fabricaran más armas nucleares. Las presiones procedían del complejo militar-industrial, integrado por el Pentágono, los contratistas que trabajaban para la defensa, los científicos de los laboratorios de armas nucleares y los políticos en cuyas circunscripciones había industrias de defensa o que tenían un interés personal en el gobierno que se hallaba en el poder. Con el fin de conseguir más apoyo del Congreso al incremento de los gastos de defensa, el complejo militar-industrial aprovechó repetidas veces el miedo de los ciudadanos a la Unión Soviética, para lo cual hizo estimaciones exageradas de las capacidades soviéticas. El resultado fueron sucesivas alarmas causadas por la supuesta disparidad de armamentos: de bombarderos y luego de misiles a finales de los años cincuenta, de ABM a finales de los sesenta, de cargas nucleares en los setenta y de armas espaciales en los ochenta.

Los soviéticos se sintieron obligados a mantenerse a la altura de su adversario, más avanzado en el campo de la tecnología, y con el tiempo lograron igualar en número, aunque no en calidad, prácticamente todas las principales armas nucleares de Estados Unidos. Se dio la paradoja de que el resultado final e inevitable de este ciclo de acción-reacción fue un incremento de la inseguridad tanto norteamericana como soviética. Cuantas más armas nucleares norteamericanas apuntaban a la Unión Soviética, más armas nucleares soviéticas apuntaban a Estados Unidos.

EL FRACASO DE LA DISTENSIÓN ENTRE ESTADOS UNIDOS Y LA UNIÓN SOVIÉTICA

Los crecientes riesgos de guerra nuclear, por no mencionar los gastos, que produjo la carrera de armamentos nucleares empujó a los gobiernos de Kennedy, Johnson y Nixon a cultivar la distensión con los soviéticos. A raíz de la crisis de los misiles de Cuba, que estuvo a punto de causar una catástrofe, Es-

tados Unidos y la Unión Soviética firmaron los primeros acuerdos significativos para el control de armas nucleares, el Tratado de Prohibición Limitada de Pruebas Nucleares y el Tratado de No Proliferación Nuclear. Pero la distensión alcanzó su apogeo durante la presidencia de Nixon. Nixon y Breznev firmaron el acuerdo SALT I, un importante acuerdo comercial y el Acuerdo sobre la Prevención de la Guerra Nuclear, entre otros relacionados con la distensión. Nixon también empezó a normalizar las relaciones de Estados Unidos con China. Por diversas razones, sin embargo, la distensión también empezó a fallar durante la presidencia de Nixon. El motivo fundamental fue que los soviéticos pensaban que la mejora de las relaciones con Estados Unidos no era una razón para dejar de apoyar a estados clientes como, por ejemplo, Vietnam, Siria, Egipto y Cuba, ni a movimientos marxistas de otras partes del Tercer Mundo, tales como Angola. En consecuencia, los políticos norteamericanos, en particular los conservadores, empezaron a preguntar qué beneficios sacaba Estados Unidos de la distensión. Arguyeron que los acuerdos económicos entre los dos países subvencionaban la ineficiente economía de la Unión Soviética y le permitía aumentar los efectivos y la calidad de sus fuerzas armadas. Los conservadores bloquearon la ratificación del tratado comercial entre Estados Unidos y la Unión Soviética e impusieron restricciones complementarias al acuerdo SALT II. Los liberales, en cambio, se enfadaron principalmente porque, a su modo de ver, Nixon hacía mal uso de los poderes presidenciales relacionados con la guerra y reaccionaron cortando la provisión de fondos para la lucha en Indochina, aprobando la Ley de Poderes de Guerra y restringiendo las operaciones encubiertas de la CIA. Nixon y su sucesor, Gerald Ford, arguyeron que el Congreso había privado a Estados Unidos de las amenazas y los incentivos que había empleado hasta entonces para tratar de controlar el comportamiento de los soviéticos.

Jimmy Carter intentó reactivar la distensión durante su presidencia. Tenía la esperanza de que los soviéticos ayudaran a resolver los problemas apremiantes del mundo, tales como el crecimiento de los arsenales nucleares, los conflictos regionales y las violaciones de los derechos humanos. Sin embargo, al terminar el mandato de Carter, las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética se hallaban en su punto más bajo desde la crisis de los misiles de Cuba.

Carter fue responsable en parte de semejante situación. Llevó mal las negociaciones SALT II y esto retrasó la firma de un tratado, lo que a su vez permitió que otros acontecimientos, en particular la invasión de Afganistán por los soviéticos, hicieran que disminuyera el apoyo a su ratificación. Defendió los derechos humanos en el imperio soviético y a causa de ello resultó difícil obtener la cooperación de los soviéticos en otros asuntos, y el gobierno normalizó de forma conspicua las relaciones con China, lo cual molestó aún más a los soviéticos. La exclusión de los soviéticos del proceso de paz de Oriente

Próximo no hizo más que confirmar sus temores soviéticos en el sentido de que no sacarían ningún beneficio de la cooperación con el gobierno de Carter. La decisión soviética de invadir Afganistán fue fruto de esta creencia.

Los soviéticos, sin embargo, fueron los principales responsables del fracaso de la distensión. La inflexibilidad del gobierno de Breznev quedó demostrada no sólo en las Conversaciones para la Limitación de Armas Estratégicas, sino también en las conversaciones LRTNF y MBFR. Breznev también fue incapaz de dejar de rivalizar con Estados Unidos en el Tercer Mundo y esta rivalidad agotó inevitablemente los recursos de la Unión Soviética y acabó provocando su caída. Al producirse el declive económico de la Unión Soviética, sus dirigentes se sintieron todavía más obligados a hacerse pasar por una potencia revolucionaria, aunque sólo fuera para dar un poco de legitimidad al monopolio del poder de que gozaba el partido comunista soviético. Pero el precio que pagó por ello fue muy alto: el sucesor de Carter, Ronald Reagan, empujaría a la Unión Soviética con mucha más fuerza hasta el borde del derrumbamiento.

EL FINAL DE LA GUERRA FRÍA

No cabe duda de que el «full-court press» que se lanzó durante el primer mandato de Reagan —que incluyó un aumento del poderío militar coronado por la Iniciativa de Defensa Estratégica, la denegación de ayuda económica a la Unión Soviética y la disposición a enfrentarse a ella en el Tercer Mundo— obligó a los soviéticos a considerar la perspectiva de tener que gastar recursos que no poseían. Pero la causa principal del fin de la guerra fría fueron las debilidades inherentes al sistema soviético y no la presión del gobierno de Reagan. Dicho de forma sencilla, el sistema económico soviético no había logrado sostener el imperio soviético. A su vez, el fracaso económico provocó la disminución del apoyo popular al comunismo, no sólo en la Unión Soviética y la Europa del Este, sino también en los estados clientes marxistas del Tercer Mundo, por lo que a los soviéticos les resultó mucho más difícil competir con Estados Unidos en el mundo subdesarrollado.

Mijail Gorbachov trató de introducir cambios en la política interior y la política exterior de la Unión Soviética, e incluso renunció a principios marxistas que venían de muy antiguo, en un intento de dar marcha atrás a la decadencia económica y social del país. Puso en marcha reformas económicas, la *perestroika*, y permitió mayor libertad de expresión, la *glasnost*, para tratar de vencer la oposición de los partidarios de la línea dura. También intentó poner fin a la carrera de armamentos con Estados Unidos, porque su coste era exorbitante. Propuso reducciones significativas de los arsenales respectivos y presionó a Reagan y a Bush para que las aceptasen. El Tratado INF fue uno de

los resultados. Un Tratado START fue otro. Gorbachov también empezó la retirada soviética del Tercer Mundo.

No obstante, las reformas de Gorbachov desataron fuerzas que hicieron inevitable el derrumbamiento de la Unión Soviética. La mayor libertad de expresión permitió a los demócratas y a los nacionalistas oponerse al monopolio comunista del poder. También provocó una reacción de los partidarios de la línea dura que culminó con el fallido golpe de agosto de 1991 y la desintegración de la Unión Soviética.

Después de la actitud cauta que al principio adoptó ante Gorbachov, el presidente Bush facilitó sabiamente el fin del que había sido adversario de Estados Unidos durante tantos años. Dio las garantías que necesitaba Gorbachov para aceptar la reunificación alemana. Además, no empujó con excesiva fuerza al dirigente soviético en el asunto de la autodeterminación de las nacionalidades sometidas a la Unión Soviética. La paciencia de Bush ayudó a Gorbachov a distanciarse de las medidas represivas que los partidarios de la línea dura tomaron contra Lituania y, finalmente, unirse de nuevo a los reformistas. Asimismo, si bien Bush tardó en apoyar al dirigente soviético durante el intento de golpe de Estado, sus iniciativas sobre el control de armamentos, después de que Gorbachov recuperase el poder, garantizaron que el traspaso de las armas nucleares soviéticas al presidente ruso, Boris Yeltsin, se llevara a cabo sin incidentes.

¿QUIÉN «GANÓ» LA GUERRA FRÍA?

Bush podía argüir, y así lo hizo, que el fin de la Unión Soviética en diciembre de 1991 significó la victoria de Occidente en la guerra fría. No sólo había desaparecido el comunismo soviético, sino que bajo Boris Yeltsin había nacido una nueva Rusia que estaba comprometida con la democracia y el sistema de mercado libre.

Sin embargo, Occidente, y en particular Estados Unidos, pagó un precio muy alto por la guerra fría. Decenas de miles de miembros de las fuerzas armadas norteamericanas, y muchos más soldados y civiles de países amigos, murieron en los conflictos calientes de la guerra fría, especialmente en Corea y Vietnam.

La guerra fría también alteró las instituciones políticas de Estados Unidos. El incremento de los requisitos de la seguridad nacional contribuyó al auge de la llamada «presidencia imperial», así como al mal uso de los poderes presidenciales, cuyo ejemplo más sórdido fue el asunto Watergate. Los peores abusos del escándalo de Watergate pusieron de manifiesto que hasta los más preciados principios de la democracia norteamericana corrieron peligro a causa de las exigencias de la seguridad nacional.

La guerra fría fue también cara en dólares. Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética gastaron muchísimo en armas de guerra y en ayuda militar y económica a sus aliados y estados clientes. La deuda nacional de Estados Unidos había ascendido a cuatro mil billones al finalizar la guerra fría. Si bien gran parte de la deuda era debida a la negativa del Congreso a reducir los gastos interiores y fijar unos impuestos adecuados para mantenerla, los masivos gastos militares también contribuyeron a ella. Con el objeto de financiar la creciente deuda nacional, Estados Unidos tuvo que convertirse en nación deudora por primera vez desde hacía setenta años.

La guerra fría también perjudicó la infraestructura económica de Estados Unidos. Se permitió el deterioro de elementos importantes del sistema de transportes, tales como carreteras y puentes. Asimismo, no se invirtió lo suficiente en otros aspectos clave de una economía industrial avanzada como son la educación, la formación profesional y la investigación con fines no militares. Debido a ello, Estados Unidos se encontraba en creciente desventaja al competir en el comercio con otros países —en especial Japón y Alemania— que no tenían que invertir tanto en sus fuerzas armadas, principalmente porque Estados Unidos se hacía cargo de una parte de los gastos de defensa de dichos países. A causa de ello, estos dos vencidos en la segunda guerra mundial pasaron a ser los principales competidores económicos de Estados Unidos en los últimos tiempos de la guerra fría. La relativa falta de atención a problemas sociales apremiantes fue otro precio que pagó el pueblo norteamericano por la victoria en la guerra fría. Los efectos todavía son visibles en las zonas urbanas deprimidas, donde las viviendas insalubres, la delincuencia, el paro generalizado y la dependencia de las prestaciones sociales son la regla más que la excepción.

En ciertos sentidos, el efecto más perjudicial de la guerra fría, tanto en el pueblo soviético como en el norteamericano, así como en muchos otros, fue psicológico. La guerra fría engendró miedo y suspicacia. Contribuyó a que la Unión Soviética siguiera siendo un estado estalinista cuando ya había transcurrido mucho tiempo desde la muerte de Stalin, así como a mantener dictaduras brutales tanto en países comunistas como no comunistas de otras partes del mundo.

A su vez, el miedo y la suspicacia que inspiraba el comunismo aterrorizaron a incontables norteamericanos y arruinaron la carrera de no pocas personas que sólo eran sospechosas de ser comunistas. Además, la guerra fría, y concretamente la intervención de Estados Unidos en el conflicto de Vietnam, dividió al pueblo norteamericano como nada lo había dividido desde la guerra de Secesión. Afganistán fue el Vietnam de los soviéticos.

Asimismo, el enfrentamiento entre las superpotencias, especialmente durante la crisis de los misiles de Cuba, estuvo a punto de provocar una guerra nuclear que hubiese podido acabar con la vida del planeta. Afortunadamente

no fue así, pero el miedo a la guerra nuclear afligió a dos generaciones de ciudadanos norteamericanos y soviéticos, por no hablar del resto de los habitantes del mundo.

Es obvio que Gorbachov tenía mucha razón al afirmar que tanto la Unión Soviética como Estados Unidos *perdieron* la guerra fría. El pueblo de ambas naciones perdió mucho a causa de la guerra, aun cuando la Unión Soviética desapareciera y Estados Unidos saliese triunfante.

Resulta paradójico, pero hay gente que casi echa de menos la guerra fría. Si bien durante la guerra fría se registraron numerosos conflictos entre Estados Unidos y los «apoderados», aliados o clientes de la Unión Soviética, no hubo una guerra general entre las dos superpotencias porque ambas eran conscientes de que bien podría haber sido la última guerra de la humanidad. Por este motivo, el historiador John Lewis Gaddis ha llamado a la guerra fría la era de «la larga paz».

Ambos bandos temían una guerra nuclear total y por ello procuraron mantener un equilibrio de poder estable. Las dos superpotencias no sólo se frenaban mutuamente, sino que también tenían controladas a otras fuerzas que podían ser desestabilizadoras. Estados Unidos ayudó a tener a Alemania y Japón a raya, mientras la Unión Soviética mantenía tapadas las rivalidades étnicas de la Europa del Este y el centro de Asia. Las consecuencias negativas del declive y luego el fin de la Unión Soviética las tenemos en las matanzas en masa de civiles en Bosnia, Azerbaiján, Armenia y Chechenia.

Después de la guerra fría, como se ha visto en Somalia, Haití y Bosnia, la carga del mantenimiento de la paz mundial ha recaído en Estados Unidos y se ha hecho aún más pesada. Esto contribuye a explicar por qué el gobierno de Clinton se ha esforzado tanto por obtener el apoyo ruso al papel pacificador de la OTAN en Bosnia. Es un legado irónico de la «victoria» estadounidense en la guerra fría.

¿Pudo haberse evitado la guerra fría? Está claro que no. La rivalidad entre las dos naciones era inevitable dado que sus respectivos destinos manifiestos las obligaban a difundir su influencia política, cultural y económica. Al cumplir esta misión, ambos estados buscaron seguridad en enemigos reales e imaginarios y crearon colonias, estados clientes y aliados para protegerse.

Pero una razón más importante de la inevitabilidad de la guerra fría, más allá de la sensación de ser vulnerables que experimentaban ambas partes, fue el carácter incompatible de sus ideologías respectivas. Esto ya se hizo evidente en tiempos de la revolución bolchevique, cuando tanto Lenin como Wilson comprendieron que una auténtica cooperación entre los dos sistemas era imposible. Después de la derrota del enemigo común de los rusos y los norteamericanos en la segunda guerra mundial, Alemania, la anterior animosidad ideológica entre los dos países renació y se hizo más intensa. El fin de la guerra fría y el comienzo de una verdadera cooperación entre los rusos y los nor-

teamericanos no fueron posibles hasta después de que Gorbachov demostrara que estaba dispuesto a abandonar el conflicto ideológico que contaba varios decenios de existencia.

Que la guerra fría no destruyera a la humanidad es providencial. Otra causa para ser optimistas es que, pese a todas las amenazas que se cernieron sobre ella durante la guerra fría, la democracia sigue viva en Estados Unidos. Si hay suerte, la democracia arraigará también en Rusia y en las demás repúblicas que formaban la Unión Soviética. Puede que ésa sea al final la consecuencia más beneficiosa de la guerra fría.

Con todo, aunque las relaciones entre los rusos y los norteamericanos han mejorado de forma considerable desde el fin de la guerra fría, muchas de las antiguas fricciones que caracterizaron aquel periodo vuelven a amenazar a la nueva relación. Los apuros económicos que soportó el pueblo ruso durante la transición a una economía de mercado libre han sido más graves y desiguales de lo que se esperaba. A causa de ello, ha disminuido el apoyo popular no sólo al capitalismo, sino también al sistema democrático que intenta crearlo. Probablemente esto explica los buenos resultados que obtuvo el partido comunista en las elecciones parlamentarias rusas de diciembre de 1995, en las cuales obtuvieron el mayor porcentaje de escaños, alrededor del 22 por 100.

El nacionalismo ruso también ha cobrado nueva vida, como demostraron los buenos resultados del partido ultranacionalista (encabezado por Vladimir Zhirinovsky) en las elecciones parlamentarias rusas (el 11 por 100 de escaños). El movimiento nacionalista ruso se ha visto alentado no sólo por la decepción que causó el programa económico de Yeltsin, sino también por el fin de Rusia como superpotencia. Rusos de todas las tendencias políticas se ofendieron cuando la OTAN se negó a que Rusia ingresara en la alianza en calidad de miembro de pleno derecho. Ahora la mayoría de los rusos se opone categóricamente a la entrada en la OTAN de los otros estados de la Europa del Este que lo han solicitado, en particular Polonia, Checoslovaquia y Hungría.

Por desgracia, no es posible tener la seguridad de que la democracia perdurará en Rusia, a pesar de la reelección de Yeltsin en 1996. Su caída y su sustitución por una Rusia más agresivamente nacionalista, así como menos democrática y capitalista, podría reactivar la guerra fría.

Notas

INTRODUCCIÓN: ESTADOS UNIDOS Y LA RUSIA ZARISTA

1. Miroslav Nincic, *Anatomy of Hostility: The U.S.-Soviet Rivalry in Perspective*, 1989, p. 86.
2. Thomas Jefferson, *The Writings of Thomas Jefferson*, en A. A. Lipscomb y A. E. Bergh, eds., edición conmemorativa, 20 vols., 1907, vol. 19, pp. 142-144.
3. *Ibid.*, vol. 11, pp. 290-292.
4. John Lewis Gaddis, *Russia, the Soviet Union, and the United States: An Interpretative History*, 1990², pp. 10-11.
5. James Buchanan, *The Works of James Buchanan*, en John Bassett Moore, ed., 1908-1911, vol. 2, p. 199.
6. John Lewis Gaddis, *The Long Peace: Inquiries into the History of the Cold War*, 1987, p. 5.
7. E. A. Adamov, «Russia and the United States at the Time of the Civil War», *Journal of Modern History* 2 (diciembre de 1930), pp. 601-602.
8. Gaddis, *Russia, the Soviet Union, and the United States*, p. 21.

CAPÍTULO I. ESTADOS UNIDOS Y LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE, 1917-1933

1. Woodrow Wilson, *War and Peace*, 1927, vol. 1, p. 13.
2. U. S. Department of State, *Foreign Relations of the United States: 1918, Russia, 1931-1932*, vol. 1, p. 258. En lo sucesivo *FRUS*, seguido del subtítulo del volumen.
3. Robert Lansing, *War Memoirs*, 1953, p. 340.
4. *New York Times*, 5 de diciembre de 1917.
5. Lansing, *op. cit.*, p. 342.
6. C. K. Cumming y Walter W. Pettit, *Russian-American Relations: March 1917-March 1920*, 1920, p. 65.

7. Ray Stannard Baker y William E. Dodd, eds., *The Public Papers of Woodrow Wilson*, 6 vols., 1925-1927, vol. 5, pp. 159-160.
8. *The Papers of Woodrow Wilson*, en Arthur S. Link, ed., 1984, p. 65.
9. Leonid I. Strakhovsky, *American Opinion about Russia, 1917-1920*, 1961, p. 50.
10. William A. Williams, «American Intervention in Russia, 1917-1920» (2.ª parte), *Studies on the Left* 4 (invierno de 1964), p. 40.
11. Strakhovsky, *op. cit.*, p. 55.
12. Cumming y Pettit, *op. cit.*, pp. 81-82.
13. *FRUS: 1918, Russia*, vol. 1, p. 395.
14. George F. Kennan, *Soviet-American Relations, 1917-1920*, vol. 1: *Russia Leaves the War*, 1958, p. 516.
15. David R. Francis, *Russia from the American Embassy*, 1921, p. 230.
16. *FRUS: 1918, Russia*, vol. 1, p. 30.
17. *Ibid.*, p. 42.
18. *FRUS: The Lansing Papers, 1914-1920*, 1940, vol. 2, p. 355.
19. *FRUS: 1918, Russia*, vol. 2, p. 67.
20. Robert J. Maddox, *The Unknown War with Russia: Wilson's Siberian Intervention*, 1977, p. 39.
21. Strakhovsky, *op. cit.*, p. 59.
22. *FRUS: 1918, Russia*, vol. 2, p. 81.
23. *Ibid.*, p. 88.
24. George F. Kennan, *Soviet-American Relations, 1917-1920*, vol. 2: *The Decision to Intervene*, 1960, p. 100.
25. *FRUS: 1918, Russia*, vol. 2, pp. 116-117.
26. John W. Long, «American Intervention in Russia: The North Russian Expedition, 1918-19», *Diplomatic History* 6 (invierno de 1982), p. 50.
27. *FRUS: 1918, Russia*, vol. 2, p. 160.
28. *FRUS: Lansing papers*, vol. 2, pp. 361-362.
29. *FRUS: 1918, Russia*, vol. 2, p. 476.
30. *FRUS: Lansing Papers*, vol. 2, p. 360.
31. W. B. Fowler, *British-American Relations, 1917-1918*, 1969, pp. 179-180.
32. *FRUS: Lansing Papers*, vol. 2, p. 363.
33. *FRUS: 1918, Russia*, vol. 2, pp. 245-246.
34. Peyton C. March, *The Nation at War*, 1932, pp. 116-126.
35. *FRUS: 1918, Russia*, vol. 2, pp. 287-290.
36. *Ibid.*, p. 351.
37. Basil Dmytryshyn, *USSR: A Concise History*, 1965, p. 91.
38. *FRUS: 1918, Russia*, vol. 2, p. 324.
39. *Ibid.*, p. 395.
40. Betty Miller Unterberger, «Woodrow Wilson and the Bolsheviks: The «Acid Test» of Soviet-American Relations», *Diplomatic History* 11 (primavera de 1987), p. 85.
41. *Ibid.*, p. 87.
42. Long, *op. cit.*, p. 61.
43. Louis Fischer, *The Soviets in World Affairs*, 1951, vol. 1, p. 150.
44. Richard K. Debo, *Revolution and Survival: The Foreign Policy of Soviet Russia, 1917-1918*, 1979, p. 388.
45. *Ibid.*
46. *FRUS: 1919, Russia*, 1937, p. 15.
47. Jane Degras, ed., *Soviet Documents on Foreign Policy*, 2 vols., 1951, vol. 1, p. 135.
48. *FRUS: 1919, Russia*, p. 57.

49. *Ibid.*
50. Betty Miller Unterberger, «Woodrow Wilson and the Russian Revolution», en Arthur S. Link, ed., *Woodrow Wilson and a Revolutionary World, 1913-1921*, 1982, p. 84.
51. Frederick S. Calhoun, *Power and Principle: Armed Intervention in Wilsonian Foreign Policy*, 1986, p. 240.
52. *Congressional Record*, 65.º Cong., 3.ª ses., 14 de febrero de 1919, 4.ª pt., pp. 3.334-3.342.
53. *FRUS: 1919, Russia*, p. 617.
54. Lloyd C. Gardner, *Wilson and Revolution, 1913-1921*, 1970, p. 53.
55. *FRUS: 1920, 1936*, vol. 3, p. 466.
56. Strakhovsky, *op. cit.*, pp. 114-115.
57. Degras, *op. cit.*, vol. 1, pp. 221-224.
58. Katherine A. S. Siegel, «Technology and Trade: Russia's Pursuit of American Investment, 1917-1929», *Diplomatic History* 17 (verano de 1993), p. 393.
59. Degras, *op. cit.*, vol. 2, p. 408.
60. John Lewis Gaddis, *Russia, the Soviet Union, and the United States: An Interpretative History*, 1990, p. 108.
61. Long, *op. cit.*, p. 67.

CAPÍTULO 2. FRANKLIN D. ROOSEVELT Y LA GRAN ALIANZA, 1933-1945

1. *FRUS: 1933, 1949*, vol. 22, pp. 794-795.
2. *FRUS: 1933*, vol. 2, pp. 805-814.
3. Gaddis, *Russia, the Soviet Union, and the United States*, p. 121.
4. Edward M. Bennett, *Recognition of Russia: An American Foreign Policy Dilemma*, 1970, p. 192.
5. Thomas R-Maddux, *Years of Estrangement: American Relations with the Soviet Union, 1933-1941*, 1980, p. 23.
6. Edward M. Bennett, *Franklin D. Roosevelt and the Search for Security: American-Soviet Relations, 1933-1939*, 1985, p. 45.
7. *FRUS: Soviet Union, 1933-39*, 1952, p. 245.
8. Gaddis, *Russia, the Soviet Union, and the United States*, p. 126.
9. *FRUS: Soviet Union, 1933-39*, p. 265.
10. George F. Kennan, *Memoirs: 1925-1950*, 1967, p. 57.
11. *FRUS: Soviet Union, 1933-1939*, p. 310.
12. Bennett, *Franklin D. Roosevelt and the Search for Security*, pp. 136-137.
13. Kennan, *op. cit.*, p. 74.
14. Fraser J. Harbut, *The Iron Curtain: Churchill, America, and the Origins of the Cold War*, 1986, p. 34.
15. Kennan, *op. cit.*, pp. 137-141.
16. Joseph Davies, *Mission to Moscow*, 1941, pp. 493, 496.
17. Raymond H. Dawson, *The Decision to Aid Russia, 1941: Foreign Policy and Domestic Politics*, 1959, p. 108.
18. *FRUS: 1941, 1958*, vol. 1, p. 832.
19. U. S. Department of State, *Bulletin* 5 (1941), p. 366.
20. Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 4: *The Hinge of Fate*, 1950, p. 327.
21. Robert E. Sherwood, *Roosevelt and Hopkins: An Intimate History*, 1948, p. 563.
22. *FRUS: 1942, 1942*, vol. 3, p. 598.
23. Churchill, *op. cit.*, vol. 4, p. 744.

24. Orville H. Bullitt, ed., *For the President, Personal and Secret: Correspondence Between Franklin D. Roosevelt and William C. Bullitt*, 1973, pp. 575-579.
25. William C. Bullitt, «How We Won the War and Lost the Peace», *Life*, 30 de agosto de 1948, p. 94.
26. John Lewis Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947*, 1972, p. 439.
27. Robert Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, 1979, p. 439.
28. Warren F. Kimball, *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, 3 vols., 1984, vol. 3, p. 371.
29. *FRUS: The Conferences at Malta and Yalta*, 1955, p. 973.
30. William D. Leahy, *I Was There*, 1950, pp. 315-316.
31. *FRUS: The Conferences at Malta and Yalta*, p. 770.
32. Beatrice B. Berle y Travis B. Jacobs, eds., *Navigating the Rapids, 1918-1971: From the Papers of Adolf A. Berle*, 1973, p. 477.
33. *FRUS: 1945*, 1967, vol. 5, pp. 194-196.
34. Kimball, *op. cit.*, vol. 3, pp. 629-630.
35. Frederick W. Marks III, *Winds over Sand: The Diplomacy of Franklin Roosevelt*, 1988, pp. 177, 173.
36. Gaddis, *Russia, the Soviet Union, and the United States*, p. 167.

CAPÍTULO 3.

TRUMAN Y LA CONTENCIÓN, 1945-1953

1. John Lewis Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947*, 1972, p. 267.
2. *Time*, 18 de febrero de 1946, pp. 25-26.
3. Gaddis, *op. cit.*, p. 300.
4. Harry S. Truman, *Memoirs*, vol. 2: *Years of Trial and Hope*, 1956, p. 95.
5. *FRUS: 1946*, 1969, vol. 7, pp. 524, 529-532.
6. *Vital Speeches of the Day* 12 (15 de marzo de 1946), pp. 326-329.
7. Robert L. Messer, *The End of An Alliance: James Byrnes, Roosevelt, Truman, and the Origins of the Cold War*, 1982, p. 190.
8. *Vital Speeches of the Day* 12 (15 de marzo de 1946), pp. 329-332.
9. Messer, *op. cit.*, p. 185.
10. *Public Papers of the Presidents of the United States: Harry S. Truman, 1947, 1963*, pp. 178-179.
11. Gaddis, *op. cit.*, p. 352.
12. U. S. Department of Defense, *History of the Secretary of Defense*, en Alfred Goldberg, ed. gral., vol. 1: Steven L. Rearden, *The Formative Years, 1947-1950*, 1984, pp. 13-14.
13. Michael H. Hunt, «Mao Tse-tung and the Issue of Accommodation with the United States», en Dorothy Borg y Waldo Heinrichs, eds., *Uncertain Years: Chinese-American Relations, 1947-1950*, 1980, p. 215.
14. U. S. Department of State, *U. S. Relations with China*, 1949, p. 538.
15. U. S. Department of State, *Bulletin* 22 (23 de enero de 1950), pp. 111-118.
16. *Congressional Record*, 81.º Congreso, 1.ª ses., 22 de agosto de 1949, pt. 15, pp. A5.451-5.453.
17. *Ibid.*, *Congressional Record*, 9 de septiembre de 1949, pt. 10, pp. 12, 755, 758.

18. Hunt, *op. cit.*, p. 221.
19. U. S. Department of State, *Bulletin* 22 (27 de marzo de 1950), p. 468.
20. Andrew J. Rotter, *The Path to Vietnam: Origins of the American Commitment to South East Asia*, 1987, pp. 120-121.
21. Norman A. Graebner, *America as a World Power: A Realist Appraisal from Wilson to Reagan*, 1984, p. 175.
22. *FRUS: 1950*, 1977, vol. 1, pp. 235-292.
23. Michael Schaller, *The United States and China in the Twentieth Century*, 1990², pp. 135-136.
24. Bevin Alexander, *The Strange Connection: U. S. Intervention in China, 1944-1972*, 1992, p. 98.
25. *FRUS: 1950*, vol. 7, pp. 174-177.
26. Truman, *op. cit.*, vol. 2, p. 333.
27. Philip C. Jessup, *The Birth of Nations*, 1974, p. 10.
28. David R. Kepley, *The Collapse of the Middle Way: Senate Republicans and the Bipartisan Foreign Policy, 1948-1952*, 1988, p. 127.
29. Rotter, *op. cit.*, p. 211.
30. *The Pentagon Papers: The Defense Department History of the United States Decisionmaking in Vietnam*, edición senador Gravel, 1971, vol. 1, pp. 384-390.
31. Arthur Schlesinger, Jr., «Origins of the Cold War», *Foreign Affairs* 46 (octubre de 1967), p. 47.
32. Lloyd C. Gardner, Arthur Schlesinger, Jr., y Hans J. Morgenthau, *The Origins of the Cold War*, 1970, pp. 94-95.
33. Para un ejemplo, véase Nikolai V. Sivachev y Nikolai N. Yakovlev, *Russia and the United States*, Olga Adler Titlebaum, trad., 1979.
34. Michael Parenti, *The Sword and the Dollar: Imperialism, Revolution, and the Arms Race*, 1989, p. 147.
35. *Ibid.*
36. Gabriel Kolko y Joyce Kolko, *The Limits of Power: The World and United States Foreign Policy, 1945-1954*, 1972.
37. Fred L. Block, *The Origins of International Economic Disorder: A Study of United States International Monetary Policy from World War II to the Present*, 1977, p. 10.
38. Parenti, *op. cit.*, p. 148.
39. John Lewis Gaddis, «The Emerging Post-Revisionist Synthesis on the Origins of the Cold War», *Diplomatic History* 7 (verano de 1983), pp. 171-190.
40. Robert L. Pollard, *Economic Security and the Origins of the Cold War, 1945-1950*, 1985, p. 244.
41. Melvyn P. Leffler, *A Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration, and the Cold War*, 1992.

CAPÍTULO 4. EISENHOWER Y LA GLOBALIZACIÓN DE LA GUERRA FRÍA, 1953-1961

1. *Vital Speeches of the Day* (1 de mayo de 1953), p. 421.
2. Chester J. Pach, Jr., y Elmer Richardson, *The Presidency of Dwight D. Eisenhower*, ed. rev., 1991, p. 64.
3. *Public Papers of the Presidents of the United States: Dwight D. Eisenhower, 1953, 1960*, p. 447. En lo sucesivo EPP.
4. Pach y Richardson, *op. cit.*, p. 71.

5. Charles C. Alexander, *Holding the Line: The Eisenhower Era, 1952-1961*, 1975, p. 30.
6. Charles F. Bohlen, *Witness to History, 1929-1969*, 1973, p. 371.
7. John Lewis Gaddis, *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of Postwar American National Security Policy*, 1982, pp. 149-150.
8. James Shepley, «How Dulles Averted War», *Life* 40 (16 de enero de 1956), p. 78.
9. Lawrence S. Wittner, *Cold War America: From Hiroshima to Watergate*, 1974, p. 145.
10. Chalmers Roberts, *The Nuclear Years: The Arms Race and Arms Control, 1945-1970*, 1970, p. 41.
11. *EPR*, 1953, pp. 484-486.
12. Morris H. Morley, *Imperial State and Revolution: The United States and Cuba, 1952-1986*, 1987, pp. 41-42.
13. Townsend Hoopes, *The Devil and John Foster Dulles*, 1973, p. 230.
14. Frederick Marks III, «The Real Hawk at Dienbienphu: Dulles or Eisenhower?», *Pacific Historical Review* 59 (agosto de 1990), pp. 297-322.
15. Robert A. Divine, *Eisenhower and the Cold War*, 1981, p. 48.
16. Lord Moran (Charles McMoran Wilson), *Winston Churchill: The Struggle for Survival, 1940-1965*, 1966, p. 543.
17. Alexander, *op. cit.*, p. 81.
18. *FRUS: 1952-1954*, 1985, vol. 14, p. 354.
19. Robert D. Schulzinger, *American Diplomacy in the Twentieth Century*, 1990, p. 240.
20. *FRUS: 1954*, vol. 14, p. 354.
21. Alexander, *op. cit.*, pp. 97-98.
22. Lester A. Sobel, ed., *Russia's Rulers: The Khrushchev Period*, 1971, p. 81.
23. John Lewis Gaddis, *The Long Peace: Inquiries into the History of the Cold War*, 1987, p. 189.
24. John Emmett Hughes, *The Ordeal of Power*, 1963, p. 217.
25. *EPR*, 1957, 1957, pp. 6-16.
26. U. S. Department of State, *Documents on Disarmament, 1945-1959*, 1960, vol. 2, pp. 1.121-1.125.
27. Arnold L. Horelick y Myron Rush, *Strategic Power and Soviet Foreign Policy*, 1966, p. 49.
28. Divine, *op. cit.*, pp. 147-148.
29. Richard D. Mahoney, *JFK: Ordeal in Africa*, 1983, p. 38.
30. *Ibid.*, p. 41.
31. Alexander, *op. cit.*, p. 287.

CAPÍTULO 5. KENNEDY Y JOHNSON: ENFRENTAMIENTO Y COOPERACIÓN, 1961-1969

1. Richard J. Walton, *Cold War and Counterrevolution: The Foreign Policy of John F. Kennedy*, 1972, p. 9.
2. Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days: John F. Kennedy and the White House*, 1965, p. 303.
3. Bruce Miroff, *Pragmatic Illusions: The Presidential Politics of John F. Kennedy*, 1976, p. 64.
4. *Public Papers of the Presidents of the United States: John F. Kennedy, 1961, 1962*, p. 304. En lo sucesivo KPP.
5. Louise FitzSimons, *The Kennedy Doctrine*, 1972, p. 70.
6. Stephen G. Rabe, «Controlling Revolutions: Latin America, the Alliance for Pro-

- gress, and Cold War Anti-Communism», en Thomas G. Paterson, ed., *Kennedy's Quest for Victory: American Foreign Policy, 1961-1963*, 1989, p. 112.
7. Schlesinger, *op. cit.*, p. 348.
8. Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, Strobe Talbot, ed. y trad., 1974, p. 565.
9. Schlesinger, *op. cit.*, p. 334.
10. *Ibid.*, p. 374.
11. *Ibid.*, p. 391.
12. *Ibid.*, pp. 482-483.
13. Maxwell D. Taylor, *The Uncertain Trumpet*, 1959, p. 146.
14. Jrushchov, *op. cit.*, p. 494.
15. Robert Kennedy, *Thirteen Days: A Memoir of the Cuban Missile Crisis*, 1969, p. 67.
16. Schlesinger, *op. cit.*, pp. 810-811.
17. *KPP*, 1962, pp. 806-809.
18. Schlesinger, *op. cit.*, p. 841.
19. FitzSimons, *op. cit.*, 127.
20. Theodore C. Sorenson, *Kennedy*, 1965, p. 705.
21. William J. Medland, *The Cuban Missile Crisis of 1962: Needless or Necessary?*, 1988, pp. 147-148.
22. *KPP*, 1963, pp. 459-464.
23. FitzSimons, *op. cit.*, p. 15.
24. *KPP*, 1963, pp. 890-894.
25. Bernard J. Firestone, *The Quest for Nuclear Stability: John F. Kennedy and the Soviet Union*, 1982, pp. 149-150.
26. John Wilson Lewis y Xue Litai, *China Builds the Bomb*, 1988, p. 10.
27. Lester A. Sobel, ed., *Russia's Rulers: The Khrushchev Period*, 1971, p. 325.
28. Robert M. Slusser, *The Berlin Crisis of 1961: Soviet-American Relations and the Struggle in the Kremlin, June-November 1961*, 1973, p. 341.
29. Schlesinger, *op. cit.*, p. 479.
30. Jacob D. Beam, *Multiple Exposure*, 1978, p. 139.
31. John F. Kennedy, *The Strategy of Peace*, Allan Nevins, ed., 1960, p. 89.
32. *The Pentagon Papers*, edición del *New York Times*, 1971, pp. 98-99, 118-119.
33. Charles Bartlett, «Portrait of a Friend», en Kenneth W. Thompson, ed., *The Kennedy Presidency*, 1985, p. 16.
34. Thomas G. Paterson, «Introduction: John F. Kennedy's Quest for Victory and Global Crisis», en Paterson, *Kennedy's Quest for Victory*, p. 21.
35. Thomas J. Noer, «New Frontiers and Old Priorities in Africa», en Patterson, *Kennedy's Quest for Victory*, p. 253.
36. *Ibid.*, p. 257.
37. Richard D. Mahoney, *JFK: Ordeal in Africa*, 1983, pp. 214-215.
38. Noer, *op. cit.*, p. 276.
39. Walton, *op. cit.*, p. 219.
40. Eric Goldman, *The Tragedy of Lyndon Johnson*, 1968, p. 378.
41. Lyndon B. Johnson, *The Vantage Point: Perspectives of the Presidency, 1963-1969*, 1972, p. 18.
42. Walter LaFebré, «Latin American Policy», en Robert A. Divine, ed., *The Johnson Years*, vol. 1: *Foreign Policy, the Great Society, and the White House*, 1987, p. 69.
43. *Ibid.*
44. Tom Wicker, *JFK and LBJ: The Influence of Personality upon Politics*, 1968, p. 205.

45. George C. Herring, *America's Longest War: The United States and Vietnam, 1950-1975*, 1986², p. 141.
46. «Joint Resolution to Promote Maintenance of International Peace and Security in South-east Asia» (PL-88-488, 10 de agosto de 1964), *U. S. Statutes at Large*, vol. 78, p. 384.
47. Michael Schaller, *The United States and China in the Twentieth Century*, 1990², p. 165.
48. Kwan Ha Yim, *China and the U. S. 1964-1972*, 1973, pp. 143-144.
49. *Ibid.*, p. 145.
50. Harold Wilson, *The Labour Government, 1964-1970: A Personal Record*, 1971, pp. 359-365.
51. Larry Berman, *Lyndon Johnson's War: The Road to Stalemate in Vietnam*, 1989, p. 191.
52. Herring, *op. cit.*, p. 210.
53. *Ibid.*, p. 213.
54. U. S. Arms Control and Disarmament Agency, *Documents on Disarmament, 1968*, 1969, p. 655.
55. Thomas J. Schoenbaum, *Waging Peace and War: Dean Rusk in the Truman, Kennedy, and Johnson Years*, 1989, p. 483.

CAPÍTULO 6.

NIXON, FORD Y LA DISTENSIÓN, 1969-1977

1. *Public Papers of the Presidents of the United States: Richard M. Nixon*, 1969, 1971, p. 3. En lo sucesivo NPP.
2. Richard M. Nixon, «Asia after Vietnam», *Foreign Affairs* 46 (octubre de 1967), p. 121.
3. Henry A. Kissinger, *White House Years*, 1979, pp. 224-225.
4. NPP: 1972, 1973, pp. 376-379.
5. *Ibid.*, p. 379.
6. Henry A. Kissinger, «The Viet Nam Negotiations», *Foreign Affairs* 47 (enero de 1969), pp. 211-254.
7. NPP: 1969, pp. 901-909.
8. Richard Nixon, *RN: The Memoirs of Richard Nixon*, 1978, p. 407.
9. U. S. Arms Control and Disarmament Agency, *Documents on Disarmament, 1973*, 1974, pp. 271-283.
10. U. S. Congress, Senate Committee on Foreign Relations, *Hearings: Strategic Arms Limitations Agreements*, 92.^a Cong., 2.^a ses., 1972, p. 394.
11. Nixon, *op. cit.*, p. 701.
12. Nguyen Tien Hung y Jerrold L. Schecter, *The Palace File*, 1986, p. 124.
13. Kissinger, *op. cit.*, p. 1.399.
14. Nixon, *op. cit.*, p. 721.
15. George C. Herring, *America's Longest War: The United States and Vietnam*, 1986², p. 253.
16. *Ibid.*
17. *Weekly Compilation of Presidential Documents*, 29 de enero de 1973, pp. 45-64.
18. Marilyn Blatt Young, *The Vietnam Wars, 1945-1990*, 1991, p. 278.
19. Hung y Schecter, *op. cit.*, p. 144.
20. U. S. Arms Control and Disarmament Agency, *Documents on Disarmament, 1973*, 1974, pp. 283-285.
21. *Time*, 27 de enero de 1975, p. 35.
22. U. S. Arms Control and Disarmament Agency, *Documents on Disarmament, 1974*, 1975, pp. 750-761.

23. Gary Hess, «The Unending Debate: Historians and the Vietnam War», *Diplomatic History* 19 (primavera de 1994), p. 255.
24. Henry A. Kissinger, *Diplomacy*, 1994, p. 701.
25. Robert D. Shulzinger, *Henry Kissinger: Doctor of Diplomacy*, 1989, p. 206.
26. John Stoessinger, *Henry Kissinger: The Anguish of Power*, 1976, p. 109.
27. Michael A. Genovese, *The Nixon Presidency: Power and Politics in Turbulent Times*, 1990, p. 150.
28. *Ibid.*
29. Gerald Ford, *A Time To Heal: The Autobiography of Gerald R. Ford*, 1979, p. 373.
30. *New York Times*, 16 de julio de 1975.
31. Henry A. Kissinger, *Years of Upheaval*, 1982, pp. 242-245.

CAPÍTULO 7.

CARTER Y EL DECLIVE DE LA DISTENSIÓN, 1977-1981

1. Dan Caldwell, *The SALT II Treaty Ratification Debate*, 1991, p. 291.
2. Cyrus Vance, *Hard Choices: Critical Years in America's Foreign Policy*, 1983, pp. 27-28.
3. Zbigniew Brzezinski, *Power and Principle: Memoirs of a National Security Adviser, 1977-1981*, 1983, p. 520.
4. Srinivasmi Chary, «Principled Pragmatism: Carter, Human Rights, and Indian-American Relations», en Herbert D. Rosenbaum y Alexej Ugrinsky, eds., *Jimmy Carter: Foreign Policy and Post-Presidential Years*, 1994, p. 246.
5. Vance, *op. cit.*, p. 51.
6. *Ibid.*, pp. 49-50.
7. Jimmy Carter, *Keeping Faith: Memoirs of a President*, 1982, pp. 259-260.
8. Vance, *op. cit.*, p. 89.
9. Brzezinski, *op. cit.*, pp. 186, 189.
10. Marilyn Blatt Young, *The Vietnam Wars, 1945-1990*, 1991, p. 303.
11. *Ibid.*
12. Gaddis Smith, *Morality, Reason, and Power: American Diplomacy in the Carter Years*, 1986, p. 89.
13. Richard C. Thornton, *China: A Political History, 1917-1980*, 1982, p. 60.
14. Smith, *op. cit.*, p. 88.
15. *Ibid.*, p. 89.
16. *Ibid.*, p. 93.
17. Young, *op. cit.*, p. 310.
18. Carter, *op. cit.*, p. 241.
19. U. S. Arms Control and Disarmament Agency, *Documents on Disarmament, 1979*, 1982, pp. 231-238.
20. Carter, *op. cit.*, p. 473.
21. *Weekly Compilation of Presidential Documents* 16 (1 de enero de 1980), 1.^a pt., pp. 40-41.
22. Raymond L. Garthoff, *Détente and Confrontation: American-Soviet Relations from Nixon to Reagan*, 1985, p. 978.

CAPÍTULO 8.

LA GUERRA FRÍA DE REAGAN, 1981-1989

1. *Public Papers of the Presidents of the United States: Ronald Reagan*, 1983, 1984, p. 364. En lo sucesivo RPP.
2. *Christian Science Monitor*, 3 de junio de 1976, p. 15.
3. Ronald W. Reagan *An American Life*, 1990, p. 267.
4. Robert Sheer, *With Enough Shovels: Reagan, Bush and Nuclear War*, 1982, p. 7. Véase también Christopher Simpson, ed., *National Security Directives of the Reagan and Bush Administrations: The Declassified History of U. S. Political and Military Policy, 1981-1991*, 1995, pp. 62-64.
5. David Locke Hall, *The Reagan Wars: A Constitutional Perspective on War Powers and the Presidency*, 1990, p. 181.
6. Michael Schaller, *Reckoning with Reagan: America and Its President in the 1980s*, 1992, p. 152.
7. Schaller, *op. cit.*, p. 153.
8. Oliver L. North, *Under Fire: An American Story*, 1991, pp. 12, 14.
9. Jeane Kirkpatrick, «Dictatorships and Double Standards», *Commentary* 68 (noviembre de 1979), pp. 34-45.
10. Bruce Cumings, «American Hegemony in Northeast Asia: Security and Development», en Morris H. Morley, ed., *Crisis and Confrontation: Ronald Reagan's Foreign Policy*, 1988, p. 91.
11. *Ibid.*, p. 105.
12. *Ibid.*, p. 89.
13. *Ibid.*, p. 88.
14. *New York Times*, 29 de septiembre de 1983.
15. George P. Shultz, *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State*, 1993, p. 398.
16. *Weekly Compilation of Presidential Documents*, 1982, 2.ª pt., pp. 764-770.
17. *Ibid.*, vol. 20, 1984, 3.ª pt., p. 1.132.
18. *Ibid.*, vol. 19, 1983, 1.ª pt., p. 479.
19. John Newhouse, *War and Peace in the Nuclear Age*, 1989, p. 34.
20. Schaller, *op. cit.*, p. 133.
21. *Ibid.*, p. 134.
22. Simpson, *op. cit.*, p. 321.
23. Raymond L. Garthoff, *The Great Transition: American-Soviet Relations and the End of the Cold War*, 1994, p. 128.
24. *World Press Review* 30 (junio de 1983), p. 23.
25. *New York Times*, 5 de noviembre de 1983.
26. *Weekly Compilation of Presidential Documents* 21 (1985), 3.ª pt., p. 172.
27. Reagan, *op. cit.*, pp. 588-589.
28. Shultz, *op. cit.*, pp. 275, 490, 267.
29. *Ibid.*, pp. 490, 711.
30. *Weekly Compilation of Presidential Documents* 20 (1984), 1.ª pt., pp. 40-45.
31. Christopher Mark Davis, «Economic Influences on the Decline of the Soviet Union as a Great Power: Continuity Despite Change», en David Armstrong y Erik Goldstein, eds., *The End of the Cold War*, 1990, p. 90.
32. Schaller, *op. cit.*, p. 171.
33. *Weekly Compilation of Presidential Documents* 23 (1987), 2.ª pt., p. 321.

34. RPP: 1988, 1990, p. 716.
35. Daniel Deudney y G. John Ikenberry, «Who Won the Cold War?», *Foreign Policy* 87 (1992), pp. 123-138.
36. Wilbur Edel, *The Reagan Presidency: An Actor's Finest Performance*, 1992, p. 300.

CAPÍTULO 9. GEORGE BUSH

Y EL FIN DE LA GUERRA FRÍA, 1989-1991

1. Michael R. Beschloss y Strobe Talbot, *At the Highest Levels: The Inside Story of the Cold War*, 1993, p. 50.
2. *New York Times*, 25 de abril de 1989.
3. *Ibid.*, 7 de julio de 1989.
4. *Weekly Compilation of Presidential Documents* 25 (1989), 3.ª pt., p. 1.034.
5. *Ibid.*, 2.ª pt., p. 814.
6. Beschloss y Talbot, *op. cit.*, p. 134.
7. Raymond L. Garthoff, «The Bush Administration's Policy toward the Soviet Union», *Current History* 90 (octubre de 1991), p. 313.
8. Beschloss y Talbot, *op. cit.*, p. 156.
9. *Ibid.*, p. 165.
10. *New York Times*, 21 de abril de 1990.
11. Robert G. Kaiser, *Why Gorbachev Happened: Triumphs and Failure*, 1991, p. 308.
12. Beschloss y Talbot, *op. cit.*, pp. 179-180.
13. Peter G. Boyle, *American-Soviet Relations: From the Russian Revolution to the Fall of Communism*, 1993, p. 240.
14. Constantine C. Menges, *The Future of Germany and the Atlantic Alliance*, 1991, p. 112.
15. *Ibid.*, pp. 112-113.
16. *New York Times*, 7 de julio de 1990.
17. *Weekly Compilation of Presidential Documents* 26 (26 de noviembre de 1990), 4.ª pt., pp. 1.868-1.869, 1.871-1.873.
18. Beschloss y Talbot, *op. cit.*, p. 255.
19. James A. Baker III, *The Politics of Diplomacy, Revolution, War, and Peace, 1989-1992*, 1995, p. 294.
20. Robert Legvold, «The Gulf Crisis and the Future of Gorbachev's Foreign Policy Revolution», en Frederic J. Floron, Jr., Erik P. Hoffman y Robin F. Laird, eds., *Contemporary Issues in Soviet Foreign Policy: From Brezhnev to Gorbachev*, 1991, p. 828.
21. Beschloss y Talbot, *op. cit.*, p. 341.
22. *Ibid.*, p. 344.
23. *Ibid.*, p. 350.
24. Para los detalles, véase *ibid.*, pp. 398-401.
25. *New York Times*, 20 de agosto de 1991.
26. John B. Dunlop, *The Rise of Russia and the Fall of the Soviet Empire*, 1993, p. 216.
27. *Weekly Compilation of Presidential Papers* 27 (1991), 4.ª pt., pp. 1.883-1.884.

Lecturas recomendadas

HISTORIAS GENERALES

Entre los excelentes estudios generales de las relaciones de Estados Unidos con la Unión Soviética desde 1917 están John Lewis Gaddis, *Russia, the Soviet Union and the United States: An Interpretative History*, 1990²; Peter G. Boyle, *American-Soviet Relations: From the Russian Revolution to the Fall of Communism*, 1993; y Miroslav Nincic, *Anatomy of Hostility: The U. S.-Soviet Rivalry in Perspective*, 1989. Una visión revisionista clásica es la que proporciona William A. Williams, *American-Russian Relations, 1781-1947*, 1952. Una perspectiva soviética se encuentra en Nikolai Sivachev y Nikolai Yakolev, *Russia and the United States*, 1979. Véase también David Shavit, *United States Relations with Russia and the Soviet Union: A Historical Dictionary*, 1993.

Ofrecen estudios generales de la política exterior soviética Adam B. Ulam, *Expansion and Coexistence: Soviet Foreign Policy, 1917-1973*, 1974², y Joseph Nogee y Robert Donaldson, *Soviet Foreign Policy Since World War II*, 1988³.

Para perspectivas generales de la diplomacia estadounidense, véanse Robert D. Schulzinger, *American Diplomacy in the Twentieth Century*, 1994³, y John Spanier y Steven W. Hoo, *American Foreign Policy*, 1995¹³. Ambas contienen excelentes bibliografías. Para interpretaciones revisionistas, véanse Michael Parenti, *The Sword and the Dollar: Imperialism, Revolution, and the Arms Race*, 1989, y William A. Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*, 1962.

INTRODUCCIÓN: ESTADOS UNIDOS Y LA RUSIA ZARISTA

Entre los estudios de las relaciones rusionorteamericanas antes de la revolución bolchevique hay tres obras que han perdido actualidad: Foster Rhea Dulles, *The Road to*

Teheran: The Story of Russia and America, 1781-1943, 1944; Thomas A. Bailey, *America Faces Russia: Russian-American Relations from Early Times to Our Own Day*, 1950; y William A. Williams, *American-Russian Relations, 1781-1947*, 1952.

Entre los estudios más recientes de las primeras relaciones entre Rusia y Estados Unidos cabe señalar Nikolai N. Bolkhovitinov, *The Beginnings of Russian-American Relations, 1775-1815*, Elena Levin, trad., 1975, y *Russia and the American Revolution*, 1976; Nina N. Bashkina y otros, eds., *The United States and Russia: The Beginnings of Relations, 1765-1815*, 1980; y Norman Saul, *Distant Friends: the United States and Russia, 1763-1867*, 1991.

CAPÍTULO 1. ESTADOS UNIDOS Y LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE, 1917-1933

Para la política norteamericana durante la revolución bolchevique, véanse Arno J. Mayer, *Wilson vs. Lenin: Political Origins of the New Diplomacy, 1917-1918*, 1958; Linda Killen, *The Russian Bureau: A Case Study in Wilsonian Diplomacy*, 1983; George F. Kennan, *Soviet-American Relations, 1917-1920*, 2 vols., 1956-1958, y *Russia and the West Under Lenin and Stalin*, 1961; Betty Miller Unterberger, *America's Siberian Expedition, 1918-1920: A Study of National Policy*, 1956, y *The United States, Revolutionary Russia and the Rise of Czechoslovakia*, 1989; Lloyd C. Gardiner, *Safe for Democracy: The Anglo-American Response to Revolution, 1913-1923*, 1984; Robert J. Maddox, *The Unknown War with Russia: Wilson's Siberian Intervention*, 1977; Leonid L. Strakhovsky, *American Opinion about Russia, 1917-20*, 1961, y *The Origins of American Intervention in Northern Russia, 1918, 1937*; Benjamin D. Rhodes, *The Anglo-American Winter War with Russia, 1918-1919*, 1988; Richard Goldhurst, *The Midnight War: American Intervention in Russia, 1918-20*, 1978; y John Silverlight, *The Victor's Dilemma: American Intervention in the Russian Civil War*, 1978.

La política soviética se examina en Richard K. Debo, *Revolution and Survival: The Foreign Policy of Soviet Russia, 1917-1918*, 1979, y *Survival and Consolidation: the Foreign Policy of Soviet Russia, 1918-1921*, 1992.

Para la época de no reconocimiento, 1921-1933, véanse Joan Hoff-Wilson, *Ideology and Economics: U. S. Relations with the Soviet Union, 1918-33*, 1974, y Peter G. Filene, *Americans and the Soviet Experiment, 1917-33*, 1967.

CAPÍTULO 2. FRANKLIN D. ROOSEVELT Y LA GRAN ALIANZA, 1933-1945

Un estudio excelente de la diplomacia de Roosevelt lo proporciona Robert Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, 1979.

Para el período comprendido entre el reconocimiento de la Unión Soviética por parte de Estados Unidos y la segunda guerra mundial, véanse Donald G. Bishop,

The Roosevelt-Litvinov Agreements: The American View, 1965; John Richman, *The United States and the Soviet Union: The Decision to Recognize*, 1980; Thomas R. Maddux, *Years of Estrangement: American Relations with the Soviet Union, 1933-1941*, 1980; Edward M. Bennett, *Recognition of Russia: An American Foreign Policy Dilemma*, 1970, y *Franklin D. Roosevelt and the Search for Security: Soviet-American Relations, 1933-1939*, 1985; y Hugh De Santis, *The Diplomacy of Silence: The American Foreign Service, the Soviet Union, and the Cold War, 1933-1947*, 1980.

Para la diplomacia soviética, véanse Jonathan Haslam, *Soviet Foreign Policy, 1930-1933*, 1983, y *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe, 1933-1939*, 1984; Jiri Hochman, *The Soviet Union and the Failure of Collective Security, 1934-1938*, 1984; y Geoffrey Roberts, *The Unholy Alliance: Stalin's Pact with Hitler*, 1989.

Varios aspectos de la diplomacia soviética de Roosevelt durante la guerra se examinan en Warren F. Kimball, *The Most Unsordid Act: Lend-Lease, 1939-1941*, 1969; Raymond H. Dawson, *The Decision to Aid Russia, 1941: Foreign Policy and Domestic Politics*, 1959; George C. Herring, *Aid to Russia, 1941-1946: Strategy, Diplomacy, and the Origins of the Cold War*, 1973; Richard W. Steele, *The First Offensive, 1942: Roosevelt, Marshall and the Making of American Strategy*, 1973; Mark A. Stoler, *The Politics of the Second Front*, 1977; Robin Edmonds, *The Big Three: Churchill, Roosevelt and Stalin in Peace and War*, 1991; Edward M. Bennett, *Franklin D. Roosevelt and the Search for Victory: American-Soviet Relations, 1939-1945*, 1990; Robert Beitzell, *The Uneasy Alliance: America, Britain and Russia, 1941-1943*, 1973; y Gabriel Kolko, *The Politics of War, 1943-1945*, 1968.

Para las tensiones en la Gran Alianza durante la guerra, véanse John Lewis Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947*, 1972; Paul D. Mayle, *Eureka Summit: Agreement in Principle and the Big Three at Tehran, 1943*, 1987; Lynn Ethridge Davis, *The Cold War Begins: Soviet-American Conflict over Eastern Europe*, 1974; Diane Shaver Clements, *Yalta, 1970*; John L. Snell, ed., *The Meaning of Yalta: Big Three Diplomacy and the New Balance of Power*, 1956; y Russell D. Buhite, *Decisions at Yalta: An Appraisal of Summit Diplomacy*, 1986.

Las relaciones anglonorteamericanas con la Unión Soviética se tratan en William Hardy McNeil, *America, Britain, and Russia: Their Cooperation and Conflict, 1941-1946*, 1970; Terry H. Anderson, *The United States, Great Britain, and the Cold War, 1944-1947*, 1981; Fraser J. Harbutt, *The Iron Curtain: Churchill, America, and the Origins of the Cold War*, 1986; y Steven Merritt Miner, *Between Churchill and Stalin: The Soviet Union, Great Britain, and the Origins of the Grand Alliance*, 1988.

Para la correspondencia de Roosevelt y Churchill durante la guerra, véase Warren F. Kimball, *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence, 1939-1945*, 3 vols., 1984.

La diplomacia de Stalin durante la guerra se examina en Vojtech Mastny, *Russia's Road to the Cold War: Diplomacy, Warfare, and the Politics of Communism, 1941-1945*, 1979.

CAPÍTULO 3. TRUMAN Y LA CONTENCIÓN, 1945-1953

Entre los estudios del período posterior a la segunda guerra mundial se encuentran Walter LaFeber, *America, Russia, and the Cold War, 1945-1992*, 1993; Thomas G. Paterson, *Meeting the Communist Threat: Truman to Reagan*, 1988; Adam B. Ulam, *The Rivals: America and Russia since World War II*, 1971; y Bernard A. Weisberger, *Cold War, Cold Peace: The United States and Russia since 1945*, 1984. Véanse también Joseph M. Sircusa, ed., *The American Diplomatic Revolution: a Documentary History of the Cold War, 1941-1947*, 1977, y Thomas H. Etzold y John Lewis Gaddis, eds., *Containment: Documents on American Policy and Strategy, 1945-1950*, 1978.

Un estudio masivo y exhaustivo de la era de Truman es Melvyn P. Leffler, *A Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration, and the Cold War*, 1992.

Entre los numerosos estudios de la ruptura de las relaciones de la Unión Soviética con Estados Unidos durante la presidencia de Truman se encuentran Hugh Thomas, *Armed Truce: The Beginning of the Cold War, 1945-1946*, 1987; Daniel Yergin, *Shattered Peace: The Origins of the Cold War and the National Security State*, 1977; Deborah Welch Larson, *Origins of Containment: A Psychological Explanation*, 1985; Lisle A. Rose, *Dubious Victory: The United States and the End of World War II*, 1973, y *After Yalta: America and the Origins of the Cold War*, 1973; Gabriel Kolko y Joyce Kolko, *The Limits of Power: The World and United States Foreign Policy, 1945-1954*, 1972; Barton J. Bernstein, ed., *Politics and Policies of the Truman Administration*, 1970; Thomas G. Paterson, *On Every Front: The Making of the Cold War*, 1979, y *Soviet-American Confrontation: Postwar Reconstruction and the Origins of the Cold War*, 1973; Robert L. Messer, *The End of an Alliance: James Byrnes, Roosevelt, Truman, and the Origins of the Cold War*, 1982; James L. Gormly, *The Collapse of the Grand Alliance, 1945-1948*, 1987; y Frank Kofsky, *Harry S. Truman and the War Scare of 1948*, 1993.

Para una introducción a la historiografía de la guerra fría, véase J. Samuel Walker, «Historians and Cold War Origins: The New Consensus», en Gerald K. Haines y J. Samuel Walker, eds., *American Foreign Relations: A Historiographical Review*, 1981, pp. 207-236. Véase también Robert James Maddox, *The New Left and the Origins of the Cold War*, 1973.

El papel de la bomba atómica en los comienzos de la guerra fría se examina en Gregg Herken, *The Winning Weapon: The Atomic Bomb and the Cold War, 1945-1950*, 1980; Martin J. Sherwin, *A World Destroyed: The Atomic Bomb and the Grand Alliance*, 1975; Gar Alperovitz, *Atomic Diplomacy: Hiroshima and Potsdam*, ed. ampliada y puesta al día, 1985, y *Decision to Use the Bomb*, 1995, y David Holloway, *Stalin and the Bomb: The Soviet Union and Atomic Energy, 1939-1956*, 1994.

Los aspectos económicos de la política exterior de Truman se comentan en Robert A. Pollard, *Economic Security and the Origins of the Cold War, 1945-1950*, 1985;

Michael J. Hogan, *The Marshall Plan: America, Britain, and the Reconstruction of Western Europe, 1947-1952*, 1987; y John Gimbel, *The Origins of the Marshall Plan*, 1976.

Para la política norteamericana con respecto a Alemania, véanse Frank Ninkovich, *Germany and the United States: The Transformation of the German Question since 1945*, 1988; Bruce Kuklick, *American Policy and the Division of Germany*, 1972; Avi Shlaim, *The United States and the Berlin Blockade, 1948-1949: A Study in Crisis Decision-Making*, 1983; John Gimbel, *The American Occupation of Germany: Politics and the Military, 1945-1949*, 1968; y Rolf Steininger, *The German Question: The Stalin Note of 1952 and the Problem of Reunification*, Mark Cioc, ed., y Jane T. Hedeges, trad., 1990.

La creación de la OTAN se examina en Timothy P. Ireland, *Creating the Entangling Alliance: The Origins of the North Atlantic Treaty Organization*, 1981; Don Cook, *Forging the Alliance: NATO: The Formative Years*, 1984; y Ronald E. Powaski, *Toward an Entangling Alliance: American Isolationism, Internationalism, and Europe, 1901-1950*, 1991.

Para la política soviética, véanse William O. McCagg, Jr., *Stalin Embattled: 1943-1948*, 1978; William Taubman, *Stalin's American Policy: From Entente to Détente to Cold War*, 1982; y Albert Resis, *Stalin, the Politburo, and the Onset of the Cold War, 1945-1946*, 1988.

Los comienzos de la contención en Oriente Próximo se comentan en Bruce Robellet Kuniholm, *The Origins of the Cold War in the Near East: Great Power Conflict and Diplomacy in Iran, Greece, and Turkey*, 1980, y Mark Lytle, *Origins of the Iranian-American Alliance, 1941-1953*, 1987.

Para Extremo Oriente, véase Marc S. Gallicchio, *The Cold War Begins in Asia: American East Asian Policy and the Fall of the Japanese Empire*, 1988.

Las relaciones entre China y Estados Unidos se comentan en June M. Grasso, *Harry Truman's Two-China Policy, 1948-1950*, 1987; Russell D. Buhite, *Soviet-American Relations in Asia 1945-1954*, 1981; Akira Iriye, ed., *The Origins of the Cold War in Asia*, 1977; William W. Stueck, Jr., *The Road to Confrontation: American Policy Toward China and Korea, 1947-50*, 1986; y David Allan Mayers, *Cracking the Monolith: U. S. Policy Against the Sino-Soviet Alliance, 1949-1955*, 1986.

Para la guerra de Corea, véanse James L. Matray, *The Reluctant Crusade: American Foreign Policy in Korea, 1941-1950*, 1985; Peter Lowe, *The Origins of the Korean War*, 2 vols., 1986-1990; Burton L. Kaufman, *The Korean War: Changes in Crisis, Credibility and Command*, 1986; Bruce Cummings, ed., *Child of Conflict: The Korean-American Relationship, 1943-1953*, 1983; Callum A. MacDonald, *Korea: The War Before Vietnam*, 1987; Rosemary Foot, *The Wrong War: American Policy and the Dimensions of the Korean Conflict, 1950-1953*, 1985; William W. Stueck, Jr., *The Korean War: An International History*, 1995; John Merrill, *Korea*, 1989; y Alexander Bevin, *Korea*, 1987.

Para los comienzos de la intervención norteamericana en Vietnam, véanse Gary R. Hess, *The United States' Emergence as a Southeast Asia Power, 1940-1950*, 1988, y Lloyd Gardner, *Approaching Vietnam, 1950-1954*, 1988.

Para la alarma roja y el macarthismo, véanse Richard M. Fried, *Nightmare in Red: The McCarthy Era in Perspective*, 1990; Robert M. Griffith, *The Politics of Fear: Joseph R. McCarthy and the Senate*, 1987; Richard M. Freeland, *The Truman Doctrine and the Origins of McCarthyism*, 1972; Stanley L. Kutler, *The American Inquisition: Justice and Injustice in the Cold War*, 1982; Ronald Radosh y Joyce Milton, *The Rosenberg File: A Search for the Truth*, 1983; y Allen Weinstein, *Perjury: The Hiss-Chambers Case*, 1978.

CAPÍTULO 4. EISENHOWER Y LA GLOBALIZACIÓN DE LA GUERRA FRÍA, 1953-1961

Para una perspectiva general de la política exterior de Eisenhower, véanse Robert A. Divine, *Eisenhower and the Cold War*, 1981; Richard A. Melanson y David Mayers, eds., *Reevaluating Eisenhower: American Foreign Policy in the 1950s*, 1986; Charles C. Alexander, *Holding the Line: The Eisenhower Era, 1952-1961*, 1975; Chester J. Pach, Jr., y Elmo Richardson, *The Presidency of Dwight D. Eisenhower*, ed. rev., 1991; y H. W. Brands, Jr., *Cold Warriors: Eisenhower's Generation and American Foreign Policy*, 1988.

La diplomacia de Dulles se comenta en Townsend Hoopes, *The Devil and John Foster Dulles*, 1975; Richard H. Immermann, ed., *John Foster Dulles and the Diplomacy of the Cold War*, 1990; y Frederick W. Marks III, *Power and Peace: the Diplomacy of John Foster Dulles*, 1993.

La intervención de Eisenhower en Irán se estudia en Richard W. Cottam, *Iran and the United States: A Cold War Case Study*, 1988, y Mark Gasiorowski, *U. S. Foreign Policy and the Shah: Building a Client State in Iran*, 1991.

Para la intervención estadounidense en Guatemala, véanse Piero Gleijeses, *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*, 1991, y Richard H. Immerman, *The CIA in Guatemala: The Foreign Policy of Intervention*, 1982.

La política de Eisenhower con respecto a Indochina se examina en Lawrence S. Kaplan, Denise Artaud y Mark R. Rubin, eds., *Dien Bien Phu and the Crisis of Franco-American Relations, 1954-1955*, 1990; David L. Anderson, *Trapped by Success: The Eisenhower Administration and Vietnam, 1953-1961*, 1991; y James Cable, *The Geneva Conference of 1954 on Indochina*, 1986.

Para América Latina, véase Stephen G. Rabe, *Eisenhower and Latin America: The Foreign Policy of Anticommunism*, 1988. Para África, véase Madeleine G. Kalb, *The Congo Cables: The Cold War in Africa from Eisenhower to Kennedy*, 1982.

Las conversaciones para la prohibición de las pruebas nucleares se comentan en Robert A. Divine, *Blowing in the Wind*, 1978. El incidente que perturbó esas conversaciones se examina en Michael R. Beschloss, *Mayday: Eisenhower, Khrushchev and the U-2 Affair*, 1986.

Para la política soviética, véanse Nikita S. Khrushchev, *Khrushchev Remembers*,

1970, y Khrushchev *Remembers: The Last Testament*, 1974, ambas obras traducidas y editadas por Strobe Talbott. Véanse también Carl A. Linden, *Khrushchev and the Soviet Leadership*, 1990; Arnold L. Horelick y Myron Rush, *Strategic Power and Soviet Foreign Policy*, 1966, y Lincoln P. Bloomfield, Walter C. Clemens, Jr., y Franklin Griffiths, *Khrushchev and the Arms Race: Soviet Interests in Arms Control and Disarmament, 1954-1964*, 1966.

CAPÍTULO 5. KENNEDY Y JOHNSON: ENFRENTAMIENTO Y COOPERACIÓN, 1961-1969

Dos estudios muy amenos de la presidencia de Kennedy son Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*, 1965, y Theodore Sorensen, *Kennedy*, 1965.

Obras que se ocupan más específicamente de la política exterior de Kennedy son Alexander L. George y Richard Smoke, *Deterrence and American Foreign Policy: Theory and Practice*, 1974; Roger Hilsman, *To Move a Nation: The Politics of Foreign Policy in the Administration of John F. Kennedy*, 1967; Thomas G. Paterson, ed., *Kennedy's Quest for Victory: American Foreign Policy, 1961-1963*, 1989. Proporcionan interpretaciones revisionistas Louise FitzSimons, *The Kennedy Doctrine*, 1972; Richard J. Walton, *Cold War and Counterrevolution: The Foreign Policy of John F. Kennedy*, 1972; y Bruce Miroff, *Pragmatic Illusions: The Presidential Politics of John F. Kennedy*, 1976.

Para una crónica muy amena de las relaciones sovieticoamericanas durante la presidencia de Kennedy, véase Michael R. Beschloss, *The Crisis Years: Kennedy and Khrushchev, 1960-1963*, 1971.

La crisis de Berlín se examina en Norman Gelb, *The Berlin Wall: Kennedy, Khrushchev and a Showdown in the Heart of Europe*, 1986; Robert M. Slusser, *The Berlin Crisis of 1961*, 1973; y Jack M. Schick, *The Berlin Crisis, 1958-1962*, 1971.

Los problemas de Kennedy en Cuba se comentan en Trumbull Higgins, *The Perfect Failure: Kennedy, Eisenhower and the CIA and the Bay of Pigs*, 1987; Robert A. Divine, *The Cuban Missile Crisis*, 1988; William J. Medland, *The Cuban Missile Crisis of 1962: Needless or Necessary?*, 1988; Raymond L. Garthoff, *Reflections on the Cuban Missile Crisis*, ed. rev., 1989; James G. Blight, *On the Brink: Americans and Soviets Re-examine the Cuban Missile Crisis*, 1990.

Para la estrategia militar de Kennedy, véanse Desmond Ball, *Politics and Force Levels*, 1981, y Bernard J. Firestone, *The Quest for Nuclear Stability: John F. Kennedy and the Soviet Union*, 1982. Véase también Glenn T. Seaborg y Benjamin S. Loeb, *Kennedy, Khrushchev, and the Test Ban*, 1981.

La actitud de Kennedy ante el Tercer Mundo se examina en Gerard T. Rice, *The Bold Experiment: JFK's Peace Corps*, 1986; John M. Newman, *JFK and Vietnam*, 1992; William J. Rust, *Kennedy in Vietnam*, 1985; y Richard D. Mahoney, *JFK: Ordeal in Africa*, 1983.

Entre los numerosos estudios que han aparecido sobre la política de Johnson en Vietnam cabe señalar Larry Berman, *Lyndon Johnson's War: The Road to Stalemate in Vietnam*, 1989; Brian Van De Merk, *Into the Quagmire: Lyndon Johnson and the Escalation of the Vietnam War*, 1991; George C. Herring, *America's Longest War*, 1988², y LBJ and Vietnam, 1994. Véanse también las crónicas de los ministros de Defensa de Johnson, Robert S. McNamara, *In Retrospect: The Tragedy and Lessons of Vietnam*, 1995, y Clark Clifford, *Counsel to the President*, 1991, y de su secretario de Estado, Dean Rusk, *As I Saw It*, 1990. Para una crónica revisionista, véase Gabriel Kolko, *Anatomy of a War*, 1985.

Para Johnson y el control de armamentos, véase Glenn Seaborg, *Stemming the Tide: Arms Control and the Johnson Years*, 1987.

Para la política soviética, véanse Michel Tatu, *Power in the Kremlin: From Khrushchev to Kosygin*, 1969, y W. W. Kulski, *The Soviet Union in World Affairs: A Documented Analysis, 1964-1972*, 1973.

CAPÍTULO 6.

NIXON, FORD Y LA DISTENSIÓN, 1969-1977

Las memorias de Henry Kissinger en dos volúmenes, *White House Years*, 1979, y *Years of Upheaval*, 1982, son indispensables para un estudio de la diplomacia y la estrategia militar del periodo de Nixon y Ford. Richard Nixon, *RN: The Memoirs of Richard Nixon*, 1978, si bien menos detallada, es útil. Véase también Gerald Ford, *A Time To Heal: The Autobiography of Gerald R. Ford*, 1979.

Entre las obras secundarias están Raymond L. Garthoff, *Détente and Confrontation: American-Soviet Relations from Nixon to Reagan*, ed. rev., 1995; Robert S. Litwak, *Détente and the Nixon Doctrine: American Foreign Policy and the Pursuit of Stability, 1969-1976*, 1984; Richard C. Thornton, *The Nixon-Kissinger Years: Reshaping America's Foreign Policy*, 1989; John G. Stoessinger, *Henry Kissinger: The Anguish of Power*, 1976; Seymour Hersh, *The Price of Power*, 1983; Walter Isaacson, *Kissinger*, 1992; Robert D. Shulzinger, *Henry Kissinger: Doctor of Diplomacy*, 1989; Coral Bell, *The Diplomacy of Détente: The Kissinger Era*, 1977; Michael A. Genovese, *The Nixon Presidency: Power and Politics in Turbulent Times*, 1990; y John Robert Greene, *The Limits of Power: The Nixon and Ford Administrations*, 1992.

Para Nixon y Ford y Vietnam, véanse Nguyen Tien Hung y Jerrold L. Schecter, *The Palace File*, 1986, y P. Edwards Haley, *Congress and the Fall of South Vietnam and Cambodia*, 1983. Para Nixon y Chile, véase Paul Sigmund, *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile*, 1977.

La política militar y diplomática soviética se comenta en Stephen S. Kaplan, ed., *Diplomacy of Power: Soviet Armed Forces as a Political Instrument*, 1981; Robin Edmonds, *Soviet Foreign Policy: The Brezhnev Years*, 1983; William E. Griffith, ed., *The Soviet Empire, Expansion and Détente: Critical Choices for Americans*, 1976; Derek Le-

eabaert, ed., *Soviet Military Thinking*, 1981; y Harry Gelman, *The Brezhnev Politburo and the Decline of Détente*, 1984.

CAPÍTULO 7.

CARTER Y EL DECLIVE DE LA DISTENSIÓN, 1977-1981

Varias memorias aportan estudios útiles de la política exterior y de defensa de Carter: Jimmy Carter, *Keeping Faith: Memoirs of a President*, 1982; Zbigniew Brzezinski, *Power and Principle: Memoirs of the National Security Adviser, 1977-1981*, 1983; Cyrus Vance, *Hard Choices: Critical Years in America's Foreign Policy*, 1983.

Obras secundarias sobre la era de Carter son Gaddis Smith, *Morality, Reason and Power: American Diplomacy in the Carter Years*, 1986; Erwin C. Hargrove, *Jimmy Carter as President*, 1988; Burton Kaufman, *The Presidency of James Earl Carter, Jr.*, 1993; Coral Bell, *President Carter and Foreign Policy: The Cost of Virtue?*, 1980; Alexander Moens, *Foreign Policy under Carter*, 1990; Jerel A. Rosati, *The Carter Administration's Quest for Global Community*, 1987; Herbert D. Rosenbaum y Alexej Ugrinsky, eds., *Jimmy Carter: Foreign Policy and Post-Presidential Years*, 1994; Laurence H. Shoup, *The Carter Presidency and Beyond*, 1980; Donald S. Spencer, *The Carter Implosion: Jimmy Carter and the Amateur Style of Diplomacy*, 1988.

Para la campaña de Carter a favor de los derechos humanos, véanse A. Glenn Mower, Jr., *Human Rights and American Foreign Policy: The Carter and Reagan Experiences*, 1987, y Joshua Muravchik, *The Uncertain Crusade: Jimmy Carter and the Dilemmas of Human Rights Policy*, 1986.

Para SALT II, véanse Strobe Talbott, *Endgame: The Inside Story of SALT II*, 1979; Roger P. Labrie, ed., *SALT Hand Book: Key Documents and Issues, 1972-1979*, 1979; y Dan Caldwell, *The SALT II Treaty Ratification Debate*, 1991.

Para otros temas especiales, véanse William Quandt, *Camp David: Politics and Peacemaking*, 1986; Gary Sick, *All Fall Down: America's Tragic Encounter with Iran*, 1985; Henry Jackson, *From the Congo to Soweto*, 1982; David D. Newsome, *The Soviet Combat Brigade in Cuba*, 1987; y Thomas T. Hammond, *Red Flag over Afghanistan: The Communist Coup, the Soviet Invasion, and the Consequences*, 1984.

Para la política exterior soviética, véase Adam B. Ulam, *Dangerous Relations: The Soviet Union in World Politics, 1970-1982*, 1983.

CAPÍTULO 8.

LA GUERRA FRÍA DE REAGAN, 1981-1989

Además de las memorias del presidente Reagan, Ronald W. Reagan, *An American Life*, 1990, otros libros que se refieren a la política de Estados Unidos con respecto a la Unión Soviética son Alexander M. Haig, *Caveat*, 1984; Caspar Weinberger, *Figh-*

ting for Peace, 1990; y George P. Shultz, *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State*, 1993.

Entre las obras secundarias que tratan de la política exterior de Estados Unidos durante el gobierno de Reagan se cuentan Michael Schaller, *Reckoning with Reagan: America and Its President in the 1980s*, 1992; Coral Bell, *The Reagan Paradox: American Foreign Policy in the 1980s*, 1989; Jeff McMahon, *Reagan and the World: Imperial Policy in the New Cold War*, 1985; Morris H. Manley, ed., *Crisis and Confrontation: Ronald Reagan's Foreign Policy*, 1988; David Kyvig, ed., *Reagan and the World*, 1990; Kenneth A. Oye, Robert J. Lieber, y Donald Rothchild, eds., *Eagle Defiant: United States Foreign Policy in the 1980s*, 1983, y *Eagle Resurgent? The Reagan Era in American Foreign Policy*, 1987; y Morris H. Morley, ed., *Crisis and Confrontation: Ronald Reagan's Foreign Policy*, 1988.

Se ocupan más específicamente de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética Raymond L. Garthoff, *The Great Transition: American-Soviet Relations and the End of the Cold War*, 1994, Fred Halliday, *From Kabul to Managua: Soviet-American Relations in the 1980s*, 1989; Michael Mandelbaum y Strobe Talbott, *Reagan and Gorbachev*, 1987; Seweryn Bialer y Michael Mandelbaum, eds., *Gorbachev's Russia and American Foreign Policy*, 1988; Thomas W. Simons, Jr., *The End of the Cold War*, 1990.

Para el incidente del avión de pasajeros coreano, véanse Alexander Dallin, *Black Box: KAL 007 and the Superpowers*, 1985, y Seymour Hersch, *The Target is Destroyed*, 1987.

Los asuntos nucleares se comentan en Strobe Talbott, *Deadly Gambits*, 1984, y Michael Krepon, *Arms Control in the Reagan Administration*, 1989.

Para la política de Reagan en el Tercer Mundo, véase David Locke Hall, *The Reagan Wars: A Constitutional Perspective on War Powers and the Presidency*, 1990.

Reagan y América Central se examinan en Roy Gutman, *Banana Diplomacy: The Making of American Policy in Nicaragua, 1981-1987*, 1988; E. Bradford Burns, *At War in Nicaragua: The Reagan Doctrine and the Politics of Nostalgia*, 1987; Peter Kornbluh, *Nicaragua, The Price of Intervention: Reagan's Wars Against the Sandinistas*, 1987, y Thomas W. Walker, ed., *Reagan versus the Sandinistas: The Undeclared War on Nicaragua*, 1986.

Para el asunto Irán-contra, véase Jonathan Marshall, Peter D. Scott y Jane Hunter, *The Iran-Contra Connection: Secret Teams and Covert Operations in the Reagan Era*, 1987.

La política de Gorbachov se estudia en sus *Memoirs*, 1995, y *Perestroika: New Thinking for Our Country and the World*, 1987; Anders Aslund, *Gorbachev's Struggle for Economic Reform*, 1989; Robert G. Kaiser, *Why Gorbachev Happened: Triumphs and Failures*, 1991; Raymond W. Duncan y Carolyn McGiffert Ekedahl, *Moscow and the Third World under Gorbachev*, 1990; Gerhard Wettig, *Changes in Soviet Policy towards the West*, 1991; y Seweryn Bialer y Michael Mandelbaum, eds., *Gorbachev's Russia and American Foreign Policy*, 1988. Robert W. Davies, *Soviet History in the Gorbachev Revolution*, 1989.

CAPÍTULO 9. GEORGE BUSH Y EL FIN DE LA GUERRA FRÍA, 1989-1991

Las memorias más importantes sobre el gobierno de Bush son James A. Baker III, *The Politics of Diplomacy*, 1995.

Michael R. Beschloss y Strobe Talbott, *At the Highest Levels: The Inside Story of the Cold War*, 1993, es una crónica muy amena de la diplomacia soviética de Bush. Para la reunificación de Alemania, véanse Constantine C. Menges, *The Future of Germany and the Atlantic Alliance*, 1991, y Stephen F. Szabo, *The Diplomacy of German Unification*, 1992.

Para la política soviética, véase Joseph G. Whelan, *Soviet Diplomacy and Negotiating Behavior, 1988-1990: Gorbachev-Reagan-Bush Meetings at the Summit*, 1991.

Para el declive y la caída de la Unión Soviética, véanse Marshall Goldman, *What Went Wrong with Perestroika?*, 1992; Harley D. Balzer, ed., *Five Years that Shook the World: Gorbachev's Unfinished Revolution*, 1991; Thomas H. Naylor, *The Cold War Legacy*, 1991; David Armstrong y Erik Goldstein, eds., *The End of the Cold War*, 1990; Michael Mandelbaum, ed., *The Rise of Nations in the Soviet Union: American Foreign Policy and the Disintegration of the USSR*, 1991; Zbigniew Brzezinski, *The Grand Failure: The Birth and Death of Communism in the Twentieth Century*, 1989; Charles Gati, *The Bloc that Failed*, 1990; y una crónica masiva pero muy amena del embajador de Bush en Moscú, Jack F. Matlock, *Autopsy of an Empire*, 1995.

Entre las obras que se ocupan del fin de la guerra fría están John Lewis Gaddis, *The United States and the End of the Cold War: Implications, Reconsiderations, Provocations*, 1992, y Michael Hogan, ed., *The End of the Cold War: Its Meaning and Implications*, 1992.

TEMAS MÁS ESPECÍFICOS

Para las relaciones económicas entre Estados Unidos y la Unión Soviética, véanse Philip J. Funigiello, *American-Soviet Trade in the Cold War*, 1988; James K. Libbey, *American-Russian Economic Relations: A Survey of Issues and References*, 1989; Bruce Parrott, ed., *Trade, Technology, and Soviet-American Relations*, 1985; y Colin White, *Russia and America: The Roots of Economic Divergence*, 1987. Véase también Fred L. Block, *The Origins of International Economic Disorder: A Study of United States International Monetary Policy from World War II to the Present*, 1977.

Entre los numerosos libros que tratan de los servicios de información norteamericanos y las actividades encubiertas, véanse William Blum, *The CIA: A Forgotten History*, 1986; John Prados, *Presidents' Secret Wars: CIA and Pentagon Operations since World War II*, 1986; John Ranelagh, *The Agency: The Rise and Decline of the CIA*, 1986; y Gregory F. Treverton, *Covert Action: The Limits of Intervention in the Postwar World*, 1987.

La historia de la carrera de armamentos nucleares se analiza en Ronald E. Powaski, *March to Armageddon: The United States and the Nuclear Arms Race, 1939 to the Present*, 1987; McGeorge Bundy, *Danger and Survival*, 1988; John Newhouse, *War and Peace in the Nuclear Age*, 1989; David Holloway, *The Soviet Union and the Arms Race*, 1983; John Wilson Lewis y Xue Litai, *China Builds the Bomb*, 1988; Coit D. Blacker, *Reluctant Warriors: The United States, the Soviet Union, and Arms Control*, 1987; Patrick Glynn, *Closing Pandora's Box: Arms Races, Arms Control, and the History of the Cold War*, 1992; Charles R. Morris, *Iron Destinies, Lost Opportunities: The Arms Race Between the USA and the USSR, 1945-1987*, 1989.

Para Estados Unidos y la OTAN, véanse Ronald E. Powaski, *Toward an Entangling Alliance: American Isolationism, Internationalism, and Europe, 1901-1950*, 1991, y *The Entangling Alliance: The United States and European Security, 1950-1993*, 1993; Anton W. DePorte, *Europe between the Superpowers*, 1986²; John Van Oudenaren, *Détente in Europe: The Soviet Union and the West since 1953*, 1991.

Para las relaciones de Estados Unidos con Japón, véase Roger Buckley, *U.S.-Japan Alliance Diplomacy, 1945-1990*, 1992.

Las relaciones chinosoviéticas se comentan en Warren L. Cohen, *America's Response to China*, 1986³; Michael Schaller, *The United States and China in the Twentieth Century*, 1990²; Bevin Alexander, *The Strange Connection: U. S. Intervention in China, 1944-1972*, 1992; Charles R. Kirtts, *The United States Odyssey in China, 1784-1990*, 1991; Gordon H. Chang, *Friends and Enemies: The United States, China, and the Soviet Union, 1948-1972*, 1990.

La política de Estados Unidos con respecto al Tercer Mundo se examina en H. W. Brands, Jr., *The Specter of Neutralism: The United States and the Emergence of the Third World, 1947-1960*, 1989; Gabriel Kolko, *Confronting the Third World*, 1988; y Scott Bills, *Empire and Cold War*, 1990.

Entre los estudios generales sobre Vietnam merecen citarse *The Pentagon Papers: The Defense Department History of United States Decisionmaking on Vietnam*, edición senador Gravel, 1971; Marilyn Blatt Young, *The Vietnam Wars, 1945-1990*, 1991; Andrew J. Rotter, *The Path to Vietnam: Origins of the American Commitment to Southeast Asia*, 1987; Gabriel Kolko, *Vietnam: Anatomy of a War*, 1986; George Kahin, *Intervention*, 1986; Stanley C. Karnow, *Vietnam*, 1983; William Appleman Williams y otros, *America in Vietnam*, 1988; Douglas Pike, *Vietnam and the Soviet Union*, 1987; y Richard Dean Burns y Milton Leitenberg, eds., *The Wars in Vietnam, Cambodia and Laos, 1945-1982*, 1984.

La política estadounidense con respecto a América Latina se comenta en Abraham F. Lowenthal, *Partners in Conflict: The United States and Latin America*, 1987; Lars Schoultz, *National Security and United States Policy toward Latin America*, 1987; Lester Langley, *America and the Americas*, 1989.

Para las relaciones de Estados Unidos con Cuba, véanse Wayne Smith, *The Closest of Enemies: A Personal and Diplomatic Account of U.S.-Cuba Relations since 1957*, 1987; y Morris Morley, *Imperial State and Revolution: The United States and Cuba,*

1952-1986, 1987. Las relaciones entre la Unión Soviética y Cuba se comentan en Peter Shearman, *The Soviet Union and Cuba*, 1987, y W. Raymond Duncan, *The Soviet Union and Cuba*, 1985.

Otros estudios sobre diversas regiones son Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions: The United States in Central America*, 1993; Seth P. Tillman, *The U. S. and the Middle East*, 1982; Peter J. Schraeder, *United States Foreign Policy toward Africa*, 1994; David A. Dickson, *United States Foreign Policy toward Sub-Saharan Africa*, 1985; Zaki Laidi, *The Superpowers and Africa, 1960-1990*, 1990, René Lemarchand, ed., *American Policy in Southern Africa*, 1978.

Para los efectos sociales y psicológicos de la guerra fría, véanse Stephen J. Whitefield, *The Culture of the Cold War*, 1991, y Ralph K. White, *Fearful Warriors: A Psychological Profile of U.S.-Soviet Relations*, 1984.

Índice alfabético

- Able Archer, ejercicio de la OTAN, 306
ABM, sistemas, 205-206
ABM, Tratado, 228-229, 238, 305, 312-313, 330, 355
ABM, *véase* misiles antibalísticos
Abrams, Creighton, general, 227
acción-reacción, ciclo, 367
Acheson, Dean, 106, 112
acuerdo de prevención de la guerra nuclear, 234-235, 368
Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), 331
Acuerdo sobre Medidas para Reducir el Riesgo de un Estallido Accidental de la Guerra Nuclear, 217
Acuerdo sobre Misiones Espaciales Conjuntas (1970), 217
Adenauer, Konrad, 126
Administración Norteamericana de Ayuda (ARA), 43
Afganistán, 242, 356; invasión soviética de, 260, 268, 274, 275-277, 280, 282, 288, 294, 310, 316, 327, 368, 371
afgano-soviético, tratado de amistad de 1978, 275
África, 188-189; subsahariana, 125, 163, 189-190, 242
Agencia Internacional de Energía Atómica (IAEA), 205, 276
Agnew, Spiro, 213
Alaska, 12, 359
Albania, 185
ALCM, *véase* misiles de crucero lanzados desde el aire
Alejandro I, zar, 11
Alejandro II, zar, 14
Alejandro III, zar, 14
Alemania: Bizonia, 99; conferencia de Berlín, 130; después de la segunda guerra mundial, 77, 79-81, 88-89, 98, 102; en la primera guerra mundial, 16; reparaciones de guerra, 79-80, 89, 98, 363; reunificación de, 126, 130, 145, 299, 328, 335-338, 357, 363; tratado de paz con, 177; y la invasión de la Unión Soviética, 361; y la ofensiva occidental (primavera de 1918), 25, 30; y la OTAN, 336-338, 357; y la Rusia soviética, 21-24, 26, 30; y las armas nucleares, 336; y las conversaciones dos más cuatro, 336; y Lenin, 16
Alemania, República Democrática de, 113, 129-130, 146, 160, 176, 214, 217, 328-329, 335-338
Alemania, República Federal de, 99, 113; Bundestag, 302; rearme de, 118, 125; y Alemania oriental, 213-

- 214; y la OTAN, 118, 126, 130; y la Unión Soviética, 146, 213-214, 299; y las armas nucleares, 160; y los misiles Lance, 325
- Alianza para el Progreso, 173-175, 193-194, 245
- Allende, Salvador, 218, 245, 260
- amenaza roja, 41, 127-128
- América Latina, 135, 173-175
- Amur, batalla del río, 59; disputas fronterizas en, 317
- Andropov, Yuri, 297, 301; muerte de, 308
- angloegipcio, tratado, en 1954, 150
- anglojaponesa, alianza, en 1902, 13
- Angola, 190, 242-244, 248, 282, 288, 310, 317, 342
- Antall, Jozsef, 328
- Antártida, tratado de la (1959), 158
- ANZUS, pacto del, 117
- apartheid (segregación), 190
- Apollo-Soyuz, misión espacial conjunta, 246
- apparatchiks* (vieja camarilla comunista), 347
- árabes e israelíes, conflicto entre, 149, 152, 154, 292-294, 345, 350
- Arabia Saudí, 92, 150, 235, 268, 293, 344
- Arafat, Yasser, 294
- Arbenz Guzmán, Jacobo, presidente de Guatemala, 135-136, 166
- Argentina, en Terranova, 68
- Argentina, 174, 260
- Arkángel, 21, 27, 32-36, 360
- armamentos nucleares, carrera de, 125, 145, 168, 300, 363, 366-367
- armas antisatélites (ASAT), 256, 280, 287; conversaciones sobre, 308
- armas biológicas, 336, 338
- armas de partículas, 304
- armas de radiación intensificada (ERW), 272
- armas emplazadas en el espacio, 304
- armas nucleares de corto alcance (SNF), 313-316, 325
- armas nucleares de corto y medio alcance (SRINF), 314
- armas nucleares tácticas de gran alcance (LRTNF), 272-273, 279, 283
- armas químicas, 256, 331, 336, 338, 357
- armas radiológicas, 256
- Armenia, 332-334, 372
- ARVN, véase Ejército de la República de Vietnam
- ASAT, véase armas antisatélites
- Asociación para la Paz, 356
- Assad, Hafiz al-, presidente de Siria, 235
- Asuán, presa de, 150
- Atlas, misil balístico intercontinental (ICBM), 131, 156
- Attlee, Clement, 116
- Australia, 117, 124, 137, 140, 365
- Austria, 60, 78; tratado de paz con, 126, 144-145, 326
- Azerbaiján, 334, 372
- Azores, islas, 190
- B-1, bombardero, 212, 229, 287
- B-29, bombardero, 99, 101
- B-47, bombardero, 181
- B-52, bombardero, 131, 178, 181, 202, 226, 313
- Backfire, bombardero, 255
- Bagdad, Pacto de, 149-150
- Bahía de Cochinos, invasión de la, 173, 177, 187, 207, 366
- Baker III, James, secretario de Estado, 327, 330, 334, 337, 344, 346, 356
- Baker, Newton D., 31
- Balaguer, Joaquín, 194
- Balcenes, 72, 74, 77
- Balfour, Arthur, 30
- Báltico, estados del, 62, 70, 76-77, 316, 352-353, 357
- Ban Me Thuot, batalla de, 240
- Banco Mundial, 94, 261, 272
- Bando Interamericano de Desarrollo, 260, 272

- Bangladesh, 219
- Bao Dai, emperador, 110, 139-140
- Baruch, Bernard, 94
- Baruch, Plan, 95
- Batista, Fulgencio, 166
- Beam, Jacob, 185
- Begin, Menahem, 267-268
- Beirut, matanzas en, 293
- Bélgica, 64; y el Congo, 163-164, 189
- Bengala oriental, 218
- Benson, William, 31
- Berle, Adolph, 83
- Berlín, 84, 213-214, 338; atentado con bomba en, 292; bloqueo de, 99, 123, 364; conferencia de 1954, 129-130, 141; crisis de 1958, 160-161; crisis de 1961, 172, 176-179, 207; occidental, 160, 161, 217, 328; oriental, 129, 146, 217; Tratado Cuatripartito sobre, 217; y Eisenhower, 125, 129, 161, 162, 177; y la administración Kennedy, 161, 176-177, 183, 187; y la administración Nixon, 212, 217, 248
- Berlín, muro de, 177, 180, 318, 328, 336
- Besarabia, 14, 19, 42, 63, 19
- Bessmyrnykh, Aleksandr, 332, 356
- Bevin, Ernest, 91, 93, 101
- Bhutto, Zulfikar Ali, 276
- Bidault, Georges, 129
- Bielorrusia, 81, 339, 353, 357
- Bien Hoa, base aérea de, 195
- Bikini, atolón de, 145
- Birmania, 111, 136
- Bishop, Maurice, 289
- Bizonia, 99
- Bliss, Tasker H., general, 29, 35
- BMD, véase defensa balística, sistema de
- Bohlen, Charles E., 77, 112, 130
- boinas verdes, 178, 187
- Boland, Edward, 290
- bolchevique, partido, 16-25; véase también revolución bolchevique
- Bolivia, ejército de, 194

- bomba atómica, 78, 82, 86, 88, 89-90, 92, 99, 100, 114, 364
- bomba de hidrógeno, 128, 131, 145
- bomba de neutrones, 272
- bombarderos, alarma de «disparidad» de, 132
- Borah, William E., senador, 41
- Bosch, Juan, 193
- Bósforo, estrecho del, 18, 82, 90
- Bosnia, 350, 372
- Boun Oum, príncipe, 165
- Bradley, Bill, senador, 335
- Bradley, Omar, general, 114
- Brandt, William, 213-214
- Brasil, 194, 260
- Brest-Litovsk, tratado de, 17-20, 21-22, 24, 31, 40
- Breznev, Doctrina, 215, 316, 327
- Breznev, Leonid: asume el liderazgo de la Unión Soviética, 181-182; muerte de, 297; y el Tercer Mundo, 369; y el tratado SALT II, 254-257, 269-271, 302, 369; y Gerald Ford, 238; y Henry Kissinger, 226-227; y Jimmy Carter, 254, 279, 282; y la distensión, 369; y la India, 277; y los gastos de defensa, 310; y Richard Nixon, 217, 229, 230, 234, 237, 238; y START, 302; y Vietnam del Norte, 230
- Brooklyn, crucero, 28-29
- Broomfield, William S., 300
- Brown, Harold, 251, 258
- Bruselas, Pacto de, 101
- Brzezinski, Zbigniew: e Irán, 274; filosofía de, 251-252; y Afganistán, 275, 276; y Camboya, 262; y China, 262, 263-265, 282; y Cuba, 261; y la OLP, 268; y la Unión Soviética, 251-252, 263-265, 283; y Muskie, 277; y SALT II, 263; y SALT III, 254-256; y Somalia, 259; y Vance, 251-252, 256, 258, 259; y Vietnam, 265
- Buckler, William, 37
- Bucovina, 63
- Buen Vecindario, política de,

Bulganin, Nicolai, 130, 144, 152, 155
 Bulgaria, 65, 78, 88, 90, 92, 213, 329
 Bullitt, William C., 38, 53, 58, 74
 buscar y destruir, estrategia de, 196-197, 202-203
 Bush, George: como embajador norteamericano en la ONU, 219; como vicepresidente, 290; discurso del estado de la Unión de 1990, 339; e Irak, 344; toma de posesión, 295; y Afganistán, 341; y Alemania, 328, 331, 336-338, 357, 370; y Berlín, 326, 331; y Camboya, 342; y China, 335; y Cuba, 324; y el comercio entre Estados Unidos y la Unión Soviética, 331; y el conflicto entre árabes, israelíes y palestinos, 345, 350; y el discurso de *Chiken Kiev*, 350; y el estatuto de nación más favorecida, 331, 349; y el fin de la guerra fría, 323, 357-358, 370-373; y el golpe de agosto, 350, 353-354, 370; y el nuevo orden mundial, 344; y el Pacto de Varsovia, 325, 339; y el plan de cielos abiertos, 324; y el programa IDE de misiles antibalísticos, 354; y el Tercer Mundo, 356; y el tratado ABM, 354-355; y el tratado START, 330-331, 349, 354; y Gorbachov, 325-326, 330-331, 334-335, 345, 353-358, 370; y Hungría, 326; y Kissinger, 323-324; y la ayuda a la economía soviética, 331, 335, 348-349, 357; y la conferencia de Madrid, 356; y la contra, 343; y la cumbre de Malta, 330-331; y la cumbre de Moscú, 349-350; y la Declaración de Londres, 338; y la distensión, 323-325; y la Europa oriental, 335; y la guerra de Kuwait, 343-345; y la operación Irán-contra, 290, 318; y la OTAN, 325; y la política soviética, 323-324; y la reducción de armas convencionales, 325; y la reducción de armas nuclea-

res, 354; y las SNF, 325, 337; y Lituania, 370; y los estados del Báltico, 353-354; y los misiles de corto alcance Lance, 325, 337; y Nicaragua, 324; y Oriente Próximo, 345, 350, 356; y Polonia, 326; y Reagan, 324; y Ucrania, 350; y Vietnam, 341-342; y Yeltsin, 353-354, 370; y Yugoslavia, 350

Byrnes, James, 89, 90-93, 96

Caléndula, plan, 199

Cam Ranh, bahía de, 341

Camboya (Kampuchea), 110, 137, 138-139, 201; guerra civil en, 340, 356; incursión norteamericana de, 217, 221; invasión vietnamita de, 262, 310, 316, 342; y la ayuda de Estados Unidos, 240

Camp David, acuerdos de, 161, 267-268, 274, 282, 294

Canadá, 91, 101

carta china, 263-264

Carta de París, 340

Carta del Atlántico, 68, 73, 79

Carter, Doctrina, 275-276

Carter, Jimmy, 247, 249, 251; discurso sobre el Estado de la Unión, 276; e Irán, 268, 274; filosofía de, 251, 253; valoración de, 282; y Afganistán, 260, 268, 275-276, 280; y América Latina, 259-261; y Argentina, 260; y Brasil, 260; y Brzezinski, 251-252, 262, 275; y Camboya, 262; y Chile, 260; y China, 262, 263-265, 276, 282, 296, 368; y Corea del Sur, 265-266; y Cuba, 261; y el Canal de Panamá, 260-261, 282; y el conflicto entre árabes e israelíes, 266; y el gasto militar, 276; y el golfo Pérsico, 276; y el problema palestino, 267; y la brigada soviética en Cuba, 271; y la crisis de los rehenes, 275; y la dis-

tensión, 282, 368; y la fuerza de despliegue rápido, 276, 278; y la India, 276-277; y la limitación de armas convencionales al Tercer Mundo (CAT), 281; y la política de contención, 275; y la producción de 200 ICBM MX móviles, 269; y la Unión Soviética, 253, 259, 275; y los derechos humanos, 253, 257, 260, 266, 274, 277, 368; y los Juegos Olímpicos de Moscú, 275; y Muskie, 277-278; y Nicaragua, 271; y Oriente Próximo, 266-268, 282; y Pakistán, 276; y SALT II, 254, 255, 258, 261, 269-271, 275, 282, 368; y SALT III, 254-256; y Somalia, 258-259; y Taiwan, 263-265; y Truman, 253; y Vance, 251-252; y Vietnam, 262-265; y Wilson, 253

Casablanca, Conferencia de, 72-73

Casey, William, 290, 306-307

Castelo Branco, Humberto, general, 194

Castillo Armas, Carlos Enrique, 136

Castro, Fidel: subida al poder, 166; y Eisenhower, 166-167, 365; y el comunismo, 166-167, 172; y Gorbachov, 331, 343; y Jruschov, 172; y la administración Kennedy, 172-173; y la invasión de la Bahía de Cochinos, 172-173; y Panamá, 192

CAT (límite para traspasar armas convencionales al Tercer Mundo), 281

Catorce Puntos, plan de paz de los, 20

Ceausescu, Nicolae, 330

Cecil, lord Robert, subsecretario de Asuntos Exteriores británico, 36

CFE, tratado, de fuerzas tradicionales en Europa, 339-340

CFE, *véase* Fuerzas Convencionales en Europa

Challenger, lanzadera espacial, 306

Chamberlain, Neville, primer ministro británico, 60-61, 64

Chamorro, Violeta Barrios de, presidente de Nicaragua, 272, 331

Chamoun, Camille, presidente del Líbano, 153

checa, legión, 31, 32-36, 48

Chechenia, 372

chechoslovaca-soviética, alianza, 60-61

Checoslovaquia, 60, 98, 150, 160, 207, 213-214, 326, 340, 364, 373

Chen Yi, ministro de Asuntos Exteriores chino, 185

Cheney, Richard, ministro de Defensa, 324, 325

Chernenko, Konstantin U., 308

Chernobil, central nuclear de, 332

Chiang Kai-shek, *véase* Jiang Jieshi

Chicherin, Georgi, ministro de Exteriores soviético, 28

chiitas, 273

Chile, 194, 218, 260, 291

China Lobby, 141

China, 13, 25-26, 81-82; guerra civil en, 102-106, 364; guerra con Japón (1894-1895), 12; intervención en la guerra civil rusa, 34; y las veintiuna exigencias de Japón, 25-26

China nacionalista, 150; y Albania, 185; y el estrecho de Taiwan, 158-159; y la administración Eisenhower, 127, 142-143; y la administración Truman, 82, 102, 111; y la guerra con Japón (1937-1945), 58, 102

China, República Popular de, 82, 102; alianza con los soviéticos, 107, 109; demostración de resistencia contra los soviéticos, 215; disputas fronterizas en el Ussuri, 263-264; e Indochina, 136-140; matanza de la plaza de Tiananmen, 335, 341; Revolución Cultural de, 198, 204; y África, 189; y Camboya, 262, 265, 356; y el comunicado de Shanghai, 219, 225, 264; y el Tratado de Prohibición Limitada de Pruebas Nucleares, 184; y Japón, 109; y la administración Bush, 335; y la administración Carter, 263-265; y

la administración Eisenhower, 125, 127, 137, 140-143; y la administración Nixon, 214-220, 243; y la administración Reagan, 295-297; y la administración Truman, 365; y la aproximación soviética, 243; y la ayuda nuclear soviética, 184; y la India, 184; y las armas nucleares, 144, 159, 184, 186; y las Naciones Unidas, 140-141; y Taiwán, 142-143, 158-159, 185, 219, 244, 263-265, 365; y Vietnam, 224, 227, 262, 265

chino-soviética, alianza, 108, 141

chino-soviéticas, diferencias, 141, 142-144, 159, 184-185, 198-199, 210, 263-265

Chissano, Joaquim, presidente de Mozambique, 342

Chou En-lai, *véase* Zhou Enlai

Chun Doo Hwan, 266

Church, Frank, senador, 242

Churchill, Winston: como ministro de la Guerra, 39; como primer ministro, 64; contención de, 78; dimisión de, 145; discurso en Milton, Missouri, 93, 94; e Indochina, 138; ofrecimiento de ayuda a la Unión Soviética, 65; y el Telón de Acero, 93; y Europa oriental, 78; y la Alemania de la posguerra, 75-76, 79; y la bomba atómica, 78; y la estrategia de la guerra, 69, 72, 73; y la Gran Alianza, 60-61; y la Unión Soviética de la posguerra, 78, 83, 87, 126, 130; y las Naciones Unidas, 81; y Truman, 87-88

CIA (Central Intelligence Agency), 116; e Irán, 134, 156, 365; y Afganistán, 288; y Chile, 245; y China, 141; y Cuba, 136, 172-173, 365; y el Congreso, 242-243, 244, 368; y el Tercer Mundo, 133; y Guatemala, 135, 365; y Juan Pablo II, 292; y la invasión de la Bahía de Cochinos, 172-173; y la Mafia, 173; y la operación Mangosta, 173; y la Unión Soviética, 148, 332; y las operaciones encubiertas, 368; y los intentos de asesinar a Castro, 173; y Ngo Dinh Diem, 186; y Nicaragua, 290; y Panamá, 192; y Polonia, 288; y Turquía, 156

cielos abiertos, plan de, 146, 324; acuerdo de, 339

Cienfuegos, en Cuba, 245

Clark, Dick, senador, 244

Clark, Enmienda, 248

Clark, William, 307

Clifford, Clark, 201-202

Clinton, William (Bill) Jefferson, 265, 342

coexistencia pacífica, 147, 248

Colby, Bainbridge, secretario de Estado, 42

COMECON, 98; *véase también* Molotov, Plan

Cominform, 147

Comintern, 37, 41, 52-53, 54, 75, 361; *véase también* Tercera Internacional

Comisión Aliada del Lejano Oriente, 109

Comisión Asesora Europea, 79

Comisión de Energía Atómica, de Estados Unidos, 128, 145

Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, 271, 324

Comité de estado de emergencia, en la Unión Soviética, 351

Comité de los Cuarenta, 245

Comité sobre el Peligro Actual, 287, 307

Commodity Credit Corporation, 229

complejo militar-industrial, 155-156

Comunidad de Estados Independientes (CEI), 353-355

comunismo, colapso del, 323, 332-333, 357-358

Conferencia de las Nueve Potencias, en Bruselas, 59

Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), 246; en Belgrado (1977), 257, 315

Conferencia sobre el Desarme en Europa (CDE), 314

Congo (Zaire), 125, 163-165, 189

Congreso de los Estados Unidos, 14

Congreso Panruso de los Soviets, 17

Consejo de Comisarios del Pueblo, 17

Consejo de control Aliado, 91

Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores, 89

Consejo de Seguridad Nacional, 100, 110, 220, 290

Contadora, Plan de, 343

Contras, 272, 289

conversaciones de «dos más cuatro», 336

Coolidge, Calvin, 43

Corea del Norte, 111, 296, 364

Corea del Sur, 112, 141, 265-266, 302-303

Corea, guerra de, 106, 112-118, 124, 141, 197, 307, 365

Costa Rica, 292

Crimea, 19, 22, 42

Crimea, guerra de, 12

crisis de las islas del litoral, en China, 142-144; *véase también* Taiwán, estrecho de

Croacia, 350

Cruz Roja norteamericana, 17, 20

CSCE, *véase* Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa

Cuatricpartito, tratado, 217

«Cuatro Policías», 76

Cuba, 125, 166-167, 244, 245, 259, 261, 271, 343

Cuba, crisis de los misiles en, 172-173, 179-182, 188, 207, 245, 366-367, 371

Cuerno de África, 258, 280

Curzon, línea, 80

Dachen (Tachen), islas, 142-143

Dairen, 82, 108, 144

Daladier, Édouard, 61

Danang, batalla de, 195

Daniels, Josephus, ministro de Marina, 31

Dardanelos, estrecho de los, 18, 82, 90

Davies, John Patton, 127

Davies, Joseph E., embajador de Moscú, 58, 61, 66, 74-75, 88

Dayan, Moshe, 267

Declaración de las Naciones Unidas, 68

DEFCON, 236

defensa avanzada, doctrina de la, 355

defensa balística, sistemas de (BMD), 287, 304-305, 312-313

defensa civil, 256

Delhi, Declaración de, 276

Deng Xiaoping, 243, 263-265, 282, 341

Departamento de Defensa, 307

Desai, Morarji, 276

desarme nuclear, 145

desestalinización, 185

destrucción mutua asegurada (MAD), doctrina de la, 313, 319

Dewlin, Lawrence, 164

Dien Bien Phu, batalla de, 136, 186

Dieppe, ataque contra el puerto de, 71

Dinamarca, 64

distensión, 204-207, 211, 226, 228-230, 234, 238, 242-249, 268, 275-281, 285-286, 298-299

disuasión, 100, 248; nuclear, 100, 178-179, 325, 366-367

doble vía, táctica de, 273

Dobrynin, Anatoly, embajador soviético en Estados Unidos, 206, 225

Dominicana, República, 174, 193-194

dominó, efecto, 109, 115-116, 137

Don, río, 22

Douglas, William O., juez, 91

drusos, 293

Duarte, José Napoleón, 291

Dubcek, Alexander, 207

Dulles, Alen, director de la CIA, 133, 164

Dulles, John Foster, secretario de Estado, 90, 129-130, 131, 135, 137, 140-143, 148-150, 154, 158, 168
 Duma, parlamento ruso, 14
 Dunkerque, tratado de (1947), 101
 Duong Van Minh, general, 241
 Duvalier, Jean-Claude (*Baby Doc*), 291

Eagleburger, Lawrence, subsecretario de Estado, 324

Ecuador, 174

Eden, Anthony, ministro de Asuntos Exteriores británico, 70, 75, 119, 145

Egipto, 69, 71, 121, 150-154, 235-236, 293, 317; véase también Nasser, Gamal Abdel; Sadat, Anwar

Eisaku, Sato, 220

Eisenhower, Doctrina, 152-154, 275, 365

Eisenhower, Dwight D.: como comandante de la OTAN, 117; como comandante supremo aliado, 72; e Indochina, 125, 136-140, 168, 186; e Irak, 153; e Irán, 133-134; y África subsahariana, 125; y Alemania, 145; y América Latina, 135; y Austria, 126; y Berlín, 125, 129, 176; y Cuba, 125, 134, 167; y Egipto, 125, 134, 150-154; y el conflicto árabe-israelí, 149, 154; y el Congo, 125; y el estrecho de Taiwán, 125, 142, 158-159; y el incidente del avión U-2, 163; y el Líbano, 154, 168, 365; y el Tercer Mundo, 125, 133, 168; y Europa oriental, 126, 128-129, 147; y Guatemala, 135; y Hungría, 125, 148; y Jordania, 153, 365; y la China comunista, 125, 137, 140-144, 168; y la China nacionalista, 141; y la guerra de Corea, 115, 125; y la guerra fría, 125; y la operación de cruzar el Canal, 77;

y la Organización del Tratado Central, 149, 365; y la OTAN, 132; y la SEATO, 365; y la Unión Soviética, 125-127, 143-144, 148, 152, 168-169; y Laos, 165, 175; y las armas nucleares, 127, 130, 137, 168, 366; y las pruebas de armas nucleares, 157-158, 162-163, 168; y las represalias masivas, 131-132; y McCarthy, 127, 167; y Oriente Próximo, 125; y Vietnam, 125, 138-140, 186; y Yugoslavia, 129, 147

Eje, Pacto del, 57

Eje, potencias del, 89, 91

Ejército de la República de Vietnam (ARVN), 139, 226

ejército rojo, 35-36, 41-42, 56, 59, 63, 65, 77, 79, 84-85, 121, 130

Elba, río, 85

energía atómica, 92, 123, 363

ERW, véase armas de radiación intensificada

Escuela de Fuerzas Especiales del Ejército en Fort Bragg, 178

Eslovenia, 350

Espacio Exterior, Tratado sobre el, 204, 305

España, 57, 117, 299

espionaje soviético, 92, 123

Estados Unidos: aislamiento de, 51, 62, 87, 101, 364; aproximación a Gran Bretaña, 13; ayuda económica a la Unión Soviética, 45-46, 229; Comisión de Energía Atómica, 91; deuda nacional, 371; doctrina estratégica, 178; economía de, 287-288; expansión de, 11, 359; fuerzas militares de, 118; ideología, 359; problemas internos, 371; y el no reconocimiento de la Unión Soviética, 42-43, 46; y la ONU, 165; véase también Bush; Carter; CIA; Dulles; Eisenhower; Johnson; Kennedy; Kissinger; Marshall; Plan; Nixon; Reagan; Roosevelt; Shultz; START;

Truman; Vance; Vietnam, guerra de; Wilson

Estocolmo, acuerdo de, 315

Estonia, 42, 62, 334, 353

Etiopía, 56-57, 242, 258-259, 282, 342

Experimento con el Recubrimiento Autodireccional (HOE), 306

Explorer, satélite del ejército, 155

Explosiones Nucleares Pacíficas, Tratado sobre (1974), 238, 318

Export-Import Bank, 199, 260

Faisal, rey de Arabia Saudí, 235

Faisal, rey de Irak, 153

Faruk, rey de Egipto, 149

Faure, Edgar, 145

ferrocarriles rusos, 34

Filipinas, islas, 12, 106, 117, 137, 140, 291

Finlandia, 21, 22, 42, 62, 65, 70

FLNA, véase Frente Nacional de Liberación de Angola

Foch, Ferdinand, general, 30

Fondo Monetario Internacional (FMI), 94, 261, 348

Ford, Gerald, 212, 213, 238, 241, 244, 247-249, 268, 368

Ford, Henry, 45

Foreign Affairs, 214

Formosa, Resolución de, 143

Forrestal, James V., ministro de Marina, 87

Francia, 11; e Indochina, 109-110, 136-140; e Israel, 150; gobierno de Vichy, 64; intervención en Rusia, 19, 22, 27, 32-34, 37, 41; invasión de, 69, 77; rendición de, 64; y Alemania, 98; y Egipto, 150-152; y el colonialismo, 133; y el Congo, 189; y el tratado de la Antártida, 158; y el tratado de paz con Austria, 145; y el tratado de Tlatelolco, 204; y la Alemania nazi, 56-58, 60-61; y la

Comunidad Europea de Defensa, 130; y la Conferencia sobre el Desarme, 314; y la crisis de Etiopía, 57; y la guerra de Suez, 150-152, 154; y la RFA, 117; y las conversaciones dos más cuatro, 336; y Libia, 299
 Francis, David R., embajador en Petrogrado, 20, 23, 30

Franco, Francisco, general, 57, 117

Frei, Eduardo, 194

FRELIMO, véase Frente de Liberación de Mozambique

Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO), 342

Frente de Liberación Nacional, de Vietnam, 197, 221

Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA), 242, 243-244

Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), 271-272, 289-290, 343

FSLN, véase Frente Sandinista de Liberación Nacional

fuerza de despliegue rápido, 276, 278
 fuerza expedicionaria norteamericana, 18, 25

Fuerzas Convencionales en Europa (CFE), conversaciones sobre, 315, 325, 331, 337-340

fuerzas expedicionarias norteamericanas en Siberia, 34

Fullbright, William, senador demócrata, 200

Fumi Novasan, general de Laos, 165

Fundación Nacional para la Democracia, 292

G-7, véase Grupo de los Siete

Gaddafi, Moammar al-, líder libio, 292-293

Gaddis, John Lewis, historiador, 372

Galbraith, John Kenneth, 190

Gallup, encuesta, 201

garrote, política del, 194
 GATT, véase Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio
 Gaulle, Charles de, general, 163
 Gemayel, Amin, 293-294
 Gerasimov, Gennadi, portavoz de Exteriores soviético, 327
 Ghana, 189
 Ghandi, Indira, 277
 Gilpatric, Roswell, subsecretario de Defensa, 142
 Ginebra: Conferencia de paz en Indochina (1954), 138-139; Conferencia del Desarme (1931), 47; Conferencia para la prohibición de pruebas nucleares (1958), 157, 161; Conferencia sobre Laos (1961-1962), 176; espíritu de (1955), 144-146; negociaciones sobre Berlín (1959), 161
 Ginzburg, Alexandr, disidente judío, 257
 Gitlow, Benjamin, 41
 Glassboro (New Jersey), cumbre de (1967), 206
 Gobierno Revolucionario Provisional (GRP), de Vietnam, 222, 230
 Golán, Altos del, 235
 Goldwater, Barry, senador, 195
 Golfo Pérsico, véase guerra del golfo Pérsico
 golpe de agosto contra Gorbachov, 321, 350-357
 Gomulka, Wladyslaw, 148
 Gorbachov, Mijail, 253, 282, 309; dimisión, 353-355; discurso en la Asamblea General de la ONU, 318, 323; e Irak, 344; popularidad de, 332; y Afganistán, 310, 316, 317, 323, 327, 341; y Angola, 310, 317, 323; y Bush, 325-326, 330-331, 334-335, 345, 353-358, 370; y Camboya, 310, 316, 323; y Castro, 331, 343; y China, 317, 341; y Cuba, 343; y Egipto, 317; y el «nuevo pensa-

miento», 309-312, 318, 321; y el comunismo, 310-311, 351, 357; y el conflicto entre árabes, israelíes y palestinos, 345, 350; y el conflicto ideológico, 373; y el final de la guerra fría, 253, 311, 316, 320, 323, 356; y el golpe de agosto, 321, 350-357, 369; y el Grupo de los Siete, 348; y el marxismo-leninismo, 310-311; y el medio ambiente, 326; y el Partido comunista, 351-352; y el poder de la ley, 326; y el referéndum de la preservación de la Unión Soviética, 347-348; y El Salvador, 331; y el SNF, 324; y el Tercer Mundo, 310, 316, 320, 331, 340, 356, 369-370; y el tratado ABM, 312, 355; y el tratado INF, 313-316, 320, 325; y Etiopía, 310; y Europa oriental, 325-332; y Europa, 325; y Israel, 316; y Juan Pablo II, 331; y la ayuda económica occidental, 310-311, 348-349, 356-357; y la conferencia de Madrid, 356; y la Constitución soviética, 333; y la cumbre de Malta, 330-332; y la cumbre de Moscú (1991), 349; y la cumbre de Reykjavik, 312-313; y la democracia, 357; y la desaparición de la Unión Soviética, 352-358, 370; y la Doctrina Breznev, 326-327; y la economía soviética, 344; y la *glasnost*, 369; y la guerra de Kuwait, 343-345; y la Iniciativa de Defensa Estratégica, 320, 354-355; y la *perestroika*, 327, 331-332, 369; y la RDA, 328, 330; y la reducción de armas nucleares, 311, 325, 354-355; y la reforma, 348, 369-370; y la reunificación alemana, 328, 331, 336-338; y la seguridad europea, 336; y las reducciones de armas, 325, 370; y las reducciones de fuerzas convencionales, 315-316, 323, 325; y Lituania, 334, 347, 357; y los comunistas de la línea

dura, 333, 344-348, 350-352, 370; y los derechos humanos, 318, 326; y los estados del Báltico, 311, 331; y Namibia, 317; y Nicaragua, 310, 323, 331, 343; y Polonia, 326; y Reagan, 286, 311-312, 317-318, 320-321, 369; y Stalin, 311; y START, 312, 349; y Vietnam, 316; y Yeltsin, 347, 353-354, 357; y Yugoslavia, 350
 Goulart, João, presidente brasileño, 194
 Graham, Daniel O., teniente general, 304
 Gran Alianza, contra Alemania, 60-61, 67, 69, 73, 85-94, 98, 119-123, 361-364
 Gran Bretaña: e Indochina, 137-140; y Alemania, 57-58, 328; y CENTO, 149; y CTBT, 279; y Egipto, 150-152; y el colonialismo, 133; y el Congo, 189; y el Tratado de No Proliferación Nuclear, 205; y el tratado de Tlatelolco, 204; y Europa oriental, 70; y Grecia, 95; y Jordania, 154; y la crisis de Etiopía, 57; y la guerra civil española, 57; y la intervención en Rusia, 20-21, 26-30, 32-35, 36, 41; y la intervención japonesa en Rusia, 25-26; y las conversaciones dos más cuatro, 336; y las pruebas de armas nucleares, 162; y los misiles de crucero norteamericanos, 301
 Gran Salto hacia Adelante (1958), de Mao, 156
 Gran Sociedad, programa de Johnson, 196, 200
 Granada, isla de, 289
 Graves, William S., general, 34
 Grecia, 65, 78, 92, 95-96, 117, 121
 Gromyko, Andrej, 94, 255, 256, 259, 264, 266-267, 277
 GRP, véase Gobierno Revolucionario Provisional, de Vietnam
 Grupo de los Siete (G-7), 348-349

Guantánamo, base naval de, 167
 Guardias Rojos: chinos, 198; soviéticos, 16
 Guatemala, 134, 135-136, 174, 291, 365
 guerra de la independencia de Estados Unidos, 12
 Guerra de las Galaxias, véase Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE)
 guerra de Secesión americana, 12
 guerra del golfo Pérsico, 343-346
 guerra entre Irak e Irán, 294
 guerra entre la India y el Pakistán (1971), 218-219
 guerra fría, 11; causas de la, 95-96, 119-124, 130, 359, 364, 372; consecuencias de la, 370-373; declaración de la, 92-93; deshielo, 126-127, 168, 171, 216-218, 248; después de la segunda guerra mundial, 87; estado de punto muerto de, 146; estrategia de Estados Unidos, 111, 130; expansión de la, 168; final de la, 247, 253, 286, 311, 315-316, 317-322, 325-328, 331, 337, 341-342, 356-357, 369-370; historiografía, 119-121, 359, 364; orígenes, 49, 86, 119-120; responsabilidad de Estados Unidos, 168, 365; responsabilidad soviética en, 168, 364; reveses de Estados Unidos en la, 274; vencedores, 285-286, 317-322, 356, 370-373; véase también distensión
 guerra mundial, primera, 15-16, 35
 guerra mundial, segunda, fin de la, 338
 guerra nuclear, amenaza de, 172, 177, 207, 366-367, 371
 guerra ruso-japonesa, 13, 82
 guerras de liberación nacional, 171
 Guevara, Ernesto Che, 194
 Guinea, 189
 Guyana, 204

- Haig, Alexander, secretario de Estado, 307
- Haiphong, 201, 226-227
- Haiti, 291, 372
- Haley, P. Edward, historiador, 240
- Hammaraskjold, Dag, secretario general de la ONU, 164
- Hammer, Armand, 44
- Hammer, Julius, 44
- Hanoi, bombardeo de, 226-227
- Harding, Warren G., presidente republicano, 43
- Harriman, W. Averell, 44, 87, 183
- Harvard, Universidad de, 349
- Hatfield, Mark, 300
- Havel, Vaclav, presidente de Checoslovaquia, 329
- Hay, John, secretario de Estado, 12-13
- Helsinki, acta final de (1975), 245-247, 257, 281, 315, 318
- Helsinki, cumbre de (1990), 345
- Henderson, Loy, 55
- Heng Samrin, presidente camboyano, 265
- Hiroshima, bomba atómica de, 89
- Hitler, Adolf, 55; acceso al poder, 52; en la conferencia de Munich (1938), 61; guerra con la Unión Soviética, 64-66; ocupación de Renania, 56; Pacto de No Agresión con Stalin (1939), 65, 311; y Checoslovaquia, 60; y el Pacto Anti-Comintern, 57; y el Pacto de Acero, 61; y el Pacto del Eje, 57; y el rearme alemán, 56; y el Tratado de Versalles, 56-57; y la anexión de Austria, 60; y la guerra relámpago, 64; y Polonia, 61
- Ho Chi Minh, líder del Vietminh, 110, 116, 140
- Ho Chi Minh, ruta de, 224
- Hodja, Enver, jefe de gobierno albanés, 185
- Hoenecker, Eric, presidente de la RDA, 328
- Honduras, 174
- Hoover, Herbert, presidente norteamericano, 39, 43, 46, 47
- Hoover, J. Edgar, director del FBI, 41
- Hopkins, Harry, consejero de Roosevelt, 66, 74, 88-89
- House, Edward, coronel, 26, 39
- Huang Hua, ministro de Exteriores chino, 264
- Hué, batalla de, 201
- Hughes, Charles Evans, secretario de Estado, 43
- Hull, Cordell, secretario de Estado, 49, 59, 70, 75, 78-79
- Humphrey, Hubert, 203
- Hungría, 37, 65, 78, 125, 152, 213, 328, 340, 373; revolución en, 125, 148-149
- Husak, Gustav, presidente checoslovaco, 329
- Hussein, rey de Jordania, 153, 365
- Hussein, Saddam, presidente iraquí, 295, 343-346
- ICBM MX móviles, misiles, 269, 278, 287, 300, 354
- imperio del mal, 285
- imperio ruso, 12, 13
- Inchon, batalla de, en Corea, 113
- India, 69, 112, 138; guerra con Pakistán, 218-219; y la administración Carter, 276-277; y la Unión Soviética, 276
- Índico, océano, conversaciones para desmilitarizar el, 256, 280
- Indochina, 82, 109-110, 116, 125, 136-140, 365
- Indonesia, 136
- INF, tratado (1987), 286, 313-316, 319
- Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), 304-306, 309, 313, 355
- Iniciativa para la Cuenca del Caribe, 289
- inspecciones in situ, 183, 313, 315

- Irak: e Irán, 294; ocupación de Kuwait, 341, 343-346; y el Pacto de Bagdad, 149; y la administración Eisenhower, 149, 153; y la ocupación de la embajada de Estados Unidos, 274
- Irán, 82-83, 112, 123; e Irak, 294, 346; y el Pacto de Bagdad, 149; y la administración Eisenhower, 133-134, 149, 156, 365; y la administración Truman, 91-93, 363, 365
- Iran-contrá, operación, 290-292, 321
- Ironside, W. Edmund, general, 35
- Israel: e Irán, 273-274; y Egipto, 150, 267, 294; y el conflicto palestino, 266-267, 294; y la administración Carter, 266, 268; y la administración Reagan, 293; y la guerra de Suez, 150-152; y la guerra de Yom Kippur, 235-236; y la Unión Soviética, 317; y las armas de Estados Unidos, 268; y las disputas árabes, 149; y Sadat, 267
- Italia, 13, 33, 56-57, 61, 72, 75, 77, 130
- Jackson, Henry, senador demócrata, 229, 254
- Jackson's Hole (Wyoming), entrevista en, 330
- Jackson-Vanik, enmienda, 237, 242, 248, 335, 349
- Jakes, Milos, secretario general comunista, 329
- Jamestown, en Virginia, 12, 359
- Japón, 12, 25-26, 57, 137; después de la segunda guerra mundial, 77, 89-92; tratado de paz con (1951), 116; y el tratado de seguridad, 116, 124; y la administración Reagan, 295; y la administración Truman, 88, 106, 108-109, 112, 113, 116, 365; y la guerra civil rusa, 20, 25-26, 27, 28, 34, 39, 47
- Jaruzelski, Wojciech, general, 298, 326
- jermes rojos, 223, 241, 262
- Jiang Jieshi (Chiang Kai-shek), 82, 102, 104-106, 114, 142-143, 158, 185, 220
- Jiang Zemin, líder comunista chino, 341
- Jinmendao (Quemoy), 142, 143, 158
- Johnson, Doctrina, 191-194
- Johnson, Hiram, senador republicano, 40
- Johnson, Lyndon B., 191-192; y ABM, 205-206; y América Latina, 192-193; y Brasil, 194; y China, 195, 198, 204; y Cuba, 192; y Guatemala, 136; y la «Gran Sociedad», 196, 200; y la Alianza para el Progreso, 194; y la distensión soviética, 200-207; y la guerra del Vietnam, 187, 194-203, 207, 220, 366; y la OEA, 192, 194; y la OTAN, 199; y la República Dominicana, 193-194; y Laos, 201; y las armas nucleares, 178; y Panamá, 192-193; y SALT, 206-207; y Vietnam del Norte, 366
- Jomeini, Ruholla, ayatollah, 273-274
- Jordan, Hamilton, ayudante de Carter, 251
- Jordania, 153-154, 365
- Jruschov, Nikita S.: caída de, 181, 351; como líder del Partido comunista soviético, 130; como presidente del Consejo de ministros, 155; problemas internos, 180; y África, 189; y Alemania, 176-177; y Berlín, 160-161, 175-176, 180; y China, 144, 159, 168, 317, 366; y Cuba, 156, 167, 172; y Dulles, 132; y Eisenhower, 161; y el Congo, 164; y el incidente del U-2, 163; y el plan de la troika de Naciones Unidas, 165; y el Tercer Mundo, 172, 365-366; y el Tratado de Prohibición Limitada de Pruebas Nucleares, 182-184; y Kennedy, 171-172, 176-178, 186; y la coalición Molotov-Málenkov, 155; y la coexistencia pacífica, 147, 184; y

- la crisis de los misiles cubanos, 172, 179-182; y la crisis del estrecho de Taiwan, 158-159, 184; y la cumbre de Viena (1961), 175-177; y la desestalinización, 146-148, 184; y la diplomacia de cohetes, 365-366; y la economía soviética, 132; y la guerra fría, 168, 365; y la revolución húngara, 155, 184; y la ruptura chino-soviética, 142-144, 158-159, 184-185; y la visita a Estados Unidos, 161; y Laos, 176; y las armas nucleares, 132, 168, 176, 207; y las fuerzas armadas soviéticas, 177; y las pruebas de armas nucleares, 157-158, 162-163; y las represalias masivas, 132; y Polonia, 148; y Tito, 147; y Zhukov, 155
- Juan Pablo II, papa, 292, 331
- júdios, 14, 237, 257
- Jupiter, misiles, de Turquía, 180, 181
- Kádár, János, presidente húngaro, 148
- Kaledin, Alexei M., general cosaco, 19, 30
- Kamchatka, península de, 303
- Kampuchea, *véase* Camboya
- Karmal, Babrak, presidente afgano, 275
- Kassem, Abdal-Karim, general, 153
- Katanga, 164, 189-190
- Katyn, matanza en los bosques de, 73-74
- Kazakstán, 353, 357
- Kelley, Robert F., 47, 58
- Kellogg-Briand, Pacto, 46
- Kennan, George F., 55, 63, 65, 93, 112, 123, 182, 324
- Kennedy, Edward, senador, 300
- Kennedy, John F.: discurso en la American University, 182; perfil psicológico, 172, 207, 366; y África, 188-191; y Alemania, 176-177; y Alianza para el Progreso, 174; y Berlín, 161,

- 176, 178, 183, 187; y China, 185-186; y Cuba, 167, 172, 183, 366; y el comunismo, 171; y el Congo, 189, 366; y el Peace Corps, 191; y el programa antisubversivo, 186; y el Tercer Mundo, 171-172, 190, 207; y el Tratado de Limitación de Pruebas, 182-184, 187; y Ghana, 189; y Honduras, 174; y Jruschov, 171-172, 176-178, 186; y la crisis de los misiles cubanos, 172, 179-182, 366; y la cumbre de Viena (1961), 176-178; y la guerra fría, 182; y la India, 184; y la invasión de la Bahía de Cochinos, 172-173, 187, 207, 366; y la represalia masiva, 178; y la respuesta flexible, 177-179; y la Unión Soviética, 171; y Laos, 173, 175, 183, 187; y las armas nucleares, 177-179; y los boinas verdes, 178, 187; y Oppenheimer, 127-128; y Portugal, 190; y Tailandia, 175; y Vietnam del Sur, 172, 366; y Vietnam, 179, 186-188
- Kennedy, Robert, 180, 203
- Kent State University de Ohio, 223
- Kerenski, Aleksandr, 16-17, 20
- Kerr, Philip, secretario de Lloyd George, 38
- KGB, servicio de espionaje soviético, 306
- Khasan, batalla del lago, 59
- Khlakin-Gol, batalla de, 59
- Kiev, 21, 22
- Kikujiro, vizconde Ishii, 34
- King, Martin Luther, Jr., 203
- Kirkpatrick, Jeane, 291
- Kishinev, progromo en, 14
- Kissinger, Henry: declive de, 248-249; filosofía de, 210-211, 253; y Angola, 242-244; y Berlín, 214; y Breznev, 226; y Bush, 323-324; y Camboya, 222, 241; y Chile, 244-245; y China, 216, 219, 243; y el acta final de Helsinki, 246; y la diplomacia

- volante, 266; y la enmienda Jackson-Vanik, 237; y la guerra del Yom Kippur, 235-236; y la *Ostpolitik*, 214; y la seguridad nacional, 249, 251; y la Unión Soviética, 210; y Oriente Próximo, 268; y SALT, 229, 238, 255; y Solceniyn, 248; y Vietnam, 220-224, 227, 230-234, 239
- Knowland, William F., senador republicano, 107
- Kohl, Helmut, canciller alemán, 314, 325, 329, 338
- Kolchak, Alexandr, almirante, 39, 40-42, 49
- Kone, Jean-Marie, ministro de Exteriores de Mali, 188
- Korean Air Lines, vuelo 707 de, 302-303
- Kornilov, Lavr, general, 16
- Kosygin, Aleksei, presidente del consejo de ministros soviético, 199-200, 206
- Krasnoyarsk, 305, 330
- Krenz, Egon, presidente de la RDA, 328
- Kun, Béla, presidente húngaro, 39
- Kuomintang, *véase* China nacionalista
- Kuriles, islas, 82, 92
- Kuwait, guerra de, 343-346
- Lance, misiles, 325, 337
- Laniel, Joseph, 138
- Lansing, Robert, secretario de Estado, 17, 18, 19, 20, 22, 25-26
- Lansing-Ishii, acuerdo, 26
- Laos, 110, 137-140, 165, 224, 241
- larga paz, era de la, 372
- Le Duc Tho, jefe de negociadores nordvietnamitas, 222, 224, 227, 230-232
- Leahy, William, almirante, 58, 81, 87
- Lenin, Vladimir Ilich, 16, 17, 20, 23-24, 27, 36-37, 43-44, 360, 372
- Letelier, Orlando, 260
- Letonia, 16, 21
- Ley de Educación de Defensa Nacional (1958), 155
- Ley de Libertad de Información, 303
- Ley de No Proliferación, de Estados Unidos, 276
- Ley de Poderes de Guerra (1973), 240, 368
- Libano, 290, 293
- Libia, 69, 71, 292
- Libro Blanco sobre China*, 107
- Likud, gobierno del, 267
- límites para traspasar armas convencionales al Tercer Mundo (CAT), 281
- Linebacker-2, campaña de bombardeo de Vietnam, 232
- Lisboa, Conferencia de (1952), 117
- Lituania, 21, 42, 334, 352-353, 357
- Litvinov, Maxim, ministro de Exteriores soviético, 37, 46, 49, 52-55, 59
- Lloyd George, David, 37-39
- Lloyd, William, 41
- Lobov, Vladimir, general, 345
- Lon Nol, presidente de Camboya, 222-223
- Londres, 90; Declaración de, 337-338; *véase también* Polonia, gobierno en el exilio
- LRTNF, *véase* armas nucleares tácticas de gran alcance
- Lublin, gobierno de, 80, 88
- Lugar, Richard, senador republicano, 356, 357
- Lumumba, Patrice, presidente del Congo, 163
- Luxemburgo, 64
- Lvov, príncipe Georgij E., 15
- macarthismo, 128, 141, 364-365
- MacArthur, Douglas, general, 91, 113-114
- Macedonia, 350

- Macmillan, Harold, primer ministro británico, 162
- Maddox, destructor norteamericano, 195
- Madrid: conferencia de (1980), 281; Conferencia de la CSCE (1980-1983), 315; Conferencia sobre Oriente Próximo (1991), 356
- Mafia, 173
- Malenkov, Georgij, presidente del consejo de ministros, 126-127, 130, 144, 155
- Mali, 188, 189
- Malta, cumbre de (1989), 330-332
- Manchuria, 13, 25, 34, 47, 82, 89-90, 92, 94, 103, 105, 114, 144, 210
- Mann, Thomas, subsecretario de Asuntos Exteriores, 193
- Mao Zedong, 82, 94, 102-104, 108, 110, 115, 159, 186, 219, 225, 243; muerte de, 263
- March, Peyton C., general, 29-32
- Marcos, Ferdinand, 291
- Marshall, George C., general, 69-70, 72, 82, 105
- Marshall, Plan, 96-99, 122, 363-364
- Marshall, Thomas, vicepresidente norteamericano, 40
- marxismo-leninismo, 310, 342
- Matlock, Jack, embajador en Moscú, 350
- Mayaguez, barco mercante norteamericano, 241
- Mazière, Lothar de, primer ministro de la RDA, 329
- Mazowiecki, Tadeusz, primer ministro polaco, 326
- Mazu (Matsu), 142-143, 158
- MBFR, véase Reducción Mutua y Equilibrada de Fuerzas
- McCarthy, Eugene, senador demócrata, 202
- McCarthy, Joseph, senador republicano, 107, 127-128
- McFarland, Robert, 290
- McGovern, George, candidato a la presidencia, 232
- McNamara, Robert S., ministro de Defensa, 179, 201, 206
- medidas destinadas a crear confianza (CBM), 314
- Medland, William J., historiador, 182
- Meir, Golda, primera ministra de Israel, 235
- Mengitsu, Hailé Mariam, 342
- Mexico, 19, 192
- Mikoyan, Anastas, vicepresidente del consejo de ministros, 166
- Minuteman, misil ICBM, 131, 212, 254, 255, 354
- MIRV, véase ojivas de cargas múltiples de orientación independiente
- misil de crucero disparado desde tierra (GLCM), 272
- misiles aire-tierra, 269
- misiles antibalísticos (ABM), 205, 209, 305, 355, 367
- misiles balísticos de alcance medio (IRBM), 131, 156, 179, 255, 301
- misiles balísticos intercontinentales, 131, 155, 156, 178-181, 212, 216, 228, 254-255, 269-270, 302, 349, 354-355, 367
- misiles balísticos lanzados desde submarinos (SLBM), 178, 206, 228, 255, 302, 349, 354
- misiles de crucero, 255, 269-270, 301
- misiles de crucero lanzados desde el aire (ALCM), 270, 312-313
- Missouri, buque de guerra, 92-93
- Mitterrand, François, 325
- Mladenov, Petar, ministro de Asuntos Exteriores búlgaro, 329
- Mobutu, Joseph, coronel, 164, 259
- Modrow, Hans, presidente de la RDA, 329
- Moldavia, 14
- Molotov, Plan, 98, 123
- Molotov, Vjaceslav, ministro de Exteriores soviético, 65, 70-71, 75, 80, 88, 90, 141, 147, 155
- Mondale, Walter, 308

- Mongolia, 82, 103, 317
- Monroe, Doctrina, 135
- Montgomery, Bernard, mariscal de campo británico, 120
- Montreaux, Convenio de, 82
- Moorer, Thomas, presidente de los jefes de estado mayor en Vietnam, 232
- Moran, lord, médico de Churchill, 79, 138
- Morris, Roland S., embajador, 25, 28
- Morse, Wayne, senador republicano, 200
- Moscú, 15; Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores (1943), 75; cumbre de 1972, 218, 228-230; cumbre de 1974, 238; cumbre de 1988, 314, 317-318; cumbre de 1991, 348
- Mossadeq, Muhammad, primer ministro iraní, 133-134
- Motono, vizconde Ichiro, 25, 28
- Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA), 242, 342
- Mozambique, 342
- MPLA, véase Movimiento Popular para la Liberación de Angola
- Mubarak, Hosny, presidente egipcio, 293
- mujahiddines, de Afganistán, 275, 276, 340
- Munich, Conferencia de (1938), 61
- Murmansk, 27, 29-30, 32, 34
- Muskie, Edmund, senador demócrata, 274, 277-278
- Mussolini, Benito, 58, 61
- nación más favorecida (MFN), estatuto de: y China, 276, 335; y la Unión Soviética, 217, 230, 237, 331, 335, 349
- Naciones Unidas, véase Organización de las Naciones Unidas
- Nagasaki, bomba atómica de, 90
- Nagy, Imre, presidente húngaro, 148
- Najibulá, Mohamed, 340
- Narnibia, 317, 342
- Nansen, Fridtjof, explorador noruego, 39-40
- Nasser, Gamal Abdel, presidente egipcio, 149-154
- Neutralidad, Ley de, 64, 66
- New Hampshire, elecciones primarias de, 201
- New York Times, 187
- Newhouse, John, 302
- Ngo Dinh Diem, primer ministro sudvietnamita, 140
- Nguyen Van Thieu, presidente sudvietnamita, 222, 223, 224-225, 231-234, 239-241
- Nicaragua, 271-272, 289-290, 310, 316, 323, 331, 343, 356
- Nicolás II, zar, 14, 15
- Nixon, Richard M.: dimisión de, 238; discurso de toma de posesión, 209-210; e Indochina, 137; elección de 1968, 203, 208; filosofía de, 209, 253; y Europa oriental, 247; y América Latina, 245; y Angola, 248; y Berlín, 211-212, 217, 248; y Camboya, 216, 223; y Chile, 244-245; y China, 116, 143, 198, 209, 214-220, 224-225, 297, 368; y Cuba, 244-245, 248; y el escándalo Watergate, 238-240; y el sistema ABM, 212; y la distensión, 208, 209, 213; y la estrategia militar, 211-213; y la guerra del Yom Kippur, 235-236; y la guerra entre India y Pakistán, 218-219; y la *Ostpolitik*, 213-214; y las fuerzas armadas, 212; y los voluntarios en el ejército, 276; y Nguyen Van Thieu, 226, 231, 234, 240; y Oriente Próximo, 248, 268; y SALT, 206, 209-210, 212-213, 238; y Taiwan, 216, 219; y Vietnam, 212, 215-216, 221, 239-241, 262, 366

Nkrumah, Kwame, presidente de Ghana, 189
 Normandía, desembarco de, 77
 North, Oliver, teniente coronel, 290-291
 Noruega, 64
 NPT, *véase* Tratado de No Proliferación Nuclear
 NSC-20, estudio, 100
 NSC-30, estudio, 100
 NSC-48/1, estudio, 110
 NSC-68, estudio, 110-112
 NSC-124/1, estudio, 116
 NSDD-102, 303
 NSDD-32, 298
 Nueva Política Económica (NEP), 43
 Nueva Zelanda, 117, 124, 137, 140
 Nuevo Orden Mundial, 340-343
 «nuevo pensamiento» de Gorbachov, 309-312, 317-318, 321
 Nunn, Sam, senador, 356
 Nunn-Lugar, Ley, 356-357
 Nuremberg, juicio de, 89

 Oder-Neisse, línea fronteriza, 80, 213, 336
 OEA, *véase* Organización de Estados Americanos
 Ogadén, 258
 ojivas de cargas múltiples de orientación independiente (MIRV), 205, 210, 213, 229, 238, 255, 256, 269-270, 302, 354
 OLP, *véase* Organización para la Liberación de Palestina
 Olympia, crucero, 27, 34
 opción cero, plan de, 300-301, 313
 Operación Escudo del Desierto, 344
 Operación Mangosta, 173
 Operación Rescate, 290
 Operación Tormenta del Desierto, 346
 Operación Trueno Retumbante, 195
 Operación Yunque, 75, 78

Oppenheimer, J. Robert, 127-128
 Organización de Estados Americanos (OEA), 96, 192, 194, 271
 Organización de Estados del Caribe Oriental, 289
 Organización de las Naciones Unidas (ONU): Asamblea General, 164, 357; carta de la, 89, 106, 344; Comisión de Energía Atómica, 91, 94; conferencia de San Francisco, 82, 89; Consejo de Seguridad, 89, 94-95, 112-113; e Irak, 344; Organización Internacional de Aviación Civil, 303; origen de la, 75-77, 81, 83, 123; principios, 79; reunión en Londres (1946), 91; veto en la, 89, 94; y Angola, 189-190; y China, 112, 219; y el Congo, 164-165, 189; y el sionismo, 356; y el Tercer Mundo, 291; y la administración Reagan, 291; y la guerra de Corea, 112-114; y la guerra fría, 364; y Vietnam, 261
 Organización de Unidad Africana (OUA), 244
 Organización del Tratado Central (CENTO), 365
 Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN): creación de la, 101, 110, 117, 123, 364; y Bush, 324; y CFE, 315, 338-339; y el acuerdo de cielos abiertos, 339; y el golfo Pérsico, 278; y el plan Rapacki, 160; y la Asociación para la Paz, 356; y la conferencia de Lisboa (1952), 117; y la cooperación con el Pacto de Varsovia, 337; y la cumbre de Londres, 337; y la cumbre de Reykjavik, 312, 324; y la distensión, 278-279; y la estrategia de defensa avanzada, 355; y la estrategia de doble vía, 273; y la petición de Rusia como miembro de, 355; y la reunificación alemana, 336-337; y la seguridad europea, 336; y las armas nucleares

de medio alcance, 301; y las armas nucleares, 132, 255, 325, 336; y las fuerzas nucleares de largo alcance, 273; y Portugal, 190
 Organización del Tratado del Sudeste de Asia (SEATO), 140, 195, 219, 365
 Organización para la Liberación de Palestina (OLP), 266, 293-294, 356
 Orlov, Yuri, disidente judío, 257
 Ortega, Daniel, presidente de Nicaragua, 289
Ostpolitik (política de distensión), 214, 299
 otomano, imperio, 12
 OUA, *véase* Organización para la Unidad de África
 Oumansky, Constantine, embajador soviético, 68

 Pacífico, perímetro defensivo del, 106, 112
 Pacto de Acero, 61
 Pacto de No Agresión soviético-alemán, 61-67, 85, 311, 361
 paga y llévatelo, sistema de, 64
 Pahlavi, Muhammad Reza, sha de Persia, 134, 273
 Países Bajos, 64
 Pakistán, 140, 149, 218-219, 276-277, 291
 Palestina, 154, 266-267, 293-294
 Palmer, A. Mitchell, ministro de Justicia, 41
 Panamá, Canal de, 192-193
 Panamá, tratado del canal de, 260
 Panay, cañonera norteamericana, 60
 Pankin, Boris, ministro de Asuntos Exteriores, 356
 París, cumbre de (1960), 162-163, 182
 París, tratado de paz, sobre Vietnam, 222, 233-234, 239-240
 Park Chung Hee, presidente surcoreano, 265

Partido Comunista de la Unión Soviética, 146, 184, 333-334; disolución del, 351-352
 Partido Comunista de los Estados Unidos, 41
 Partido del Foro Cívico, en Checoslovaquia, 329
 Partido Demócrata, convención nacional de (1968), 203
 Partido Laboral Comunista, de Estados Unidos, 41
 Partido Obrero Socialdemócrata ruso, 16
 Partido Social-revolucionario ruso, 20
 Pathet Lao, organización comunista, 165, 175, 176, 241
 Pavlov, Valetín; primer ministro soviético, 347, 350
 Peace Corps, 191
 Pearl Harbor, 69
 Penghu (Pescadores), islas, 142
Pentagon Papers, The, 187
perestroika, 327, 331-332
 Pershing 1, misiles, 301, 314
 Pershing 2, misiles, 272, 273, 278, 279, 301, 314
 Pershing, John J., general, 18
 Perú, 174
 Petrogrado, 15, 16, 21
 petróleo del golfo Pérsico, 150-151, 294-295, 343
 Pham Van Dong, primer ministro nordvietnamita, 225, 262
 Pichon, Stephen, ministro de Exteriores francés, 36
 Pike, Otis, 242
 Pinochet, Augusto, 245, 260
 Placentia Bay, en Terranova, 68
 plan de 500 días de Yeltsin, 347
 plan de aplazamiento, 255; *véase también* SALT II
 Plan Quinquenal, primer, 44-47
 Pleiku, batalla de, 195
 Pobedonostsev, Constantine Petrovich, 14

Podgorny, Nikolaj, presidente del soviét supremo, 230
 pogrom, 14
 Poindexter, John, 290
 Pol Pot, 262
 «política de buen vecino», 194
 política de puertas abiertas, 13, 25, 47
 Polonia, 21, 42, 61, 68, 70, 76-77, 80, 83, 87-88, 98, 148, 160, 213, 288, 298, 326, 373; gobierno en el exilio, 67, 73-74, 80, 88; véase también Oder-Neisse, línea
 Poole, Dewitt, 36
 Poole, Frederick, general, 34
 Popov, Gavril, alcalde de Leningrado, 350
 Port Arthur, base naval de, 82, 103, 108, 144
 Porter, Robert W., general, 193
 Portsmouth, tratado de, 13
 Portugal, 189-190, 242
 Potsdam, conferencia de, 89, 98
 Powers, Francis Gary, piloto, 163
Pravda, 59, 298
 Préstamos y Arriendos, ley de, 63, 67-69, 82, 85, 88, 122, 217, 362
 Primakov, Yevgeni, 345
 Principios Básicos de las Relaciones, 228-229
 Prinkipo, propuesta de conferencia en la isla de, 37
 programas nucleares, 300, 308
 Pugo, Boris, general de la KGB, 247, 351
 Punto Cuatro, Programa del, 111-112

 Quang Tri, batalla de, 226-227
 Quemoy, véase Jinmen

 radar de alineamiento en fase, 305
 Radek, Karl, 47

Radford, Arthur W., almirante, 137, 142
 Radio Free Europe, 257
 Radio Liberty, 257
 Rakowski, Mieczyslaw, líder comunista polaco, 327
 Rapacki, Adam, ministro de Exteriores polaco, 160
 Rapacki, Plan, 160
 rayos X, láser de, 306
 rayos, armas de, 304
 RB-47, avión de reconocimiento, 171
 Reading, lord, 26, 28
 Reagan, Doctrina, 287-290
 Reagan, Nancy, 307, 311-312, 320
 Reagan, Ronald,
 Reagan, Ronald, 285; discurso del Estado de la Unión, 316; e Irak, 294-295; e Israel, 293, 294; elección de, 278; gran estrategia de, 286-288, 369; reelección de, 308; y Afganistán, 288, 316; y Angola, 288; y Arabia Saudí, 293; y Bush, 324; y Chile, 291; y China, 295-298; y Corea del Norte, 296; y Corea del Sur, 296; y Egipto, 293; y el acta final de Helsinki, 281; y el acuerdo de Yalta, 298; y el colapso soviético, 287; y el comercio soviético, 299-300; y el comunismo, 285, 297; y el conflicto árabe-israelí, 292-294; y el Congreso, 290; y el discurso ante la Asamblea General de la ONU (1984), 308; y el gasto militar, 286; y el Golfo Pérsico, 294-295; y el Líbano, 293-294; y el Muro de Berlín, 318; y El Salvador, 291-292; y el Tercer Mundo, 288-289, 291, 294, 369; y el terrorismo, 292; y el Tratado ABM, 228; y el tratado del Canal de Panamá, 261; y el Tratado INF, 286, 314, 319; y el Tribunal Internacional, 289; y Gorbachov, 286, 311-312, 317, 318, 320-321, 369; y Granada, 289; y Guatemala, 291; y Haití, 291; y Ja-

pón, 296; y Jordania, 293; y la carrera de armamentos, 287; y la crisis de los rehenes en Irán, 274; y la crisis del vuelo 707 de la KAL, 303; y la cumbre de Moscú (1988), 314, 317; y la cumbre de Reykjavik, 312, 324; y la destrucción mutua asegurada, 304, 313, 319; y la deuda nacional, 287, 321-322; y la distensión, 247-248, 285-286, 303, 320-321, 324; y la economía de Estados Unidos, 287-288; y la Europa oriental, 298, 316; y la guerra fría, 317-321; y la Iniciativa de Defensa Estratégica, 304-306, 313, 319, 369; y la opción cero, 300-301; y la operación Irán-contra, 290-291, 321; y la región de América Central y del Caribe, 289, 292; y la seguridad nacional, 285-288, 298; y la Unión Soviética, 285-288, 294, 298, 306, 318; y las armas nucleares, 286, 300, 306, 319-320; y las Conversaciones sobre Armas Nucleares y Espaciales NST), 308; y las islas Filipinas, 291; y las Naciones Unidas, 291; y Libia, 292; y los aliados europeos, 299; y los derechos humanos, 317; y los estados del Báltico, 316; y los palestinos, 293-294; y los problemas internos, 321; y Nicaragua, 272, 290, 316; y Pakistán, 291; y Polonia, 288, 298; y SALT II, 279, 286, 313; y START, 301-302, 306, 308, 312-313, 318, 319; y Sudáfrica, 291; y Taiwan, 296
 reducción de armas estratégicas, conversaciones sobre la (START): y Bush, 330-331, 349, 354-355; y Reagan, 302, 306-308, 312-313, 318
 reducción de fuerzas convencionales, 316
 Reducción Mutua y Equilibrada de Fuerzas (MBFR), conversaciones sobre la, 217, 239, 279, 315, 339
 Reed, John, 41

RENAMO, véase Resistencia Nacional de Mozambique
 República Árabe Unida, 153, 154
 República de China, véase China nacionalista
 Resistencia Nacional de Mozambique (RENAMO), 342
 respuesta flexible, 177-179
 Revolución bolchevique, 17-19, 25, 45, 47-48, 360, 372
 Revolución Cultural, en China, 198-199, 204
 Revolución rusa: de 1905, 14; de marzo de 1917, 15
 Revoluciones de 1989, 325-330
 Reykjavik, cumbre de (1986), 312, 324
 Rhodesia, véase Zimbabwe
 Richter, escala sísmica de, 162
 Ridgway, Matthew, general, 114
 Riga, en Letonia, 16
 Riggs, E. Francis, capitán, 22, 23
 Río, Pacto de, 88, 96
 Robelo, Alfonso, 272
 Roberto, Holden, líder angoleño, 190
 Robins, Raymond, 20, 23
 Rogers, William, secretario de Estado, 219
 Romanov, dinastía, 15
 Romero, Óscar, obispo de San Salvador, 291
 Rommel, Erwin, general, 69, 71
 Roosevelt, Franklin D.,
 Roosevelt, Franklin D., 47, 57; cooperación con la Unión Soviética antes de la segunda guerra mundial, 53-54, 56, 58-63, 84; e Indochina, 82, 109; evaluación de, 84-86; muerte de, 85; salud de, 80; y la Alemania de la posguerra, 79-80; y China, 81, 102; y Churchill, 67-72, 85; y el acuerdo Litvinov, 52-53; y el equilibrio de poder en Europa, 52, 85-86, 361; y el préstamo soviético, 80; y el reconocimiento de la Unión Soviética, 51-53, 361; y el segundo fren-

- te en Francia, 69-73, 85, 362; y Europa oriental, 67-68, 70, 75-76, 82-86, 123, 361-362; y Japón, 53, 58, 67, 82; y la alarma por el ataque alemán, 66; y la bomba atómica, 79, 82, 85, 362; y la colaboración con la Unión Soviética durante la guerra, 66; y la Conferencia de Munich, 61; y la Conferencia de Teherán, 75-77, 362; y la Conferencia de Yalta, 79-86, 92, 102, 119, 362; y la Declaración sobre Europa liberada, 82-83, 362; y la deuda rusa, 51-55, 60, 361; y la estrategia de guerra, 69, 78, 84-85; y la Gran Alianza, 61, 67, 69, 73, 77, 361-363; y la ideología soviética, 66; y la Ley de Préstamos y Arriendos a la Unión Soviética, 68-69, 362; y la libertad religiosa, 68; y la rendición incondicional del Eje, 73; y las Naciones Unidas, 77, 81; y los estados del Báltico, 361; y Polonia, 76, 80, 83, 361; y Stalin, 74, 85-86, 361-362
- Roosevelt, Kermit, nieto del presidente Theodore, 134
- Roosevelt, Theodore, 13, 14, 52, 134, 194
- Root, Elihu, secretario de Estado, 17
- Rosenberg, Ethel, 128
- Rosenberg, Julius, 128
- Rostov, 22
- Ruggles, James A., coronel, 23
- Rumania, 61, 65, 70, 77, 213, 330, 362
- Rusia, 12, 339, 355-357, 373; zarista, 12, 359
- Rusk, Dean, secretario de Estado, 188, 190
- rusos blancos, 20, 33, 37, 41, 48, 49
- Sadat, Anwar al-, 266, 293
- Sadoul, Jacques, agregado militar francés, 22
- Sajarov, Andrei, 257, 281
- SALT I, acuerdo, 206, 209-210, 213, 217, 225, 228-229, 248, 254, 368
- SALT II, acuerdo, 238-239, 242, 254-256, 264, 266, 269-272, 278-279, 286, 302, 313, 368
- SALT III, acuerdo, 254-256, 270
- Salvador, El, 272, 291, 293, 331, 343, 356
- Santa Alianza, 11
- Savimbi, Jonas, líder angoleño, 288
- Schlesinger, Arthur, Jr., historiador y confidente de Kennedy, 171, 175, 177, 180, 181, 185
- Schmidt, Helmut, canciller alemán, 278
- Scowcroft, Brent, 287
- Scowcroft, Comisión, 287
- SEATO, véase Organización del Tratado del Sudeste de Asia
- Semenov, Grigori, general cosaco, 40
- Sentinel, sistema ABM, 206
- Shaba, provincia zaireña, 259; véase también Katanga
- Shanghai, comunicado de, 220, 225, 264
- Shcharansky, Anatoly, disidente judío, 257
- Shenkursk, batalla de, 35
- Shevardnadze, Edvard, ministro de Asuntos Exteriores soviético, 311, 316, 318, 327, 330, 333, 334, 337, 344-345, 347
- Shultz, George, secretario de Estado; y China, 297; y el acta final de Helsinki, 318; y el equilibrio nuclear estratégico, 307; y el Tratado INF, 314; y Europa oriental, 298; y la CIA, 307; y la CSCE, 318; y la distensión, 307; y la operación Irán-contra, 290; y la Unión Soviética, 307, 320
- Siberia, 25, 26, 27-28
- Sicilia, invasión de, 72-73
- Sidra, golfo de, 292
- Sihanuk, Norodom, príncipe, 222

- Sinaí, península de, 235, 267
- Sinatra, Doctrina, 327
- Sinatra, Frank, 327
- Singlaub, John, general de división, 265
- sionismo, 356
- Siria, 150, 153, 154, 235, 294, 295
- SLBM, véase misiles balísticos lanzados desde submarinos
- SNF, véase armas nucleares de corto alcance
- Sociedad de Naciones, 36, 38, 41, 48, 57
- Solidaridad, sindicato, 298, 326
- Solsenicyan, Alexandr I., 248, 318
- Somalia, 258, 372
- Somalia y Etiopía, crisis entre, 258-259, 281
- Somoza, Anastasio, 271
- Sonnenfeldt, Doctrina, 246
- Sonnenfeldt, Helmut, 246
- soviets (consejos), 16
- Sputnik*, satélites, 155-156
- SRINF, véase armas nucleares de corto y medio alcance
- SS-4 misiles, 301
- SS-5, misiles, 301
- SS-18, misiles, 349
- SS-20, misiles, 272, 279, 301, 311
- Stalin, Josef, 17, 44, 49; discurso del 9 de febrero de 1946, 91, 123; filosofía política, 55-56, 119; muerte de, 115, 125, 128; responsabilidad en la guerra fría, 119; tumba de, 185; y China, 82, 88, 102-108, 115, 147; y Churchill, 78, 94; y Corea, 81, 89; y el Comintern, 361; y el idealismo americano, 361; y el Plan Quinquenal, 44-45, 91; y el segundo frente, 66, 70-71, 74, 362; y Europa oriental, 67, 60, 76, 91; y Hitler, 119; y Japón, 81, 88, 360; y Jruschov, 147; y la ayuda económica occidental, 360; y la deuda de Rusia, 53-55, 362; y la Polonia de la posguerra, 76-77, 80, 88; y las armas atómicas, 89; y las Naciones Unidas, 76, 81, 83; y las purgas, 56, 59, 94; y los estados del Báltico, 311, 334; y Rumania, 362; y Tito, 147
- Stalin, Josif Vissarionovic Dzugasvili, 17
- Stalingrado, batalla de, 73
- Standard Oil Company, 174
- Standley, William H., embajador en Moscú, 71
- Stark, destructor, 295
- START I, 355
- START II, 355
- START, véase reducción de armas estratégicas, conversaciones para la
- Stettinius, Edward, secretario de Estado, 82
- Stevens, John F., 17, 34
- Stevenson, Adlai, representante norteamericano en la ONU, 177, 180
- Stewart, George E., coronel, 34-35
- Stimson, Henry, ministro de Guerra, 46, 88
- Sudáfrica, 190
- Suez, canal de, 69, 150
- Suez, guerra de, 150-152, 154
- «Suficiencia», doctrina estratégica nuclear de Nixon, 212
- Suvana Fuma, primer ministro de Laos, 165
- Tachen, islas, véase Dachen, islas
- Taft, William Howard, 13, 14
- Tailandia, 111, 124, 140, 175
- Taiwan, 106, 111, 116, 124, 137, 142, 143, 185, 216, 263-264, 296
- Taiwan, estrecho de, 116, 125, 142-143; crisis del (1958), 158-160
- Taylor, Maxwell, general, 178
- Teherán, Conferencia de (1943), 75-79
- teléfono rojo, acuerdo sobre el, 183
- Teller, Edward, padre de la bomba de hidrógeno, 128, 158, 304
- Telón de Acero, 93, 107, 246, 324
- Tercer Mundo, 133, 164-165, 248, 256,

- 258, 268, 281, 310, 316, 321, 365-366; y la Doctrina Reagan, 288-291, 294, 319
- Tercera Internacional, 37
- terrorismo internacional, 292-293
- Tet, ofensiva del, en Vietnam, 200-201
- Thatcher, Margaret, primera ministra británica, 289, 311
- Thompson, Llewellyn, 176
- Thompson, William Boyce, 19-20
- Thor, IRBM, 131
- Tiananmen, matanza en la plaza de, 335, 341
- Tito, Josip Broz, 78, 106, 115, 117, 129, 147, 149
- Tlatelolco, tratado de (1968), 204,
- Tobruk, batalla de, 71
- Tokes, Lazslo, sacerdote disidente, 330
- Tomahawk, misiles de crucero, 272, 279, 300
- Tonkin, golfo de, resolución del, 196
- Transiberiano, tren, 31, 34
- Tratado Chinosoviético de Amistad, Alianza y Ayuda Mutua, 108
- Tratado comercial ruso-norteamericano, 237-238
- Tratado de No Proliferación Nuclear (NPT), 204, 207, 368
- Tratado de Prohibición Limitada de Pruebas Nucleares, 182-184, 186, 207, 305, 368
- Tratado General de Prohibición de Pruebas (CTBT), 279, 280
- Tratado Interamericano de Ayuda Mutua en Río de Janeiro, 96
- Tratado sobre la Resolución Final con Respecto a Alemania, 338
- Tratado sobre Límites para la Prohibición de Pruebas (TTBT), 238
- Tribunal Internacional, 289
- Trident, submarino, 212, 287
- Trilateral, Comisión, 251
- Trotsky, Lev, 17-18, 20, 23-24, 27, 34
- Truman, Doctrina, 95-96, 111, 123, 275, 363
- Truman, Harry S., 67; como sucesor de Roosevelt, 86, 87; e Indochina, 110, 116, 365; e Irán, 91-93, 363; y Alemania, 88, 99; y Australia, 365; y Byrnes, 90-93; y China, 104-108, 111-116, 365; y Churchill, 87; y Corea, 106, 365; y el préstamo soviético, 364; y el Préstamo-Arriendo, 88, 122, 364; y Gran Bretaña, 101; y Grecia, 95-96, 117, 363; y Japón, 88, 106, 116, 365; y la bomba atómica, 89, 99; y la bomba de hidrógeno, 100, 111; y la defensa de Europa, 102, 117; y la guerra fría, 365; y la OTAN, 364; y la política de contención, 87-124, 363-365; y la política soviética, 363, 365; y Polonia, 87-88; y Stalin, 87; y Tailandia, 365; y Taiwán, 106, 111-112, 115, 365; y Turquía, 95-96, 363; y Wallace, Henry, 95; véase también Corea, guerra de
- Tsaldaris, Konstantinos, presidente del gobierno griego, 95
- Tshombé, Moïse, 189
- TTBT, véase Tratado sobre Límites para la Prohibición de Pruebas
- Tulgas, batalla de, 35
- Tunney, Enmienda, 248
- Tunney, John, senador demócrata, 244
- Turner Joy, destructor, 195
- Turquía, 65, 72, 82, 90-93, 95-96, 117, 121, 123, 156, 179-180
- U-2, avión de espionaje, 146, 156, 163, 180
- Ucrania, 19, 21, 22, 81, 339, 350, 353, 357
- UNESCO, 291
- Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), 242, 342
- Unión Soviética: comercio con Estados

- Unidos, 229, 237, 242, 248, 278, 300; comercio con Europa occidental, 278; declive de la, 287-288, 323, 332-334, 352-358; e Indochina, 138-139; e Irak, 154; e Irán, 82-83, 90; e Israel, 152; pérdidas en la segunda guerra mundial, 121, 364; problemas económicos, 210, 309, 319-320, 332, 369; problemas internos, 310, 319-322; y Afganistán, 260, 268, 274, 275-277, 280, 282, 288, 294, 310, 316, 327, 368, 371; y Alemania, 52, 56, 62-63, 76, 79, 80, 98-99; y Angola, 242, 282, 342; y Berlín, 225, 364; y Camboya, 356; y Checoslovaquia, 52, 61, 207, 210, 364; y China, 130, 199, 210, 263-264; y Congo, 164; y Corea, 81, 141, 296; y Cuba, 245, 269, 356; y Egipto, 150-152; y el Fondo Monetario Internacional, 94, 261, 348; y el gasto de defensa, 310; y el golfo Pérsico, 295; y el Plan Marshall, 97-98, 364; y El Salvador, 356; y el Tercer Mundo, 248, 294, 310, 356; y Etiopía, 282; y Francia, 52, 152; y Gran Bretaña, 152; y Guatemala, 135; y Hungría, 148-149; y Japón, 53, 59, 82, 89; y Kuwait, 295; y la administración Reagan, 285-288, 294, 297, 306, 318; y la ayuda económica de Estados Unidos, 69, 360, 367; y la emigración judía, 318; y la guerra de Vietnam, 225; y la Iniciativa de Defensa Estratégica, 305, 309, 313, 330; y la libertad religiosa, 68; y la *Ostpolitik*, 214; y la OTAN, 130, 145, 337; y la reunificación de Alemania, 129-130, 146; y la RFA, 213-214; y la seguridad europea, 130, 145-146; y la Sociedad de Naciones, 52; y la START, 302, 308; y las armas nucleares, 100, 146, 204, 278, 354, 364; y las limitaciones de transferencias de armas convencionales, 255-256, 281; y Libia, 292-293; y los derechos humanos, 257, 281; y los estados bálticos, 62, 70, 76-77, 311, 316, 352-353, 361; y Oriente Próximo, 266-268, 317; y Turquía, 90; y Vietnam del Norte, 141, 224-226; y Vietnam, 261, 356; véase también Breznev; distensión; Gorbachov; Jruschov; SALT I; SALT II; SALT III; Stalin
- UNITA, véase Unión Nacional para la Independencia Total de Angola,
- United Fruit Company, 136, 174
- Ussuri, río, disputas fronterizas en el, 210, 215, 263, 317
- Vance, Cyrus, secretario de Estado: dimisión de, 274, 277; y Afganistán, 277; y Brzezinski, 251-252, 258-259; y China, 263; y el conflicto árabe-israelí, 266-267; y la SALT II, 254-257, 263; y la Unión Soviética, 277, 283; y Somalia, 258-259
- Vandenberg, Arthur, senador, 92
- Vanguard, satélite estadounidense, 155
- Vanik, Charles A., 237
- Varsovia, conversaciones de, 143, 185, 216
- Varsovia, Pacto de, 123, 130, 146, 148, 199, 210, 279, 315, 325, 336, 338-340
- Varsovia, sublevación en, 77
- Venezuela, 192
- Versalles, Tratado de, 41, 51-52, 56
- Viena, cumbres de: de 1961, 176-177; de 1979, 257, 269-271
- Viena, Declaración de (1989), 318
- Vietcong, 140, 187, 195-196, 216, 221, 226, 230-231
- Vietnam, 110, 116, 136, 137-138, 220
- Vietnam, 125, 137-140, 241, 263-265, 341
- Vietnam, guerra de, 186, 194-211, 216, 220-234, 239, 261-262

Vietnam, República Democrática de, 139, 199; *véase también* Vietnam del Norte
 Vietnam, síndrome de, 288, 289, 293
 Vietnam del Norte, 110, 186, 194-200, 202, 225
 Vietnam del Sur, 110, 116, 138-140, 173, 186-187, 191, 194-196, 197-198, 200, 223, 239-241, 366
 vietnamización, 203, 221
 Vincennes, navío norteamericano, 295
 Vincent, John Carter, 127
 Vladivostok, acuerdo de, 238-239, 254-256
 Vladivostok, intervención aliada en, 25, 27-28, 31-34, 42, 360

Walesa, Lech, 288, 326
 Wallace, Henry, vicepresidente norteamericano, 95, 102
 Wang Kou-chuan, embajador chino en Polonia, 185
 Ward, Angus, cónsul general en China, 107
 Warnke, Paul, negociador de las SALT, 254
 Washington, cumbres de: de 1973, 234-235; de 1990, 335
 Watergate, escándalo, 238-240, 243
 Wedemeyer, Albert C., teniente general, 104
 Weinberger, Caspar, ministro de Defensa, 290, 296-297, 307
 Westmoreland, William, general, 195-197, 200-201
 Wilson, Charles, ministro de Defensa, 131
 Wilson, Harold, primer ministro británico, 199-200
 Wilson, Woodrow: legado de, 360-361; y Alemania, 16, 27, 360; y Churchill, 39; y el Gobierno provisional, 16-17; y el no reconocimiento del

gobierno soviético, 20-21, 38, 42-43, 361; y el orden mundial de la posguerra, 15; y Kolchak, 40-41; y la guerra civil mexicana, 19; y la intervención de Estados Unidos en la guerra civil rusa, 18, 26-27, 29-31, 34, 36-42, 48, 360; y la intervención japonesa en Rusia, 25-36, 47, 360; y la Legión checa, 31-32, 35; y la revolución de marzo, 15; y la Sociedad de Naciones, 36, 38, 48, 52, 360; y las deudas rusas, 20; y los bolcheviques, 18-19, 22-24, 36-37, 43, 48, 360-361, 372; y los Catorce Puntos, 20-21
 Viseman, sir William, diplomático, 31
 Woodcock, Leonard, 261

Yakovlev, Aleksandr, colaborador íntimo de Gorbachov, 323
 Yalta, Conferencia de, 79-86, 92, 102, 119, 129, 247, 298
 Yalu, río, 114
 Yasuhiro, Nakasone, primer ministro japonés, 296
 Yeh, George K. C., ministro de Exteriores de China nacionalista, 142
 Yeltsin, Boris, 333, 348; como presidente de Rusia, 347-348; reelección de, 373; y el fin de la Unión Soviética, 352-353; y el golpe de agosto, 351-352; y la reforma económica, 347; y las armas nucleares, 353-354, 357; y la START II, 355
 Yemen, 150, 153, 242
 Yom Kippur, guerra de (1973), 235-238
 Young Men's Christian Association, 17
 Yugoslavia, 65, 78, 113, 129, 213, 350; *véase también* Tito, Josip Broz

Zahedi, Fazlollah, general iraní, 134

Zaire, 259; *véase también* Congo
 Zhivkov, Todor, 329
 Zhu Enlai (Chou En-lai), 102, 143, 144, 185, 244
 Zia ul-Haq, Muhammad, 276
 Zimbabwe, 259
 Zinoviev, Gregorij, 24

Índice de mapas

Europa, 1955	97
Extremo Oriente, 1945	103
Oriente Próximo, 1956	151
América Central, 1962	175
Estados sucesores de la Unión Soviética, 1992	354

Índice

Prefacio	9
Introducción: Estados Unidos y la Rusia zarista	11
1. Estados Unidos y la revolución bolchevique, 1917-1933	15
2. Franklin D. Roosevelt y la Gran Alianza, 1933-1945	51
3. Truman y la contención, 1945-1953	87
4. Eisenhower y la globalización de la guerra fría, 1953-1961	125
5. Kennedy y Johnson: enfrentamiento y cooperación, 1961-1969	171
6. Nixon, Ford y la distensión, 1969-1977	209
7. Carter y el declive de la distensión, 1977-1981	251
8. La guerra fría de Reagan, 1981-1989	285
9. George Bush y el fin de la guerra fría, 1989-1991	323
Conclusión	359
Notas	375
Lecturas recomendadas	387
Índice alfabético	401
Índice de mapas	429